

A contracorriente de las usuales valoraciones historiográficas contemporáneas —que abordan los fenómenos sociales mediante esquemas ideológicos preconcebidos—, Fernando Mires se aparta de la Historia anunciada de antemano y se proclama partidario de la historia que se hace: la historia como obra permanente de seres imperfectos, curiosos, apasionados, veleidosos, en fin, seres humanos. En un ameno trabajo de síntesis comparativa —el comparativo, dice el autor, no deja de ser el método de conocimiento más antiguo y efectivo—, siete revoluciones latinoamericanas son cuidadosamente analizadas y comentadas: la revolución de Túpac Amaru; la independencia: un proceso con direcciones contrapuestas; México: un carrusel de rebeliones; Bolivia: la revolución obrera que fue campesina; Cuba: entre Martí y las montañas; Chile: la revolución que no fue, y la larga marcha del sandinismo. Ahora, la peculiaridad del enfoque asumido en modo alguno revierte la historia del continente; simplemente presenta distintos hechos revolucionarios sobre la base de paralelos, diferencias, semejanzas... destacando entre ellos el origen de la revolución (o bien su punto de ruptura), el factor externo, la dimensión del líder o dirigente, los actores y sujetos históricos, el papel de las masas marginales, los agentes clasistas (obreros, campesinos, capas medias) y no clasistas (indígenas, estudiantes, Iglesia, mujeres) y, por último, las razones que determinan el éxito o fracaso de cada proceso.

Fernando Mires nació en Santiago de Chile en 1943. Hasta 1973 fue profesor en la Universidad de Concepción. Doctorado en ciencias económicas y sociales, desde 1975 realiza labor docente en el área de política internacional de la Universidad de Oldenburg, Alemania Federal.

Fernando Mires

La rebelión permanente

La rebelión permanente

Las revoluciones sociales
en América Latina

Fernando Mires

XXI siglo
veintiuno
editores



XXI siglo
veintiuno
editores

989-23-1480-1
9 789682 314803





BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

CONSPIRACIONES, REVOLUCIONES Y NACIONAL SOCIALISMO, GOLPES DE ESTADO, MASACRES, LA GUERRA FRIA, SEPARATISMO, LAS REVOLUCIONES EN AMERICA LTINA, LA OPERACIÓN CÓNDOR Y SERVICIOS DE INTELIGENCIA

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 6325

Número del texto en clasificación por autores: 8725

Título del libro: La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina

Autor (es): Fernando Mires

Editor: Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.

Derechos de autor: ISBN: 978-968-23-1480-3

Imprenta: Gráfica Hernández

Año: 2011

Ciudad y país: México D.F. – México

Número total de páginas: 225

Fuente: <https://es.scribd.com/document/292958486/La-revolucion-permanente-Fernando-mires-140728003303-Phpapp01>

Temática: Las revoluciones en América Latina

LA REBELION PERMANENTE

Las revoluciones sociales en América Latina

por

FERNANDO MIRES



INDICE

INTRODUCCIÓN

1. LA REVOLUCIÓN DE TÚPAC AMARU

Una sociedad desarticulada, 16; Una confluencia de rebeliones múltiples, 17; Diversas alineaciones sociales, 20; El caudillo, 29; La mujer rebelde, 31; La ejecución del corregidor, 33; El carácter social de la rebelión, 36; La doble revolución, 37; Acerca de la ideología de la revolución en Túpac Amaru, 40; Una revolución imposible, 51; La segunda revolución tupamarista, 53; Algunas conclusiones, 56

2. LA INDEPENDENCIA: UN PROCESO CON DIRECCIONES CONTRAPUESTAS

El despótico reformismo de los Borbones, 60; La formación de una conciencia política criolla, 70; El trauma haitiano, 79; Revolución y tradición, 81; La solución militar del Plata, 85; El grito mexicano, 89; Las revoluciones locales, 101; La revolución continental, 117; Algunas conclusiones, 153

3. MÉXICO: UN CARRUSEL DE REBELIONES

El México de Porfirio Díaz, 159; La oposición política a Díaz, 170; La revolución política de Madero, 178; El Plan de San Luis, 183; El origen de la "otra" revolución, 184; El fin del porfiriato, 191; El peligroso interinato, 195; Un gobierno contra el mundo, 197; La contrarrevolución militar, 200; Realineación de fuerzas durante la dictadura de Huerta, 202; El levantamiento de Carranza, 206; La insurrección, 208; Las agresiones del buen vecino, 209; La revolución dividida, 211; Un balance, 216; Algunas conclusiones, 221

4. BOLIVIA: LA REVOLUCIÓN OBRERA QUE FUE CAMPESINA

Entre dos guerras, 225; A manera de excursio: notas acerca de la estructura social de Bolivia durante el periodo pre-revolucionario, 236; El trauma del Chaco, 241; El socialismo militar, 245; El momento de la izquierda civil, 248; El populismo militar civil de 1943, 251; El Estado contra la nación, 253; La insurrección de 1952, 255; Contenido y carácter de la revolución de 1952, 256; Restauración de la revolución, 260; La revolución en el campo, 265; Algunas conclusiones, 276

[7]

edición al cuidado de homero alemán
portada de maría luisa martínez passarge

primera edición, 1988
cuarta reimpresión, 2011
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 978-968-23-1480-3

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

impreso en impresora gráfica hernández
capuchinas núm. 378
col. evolución, cp. 57700 edo. de México

5. CUBA: ENTRE MARTÍ Y LAS MONTAÑAS

279

Tradición y ruptura en el proceso histórico cubano, 280; Un punto de partida: la dictadura de Machado, 282; La revolución democrática, 284; El lento retorno de los uniformes, 288; Contrarrevolución en la revolución, 289; Los equilibrios de Batista, 292; La frágil democracia, 295; La moral de la política. La política de la moral, 289; El fin de la continuidad política, 300; Los supuestos de la lucha armada. El asalto al cuartel Moncada, 302; El Movimiento 26 de Julio, 305; Los supuestos del desembarco, 306; La difícil unidad, 308; El fracaso de la huelga insurreccional y sus consecuencias, 311; Las alianzas políticas del 26 de Julio, 313; Campesinos y obreros, 316; Los desplazamientos políticos, 323; Algunas conclusiones, 328

6. CHILE: LA REVOLUCIÓN QUE NO FUE

332

La Democracia Cristiana y su "revolución en libertad", 334; Oposición y contrarrevolución, 345; A modo de excursio: los pecados originales de la Unidad Popular, 347; El surgimiento del "poder gremial", 355; El fracaso del paro patronal, 358; Los militares al gobierno, 361; Estudiantes y escolares en el esquema golpista, 363; La huelga de los obreros de El Teniente, 365; El golpe de junio, 367; La agonía de un gobierno popular, 369; Algunas conclusiones, 374

7. LA LARGA MARCHA DEL SANDINISMO

376

El primer momento nacional: Zelaya, 377; Reacción e intervención, 380; Un segundo momento nacional: las revueltas liberales, 382; Sandino, 384; La formación de un triple poder, 395; La constitución del Estado somocista, 397; Las grandes transformaciones económicas, 401; La resistencia desarticulada, 404; La hora de la oposición civil, 408; La hora de la Udel, 415; La hora del FSLN, 416; El Grupo de los 12, 418; ¿Distintos sandinismos?, 419; Las mujeres en la lucha antidictatorial, 421; El asesinato de Chamorro y sus consecuencias, 422; La hora de la insurrección, 425; Algunas conclusiones, 430

8. CONCLUSIONES FINALES

434

Este libro surgió en el momento en que me propuse hacer un curso de "Introducción a la historia de América Latina" para estudiantes de la Universidad de Oldenburg. La tarea no dejaba de ser interesante pues me obligaba a un esfuerzo de síntesis que nunca antes me había planteado. Los primeros problemas comenzaron, sin embargo, con la periodización. La tradicional división cronológica conquista-colonia-república era para mí la menos satisfactoria pues mezclaba tres fenómenos distintos: una ocupación territorial (conquista), una relación socioeconómica (colonia) y un sistema político (república). El socorrido método de periodizar la historia del continente a partir de sus relaciones con el mercado mundial (por ejemplo: periodo del imperio hispano-lusitano, periodo del imperialismo inglés, periodo del imperialismo norteamericano) me parecía útil sólo para escribir una historia económica. Un segundo problema se presentaba ante el dilema de tener que llevar las distintas historias nacionales a denominadores comunes, sin tener que pagar el alto precio de hacer desaparecer todas las particularidades.

Al fin llegué a la conclusión de que la única alternativa que me permitiría vincular realidades generales con particularidades nacionales era la de utilizar el método de conocimiento más antiguo y efectivo: la comparación.

Pero ¿qué debía comparar?

La idea de comparar revoluciones surgió de una influencia indirecta, por una parte, y de una reflexión personal, por otra.

La influencia indirecta provino de mis lecturas de importantes trabajos de historia comparada europea, principalmente los escritos por historiadores ingleses.¹ Tal influencia se expresaba, por supuesto, sólo en cuestiones de método. Comparar la revolución industrial inglesa con la revolución política francesa y hacerlas confluir en un solo proceso de "doble revolución", como hizo Hobsbawm,² o el ascenso del fascismo en Alemania con la revolución rusa, como lo ha inten-

¹ Especialmente trabajos de Perry Anderson, Edward H. Carr, Maurice Dobb, J. Dunn, B. Ch. Hill, Eric J. Hobsbawm y B. Moore.

² E. J. Hobsbawm, *The age of revolution. Europe 1789-1848*, Londres, 1964. [En español, *Revoluciones burguesas*, Barcelona, Labor, 1978, tomo 1, p. 11.]

tado Barrington Moore,³ parecía ser un método productivo para entender la historia de Europa, incluso más allá de los periodos analizados. Sin embargo, eso no era posible con relación a América Latina, por la sencilla razón de que en nuestro continente, con excepción de la revolución de independencia, que fue prenatal, no hay procesos de revoluciones paralelas, lo que impide considerar su historia como un todo orgánico en donde cada revolución prepara las condiciones para pasar a una "etapa superior". Las latinoamericanas han sido revoluciones dispersas en el espacio y en el tiempo. Era necesario hacer las comparaciones no *en* sino *a través* del tiempo. Fue esa reflexión personal la que me llevó a concluir que una comparación de hechos y procesos tan diferentes, y que sin embargo se entienden bajo el mismo signo (revolución), podía encender algunas luces en la oscuridad de la historia latinoamericana.

Pero ¿por qué analizar hechos tan extraordinarios como son las revoluciones? ¿No significa ello seguir el peligroso juego de cierta historiografía que sólo considera "histórico" lo espectacular? ¿No es también lo cotidiano expresión de la historia? Tales preguntas son muy legítimas. Yo mismo soy un convencido de que hechos cotidianos pueden tener una proyección histórica mucho más decisiva que el asalto a un palacio de gobierno. Pero, a la inversa, el hecho revolucionario, justamente por ser "anormal", tiene la particularidad de hacer aparecer en la superficie una gran cantidad de figuras que ni la más profunda observación de lo cotidiano puede divisar. En otras palabras: llegué a la conclusión de que lo cotidiano y lo extraordinario no tenían por qué constituir siempre una relación antagónica.

Ahora bien, habiéndome decidido a llevar al papel lo que no había sido más que una preocupación docente, me propuse cumplir el primer mandamiento de la actividad científica: definir el objeto a analizar, aunque sospechaba que, como siempre ocurre, la tarea de definir acabadamente un concepto que alude a realidades múltiples está condenada al fracaso, más todavía si ese concepto no se había originado en América Latina. Además, la propia historia del concepto es muy contradictoria. Surgido de la astronomía para designar "el movimiento circular de los cuerpos celestes",⁴ fue usado por primera vez en política para denominar un hecho que hoy se considera como todo lo contrario a una revolución: la res-

³ Barrington Moore, *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Nueva York, 1978.

⁴ N. Kopernikus, *De revolutionibus orbium coelestium* [Las revoluciones de las esferas celestes, Buenos Aires, Eudeba].

tauración de la monarquía en la Inglaterra de 1600, después de que fuera clausurado el parlamento. En el mismo sentido restaurativo fue utilizado en Inglaterra en 1688 cuando fueron expulsados los Estuardos por los reyes Guillermo III y María.⁵ Fue la revolución francesa la que le concedió al término el sentido progresivo que hoy día tiene.

Además, como estoy convencido de que la época de las revoluciones todavía no ha terminado, por lo menos en América Latina, debo imaginar que el concepto de revolución deberá seguir redefiniéndose. Pero, pese a todas esas reservas, me di a la tarea de buscar en los más conocidos léxicos y textos especializados un significado para el término.

Algunas definiciones aludían a cambios violentos producidos en los gobiernos o en los estados⁶ o en "las instituciones de una nación"⁷ "o en las cosmovisiones culturales".⁸ Otras agregaban la intervención del "pueblo"⁹ y algunas destacaban lo que una revolución no es (evolución, regresión o *putsch*).¹⁰

Textos más especializados agregaban otros detalles significativos. Eckstein, por ejemplo, entiende las revoluciones como "guerra interna".¹¹ P. Amann concibe la revolución como un periodo que comenzaría con el cuestionamiento de las instituciones estatales y terminaría con la restauración del monopolio del poder bajo otras formas.¹² El *Lexicon zur soziologie* de W. Fuchs concibe también una revolución sin violencia,¹³ y el *Marxistisch-leninistisch Wörterbuch der philosophie* afirma que toda revolución debe conducir necesariamente a una "etapa superior" en el desarrollo social, de acuerdo con una dirección progresiva regida por las "leyes" de la sociedad.¹⁴

Al darme cuenta de cómo las definiciones diferían entre sí, me fue posible entender por qué los autores que se han ocupado del estudio de las revoluciones, comenzando por el más prominente de todos, Karl Marx, nunca intentaron de-

⁵ Hannah Arendt, *Über die revolution*, Munich, 1974, p. 51.

⁶ *The Oxford English Dictionary*, vol. VII, t. 21, Oxford, 1970, p. 118.

⁷ *Grand Larousse de la langue française*, t. 6, París, 1926, p. 5179.

⁸ Meyer-Groos *Universal Lexicon*, t. II, Wien-Zurich, 1984, p. 583.

⁹ *Enciclopedia Británica. Micropedia 1973-1974*, t. VII, Chicago, p. 540.

¹⁰ *Der Grosse Brockhaus*, t. 9, Wiesbaden, 1980.

¹¹ H. Eckstein, *Internal war*, Nueva York, 1984, p. 184.

¹² P. Amann, "Revolution: eine Neudefinition", en Jaeggi, V. y S. Papke, *Revolutions und theorie. 1: Materialien zum bürgerlichen Revolutionsverständnis*, Frankfurt, 1974, p. 184.

¹³ W. Fuchs, *Lexicon zur soziologie*, Opladen, 1978, p. 21.

¹⁴ G. Klaus y M. Buhr, *Marxistisch-leninistisches Wörterbuch der philosophie*, Hamburgo, 1973.

finir el concepto.¹⁵ A lo más han intentado describir algunos de sus rasgos más notorios.¹⁶

También me di cuenta de que no podía asignar un sentido previo a las revoluciones que iba a estudiar, pues ello podía bloquear mi propio trabajo. Ni siquiera me era posible suscribir las "causas generales" corrientemente aceptadas, como por ejemplo que el origen de las revoluciones se encuentra en la pobreza material de los pueblos.¹⁷

Aún no estoy seguro de si las revoluciones en América Latina han sido las "locomotoras de la historia". Si de todas maneras es así, habría que decir que esa locomotora avanza por otros rieles y a través de estaciones muy distintas a aquellas que le fueron asignadas teóricamente.

Antes de comenzar este trabajo he tenido que llevar a cabo un riguroso proceso de selección. Esto significa que las revoluciones aquí estudiadas no son todas las que son. Tal selección estaba por supuesto no sólo limitada por un criterio objetivo, sino también por las barreras de mi propio conocimiento. Sin embargo, hubo procesos que me costó un mundo marginar. Por ejemplo, había pensado escribir un capítulo cuyo título debía ser "las revoluciones invadidas" —que incluiría un paralelismo de los procesos vividos en Guatemala (1954), República Dominicana (1964) y Granada (1985)—, pero como mi trabajo alcanzaría así una dimensión desconocida, lo separé para trabajarlo alguna vez, si es que mis fuerzas me acompañan, como un texto aparte.

De acuerdo con mi concepción, la revolución de Túpac Amaru y las de independencia debían ser tratadas con cierta exhaustividad, pues a través de la derrota de la primera y del éxito de las segundas se fueron formando las bases de las actuales naciones latinoamericanas. En un comienzo intenté incluir también el caso brasileño, pero dado que esa historia decurría por cauces originarios muy distintos a los demás, decidí limitarme exclusivamente al "área hispanoamericana".

La revolución mexicana tenía un sitio preferencial asegurado. Más todavía: hoy estoy convencido de que si esa revolución hubiese sido analizada como la francesa o la rusa, muchas definiciones del concepto revolución habrían saltado por los aires.

¹⁵ J. C. Davies, "Eine theorie der revolution", en Wolfgang Zapf, *Theorien des sozialen Wandels*, Königstein, 1979, p. 399.

¹⁶ Para una descripción, véase Crane Brinton, *Die revolution und ihre Gesetze*, Frankfurt, 1959, pp. 348-366.

¹⁷ La afirmación más conocida es la de Alexis de Tocqueville en el sentido de que mientras mejor era la situación, más insoponible resultaba para los franceses; véase A. de Tocqueville, *Der alte Staat und die Revolution*, Basel, p. 219.

La revolución boliviana de 1952 ha sido una de las pocas del mundo en donde la "clase obrera" ha desempeñado un papel hegemónico y en donde, al mismo tiempo, los campesinos han actuado de manera independiente. Una revolución tan extraordinaria debía necesariamente incluirse.

Las razones por las cuales incluyo a la revolución cubana casi no necesito mencionarlas. Su influencia ha ido más allá de América Latina y todavía hoy una gran cantidad de movimientos de liberación del Tercer Mundo se miran en su espejo.

La de Chile, "la revolución que no fue", la incluí justamente por eso, porque su "no poder ser" era también un parámetro que me permitía medir por qué aquello que fracasó en mi país tuvo éxito en otros, y viceversa. Debo decir, además, que en este caso hice esfuerzos enormes para situarme en una posición objetiva; vale decir, para que la ira y el dolor que todavía me acompañan no se reflejaran en mis palabras. Espero haberlo logrado.

La revolución de los sandinistas tenía que ser analizada obligatoriamente no sólo por las particularidades especiales que ofrece un proceso histórico de larga gestación, sino además por la tremenda actualidad que todavía tiene. Este caso es un desafío a escribir historia sobre hechos no consumados.

Termino mi libro con un breve capítulo denominado "conclusiones finales" que pretende ser algo más que la suma o síntesis de las conclusiones de cada caso, pues si bien allí no hago referencia a mi "discurso del método", por lo menos explico "el método de mi discurso". La brevedad de ese capítulo estaba programada, ya que mi intención ha sido escribir un libro abierto a fin de que cada lector tenga la posibilidad de extraer muchas otras conclusiones que permitan no sólo discutir acerca del pasado, sino también con relación a nuestro incierto futuro.

Junio de 1987.

FERNANDO MIREs

1. LA REVOLUCIÓN DE TUPAC AMARU

Hoy Túpac Amaru es toda una leyenda, y muchos latinoamericanos lo consideran un símbolo. Pero curiosamente, y a diferencia de otros muchos héroes legendarios, el Inca Rebelde fue también una leyenda para su propio tiempo, pues muchos levantamientos sociales del continente se entendieron como parte constitutiva de la rebelión de Túpac Amaru, nombre cuya sola evocación parecía tener un sentido mágico. Y si la leyenda existió y existe es porque hubo y hay razones que la hicieron y la hacen posible.

En efecto, el movimiento encabezado por Túpac Amaru fue punto de articulación de un descontento generalizado de vastos sectores de la población indo-hispano-americana durante el periodo colonial. Por cierto, no fue ésta la única rebelión; tampoco fue la más exitosa, sobre todo si se tiene en cuenta que no sólo Túpac Amaru sino además gran parte de sus familiares y seguidores fueron cruelmente ejecutados. ¿Por qué fue entonces tan importante?

Una respuesta tentativa a la pregunta expuesta es que el movimiento de Túpac Amaru se situó en el justo medio entre dos procesos: uno, el de la resistencia indígena tardía frente a la colonización hispana; el otro, el de independencia política de las naciones hispanoamericanas; o diciéndolo en mejores términos: fue punto de culminación de muchos intentos aislados de resistencia y a la vez punto inicial o precursor de la independencia de América.

Conjuntamente con su ubicación histórica, la trascendencia del alzamiento tupamarista se explica también por su ubicación geográfica: nada menos que en el propio corazón de la economía virreinal, en una extensión que tuvo como epicentro desde el área limitada por las ciudades del Cuzco y Potosí hasta Jujuy en la actual Argentina, zona rica en yacimientos de plata y en donde tuvieron lugar las formas más espantosas de explotación de la fuerza de trabajo indiana.¹

¹ Según Jürgen Golte una causa para la difusión de la sublevación "parece haber sido la densidad demográfica. En conjunto, el área donde se desarrolló la sublevación general estaba más densamente poblada que la mayoría de las otras provincias. Los tres centros de la rebelión: Cuzco (Túpac Amaru), Omasuyo y La Paz (Túpac Catari) y Chayante (Tomás Catari) se ubican en puntos de concentración de la población." Jürgen Golte, *Repartos y rebeliones: Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*, Lima, Icp, 1980, p. 182.

Por último, la significación del movimiento de Túpac Amaru puede explicarse porque no sólo fue una simple rebelión, es decir no sólo fue un acto masivo de negación del orden existente, sino que fue también una auténtica revolución pues se proyectó en sentido positivo generando la visión de un nuevo orden social. Lo "nuevo" de ese orden debe entenderse —y ésta es una paradoja— como la restauración de antiguas relaciones sociales destruidas por los españoles, pero combinadas con elementos adquiridos durante la vida colonial.

UNA SOCIEDAD DESARTICULADA

Al decir que el movimiento tupamarista formaba también parte de los movimientos indígenas de resistencia anticolonial, estamos afirmando algo que contradice la divulgada imagen de la Colonia como un periodo apacible. Por el contrario, de principio a fin el periodo colonial está cruzado por muchas rebeliones, ya sea indígenas, ya sea criollas, ya sea ambas a la vez. Y la razón es clara: la sociedad colonial nunca constituyó un todo donde los individuos, los grupos y las etnias hubieran establecido relaciones de dominación y subordinación sobre la base de una legitimidad que más o menos se sobreentendiera. En este sentido, la sociedad colonial no sólo es movediza, es cataclísmica. Por lo tanto, la solidaridad más elemental entre los grupos que la conformaban no podía sino ser algo muy ficticio. Los símbolos comunes a la totalidad, como el reconocimiento de una religión común o la aceptación del dogma de la majestad real, no pasaban de ser eso: meros símbolos. De este modo, a diferencia de estudiosos de rebeliones sociales como Barrington Moore que han encontrado sus motivaciones principales en la violación de principios de legitimidad comunes a toda una sociedad, durante el periodo colonial hispanoamericano las rebeliones se dieron, a nuestro juicio, porque esos principios de legitimidad eran extremadamente débiles, o simplemente no existían.²

La razón principal de lo arriba expuesto reside en que los españoles americanos se constituyeron en América como una clase dominante mediante el simple recurso de la apropiación, sin haber pasado jamás por algún proceso "genético" que los hubiese llevado a ese lugar.³ Y lo más extraordinario

² Barrington Moore, *Ungerechtigkeit. Die sozialen Ursachen von Unterordnung und Widerstand*, Frankfurt, 1982, pp. 19-170.

³ Fernando Mires, *En nombre de la cruz. La Iglesia católica y la*

de todo es que, al constituirse como una clase dominante española que residía fuera de España, no pudo nunca asumirse como parte de la legalidad imperante en la metrópoli, viéndose así impulsada a crear en América, y sobre las bases de su dominación, una nueva legalidad configurada por el propio avance del proceso de conquista, esto es, basada en la ley del más fuerte. Desde el comienzo de la misma conquista tuvo lugar el desarrollo de una clase colonial que dominaba en términos efectivos, pero que formalmente debía obediencia a un Estado a cuya sociedad ya no pertenecía, perteneciendo sí a otra que estaba naciendo y que no sólo carecía de principios legales sino también de legitimidad.

Los antagonismos del periodo colonial ya estaban contenidos —y de una forma más que desarrollada— en el propio periodo de conquista. ¿Cómo podría extrañar entonces que en ese continente poblado de paradojas el primer grito por la libertad y emancipación de los españoles americanos hubiese sido dado ya en 1544 por Gonzalo Pizarro —en el propio escenario en donde más tarde actuaría Túpac Amaru, pero en nombre de la defensa de la libertad de los indios?⁴

UNA CONFLUENCIA DE REBELIONES MÚLTIPLES

Las contradicciones entre la Corona y la clase dominante en las Indias se extendieron a lo largo de todo el periodo colonial, aunque rara vez el poder político del monarca era cuestionado directamente. A la vez, las rebeliones indígenas en contra de la clase colonial fueron también numerosas, pero tampoco cuestionaban la legitimidad del poder real. Podemos decir entonces que había dos vertientes principales de rebeldía en Hispanoamérica: la de las clases propietarias (agrarías y/o mineras) cuando se sentían amenazadas en sus intereses inmediatos, y la de los sectores indígenas que persistían en recuperar parte de aquel pasado del que fueron tan violentamente desposeídos. Como es de suponer, era muy difícil que estas dos vertientes confluyeran, máxime si se tiene en cuenta que fluían en direcciones distintas y hasta contrarias. Ahora bien, la de Túpac Amaru fue una rebelión que como ya veremos tuvo la particularidad —por lo menos en su mo-

lucha por la defensa de los indios en Hispanoamérica, San José, Costa Rica, 1986, p. 78.

⁴ Acerca del tema véase Guillermo Lohmann Villena, *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro*, Valladolid, 1977, pp. 23-83.

mento inicial— de hacer confluir en una sola dirección a ambas corrientes.

Durante el siglo XVIII, debido a razones que ya anotaremos, las rebeliones crecieron en magnitud y frecuencia, y las audiencias, así como los virreinos de Lima y Buenos Aires, estaban abrumados con tantos disturbios y “tal vez los aceptaban como una característica constante de la sociedad colonial en aquellas áreas”.⁵ Por ejemplo, dejando de lado los levantamientos de negros y criollos en el territorio de Perú, o sea, sólo tomando en cuenta los de indios, y en el relativamente corto periodo entre 1542 y 1780, se pueden contar más de treinta rebeliones.⁶ Entre las más importantes hay que destacar la de Juan Santos Atahualpa (1542), la del inca Francisco Julián Ayala (1549), la de los caciques de Lima (1750), la de Trujillo (1758), la de Sica-Sica (1774), la de José Gran Kipse Tito Inga (1777) y la de Tomás Catari y sus hermanos (1778).

Por su extensión en el tiempo y en el espacio fue importante la rebelión encabezada por José Santos Atahualpa, que se prolongó hasta 1760.⁷ Su territorio de acción se extendía desde Tarma hasta Chanchamayo, que se constituyó en lo que hoy día se denominaría una “zona liberada”. Al igual que muchos caudillos rebeldes, entre los que contamos por supuesto al propio Túpac Amaru, Santos Atahualpa también descendía de la alta nobleza inca, de ahí que los indios vieran en él una suerte de “redentor histórico”. La suya fue una rebelión netamente indígena y los blancos y negros quedaron excluidos por decisión del propio jefe. Todas las comunidades indígenas de la región le prestaron apoyo y su autoridad fue acatada por “los amages, andes, conibos, campas, schipibos, simirinchés y hasta por los indómitos piros”.⁸

El método principal de Santos Atahualpa consistía en ir estableciendo puntos fijos de residencia desde donde partían

⁵ Oscar Cornblit, “Levantamientos de masa en Perú y Bolivia durante el siglo dieciocho”, en Tulio Halperin Donghi, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, p. 61.

⁶ Véase Atilio Sivirichi Tapia, *La revolución social de los Túpac Amaru*, pp. 42-47.

⁷ De la persona de José Santos Atahualpa es poco lo que se conoce. “Se sabe que para la época de la insurrección era un indio de treinta a cuarenta años de edad, de regular estatura y de no escasos méritos culturales, pues hablaba latín, quechua, castellano y campá.” (José Bonilla Amado, *La revolución de Túpac Amaru*, Lima, 1971, p. 97.) Parece haber sido originario de Cajamarca, Chachapoyas o Cuzco. (Carlos Daniel Valcárcel, *Rebeliones coloniales sudamericanas*, México, FCE, 1982, p. 56.)

⁸ Carlos Daniel Valcárcel, *op. cit.*, p. 50.

las avanzadas guerrilleras. En los diversos ataques efectuados a diversos pueblos, siempre eran respetadas las comunidades indígenas, que por lo general terminaban uniéndose a los destacamentos del Inca. La rebelión de Santos Atahualpa —al igual que la de Túpac Amaru después— logró despertar entre los indios sueños vindicativos que se expresaban fundamentalmente en la fundación de un nuevo reino incásico. La fuerza de atracción de esa idea se extendió incluso hasta Lima, en donde el indio noble Francisco Inca intentó establecer vinculaciones entre las rebeliones urbanas y el movimiento de la selva. Fue quizás en esos momentos cuando las autoridades españolas comprendieron que ya no sólo se encontraban frente a motines aislados sino frente a una insurrección indígena de gran envergadura que amenazaba incluso con extenderse a todas las regiones de Perú. De este modo, y a iniciativa del virrey de Superunda, se iniciaron ofensivas militares a mayor escala logrando desarticular la ya avanzada organización político-militar de los indios. Posteriormente continuarían estallando diversas rebeliones indígenas, casi siempre dirigidas por algún jefe mesiánico proveniente de las dinastías incásicas.

Sin embargo, raramente las rebeliones, pese a su frecuencia, lograban conectarse entre sí en un único gran movimiento social y, con excepción de la de Santos Atahualpa, no representaban una amenaza seria a la estabilidad institucional del virreinato.

Paralelamente a las rebeliones de naturaleza puramente indígena, que en cierto modo eran parte de un “pasado viviente”, las autoridades coloniales seguían enfrentando rebeliones populares de sectores criollos realizadas en el estilo iniciado siglos atrás por Gonzalo Pizarro. Poco tiempo antes de la rebelión de Túpac Amaru surgió en el Cuzco la llamada “conjuración de los plateros” (llamada así porque la mayor parte de los conjurados formaban parte del gremio de la platería), que fue dirigida por Lorenzo Farfán de los Godos. Esta rebelión agitó dos asuntos que serán una constante de casi todas las rebeliones posteriores: el exceso y monto de los impuestos, y los abusos cometidos por los corregidores cuya incidencia ya comentaremos. Debido a similares reivindicaciones surgieron levantamientos populares en Arequipa, Lambayeque y Quito.⁹ En todos estos últimos acontecimientos, los criollos, advirtiendo que por sí solos no estaban en condiciones de cuestionar el poder militar de las autoridades,

⁹ Sólo para el año 1780, el de la rebelión de Túpac Amaru, hay que consignar rebeliones en Arequipa, Huaraz, La Paz, Cuzco, Pocona, Chayanta, Chuquibamba, Huancalevica y Moquehua, y en Salta, Córdoba y Buenos Aires.

intentaron, primero tímidamente, buscar el apoyo de algunos caciques indios.

Así comenzaba a tener lugar, imperceptiblemente, un punto de encuentro entre las dos vertientes que mencionamos anteriormente, que unidas iban a formar un torrente muy difícil de contener. Por si fuera poco, en Lima comenzaba a surgir otra vertiente: la formada por grupos de criollos "ilustrados" en cuyas mentes ya germinaban ideas republicanas. En medio de aquel periodo lleno de protestas, levantamientos e insurrecciones estaba desarrollándose la personalidad de Túpac Amaru, un acomodado cacique que bregaba con la justicia a fin de que se cumplieran los derechos acordados por la propia legislación española respecto a su persona.

DIVERSAS ALINEACIONES SOCIALES

Las múltiples protestas que atraviesan el mundo colonial peruano durante el siglo XVIII, y que alcanzaron su punto culminante en la insurrección de Túpac Amaru, eran la expresión de distintas constelaciones sociales, que a su vez obedecían a un conjunto de contradicciones. Para entender mejor el significado de esas constelaciones se hace necesario, por una parte, intentar una caracterización de la sociedad colonial a la hora del levantamiento tupamarista y, por otra, tomar en cuenta algunas modificaciones específicas que han tenido lugar justamente en los momentos previos a los acontecimientos.

La sociedad colonial estaba polarizada y segmentada a la vez. Esto quiere decir que, a la par que se observa un permanente conflicto sociorracial entre los "blancos" y los indios y negros, existía además en el interior de las razas-clases¹⁰ otro tipo de contradicciones, que se agudizaron en forma extrema durante la segunda mitad del siglo XVIII. Para ilustrar lo dicho, cabe decir que en 1780 "la población del virreynato era aproximadamente de 1 800 000 personas. De éstas, cerca del sesenta por ciento pertenecían al sector indígena, veintiuno por ciento al de mestizos, doce por ciento al de los españoles y cinco por ciento al de negros y esclavos."¹¹ Además, como consecuencia de los diversos cruzamientos ra-

¹⁰ Acerca del tema de las "razas sociales", véase José Carlos Mariátegui, "El problema de las razas en América Latina", en *Ideología y política*, Lima, Amauta, 1969, p. 26.

¹¹ J. Golte, *op. cit.*, p. 42.

ciales que "producían" nuevos tipos sociales como los cholos, zambos, mestizos, mulatos, etc.¹² y del desarrollo de las industrias, de la burocracia, de la administración pública y de la urbanización, iba surgiendo un espectro sociorracial matizado, movedido y de comportamientos sociopolíticos imprevisibles. Si se nos permitiera una imagen podríamos decir que los levantamientos sociales de la época son como un caleidoscopio en donde todas las combinaciones de colores pueden ser posibles. Sin embargo, entre todas esas combinaciones se puede encontrar una tendencia principal: aquella que busca delinear un enfrentamiento polarizado entre "blancos" e indios, y que mientras más se desarrolla más minimiza los enfrentamientos que se dan dentro de la clase colonial entre criollos y peninsulares. Esto obliga, pues, a iniciar toda caracterización social del periodo a partir de la existencia de los dos polos mencionados.

La clase colonial

En el primer polo encontramos principalmente dos sectores: los representantes de la administración estatal y los criollos propietarios de haciendas y minas. Esta división implica reconocer la contradicción que se daba entre una *clase gobernante* y una *dominante*. Por una parte, una clase que gobierna pero que no domina, que ostenta cargos, títulos y privilegios en servicio de la metrópoli. Por otra parte, una clase que domina pero que no gobierna, que se siente con los atributos necesarios para ocuparse de la administración de sus propios intereses y que anhela ser la legítima representante de la sociedad emergente.

En el interior de cada uno de los sectores mencionados se daban también abiertos conflictos, y en el periodo en el que ocurrió la insurrección tupamarista existían serias desavenencias entre mineros y terratenientes.¹³ A partir de la segunda mitad del siglo XVIII la situación se volvió todavía más candente ante la pérdida de hegemonía que afectaba al sector minero, especialmente en Potosí y Oruro, debido al paulatino agotamiento de los yacimientos de plata.¹⁴ Todo esto había redundado en una crisis económica que afectaba profundamente a la región activando a muchos sectores sociales. De

¹² Richard Konetzke, *América Latina. II: La época colonial*, México, Siglo XXI (Colección Historia Universal, núm. 22), 1972, pp. 50-98.

¹³ O. Cornblit, *op. cit.*, pp. 74-75.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 72-77.

este modo los mineros veían en los terratenientes un grupo parasitario y estos últimos en los mineros personas aventureras y desconfiables. A la vez, los funcionarios reales eran considerados por ambos grupos como detentadores de privilegios que no merecían. Los conflictos se agudizaban incluso dentro del clero —entre clero regular y secular, entre clero peninsular y criollo, etc. Todo este conglomerado de conflictos se vio todavía más exacerbado una vez que fueron puestas en práctica las reformas modernizantes que caracterizan el reinado de Carlos III (1759-1788).

Las reformas del "despotismo ilustrado", inspiradas por ministros como Aranda, Campomanes, Jovellanos, Florida-Blanca, etc., intentaron resolver en favor del Estado las contradicciones que caracterizaban la sociedad colonial,¹⁶ y en términos generales tendieron a imponer una mayor centralización, una mayor eficiencia burocrática y, sobre todo, mayores tributaciones. Este último punto fue decisivo para el desencadenamiento de rebeliones sociales. Prácticamente no existe ninguna rebelión en la que el tema de las tributaciones no figure en un lugar destacado. Por cierto, en las continuas quejas relacionadas con el sistema impositivo no se culpaba al rey sino a los "malos funcionarios" y, entre éstos, a uno que se convertirá en el símbolo negativo de las rebeliones: EL CORREGIDOR. Pero antes de definir a este personaje tan importante es necesario hacer un breve acápito en torno al tema de las tributaciones.

Desde el mismo momento en que se inició la conquista aparecieron dos instituciones que con el tiempo devinieron antagónicas. Una, las reparticiones de indios, especialmente en sus formas más conocidas: la *encomienda* y la *mita*. La otra, los tributos. Incluso hay autores que en tal sentido han aventurado la tesis de que la contradicción fundamental que atraviesa todo el periodo colonial es la que se da entre dos diferentes modos de producción. Uno basado en la apropiación privada de los indios; el otro, en los tributos. Este último era defendido por los representantes del Estado y por sectores del clero, principalmente el regular. Las luchas que libraron los encomenderos contra las órdenes religiosas también podrían ser entendidas entonces como un intento de los primeros por hacer prevalecer las relaciones esclavistas

¹⁶ Incluso para autores como D. A. Brading (*Mineros y comerciantes en el México borbónico 1763-1810*, México, FCE, 1983, páginas 30-31), España, mediante las reformas borbónicas, llevó a cabo una suerte de segunda conquista, ya que por medio de ellas intentó un mayor control sobre las clases propietarias hispanoamericanas.

de producción sobre las tributarias.¹⁶ De este modo, las iniciativas borbónicas correspondieron al propósito —por supuesto muy tardío— del Estado español de mantener económicamente subordinada a la clase colonial. Las medidas relativas a una mayor libertad comercial en las colonias, que se pusieron paralelamente en práctica, eran una reivindicación mínima si se las compara con la inmensa carga que representaban los nuevos impuestos. El sistema impositivo ensancharía aún más la brecha entre las autoridades políticas y las clases propietarias criollas, hasta el punto de hacerla infranqueable.

Corregidores y repartos

Ahora bien, como la persona del Rey no podía ser cuestionada, nada más sencillo para la clase colonial que cuestionar a los "malos funcionarios". Y dentro de éstos hay uno que se convierte en el más "malo" de todos: el corregidor, que pasó a ser la víctima propiciatoria adecuada, pues logró concitar por igual tanto el odio de los colonos como el de los indios.

El cargo de corregidor había sido creado durante el periodo de la conquista y a la hora de la rebelión tupamarista era un anacronismo. Originariamente el corregidor debía cumplir tres funciones: recaudar los impuestos, distribuir a los indios en los diversos lugares de trabajo y "protegerlos". Como esta última función era absolutamente antagónica con las dos primeras, fue creado el cargo de "protector de indios", que no tardó en desaparecer.¹⁷

Con el tiempo, las funciones económicas del cargo se fueron mezclando con las políticas y el corregidor no tardó en convertirse en una suerte de pequeño dictador en cada lugar en donde establecía su mandato. La soberanía del corregidor era ejercida desde los pueblos en donde residía, pueblos que por ese solo hecho pasaron a convertirse en capitales de los "corregimientos". Los indios, mestizos, criollos y españoles que habitaban en cada "corregimiento" estaban sometidos a la autoridad directa del corregidor. Tal acumulación de poder sólo se entiende por el sentido que se le confirió al cargo en los momentos en que fue ideado. En efecto, se trataba de crear una suerte de representante en pequeño de la Corona,

¹⁶ Sobre el tema, véase Enrique Semo, *Historia del capitalismo en México: Los orígenes 1521-1763*, México, Era, 1975.

¹⁷ Acerca del tema, véase Guillermo Lohmann Villena, *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias*, Madrid, 1957.

a fin de que se opusiera al desarrollo de una clase señorial. De este modo se adivina por qué no era precisamente muy amado por los españoles.

Originariamente el corregidor debía recibir un salario del Estado. Sin embargo, debido al exiguo monto, fue autorizado para que practicara el llamado sistema de los repartos. Y aquí nombramos una institución que es la clave fundamental para entender las diversas rebeliones del periodo, las que, casi en su totalidad, se movilizaron en contra de los repartos.

El reparto o repartimiento "comprendía el monopolio del comercio obligatorio con los indios de los pueblos. El corregidor, que hacía de intermediario, propietario y mercader a la vez, podía venderles cierta cantidad de productos durante los cinco años de ejercicio del cargo y los indios estaban obligados a comprarlos".¹⁸ Con el repartimiento forzado de mercancías administrado por el corregidor "se rompía la autosubsistencia de los productores campesinos, quienes tenían que aceptar los bienes distribuidos y estaban forzosamente obligados a vender sus productos o fuerza de trabajo para pagar las 'mercancías' que se les habían repartido".¹⁹

Así, mediante el sistema de los repartos se vinculaba a las economías de autosubsistencia agraria con el capital comercial urbano y, a través de éste, con el propio mercado de la península. El corregidor, pues, era sólo el representante de la parte final de un complicado engranaje económico y es por ello por lo que tanto los indios como los campesinos pobres lo veían como la personificación de un sistema que no podían percibir en toda su amplitud. Hasta tal punto era odiada la institución de los repartos, que de 66 rebeliones ocurridas entre 1765 y 1799, todas, con excepción de una, se plantearon en contra de los repartos y por lo tanto en contra de los corregidores.²⁰

Cobrador de impuestos, alcalde y empresario privado eran funciones que estaban concentradas en la persona del corregidor. Era más que demasiado. Y como el ejercicio de tales actividades facilita el enriquecimiento rápido, el corregidor pasó a ser identificado como un personaje corrupto que creaba sus propias relaciones de poder y las utilizaba en forma brutal.²¹

La historia colonial de Perú está llena de acusaciones en

¹⁸ O. Cornblit, *op. cit.*, p. 96.

¹⁹ J. Golte, *op. cit.*, p. 25.

²⁰ *Ibid.*, p. 147.

²¹ Por lo demás, el número de repartimientos se triplicó entre los años 1754 y 1780, pasando de 1 224 108 a 3 672 324 pesos, cifra que corresponde, a grandes rasgos, al salario de aproximadamente 14 689 296 días de trabajo; J. Golte, *op. cit.*, p. 16.

contra de los corregidores hechas por los indios, debido al sistema de repartos, y por los criollos, especialmente comerciantes, que se resistían al sistema impositivo imperante. Considerando lo dicho, no resulta extraño que no sólo la de Túpac Amaru sino casi todas las rebeliones del periodo se hubiesen iniciado con la ejecución de algún corregidor. A las autoridades españolas no escapaba el sentido catalizador negativo que representaba el corregidor y no tardaron en darse cuenta de que era "uno de los más débiles eslabones de la administración colonial".²² Por lo mismo, en el momento de la insurgencia tupamarista ya se estaba preparando, paradójicamente, una legislación que haría desaparecer tal cargo.²³ También paradójico, y además irónico, resulta el hecho de que la persona a quien se le encargó sofocar a sangre y fuego la rebelión de Túpac Amaru, el visitador Areche, sería la misma a quien se le encargaría abolir los corregimientos y los repartos.²⁴

El potencial indígena de rebelión

En el otro extremo de la sociedad polarizada que hemos intentado describir se encontraban, naturalmente, los indios. La condición social no era pues, en los días de la colonia, separable de la condición racial.

Sin embargo existían diversos tipos de explotación de la fuerza de trabajo indiana, de modo que también en el sector indígena se puede observar una acentuada diferenciación social.

El núcleo desde donde se originaba la diferenciación social era la llamada mita. Como es generalmente sabido, la mita, como la encomienda, era una forma muy específica de explotación de la fuerza de trabajo de los indios: se trataba de un sistema basado en relaciones de producción inherentes a la propia sociedad indígena precolonial. Ya en las postrimerías del periodo colonial, la mita y los repartos constituían, para muchos administradores, formas de relación social obsoletas, que debían ser remplazadas por otras más modernas (salariales). El visitador Areche, por ejemplo, se pronunciaba abiertamente en contra de la mita en una carta dirigida nada menos que a Túpac Amaru el 23 de noviembre de 1771. En tal carta se puede leer: "La Mita según se practica en el Reino es, a mi entender, uno de los males que es

²² O. Cornblit, *op. cit.*, p. 100.

²³ *Ibid.*, p. 101.

²⁴ *Ibidem.*

fuerza cortar, brevemente, si queremos población, habilidad, y que se acerquen los Indios a lo que deben o pueden ser".²⁵

Entre los indios, antes de la llegada de los españoles, la mita había sido una suerte de servicio militar obligatorio aplicado al trabajo, principalmente al de tipo recolector y agrícola. Gracias a sus prestaciones de servicio, los indios mitayos habían recibido de parte del Estado los medios de sustento necesarios para ellos y sus familias. Los españoles, en cambio, se sirvieron de estas relaciones de producción orientándolas a la actividad minera y dándoles un sentido esclavista. Como era de esperarse, al poco tiempo la mita llegó a ser el principal medio de aniquilamiento de la población indígena. En 1633, los indios de las 16 provincias mitayas eran 40.115 millones; en 1662 eran 16 millones, y en 1683 eran 10.633 millones.²⁶

Conjuntamente con los indios mitayos hay que señalar a aquellos que eran dispuestos para los servicios personales en los trabajos de tipo doméstico y público. Éstos fueron los llamados "yanaconas", quienes por tener asegurados algunos medios de subsistencia se encontraban, en comparación con los mitayos, en una situación privilegiada.²⁷

Los sistemas de explotación colonial crearon además una enorme población indígena errática conformada tanto por aquellos indios cuyos sistemas de producción originarios habían sido destruidos y no habían sido incorporados, como por aquellos que habían logrado escapar de los sistemas de explotación imperantes. Tales indios vagaban por los más diversos lugares y a veces eran empleados en trabajos de tipo ocasional; eran los llamados indios "forasteros". A veces algunos se reintegraban en alguna comunidad, pero por lo general eran verdaderos parias: ni registrados por censo alguno, ni empadronados por ninguna autoridad, sin tierras, sin jefes, sin ley. Pero, así y todo, para la gran mayoría de estos indios, su condición errática era preferible al trabajo forzado de las minas. Que el número de forasteros no era nada reducido se deja ver en una encuesta que mandó hacer el virrey de Superunda. De un total de 140 000 indios adultos varones, nada menos que 55 000 eran forasteros, lo cual representa alrededor de un 40% de los indios adultos varones registrados.²⁸

No es difícil imaginar entonces que el considerable número de indios forasteros era un permanente potencial de rebello-

²⁵ Colección documental de la independencia del Perú, II: La rebelión de Túpac Amaru, vol. 2, Lima, 1971, p. 78.

²⁶ R. Konetzke, *op. cit.*, p. 186.

²⁷ Juan de Matienzo, *Gobierno del Perú*, Lima-París, 1567, p. 25.

²⁸ O. Cornblit, *op. cit.*, p. 88.

nes y revueltas de todo tipo. En este sentido, no puede ser ninguna casualidad que en las zonas donde hubo mayor número de rebeliones, como Cochabamba, Oruro y el Cuzco, el número de indios forasteros también fuera mayor. Tales rebeliones eran incentivadas por las propias autoridades españolas, que cada cierto tiempo iniciaban campañas con el objeto de integrar a los forasteros, sobre todo, al trabajo de las mitas, algo que los indios, naturalmente, no acataban sin resistir.

Debido a su condición nómada, los forasteros eran por lo general excelentes guerreros, y como los caracterizaba un odio sin límites hacia los españoles, podían ser reclutados fácilmente por los jefes indios rebeldes, sobre todo cuando se trataba de algún inca mesiánico que los conduciría a aquellas tierras prometidas que eran el trasfondo de su propia historia.

Los indios forasteros constituían objetivamente un enorme "ejército esclavista de reserva" y fueron aprovechados en sistemas de trabajo que habían surgido con el desarrollo de la propia sociedad colonial. Uno de estos sistemas era el de los llamados "obrajes", sobre todo los textiles, verdaderas industrias primitivas donde los indios trabajaban a cambio de salarios miserables. Originariamente los obrajes habían sido establecidos a fin de resolver los problemas derivados de la escasez de ropa, pues las telas provenientes de la metrópoli o eran muy caras o eran muy pocas para satisfacer la demanda propia de las colonias.²⁹ Por lo general los obrajes pertenecían a empresarios particulares.³⁰ Los obrajes del Cuzco alcanzaron tal desarrollo que rápidamente sobrepasaron la demanda local y convirtieron la ciudad en uno de los principales centros de abastecimiento textil del periodo colonial. Las reivindicaciones que exigían los indios de los obrajes se referían casi siempre a los bajos salarios y a las pésimas condiciones de trabajo.

De este modo, las rebeliones del periodo apuntaban a objetivos muy concretos. En primer lugar, la abolición de repartimientos y la supresión del cargo de corregidor (reivindicación ésta que también era apoyada por sectores criollos). En segundo lugar, en contra de la mita y otros tipos de trabajo forzado. Por último, por reivindicaciones de tipo pre-capitalista. Y si estos objetivos se unen a los de los movi-

²⁹ Julio César Chávez, *Túpac Amaru*, Buenos Aires, 1973, p. 22.

³⁰ Como el enorme obraje de Pomacanchi, por ejemplo, cuyo accionista era don Bernardo de Lamadrid. Acerca del tema, véase Eulogio Zudaire Huarte, "Análisis de la rebelión de Túpac Amaru en su bicentenario (1780-1980)", en *Revista de Indias*, enero-diciembre de 1980, año XL, Madrid, p. 25.

mientos criollos en contra de los elevados impuestos y la ineptitud de la burocracia, se explica por qué nunca la sociedad colonial pudo encontrar un mínimo de equilibrio interno.

En el diversificado polo indígena de la sociedad colonial hay además otro sector social sin cuya existencia rebeliones como las de Túpac Amaru nunca hubieran sido posibles: nos referimos a la antigua nobleza incásica, particularmente a los caciques, llamados también "curacas".

Desde el comienzo de la conquista los españoles intentaron ganar la voluntad de los caciques. El objetivo era claro: si los jefes indios colaboraban, resultaba mucho más fácil que sus seguidores hicieran lo mismo. De este modo las antiguas clases altas indígenas fueron atraídas a cambio de algunas concesiones, como el reconocimiento de su linaje y de sus haciendas, algunos privilegios económicos como la exención de la mita o la recepción de rentas, cargos públicos como el de recaudador de impuestos, etc. Así, los caciques llegaron a conformar una suerte de clase media acomodada en la sociedad colonial, teniendo que hacer muchas veces de intermediarios entre indios y españoles. A veces podía ocurrir que los caciques, en lugar de ponerse al servicio de los colonos, preferían actuar como representantes o abogados de los indios. En los momentos de crisis había caciques que no resistían la tentación —debido a la ascendencia que tenían sobre los indios— de convertirse en jefes insurgentes.³¹ Pero también había caciques que se resignaron a ser aliados de segundo orden de los españoles, y muchos de ellos lucharon contra los rebeldes. Por último, debido al lugar social intermedio que ocupaban, hubo caciques que se plegaron a las rebeliones, pero que ante la perspectiva de la derrota abandonaron rápidamente la causa.

Los caciques no eran pocos. "Alrededor de 1770 existían en el virreynato del Perú unos 2 300 curacas, cifra que representaba el uno por ciento de los indios tributarios."³² Para la administración española había otro problema adicional: el número de indios aristócratas era considerablemente mayor que los puestos de curacas disponibles. De ahí que las autoridades tenían que contar con la existencia de una suerte de "baja nobleza" india que presionaba por el reconocimiento de sus títulos y que anhelaba ocupar la posición de los cu-

³¹ Túpac Amaru fue precisamente uno de los caciques que tomó más en serio su papel de "abogado" de los indios. Por ejemplo, en una comunicación dirigida a la Audiencia de Lima el 18 de diciembre de 1777 se pronuncia en contra de "los imponderables trabajos que padecen [los indios] en las minas de Potosí". Véase *Colección...*, cit., p. 83.

³² O. Cornblit, *op. cit.*, p. 89.

racas. Los nobles indios amenazaban con levantarse en rebelión en caso de no ver logradas sus reivindicaciones. El mismo Túpac Amaru, poco antes de su legendaria epopeya, estaba ocupado en complicados trámites a fin de que le fuera reconocida su ascendencia incásica.

Interesante es también constatar que los caciques, por ser en su mayoría comerciantes o dueños de tierras, estaban obligados a establecer relaciones con sectores de criollos, y con el tiempo no tardó en aparecer una identificación de intereses entre ambos grupos. De este modo, cuando se trata de vincular el descontento de los criollos con el de los indios, la pieza clave es el cacique. En momentos excepcionales, como fue el que protagonizó Túpac Amaru, el cacique era algo más que un jefe indio: era también un caudillo popular.

EL CAUDILLO

Ya se adivina quizá por qué, como pocos caciques, Túpac Amaru reunía las condiciones precisas para —en una situación histórica también muy precisa— llegar a ser el caudillo de la primera revolución social hispanoamericana. José Gabriel Condorcarqui, que era su nombre de origen, nació el 19 de mayo de 1738 en Surinama, pueblo de la provincia de Tinta. Descendía del último Inca Túpac Amaru, ajusticiado en el Cuzco en 1572. Hijo de cacique, se casó en 1760 con Micaela Bastidas, hija de criollo e india. A su posición social, relativamente privilegiada, sumaba un grado de instrucción bastante peculiar para la época. En sus años juveniles fue alumno del colegio jesuita "San Francisco de Borja" y posteriormente fue un gran aficionado a los libros. Cuando residió en Lima estableció algunos contactos con la intelectualidad iluminista del período. Por lo tanto, por educación y origen, se movía con bastante comodidad entre determinados círculos criollos y entre los indios. Además, por su condición económica, era comerciante, y éste no es un detalle secundario, pues a fines de 1766, pasados los veinticinco años, "había recibido, conjuntamente con el título de cacique, setenta piaras de mulas (trescientos cincuenta animales), con las que se dedicó al transporte de mercancías".³³ Esto significa que, al igual que muchos comerciantes criollos, fue afectado por la oleada de impuestos que se desató durante

³³ Daniel Valcárcel, *La rebelión de Túpac Amaru*, México, FCE, 1965, p. 44.

el periodo borbónico. El oficio de transportador de mulas le sirvió asimismo para ir estableciendo todo un sistema de relaciones amistosas entre personas que de distinta manera resultaban afectadas por los corregimientos, repartos, mitas e impuestos. De este modo la red de amistades de Túpac Amaru se extendía "en un territorio que abarcaba la comarca de Tinta, Pomamarca, Tungasuca y Surinama".³⁴

Las primeras desavenencias entre Túpac Amaru y las autoridades españolas ocurrieron por simples asuntos personales. Haciendo valer su descendencia incásica, el indio deseaba obtener un título de nobleza y tal ocasión se le presentó en 1577 cuando quedó vacante el marquesado de Oropesa. Tal título no le fue otorgado. Quizá si las autoridades españolas lo hubieran hecho, se habrían ahorrado después muchos dolores de cabeza. Este hecho acentuó al parecer sus resentimientos en contra de la administración limeña. Pero, tal vez, la búsqueda de un título por parte de Túpac Amaru era parte de su propio plan de acción, pues de haberlo obtenido su ascendencia sobre indios y criollos hubiese sido todavía mayor.³⁵

La estadía en Lima parece haber desempeñado un papel importante en el desarrollo político de Túpac Amaru; en eso hay coincidencia entre todos los historiadores que se han ocupado del tema. La propia esposa de Túpac Amaru, Micaela Bastidas, afirmó una vez: "a mi marido le abrieron los ojos en Lima".³⁶ Tal afirmación es muy creíble. Cuando llegó a Lima, el indio ya había tenido muy malas experiencias con las autoridades administrativas locales, especialmente con el corregidor.³⁷ Además no hay que olvidar que en algunos casos la función de cacique —y Túpac Amaru lo era en Tungasuca— implicaba, entre otras muchas funciones, la de recaudar impuestos, que la legislación de Indias también otorgaba al corregidor. Era imposible entonces que corregidores y caciques no establecieran competencias de poder. De este modo, más de algún criollo perspicaz pudo haber notado las cualidades especiales que reunía Túpac Amaru para convertirse en insurgente: indio noble, resentido hacia la administración co-

³⁴ Magnus Mörner, "Para la historia social del movimiento tupacamarista: los aportes de un proyecto de investigación histórica", en *Actas del Coloquio Internacional, Túpac Amaru y su tiempo*, Lima-Cuzco, p. 421.

³⁵ Atilio Sivirichi, *op. cit.*, p. 47.

³⁶ C. Valcárcel, *Rebeliones coloniales...*, cit., p. 73.

³⁷ Túpac Amaru había tenido litigios con los corregidores Gregorio Viana, Pedro Núñez de Ayona, Juan Antonio Raparcey y Antonio Arriaga, de Tinta, y con Manuel López de Castilla, del Cuzco. A. Sivirichi, *op. cit.*, p. 53.

lonial, bastante culto e instruido, inteligente, ambicioso y, sobre todo, con gran ascendencia sobre los caciques y demás indios de su localidad, pues no perdía ocasión para representar sus intereses frente a las autoridades. Por otra parte, los oídos de Túpac Amaru parecen no haber sido sordos a las insinuaciones que recibió en Lima. Está probado, en cualquier caso, que el indio tuvo contacto con círculos políticos alentados por el propio clima liberalizante y reformista que provenía de la España borbónica. Allí actuaba un personaje proveniente del Cuzco llamado Miguel Montiel, conocido por sus posiciones antimonárquicas y que fue quien le proporcionó dinero para que regresara a Tungasuca.³⁸

En el Cuzco, Túpac Amaru también estableció contacto con círculos de la aristocracia criolla local, que estaban resentidos por los arbitrarios desmanes de que hacían gala los corregidores y que veían en la posibilidad de una rebelión un medio para presionar a las autoridades a fin de que se deshicieran del nefasto funcionario, justo en los momentos en que las opiniones oficialistas daban señas de querer hacerlo. Por lo menos se sabe que importantes cuzqueños, como la familia Ugarte y el presbítero Castro, le dieron apoyo a Túpac Amaru y que incluso fue incitado por quien más tarde se convertiría en su más fiero enemigo, el obispo Juan Manuel de Moscoso y Peralta, que tenía sus propios litigios con el corregidor de la provincia de Tinta.³⁹ Naturalmente, este apoyo inicial estaba condicionado a que el movimiento se limitara exclusivamente a lo establecido por la clase criolla, expectativa que Túpac Amaru no iba a cumplir.

En una zona socialmente turbulenta, Túpac Amaru era pues la persona indicada para ser la figura integradora que el momento exigía.

LA MUJER REBELDE

Asociado al nombre de Túpac Amaru encontramos siempre el nombre de su mujer: Micaela Bastidas. Este tampoco es un hecho casual. Prácticamente en todas las rebeliones del periodo es posible ubicar, al lado de los grandes caudillos, sus complementos femeninos. Así, en la rebelión del Alto Perú paralela a la de Túpac Amaru, dirigida por Túpac Catari, des-

³⁸ *Ibid.*, p. 74.

³⁹ Sobre el tema, véase Francisco Loayza, *La verdad desnuda*, Lima, 1943.

tacan las figuras de dos mujeres: Bartolina Sisa, esposa, y Gregoria Apasa, hermana del jefe. Poco tiempo después la rebelión de los comuneros de Nuevo Socorro, en 1781, sería también iniciada por una mujer: Manuela Beltrán.

Micaela Bastidas, así como las demás mujeres rebeldes, no fueron simples figuras decorativas al lado de un gran caudillo. Por el contrario: representaban la expresión más radical de las rebeliones. Micaela Bastidas, por ejemplo, tomó muchas veces el mando de las tropas tupamaristas. Igualmente realizó funciones como jefe de gobierno. Era ella también la que organizaba la provisión, movilizaba los destacamentos, administraba las tierras liberadas, etc.⁴⁰ Cuando Túpac Amaru vacilaba en su avance hacia el Cuzco, Micaela Bastidas lo instaba a ocupar la ciudad a sangre y fuego, algo que en definitiva no ocurrió pues se impusieron las posiciones del caudillo quien hasta el último momento pensó en concertar un compromiso con las autoridades.

La participación activa de las mujeres en las rebeliones del periodo tiene que ver seguramente con el hecho de que se trataba de auténticos movimientos *de la población*; también se explica por el propio sentido de la estrategia militar que apuntaba siempre a la constitución de "zonas liberadas", donde se establecían lugares de residencia y adonde se trasladaban las familias completas de los combatientes. Pero estas razones no dan cuenta de otro hecho: de que las mujeres eran, por lo común, más radicales que los hombres. La causa de lo expuesto reside, a nuestro juicio, en que dentro del marco de las rebeliones sociales específicamente indígenas y/o populares, las mujeres en cuanto tales tenían cuentas propias que saldar con la clase colonial. Siendo, al igual que los hombres, víctimas de los repartos, de la mita, de los obrajes, etc., fueron también, desde el mismo comienzo de la conquista, víctimas de la explotación sexual de los conquistadores. Paralelamente a los repartimientos de indios existían, por ejemplo, los repartimientos de mujeres, aceptados tácitamente como parte del botín de guerra. Los jefes conquistadores se ufanaban de ser magnánimos repartidores de mujeres entre los soldados.⁴¹ Como han atestiguado los propios cronistas del periodo de la conquista y de la colonia, las violaciones de mujeres eran un hecho cotidiano, un derecho "natural" del vencedor. Incluso muchos sacerdotes tenían las casas parroquiales atestadas de concubinas. Ni siquiera las mujeres pertenecientes a la nobleza india escapaban de los

⁴⁰ Jan Szeminsky, *Los objetivos de los tupamaristas*, Varsovia, 1982, p. 164.

⁴¹ F. Mires, *op. cit.*, p. 94.

conquistadores, y muchas de ellas fueron obligadas a casarse con soldados a fin de asegurar jurídicamente las posesiones territoriales mediante la vía del matrimonio. El patriarcalismo medieval europeo fue impuesto en las Indias en todo su rigor y las mujeres, después del momento orgiástico que caracterizó a los periodos iniciales de la conquista, fueron sometidas a un sistema de opresión extremadamente rígido. Al igual que lo que ocurrió en la Europa medieval, aquellas que osaban rebelarse eran perseguidas, condenadas y ejecutadas. Las actas de los tribunales de la Inquisición están llenas de casos de mujeres acusadas de "brujería".

La radicalidad extrema de mujeres como Micaela Bastidas debe ser entendida entonces como expresión de vindicaciones femeninas en el marco de rebeliones sociales amplias. La contraparte de ese radicalismo fue la extrema crueldad con que procedieron las autoridades hacia las mujeres rebeldes después de haber sofocado los levantamientos. Mediante las torturas más horribles y las muertes más espantosas querían sentar un precedente a fin de que las mujeres jamás se atrevieran a abandonar las cocinas.⁴²

LA EJECUCIÓN DEL CORREGIDOR

Después de un almuerzo con algunos notables del Cuzco, en el que también se encontraba Túpac Amaru, el corregidor español Juan Antonio de Arriaga fue hecho prisionero por el cacique en el camino de regreso a Tinta (4 de noviembre de 1780). Túpac Amaru condujo al corregidor al reducto de Tungasuca, donde ordenó que fuese ahorcado por su propio esclavo Antonio Oblitas. En el acto de ejecución se cortó la cuerda de la horca y Arriaga huyó desesperado hacia el templo. El mismo Túpac Amaru corrió tras él y lo trajo de nuevo para ahorcarlo definitivamente.⁴³

El anterior fue sólo uno de los miles de actos de extrema crueldad cometidos en el periodo. Las ejecuciones, las torturas, los descuartizamientos, las mutilaciones de orejas, lenguas y genitales, son hechos que nos demuestran en qué medida el odio social se había apoderado de los actores del

⁴² Sobre el tema, véase "La mujer en la revolución de 1780, por las historiadoras cuzqueñas Nélida Silva Hurtado, Delia Vidal de Villa, Fanel Guevara Guillén y Ana Bertha Viscarra Ch.", en *Actas del Coloquio Internacional*, cit., pp. 285-348.

⁴³ Véase Eulogio Zudarte Huarte, *op. cit.*, p. 15; también *Colectión...*, cit., tomo II, vol. 1, p. 479.

proceso. Los indios, tradicionalmente mansos, se comportaban con sus enemigos, en cuanto tenían una oportunidad, con una crueldad increíble. Pero esta crueldad no era sino la contrapartida de la que habían impuesto los españoles por toda América. Como en muchas ocasiones históricas, los oprimidos, en este caso, no hacían sino ajustarse a las propias reglas impuestas por los opresores. El terror, por lo tanto, no era signo de fuerza de ninguno de los dos bandos en contienda. Por el contrario, cada uno se sabía inferior respecto al otro. La clase colonial no había podido jamás imponer una suerte de "paz romana". Los indios no tenían la suficiente fuerza para quitarse las amarras. El terror y la violencia eran simples recursos mediante los cuales se trataba de amedrentar al adversario, ya que convencerlo era algo absolutamente imposible. Hasta el final de la época colonial las reglas que primaban eran las de la guerra, no las del consenso.

La ejecución de un corregidor —y el desdichado Arriaga no sería ni el primero ni el último en la larga fila de corregidores ejecutados por jefes indios insurgentes— adquiría además un sentido simbólico, pues —como está dicho— en la persona de tal funcionario se concentraban diversos descontentos sociales, y la muerte de alguno de ellos no entristecía, ni mucho menos, a criollos e indios. Túpac Amaru le otorgó a su lucha un carácter inicial orientado principalmente contra las personas de los corregidores. En una carta dirigida al cacique don Diego, fechada el 15 de noviembre de 1780, ordenaba terminantemente: "Por orden superior doy parte a usted tenga comisión para extinguir corregidores en orden del bien público."⁴⁴ Y para que no hubieran dudas, el mismo día dirigió otra carta a su primo Bernardo Sucaragua: "Tengo orden para extinguir corregidores, lo que comunico a usted para que haga lo mismo que yo."⁴⁵

El corregidor era, en buenas cuentas, una víctima propiciatoria. Con el acto de ejecución, Túpac Amaru quería asimismo dejar establecido que sólo contra esa institución, y contra ninguna otra, se dirigía el movimiento que comenzaba; que la ejecución, por lo tanto, "en nada contradecía la obediencia. Que resarcía los quebrantos que observaba en la Fe católica, pues ella era toda su veneración, y el Cuerpo Eclesiástico su respeto."⁴⁶

Túpac Amaru hizo todo lo posible por hacer aparecer la ejecución como un acto de ejercicio de la soberanía popular a fin de salvaguardar los dos principios más elementales

⁴⁴ Véase *Colección...*, cit., p. 270.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 271.

⁴⁶ J. Szeminsky, *op. cit.*, p. 14.

de la sociedad colonial: la religión y la obediencia al Rey. Pero por más que intentara ubicar la ejecución en el marco de la legalidad imperante, Túpac Amaru no podía borrar de la conciencia de los presentes la confirmación de que en la plaza de Tungasuca se había asesinado nada menos que a un representante de la Corona. Imperceptiblemente, en el patíbulo era cortado un vínculo que, por lo demás, entre los indios no tenía por qué ser muy fuerte. La ejecución era, en este sentido, un acto de exorcismo. A partir de ahí emergía un temeroso sentimiento de libertad. Y lo más decisivo: quien había hecho ejecutar al corregidor era nada menos que un descendiente de los incas, esto es, el representante de aquel reino que la subconciencia indígena consideraba todavía legítimo. En ese terrible acto de violencia tenía lugar nada menos que el ejercicio de una soberanía política.

Los criollos que en función de sus intereses personales impulsaron a Túpac Amaru no calcularon la tempestad que se desataría. Quizá Túpac Amaru tampoco. Por eso, en su discurso, el indio, como temiéndose a sí mismo, trató de detenerla. Pero ya era tarde. Desde ese momento no tenía más opciones que o traicionar el movimiento insurreccional o ponerse a su cabeza.

Que Túpac Amaru no traicionaría el mandato tácito emergente de la rebelión se demostraría de inmediato. Poco después de ejecutado Arriaga tuvo lugar un hecho que debe haber alarmado aún más tanto a españoles como a criollos: la destrucción de los obrajes.

Al mando de los indios de Tungasuca, Túpac Amaru inició su marcha en dirección al Cuzco y en el camino fueron destruidos los obrajes de Pomacanchi y Quipucocha. Este acto tiene, a nuestro juicio, un significado más decisivo que la ejecución del corregidor, pues era la prueba de que Túpac Amaru representaba los intereses de los más pobres y no sólo los de un grupo de criollos descontentos. Así se explica que después de la destrucción de los obrajes se fueran uniendo a las huestes rebeldes, además de indios, mestizos, zambos, mulatos y criollos, muchos negros esclavos, y hasta algunos españoles descontentos. El ejército tupamarista fue creciendo de una manera sorprendente. A los pocos días de comenzada la rebelión ya contaba con más de diez mil indios y alrededor de mil mestizos y negros esclavos.⁴⁷

⁴⁷ Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América*, Buenos Aires, Losada, 1972, p. 247.

EL CARÁCTER SOCIAL DE LA REBELIÓN

Con la destrucción de los obrajes, Túpac Amaru mostraba su decisión de ligar los descontentos de la sociedad colonial con las reivindicaciones más sentidas por los indios, como eran aquellas que se derivaban de los sistemas de explotación social existentes.

Para Túpac Amaru era decisivo que la radicalización del movimiento indígena no fracturara las relaciones con grupos descontentos de criollos, de ahí que siempre intentara encontrar fórmulas que establecieran un mínimo de equilibrio entre ambos sectores. De este modo, después de haber destruido los obrajes, Túpac Amaru volvió sobre sus pasos y en su primer edicto, emitido en la provincia de Lampa el 15 de noviembre de 1780, trató de recuperar la legitimidad inicial del movimiento. Por ejemplo, en las palabras iniciales del edicto se puede leer: "Por cuanto el Rey me tiene ordenado proceda extraordinariamente contra varios corregidores [...]".⁴⁸

Es decir, Túpac Amaru intentaba presentarse como defensor de la legitimidad del monarca, bajo cuya orden habría actuado, algo que por lo demás sólo podía probar mediante el recurso de los malabarismos retóricos.

Sin embargo, un día después, el 16 de noviembre de 1780, Túpac Amaru publicó su famoso "Bando de la Libertad de los Esclavos". En dicho bando, Túpac Amaru, "Indio de la Sangre Real de los Incas y Tronco Principal",⁴⁹ hizo saber "a los peruanos vecinos estantes y habitantes de la ciudad del Cuzco, Paysanaje de Españoles y Mestizos, Religiosos de todos los que contiene dicha ciudad, Clérigos y demás personas distinguidas que hayan contraído amistad con la Gente Peruana, concurren en la misma empresa que hago favorable al bien común de este Reyno por constatarne las hostilidades y vejámenes que se experimente de *toda Gente Europea*, quienes sin temor a la Magestad Divina ni menos obedecer a las Reales Cédulas que Nuestro Natural Señor enteramente han preparado sobrepasando los límites de la Paz y quietud de nuestras tierras haciendo vejamen y agravios, aprovechándose del bien común, dejando aun perecer a los nativos. Y como cada de por sí tiene experimentado *el riguroso trato europeo*; en esta virtud han de concurrir con excepción de personas a fortalecer la mía, desamparando totalmente a los chapetones y aun que sean Esclavos, a sus amos, con aditamentos de que *quedarán libres de la servidumbre*, y faltan-

⁴⁸ Colección..., cit., t. II, p. 274.

⁴⁹ A. Sivirichi, *op. cit.*, p. 67.

do a la ejecución de lo que aquí se promulga, experimentarán los contraventores, el rigor más severo que en mí reservo a causa de la desidia, indefectiblemente sean Clérigos, Frayles o de otra cualquiera calidad y carácter."⁵⁰

De la letra del bando se desprende en primer lugar que Túpac Amaru intentaba, nada menos que en nombre de la majestad real (recurso que aquí no puede tener sino un carácter formal), constituir una especie de frente social anti-europeo. A formar parte de ese bloque llama a los "peruanos" de la ciudad del Cuzco. Pero, en segundo lugar, Túpac Amaru pide el apoyo de la mayoría de los pobres de la región. En otras palabras, encontramos en ese documento la proposición para formar un amplio frente social en contra de los peninsulares, partiendo de los intereses de los más humillados.

Es de suponer entonces que muchos criollos que en primera instancia apoyaron a Túpac Amaru deben de haberse asustado ante la radicalidad de los planteamientos del jefe indio. Porque muchos podían ser sus conflictos con las autoridades, mas no tantos como para que estuvieran dispuestos a pagar el precio de entregar sus propios privilegios. De este modo, el bloque social "antieuropeo" concebido por Túpac Amaru comenzó a perfilarse desde sus comienzos como *una rebelión popular hegemonizada por el sector indígena*. Es evidente que Túpac Amaru deseaba el apoyo de los criollos y hasta el último momento de su lucha hizo por obtenerlo. Pero también sabía que sin el máximo apoyo de los indios cualquier posibilidad para enfrentar a los destacamentos españoles estaba perdida de antemano. Gracias efectivamente al apoyo que le prestaron las muchedumbres plebeyas pudo Túpac Amaru obtener su primera victoria militar, el 17 de noviembre de 1780, en la aldea de Sangarara, situada a cinco leguas de Tinta. El triunfo de Sangarara aumentaría todavía más el prestigio y la influencia de Túpac Amaru. Pero allí también fueron incendiados la iglesia y el templo del lugar, en un acto que el Inca no pudo controlar y que después le costaría, como ya veremos, muy caro.

LA DOBLE REVOLUCIÓN

El intento de conservar una alianza entre criollos e indígenas se probó como algo muy difícil y le planteó a Túpac Amaru dramáticas opciones. Sabía por una parte que si hacía dema-

⁵⁰ Colección..., cit., pp. 271-272.

siadas concesiones al bando criollo, perdería gran parte del apoyo indígena; y al revés, que si se apoyaba exclusivamente en los indios (negros, mulatos y mestizos además) no tenía ninguna posibilidad de victoria frente a una compacta unidad de los "blancos". Pronto comprendería Túpac Amaru que la empresa que tenía por delante era la de realizar una doble revolución, la de los criollos y la de los indios, y que su estrategia consistía en unirlos, de modo que la realización de una no anulara a la otra. Habiéndose iniciado los acontecimientos sobre la base de las mínimas reivindicaciones comunes a ambos bandos (impuestos, repartimientos, hostilidad frente a los corregidores), la gran cantidad de contradicciones sociales acumuladas durante el periodo determinaron que lo que quizá no era sino una rebelión entre muchas adquiriera rápidamente las formas de una auténtica revolución social. Doble revolución donde una, la de los indios, se contenía en la otra, la de los criollos, pero que, no cabiendo en ella, pugna por superarla. A fin de tranquilizar a los criollos, Túpac Amaru emitió muchas declaraciones. En uno de sus edictos a los moradores de Lampa, enviado desde su reducto de Tungasuca el 25 de noviembre de 1780, se lee por ejemplo que el enemigo principal son los "chapetones" (españoles). Y refiriéndose a los criollos dice: "Sólo siento de los paisanos criollos a quienes nunca ha sido mi ánimo se les siga ninguna justicia sino que vivamos como hermanos y congregados en un cuerpo."⁵¹

Pero Túpac Amaru también les advertía que su actitud positiva hacia ellos no podía ser considerada, bajo ningún motivo, como incondicional: "[...] si eligen este dictamen no se les seguirá perjuicio alguno, pero si despreciando ésta mi advertencia hicieren al contrario, experimentarán su ruina, convirtiendo mi mansedumbre en saña y furia."⁵²

En el fondo, las dos revoluciones emergentes no hacían sino expresar la división tajante entre *dos naciones potenciales*. Por un lado, la nación criolla, cuyo punto de partida se encuentra sólo en el periodo colonial como resultado de las relaciones sociales originadas por las propias guerras de conquista; por otro lado, la nación indígena, cuyos orígenes se remontaban a siglos de historia sepultada y que mediante el acto de la subversión pretendía resurgir. De acuerdo con la primera revolución, se trataba de consagrar de hecho a la clase colonial *dominante* como una clase *dirigente*. De acuerdo con la segunda, se trataba de *restaurar*, sobre la base de las nuevas condiciones, a la nación indígena.

⁵¹ *Ibid.*, p. 303.

⁵² *Ibidem.*

En el marco de lo expuesto se pueden entender las diferencias de estrategia que separaban a Túpac Amaru de su mujer cuando las tropas rebeldes avanzaban hacia el Cuzco. Para Micaela, pese a ser semicriolla, se trataba de decidir de una vez por todas el carácter indígena-popular de la revolución. Por ello no tenía muchas reservas para asaltar la ciudad. En una carta suya a Túpac Amaru, con fecha 6 y 7 de diciembre de 1780, se lee por ejemplo: "Bastantes advertencias te di para que inmediatamente fueses al Cuzco, pero has dado todas a la barata, dándoles tiempo para que se prevengan."⁵³

Para Túpac Amaru, en cambio, se trataba de agotar todas las posibilidades a fin de no romper el bloque indígena-criollo. Por eso el caudillo esperó hasta el último momento concertar alguna relación de compromiso, pues sabía que de no ser así, el movimiento estaba perdido. Quizás Micaela también lo sabía. Pero sabía además que si se confiaba en las vagas promesas de los criollos, también todo estaría perdido. Por ello quería arriesgarlo todo, y de una vez.

Pero además de sus consideraciones respecto al bando criollo, había otra razón que explicaba las vacilaciones del Inca Túpac Amaru, esto es, que su propio bando no era una fuerza absolutamente compacta, pues sabemos que también el movimiento indígena-popular estaba dividido en diversas fracciones.

Por cierto había una fracción que estaba dispuesta a jugarse entera por la rebelión; era aquella formada por los que realmente no tenían nada que perder: los indios forasteros y quizá también los esclavos liberados. Pero también hay que considerar que muchos de los indios que en las primeras fases se sumaron a la rebelión eran simplemente campesinos descontentos por el sistema de repartos. Por su parte, los indios que trabajaban en los obrajes y en las mitas perseguían, por lo general, objetivos muy concretos, como eran por ejemplo el mejoramiento en las condiciones de trabajo y mejores salarios. Por último estaba la aristocracia indígena que, como hemos insinuado, era un sector social muy contradictorio, pues por un lado anhelaba recuperar su antiguo papel de "clase dominante" —y en tal sentido la figura del Inca "resucitado" ejercía en ellos una fascinación casi mágica—, pero por otro no siempre estaban dispuestos a abandonar los limitados privilegios que gozaban en la sociedad colonial. En muchos casos sus intereses estaban ya más ligados a la clase colonial que a las masas de indios que decían representar. Así, no es raro encontrar en el transcurso de la

⁵³ *Ibid.*, p. 330.

rebelión muchas defecciones de caciques, sobre todo cuando las posibilidades de victoria no parecían tan seguras.⁵⁴

Hacer coincidir en una sola línea a todos estos intereses contradictorios y dispersos era un objetivo de Túpac Amaru. Y aunque asombrosamente estuvo a punto de lograrlo, ello no fue posible.

ACERCA DE LA IDEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN DE TÚPAC AMARU

La revolución de Túpac Amaru *no tuvo una sola ideología*. Esto es lógico, pues tratándose de un movimiento social formado por clases y sectores diversos, difícilmente puede ser entendido bajo un signo ideológico común. En consecuencia hay que diferenciar entre aquellos signos ideológicos que fueron comunes a todo el movimiento y aquellos que sólo fueron particulares de cada uno de los diversos grupos que lo conformaban.

Los llamados signos comunes no eran en verdad sino aquellos pertenecientes al bando criollo, que por la fuerza de la tradición —o por la tradición de la fuerza— habían terminado por ser aceptados por los grupos subalternos. Tales signos eran principalmente dos: el reconocimiento de la soberanía del Rey de España y la aceptación del catolicismo como religión común. Como ya hemos visto, Túpac Amaru se esforzó siempre en resaltar los signos comunes de la rebelión.

El significado del Rey

La referencia al Rey de España tenía un *sentido ocasional y ambiguo*. Ocasional porque no en todos los documentos emitidos por Túpac Amaru se nota un excesivo entusiasmo por resaltar el significado del Rey. Ambiguo porque en muchas ocasiones al Rey se le acepta, pero sólo como soberano de los no-indios que forman parte del movimiento.⁵⁵

Como ya vimos, en su primer edicto de la provincia de Lampa (15 de noviembre de 1780), Túpac Amaru intentó, al afirmar que el Rey le ordenaba proceder contra los corregidores, presentarse como una suerte de brazo vengador del monarca.⁵⁶ La apelación al Rey la interpretamos como un re-

⁵⁴ En su rebelión, Túpac Amaru fue traicionado nada menos que por veinticuatro caciques. Sobre el tema, véase L. E. Fischer, *The last Inca revolt*, Norman, 1966, p. 107.

⁵⁵ J. Szeminsky, *op. cit.*, p. 26.

⁵⁶ A. Svirichy, *op. cit.*, p. 67.

curso destinado a cimentar la unidad en un momento en que la lucha estaba sólo planteada en contra de los corregimientos y repartos. Sin embargo, en su segundo bando, el de la "liberación de los esclavos", Túpac Amaru ya no se presentó como "enviado del Rey", sino como defensor de los desamparados, aunque para reforzar sus argumentos el Inca apelaba al significado de las reales cédulas. Por último, en un edicto enviado por Túpac Amaru desde Tungasuca a la ciudad del Cuzco (20 de noviembre de 1780) ya ni siquiera menciona al Rey.⁵⁷ Cabe suponer entonces que el Rey era para los rebeldes un símbolo ideológico, que empezó a diluirse en la medida en que la revolución fue acentuando sus tonalidades indigenistas y populares. De este modo, en su último documento, Túpac Amaru se decidió a considerar al Rey como "usurpador". Para entender el significado de este final de la evolución, hay que tener en cuenta que en esos momentos Túpac Amaru sabe que ha perdido la guerra. Sus aliados criollos han desertado o lo han traicionado. Lo mismo ha ocurrido con varios caciques. Sólo le queda el apoyo siempre fiel de esas multitudes de indios andrajosos. ¿Qué sentido puede tener entonces una referencia respetuosa al Rey? Los indios, en efecto, ya no reconocían más Rey que a su propio Inca, aunque de nuevo éste estuviese derrotado. Por eso, Túpac Amaru, sabiendo que no podía vencer, en un verdadero canto de cisne, se decidió a hablar como un inca, en nombre de todos los incas.⁵⁸ "Por cuanto es acordado por mi consejo, en Junta prolija por repetidas veces, ya secretas, ya públicas, que los Reyes de Castilla me han tenido usurpada la Corona."⁵⁹ Y significativamente firmó el bando así: DON JOSÉ I.

¿Quiere decir todo esto que el movimiento tupamarista tuvo un contenido antimonárquico? Pese a lo escrito por Túpac Amaru en sus últimos días, la respuesta en este sentido debe ser negativa, pues a diferencia de los movimientos de independencia que surgieron poco después en toda América, el de Túpac Amaru sólo estaba concentrado en reivindicaciones muy concretas de indios, negros y fracciones criollas. En el marco de esas reivindicaciones, lo menos que importaba era el tema de la legitimidad real. Por cierto, Túpac Amaru tuvo contacto con círculos criollos antimonárquicos, pero con la prudencia que lo caracterizaba sólo agitó aquellos temas que ocupaban un lugar más privilegiado en la rebelión.

Lo expuesto tampoco significa que Túpac Amaru se haya

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ Véase Luis Durand Flores, *Independencia e integración en el plan político de Túpac Amaru*, Lima, 1974, pp. 141-147.

⁵⁹ A. Svirichy, *op. cit.*, p. 104.

propuesto desde el principio desarrollar una estrategia que partiendo de la afirmación de la majestad real terminara finalmente por negarla. De lo que se trataba más bien era de aceptar la soberanía del Rey y recabar su legitimidad en contra de los "malos funcionarios".

En cualquier caso, para las masas de indios, así como para los negros, mulatos y mestizos que formaban parte del movimiento, el tema de la soberanía real estaba lejos de ser algo preocupante. En cierto modo para ellos el Rey era sólo un simple punto de referencia en cuyo nombre se podía decir todo lo que se quisiera siempre que se tuviera la suficiente fuerza para hacerlo. Para el conjunto de estas masas desposeídas el problema no residía en las relaciones con aquel lejano y desconocido Rey, sino en aquellas establecidas con los grandes hacendados, mineros y cobradores de impuestos, esto es, con las figuras más visibles del sistema colonial de explotación.

El significado de la religión

Respecto al segundo signo ideológico común al movimiento, Túpac Amaru fue siempre extraordinariamente cuidadoso. De hecho, la rebelión —por lo menos en su primera fase— fue apoyada por sectores del clero. Es sabido también que la Iglesia cuzqueña, debido a razones muy particulares estaba también desconforme con el sistema de los repartos y con los desmanes cometidos por corregidores, con quienes tuvo diversos litigios. Especialmente agudos eran los conflictos entre el corregidor Arriaga y el obispo del Cuzco, Juan Manuel de Moscoso y Peralta.

En verdad, sólo tomando en cuenta las desavenencias entre Arriaga y Moscoso es posible entender el tenor de las cartas que envió Túpac Amaru al Cabildo de la Catedral del Cuzco y al canónigo José Paredes de la Paz, en las que intentó justificar la ejecución del corregidor Arriaga con el siguiente argumento:

"El ejemplar ejecutado en el corregidor de la provincia de Tinta lo motivó el asegurarme que iba contra la Iglesia, y para contener a los demás corregidores fue indispensable aquella justicia [...] de mi orden ninguno ha muerto sino el corregidor de Tinta a quien, para ejemplar de muchos que van contra la Iglesia, lo mandé colgar."⁶⁰

⁶⁰ E. Zudarte Huarte, *op. cit.*, p. 18.

De la lectura de estas líneas se desprende, en primer lugar, que Túpac Amaru tenía algún conocimiento de los problemas existentes entre la Iglesia del Cuzco y el corregidor Arriaga y, en segundo lugar, que a partir del conocimiento de tales problemas buscó el apoyo eclesiástico.

Como los acontecimientos lo demostraron dramáticamente, Túpac Amaru sobrevaloró la importancia de los conflictos entre la Iglesia y los corregidores. Sí existían, pero no hasta el punto de que un obispo diera el pase de ejecución de un funcionario real y mucho menos como para que fuese posible una rebelión que amenazaría a la jerarquía mucho más que los propios corregimientos. Precisamente, cuando el obispo Moscoso se dio cuenta de que la rebelión de Túpac Amaru no sólo era contra los corregidores, se convirtió en el más encarnizado enemigo del Inca.

Desde los primeros momentos Túpac Amaru se preocupó por dejar en claro que el movimiento no se dirigía en contra de los sacerdotes y la Iglesia. Por ejemplo, en su edicto de Tungasuca del 25 de noviembre de 1780 planteaba: "Los Señores Sacerdotes tendrán el debido aprecio a sus estados, y del propio modo las Religiosas y Monasterios; siendo mi único ánimo cortar el mal gobierno de tanto ladrón zángano que nos roba nuestros panales."⁶¹

Lo mismo se puede decir de Micaela Bastidas, que en un edicto, también emitido en Tungasuca, el 13 de diciembre de 1780, exigía: "Que Nuestra Santa Fe se guarde con el mayor acatamiento y veneración y, si fuese posible, morir por ella; respetando del mismo modo, con toda distinción, a los ministros de Jesucristo, que son los señores sacerdotes."⁶²

También, hasta el último instante, Túpac Amaru intentó una política de acercamiento al obispo Moscoso. En una de las últimas cartas que le dirigiera al obispo, escribía: "Usy no se incomode con esta novedad, ni se perturbe con su christiano fervor la Paz de sus Monasterios cuyas Sagradas Vírgenes e inmunidades no se profanarán de ningún modo."⁶³

Pero no todo era cálculo político en Túpac Amaru, porque en verdad no tenemos ninguna prueba para dudar de su fervor religioso, todo lo contrario. No debemos olvidar que el jefe indio fue educado de acuerdo con los cánones del catolicismo oficial, y nada menos que por los rigurosos jesuitas. En los casos más extremos llegó a pronunciarse en contra de alguna jerarquía eclesiástica, *jamás en contra del dogma*.

En lo que se refiere a la posición del clero frente al movi-

⁶¹ Colección..., cit., p. 303.

⁶² A. Svirichi, *op. cit.*, p. 82.

⁶³ Colección..., cit., p. 378.

miento tupamarista, hay que señalar que en general fue positiva en un comienzo, vacilante después y negativa al final. Para explicar tales variaciones hay que considerar que el clero peruano se encontraba sometido a fuertes tensiones. Por de pronto, las que se daban entre las altas jerarquías y el clero de base. En segundo lugar, los conflictos permanentes que se daban entre el clero regular y el secular. En tercer lugar, las propias diferencias entre las distintas órdenes religiosas, especialmente entre franciscanos y jesuitas. Por si fuera poco había además problemas que atravesaban al conjunto del clero, como por ejemplo las diferentes posiciones frente a los indios.

La historia colonial está llena de casos de clérigos que se manifestaron en abierta contradicción con las disposiciones de la jerarquía eclesiástica y/o civil en torno a materias que se refieren a la protección de los naturales. Mucho más abiertas todavía eran las contradicciones con la clase colonial, que por lo común sólo veía en los indios medios de producción adecuados para aumentar sus ganancias.⁶⁴

Por último hay que agregar un hecho que ha sido poco estudiado pero que parece tener alguna relevancia, esto es, que la rebelión de Túpac Amaru es contemporánea con la expulsión de los jesuitas de América. Sabido es el malestar que la expulsión de los jesuitas produjo entre diversas capas de la sociedad colonial, y para alguien que como Túpac Amaru fue educado por los "padres", la noticia no se debió recibir con agrado. Ahora, ¿en qué medida hubo un contacto estrecho entre el Inca y algunos religiosos? es algo que no hemos podido averiguar; pero el hecho de que había motivos "objetivos" para que algunos de éstos simpatizaran con la rebelión está fuera de duda.⁶⁵

Es interesante destacar que, apenas pasó el breve periodo de unidad entre criollos e indios, las altas jerarquías tomaron rápidamente posiciones en contra del movimiento, y lo hicieron con tanta decisión que muchos sacerdotes, comenzando por el propio obispo Moscoso, de Cuzco, no vacilaron en empuñar las armas. Confesaba en tal sentido el propio Moscoso: "No perdonando arbitrio ni medio que contribuyera a defender la patria y cortar la rebelión, me metí a soldado sin dejar de ser Obispo."⁶⁶ De la misma manera, en el informe remitido al Rey por don Miguel de Arriaga y don Eusebio

⁶⁴ F. Mires, *op. cit.*

⁶⁵ Véase Jane Cecil, *Libertad y despotismo en América hispana*, Buenos Aires, 1942, p. 127.

⁶⁶ Citado por monseñor Severo Aparicio, "La actitud del clero frente a la rebelión de Túpac Amaru", en *Actas del Coloquio...*, cit., p. 73.

Balza de Verganza se lee: "Jamás ha conocido el Ilustrísimo Obispo del Cuzco ni la lenidad ni la conmiseración, porque su espíritu es más apropiado para militar que para Prelado, y aun para Eclesiástico."⁶⁷ Incluso muchos sacerdotes formaron destacamentos armados en contra de los rebeldes. Así, el deán don Manuel Mendieta fue nombrado comandante de las llamadas "milicias sacras" por el propio Moscoso.

Algunos desmanes cometidos por las tropas tupamaristas en la batalla de Sangarara, donde fue incendiado el templo de la ciudad no como consecuencia de una actitud antirreligiosa sino porque ahí se habían parapetado algunos soldados españoles, vinieron como anillo al dedo al obispo Moscoso, que aprovechó la oportunidad para lanzar el terrible edicto de excomunión de Túpac Amaru "por incendiario de capillas públicas y de la iglesia de Sangarara, perturbador de la paz y usurpador de los reales derechos".⁶⁸

La excomunión no dejaba de ser un arma efectiva en el marco de una sociedad no secularizada. Al tener noticias de ella, muchos sectores vacilantes del clero se pusieron de inmediato al lado de la jerarquía temiendo seguramente recibir represalias. Mediante el expediente de la excomunión, Moscoso logró privar al movimiento de su necesaria legitimación religiosa haciendo aparecer al caudillo como una especie de anticristo.

Túpac Amaru acusó el golpe y, contra lo que se habría podido esperar, tuvo la suficiente prudencia para no responder en un sentido antirreligioso. Además, como está dicho, el Inca era un ferviente católico, pues si bien el sistema colonial no había logrado destruir del todo la identidad social de los indios, sí había destruido sus antiguas creencias. En ese sentido los misioneros probaron ser mucho más eficientes que los soldados. Hacia fines del siglo XVIII la "colonización de las almas" estaba ya prácticamente consumada y de las antiguas religiones no quedaban sino restos dispersos. Túpac Amaru —aunque lo hubiera pretendido— no habría podido levantar una legitimación religiosa diferente a la dominante. Lo único que le cabía hacer —y lo hizo— era reformular sus posiciones en el marco del catolicismo oficial. Así, si era acusado de anticristo, él respondía afirmando que los que negaban a Cristo eran sus enemigos. De este modo, al calor de la lucha comienzan a surgir dos posiciones que interpretan un mismo discurso ideológico-religioso de una manera diferente. Desde luego, el movimiento no logró producir una "herejía" pero sí disidencias interpretativas, pues mal que mal la rebelión

⁶⁷ *Ibid.*, p. 649.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 275.

también representaba una fuerza espiritual y el mismo caudillo era visto por muchos como una especie de Moisés indio que a través de la acción insurgente conduciría a su pueblo a aquella tierra prometida situada en el más remoto pasado.⁶⁹ De este modo nos explicamos por qué Túpac Amaru escribió una vez: "No soy corazón tan cruel ni extraño como los tiranos corregidores y sus aliados, sino cristiano muy católico, con aquella firme creencia con que nuestra madre la Iglesia y sus sagrados ministros nos predicán y nos enseñan."⁷⁰

Pese a que la mayoría del clero no siguió a Túpac Amaru, hubo, sin embargo, casos asombrosos de sacerdotes que se plegaron a la rebelión, aun desobedeciendo a sus propias jerarquías.⁷¹ El virrey Croix, por ejemplo, informaba que hacia 1785 todavía se realizaban procesos a nada menos que dieciocho eclesiásticos que habían apoyado a Túpac Amaru.⁷² Tampoco faltó al movimiento rebelde algún elemento herético, como fue el caso del "obispo" indio Nicolás Vilca, quien con un aspecto muy severo y con "una calva que se extendía desde el cráneo hasta el cerebro repartía oraciones y oraba por el triunfo de Túpac Amaru".⁷³

Podemos decir, en síntesis, que de los dos signos ideológicos comunes a la totalidad del movimiento, el representado por la religión fue mucho más relevante que el representado por "la majestad real", que era —como hemos escrito— ocasional y ambiguo.

De este modo, como el movimiento sólo durante un tiempo muy breve logró integrar a sus distintas fracciones, los signos ideológicos particulares correspondientes al sector mayoritario de la rebelión, los indios, tendieron a predominar. Creemos encontrar así, sobre todo en la fase insurreccional del movimiento, una ideología de tipo decididamente indigenista.

El indigenismo como ideología

El indigenismo ideológico de la revolución se expresaba en la exaltación de algunos valores que una vez existieron en correspondencia con las relaciones sociales originarias. Esto quiere decir que el nuevo orden que esta revolución supone

⁶⁹ J. Szeminsky, *op. cit.*, p. 20.

⁷⁰ Antonio de Egaña, *Historia de la Iglesia en la América española*, Madrid, Autores cristianos, 1966, p. 670.

⁷¹ Para un catálogo detallado de los sacerdotes que se plegaron a la rebelión de Túpac Amaru, véase monseñor Severo Aparicio, *op. cit.*, pp. 79-92.

⁷² C. D. Valcárcel, *La rebelión...*, cit., p. 134.

⁷³ *Colección...*, cit., t. III, vol. III, p. 343.

no debe buscarse en ningún futuro ignoto sino en la propia tradición. Por ejemplo, el mismo Túpac Amaru, en los momentos en que el corregidor Arriaga era ejecutado, "presintió" ese carácter ideológico del movimiento, pues cuando el pregón comenzaba a leerse en castellano, "José Gabriel, enhiesto sobre su cabalgadura, ordenó que solamente se leyera en idioma indio, sin explicar ninguna en castellano".⁷⁴

El recurso de la tradición se expresaba también en la exaltación de formas organizativas que en el pasado fueron propias de los indios. De éstas, la principal es el *ayllu*, cédula primaria en las comunidades agrarias del Perú incásico. Literalmente el *ayllu* es un concepto que designa a grupos de parentesco endógenos vinculados a un territorio común.⁷⁵ Durante el periodo incásico casi cada indio estaba vinculado a un *ayllu*. Independientemente de las discusiones no resueltas en torno al tema del parentesco, lo que sobre todo representaba el *ayllu* para los indios de la etapa colonial era la idea de la propiedad colectiva de la tierra, con la consiguiente "seguridad social" que ella implicaba. Por lo tanto, la añoranza del *ayllu* era común a todas las fracciones indígenas integradas al movimiento. Para los más desarraigados de todos, los "forasteros", el *ayllu* significaba la reincorporación a una sociedad de la que habían sido expulsados. Lo mismo para los indios mitayos y de los obrajes, pues la minería y la industria habían sido actividades económicas muy secundarias durante el periodo incásico. Pero, sobre todo, la idea del *ayllu* era atractiva para los indios agricultores porque, aunque fueran pequeños propietarios individuales, siempre estaban amenazados por los latifundistas españoles y criollos. Por último, para los caciques o curacas el *ayllu* estaba asociado con su papel dirigente en la sociedad. Sobre la manera en que la evocación del *ayllu* fue revitalizada por la rebelión tupamarista nos da cuenta la prosa del historiador Germán Arciniegas:

"Son días de indescriptible emoción, en que los indios creen por un instante que van a remozarse, a reverdecer los árboles del *ayllu* para que bajo su sombra protectora otra vez se congregate el pueblo de los incas en un cordial y humanitario comunismo. En quechua se corren voces que hacen el milagro de un renacimiento. Hasta el lenguaje de los quipus, que ya parecía olvidado, surge de nuevo."⁷⁶

Así, pues, asociada a la idea del *ayllu* surgió una ideología

⁷⁴ E. Zudarte Huarte, *op. cit.*, p. 16.

⁷⁵ Sobre el tema, véase Julián H. Stewart, *Handbook of South American Indians*, Washington, 1946.

⁷⁶ Germán Arciniegas, *Los comuneros*, México, 1941, p. 249.

indigenista de rasgos igualitarios. Cuando Túpac Amaru mandó publicar el "Bando de Liberación de los Esclavos", estaba dando forma a una vieja aspiración de los indios, que naturalmente fue muy bien recibida por negros, mulatos, mestizos y, en fin, por todos los parias de la sociedad colonial a quienes la idea —por muy vaga que fuera— de la igualdad social no podía sino entusiasmar.

Naturalmente, la evocación del ayllu también estaba asociada con la de un Estado fuerte, autoritario y articulador de todos los microorganismos sociales en una totalidad única. Y la personificación de ese Estado era el Inca. Quizás sin proponérselo, Túpac Amaru fue el portavoz de una revolución no sólo popular sino además *nacional*, puesto que quien se levantaba en armas era la propia nación indígena. Sin embargo, no debe pensarse que Túpac Amaru perseguía la resurrección del antiguo imperio. Por el contrario, su propia formación ideológica le hacía ver en la conquista española un hecho irreversible. Como apunta Szeminski: "El programa rebelde se basa fundamentalmente en la creación de un Estado independiente, al que alguna vez habían gobernado los Incas y, más tarde, los reyes de España a través de sus representantes."⁷⁷

No debe extrañar entonces que después de la derrota de Túpac Amaru haya tenido lugar en Perú una verdadera ofensiva cultural a fin de erradicar de la memoria de los indios todo lo que tuviera que ver con su pasado histórico. Por ejemplo, en un comunicado del virrey, correspondiente al 21 de abril de 1782, se lee: "Son muchos los abusos de que están poseídos en lo común los Indios de este Reino del Perú y demás Provincias; y de ellas han nacido sus costumbres detestables en muchas cosas, mirando siempre a conservar la memoria de sus antiguos Gentiles; entre el todo de sus desórdenes y entusiasmos es de notar muy principalmente la ninguna solemnidad y verdad con que se persuaden a que sus entroncamientos o descendencia de los primitivos Reyes Gentiles les da derecho a ser Nobles y apellidarse Ingas, cuías informaciones se ha visto con dolor que han sido pasadas muchas por el Gobierno, y a veces autorizados implícita y explícitamente por la Real Audiencia, cuía práctica es abominable y cuía autoridad debe ser suprimida."⁷⁸

Llegaba a tal punto la puntilliosidad del virrey, que extendía, nada menos, una censura a la obra literaria del Inca Garcilaso de la Vega: "Igualmente quiere el Rey con la misma reserva procure V. E. recoger sagazmente la Historia del

Inga Garcilaso, donde han aprendido estos naturales muchas cosas perjudiciales."⁷⁹

¿Fue el de Túpac Amaru un movimiento independentista?

Ya hemos visto cómo Túpac Amaru sólo asumió una actitud antimonárquica en los momentos de la derrota final y con el objeto de dejar un mensaje más bien profético. ¿No fue entonces una revolución precursora de la de independencia, como la mayoría de los historiadores la han considerado?

Nuestra opinión es que lo fue, pero sólo en un sentido muy limitado. En efecto, tal revolución tuvo la particularidad de mostrar hasta qué punto era de grande el grado de contradicciones entre criollos y españoles. El hecho de que algunos criollos, por ejemplo, a falta de caudillo propio, hayan optado por seguir a uno indígena, aunque fuera por un breve período, es una prueba de lo afirmado. Desde luego, algunas reivindicaciones criollas, como la supresión de repartos y corregimientos, podían ser absorbidas por la administración colonial. Pero había otras, como las relacionadas con los impuestos, que no podían ser aceptadas por un sistema que basaba gran parte de su estrategia económica en su política impositiva. Lo mismo ocurría con el cuestionamiento al monopolio comercial ejercido desde la metrópoli, pues la Corona no podía tolerar, en ningún caso, una emancipación económica de sus súbditos americanos y mucho menos para que pudieran comerciar libremente con sus rivales tradicionales, como eran Inglaterra y Francia.

En consecuencia, la de Túpac Amaru fue una revolución precursora en un sentido más bien indirecto, porque en términos inmediatos logró producir la fusión política de los "blancos" cuando sus intereses comunes se vieron amenazados por el levantamiento de los indios. Y por lo menos en un punto creemos que la de Túpac Amaru sobrepasó a la de independencia: la revolución de independencia tuvo muy poco de social y la tupamarista fue en primera línea una *revolución social*.⁸⁰

Que la revolución de Túpac Amaru todavía sea entendida —equivocadamente, a nuestro juicio— como vinculada directamente al proceso de independencia respecto a España se

⁷⁹ *Ibidem.*

⁸⁰ Sobre el tema, véase Cornejo Bouroncle, *Túpac Amaru, la revolución precursora de la emancipación colonial*, Cuzco, 1949; y Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación hispanoamericana*, Buenos Aires, 1959.

⁷⁷ J. Szeminsky, *op. cit.*, p. 147.

⁷⁸ Colección..., cit., tomo II, vol. III, p. 267.

debe al impacto que ejerció en su tiempo entre algunos círculos de criollos instruidos. Como ya expusimos, en Lima Túpac Amaru había tomado contacto con ese tipo de personas, quienes seguramente vieron en el Inca un potencial jefe antimonárquico, pues, a diferencia de los grupos económicos criollos, había grupos intelectuales que estaban dispuestos a impulsar en contra de la monarquía a cualquier tipo de movimiento, aunque éste no se pareciera a las revoluciones europeas.

Quien primero que nadie se encargó de sobreideologizar a la revolución tupamarista fue el jesuita Juan Pablo Vizcardo y Guzmán. Nacido en Arequipa en 1746, este sacerdote, expulsado de América en 1767 junto con los demás jesuitas, vivió en su exilio de Cádiz las mismas dolorosas nostalgias que sus hermanos de orden, quienes ansiaban regresar a las Indias. En Europa, muchos jesuitas desterrados, como Vizcardo, se transformaron en serios propagandistas de la emancipación, algo que jamás hubieran planteado de seguir viviendo en América. Sintiendo víctimas de una terrible injusticia, escribían libros, panfletos y proclamas en contra del Rey de España a quien veían como enemigo de la religión y curiosamente ese monarquismo ultramontano terminó confundiendo con el de los "jacobinos" criollos. Cuestionando a la monarquía, ambas posiciones se influyeron una a la otra, de modo que no fue raro encontrar a criollos que pedían la revolución en nombre de Dios y eclesiásticos que rezaban plegarias en nombre de la revolución.

Juan Pablo Vizcardo fue autor —entre otros documentos— de la "Carta a los Españoles Americanos", con la que llama abiertamente a emanciparse de España. No puede asombrar entonces que, cuando llegaron a sus oídos las noticias relativas a la rebelión de Túpac Amaru, haya creído que ésta representaba el cumplimiento de todos sus sueños.⁸¹ Afielbrado de entusiasmo, no tardó en imaginar una revolución en la que codo a codo criollos, indios y eclesiásticos combatían a la tiranía española. Por ejemplo, en una carta escrita por Vizcardo en 1781 al cónsul británico en Liorna, John Udy, a fin de solicitar apoyo inglés a la causa americana, afirmaba que el odio de los indios "estaba dirigido principalmente contra los españoles europeos",⁸² y que los criollos, "lejos de ser aborrecidos [por los indios], eran también respetados y por muchos también amados".⁸³ En tal sentido Vizcardo se equivocaba totalmente: de todos los sectores de la sociedad

⁸¹ M. Batlori S. J., *El abate Vizcardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de América*, Caracas, 1953, pp. 42-43.

⁸² B. Lewin, *op. cit.*, p. 222.

⁸³ *Ibidem*.

colonial, al que menos podían amar los indios era al de los criollos, mucho menos incluso que al de los españoles, pues estos últimos eran en su mayoría autoridades administrativas y eclesiásticas, y los primeros sus explotadores directos.

También es extremadamente ideológica la siguiente suposición de Vizcardo cuando escribe al cónsul "[...] estoy asimismo seguro que Túpac Amaru no se habría movido sin tener la seguridad de un poderoso partido entre los criollos".⁸⁴

Que Túpac Amaru tuvo contacto con criollos antimonárquicos no es un misterio. Que éstos tuvieran en ese tiempo "un poderoso partido" no era más que un deseo de Vizcardo. Que Túpac Amaru sólo por eso se movió es más que incierto. Mucho más cierto es que decidió moverse cuando se dio cuenta de que contaba con "un poderoso partido" entre los indios.

Pablo Vizcardo, ya porque quería entusiasmar a los ingleses para que apoyaran un movimiento de independencia que todavía no cristalizaba, ya porque quería hacer propaganda al movimiento tupamarista en Europa, ya porque confundía sus propios sueños con la realidad, entregaría una interpretación ideológica de la revolución que evidentemente no correspondía con su exacta naturaleza. Lamentablemente, esa interpretación hizo escuela, y aún hoy la revolución tupamarista es vista por muchos autores como un movimiento de independencia genuino.⁸⁵

El movimiento de Túpac Amaru fue primero una rebelión criolla-indígena, que en el curso de su proceso se transformó en una revolución indígena-popular. Para Vizcardo, en cambio, se trataba de una revolución criolla antimonárquica apoyada por los indios. El "ser" de la revolución era sacrificado, en sus interpretaciones, a un supuesto "deber ser". Así, la primera revolución social de América correría la suerte de todas las revoluciones que le siguieron. También sería interpretada por grupos "esclarecidos" que tomaron de ella sólo aquellos aspectos que mejor cabían en sus esquemas ideológicos.

UNA REVOLUCIÓN IMPOSIBLE

Habiéndose aislado la revolución tupamarista del bando criollo, tuvo lugar una polarización de la sociedad colonial peruana en dos frentes: uno, el de la clase colonial; el otro, formado por los indios, además de negros, mestizos y mulatos. Pero

⁸⁴ *Ibid.*, p. 223.

⁸⁵ Véase Cornejo Bouroncle, *op. cit.*, p. 134.

en esas condiciones el movimiento no tenía la menor posibilidad de triunfo. Entonces, bien miradas las cosas, se trataba de una revolución imposible. Su imposibilidad residía en lo siguiente: si hacía demasiadas concesiones al bando criollo, perdía su carácter indigenista y dejaba, por lo tanto, de ser una revolución. Si persistía en conservar su forma indigenista, se autocondenaba a la derrota militar.

Si tomamos en cuenta la imposibilidad objetiva que representaba esa revolución, lo que sorprende no es tanto su derrota, sino lo cerca que estuvo de vencer. De no mediar la traición de algunos caciques, las desavenencias con el clero por el incendio de la iglesia de Sangarara, ciertas comprensibles indecisiones del caudillo, como cuando no avanzó hacia el Cuzco en el momento preciso, esperando quizás que la plebe urbana se levantaría también en contra de las autoridades,⁸⁶ un triunfo, al menos temporal posiblemente hubiera logrado.

Al no poder entrar en el Cuzco, Túpac Amaru decidió retirarse a su provincia de Tinta, lo que permitió el reagrupamiento de las tropas rivales, las que recibieron refuerzos desde Lima e iniciaron la contraofensiva hasta acorralar a los rebeldes en sus propios reductos. Ya avistando la derrota, Túpac Amaru, en un noble acto, envió el 5 de marzo de 1781 una carta al visitador Areche pidiendo todos los castigos para sí mismo a condición de que se dejase en paz a sus familiares y amigos. En esa carta, el cacique reivindicaba también las fuentes originales de la rebelión: la oposición contra corregimientos y repartos y el descontento general en contra de los hacendados que, "viéndonos peores que esclavos, nos hacen trabajar desde las dos de la mañana hasta el anochecer".⁸⁷ Además situaba la revolución en un plano legal aduciendo que las leyes "protectoras de naturales" no eran cumplidas, y menciona cada una de estas leyes.⁸⁸ Por último hizo hincapié en que el movimiento no se dirigía contra la Iglesia, sino sólo contra "el fausto, pompa y vanidad" de los curas "chapetones", pidiendo al visitador que en el futuro envíe "sacerdotes de pública virtud, fama y letras, que dirijan mi conciencia y me pongan en el camino de la verdad".⁸⁹

No deja de llamar la atención el realismo de Túpac Amaru. A la hora de la derrota, en lugar de caer en un lenguaje retórico, se preocupaba en esbozar lo que con términos actuales bien podría denominarse el "programa mínimo de la re-

⁸⁶ E. Zudarte Huarte, *op. cit.*, p. 51.

⁸⁷ Colección..., *cit.*, p. 524.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 527.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 528.

volución". Sólo cuando de modo arrogante Areche rechazó sus peticiones, el Inca decidió hacer público su famoso "Bando de Coronación", desafío grandioso que debe haber impresionado incluso a sus enemigos y haberles hecho preguntarse si no habría sido mejor acceder a las peticiones en lugar de enfrentar no ya a un caudillo combatiente sino —y quizás esto era más grave— a un mito histórico.

La horrorosa ejecución, el descuartizamiento y la dispersión de los miembros de los cuerpos de Túpac Amaru y Micaela Bastidas, el asesinato de sus hijos, parientes y amigos, etc., todo eso no fue sino la expresión neurótica de vencedores que no han logrado legitimidad alguna, a no ser aquella que se deriva de la aplicación de la fuerza. Más aún, Túpac Amaru siguió siendo perseguido después de su muerte. Así, fue prohibido que los indios usaran el apelativo "Inca" y que todos aquellos que tenían relaciones genealógicas con los antiguos gobernantes del Perú se remitieran a los secretarios de los virreinos. A pesar de todo, a los españoles les fue imposible exorcizar el fantasma de Túpac Amaru: en el mismo momento en que lo ejecutaban, comenzaba la segunda fase de la rebelión.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN TUPAMARISTA

Ya hemos dicho que la de Túpac Amaru fue sólo una rebelión entre muchas otras que existieron en el periodo. Incluso, casi paralelamente a la revuelta iniciada en Tinta estallaba en el Alto Perú un movimiento revolucionario indígena de proporciones similares al de Túpac Amaru. Se trata de la rebelión de Túpac Catari, cuyo nombre originario era Julián Apaza.⁹⁰ El mismo nombre histórico del caudillo parece ser una síntesis de la tradición y de las demandas exigidas por los indios de la región. En efecto, Túpac alude a los antiguos incas; Catari era el nombre de un legendario caudillo, Tomás Catari, que murió luchando contra los corregidores tras sucesivas revueltas.⁹¹

⁹⁰ "Túpac Catari, originariamente Julián Apaza, había nacido hacia 1750 en el pueblo de Sicasica, del obispado de La Paz. En su interrogatorio declara que es criado y tributario del Ayllu de Sulcavi, del padrón inferior de los forasteros, que su oficio es el de viajero de coca, que es casado con Bartolina Sisa." Véase Julio César Chávez, *Túpac Amaru*, Buenos Aires (sin fecha), p. 192.

⁹¹ Al igual que la de Túpac Amaru, la de Catari fue la culmi-

En muchos sentidos, la de Túpac Catari puede ser considerada una rebelión gemela a la de Túpac Amaru. No sólo por sus semejanzas formales (un jefe mesiánico representante del pasado, una mujer rebelde como Bartolina Sisa, etc.), sino también porque las manifestaciones indigenistas del movimiento se sobrepusieron a todas las demás. De la misma manera, Catari fracasó en el sitio de la ciudad de La Paz, como sucedió con Túpac Amaru frente a la del Cuzco.

La rebelión de Túpac Amaru fue, a nuestro juicio, más relevante que la de Túpac Catari respecto a un solo punto: que, aunque duró un breve momento, logró constituir un amplio bloque social; la rebelión de Catari, en cambio, tuvo desde el comienzo un pronunciado carácter indigenista. Pero la rebelión de Túpac Amaru no sólo fue similar, sino que además continuó después de la ejecución del caudillo. En realidad, la muerte de Túpac Amaru sólo marca el fin de una fase del proceso. La segunda fase se caracteriza por la autonomización del movimiento indígena que, desvinculado de cualquier lazo con los criollos, aumentó en fuerza y extensión. No deja, por ejemplo, de ser asombrosa la rapidez con que el movimiento reconstituyó sus fuerzas después de la derrota, lo que al fin y al cabo es una prueba de que en el curso de la lucha había madurado un nuevo tipo de conciencia social, tan desarrollada que pudo producir nuevos caudillos carismáticos. En efecto, después de la muerte del jefe, tomó la conducción del movimiento Diego Cristóbal Túpac Amaru, primo hermano y lugarteniente de Gabriel. El nuevo caudillo comprendió rápidamente que la rebelión sólo podía continuar si se replegaba a las zonas de mayor concentración indígena.⁹²

nación de varias rebeliones locales. En 1661, un mestizo de La Paz, Antonio Gallardo, apodado "Chilínco", se había rebelado al mando de una multitud de indios y mestizos, dando muerte —para variar— a un corregidor, creando posteriormente un nuevo cabildo y nombrando a las autoridades. En 1738 estalló la rebelión del mestizo Alejo Calatayud en contra de los corregimientos. En 1776, Tomás Catari y sus hermanos Dámaso y Nicolás provocaron alboroto en la provincia de Chayante, extendiéndose la rebelión a diversas provincias del Alto Perú. Véase C. D. Valcárcel, *Rebeliones coloniales...*, pp. 91-92; también, Arturo Costa de la Torre, *Episodios históricos de la rebelión indígena de 1781*, La Paz, 1974, pp. 21-123.

⁹² Las relaciones de parentesco entre los diversos caudillos rebeldes no puede ser simple casualidad; Scarlett O'Phelan Godoy cree ver en ellas una de las claves que explican la perdurabilidad de la rebelión. Véase Scarlett O'Phelan Godoy, "El movimiento tupacamarista: fases, coyuntura económica y perfil de la composición social de su dirigencia", en *Actas del Coloquio...*, cit., pp. 465-466.

Después de sus infructuosos esfuerzos por liberar a Túpac Amaru, Diego Cristóbal concentró sus fuerzas en el Alto Perú, desde donde, recurriendo a la mediación de su joven sobrino Andrés Túpac Amaru y del cacique Pedro Vilca Apasa, intentó establecer conexiones con los contingentes comandados por Túpac Catari. La articulación de ambas rebeliones permitió que durante un breve periodo se formara en el Alto Perú una suerte de "territorio libre indígena" con un gobierno central residente en la ciudad de Azángaro y al mando de Diego Cristóbal Túpac Amaru. Allí encontraron acogida, además de los indios forasteros, mitayos y de los obrajes, una gran cantidad de negros, mestizos, cholos, zambos y hasta algunos criollos. Sin exagerar podríamos decir que se trataba de una verdadera "república de los pobres".

Dos razones explican la derrota de esta la segunda revolución. La primera es la enorme concentración de fuerzas a que se recurrió, pues prácticamente todas las milicias del virreinato fueron puestas en actividad; la segunda fue un hábil cambio de estrategia de parte de las autoridades españolas que, avistando que entre los indios también había disensiones, buscaron dividir al movimiento. Y no sin éxito. Por ejemplo, el virrey Jáuregui emitió con fecha 12 de septiembre de 1781 el llamado "Decreto del Perdón", en el que no sólo ofrecía respetar la vida de aquellos que se rindieran, sino que además prometía una serie de concesiones referentes a limitaciones de los corregimientos y repartos, a mejores condiciones de trabajo y a una mayor autonomía para los caciques. Frente a tales ofrecimientos se atizaron las diferencias entre los indios. Muchos caciques, por ejemplo, vieron que en ese instante se abría una posibilidad para reafirmar sus posiciones y se mostraron dispuestos a pactar. Diego Cristóbal, comprendiendo que el proceso no podía durar demasiado sobre la base de un movimiento dividido, se vio en la obligación, a fin de evitar derrotas catastróficas, de aceptar el ofrecimiento del virrey. Sin embargo, la aceptación del indulto por parte de Diego Cristóbal, si se analiza su informe presentado al virrey, no tiene nada de claudicante. Allí se ataca sin miramiento a repartos y corregidores y se aboga por los indios mitayos y los de los obrajes.⁹³ Más que de rendición, se trataba entonces de una derrota pactada y condicionada al cumplimiento de determinadas reivindicaciones.

Como era de esperarse, la salida realista de Diego Cristóbal fue rechazada por las fracciones más radicales del movimiento, que continuaron una lucha feroz y suicida dirigida por Apaza, Catari y, después, por cualquier otro jefe mesiá-

⁹³ Colección..., cit., tomo II, vol. III, pp. 125-140.

nico, pues éstos no tardaban en aparecer. El mismo Diego Cristóbal, cuando comprendió que no todas las reivindicaciones indígenas iban a ser cumplidas por la administración colonial, intentó plegarse a los insurrectos, razón por la cual, como la mayoría de los jefes rebeldes, también fue ejecutado.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El movimiento tupamarista surgió en función de reivindicaciones muy concretas. Las posiciones en contra de corregimientos, repartos y elevados impuestos eran comunes a criollos e indios. Las posiciones en contra de la mita, obrajes, grandes latifundios y haciendas eran exclusivamente indígenas. Las segundas no podían ser absorbidas por las primeras. Así tuvo lugar una doble revolución: una criolla-indígena y una indígena-popular; y como ninguna cabía en la otra se produjo una ruptura que hoy podemos considerar como inevitable. Mérito histórico de Gabriel Túpac Amaru fue haber sido fiel al movimiento indígena-popular aun en contra de algunos de sus intereses personales, pues como cacique gozaba de una situación relativamente privilegiada.

Importante en este proceso es destacar la significación de la persona del caudillo, a la que se agrega la connotación femenina-radical representada por Micaela Bastidas o Bartolina Sisa. En efecto, por momentos en la figura del caudillo se concentran ligadas la idea de una nación antigua con la de una nueva, lo cual no es sino la anunciación de un nuevo reino indígena donde además tienen cabida todos los grupos subalternos de la sociedad colonial. Esto explica, a su vez, por qué los contornos ideológicos del movimiento son consecuencia de una suerte de simbiosis entre signos exclusivos de la sociedad colonial y signos puramente indígenas.

Sin embargo, la revolución de Túpac Amaru debe ser analizada atendiendo fundamentalmente a sus particularidades. En tal sentido, sus reivindicaciones arrancaban, antes que nada, de la propia sociedad colonial y no apuntaban directamente a una emancipación política respecto a España. Sólo al final de su lucha, y sabiendo que se acercaba el momento de la derrota total, Túpac Amaru se decidió a cuestionar el principio de la legitimidad monárquica. Las rebeliones que continuaron, esencialmente indigenistas, tampoco pusieron en primera línea el tema de la independencia respecto a España. Ello no se debía sin duda a que los indios se consideraran vasallos del Rey, sino más bien a que desde el punto de vista

indígena este tema no tenía mucha importancia. Para los indios, tanto criollos como españoles *eran igualmente usurpadores*. Problema distinto es, sin duda, tratar de averiguar si la rebelión de Túpac Amaru fue objetivamente precursora de los posteriores movimientos de emancipación. Por lo menos en un punto parece que efectivamente lo fue: logró por un instante muy breve la alianza entre criollos e indígenas. Y sólo esta alianza tan extraña entre explotadores y explotados podía estar en condiciones de derrotar a las huestes españolas. Pero la rebelión de Túpac Amaru también dejó muy en claro que los criollos sólo podían aceptar una alianza con los indios y con los demás sectores pobres de la sociedad colonial bajo la estricta condición de que éstos se mantuvieran subordinados a ellos. Por eso es que afirmamos que, en algún sentido, la de Túpac Amaru supera a la revolución de independencia, puesto que logró poner en primera línea los intereses de los más pobres y humillados de la sociedad.

No habrá escapado al observador que algunas veces nos hemos referido al movimiento de Túpac Amaru como a una rebelión, y otras como a una revolución. Ello no se debe a un uso indiscriminado de la terminología, pues la de Túpac Amaru fue una rebelión y una revolución al mismo tiempo. Ahora, si de todas maneras se nos pidiera precisar mejor nuestros términos, tendríamos que decir que en su primera fase fue sobre todo una negación frontal de un determinado orden de cosas, pero que posteriormente llegó a articular diversos intereses sociales subalternos generando así *una visión colectiva de un nuevo orden social* cuyas raíces se encuentran, paradójicamente, en un pasado remoto, pero que también incorpora exigencias surgidas del presente más inmediato.

El mismo Túpac Amaru —en la corta aventura de su vida— recorrió varias fases. En un comienzo sólo fue un cacique *disidente*. Al serle negadas sus peticiones individuales pasó abiertamente a la *desobediencia*, y ejecutando al corregidor de Tinta se convirtió en un *rebelde*. Cuando se niega a transar los intereses de los indios, es ya un *revolucionario*. Desde que emitió el "Bando de la Coronación" hasta el momento de su muerte, fue un *profeta*. Después de su muerte fue y será un *mito*.

Por último hay que señalar que la reconstitución del movimiento indígena como una fuerza social era algo muy difícil, sobre todo si se toma en cuenta que ya habían pasado varias generaciones, que de una u otra manera se habían integrado, aunque fuera de una forma muy precaria, a la sociedad colonial. En efecto, los intereses de las distintas fracciones indígenas que conformaban el movimiento eran bastante diferenciados; iban desde las demandas salariales de los trabajado-

res mineros y de las preindustrias textiles (u obrajes), pasando por la de los pequeños agricultores, hasta llegar a las de los caciques o curacas, en el fondo muy semejantes a la de los criollos. Los únicos que siempre estaban dispuestos a luchar hasta el final eran los contingentes de indios vagabundos o "forasteros" y los que huían del trabajo de las minas. Ésta fue, por lo demás, la base social de las rebeliones que continuaron después de la muerte del caudillo. Fue, sin duda, una revolución, la primera en Hispanoamérica, de aquellos que no tienen nada que perder —nada, excepto sus propias vidas.

2. LA INDEPENDENCIA: UN PROCESO CON DIRECCIONES CONTRAPUESTAS

Las revoluciones en la historia son como las erupciones volcánicas en la geología: sólo después de que han estallado podemos conocer los distintos materiales que se encontraban en las profundidades. Pero debido a la fuerza con que han sido expulsados, no podemos inferir a simple vista el orden exacto que ocupaban antes de la explosión. Se hace preciso, pues, un largo y paciente trabajo de selección y ordenamiento. En algunas revoluciones incluso la erupción ha sido tan violenta que en materiales de reciente formación encontramos sedimentos que corresponden a periodos muy antiguos. Y si la erupción no ha ocurrido siguiendo un orden, sino en diferentes direcciones, el proceso de selección y ordenamiento resultará todavía más complejo.

Eso ha sucedido a nuestro juicio con la "revolución de independencia" en la América hispana. Cuando con la prisión de Fernando VII se inició fácilmente la disolución de un imperio colonial aparentemente tan poderoso, una increíble cantidad de fuerzas comprimidas irrumpieron rápidamente en la superficie, desmintiendo de inmediato aquella creencia relativa a un periodo colonial apacible tan divulgada por algunos historiadores. Pero no sólo sorprende la violencia sino también la cantidad de actores que tuvo ese proceso. Españoles militares y burócratas, criollos terratenientes y mineros, advenedizos y diletantes, parecían estar dispuestos a resolver con las armas simples litigios de poder. Pero pronto hace su aparición en escena una multitud de indios, negros, mestizos y mulátos, a la que, a decir verdad, interesaba bien poco que España gobernara a través de españoles de España o de españoles de Indias, y a la que la lucha por la independencia no les pareció más que un momento adecuado para luchar por intereses muy propios.

En muy poco tiempo, el suelo hispanoamericano quedó poblado de cadáveres. Los antes fructíferos campos de las haciendas olían a fuego y pólvora. Restos humanos de los antiguos ejércitos vagaban por doquier, hambrientos y desaharrados. De vez en cuando, sobre todo en las cercanías de las ciudades, podían encontrarse algunos signos que habían servido de legitimación a las crueles masacres. Un trozo de bandera, indicando algo parecido a una tenue idea nacional; un arrugado papel con un manifiesto republicano en nombre de Dios y del Rey; hojas de libros provenientes de Francia o

Inglaterra; una sotana ensangrentada perteneciente a uno de tantos curas "jacobinos"; el hacha de un indio; la cadena rota de un esclavo. Frente a ese caos, que de alguna manera todavía vivimos, ¿puede extrañar que los historiadores latinoamericanos no hayan podido ponerse de acuerdo acerca del sentido y carácter que tuvo esa supuesta independencia?

EL DESPÓTICO REFORMISMO DE LOS BORBONES

Que cuando son implantadas reformas sobre estructuras sociales extremadamente rígidas tienden a producirse fisuras que son imposibles de cerrar, es un hecho histórico continuamente comprobado. En términos generales, eso fue lo que ocurrió en la América española cuando fueron puestas en práctica las reformas borbónicas (1759).

Curiosamente, las modernizantes reformas propuestas por el bien llamado "despotismo ilustrado" encuentran su origen en el notable atraso económico de España respecto a las demás potencias europeas. En efecto, las riquezas obtenidas de las posesiones coloniales no habían determinado en la península un crecimiento económico, sino todo lo contrario. La acumulación de capitales a escala mundial había hecho de España una de las principales metrópolis políticas, pero en lo económico acentuó su condición periférica respecto a aquellos países en los que el desarrollo capitalista había sido —entre otras cosas gracias al propio aporte colonial español— extraordinariamente vertiginoso.¹ Más aún, el régimen mercantilista no sólo no evolucionó, sino que fue un obstáculo en el tránsito hacia un capitalismo de tipo industrialista. En este caso, la causa era la misma que el resultado: la inexistencia de una burguesía que hubiese estado en condiciones de otorgarle a los excedentes derivados de la acumulación colonial un sentido productivo. Esto impidió el desarrollo de una burguesía nacional autónoma, con lo que España pasó a ser aún más dependiente respecto a los centros económicos más evolucionados de Europa.² En lugar de estimular un capita-

¹ Véase Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. 1: *La agricultura y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 233-316.

² E. J. Hamilton, *American treasure and the price's revolution in Spain, 1501-1650*, Nueva York, 1970, p. 185 [*El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*, Barcelona, Ariel]; Carlos Pereyra, *Historia de la América española*, t. 2: *El imperio español*, Madrid, 1924, p. 150.

lismo español, el desarrollo del capitalismo mundial lo bloqueó y fortaleció hacia el interior del país, especialmente en el agro, las estructuras sociales más arcaicas.³

El sentido de las reformas

De acuerdo con lo expuesto, desde el momento mismo de la conquista existía en las Indias un desfase entre las actividades administrativas e ideológicas, que eran predominantemente estatales y/o eclesiásticas, y las actividades económicas, que eran predominantemente privadas. Con el desarrollo de la sociedad colonial, las actividades estatales —aunque formalmente estaban por encima de las privadas— se vieron fuertemente cuestionadas frente al surgimiento de sectores agromineros orientados al comercio de exportación no sólo con España sino, sobre todo, con los demás países europeos. En efecto, lo que se había formado en Indias era una clase colonial más evolucionada que los débiles gérmenes de burguesía existentes en la península, pues disponía de posibilidades de desarrollo como, por ejemplo, el alejamiento geográfico respecto a las clases nobiliarias de España, riquezas fabulosas que intercambiaban directamente con otros países europeos, un inmenso *hinterland* agrario, y nuevas ciudades que producían una demanda creciente para bienes que no podían ser llevados desde la metrópoli.⁴ Al Estado hispano le correspondía, en consecuencia, suplantarse en España a una clase empresarial apenas existente, y en las Indias frenar los intentos de autonomía de la naciente clase colonial.⁵

En las condiciones descritas no es de extrañar que los máximos poderes centrales, el Estado y la Iglesia, penetren en todos los poros de la epidermis colonial. Pero ni la burocracia más aparatosa y pesada, ni un aparente orden que parecía orientarse hacia el cielo, podían ocultar que en las Indias se

³ Pierre Chaunu, *La España de Carlos V*, t. 2, Barcelona, Ediciones 62, 1967, p. 122; Jaime Vicens Vives, *Manual de historia de España*, Barcelona, 1967, p. 270.

⁴ Véase Ciro F. S. Cardoso, "Sobre los modos de producción coloniales de América", en Ernesto Laclau et al., *Modos de producción en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 135-159; del mismo autor: "Los modos de producción coloniales, estado de la cuestión y perspectiva teórica", en Bartra, Beaucagie y otros, *Modos de producción en América Latina*, Lima, 1976, páginas 90-106.

⁵ Véase J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1972, pp. 239-240; Horst Pietschmann, *Staat und staatliche Entwicklung am Beginn der spanischen Kolonisation Americas*, Münster, 1980, p. 47.

estaban jugando cartas decisivas en el proceso de formación del capitalismo mundial. Las reformas borbónicas pueden ser consideradas, en ese contexto, como un intento administrativo estatal —y sólo podía ser así— para modernizar a España con relación a sus competidores europeos, pero también para sustituir —por supuesto, administrativamente— a una apenas existente clase empresarial metropolitana y agilizar así, sobre todo, las relaciones económicas entre América y España. De la misma manera, y ésta no es una especulación demasiado aventurera, se trataba de reorientar hacia España excedentes que, a consecuencia de las crisis económicas del siglo xvii derivadas de las catástrofes demográficas originadas por el descenso de la población indígena, estaban estancados en el interior.⁶ En la práctica, el Estado intentaba refundar las relaciones coloniales en el marco de un nuevo escenario que autores como Lynch han llamado un "nuevo imperialismo" y que para otros, como Brading, se trata de "la segunda conquista".⁸

En lo administrativo, el reformismo de los Borbones apuntaba a una mayor centralización, buscando eliminar los poderes locales que se habían formado en el transcurso de la sociedad colonial. El objetivo de esta medida era inequívoco: mediante su aplicación se trataba de ejercer un control más directo sobre la evasiva clase colonial. Por cierto, las autoridades hispanas esgrimían razones que aquí no pueden ser consideradas sino como secundarias. Entre ellas, la necesidad de abaratar el erario. De este modo fueron creados y suprimidos virreynatos, gobernaciones y capitanías generales, surgiendo en Indias un periodo de relativa desorganización en donde no se sabía a ciencia cierta cuál era la institución válida y cuál no. Esta situación fue aprovechada bastante bien por algunos espíritus inquietos, pero sobre todo por algunos sectores sociales para hacer sentir sus reivindicaciones.⁹ La expresión más vital de estas protestas fue sin duda, como hemos visto, la revolución de Túpac Amaru.¹⁰

⁶ Tal tesis ha sido formulada por Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez para el caso de México, pero no vemos inconveniente en hacerla extensiva al resto de Hispanoamérica; véase *La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808*, en *Historia general de México* (4 vols.), México, El Colegio de México, tomo 2, 1976, p. 187.

⁷ John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 23.

⁸ D. A. Brading, *Miners and merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, 1971, pp. 29-30.

⁹ Véase William Spencer Robertson, *Rise of the Spanish-American Republics*, Nueva York-Londres, 1968, p. 25.

¹⁰ Véase el primer capítulo de este libro.

Las reformas comerciales

Las reformas borbónicas apuntaban a una liberalización de las relaciones comerciales vigentes entre la metrópoli y las colonias marcadas por "un espíritu de monopolio y paternalismo".¹¹ Las principales medidas aplicadas en ese sentido fueron la baja de tarifas aduaneras, la abolición del monopolio hasta entonces ejercido por las casas comerciales de Sevilla y Cádiz, la apertura de comunicaciones libres entre los puertos de la península y los del Caribe y del continente, la ampliación desde 1789 del comercio de esclavos y el permiso para comerciar con colonias extranjeras desde 1795 y en navíos neutrales desde 1797.¹²

Resulta evidente que algunos de los motivos que llevaron a imponer el mal llamado "comercio libre" (en realidad sólo se trataba de una flexibilización en las relaciones comerciales) se debieron en primer lugar a un intento por frenar el abierto contrabando en las colonias con barcos ingleses.¹³ Pero tampoco hay que olvidar que dichos motivos también obedecían a presiones ejercidas por el grupo probablemente más privilegiado de los colonos: los grandes mineros y agricultores, orientados desde un principio a una economía de exportación.

En términos generales, las nuevas medidas comerciales provocaron efectos exactamente contrarios a los que deseaba la Corona. Por de pronto, los sectores exportadores, aprovechando precisamente los espacios abiertos por la metrópoli, no disminuyeron sino incluso incrementaron las relaciones con otras potencias europeas. Pero, sin duda, el efecto más negativo de las reformas comerciales fue la desarticulación de un conjunto de actividades económicas que habían prosperado gracias a las propias condiciones determinadas por el aislamiento respecto a España. En algunas regiones esto tuvo consecuencias catastróficas. Por ejemplo, en la capitanía general de Chile se evidenció una crisis marcada por tres características fundamentales. La primera fue la estabilización y aun el deterioro en los precios de los artículos de producción local; la segunda, estancamiento y disminución de los ingresos de productores y trabajadores, lo que a su vez se expresó en una creciente desocupación; por último, la estabilización de la capacidad tributaria, que ocasionaba "penuria en la Real Hacienda y fuerte resistencia al establecimiento de nuevos gravámenes".¹⁴ Por si

¹¹ W. S. Robertson, *op. cit.*, p. 13.

¹² J. Lynch, *op. cit.*, p. 21.

¹³ Gustavo Beyhaut, *Von der Unabhängigkeit bis zur Krise der Gegenwart, Süd- und Mittelamerika II*, Frankfurt, 1965, p. 25.

¹⁴ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia en Chile*, Santiago, 1967, p. 80.

fuera poco, el "comercio libre" afectó la estabilidad de todo el sistema monetario internacional, lo que se tradujo en España en nuevas alzas a los productos de exportación, que de seguro no fueron recibidas con mucha felicidad por los criollos. En síntesis, las reformas comerciales no satisficieron ni a moros ni a cristianos. Para los grandes mineros y hacendados, el "comercio libre" era muy poco libre, y para industriales y comerciantes locales lo era demasiado.

Los malditos impuestos

Sin embargo, ninguna de las nuevas medidas económicas provenientes de la península provocó en las colonias tanto males y resistencia como las referentes al sistema impositivo.

Los extraordinarios aumentos de impuestos propiciados por la dinastía borbónica obedecían al proyecto de centralización administrativa e institucional que inspiraba toda su política. Con la aplicación de un duro sistema impositivo se pensaba mantener bajo control económico a la clase colonial. Además, las continuas guerras que libraba España contra Inglaterra o Francia requerían de un financiamiento que no podía obtenerse sino recurriendo al expediente de alzar los impuestos, sobre todo en las colonias donde se creía que las presiones políticas podían ser menores que en la metrópoli. De este modo, los impuestos más tradicionales —como los aplicados al tabaco, y la alcabala— fueron, a partir de la llegada de los Borbones, directamente canalizados hacia España. No sin razón muchos comerciantes e industriales criollos comenzaron a sentirse explotados por un sistema en el cual ni siquiera participaban. No deja de ser sintomático observar que el tema de las altas contribuciones ocupa siempre un lugar central en muchas de las rebeliones de criollos, de indios o mixtas anteriores a la independencia.

De las rebeliones típicamente criollas en contra de los impuestos, la más relevante fue sin duda la de Nueva Granada, que comenzó el 16 de marzo de 1781 como un verdadero motín popular, con redobles de tambor y gritos de "viva el Rey, muera el mal gobierno", mientras que una mujer, Manuela Beltrán, hacía pedazos el edicto que anunciaba nuevos gravámenes.¹⁵ El descontento era compartido por comerciantes y usuarios al mismo tiempo. Y tenían motivos de sobra. A los impuestos de la alcabala que gravaban artículos de primera necesidad, tanto los que llegaban de España (efectos de Castilla) como los del país (efectos de tierra), se agregaban otros destinados a pulperías, tiendas de mercaderes, carnicerías, gana-

¹⁵ Manuel Briceño, *Los comuneros*, Bogotá, 1979, p. 7.

derías y haciendas, fincas y heredades, censos, almonedas y contratos públicos, arriendos, administración, etc. Al poco tiempo fueron además anunciados impuestos a la sal, aguardiente, tabaco, barajas, peajes, correo, papel sellado, etc.¹⁶ "Multitudes de empleados estaban encargados del cobro de estas contribuciones y de la administración de los estancos. La conducta de estos empleados hacía insoportable la vida."¹⁷ La gran insurrección de Socorro fue en realidad sólo la culminación de una serie de motines locales en Santa Fe (octubre de 1780), en los pueblos de Mesotes (también en octubre) y en Charala (diciembre del mismo año). Desde allí comenzó a expandirse hasta dejar de ser un simple movimiento en contra de los impuestos y convertirse en una auténtica rebelión popular. Como apuntara Manuel Briceño en un libro que es ya un clásico: "La idea de la independencia aparece allí como el primer rayo de luz que viene a despertar la dormida naturaleza, y al propio tiempo que pensaban los pueblos que tenían 'el santo, el justo, el natural derecho' de resistir el pago de las contribuciones, les asaltó a la imaginación la idea de decidir a quién debía pertenecer el Reino, y que la causa de los males venía de los europeos que los gobernaban."¹⁸

Como la rebelión de Túpac Amaru en el Perú, la de los comuneros granadinos también estaba constituida por diversas fracciones y distintos intereses, a veces contrapuestos entre sí. Por de pronto encontramos una fracción criolla cuyo único objetivo era mostrar su descontento hacia el sistema impositivo. Representante de esta fracción era el propio dirigente máximo del movimiento, el vacilante Juan Francisco Berbeo.¹⁹ Sin embargo, también encontramos una fracción más radical que pretendía ligar el descontento frente a los impuestos con las reivindicaciones de los sectores más subalternos de la sociedad colonial. Representante de esa fracción era el mestizo José Antonio Galán. Tampoco faltaría al movimiento una fracción indigenista. Ella estaba dirigida por Ambrosio Pisco, descendiente de los zipas, cacique de cuarenta y tres años y comerciante, que además "ejercía el cargo de administrador de las rentas del tabaco y aguardiente."²⁰ Cuando el cacique decidió plegarse a los contingentes de Berbeo, al mando de unos cuantos

¹⁶ *Ibid.*, p. 2.

¹⁷ *Ibid.*, p. 3.

¹⁸ *Ibid.*, p. 14.

¹⁹ Acerca del tema, véase P. E. Cárdenas Costa, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*, tomo 1, Bogotá, 1960, pp. 155-161; también, Francisco Posada, *El movimiento revolucionario de los comuneros*, México, Siglo XXI, 1971.

²⁰ Carlos Daniel Valcárcel, *Rebeliones coloniales sudamericanas*, México, 1982, p. 139.

indígenas, recibió rápidamente el apoyo de los indios de Chía, Bogotá, Guatavita, Tabio, Tenjo, Suba y otros pueblos. "En todas partes le salían al encuentro los indios y lo recibían con música y cohetes."²¹ En Nemocón fue proclamado Señor de Chía y Príncipe de Bogotá. "Don Ambrosio [Pisco] declaró abolidos los tributos y propiedad de los indios de las salinas, organizó cuatro mil hombres con los cuales se dirigió por Gachancipá a Chía donde debía residir el representante de la antigua dominación de los muiscas."²²

En otros términos, a través de la insurrección eran rápidamente revitalizadas las antiguas tradiciones de los indígenas. Aunque sin la fuerza de la de Túpac Amaru, también la insurrección de Pisco encontraba su razón de ser en el pasado precolonial —dormido, pero no muerto. El entusiasmo que despertó entre los indios el levantamiento de Pisco era casi indescriptible. A la hora de los primeros enfrentamientos militares, el movimiento contaba con aproximadamente veinte mil hombres.²³ A partir de abril de 1781 Pisco comandaba una especie de "larga marcha" que avanzaba hacia Santa Fe portando "banderas, palos, piedras, cajas y chirinas",²⁴ signos que evidenciaban el carácter popular del movimiento. Pero precisamente ese mismo carácter popular determinó que tuvieran lugar desertiones de criollos que originariamente habían apoyado el levantamiento.²⁵

Entre tantas situaciones precursoras de los movimientos de independencia, resulta muy interesante destacar el hecho de que el movimiento de los comuneros neogranadinos levantara como organismo de poder a los cabildos. Así, no resulta casual que el Cabildo, como organismo de representación propia de los criollos, apareciera simultáneamente en casi toda América a partir de 1810, pues tal organismo estaba inscrito en la propia tradición española, hecho que había captado perspicazmente Francisco de Miranda en sus "Planes de Gobierno (1801)", donde escribió que "las antiguas autoridades serán sustituidas por los Cabildos y Ayuntamientos".²⁶

El movimiento de los comuneros de Nueva Granada, surgido como una simple protesta frente a las continuas alzas de impuestos, fue una demostración del potencial insurrec-

cional existente, sobre todo cuando la clase de los criollos se encontraba en condiciones de ligar sus intereses específicos con los de los sectores más subalternos de la sociedad.

La expulsión de los "buenos padres"

La clase colonial se constituyó económicamente desde el mismo momento de la Conquista. Pero su constitución política fue un proceso mucho más largo. Eso no significa que no hubiera sido capaz de reconocer sus verdaderos intereses, sino sólo que no había podido articularlos unitariamente. Para que ello ocurriera fueron necesarias muchas experiencias adversas frente a la administración colonial, como por ejemplo la que hemos mencionado, referente a las alzas de impuestos. Quizás antes del advenimiento de los Borbones no había tenido necesidad de organizarse políticamente, pues en la práctica sus posibilidades de enriquecimiento estaban aseguradas. Todo consistía en saber guardar ciertas formas o, como se decía en la época, "obedecer las leyes, aunque éstas no se cumplieran". Pero los monarcas ilustrados pretendían hacer cumplir efectivamente las leyes, disciplinar a la relajada sociedad colonial y erradicar todo aquello que no cupiera en su proyecto centralista e integrador. Dentro de ese concepto fue como la Corona tomó una decisión que haría mucho más tensas sus relaciones en las Indias: la expulsión de los jesuitas.

En 1760, pese a las energías protestas levantadas por círculos eclesiásticos y civiles en toda América, y aun en la propia Roma, los jesuitas fueron expulsados de las Indias. La operación fue realizada puntillosamente, sin contemplar excepciones.

Tan severa medida parecía ajustarse, sin embargo, a los propósitos centralizadores de la dinastía borbónica. Conocidas eran ya algunas tendencias autonómicas desarrolladas por los jesuitas en sus reducciones. Pero también debemos decir que los jesuitas eran mejores que su fama. Si las reducciones habían alcanzado algún grado de autonomía, fue por su necesidad de defenderse ante los continuos asedios de la clase colonial. Pero con ello también escapaban al control de las autoridades civiles y, en alguna medida, al de las eclesiásticas. Ello resultaba irónico, pues si alguna orden religiosa había dado continuas pruebas de lealtad a la Corona, ésta era la de los jesuitas. La expulsión no podía así ser vista por los "padres" sino como una monstruosa injusticia, y tenían razón.

Aparte de la obcecada búsqueda de una mayor centralización, otras razones deben haber apresurado esa drástica decisión de la Corona, y entre ellas hay que señalar su necesidad

²¹ M. Briceño, *op. cit.*, p. 27.

²² *Ibidem*.

²³ C. D. Valcárcel, *op. cit.*, p. 140.

²⁴ Germán Arciniegas, *Los comuneros*, Bogotá, 1939, p. 167.

²⁵ Véase F. Posada, *op. cit.*, pp. 65-120; también Cárdenas Costa, *op. cit.*, pp. 292-293.

²⁶ Francisco de Miranda, "Planes de Gobierno (1801)", en José Luis y Luis Alberto Romero, *El pensamiento político de la emancipación: selección, notas y cronología*, Caracas, 1977, p. 15.

de un corte definitivo a las continuas querellas que se daban entre el clero regular y el secular, tomando abierto partido por este último y rompiendo con la orden que más dificultades representaba para los obispos.²⁷ Desde el siglo xvii la monarquía venía apoyando, y cada vez con mayor decisión, a los miembros del clero regular, expropiando progresivamente a los órdenes sus territorios de acción para entregarlos a los llamados "curas doctrineros".²⁸ La razón de tal actitud era obvia: habiendo terminado la "pacificación de los naturales", aquellas disciplinadas y místicas órdenes religiosas ya no eran tan necesarias. Necesario era, en cambio, fortalecer a los obispos como representantes religiosos de la Corona y, por ende, al clero secular, mucho más fácil de ser controlado por la jerarquía eclesiástica y estatal. La Corona pensaba así asegurar el apoyo de algunos sectores de la clase colonial que esperaban cualquier oportunidad para deshacerse de las órdenes religiosas, especialmente de la de los jesuitas que, al someter a sus indios en sus reducciones, les habían enajenado un potencial abundante de fuerza de trabajo. Tampoco hay que deschar la hipótesis de que la Corona pretendía hacer una demostración de fuerza frente a Roma, y posiblemente no tuvo mejor idea que proceder contra aquella orden que, como es sabido, era más papista que el Papa. Por último es necesario agregar que las tesis de algunos intelectuales jesuitas no eran miradas precisamente con simpatía por los representantes del nuevo gobierno. Desde tiempos antiguos, los jesuitas habían postulado una mayor separación entre el Estado y la Iglesia. Mucho menos simpáticas podían resultar las doctrinas de Suárez, sobre todo en lo referente a la limitación de las potestades reales en favor de la soberanía popular.²⁹ Que tales doctrinas fueran postuladas por un Rousseau era peligroso para España, pero que fueran postuladas

²⁷ Véase Fernando Mires, *La colonización de las almas. Acerca de las relaciones entre misión y conquista en Hispanoamérica*, San José, Costa Rica, 1987, p. 140. Como fuente, consúltese Juan de Solórzano y Pereyra, *Política indiana*, tomo III, Madrid-Buenos Aires, 1930, p. 202.

²⁸ F. Mires, *op. cit.*, p. 150.

²⁹ Como escribió George H. Sabine: "Había una razón válida para que, pese a las diferencias teológicas, las teorías políticas de los calvinistas franceses y escoceses tuvieran ciertas semejanzas con las postuladas por los jesuitas. Ambas se encontraban en una situación en la que era necesario sostener que la obligación política no era absoluta, y que existe un derecho de rebelión en contra de un gobernante hereje [...] En consecuencia ambos sostenían que el poder político es inherente al pueblo, deriva de él mediante un contrato y puede ser revocado si el Rey se convierte en tirano" (G. H. Sabine, *Historia de la teoría*

en nombre de la religión no podía sino ser algo absolutamente intolerable.

Sin embargo, si los políticos españoles hubieran presentado los problemas que les iba a causar la expulsión de los jesuitas, lo habrían pensado más de dos veces. Por de pronto, en el terreno económico, y no sólo en las reducciones, los jesuitas habían demostrado ser excelentes empresarios. Industrias, artesanías, finanzas, institutos de comercio, etc., fueron patrocinados exitosamente por la orden, que al mismo tiempo había tejido redes comerciales y financieras con la propia clase colonial. Era así inevitable que con la expulsión se produjesen alteraciones en la estructura económica interna de las colonias. Curiosamente, los planes de centralización económica y administrativa que perseguía la Corona no habrían encontrado mejores ejecutores que los propios jesuitas.

Pero más que en el plano económico, en el político le costaría muy caro a la monarquía su proceder contra los jesuitas. Estos no sólo se habían preocupado de misionar a los indios, sino además de educar a los vástagos de los españoles. No había en verdad ninguna oferta educativa superior a la que ofrecían los colegios y universidades fundados por la orden. Cuando llegó el momento de la expulsión, muchos criollos educados por los jesuitas no pudieron sino preguntarse: ¿cómo podía ser posible que aquellos "guías espirituales" de la sociedad fueran de pronto erradicados y, sobre todo, tan violentamente? De una u otra forma, en la mente de esos criollos se tenía que operar aquello que en términos actuales se conoce como "crisis de consenso". Un historiador del tema comenta en tal sentido: "Cientos de familias criollas consideraban la expulsión como una injusticia atroz, y el sentimiento de fidelidad y respeto a la monarquía fue enfriado en las colonias de América Española."³⁰ En algunas regiones la expulsión provocó un clima de tensión política, sin que faltaran "quienes censuraron por escritos impresos la iniquidad cometida contra la Compañía de Jesús".³¹

Así comenzaba a originarse una crítica a la monarquía, pero esta vez hecha desde las posiciones más conservadoras. A ellas contribuían los textos de Suárez, del abate Reynal y del obispo Mariana, ocupando, al lado de sus antípodas, los ilu-

política, Buenos Aires, 1976, p. 289 [México, Fondo de Cultura Económica, 1945]).

³⁰ Ricardo Donoso, "Hispanoamérica y la expulsión de los jesuitas", en Humphrey y Lynch, *The origins of the Latin American revolution (1808-1826)*, Nueva York, 1966, p. 41.

³¹ Carlos Silva Cotapo, *Historia eclesiástica de Chile*, Santiago de Chile, 1925, p. 5. Véase además Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, tomo 2, Barcelona, 1891, p. 358.

ministas franceses, o los liberales ingleses, un lugar preferencial en la nueva conciencia política de la clase criolla. En los momentos más agudos de la crisis será difícil diferenciar la crítica conservadora de la revolucionaria, pues ambas eran expresadas al mismo tiempo y a veces por las mismas personas. Por último, con la expulsión de los jesuitas la propia Corona se privaba de un valioso contingente intelectual para enfrentar una ideología revolucionaria de carácter secular. Muy lúcido era en este sentido Juan Bautista Alberdi cuando en una de sus "cartas quillotanas" escribió: "los reverendos padres jesuitas hubieran eternizado nuestra sujeción a España si no se van".³² Y según el historiador Luis Alberto Sánchez, la expulsión de los jesuitas debe ser considerada como "uno de los antecedentes más significativos de la revolución americana".³³

Que la idea de la tradición terminara plasmándose con la de la revolución fue en parte culpa del propio Estado español, al haberse dejado seducir por un regalismo contraproducente, pues la sociedad colonial era, tanto o quizás más aún que la española, ajena a lo secular.

LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA POLÍTICA CRIOLLA

Las relaciones entre la clase colonial y la administración indiana no habían sido nunca armónicas durante la era de los Habsburgo. Cuando los Borbones impusieron sus reformas, disociaron todavía más las precarias relaciones existentes entre la burocracia de Indias y los criollos. Conflictos tan profundos como el provocado por la expulsión de los jesuitas acentuaron las diferencias. Así resulta casi lógico que los criollos, en la medida en que aumentaban su poderío económico, quisieran administrar ellos la "cosa pública", sobre todo cuando ésta comenzó a ser utilizada en contra de sus intereses.

³² Citado por José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas, I: La revolución*, Buenos Aires, 1918, p. 85.

³³ Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América*, Buenos Aires, 1972, p. 241. Que la afirmación de L. A. Sánchez es cierta se comprueba por la propia actividad intelectual antimonárquica que comenzaron a desarrollar muchos jesuitas expulsos. Acerca del tema, véase R. Donoso, *op. cit.*; Miguel Batllori, "The role of the jesuits exiles", en Humphry y Lynch, *op. cit.*, pp. 60-68; Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia: tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 175-196.

El tema de los cargos públicos

La conciencia política de los criollos se fue formando no tanto como una afirmación de sí misma, sino más bien como oposición. Que españoles recién llegados y sin demasiada preparación pasaran a ocupar los puestos administrativos más importantes, sin duda constituía para los criollos una injusticia difícil de soportar. ¿No eran ellos al fin, los dueños de las haciendas y las minas, los que más beneficiaban el erario real? ¿No eran sus hijos, portadores de títulos universitarios, eclesiásticos y militares adquiridos a veces en la propia España, los más aptos para hacerse cargo de la administración pública? ¿No eran ellos, al fin y al cabo, tanto o más súbditos del Rey que esos leguleyos y empleados que por el solo hecho de ocupar un cargo se sentían dueños de las Indias? La animosidad frente a la administración española tenía evidentes rasgos aristocráticos, que después no podrían sino impregnar a los procesos en ciernes. Tal animosidad no era todavía, por cierto, una conciencia revolucionaria, pero sí un fermento que ayudaba para que pronto lo fuera. Fue en esa escuela de animosidades y resentimientos donde, por ejemplo, revolucionarios de la magnitud de un Bolívar comenzaron a querer ser independientes. El joven aristócrata venezolano sintetizaba mejor que muchos analistas la búsqueda de poder insatisfecha que animaba al sector criollo. En su famosa "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta Isla" (Kingston, 6 de septiembre de 1815) exponía Bolívar: "Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financieros, y casi ni aun comerciantes: todo en contradicción directa de nuestras instituciones."³⁴

Pero no se piense que todos los aristócratas rencorosos terminaron siendo revolucionarios como Bolívar. Por lo general las contradicciones comenzaban y terminaban en la crítica a la administración colonial. Sólo a muy pocos les pasaba por la cabeza la idea de hacerse libres. La "majestad real" era todavía un dogma, y por lo tanto incuestionable.

El miedo de ser libre

Pero no sólo era el peso de las ideologías el que hacía de los criollos una clase refractaria a la idea de la independencia.

³⁴ Simón Bolívar, *Obras completas*, vol. 1, La Habana, 1950, p. 166.

No debemos olvidar que ellos se habían constituido, precisamente en el marco de las relaciones coloniales, como una clase económicamente dominante. Por lo tanto eran parte del orden colonial. El hecho de que a veces recurrieran al contrabando para aumentar sus ingresos demuestra sólo su predisposición al enriquecimiento fácil, pero en ningún caso una actitud de desobediencia. Por lo mismo estaban lejos de desarrollar algo parecido a una conciencia nacional. Si la tenían, esa conciencia era, por sobre todas las cosas, española, y sus mayores rencores frente a las autoridades provenían del hecho de que éstas no les reconocían totalmente su hispanismo. No es casualidad, por ejemplo, que en el "Memorial de agravios", que redactara el patriota neogranadino Camilo Torres (1766-1816) para el Cabildo de Santa Fe (1809), se pueda leer: "Las Américas, Señor, no están compuestas de extranjeros. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre para adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España."³⁵ De igual manera, Mariano Moreno en su "Representación del apoderado de los labradores y hacendados de la Banda Oriental y Occidental del Río de la Plata" (1809) designaba con la expresión "nuestra nación" a la totalidad del imperio español.³⁶

Pero sin duda el factor decisivo que imposibilitaba que los criollos se comprendieran como una clase revolucionaria nacional derivaba de su propia condición de propietarios y, por cierto, de la naturaleza de sus propiedades. Los grandes hacendados y propietarios de minas no estaban dispuestos, como escribió José Luis Romero, "a cambiar su manera de producir, de comercializar su producción y aun de vivir".³⁷ A diferencia de las colonias inglesas, en Hispanoamérica no se formó una auténtica burguesía nacional o, como tan bien lo dijo el mismo Romero, "no había conflicto entre agrarismo y mercantilismo".³⁸ Desde luego, en algunas regiones, como en el Plata, existía una incipiente burguesía, pero también es cierto, como apunta Kossok, que ésta "no estaba capacitada para adoptar un papel hegemónico, es decir para dirigir y dar a la revolución un sello propio".³⁹ Tampoco se habían formado

³⁵ C. Torres, "Memorial de agravios", en J. L. y L. A. Romero, *op. cit.*, p. 29.

³⁶ Cit. en Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 38.

³⁷ J. L. Romero, "La independencia de Hispanoamérica y el modelo político norteamericano", en J. L. Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, México, UNAM, 1981, p. 96.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Manfred Kossok, "El contenido burgués de las revoluciones

sectores sociales que pudiesen desempeñar el papel de la burguesía. Los grupos criollos de significación social menor, como los pequeños comerciantes, escribientes, leguleyos, clérigos, surgidos a consecuencias de la expansión urbanística, eran sólo el segmento inferior de la clase colonial. De ellos surgirían algunos ideólogos y tribunos, pero como miembros dominantes de una sociedad tenían razones más que suficientes como para no querer romper de inmediato con España, y mucho menos con los segmentos superiores de aquella clase a la que ellos mismos pertenecían. Por de pronto, "debajo" había una masa de mestizos que comenzaban a presionar "hacia arriba". Pero precisamente eso era lo que más los aterraba, de ahí que intentaran, desesperadamente, diferenciarse de ellos, y como no era posible hacerlo demostrando riquezas, lo hacían recurriendo al expediente del color de la piel. Los intentos de los criollos pobres por no parecer mestizos eran tan patológicos como los de muchos mestizos por parecer blancos.⁴⁰

En su conjunto, la clase criolla no estaba dispuesta a correr el riesgo de ser sobrepasada por las "clases peligrosas" ⁴¹ o por el "populacho", según la designación despectiva de la "gente decente".⁴² Por lo demás, cada vez que habían probado movilizar a las masas populares a fin de negociar sus privilegios, habían terminado desatando rebeliones sociales que después no sabían controlar. El caso de Túpac Amaru representaba un verdadero trauma para ellos. Más todavía: si bien muchos, al no tener más alternativa, decidieron pasarse al campo de la revolución, lo hicieron con el objeto de detener desde ahí el avance de los sectores subalternos. Más ironía que paradoja: la revolución de independencia debería ser obra de una clase conservadora y no revolucionaria; la formación de naciones, obra de una clase que no poseía nada parecido a una conciencia nacional; la constitución de repúblicas, obra de una clase que siempre había sido monárquica. Y, sin embargo, sin el apoyo de esa clase, la revolución nunca habría sido posible. ¿Cómo fue posible entonces? Quizá la

de independencia en América Latina", en *Nueva Sociedad*, núm. 4, México, 1974, p. 72.

⁴⁰ J. Lynch, *op. cit.*, p. 29.

⁴¹ De acuerdo con la terminología de Torcuato di Tella, "Las clases peligrosas a comienzos del siglo XIX en México", en Tulio Halperin-Donghi, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pp. 201-247.

⁴² J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, p. 132; sobre el tema, véase Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 116-117.

respuesta no debe ser buscada en las Indias sino en los complejos procesos históricos que tenían lugar en Europa.

Las influencias ideológicas externas

Resulta extraño, pero es verdad: las ideas revolucionarias fueron fomentadas en un comienzo por la propia España. Para comprender esta contradicción hay que recordar que la dinastía borbónica se consideraba a sí misma modernizante y por supuesto quiso demostrarlo, sobre todo en el terreno cultural, permitiendo la entrada en las colonias de libros no aceptados por la Iglesia. Por lo demás, la cultura era algo que no ocupaba ningún lugar secundario entre los criollos; como escribió J. L. Romero: "Rico, eficaz y culto, el hombre americano se sentía en condiciones de dominar su ámbito y derrotar al petimetre brillante en los saraos, celoso de los blasones que sus padres habían comprado y saturado de despreciables prejuicios."⁴² Probablemente los primeros receptores de las nuevas ideas fueron estancieros a quienes parecía de buen tono contar en sus bibliotecas con algunos libros "prohibidos" por el *index* inquisitorial. Pero pronto fueron ellos mismos quienes tuvieron que esconder esos libros frente a la impaciencia de sus hijos hastiados de la provinciana sociedad colonial. Expliquémosnos: como todas las grandes revoluciones, la de independencia fue también el producto de una suerte de conflicto generacional. En efecto, el ambiente de las colonias no tenía nada de atrayente para personas inquietas. A los jóvenes que no heredaban haciendas y minas no les quedaban más que dos alternativas: el ejército y el clero. En el ejército les esperaba una vida militar sin guerras. En el clero, envejecer entre cruces y beatas. Y quizá fue gracias a la influencia de tantos segundones como el ejército y el clero se convirtieron, en muchas regiones, en verdaderos focos de insurgencia.

En un primer momento, las ideas francesas fueron mejor recibidas que las inglesas o norteamericanas. La revolución francesa ejerció una fascinación sin límites en las nuevas élites intelectuales. Desde luego había también bastante de esnobismo. Conocer a Diderot, Rousseau, Montesquieu y hasta a Voltaire, daba una tonalidad de rebelde elegancia y no eran pocos los petimetres criollos que, mediante demostraciones de revolucionarismo verbal, pretendían nada más que impresionar a las damas. Pero también hubo quienes tomaron muy en serio las nuevas ideas, y aun algunas minorías se atrevieron

⁴² J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades...*, cit., p. 161.

a cuestionar, por primera vez, el sagrado dogma de la majestad real. Sin darse cuenta, con sus fantasías ideológicas, esos jóvenes estaban vinculándose con el espíritu revolucionario europeo, sólo que esto sucedía desde una realidad totalmente distinta, donde no había ninguna burguesía revolucionaria sino una clase señorial preocupada de mantener y aumentar sus posesiones y no de consignas novedosas.

Ahora, mientras más aisladas estaban las minorías, más exaltado era su revolucionarismo. Así, los jóvenes jugaban a la clandestinidad organizándose en clubes primero, y después en las llamadas logias. Mucho más en serio eran las actividades de los jóvenes criollos que residían en Europa, pues estaban bajo la influencia directa de liberales y masones. Particularmente importante fue la Logia Lautaro, que desde mediados de 1812 se establecería en Buenos Aires.⁴⁴ Hacia 1810 no era París sino Londres el principal centro revolucionario para América. Por allí pasaron Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Vicente Roca fuerte, fray Servando Teresa de Mier y Francisco de Miranda, este último "el mayor conspirador de todos".⁴⁵ Pero lo que une a los revolucionarios, tanto de fuera como del interior, es la pasión por la palabra escrita, por el panfleto pegado subrepticamente en las paredes y, sobre todo, por la prensa. Casos como el de Antonio Nariño, nada menos que funcionario del virreinato de Nueva Granada, quien en su imprenta privada publicó el texto con la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* (1796), no eran excepcionales.

La preindependencia produjo periodistas revolucionarios admirables. El más incansable de todos parece haber sido Bernardo de Monteagudo, como lo demuestran sus apasionados artículos aparecidos en la *Gaceta de Buenos Aires*, después en el *Mártir o Libre* y en el *Independiente*. Pero quizá la labor de Camilo Henríquez en la *Aurora de Chile* y en el *Monitor Araucano* no le iba en zaga. Había también periódicos que sin ser revolucionarios daban cabida a las nuevas ideas, como el *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires y el *Mercurio Peruano* de Lima.⁴⁶

Entre los autores de mayor influencia, Rousseau parece haber ocupado el primer lugar. La causa debe encontrarse en que las teorías relativas al "derecho natural" se evidenciaban

⁴⁴ Acerca de la Logia Lautaro véase Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo 1, Buenos Aires, Eudeba, p. 148.

⁴⁵ Jaime E. Rodríguez, *Vicente Roca fuerte y el nacimiento de Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 40.

⁴⁶ Bernard Moses, *The intellectual background of the revolution in South America 1810-1824*, Nueva York, 1926, pp. 86-87.

como contrapuestas a una sociedad cuya mayor legitimación había sido la conquista militar.⁴⁷ Además, las ideas naturalistas de Rousseau sonaban bastante bien en un ambiente impregnado de costumbres agrarias y no eran tan abiertamente anticlericales como las de Voltaire. Los postulados relativos a una religión civil armonizaban con la ideología de una sociedad no secular. Como sintetizaba el más dilecto de los roussonianos hispanoamericanos, Mariano Moreno, quien editó (no sin cierta censura) en 1810 en Buenos Aires *El contrato social*: "J. J. Rousseau no sólo quiere una religión civil, y que el Soberano pueda imponer a cada individuo una profesión de fe y fijar los artículos, sino también que cualquiera que no la vea es incapaz de ser ni buen ciudadano ni súbdito fiel."⁴⁸

Si tomamos en cuenta que la idea del contrato social ya había sido incorporada a la tradición teológica por Suárez y más todavía que había sido llevada a sus extremos más radicales por Mariana,⁴⁹ es posible entender por qué las ideas roussonianas encontraron también tantos adeptos en el corazón del clero americano. Otra de las obras que junto a la de los filósofos franceses ejerciera gran influencia entre los criollos fue la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes* del abate Guillaume-Thomas Raynal. Esta obra, pese a que hoy se la considera una simple "mescolanza de documentos, declamación e información", según palabras de Madariaga,⁵⁰ tuvo un efecto propagandístico innegable, entre otras razones —permítasenos la hipótesis— porque al estar escrita por un clérigo francés podía, más que otras obras, unir la vocación religiosa con el espíritu iluminista.

Precisamente la fusión entre iluminismo y teología permite

⁴⁷ Acerca del tema, véase Boleslao Lewin, *Rousseau y la independencia argentina y americana*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, p. 13; Francisco Encina *El imperio hispánico hacia 1810 y la génesis de su emancipación*, Santiago de Chile, 1957, pp. 316-332.

⁴⁸ B. Lewin, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁹ Aunque si se lee con cierto cuidado la obra de Juan de Mariana, *Del rey y de la institución real*, se advierte que no es un escrito antimonárquico como generalmente se cree. Lo que postulaba Mariana era el derecho a la rebelión en contra de las tiranías que, según la acepción del período, es algo opuesto a la monarquía. Como escribió el clérigo: "La tiranía que es la peor y peor forma de gobierno, opuesta a la monárquica, suele entrar al poder por viva fuerza", Barcelona, 1880, p. 116 [Madrid, Editorial Doncel].

⁵⁰ Salvador de Madariaga, *El auge y el ocaso del imperio español en América*, Buenos Aires, 1955, p. 303 [Madrid, Espasa-Calpe].

explicar por qué fueron posibles personajes como Camilo Henríquez,⁵¹ "ese magro y cetrino fraile de la Buena Muerte",⁵² o el deán Funes. Y esa posibilidad no sólo se dio en el terreno del pensamiento o de la agitación intelectual: en el bajo clero la fusión entre iluminismo y religiosidad antimonárquica produjo efectos francamente explosivos. Así, por ejemplo, en la primera fase de la Independencia en México, de 161 clérigos que tomaron parte en los acontecimientos de 1810, 128 lo hicieron en favor de los insurgentes y sólo 32 en favor de los realistas.

Del ideologismo al pragmatismo

El afrancesamiento fue la tónica intelectual predominante en los albores de la revolución, pero el curso de los acontecimientos lo habría de relegar posteriormente a un lugar más bien secundario. Casos como el de Francisco de Miranda, que de un afrancesamiento apasionado pasó a ser un reconocido anglófilo (hasta el punto de llegar a ofrecerse a Inglaterra como intermediario para asuntos americanos), fueron bastante normales.

El período restaurativo que iniciaba Napoleón distaba de poseer la aureola romántica de los primeros años de la revolución, y muchos criollos pensaban que los principios originales habían sido traicionados. Además, cuando los conflictos en las colonias se habían agudizado, las ideas francesas fueron declaradas peligrosas y muchos revolucionarios de salón eligieron el cómodo silencio. Después de 1810, el término *independencia* debía pronunciarse con seriedad, máxime cuando llegaban las noticias de la revolución de los esclavos en Haití, que evidenciaba lo que podía suceder si las "clases peligrosas" comenzaban a movilizarse. Por último, el hecho más determinante en el distanciamiento criollo respecto al ideario

⁵¹ Véase Miguel Luis Amunátegui, *Camilo Henríquez*, Santiago de Chile, 1899; también, Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, México, 1946, pp. 32-47 [Buenos Aires, Eudeba].

⁵² Jaime Eizaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago de Chile, 1957, p. 127. Los principales escritos de Camilo Enríquez son: su proclama de 1811, publicada bajo el anagrama de Quirino Lemachez, considerado "el documento político más revolucionario de ese período" (Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, tomo 3, Santiago de Chile, 1971, p. 17 [Barcelona, Fontamara]), donde plantea abiertamente la necesidad de emanciparse de España; su "Sermón ante el Congreso" donde insiste en la misma idea, aunque con un lenguaje más moderado (1811), y a partir del 13 de febrero de 1812 sus diversos artículos en *La Aurora de Chile*.

francés derivaría de la conocida situación desencadenada en España a partir precisamente de la invasión francesa. De este modo, otros "modelos", especialmente el inglés, ganaron relevancia.

Los sistemas políticos impuestos en Inglaterra y en Estados Unidos no sólo habían probado su eficacia, sino que además se acomodaban bastante bien al conservadurismo tradicional de la clase colonial. Si había algunas razones de carácter religioso que impedían desarrollar simpatías hacia Inglaterra, éstas pasaron a un lugar secundario cuando los ingleses, después de la invasión napoleónica, decidieron apoyar a España. Lo que la religión no permitía, la geopolítica lo daba. El modelo político norteamericano también ejercía atracción en las mentes criollas. Desde hacía mucho tiempo circulaban las obras de Thomas Paine, los discursos de John Adams y los documentos firmados por Jefferson y Washington.⁵³ Sus ideas eran tanto más receptivas si se toma en cuenta que muchos criollos comerciantes habían entendido que, aun en el caso de que se produjera una restauración de los dominios españoles en América, España no volvería a ocupar más el lugar hegemónico que había poseído en la economía indiana. En otras palabras, ya presentían que pasase lo que pasase tenían que asumir el papel de clientes económicos respecto a otras potencias.

En fin, en el proceso de formación política e ideológica de los criollos podemos distinguir dos etapas. Una, marcada por el pensamiento francés, especialmente roussoniano, que se articuló con teorías de origen cristiano relativas a la división de los poderes. Esta articulación permitió la aparición de un prototipo político que podríamos denominar "el jacobino católico". Quizás uno de sus mejores exponentes fue el argentino Mariano Moreno, que cuando publicó *El contrato social* suprimió aquellas partes en que el filósofo francés se refiere a la religión.⁵⁴ Su equivalencia sería la del "católico jacobino" representado en figuras como Henríquez, Funes, Hidalgo, Morelos, Muñecas, etc.⁵⁵ La segunda etapa está marcada por el predominio del pragmatismo ideológico inglés y

⁵³ J. Lynch, *op. cit.*, p. 40.

⁵⁴ Véase J. L. Romero, *Situaciones e ideologías...*, cit., p. 60.

⁵⁵ Hablamos aquí de una simbiosis entre el pensamiento católico antiabsolutista y el pensamiento ilustrado francés, y no de una superposición de uno sobre otro, error a nuestro juicio en el que incurre Manfred Kossok cuando, criticando lo que él llama "el revisionismo histórico", plantea el predominio absoluto del pensamiento de la Ilustración por sobre el tradicionalista de origen cristiano. Véase M. Kossok, "Aufklärung in Lateinamerika. Mythos oder Realität?", en *IAK*, 1972, p. 418.

norteamericano. Esto coincidió con las responsabilidades que asumía una clase que de simplemente dominante había pasado a cumplir una función dirigente. De este modo, para esta clase no tendría mucha importancia después el hecho de que en nombre de la república se erigieran dictaduras militares, que en nombre del liberalismo surgieran estructuras económicas dependientes y que del constitucionalismo provinieran autocracias. Quien quiera realmente entender el pensamiento político de las oligarquías hispanoamericanas, tiene que hacer, frecuentemente, una lectura al revés de sus discursos.

EL TRAUMA HAITIANO

Como ya hemos expuesto hubo acontecimientos que apresuraron el distanciamiento de la clase criolla respecto a ideas demasiado radicales. Pocos entre ellos aterrorizaron más a dicha clase que la llamada revolución de los esclavos en Haití.

La revolución haitiana fue una prolongación directa de la francesa, que en sus momentos de mayor euforia decretó la libertad para los negros. Incluso en la Asamblea Constituyente había representantes haitianos. Los esclavistas franceses en Haití no demostraron demasiados deseos de acatar las órdenes emitidas en la metrópoli y, por lo contrario, reaccionaron con provocación asesinando a los representantes haitianos ante la Asamblea, el doctor Vincent Ogé y su amigo Chavannes. Esa fue la señal de insurrección para los esclavos. En Francia la rebelión fue saludada con entusiasmo por los jacobinos, quienes el 4 de septiembre lograban el decreto que ordenaba el fin de la esclavitud en las colonias. Tal principio sería de inmediato incorporado a la Constitución de Haití en 1801, en cuyo título II, artículo 3, se podía leer: "En este territorio no podrá haber esclavos. La servidumbre ha sido abolida para siempre. Todos los hombres nacen, viven y mueren libres y franceses."⁵⁶ Los negros gritaban "Viva la Francia".

Los franceses de la isla olvidaron en muy pocos días todos sus sentimientos patrióticos y llamaron en su auxilio nada menos que a Inglaterra. De este modo, los esclavos se levantaron en nombre de dos naciones: Francia y Haití. La decisión de los esclavos de luchar hasta la muerte hizo imposible la avanzada de los ingleses, que fueron derrotados en 1797

⁵⁶ J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 81.

por las milicias comandadas por Toussaint Louverture. El carácter "francés" de la revolución duró sin embargo tan poco tiempo como la revolución en Francia. El 20 de mayo de 1802, en nombre de la libertad, Napoleón ordenaba la restauración del orden colonial esclavista mediante un decreto que decía: "En las colonias restituidas a la Francia, en ejecución del Tratado de Amiens de 6 Germinal Año 10, la esclavitud será mantenida de acuerdo a las leyes y reglamentos anteriores a 1789."⁵⁷ Por si fuera poco, a los ataques de Inglaterra y Francia se sumaron los de España a la parte española de la isla. Los casi indefensos esclavos estaban así en guerra contra las principales potencias europeas, que si bien luchaban entre ellas en Europa, a la hora de defender sus posesiones ultramarinas lograban inmediato acuerdo.

Un golpe muy serio recibió la revolución negra cuando su caudillo, Toussaint Louverture, fue hecho prisionero por el general Leclerc (cuñado de Napoleón), que comandaba una expedición de nada menos que 54 barcos y 25 mil soldados. A partir de esos momentos comenzaría la segunda fase de la revolución negra, que no se haría más en nombre de Francia sino de la liberación de Haití. Los revolucionarios estaban dirigidos por los generales negros Christophe y Dessalines y por el mulato Alexandre Pétion. Fue una guerra terrible: de 43 mil hombres enviados por Napoleón a Haití, sólo 8 mil volvieron a Francia.⁵⁸ Al fin, los franceses comprendieron que les saldría más económico retirarse que ganar la guerra al precio que estaban pagando.

La libertad de Haití fue proclamada en octubre de 1803, y su acta de independencia nacional firmada el 1 de enero de 1804. La isla se transformó así en un símbolo revolucionario. Algunos patriotas americanos, posponiendo sus complejos racistas, viajaban hacia ella para entenderse con los nuevos estadistas. Francisco de Miranda, por ejemplo, estableció contactos con Dessalines, que después se convertiría en un emperador siniestro: por ejemplo, mandaría asesinar a todos los blancos de su país. Igualmente, Bolívar encontraría refugio en la república del sur dirigida por el inteligente Pétion. Casi toda las fuentes relativas a la vida del Libertador están de acuerdo en que experimentó en la isla un verdadero proceso de conversión. Pero, sin duda, sobre quienes ejercería más influencia el ejemplo de Haití serían los negros de Sudamérica. Las rebeliones de Coro (1795) y la de Cariaco (1798)

⁵⁷ Documentos para la historia de Haití, La Habana, 1954, p. 158.

⁵⁸ Emil H. Maurer, *Der Schwarze Revolutionär*, Meisenheim/Glau, 1950, pp. 37-271.

se inspiraron en los acontecimientos de Haití, hasta el punto de que el caudillo de la primera, José Leonardo Chirinos, prometía instaurar "la ley de los franceses", refiriéndose a la promesa de liberación de los esclavos.

REVOLUCIÓN Y TRADICIÓN

Desde 1810, a partir del surgimiento de los movimientos justistas, a las élites revolucionarias se les plantearían diversas alternativas. Por una parte era necesario establecer relaciones con naciones como Inglaterra, cuyo concurso era indispensable para derrotar a España. Por otra, en el frente interno, era necesario reforzar las vinculaciones con el bloque agrario-minero-exportador, cuya ruptura con España era la condición *sine qua non* de la independencia. Por último, era fundamental establecer una alianza con los sectores más subalternos de la sociedad, sin cuyo concurso militar cualquier expectativa de triunfo frente a España era una quimera.

Como veremos, cuando los problemas estaban planteados en términos puramente políticos fue posible una alianza con el bloque criollo haciendo caso omiso de las masas populares, pero cuando llegó la hora del enfrentamiento tal alianza se volvió imposible. En otras palabras, la cuestión nacional no podría resolverse omitiendo la cuestión social.⁵⁹

La revolución hispanoamericana comenzó en España. Cuando las tropas francesas la invadieron en nombre de la Revolución y José Bonaparte parecía decidido a imponer por la fuerza las reformas que en Francia habían sido establecidas gracias a la legitimidad de la insurrección, era posible creer que muchos republicanos españoles se pondrían al servicio de las fuerzas de ocupación. Pero esos mismos republicanos no estaban dispuestos a aceptar una revolución impuesta "desde arriba" y "desde fuera". Si la invasión resultó un éxito en el sentido militar, no se puede decir lo mismo desde el punto de vista político. En efecto, los estrategas franceses valoraron muy mal el potencial nacionalista español. Fueron los mismos republicanos los que se pusieron a la cabeza de la resistencia nacional llamando al pueblo a organizarse en

⁵⁹ En los términos de Kossok "ambos componentes del ciclo de revoluciones ibéricas, los 'europeos' como los 'americanos', revelaban la inseparable dialéctica entre la cuestión social y la cuestión nacional", en Manfred Kossok, *Der Iberische Revolutionszyklus (1789-1830)*, Ost Berlin, 1971, p. 215.

comunales y cabildos. Consumiéndose una paradoja, los sectores más monárquicos y verbalmente más nacionalistas adoptaron desde un principio una actitud de colaboración hacia los invasores. Así, en España, al igual que después en América, se demostraría que la idea de la revolución era inseparable de la idea de la tradición. Fue en defensa de esa tradición, tildada antes de oscurantista por los mismos que ahora la defendían, como brotó una formidable resistencia popular en contra de Bonaparte y de su aliada la nobleza, y todo lo que ella entraña, en nombre "del muy amado Rey". Por supuesto, en la imaginación popular el Rey nada tenía que ver con el mediocre personaje que existía en la realidad, sino con una suerte de "príncipe romántico al que un gigantesco ladrón mantenía prisionero y lo maltrataba".⁶⁰

Expresión de la radicalidad que asumió la resistencia española fue el traslado, en septiembre de 1808, de la Junta Central, de Sevilla a Cádiz. Sevilla era el centro de la oligarquía terrateniente andaluza. En Cádiz, en cambio, la Junta Central funcionaría como un verdadero organismo de representación popular.⁶¹

Para la revolución de independencia en Hispanoamérica, la Junta de Cádiz tuvo una significación enorme. Cuando muchos criollos no atinaban a tomar una decisión, surgían de aquella junta, que mal que mal gobernaba en nombre del Rey —y como si las paradojas no fuesen ya demasiadas—, los primeros decretos anticolonialistas. Un ejemplo lo constituye aquel decreto que ordenaba a los hispanoamericanos organizarse en juntas mientras el rey Fernando estuviese prisionero; decía: [...] el Rey nuestro Señor don Fernando, y en su real nombre, la Junta Central Gubernativa del Reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española".⁶² Estas eran precisamente las palabras que querían escuchar los pocos revolucionarios hispanoamericanos: que no eran colonias. Incluso hasta los círculos más conservadores de las Indias deben haberse sentido complacidos, pues al fin eran considerados verdaderos españoles, como siempre habían querido serlo. De este modo se producía uno de esos momentos excepcionales en los que es posible la unión de las posiciones más radicales con las más tradicionales. Por supuesto, los revolucionarios no desperdiciarían tan preciosa

oportunidad. Inmediatamente se dieron a la tarea de formar juntas en nombre del Rey. Aquellos pocos que todavía admiraban la revolución francesa tuvieron que olvidarla rápidamente y gritar más fuerte que cualquier monárquico los vivos y los al rey Fernando.

Sin embargo, no hay ninguna prueba seria que induzca a creer que a la hora de la formación de las juntas la mayoría de los criollos creyera estar defendiendo verdaderamente los intereses de la monarquía. Cuando ponían la efigie de Fernando en sus sombreros, no lo hacían como un simple cálculo táctico.⁶³ La mayoría de los criollos parecían en verdad estar comunicados por el mismo sentimiento de pesar frente a la prisión de Fernando, pero también podemos creer que su nombre podía tener diferentes significados. Así, cuando algunos gritaban ¡viva el Rey!, querían decir exactamente eso. Pero quizás otros querían decir ¡viva la Junta que lo representa!; y otros aun ¡viva el pueblo, representado por la Junta! Cada "partido" veía en el retrato del Rey un rostro distinto, menos el verdadero. El Rey era, sin saberlo, el caudillo de un movimiento que no conducía y que nunca podría conducir. Más todavía: el Rey sólo podía ostentar ese privilegio en tanto estuviese prisionero. El símbolo del movimiento era un trono vacío, y para que éste continuara siendo un símbolo, nadie debía sentarse ahí.

Pero no siempre los juntistas americanos se sentían representados por la Junta de Cádiz. Para los más conservadores, era demasiado radical. Para los más radicales, era todavía un fuerte vínculo que ataba a las colonias con la Madre Patria. No obstante, la idea de separarse de España iba ganando poco a poco aceptación entre muchos conservadores. ¿No ejercían ya el poder político que tanto habían deseado en el pasado? Por fin podían representar sus propios intereses. Por lo demás, la Junta Central estaba demasiado lejos. Sus resoluciones eran producto de febriles debates determinados a su vez por la resistencia a los franceses, y no siempre tenían relación con la vida cotidiana de las colonias, que seguía siendo normal. Además, debido a la distancia, las resoluciones llegaban a América cuando en España habían sido ya remplazadas por otras. Frente a tal situación, los acaudalados patricios se sentaron en los sillones de mando y desde ahí comenzaron a gobernar por su cuenta, y no hay indicios que muestren que no lo hicieran con placer. No puede ser casualidad el hecho de que en todas partes hubiera acuerdo para decretar lo más rápido posible la libertad de comercio. En este punto existía una complicidad nada oculta entre radi-

⁶⁰ Karl Marx y F. Engels, *Werke*, vol. 10, pp. 444-445.

⁶¹ Véase Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, tomo 1, Buenos Aires, 1973, p. 124.

⁶² M. L. Amunátegui, *La crónica de 1810*, tomo 1, Santiago de Chile, 1961, p. 327.

⁶³ *Ibidem*.

cales y conservadores. Para los últimos era ésta una posibilidad para la realización de sus negocios; para los primeros significaba la ruptura material con España. El conflicto generacional parecía diluirse frente a la seducción del poder que experimentaban esos dos grupos, aparentemente antagónicos, pero miembros, al fin, de una misma clase.

Ahora bien, a dichos grupos se les plantearía un problema casi existencial: ¿a quiénes obedecer? ¿A las autoridades peninsulares establecidas en las colonias? Jamás; eso estaba descartado. ¿A la Junta de Cádiz? ¿Existía para los criollos la Junta de Cádiz fuera de los reconocimientos formales? ¿Al rey Fernando? Eso estaba fuera de duda, pero... siempre y cuando siguiera prisionero. En este sentido, ningún historiador dispone de los mecanismos necesarios para conocer el verdadero subconsciente de los actores del proceso. Pero casi podemos adivinar que ya había criollos deseosos de que Fernando VII nunca fuera liberado. Por mientras debían seguir demostrando, incluso ante sí mismos, que ellos, y sólo ellos, eran los auténticos garantes del orden monárquico.

Tradicición y reforma, radicalismo y conservadurismo no eran necesariamente, en este período, términos antagónicos.⁶⁴ Pero al mismo tiempo, se quisiera a no, "lo que se postulaba en la forma como un producto de la tradición actuaba en el contenido como un fermento de la revolución".⁶⁵ Por de pronto ya se veía venir que, tarde o temprano, el enfrentamiento con España iba a ser inevitable, y para ello era necesario solicitar el concurso de aquella población indócil e inamistosa formada por indios, negros, mestizos y mulatos, a la que depender de España o de los criollos no parecía importarle demasiado; población que parecía odiar mucho más a los criollos que a los españoles, por haber sido los primeros sus explotadores inmediatos. ¿Cómo ganarlos para la causa de una independencia que no era la de ellos e impedir así que fueran los españoles quienes explotaran su descontento social canalizándolo militarmente en contra de los criollos? ¿Mediante concesiones? Sí había que ofrecerles algo, pero ¿cuánto? La solución para ese problema vino de Río de la Plata: la integración en un ejército.

En efecto, mediante la formación de milicias para, por supuesto, defender los intereses del amado Fernando frente al peligro representado por las potencias extranjeras, los criollos resolvían dos problemas de una vez: se preparaban con prevención para enfrentar a España y mantenían disciplina

⁶⁴ Sergio Villalobos, *Tradicición y reforma en 1810*, Santiago de Chile, 1961, p. 236.

⁶⁵ M. Kossok, *op. cit.*, p. 215.

damente controlada a una parte del "pueblo". Los recursos debían provenir, naturalmente, de los criollos acaudalados, más lo que se pudiera conseguir subrepticamente en el extranjero, pues a España le sobraban enemigos en Europa. Los comandos fueron entregados a aquellos jóvenes radicales que abandonaron los libros para dedicarse a buscar honores y medallas. Incluso algunos jóvenes generales creían haber conquistado el verdadero poder. Que se equivocaban, sólo lo iban a saber después.

LA SOLUCIÓN MILITAR DEL PLATA

Como es frecuente en la historia de Hispanomérica, la solución del Plata, surgida en condiciones muy específicas, no fue algo programado. Sus orígenes se encuentran antes del período juntista, en 1806, cuando una expedición británica entró en el río de la Plata y ocupó Buenos Aires. Ahí se produjo una situación tan asombrosa como la producida en España a la hora de la invasión napoleónica. Los funcionarios españoles huyeron pronto, seguidos de sus muy mal pertrechadas tropas. A su vez, los criollos acaudalados, los que no se dieron igualmente a la fuga, se dispusieron de inmediato a colaborar con las tropas ocupantes. En cambio, los sectores más radicales del grupo criollo, apoyados en algunos sectores populares, manifestaron de inmediato su disposición para defender Buenos Aires. Sobre esa base fue improvisado un ejército que hubo de ser reconocido por los peninsulares como la única alternativa militar posible frente a los ingleses. El mando de las tropas le fue conferido a Santiago Liniers, oficial francés al servicio de España, quien al frente del recién constituido ejército derrotó el 12 de agosto de 1806 a las tropas inglesas. En premio a sus servicios, Liniers fue nombrado gobernador de Buenos Aires, apoyado fundamentalmente por los criollos.

El 3 de febrero de 1807, los ingleses realizaron un contraataque y ocuparon Montevideo. Los criollos del Plata concluyeron, con razón, que la causa de ese hecho residía en la pésima defensa de la ciudad organizada por el gobernador Sobremonte, que incluso fue acusado de colaborar con los ingleses. Los criollos se declararon abiertamente en estado de rebelión. Sobremonte fue hecho prisionero y en su lugar fue nombrado el mismo Liniers. Por primera vez un representante legal de la Corona era destituido por los criollos. La prisión de Sobremonte es pues un hecho histórico de gran importancia.

El nuevo ejército del Plata se había constituido en una alternativa de poder, y ello había ocurrido porque en la práctica había demostrado ser el único garante posible de los derechos de la monarquía frente a la amenaza de una invasión extranjera. Muchos de los jefes militares así lo sentían y, al igual que en las demás colonias, sólo a muy pocos se les ocurría ver en el ejército una fuente de emancipación anticolonial. Pero era imposible que después de la constitución del nuevo ejército no fuera creciendo en su interior el germen de una conciencia que, si bien no podemos caracterizar como nacional, era por lo menos abiertamente localista o regionalista, lo que por lo demás estaba en consonancia con los ya desarrollados intereses económicos locales de la clase dominante criolla, quizás la única y auténtica burguesía de la Hispanoamérica preindependentista.

Si el desarrollo de una conciencia localista no había cristalizado del todo, la propia reacción de los peninsulares se encargaría de apresurar ese proceso. Tal ocurrió con el levantamiento dirigido por Martín de Alzaga el 1 de enero de 1809. Alzaga, miembro del Cabildo y acaudalado comerciante, era uno de los pocos españoles que gozaban de respeto en la ciudad. Todos los habitantes porteños recordaban su heroica actuación durante la invasión cuando se puso a la cabeza de milicias urbanas después de que las defensas organizadas por Liniers habían sido traspasadas por las tropas inglesas al mando del general Whitelocke (febrero de 1807). Alzaga era un monárquico fanático que, previendo antes aun que algunos criollos patriotas los desenlaces que se avecinaban, estableció contacto con el ultrarrealista virrey de Montevideo, Javier Elío, que había nombrado en su ciudad una junta formada sólo por peninsulares. Montevideo era así un bastión realista frente al poder criollo que representaba Liniers en Buenos Aires. Con el apoyo de las autoridades vecinas, Alzaga estaba embarcado en muchas actividades conspirativas en contra de Liniers, a quien consideraba un advenedizo. El comerciante Alzaga contaba además con el apoyo de los peninsulares más pudientes de Buenos Aires. Como anota Lynch: "El movimiento conspirativo de Buenos Aires fue una reacción española a la nueva distribución de poderes en el Río de la Plata, un intento de los propietarios peninsulares de restaurar el antiguo orden y procurarse un poder exclusivo."⁶⁶

Desde una perspectiva estratégica, ni Elío ni Alzaga fueron demasiado hábiles, pues establecieron en la práctica algo que los propios criollos antimonárquicos aún no se atrevían a establecer, es decir, la demarcación de dos bandos: en favor

⁶⁶ J. Lynch, *op. cit.*, p. 54.

o en contra de España. De tal modo, cuando fracasó el intento golpista de Alzaga, los criollos, en su gran mayoría, se congregaron en torno de Liniers y, por supuesto, de ese verdadero aparato ejecutivo que ya era el ejército.

El ejército fue, en primera línea, el punto de encuentro de las clases acomodadas criollas con las élites intelectuales de la región. Como bien observa Lynch, lo uno no excluía lo otro.⁶⁷ Pero debemos agregar que tampoco eran exactamente lo mismo. Objetivamente, el ejército representaba los intereses de la oligarquía criolla local, pero en su interior germinaban grupos, organizados de manera conspirativa, cuyas ambiciones sobrepasaban sus simples intereses localistas y aspiraban a una ruptura radical con la península. Allí tomaban parte jóvenes oficiales que muy pronto iban a desempeñar papeles decisivos, como Cornelio Saavedra, Juan Martín de Pueyrredón, Martín Rodríguez, etc. Por otra parte el ejército no era en ese momento puramente aristocrático; allí también habían encontrado cabida jóvenes provenientes de los estratos más bajos del grupo criollo y de las recién formadas clases medias, como Belgrano, Castelli (hijos de italianos), Moreno y Vieytes, Larrea y Matheu. A algunos de estos grupos el ejército les parecía el lugar más adecuado para "hacer carrera" y escalar posiciones sociales. Por último, la tropa tenía que ser obligatoriamente reclutada entre los sectores más pobres de la sociedad, los que también encontraban allí un medio de sustento. No sin desconfianza por parte de los grupos gobernantes, hasta los negros no libertos habían recibido en 1807 armas "y su valor y lealtad hacia sus amos había sido de grandes elogios".⁶⁸ Interesante es destacar que los oficiales provenientes de los grupos sociales intermedios desempeñaban dentro del ejército un doble papel. Por un lado eran los mentores ideológicos del nuevo poder; por otro, no resistían la tentación de aprovechar la compartimentación militar para convertirse en líderes informales de masas organizadas militarmente y discutir así sus intereses no sólo contra España sino también en el interior de la propia clase criolla colonial.

En síntesis, el ejército era un factor de integración social más que curioso. Allí coexistían, mejor articuladas que en la sociedad civil, diversas clases de la región, y lo más importante: sobre la base de consensos que, aunque se definían en la práctica, poseían una consistencia mucho más sólida que los que se daban en la "realidad exterior". Sin duda tiene razón Halperín-Donghi cuando afirma que "Durante los cinco

⁶⁷ *Ibid.*, p. 56.

⁶⁸ Tulio Halperín-Donghi, "Militarización revolucionaria en Buenos Aires", en T. Halperín-Donghi, *op. cit.*, p. 144.

primeros años de la revolución, el ejército estuvo a punto de convertirse en el primer estamento de la nueva nación.”⁶⁹

Para delimitar mejor el sentido exacto y el carácter que tuvo el ejército del Plata debemos distinguir tres fases en su desarrollo. La primera ya ha sido descrita: durante cuatro años el ejército fue un factor de seguridad frente a la posibilidad de invasiones foráneas. La segunda fase cristalizaría después de 1810, especialmente durante la Junta de Mayo, cuando el ejército se convirtió en un instrumento de ruptura respecto a la dominación española gracias a la actividad de agitación que ahí desplegaban los seguidores de Mariano Moreno, quien como miembro de la Junta de Mayo pretendía vincular el proceso de independencia con el levantamiento de la plebe urbana, incluyendo la que formaba parte del ejército.

Paradójicamente, Moreno había alcanzado figuración política gracias al apoyo que le había prestado la oligarquía porteña, pues en 1809 había postulado frente al virrey Baltazar de Cisneros, y con más insistencia que nadie, la necesidad de instaurar una verdadera libertad de comercio. Pero ésta no había sido una postura meramente táctica. La fe en la libertad de comercio era casi religiosa en adalides como Moreno. Por ejemplo, escribía: “A la libertad de exportar sucederá un giro rápido que, poniendo en movimiento los frutos estancados, hará entrar en valor los nuevos productos, y aumentándose los valores por las ventajosas ganancias que la concurrencia de extractores debe proporcionar, florecerá la agricultura y resaltará la circulación consiguiente a la riqueza del gremio que sostiene el giro principal y privativo de la provincia.”⁷⁰ Sin embargo, en Buenos Aires, la alianza entre los poderosos y los radicales sociales comenzaba y terminaba en la consigna relativa a la libertad de comercio. Los primeros habían sido extraordinariamente hábiles al utilizar a los segundos y Moreno, como muchos otros, creyó que hacia 1810 había comenzado una auténtica revolución social apoyada por toda la clase criolla. Pronto caería en cuenta de su garrafal error. La clase dominante porteña sabía mucho de negocios, pero nada quería saber de reformas sociales.

En consecuencia, la tercera fase dentro del ejército puede caracterizarse como un movimiento de reacción en contra del radicalismo morenista. Así, el ejército, sin abandonar sus funciones originales, pasó a ser además un medio de represión social. El conflicto entre las diversas tendencias en juego se

⁶⁹ *Ibid.*, p. 123.

⁷⁰ Mariano Moreno, “Representación de los hacendados”, en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 76.

inició con el fracasado intento de Moreno por destituir al jefe supremo Cornelio Saavedra, que representaba los intereses de la oligarquía de la región. Saavedra logró movilizar al ejército en contra de la propia junta obligándola a incorporar en ella a los sectores antimorenistas, que eran en su mayoría representantes de los pueblos y ciudades del virreinato. Después de tal éxito tuvo lugar un proceso de depuración en el ejército realizado bajo el pretexto de profesionalizar a las fuerzas armadas. De este modo, el grupo oligárquico ganó para sí la conducción de la guerra contra España al precio de aplastar cualquier intento de rebelión social. Hacia 1815 ese ejército era muy distinto al originario, “y el nuevo sistema buscó sin vacilaciones su apoyo político entre los grupos adinerados de la sociedad”.⁷¹ La región del Plata contaría así con un instrumento nada despreciable para conquistar su autonomía local, pero también con un medio de represión aún más eficaz.

La neutralización de las “clases peligrosas” que tuvo lugar en el Plata no iba a ocurrir tan fácilmente en otras regiones de América, donde por cierto había masas dispuestas a luchar no por ideales abstractos sino por sus propios intereses, por lo demás muy concretos y materiales.

EL GRITO MEXICANO

En México, a la hora de las reformas borbónicas, se daban condiciones similares a las que hemos observado en otras regiones americanas, sólo que en magnitudes ampliadas. Por de pronto, el conflicto clásico entre peninsulares y criollos encontraba su base no sólo en querellas como la de los puestos públicos, sino en la propia estructura económica de la región, modificada radicalmente a partir de 1800 debido a la hegemonía alcanzada por el sector minero sobre el agroexportador. “Entre 1740 se triplicó la cantidad de oro y plata extraídos. El crecimiento mayor se registró en los últimos treinta años del siglo cuando la producción anual de plata pasó de 12 a 18 millones de pesos.”⁷² Guanajuato, por ejemplo, llegó a ser el principal productor de plata del mundo entero, con una producción anual de más de cinco millones de pesos, que

⁷¹ T. Halperín-Donghi, *op. cit.*, pp. 156-157.

⁷² Luis Villoro, “La revolución de la independencia”, en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1977, p. 305.

suponía un monto equivalente a la sexta parte de toda la plata de América.⁷³

De este modo se fue formando, sobre todo en el norte, una clase de mineros riquísimos que, por supuesto, pugnaba por sustraerse a la tutela burocrática de los peninsulares. Lo mismo se puede decir del sector comercial que predominaba en el México central "gracias a la hegemonía de Veracruz".⁷⁴ Ciertamente que hacer un corte abrupto entre el sector minero y el comercial es tarea difícil, considerando que muchos de los grandes propietarios de minas habían sido originariamente comerciantes que habían decidido cambiar de rumbo debido a las dificultades que les ocasionaba el monopolio comercial español.⁷⁵ Toda la estructura económica descrita reposaba en la agricultura, y ésta en el sistema de tenencia de la tierra que tenía como base a la hacienda, que era a su vez la principal fuente de explotación de la fuerza de trabajo del país. El sistema de propiedad vigente determinaba asimismo el carácter predominantemente agrario que desde antes de la independencia han asumido las rebeliones sociales en México. Hacia 1810, por ejemplo, los ranchos y comunidades indígenas coexistían "con una economía de baja productividad y reducida prácticamente al consumo... [y] con unas cinco mil haciendas grandes que producían para un mercado nacional, o al menos regional".⁷⁶

El proceso de expropiación por los grandes propietarios agrícolas iba en constante aumento y a comienzos del siglo XIX había alcanzado un grado intolerable para los campesinos pobres. Así, en 1810 se podían contar cinco mil haciendas que coexistían con 55 mil propiedades agrícolas muy pequeñas.⁷⁷ Importante es mencionar que el latifundista principal era la Iglesia, lo que explica la solidaridad de las altas jerarquías con el bloque económico dominante, así como las numerosas disidencias de miembros del bajo clero que apenas participaban de las enormes riquezas de la institución. A pesar de las conexiones existentes entre la agricultura, el comercio y la minería, había también bastantes conflictos en el interior del bloque dominante. Por de pronto, la hacienda era el bastión de la llamada aristocracia, que por cierto no era tímida para invertir en minería, pero también debemos decir que

⁷³ J. Lynch, *op. cit.*, p. 330.

⁷⁴ T. Halperín-Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1975, p. 21.

⁷⁵ L. Villoro, *op. cit.*, p. 306.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 308.

⁷⁷ Moisei-Samoilovik Al'Pirovic, "Hidalgo und der Volksaufstand in Lateinamerika und Mexiko", en *Lateinamerika zwischen Emanzipation und Imperialismus 1810-1960*, Ost Berlin, 1961, p. 37.

había muchos mineros y comerciantes que no provenían del sector agrario. Para los terratenientes, tales grupos no eran más que advenedizos, sobre todo si eran peninsulares. Por lo demás, el acceso que estos últimos tenían hacia las funciones públicas se prestaba para divulgar la creencia de que las utilizaban para aumentar sus riquezas.

A pesar de lo marcados que eran los conflictos entre peninsulares y criollos, muy poca cosa constituían comparados con el enorme abismo que separaba a ambos grupos respecto a las clases pobres del país. Quizá la mexicana era la sociedad más polarizada del continente. Una sociedad que, como decía el abad de Queipo, se dividía entre "los que tienen todo y los que no tienen nada".

Movimientos rebeldes precursores

De acuerdo con las condiciones descritas, no puede extrañar que la sociedad mexicana haya estado sometida a tensiones mayores que las que prevalecían en otras regiones hispano-americanas. Si echamos un vistazo a las diferentes rebeliones ocurridas antes de la independencia, ello resulta evidente. Ya en 1616 nos encontramos con la de los tepehuanes de Durango, cuyos caudillos tuvieron el mismo sentido mesiánico que los del Perú y del Alto Perú.⁷⁸ También en la Tarahumara, en Chihuahua, estallaron sucesivas rebeliones en 1648, 1650 y 1652. En Oaxaca hubo una de gran magnitud en 1660. En Nuevo México, entre 1680 y 1696, los indios se encontraban en abierto estado de insurgencia. Lo mismo ocurrió con los indios de Chiapas entre 1695 y 1712; los yaquis de Sonora, en 1740; los indios de California en 1743; los de Yucatán en 1761, y los de Michoacán en 1767. También en las ciudades hubo significativas rebeliones, como las de México en 1624 y 1692, que alcanzaron altos grados de violencia, y la de Tlaxcala en 1692. En 1537 y 1609 hubo además rebeliones de esclavos negros.

Paralelamente a las rebeliones indígenas, surgieron, desde fines del siglo XVII, motines y conspiraciones criollos, algunos incluso evidenciando el propósito de movilizar a los indios. Así, en 1794 fue detectada la conspiración de Juan Guerrero, español llegado de Filipinas que pretendía sublevar a los indios y apoderarse de Veracruz. El mismo año fue descubierta otra rebelión encabezada por un médico francés que pretendía realizar los ideales de la revolución francesa en suelo me-

⁷⁸ Véase Luis González Obregón, *Rebeliones indígenas de los siglos XVI-XVII y XVIII*, México, 1952, p. 374.

xicano. En 1799 tuvo lugar la "rebelión de los machetes" encabezada por el comerciante Pedro de Portilla, quien logró sublevar a algunos criollos y cuyos objetivos eran derribar al virrey, tomar el poder, liquidar a los españoles e iniciar una guerra de liberación en contra de España.

Por si fuera poco, también dentro del bajo clero se vivía un clima de permanente inquietud. En el siglo XVIII hubo muchos procesos a clérigos y religiosos por hacer propaganda liberal y divulgar ideas contrarias al régimen. Precursor de los famosos curas Hidalgo y Morelos fue el fraile peruano que vivía en México Melchor de Talamantes, procesado por la Inquisición a causa de sus ideas "heréticas" y que murió en la cárcel de Veracruz.⁷⁹ Incluso el obispo de Michoacán, Antonio de San Miguel, lanzó una proclama en contra de los tributos personales y del monopolio español de los cargos públicos, y en favor de una distribución más equitativa de la tierra.⁸⁰

Cuando llegaron a México las noticias de los acontecimientos ocurridos en España en 1808, se hizo manifiesto el estado de rebelión latente que se vivía. Por ejemplo, en la ciudad de Valladolid, un grupo de criollos, apoyados por algunos oficiales liberales, pretendieron tomar la guarnición dirigiendo al pueblo proclamas en las que prometían la abolición de los impuestos individuales.

Vientos revolucionarios soplaban en México. El cura don Miguel Hidalgo y Costilla iba a ser sólo el eslabón terminal de una larga cadena. Probablemente no hubiese pasado de ser un agitador entre muchos si sus proclamas no hubieran sido lanzadas en un medio preparado por una situación altamente explosiva.

La insurrección del cura Hidalgo

Estamos casi seguros de que cuando el muy lúcido y culto cura don Miguel Hidalgo y Costilla (en 1808) se puso en contacto con el capitán Ignacio Allende, nunca pensó en las magnitudes sociales del movimiento que iba a desatar. Si lo hubiera sabido, quizás habría preferido seguir criando abejas o continuar sumido en lecturas en su casa, a la que llamaban "la pequeña Francia", dada la reconocida admiración del cura por las ideas de la Ilustración. Gran mérito de Hidalgo fue el

⁷⁹ Leandro Tormo y Pilar Gonzalbo Aizburru, *Historia de la Iglesia en América Latina*, tomo 2, Buenos Aires, sin fecha, p. 52.

⁸⁰ Alexander Humboldt, *Ensayos políticos sobre el reino de la Nueva España*, 1799, pp. 99-103 [ed. Porrúa].

hecho de que no rehuyó la responsabilidad que le cabía cuando la rebelión estalló. Por lo contrario, se puso a la cabeza, sin más armas que su buena voluntad, a más de que de estrategias militares no tenía la menor idea.⁸¹

En un comienzo, la vinculación del cura Hidalgo con algunos oficiales como Ignacio Allende (hijo de un rico comerciante español), Juan Aldama y Miguel Domínguez no parecía ir más allá de los límites de cualquier confabulación criolla.

Tres iban a ser los factores fundamentales que desatarían el vendaval revolucionario. Primero, el potencial explosivo de la región. El Bajío era, en efecto, "un complejo agrícola y minero relativamente próspero, autosuficiente; poseía una estructura social más flexible que en otras partes, una gran proporción de indios y un gran porcentaje de negros libres y mulatos".⁸² La existencia de una gran cantidad de indios vagabundos y sin tierra desempeñaría un papel decisivo en esta región, como en otras regiones del continente. Tales indios "sin Dios ni Patria ni Ley" constituían, en efecto, el contingente apropiado para formar bandas guerrilleras.

Un segundo factor era el momento político internacional. Como está visto, la prisión del "muy amado Fernando" hizo ver a muchos criollos la posibilidad de acceder directamente al poder y, en consecuencia, se manifestaron dispuestos a vincularse a cualquier movimiento que cuestionara el orden político existente, e incluso a canalizar las demandas de las masas indias —paradójicamente, dirigidas en su mayor parte contra ellos mismos— hacia los peninsulares. De este modo, las rebeliones indígenas, hasta ese momento aisladas, pudieron alcanzar, después de la prisión de Fernando VII y mediante la canalización criolla, una proyección política o de cuestionamiento de poder que antes no tenían.

El tercer factor fue sin duda la propia persona de Hidalgo. Por de pronto, antes de que fuera sorprendido en conspiraciones, se había perfilado como un líder natural, papel que no era extraño a muchos curas de pueblo. Ser sacerdote era también ser la figura central de una aldea o pueblo, más central mientras más alejado se estuviese de las ciudades. Si a esto agregamos la cultura personal de Hidalgo en un tiempo en que el saber principal seguía siendo de índole religioso, más su acceso a las fuentes del conocimiento racionalista y el haber sido nada menos que rector del Colegio de San Nicolás, en Valladolid, antes de ser enviado a Dolores en cas-

⁸¹ Acerca del tema, Hugh M. Hanill Jr., *The Hidalgo revolt. Prelude to Mexican independence*, Gainesville, 1966.

⁸² J. Lynch, *op. cit.*, p. 342.

tigo por la profesión de sus ideas, no hay necesidad de tener mucha imaginación para adivinar que entre muchos criollos fue visto como una especie de guía intelectual. El hecho mismo de haber sido prácticamente desterrado debe haber favorecido sus convicciones antimonárquicas. Era pues, Hidalgo, un legítimo representante de la numerosa fracción rebelde del bajo clero. Quizás fueron todas esas razones las que determinaron que cuando fue descubierta su insignificante conspiración de Querétaro, se decidiera a jugar de una vez todas sus cartas, pronunciando, ante el asombro de sus camaradas y con increíble calma, las siguientes palabras: "Caballeros, somos perdidos: aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines."⁸³

En Dolores, Hidalgo pronunció un discurso en el que, entre otras palabras, dijo: "Este movimiento que están viendo tiene por objeto quitar el mando a los europeos, porque, como ustedes sabrán, se han entregado a los franceses y quieren que corramos la misma suerte."⁸⁴

Su discurso, del cual no hay ninguna versión exacta, se conoce como el "grito de Dolores" y es festejado en México como el primer llamado a la independencia del país.

Quizás el mismo Hidalgo se sorprendió por la disposición de aquellas muchedumbres de indios y campesinos descalzos y andrajosos para seguirlo hasta la muerte. Como si desde mucho tiempo atrás hubieran estado esperando su llamado, los indios comenzaron a llegar con sus familias desde los lugares más distantes. A ellos se iban sumando caravanas de negros, mulatos y mestizos y hasta algunos criollos empobrecidos: un curioso ejército cuyas armas principales eran flechas, lanzas, machetes y piedras. Así comenzó una larga marcha que enfiló hacia San Miguel, poblado principalmente por los trabajadores semiasalariados de los llamados obrajes. Desde allí el movimiento avanzó hacia Celaya para alcanzar finalmente Guanajuato, donde fue establecido un cuartel general.

Aunque Allende e Hidalgo lo hubieran querido, el que conducían no era un simple movimiento por la independencia del país. Era mucho más: una auténtica insurrección popular. Las multitudes obedecían a la consigna de "viva América, abajo el mal gobierno, mueran los gachupines"⁸⁵ y era muy poco lo que les importaba el rey o el gobierno. Lo que sí les

⁸³ Fernando Orozco Linares, *Grandes personajes de México*, México, Panorama, 1981, p. 126.

⁸⁴ Luis Castillo León, *Hidalgo, la vida del héroe*, vol. 2, México, 1948, p. 6.

⁸⁵ H. Hamill, *op. cit.*, 1966, p. 121; véase también, L. Castillo León, *op. cit.*, p. 6.

importaba eran sus propias reivindicaciones, y éstas eran antes que nada indigenistas y agrarias. El símbolo del movimiento fue, por cierto, la Virgen de Guadalupe, lo que parecía vincularlo con la tradición católica del país, aunque también es cierto que Guadalupe es la virgen de los pobres. Para las huestes de Hidalgo, promesas como la de autonomía nacional, expulsión de los peninsulares, establecimientos de juntas, etc., significaban muy poco comparadas con la ley de abolición de tributos a los indios promulgada por el cura al darse cuenta del exacto carácter del movimiento. Por lo mismo, de la pluma de Hidalgo saldría el segundo documento hispanoamericano que mandaba abolir la esclavitud:⁸⁶ un bando emitido el 1 de octubre de 1810. Un segundo bando fue emitido poco después desde Guadalajara precisando que no sólo serían abolidos el tráfico y el comercio de esclavos sino también las llamadas "adquisiciones".⁸⁷

El asalto ejecutado por las tropas de Hidalgo a Guanajuato el 28 de septiembre de 1810 fue una confrontación entre las autoridades establecidas y el "pueblo". La violencia desatada contra los españoles no puede explicarse por el simple deseo de independencia nacional; sencillamente se trataba de odio social y racial. Vanos fueron los esfuerzos de Allende e Hidalgo por tratar de disciplinar a sus tropas, entregadas a una verdadera orgía de sangre. Los trescientos españoles ejecutados en la ciudad fueron también una señal de alerta para los criollos que originariamente habían apoyado el movimiento. Fue así como, al advertir el verdadero carácter que éste asumía, comenzaron a desertar. Muy pronto Hidalgo se encontraría conduciendo un ejército que odiaba a los "blancos" por sobre todas las cosas.⁸⁸ En esas condiciones resulta verdaderamente asombroso la rapidez con la que se acomodó Hidalgo a su papel de caudillo social. Más todavía, captando el esencial contenido agrarista de la insurrección, dictó en diciembre de 1810 las leyes que abolían el latifundio y distribuían las tierras entre los indios. Ésta fue la ruptura final con la clase criolla.⁸⁹ Y esa ruptura significó al mismo tiempo

⁸⁶ El primero es un edicto de Túpac Amaru; véase el capítulo anterior. Jesús Silva Herzog, *De la historia de México, 1810-1938. Documentos fundamentales, ensayos y opiniones*, México, Siglo XXI, 1980, p. 13.

⁸⁷ Por adquisiciones se entendía la compra "legal" de fuerza de trabajo indígena.

⁸⁸ En efecto, para los criollos el movimiento no se revelaba como el preludio de la independencia, sino como una sangrienta *jackerie*. Véase H. M. Hamill, *op. cit.*, p. 171.

⁸⁹ Según Silva Herzog (*op. cit.*, p. 15), el bando dictado por Hidalgo el 5 de diciembre de 1810 es el primer documento agrarista de la historia de México.

el comienzo del fin del movimiento hidalguista. Incluso las relaciones entre Allende, un criollo al fin, e Hidalgo comenzaron a deteriorarse.

Particularmente decisiva en el aislamiento de Hidalgo respecto al sector criollo fue la actitud de la jerarquía eclesiástica. La Iglesia de México no ahorró términos para condenar a Hidalgo. Entre otras cosas fue calificado de "hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión, ateo, materialista, deísta, libertino, sedicioso, cismático, judaizante, luterano, calvinista, reo de lesa Majestad divina y humana, blasfemo, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, etc."⁹⁰ Curiosamente, el primero que lanzó tales anatemas fue el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, que inicialmente había mostrado algunas simpatías hacia el movimiento.⁹¹ El distanciamiento del obispo respecto a Hidalgo se hizo manifiesto el 24 de septiembre de 1810 cuando fue dado a conocer un edicto en el que calificaba a Hidalgo y a sus compañeros de "perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrilegos y paganos".⁹² El obispo tenía razones muy especiales para atacar tan duramente a Hidalgo. El movimiento había penetrado con increíble fuerza en el interior del bajo clero, que en el marco general de la rebelión social realizaba un levantamiento propio en contra de las altas jerarquías eclesiásticas. Prueba de la magnitud de tal levantamiento fue el hecho de que hacia 1815 habían sido ajusticiados en México nada menos que ¡125 sacerdotes!⁹³ La ira del obispo se explica más todavía si se toma en cuenta que Hidalgo, conociendo el apoyo con que contaba en el bajo clero, intentó perfilarse, y no sin éxito, como su representante. Por ejemplo, después de haber sido excomulgado hizo publicar una proclama en donde se leían las siguientes palabras: "Abrid los ojos americanos; no os dejéis seducir de vuestros enemigos. Ellos no son católicos sino por política. Su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis acaso que no puede ser verdaderamente católico el que no está sujeto al déspota español?"⁹⁴

Probablemente Hidalgo seguía soñando con una república independiente, en la que por medio de la formación de un congreso se materializarían todos los ideales de Rousseau. En

⁹⁰ B. Lewin, *La inquisición en Hispanoamérica: judíos, protestantes y patriotas*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 269.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México*, México, 1952, p. 352.

⁹³ L. Tormo y P. Gonzalbo, *op. cit.*, p. 53.

⁹⁴ Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de México*, México, 1953, p. 247.

los propios manifiestos políticos del cura estaba contenida su utopía. Por ejemplo, en uno emitido en diciembre de 1810, decía: "Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo como objeto principal mantener nuestra religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo."⁹⁵ Pero detrás de esa utopía desfilaría una muchedumbre hambrienta y andrajosa; un verdadero movimiento mesiánico y herético a la vez; pero sobre todo popular. Un movimiento así sólo podía ser repudiado por los criollos, especialmente por los más aristocráticos, como el historiador Lucas Alamán que conoció personalmente a Hidalgo y no ahorró tinta para describir los luctuosos hechos de su campaña.⁹⁶ La principal tesis de Alamán afirmaba que el de Hidalgo no era un auténtico movimiento por la independencia. Y tenía razón. Pero —y eso naturalmente no lo podía captar Alamán— ahí precisamente residía su grandeza,⁹⁷ pues se trataba de una insurrección indígena, agraria y popular que en nombre de la independencia planteaba objetivos socialmente revolucionarios.

Las numerosas pero desorganizadas masas dirigidas por Allende e Hidalgo, una vez privadas del apoyo de los sectores criollos, no pudieron resistir a las tropas profesionales enviadas por el virrey y fueron prácticamente arrinconadas en el norte. Allende e Hidalgo fueron capturados el 21 de marzo de 1811, y poco después ejecutados.

Sin embargo la revolución no estaba derrotada. En el sur había aparecido un nuevo caudillo, y al igual que Hidalgo era un cura rural: José María Morelos y Pavón.

La insurrección del cura Morelos

Después de la muerte de Hidalgo, distintos jefes se disputaban la sucesión del mando, entre ellos Ignacio López Rayón, Manuel Félix Fernández (Guadalupe Victoria), Vicente Guerrero, los Matamoros, la familia Bravo, etc. La hegemonía de Morelos se impuso por la razón de la fuerza, esto es, debido

⁹⁵ Luis Chávez Orozco, *Historia de México 1808-1836*, México, 1947, p. 72; también J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 43.

⁹⁶ Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente*, vol. 2, México, 1849-1852, p. 214 [edición en 5 vols.].

⁹⁷ Como además apunta H. Hamill, las opiniones independentistas de Hidalgo eran bastante confusas (*op. cit.*, p. 192).

a la constitución de un nuevo ejército en el sur del país, zona donde el sacerdote tenía enorme ascendencia popular.

José María Morelos y Pavón había iniciado su carrera revolucionaria cuando, fascinado por la figura mesiánica de Hidalgo, emprendió una peregrinación en su búsqueda. En realidad, el cura Morelos quería ofrecer sus servicios como capellán de ejército, pero Hidalgo, demostrando muy buena visión, lo nombró organizador de la resistencia en el sur.⁹⁸ El cura Morelos parecía en verdad como hecho para las tareas encomendadas. Hijo de un modesto carpintero, y con una formación intelectual más bien tardía, no descollaba como Hidalgo en el terreno de las ideas. Pero, por otra parte, tenía un conocimiento mucho más real del pueblo y, además, un profundo sentido práctico, la virtud que más escaseaba en Hidalgo. En el curso de la lucha demostraría además dos nuevas dotes: el de organizador político y el de sagaz estratega militar.⁹⁹

Morelos extrajo rápidamente las lecciones que había dejado la derrota de Hidalgo. En el nivel organizativo las tropas insurgentes no se habían caracterizado por su disciplina, de modo que el nuevo jefe dedicó enormes esfuerzos a tareas de reorganización. De acuerdo con sus experiencias en las "tierras calientes" del sur procedió a dividir el ejército en pequeñas unidades de combate, dando así preferencia a la guerra de movimiento más que a la de posiciones, lo que se acomodaba bastante bien a las tradiciones de lucha de los indios. Pero los problemas heredados de la campaña de Hidalgo no podían ser resueltos sólo organizativamente. La misma falta de disciplina de las tropas tenía su origen en la dispersión ideológica del movimiento, pues dentro de él habían dos corrientes que a primera vista se contradecían. Dicho de otro modo, no había armonía entre la composición social, indígena y agrarista de la rebelión, y sus objetivos ideológicos de tipo independentista.

La superposición de la corriente social había determinado la desertión en masa de los criollos, debilitándose así el conjunto del movimiento. Por supuesto que Morelos no era ingenuo y sabía que a las masas de indios pobres lo que menos interesaba era la independencia y que los criollos se aterraban frente a cualquier posibilidad de cambio social. Entonces, era necesario, por lo menos, intentar que ninguna de las dos corrientes desbordara a la otra y para ello había que fijar

⁹⁸ Wilbert H. Timmons, *Morelos of Mexico, soldier, statesman*, El Paso, Texas, 1963, p. 42.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 102. Acerca del tema, véase además José Valero Silva, "Las ideas políticas de Morelos", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, 1965, pp. 35-55.

claramente los objetivos políticos de la rebelión. Así, según Morelos, era necesario destruir "al gobierno tirano y sus satélites, poner coto a su avaricia mediante la destrucción de los medios que utilizan para hacer la guerra, y arrebatara a los ricos los fondos mediante los cuales apoyan al gobierno".¹⁰⁰

En buenas cuentas, lo que intentaba realizar Morelos era introducir los objetivos sociales en el marco de la lucha por la independencia nacional. Por ejemplo, contradiciendo a su rival en la jefatura del movimiento, el antiguo secretario de Hidalgo, Ignacio López Rayón, Morelos eliminó en sus manifiestos el nombre de Fernando VII planteando abiertamente la guerra contra España.¹⁰¹ El cura sabía bastante bien que a esas alturas ganar para su causa a la totalidad del bando criollo no era más que una ilusión, pero radicalizando los términos de la lucha esperaba por lo menos contar con el apoyo de sus fracciones más decididamente antiespañolas.¹⁰² Incluso se mostraba dispuesto a realizar concesiones a los criollos, y para que éstos no tuvieran dudas dio clara expresión programática a sus planes.

En el Congreso de Chilpancingo, organizado por el propio Morelos en septiembre de 1812, planteaba como objetivo principal lograr la independencia política respecto a España, garantizando el respeto de las propiedades de los criollos. Sabiendo además que el único vínculo ideológico que podía unir a las diversas fracciones de la rebelión era el religioso, planteó enfáticamente el pleno respeto a las instituciones eclesiásticas. Otras interpelaciones dirigidas por Morelos a los criollos fueron la promesa relativa a la separación de los poderes públicos y la formación de un poder ejecutivo que sería ocupado exclusivamente por americanos. Pero en ese mismo documento, no por casualidad intitulado "Sentimientos de la Nación", planteaba también las reivindicaciones más sentidas de los más pobres de la sociedad, como por ejemplo la abolición definitiva de la esclavitud, el fin del sistema de castas y leyes "que moderaran la opulencia y acabaran con la pobreza".¹⁰³

El 5 de octubre de 1813, sentando hechos precedentes, el Congreso abolía definitivamente la esclavitud y el 6 de noviembre emitía la primera Declaración de Independencia de México.

El proyecto de Morelos era el más lógico en ese momento. Para luchar contra los realistas, los criollos necesitaban el

¹⁰⁰ W. H. Timmons, *op. cit.*, p. 102.

¹⁰¹ L. Villoro, *op. cit.*, p. 331.

¹⁰² Véase por ejemplo J. M. Morelos, "Proclama de Tlacosautlán", en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., pp. 54-55.

¹⁰³ J. M. Morelos, "Plan Político", en *ibid.*, pp. 56-57.

apoyo de las masas indígenas y, a la inversa, para cumplir sus reivindicaciones, estas últimas necesitaban del apoyo de los criollos. Pero después de sus terribles experiencias con el movimiento de Hidalgo, los criollos ya no se atrevían más a mezclarse con masas que los odiaban. Por lo demás, Morelos mismo no estaba dispuesto a transar el contenido igualitario del movimiento. Por ejemplo, en su llamado "Plan de Devastación", dictado probablemente en 1815, estipulaba que los jefes de los ejércitos americanos "deben considerar como enemigos de la nación y adictos al partido de la tiranía a todos los ricos, nobles y empleados del primer orden, criollos y gachupines, porque todos éstos tienen autorizados servicios y pasiones en el sistema y legislación europea".¹⁰⁴

La clase criolla era nacional en un sentido muy dudoso; era definitivamente antiigualitaria y, en ese sentido, ya había dado su veredicto: la condición para pronunciarse en contra de la dominación peninsular no era otra que la represión, incluso sangrienta, de las masas populares. Por lo demás, para cumplir esa condición no vacilaría en contraer alianzas con los propios peninsulares. Y cumplió puntilliosamente. Morelos fue finalmente derrotado, hecho prisionero y, el 22 de diciembre de 1815, condenado como hereje —en el buen sentido del término, lo era— y fusilado. En los campos, al mando de guerrilleros como Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria, sólo quedaban algunos destacamentos dispersos, que evocaban a sus redentores: los curas Hidalgo y Morelos.

La independencia de los aristócratas

Después de las gestas de Hidalgo y Morelos, la clase criolla terminaría siendo más realista que la clase peninsular. La independencia de México, en esas condiciones, sería resultado de acontecimientos ocurridos en España, y no consecuencia de impulsos internos. El hecho determinante fue la revolución liberal del general Rafael Riego, que obligó a Fernando VII a restaurar la Constitución de 1812 y a reconvo-car a las cortes, ante las cuales tendrían representación algunos mexicanos por estar todavía México bajo dominación española.

El año 1820 recreaba las condiciones de 1810, pero sólo para México. Aterrados frente a la posibilidad de otra revolución, los criollos llevaron al poder a Agustín de Iturbide, "católico, terrateniente y militar",¹⁰⁵ no para que condujera el

¹⁰⁴ J. Silva Herzog, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰⁵ J. Lynch, *op. cit.*, p. 356.

proceso sino para que lo detuviera. El nuevo jefe fue muy bien escogido: había sido uno de los más despiadados verdugos de la rebelión popular. En febrero de 1821, y no sin antes haber asestado duros golpes a las guerrillas de Guerrero, Iturbide se decidió a publicar el Plan de Iguala, que es considerado el acta formal de la independencia de México, pero a juzgar por su contenido más parece el programa de una contrarrevolución, pues ahí estaban asegurados todos los privilegios de la jerarquía eclesiástica y de la oligarquía criolla. El propio Guerrero terminó aprobando el Plan, lo que en el fondo significaba la claudicación definitiva de la rebelión social en favor de una independencia forzada por las circunstancias. Culminando su trayectoria, Iturbide se adjudicaría, poco tiempo después, el pomposo título de Emperador de México y clausuraría el Congreso. En 1823 sería derrocado por una coalición republicana dividida a su vez en centristas, federalistas, conservadores y liberales.¹⁰⁶

En octubre de 1824, como intentando reconciliarse con el pasado, los criollos eligieron presidente al antiguo seguidor de Hidalgo, el ya legendario Guadalupe Victoria. El título era puramente simbólico; fundamentalmente servía para que, bajo la sombra de una figura histórica, los conservadores y liberales negociaran sus cuentas pendientes. Pero ni un guerrillero en el poder podía borrar el pecado original de la sociedad mexicana, en muchos sentido el mismo de tantos otros países latinoamericanos cuyas independencias tampoco serían resultado de auténticas revoluciones sociales. Pero en el caso de México, la independencia había surgido en contra de la revolución. ¿Es una paradoja? Probablemente. Pero antes que nada es una tragedia.¹⁰⁷

LAS REVOLUCIONES LOCALES

Los levantamientos de Hidalgo y Morelos en México mostraban que cuando en el edificio colonial aparecieron las primeras grietas, emergían de inmediato un conjunto de movimientos sociales que no respondían necesariamente al propósito de construir naciones independientes, o lo que es igual: la sola posibilidad de independencia nacional abrió paso al avan-

¹⁰⁶ W. S. Robertson, *op. cit.*, p. 141.

¹⁰⁷ En el Congreso de México de 1823, la clase criolla dominante evidenció su mala conciencia al declarar que Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos y otros caudillos revolucionarios eran "beneficentistas de la patria".

ce de movimientos interesados en resolver reivindicaciones sociales, no siempre articuladas con la cuestión nacional. Los acontecimientos iniciados en 1810 muestran el carácter extraordinariamente complejo de la sociedad colonial, la diversidad de intereses que estaban en juego y la imposibilidad de analizar el periodo como una simple confrontación entre "americanos" y españoles. Incluso la terminología es engañosa. En muchos lugares, detrás del término patria —o nación o, más todavía, América— se escondían simples intereses localistas o regionales. En efecto, la lucha por la independencia frente a España ofreció condiciones para que salieran a la superficie una gran cantidad de movimientos regionalistas que, en medio del caos momentáneo, comenzaron a plantearse la posibilidad de una autonomía, no tanto respecto a España como con relación a las submetrópolis económicas, como por ejemplo los virreñatos del Perú y del Plata.

La revolución regionalista de Artigas

Quizás en ninguna otra zona de América se dio de un modo tan marcado el desfase entre independencia política y autonomía local que en el movimiento regional, agrario y popular encabezado por José Gervasio Artigas.

Para explicarnos el carácter y el sentido del movimiento artiguiano debemos partir del antagonismo tradicional existente entre dos ciudades: Buenos Aires y Montevideo, baluartes cada una de fuertes sectores económicos que se disputaban la hegemonía del Plata. Ya desde antes de la independencia, los criollos de Buenos Aires habían dado bastantes pruebas de querer subordinar a Montevideo. Por de pronto, el puerto vecino ocupaba un punto geográfico estratégico. En primer lugar, Montevideo tenía una posición dominante en la entrada del río de la Plata, desde donde podía ejercer mejor control que Buenos Aires sobre el tráfico fluvial. En segundo lugar, era muy importante como factor de equilibrio geopolítico ya que estaba situado al lado de las posesiones portuguesas de Brasil. Por último, era la cabeza visible de un inmenso *hinterland* ganadero y agrícola. A su vez, la clase comercial montevideana daba pruebas permanentes de no querer aceptar la hegemonía de Buenos Aires. Por esas razones la revolución de Buenos Aires no tenía por qué ser la de Montevideo.¹⁰⁸ Y cuando como consecuencia de los acontecimientos de 1808 surgieron en Buenos Aires demostrativas posiciones antirrealistas, los criollos de Montevideo tendieron a nuclearse en

¹⁰⁸ J. Lynch, *op. cit.*, p. 107.

torno del ultrarrealista virrey Elío. Era ésta una reacción natural, casi instintiva. Para los montevideanos lo que en primer lugar estaba en juego no era la independencia frente a España, sino la autonomía frente a Buenos Aires. Desde luego, en Montevideo se daban las mismas contradicciones entre peninsulares y criollos que en otros lugares del continente. En este sentido, su decisión de apoyar a Elío constituía un "mal menor". En la lógica montevideana el "mal mayor" sería siempre Buenos Aires. Sin embargo, también había criollos que no miraban con simpatía la política del mal menor, sobre todo si consideraban que la tendencia continental apuntaba a la independencia respecto a España. Para ellos era necesario levantar una política que fuese alternativa contra España y Buenos Aires al mismo tiempo; una política, en fin, que podríamos denominar como de "doble independencia". Si se tomaba en cuenta sólo la fuerza que representaba Montevideo, tal política era imposible de realizar. Pero, como hemos dicho, Montevideo era sobre todo la expresión urbana y comercial de un poderoso *hinterland* agroganadero. Fueron, principalmente, los intereses corporativos del interior del país los que buscaron afirmar una posición autónoma, equidistante de Buenos Aires y España a la vez.

El sector clave en la lucha por la autonomía regional era el de los estancieros. En efecto, la célula vital de la sociedad agraria del interior era la estancia, que puede ser caracterizada como un "señorío con una vida social y económica plenamente autárquica".¹⁰⁹ La estancia era un centro de poder autónomo, y no sólo en sentido figurado: "tenía defensas militares que remedaban al torreón medieval, a veces una capilla para servicios religiosos y siempre una hueste que el estanciero conducía a la guerra como un señor feudal".¹¹⁰ De esta manera es explicable que en esas tierras sin Dios ni Ley los estancieros fueran, muchas veces, verdaderos caudillos y sus seguidores trabajadores libres asociados que podían rápidamente transformarse en aguerridos soldados si las exigencias lo requerían. Bandidaje social, latifundismo y cofradías guerreras no eran en esas pampas desoladas términos muy diferentes. La zona abundaba además en contingentes humanos que la terminología del lugar denominaba "hombres sueltos",¹¹¹ pues no pertenecían a ningún dueño, y que, acostum-

¹⁰⁹ Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*, Montevideo, 1952, p. 15.

¹¹⁰ *Ibidem*.

¹¹¹ Lucía Sala de Touron, Nelson De la Torre, Julio C. Rodríguez, *Artigas y su revolución agraria, 1811-1820*, México, Siglo XXI, p. 54.

brados a luchar, se unieron gustosamente a los estancieros cuando éstos les ofrecieron un lugar en los recién formados ejércitos. Se trataba, en buenas cuentas, de una población marginal "integrada por jornaleros urbanos muchas veces sin trabajo permanente, peones de estancia y chacra, 'puesteros' destinados a cuidar las lindes de los campos, y la mayoría absoluta de ese sector heterogéneo conocido como 'agregados'".¹¹² Por último, si sumamos el 40% de la población negra y el 20% de habitantes de la capital que eran esclavos,¹¹³ podemos formarnos una idea de la potencialidad social de la región. Sin embargo, para que toda esa constelación social pudiera ser puesta en movimiento se requería que los estancieros levantaran una política que contuviese promesas reivindicativas, y que apareciera un jefe con características mesiánicas que pudiese transformar esa masa dispersa y heterogénea en una fuerza histórica. Los estancieros tenían tanto la supremacía de Buenos Aires, que estaban incluso dispuestos a hacer algunas concesiones sociales. El jefe mesiánico no tardó en aparecer: Artigas.

José Gervasio Artigas (1764-1850) pertenecía a una familia de hacendados españoles. Debido a algunas actividades en contrabando de ganado, estuvo, en su juventud, fuera de la ley. Después, gracias a influencias externas, ingresó en el regimiento de blandengues, encargado precisamente de combatir el bandolerismo y el contrabando así como de custodiar los límites siempre amenazados por los portugueses. Debido a su talento militar pronto llegó Artigas a ser uno de los oficiales más prestigiosos del regimiento. Artigas ejercía, sobre todo, una particular ascendencia entre los "hombres sueltos", muchos de los cuales eran reclutados por él mismo para el ejército. Conocedor de la zona y de su gente, militar querido y temido, era Artigas la persona indicada para representar tanto a los estancieros como a los pobres del campo. Sus oficiales eran una especie de "samurais" de las pampas, gauchos fieros, juramentados entre sí y leales a toda prueba. Por si fuera poco, Artigas era un experto en cuestiones agrarias. Ya en 1800 había fundado, junto al comisionado Félix de Azara, la colonia de Batú, donde repartió entre los colonos chacras y estancias.¹¹⁴ El título de juez de repartos lo había obtenido Artigas del gobernador Elío.¹¹⁵ Es necesario, pues, imaginarse qué ascendencia debía poseer un militar que era

¹¹² *Ibid.*, p. 32.

¹¹³ *Ibidem.*

¹¹⁴ José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Montevideo, 1964, p. 129.

¹¹⁵ *Ibidem.*

a la vez caudillo popular y repartidor de tierras para entender por qué fue, como lo calificó un historiador, "el alma de la independencia oriental".¹¹⁶

Cuando se formó la Junta de Buenos Aires en 1810, Artigas dio muestras de poseer un fino instinto político al captar que lo más importante en ese momento era insertar el movimiento regionalista en el proyecto revolucionario porteño y no contradecirlo, como habían hecho los criollos de Montevideo.¹¹⁷ Así rompió con la jefatura española del ejército de blandengues y se erigió en jefe máximo de las fuerzas del interior. El 26 de febrero de 1811, después de que los estancieros hicieran público un manifiesto conocido como el "Grito de Asencio", el ejército rural, al mando de Artigas y reforzado por tropas provenientes de Buenos Aires al mando del general Rondeau, derrotaba a los españoles en la batalla de las Piedras (mayo de 1811). Después se inició el sitio de Montevideo.

Las operaciones militares de Artigas se vieron sin embargo bloqueadas por dos factores inesperados. El primero fue que el virrey Elío no vaciló en llamar en su auxilio nada menos que a las tropas portuguesas. El segundo, que los criollos de Buenos Aires, aterrorizados frente a la arremetida portuguesa, firmaron un armisticio nada menos que con Elío y sin consultar a Artigas (20 de octubre de 1811). Aparte de que el orgulloso Artigas no aceptaba el papel de objeto posible de transar en cualquier momento, también comprendió que la independencia de la Banda Oriental no era posible realizarla junto a los políticos de Buenos Aires, aunque tampoco en su contra. Era pues necesario actuar como una fuerza independiente. Esta, y no otra, fue la lógica política que determinó su retirada hacia el interior, a través del río Uruguay y en dirección a Entre Ríos, conocida en la leyenda como el "Éxodo del Pueblo Oriental",¹¹⁸ que fue también una experiencia "si no de soberanía popular, sí al menos de soberanía provincial, un anuncio de que en realidad la Banda Oriental prefería la secesión a la subordinación y que no serviría ni a España ni a Buenos Aires".¹¹⁹ En efecto, "la retirada de Artigas del sitio de Montevideo señala una etapa decisiva en la ruptura

¹¹⁶ John Street, *Artigas and the emancipation of Uruguay*, Cambridge, 1959, p. 146 [*Artigas y la emancipación del Uruguay*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1980].

¹¹⁷ Según J. Street, "es probable que Artigas haya sido contactado por agentes de Buenos Aires antes de que él cambiara de posición" (*ibidem*).

¹¹⁸ A. Fernández, *Exodo del Pueblo Oriental*, Montevideo, 1930.

¹¹⁹ J. Lynch, *op. cit.*, p. 111.

de relaciones políticas entre Buenos Aires y la Antigua Provincia Oriental".¹²⁰

Aunque militarmente el éxodo era algo discutible, políticamente era parte de una estrategia destinada a reagrupar las fuerzas precisamente donde ellas eran fuertes, en el interior. Desde el éxodo, además, los representantes de Buenos Aires se vieron obligados a tratar a Artigas no ya como a un subordinado sino como a un poder autónomo.¹²¹ Por lo menos quedó clara la compacta unidad popular que existía detrás de él.

El éxodo agudizó también los problemas en el interior del movimiento artiguiano. Los criollos de Montevideo, al comprobar que el de Artigas era, antes que nada, un movimiento rural, comenzaron a restarle apoyo. Igualmente, cuando los grandes estancieros comprobaron que Artigas extremaba su radicalismo social para incorporar a la guerra a la mayoría de las masas rurales, comenzaron a desertar.

Artigas, comprendiendo que para eliminarlo los criollos de Buenos Aires y aun los de Montevideo estaban dispuestos a pactar hasta con los españoles si fuera necesario, extremó aún más el carácter antiespañol de su política, con lo que se puso a la cabeza en la lucha contra España en momentos en los que todavía lo principal era expulsar a los ejércitos españoles de la región.

El consecuente ejemplo de Artigas le permitió ganar muchos partidarios en las provincias del interior y muy pronto pasó a convertirse en una suerte de jefe simbólico del "partido federalista" en contra del "partido centralista" con asiento en Buenos Aires. Pero fue sólo a partir de 1813 cuando Artigas definió lo que podría denominarse un programa político. Sus principios generales eran: "independencia absoluta, gobierno republicano, separación de poderes, respeto a las autonomías provinciales en camino hacia la constitución de un estado federativo, libertad civil y religiosa en 'toda su extensión imaginable', derecho de los pueblos a guardar armas y erradicación del despotismo militar".¹²² En tal programa, el punto de ruptura definitivo con Buenos Aires se encontraba, naturalmente, en la concepción federativa. En este punto Artigas era intransigente. Así, por ejemplo, en las Instrucciones para los Diputados en la Asamblea de Buenos Aires (13 de

¹²⁰ Pablo Blanco Acevedo, *El federalismo de Artigas y la independencia nacional*, Montevideo, 1950, p. 65.

¹²¹ J. Street, *op. cit.*, p. 146. Véase también "La Oración de Abril" de Artigas, en donde se afirma la idea de un patriotismo puramente oriental, en J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 12.

¹²² L. Salas de Tournon y otros, *op. cit.*, p. 61.

abril de 1813), después de exigir la independencia absoluta de las colonias (artículo 1), planteaba que "no admitirá otro sistema que el de la confederación para el pacto recíproco con las provincias que forman nuestro Estado".¹²³

Debido a sus posiciones federativas Artigas ha sido por lo general presentado como el caso más opuesto al centralismo de tipo bolivariano. Aquí pensamos que tal tesis es fundamentalmente errónea. Como ya veremos, el centralismo de Bolívar no tiene nada que ver con el tipo de centralismo que postulaban las clases dominantes de Buenos Aires, cuyo objetivo fundamental era subordinar a los sectores rurales a la dominación mercantil del Plata. Se trataba, en buenas cuentas, de un centralismo social y no geográfico, y naturalmente Artigas, legítimo representante de las clases rurales, en especial de las más pobres, tenía que rechazar tales pretensiones. En otras palabras, el federalismo artiguiano se oponía radicalmente al federalismo disgregador de tipo oligárquico y caciquista que combatiría Bolívar. Prueba de ello son sus permanentes adhesiones al sistema republicano de gobierno. En sus ya mencionadas Instrucciones de 1813, por ejemplo, planteaba taxativamente que "la constitución garantizaría a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicana".¹²⁴ En ese sentido sus posiciones se dirigían en "contra de los propósitos de dictaduras ya comenzadas y que tenían la apariencia de repetir los excesos de las corporaciones virreinales y de corte aristocrático".¹²⁵ En fin, Artigas era federalista, más no segregacionista.¹²⁶

Con el objetivo de deshacerse de Artigas, los centralistas porteños no vacilaron, a través de Pueyrredón, en recurrir a la misma táctica que tanto habían repudiado en el virrey Elío: la de solicitar la ayuda de los portugueses de Brasil. A partir de la ocupación de Montevideo por los portugueses en 1816, Artigas se vio obligado a arrinconarse en el interior e iniciar una guerra de guerrillas de carácter más bien defensivo. Artigas se encontró de pronto en medio de todos los fuegos: españoles, portugueses, oligarquía porteña y grandes estancieros; todos estaban coludidos tácitamente para destruir aquel "poder social" que personificaba Artigas, quien pese a comandar un simple ejército regional se vio, en esas condiciones, como el único auténtico representante de la idea nacional. En cambio, las oligarquías del Plata, dispuestas siempre a transar con españoles o portugueses o con quien fuera a fin

¹²³ J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., p. 15.

¹²⁴ P. B. Acevedo, *op. cit.*, p. 25.

¹²⁵ *Ibidem*.

¹²⁶ Eduardo Acevedo, *José Artigas, su obra cívica, alegato histórico*, Montevideo, 1950, tomo 3, p. 399.

de preservar sus privilegios, dieron prueba de no ser, ni con mucho, una clase nacional. Es decir, su independencia de clase no pasaba necesariamente por la constitución de una nación.¹²⁷

Después de la derrota de Artigas, Uruguay, pese a la heroica resistencia de sus habitantes, sólo surgiría como nación independiente en 1926, y a consecuencias de un tratado entre Brasil, Buenos Aires y Gran Bretaña. En ese tiempo ya casi nada quedaba de los grandes ideales de Artigas. El que fuera llamado Protector de los Pueblos Libres seguía viviendo, sólo que en Paraguay y como virtual prisionero de uno de los jefes locales más extraños producto de la desarticulación de la estructura colonial: el Doctor Francia.

El Paraguay del Doctor Francia

Desaparecidos los límites que dividían la administración colonial, las clases locales más vigorosas se aprestaron a avalanzarse sobre sus vecinos más débiles. La pujante burguesía del Plata atemorizó tanto a las clases agrarias del "interior", que para éstas era más importante defenderse de los codiciosos comerciantes del puerto que la independencia "nacional". Para hacerlo, se adhirieron a la causa del rey o hicieron concesiones a las masas de esclavos, indios y pobres agrarios en general. Fue así como en algunas ocasiones, en nombre de principios que parecían retrógrados a los patriotas esclarecidos, tuvieron lugar verdaderos levantamientos populares. Para las provincias del interior del Plata, por ejemplo la de Buenos Aires, no había sido una revolución de los criollos sino "de los porteños".¹²⁸

Ahora bien, si en la revolución de los "orientales" el regionalismo había sido muy fuerte, mucho más tenía que serlo en el Paraguay dadas las condiciones de aislamiento, atraso económico y cultural de la región.

Debido a los peligros comunes que habían tenido que enfrentar, los estancieros del Paraguay se habían constituido como una clase extraordinariamente cerrada. Desde luego, los peninsulares establecidos en Asunción no eran menos burocráticos que los de otras colonias del continente. Por otra

¹²⁷ Para Artigas, los objetivos sociales se vinculan estrechamente con los agrarios, pues especificaba que "los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha se hallen indultados por el jefe de la Provincia para poseer antiguas propiedades" (J. P. Barrán, B. Nahum, *op. cit.*, pp. 133-134).

¹²⁸ R. A. Humphrey, *Liberation in South America*, Londres, 1952, p. 149.

parte, Paraguay vivía permanentemente cercado por las tropas portuguesas. Y por último, el mayor de los peligros: la dependencia económica respecto a Buenos Aires.

La independencia de Paraguay no fue tanto activada por la prisión de Fernando VII cuanto por la revolución de mayo de 1810 en Buenos Aires. La junta presidida por Cornelio Saavedra, a fin de asegurar su poder, se apresuró a conectarse con las intendencias del interior con el objetivo de lograr su apoyo. La tarea, como ya hemos insinuado, distaba de ser fácil pues las intendencias tenían más contradicciones con la burguesía del Plata que con la administración española. Herida de muerte ésta, los ávidos comerciantes porteños quedaban con las manos libres para realizar aquella política expansiva que tanto temían las provincias. Por si fuera poco, el procedimiento para atraer al Paraguay hacia las intenciones independentistas de Buenos Aires fue extremadamente torpe, pues fue nombrado como comisionado el coronel José de Espínola, "el hombre más odiado del Paraguay" debido a las arbitrariedades que había cometido en la región cuando fue representante del gobernador Lázaro de Ribera.¹²⁹

Fue ese mismo nombramiento el que ayudó a debilitar aún más las de por sí débiles posiciones de la fracción "portañista" del Paraguay, dando más poderío a la "españolista". A la tercera fracción, la "patriota", que simpatizaba con las intenciones de la revolución de Buenos Aires, mas no con sus representantes, no le quedó más posibilidad que situarse a la expectativa, en espera de momentos más favorables. Fue en esos momentos, y atizado curiosamente por el gobernador español Bernardo de Velasco y Huidobro, cuando comenzó a desarrollarse, por primera vez, un patriotismo "paraguayo". Qué extraña situación: el patriotismo surgía en el Paraguay no en contra de España sino en contra de Buenos Aires y... ¡dirigido por los españoles! Estos últimos jugaban con fuego y no tardarían en quemarse, pues esa conciencia pronacional se volvería en contra de España.¹³⁰

Error sobre error: en julio de 1810, la Junta del Plata envió una expedición al mando del general Belgrano para "liberar" a Paraguay. Si los platenses todavía no estaban seguros de que no eran queridos en las provincias, ésta fue la ocasión en que se convencieron. El general Belgrano seguramente dejó de entender el mundo cuando el 9 de enero de

¹²⁹ Julio César Chaves, *Historia de las relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay, 1810-1813*, Buenos Aires, Nizza, 1959, p. 30.

¹³⁰ Günter Kahle, *Grundlage und Anfänge des paraguayischen Nationalbewusstseins*, West Berlin, p. 235.

1811 en Paraguari y el 9 de marzo de 1812 en Tacuarí fue derrotado totalmente, y no por los españoles sino por un verdadero movimiento popular acaudillado por los terratenientes de la zona. Lo impresionado que estaba Belgrano frente a tan extraño patriotismo antiporleño se deja ver en un informe a Cornelio Saavedra donde, entre otras cosas, se dice: "[...] así que han trabajado para venir a atacarme de un modo increíble, venciendo imposibles que sólo viéndolos puede creerse: pantanos formidables, el arroyo a nado, bosques inmensos e impenetrables, todo ha sido allanado; ¡qué mucho! si las mujeres, viejos, clérigos y cuantos se dicen hijos de Paraguay están entusiasmados por su patria".¹³¹

Belgrano resultó un general bastante inteligente y rápidamente comprendió que para obtener algo tenía que proceder más política que militarmente y, en consecuencia, hizo saber a los criollos paraguayos que estaba dispuesto a realizar concesiones. Así, sólo cuando se aseguraron de que los porteños postergaban sus ambiciones anexionistas, se decidieron los paraguayos a dar un color antiespañol a su patriotismo.

Como resultado de los compromisos acordados con Belgrano, el 17 de mayo de 1811 fue decretada la independencia del Paraguay respecto a España y a Buenos Aires. De inmediato se constituyó una junta provisoria de gobierno encabezada por dos estancieros: Fulgencio Yegros, que había combatido en Itapú, y Pedro Juan Caballero. También formaba parte de la junta el abogado, doctor en derecho, José Gaspar Rodríguez de Francia quien, en una región donde había muy pocos políticos, comenzaba a hacer su carrera como tal.

El Doctor Francia era lo bastante hábil como para darse cuenta de que todavía los principales resentimientos de los estancieros del interior estaban dirigidos en contra de Buenos Aires, y comenzó a perfilarse dentro de la junta como el más declarado enemigo de los porteños. Eso, sin embargo, no le impedía concertar compromisos, proponiendo por ejemplo una confederación con las otras provincias de "nuestra América", aunque remarcando que su propósito no era el de cambiar "las antiguas cadenas ni los antiguos amos por otros".¹³² La posición de Francia fue rápidamente coronada por el éxito. El 12 de octubre de 1811, Buenos Aires reconocía la autonomía de Paraguay. Era evidente que los porteños querían primero resolver sus problemas con España y después arreglar cuentas con Paraguay. Pero se equivocarían rotundamente. El Doctor Fran-

¹³¹ Efraín Cardoso, "Paraguay independiente", en *Historia de América y de los pueblos americanos*, dirigida por Antonio Bailesteros y Beretta, Barcelona, 1949, p. 9.

¹³² G. Kahle, *op. cit.*, p. 249.

cia aprovecharía muy bien ese tiempo para fortalecer sus posiciones. Contando con el apoyo unánime de los estancieros, logró perfilarse individualmente mientras los demás miembros de la junta se entretenían en dictar constituciones para una nación que todavía no existía. En el congreso de 1813, junto al inepto y analfabeto Yegros, Francia fue elegido "Cónsul" de la República del Paraguay, de acuerdo al modelo de la antigua Roma! En 1814, el Doctor Francia preparó otro congreso que lo nombró "Dictador Supremo de la República". El 1 de junio de 1816 otro congreso le otorgó nada menos que el título de "Dictador Perpetuo". Después, naturalmente, no hubo más congresos.

Un fracasado complot dirigido por Yegros en la Semana Santa de 1820 sirvió de pretexto al dictador para establecer el pleno ejercicio del terror. El 17 de julio de 1821, el infeliz Yegros fue fusilado. "Los fusilamientos continuaron durante los días siguientes siendo ajusticiadas casi un centenar de personas, lo más caracterizado de la sociedad paraguaya. No quedó ninguna cabeza saliente; desaparecieron las fortunas. Francia gobernó, desde ese momento, solo y sin rivales."¹³³ Convertido en una especie de patriarca del Paraguay, gobernó al país hasta su muerte, en 1840, a la edad de setenta y cuatro años.

Tanta era la seguridad de poder de Francia, que acostumbraba bromear diciendo "que los paraguayos tenían un hueso entre su cerviz porque él nunca vio ninguno que mantuviese su cabeza derecha",¹³⁴ agregando que si alguien la levantaba sus guardias se encargarían de cortársela.¹³⁵ En este sentido fue el primer dictador latinoamericano que sustentaría una tesis que haría escuela, a saber: que los pueblos del continente no eran aptos para la democracia.

Francia fue la personificación misma de un Estado totalitario y absoluto; controlaba todos los hilos del poder. Un refinado sistema policial le permitía deshacerse a tiempo de cualquier tipo de oposición. Pero no se crea que durante su gobierno todo funcionaba a través de la represión: bastantes indicios muestran cómo lo respetaba la población indígena. Y desde el punto de vista de la historia indígena, que no puede ser el de las clases criollas, lo anterior tiene cierta explicación. Francia, más que los esclarecidos republicanos de otras regiones, respetó no sólo gran parte de las costumbres, tradiciones y culturas de los indios, sino que además les garantizó ciertos derechos territoriales, razón suficiente para que los naturales

¹³³ E. Cardoso, *op. cit.*, p. 60.

¹³⁴ H. Gaylor Warren, *Paraguay, an informal history*, Oklahoma, 1949, p. 160.

¹³⁵ *Ibidem*.

lo vieran como una especie de figura patriarcal; una figura severa, pero también generosa. Igualmente, Francia se preocupó de dar a su dictadura una legitimación ideológica y, naturalmente, no encontró para ello mejor instrumento que la Iglesia, sobre la que ejerció una dominación absoluta, traspasando todos los derechos del rey a su persona y creando para el efecto un clero extremadamente dócil.¹³⁶

El Paraguay del Doctor Francia se convirtió en un territorio aislado "del resto del mundo"; un territorio donde predominaba un sistema que políticamente puede ser definido como autocracia y económicamente como autarquía. El único vínculo que ataba al país con el exterior, el comercio de la yerba mate, pasó a ser un estricto asunto de Estado que funcionaba por medio de concesiones a comerciantes extranjeros (seguramente para impedir que se formara una clase mercantil local con pretensiones de poder político). Este fue, en fin, el precio que tuvo que pagar Paraguay por su independencia.

Las guerrillas del Alto Perú

Aunque podríamos coincidir con la afirmación de José Luis Romero en el sentido de que "las nacionalidades estrictas, que aún para algunos no eran sino un conjunto de regiones distintas, lograron imponer su voluntad de independencia y su designio de correr su propia aventura",¹³⁷ es necesario tener en cuenta que las nacionalidades latinoamericanas no siempre surgieron como consecuencia del desarrollo regional. La región era, antes que nada, una unidad socioeconómica. La nación, en cambio, es una unidad jurídico-política. Las propias demarcaciones territoriales coloniales no eran siempre coincidentes con las demarcaciones regionales, y de ahí su artificialidad. De ahí también que tantas veces los criollos patriotas, que pensaban en términos de naciones y estados, se estrellaran contra las resistencias localistas cuando pretendieron imponer autoritariamente un tipo de independencia nacional que no había madurado regionalmente. Incluso cuando las regiones optaban por la emancipación respecto a España, la querían como algo propio, sin injerencia de poderes extra-regionales, por mucho que éstos dijeran representar la idea americanista. Los regionalistas sabían muy bien que la independencia era también una posibilidad de que las oligarquías más poderosas —y sobre todo la más poderosa de todas, la

¹³⁶ G. Kahle, *op. cit.*, p. 249.

¹³⁷ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades...*, cit., p. 77.

porteña— se sintieran liberadas para iniciar una recolonización del "interior" por cuenta propia, una especie de segunda conquista que subordinaría el campo a las grandes metrópolis, las provincias a las capitales, las regiones a los puertos y, por medio de estos últimos, al mercado mundial. En el Alto Perú ocurrió quizás uno de los mejores ejemplos de cómo, en nombre de la expulsión de los españoles, las oligarquías realizaban su propia expansión.

En el período inicial de la lucha de emancipación respecto a España habían surgido en el Alto Perú formas de lucha completamente adecuadas a las condiciones geográficas e históricas de la región. Las más notables fueron las guerrillas montoneras. La guerrilla correspondía a la tradición de resistencia indígena-campesina, por una parte, y a las relaciones de poder local vigentes durante la propia Colonia, por otra. Era común que obedecieran a un caudillo al que prestaban servicios. Como los caudillos no eran pocos, tampoco eran escasas las guerrillas. Cada guerrilla establecía su propio sistema de relaciones informales con los organismos de micro-poder local (latifundistas, caciques indios, sacerdotes, etc.). Cuando un peligro común se hacía presente, los montoneros se agrupaban entre sí formando verdaderos ejércitos regulares, para luego, desaparecido el peligro, volver a separarse. Hacia 1810 "había seis principales focos de resistencia, cada uno al mando de un jefe guerrillero".¹³⁸

Las guerrillas del Alto Perú estaban en condiciones de hostigar a los españoles impidiéndoles gobernar, pero no estaban todavía en condiciones de expulsarlos. Debido a esas circunstancias, las autoridades de Buenos Aires creyeron que bastaba enviar algunos regimientos al Alto Perú para que las guerrillas, así como la población, se plegaran a ellas. Cayeron así en el error más antiguo de los revolucionarios: confundir sus ideales abstractos con los intereses concretos de la mayoría de la población.

La primera expedición rioplatense se desplazó hacia el Alto Perú en octubre de 1810 y, luego de algunas escaramuzas con las tropas españolas, avanzó hasta Potosí. En este lugar, el comisionado Castelli estableció un régimen de terror fusilando a cantidad de españoles y a todos los que colaboraban con ellos, que no eran pocos. Al aplicar estas medidas pasó por alto a las autoridades que desde mucho tiempo atrás se habían asignado los propios patriotas altoperuanos. Fue así evidente lo negativo que resultaba hacer la revolución "desde fuera". Aclamados al comienzo como libertadores, los soldados rioplatenses no tardaron en ser vistos como invasores; y

¹³⁸ J. Lynch, *op. cit.*, p. 136.

es que en la práctica lo eran y, por si fuera poco, se comportaban como tales. Ya no estaban en Buenos Aires, donde habían luchado por la liberación de su propia región, sino en un territorio "extranjero" luchando por lo que luchan todos los ejércitos invasores: el botín; y si éste no podía ser obtenido a costa de los españoles, lo era a costa de los criollos. En estas condiciones, su moral de combate no podía ser muy alta y pronto comenzaron a ser fácilmente derrotados por los españoles, sobre todo cuando a estos últimos se sumaron aquellos criollos que no aceptaban la intromisión de Buenos Aires en su territorio.

Los ejércitos enviados desde Buenos Aires no habían cumplido su cometido. Independientemente de que los generales dictaran proclamas llamando a la revolución, el espectáculo cotidiano de la soldadesca borracha, saqueando las posesiones de los criollos, daba al traste con sus intenciones. Incluso peninsular; los grandes propietarios de minas también se sumaron a la causa realista. Los ejércitos del Plata no sólo no habían llevado la revolución; no sólo perdieron batallas decisivas, sino que además destruyeron las defensas naturales que habían erigido los altoperuanos en sus luchas contra los españoles. Al final sólo quedaban resistiendo algunos restos dispersos de las bandas montoneras.

En vista de las circunstancias descritas, la clase criolla altoperuana no optaría por la independencia sino cuando se dieran todas las condiciones que garantizaran su dominación. Mientras tanto apoyaban a los españoles en contra de la intromisión de Buenos Aires e incluso para que diezmaran a las resistencias montoneras a fin de que nadie en el futuro estuviese en condiciones de sublevar a los indios de las estancias.

El caso chileno

Como hemos visto, la idea nacional surgía a veces como continuación de la idea regional. Otras veces la región aparecía como algo contrapuesto a la nación. Chile fue un caso especial: allí la idea nacional surgiría paralelamente con la de región. Debido al aislamiento geográfico de la "capitanía general" y a su dependencia nunca resuelta respecto al virreinato del Perú, la oligarquía chilena tenía un alto grado de homogeneidad política. "Fronza aristocrática" denominaría un autor a esa oligarquía, aludiendo a su densidad interna.¹³⁹

¹³⁹ Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática*, Santiago de Chile, Universitaria, 1945.

Ya antes de la independencia, esa oligarquía consideraba a Chile como una especie de nación particular, cuya base material hay que encontrar en una economía con ciertas tendencias autárquicas. Sin embargo, pese a considerarse nacional, la oligarquía era menos antihispanista que otras del continente. Su nacionalismo estaba desprovisto de una proyección auténticamente anticolonial, con excepción de la que tenían grupos aislados de intelectuales.

Cuando ocurrió la revolución de mayo en Buenos Aires, la administración española en Chile cometió el más garrafal de sus errores: ejercer la represión en sentido preventivo sobre algunos miembros de la clase criolla colonial pretextando supuestas ideas republicanas. De inmediato esta clase reaccionó como tal en contra del torpe gobernador García Carrasco. Fue en ese agitado ambiente donde se produjo, naturalmente en nombre de Fernando VII, la deposición del gobernador y su remplazo por una junta que tenía como presidente a don Mateo de Toro y Zambrano, "Conde de la Conquista", anciano aristócrata que representaba en un sentido más bien simbólico la unidad de toda la "fronda". La chilena sería pues "una de las insurrecciones más típicamente representativas del cariz aristocrático criollo del juntismo en Sudamérica".¹⁴⁰

La junta de 1810 fue también un modelo de astucia de leguleyo. Por ejemplo, el argumento esgrimido para destituir a los gobernantes españoles fue que [no poseían credenciales] para mantenerse en sus puestos. En seguida cuidaron nombrar como miembros de la junta a algunos españoles, pero asegurándose de que estuvieran en minoría, en una relación de cinco a dos. Igualmente, la junta nunca emitió alguna declaración antimonárquica. Más todavía: "El Cabildo Abierto del 18 de septiembre [día que sin ningún motivo es celebrado en Chile como el de la independencia nacional] había sido una magnífica demostración de lealtad al rey Fernando VII, y quienes habían asistido al acto estaban convencidos de haber ayudado a salvaguardar los derechos del monarca."¹⁴¹ Los grupos insurgentes se movían de preferencia tras bambalinas, especialmente atrincherados en la ciudad de Concepción, tradicional rival de la de Santiago, liderados por el hábil funcionario Juan Martínez de Rozas, "el hombre más rico de Chile en 1810".¹⁴² Pero su mejor hombre era sin duda el joven Bernardo O'Higgins, acaudalado hacendado de Chillán, hijo de Ambrosio O'Higgins, irlandés al servicio de España y ex

¹⁴⁰ Luis Alberto Sánchez, *Breve historia de América*, Buenos Aires, Losada, p. 278.

¹⁴¹ S. Villalobos, *op. cit.*, p. 23.

¹⁴² L. Vitale, *op. cit.*, p. 11.

virrey del Perú. O'Higgins, después de estudiar en Inglaterra, donde recibió la influencia de las ideologías republicana y liberal, y de trabar conocimiento con otros intelectuales hispanoamericanos, entre ellos Francisco Miranda, regresó a Chile en 1802 y alrededor de 1810 parecía estar sólo preocupado en administrar su hacienda.

Pese a su conservadurismo, la junta decretó algunas medidas rupturistas frente a España, como la relativa a la libertad de comercio que fue recibida con entusiasmo por toda la clase criolla. Sin embargo, el paso decisivo nadie se atrevía a darlo. Más todavía: el primer Congreso, que comenzó a funcionar el 4 de julio de 1811, estaba dominado por tendencias monárquicas. Ante tal situación, los sectores más radicales dirigidos por Rozas, en abierta minoría, optaron por retirarse a Concepción, donde fundaron una junta alternativa esperando un giro de los acontecimientos. Ese giro fue provocado por la violenta irrupción de un joven aristócrata de veintiséis años de edad, recién llegado de España donde había seguido una brillante carrera militar: José Miguel Carrera, que al mando de un incipiente ejército, y secundado por sus hermanos, llevó a cabo un verdadero golpe al clausurar el Congreso y dar un impulso nuevo al proceso.

José Miguel Carrera, "aristócrata nacido para mandar y no para obedecer",¹⁴³ era el caudillo que las circunstancias exigían. El apuesto joven, apoyado por algunas fracciones de la oligarquía, hizo posible que aparecieran en la escena política otros jóvenes radicales que lo secundaban, como sus dos hermanos Juan José y José Luis, su hermana Javiera, el sacerdote Camilo Henríquez y el después legendario guerrillero Manuel Rodríguez. En segundo lugar, Carrera organizó el ejército, dándole un carácter abiertamente antiespañol.

Sin embargo, la política de Carrera no contaba con el apoyo de toda la "fronda". Por de pronto, debido a su temperamento e ideales políticos, el caudillo era difícil de controlar. Por otra parte, José Miguel y sus hermanos fueron los primeros patriotas que en ese periodo se dirigieron a los sectores populares.¹⁴⁴ En esas circunstancias el disciplinado Bernardo O'Higgins, debido a sus vinculaciones con los estancieros del sur, les parecía un mal menor. Pero O'Higgins hasta el último momento se negó a erigirse como alternativa al poder de Carrera y sólo lo hizo cuando los españoles, avanzando desde el sur y apoyados por muchos sectores criollos, propinaron decisivas derrotas a los patriotas (9 de diciembre de 1813). A fin de unificar el mando militar, O'Higgins estimó conve-

¹⁴³ J. Eyzaguirre, *op. cit.*, p. 131.

¹⁴⁴ L. Vitale, *op. cit.*, p. 23.

niente desplazar a Carrera y, de acuerdo con lo requerido por la oligarquía chilena, hizo un llamado —en esos momentos muy poco oportuno, pues los españoles avanzaban hacia la capital— a constituir un nuevo congreso, al que naturalmente Carrera se opuso. Así, los dos ejércitos patriotas terminaron enfrentándose en la Batalla de las Tres Acequias, el 26 de agosto de 1814. Los españoles podían vencer gracias a la división de los criollos.

O'Higgins, sabiéndose derrotado antes de luchar, intentó conseguir un armisticio, que el virrey Abascal no aceptó. Por otro lado, debido también a que O'Higgins y Carrera no lograron unir a tiempo sus tropas, la resistencia chilena fue quebrada en Rancagua (1 y 2 de octubre de 1814) y los españoles tuvieron acceso libre a Santiago. O'Higgins y Carrera, derrotados, huyeron con los restos de sus ejércitos hacia Mendoza. No pudieron los chilenos lograr la independencia con sus propias fuerzas, pero detrás de los Andes los esperaba un verdadero genio militar: el general José de San Martín. Desde ese momento, la revolución chilena dejaba de ser un hecho puramente local y se inscribía en el amplio contexto de la revolución continental.

LA REVOLUCIÓN CONTINENTAL

Hacia 1810 las reacciones surgidas en el continente americano frente a la nueva situación de Europa fueron muy diversas. Y ello ocurrió así porque también muy diversas eran las relaciones que habían contraído las diferentes oligarquías locales con la metrópoli española, por una parte, con las clases subalternas, por otra, y por último con las oligarquías submetropolitanas de Indias. En otros términos: a cambio de emanciparse de España, tales oligarquías exigían garantías mínimas, entre otras la neutralización de las "clases peligrosas" y la permanencia de sus privilegios regionales. Probablemente éste era el razonamiento que se hacía el general San Martín cuando comenzaron a llegar los primeros refugiados desde Chile. En efecto, los triunfos militares no podrían cristalizar en proyectos de independencia si no se contaba desde un comienzo con el apoyo indivisible de los grupos criollos económicamente dominantes. Quizás, allá muy lejos, otro brillante general, Simón Bolívar, vivía con las mismas preocupaciones. Para ambos generales, lo prioritario era derrotar militarmente a los destacamentos españoles, pero para lograr ese objetivo era preciso pensar no sólo militar sino políticamente. Las solu-

ciones que cada uno de ellos encontraría para resolver los mismos dilemas serían muy distintas.

La gesta de San Martín

El éxito de la política de San Martín se edificó sobre la base de la derrota de los chilenos. Esta última había sido posible gracias a las divisiones experimentadas en el mando militar que a su vez estaban determinadas por las indecisiones de la oligarquía local. Por si fuera poco, el apoyo popular a la causa de la independencia había sido muy escaso. Este último problema, sin embargo, se lo solucionaron los propios españoles a través de la llamada Reconquista de 1814. Cuando los gobernantes Osorio, primero, y Marcó del Pont, después, aplicaron medidas represivas al conjunto de la población, comenzó a generarse aquella base social popular que no había tenido el proceso en sus orígenes. Las medidas restrictivas de los españoles se extendían hasta el campo de la economía, y cada vez eran más los sectores que añoraban los tiempos antiguos. Las condiciones para una resistencia de tipo clan destino eran más que favorables, y fueron bien aprovechadas por el guerrillero Manuel Rodríguez para iniciar una guerra de guerrillas cuyo objetivo era desgastar a las tropas españolas mientras se organizaba el ejército de los Andes. Incluso, los criollos hispanistas, víctimas también de la represión española, comprendieron que de ahí en adelante la única alternativa que les quedaba era sumarse a la lucha por la independencia. Solucionado el frente social por la fuerza misma de las circunstancias, sólo faltaba por resolver los problemas relativos al mando militar. La elección de uno de los dos caudillos, Carrera y O'Higgins, estaba necesariamente en manos de San Martín. Calculando con frialdad, San Martín eligió al segundo. Su razonamiento era sencillo: O'Higgins contaba con el apoyo de la mayoría de la clase criolla chilena, Carrera no. Además, el orgulloso Carrera no aceptaba la injerencia de San Martín y aspiraba lograr la independencia de Chile con medios e iniciativas propios. Incluso, a fin de contrarrestar la estrategia de San Martín y O'Higgins, que contaban con el apoyo financiero inglés, Carrera viajó a Estados Unidos, en noviembre de 1815, buscando financiamiento para su causa. Finalmente, él y sus hermanos pagarían con sus vidas el intento de oponerse al inflexible San Martín.

José de San Martín nació el 25 de febrero de 1778, en Yapeyú, uno de los treinta pueblos de las antiguas misiones guaraníes, pertenecientes entonces al gobierno de Buenos Aires. Como muchos otros patriotas americanos, había recibido

formación política y militar en Europa. Cuando regresó de Inglaterra a Buenos Aires iba a cumplir treinta y cuatro años. En España, San Martín había mostrado ser un excelente oficial¹⁴⁶ y sus méritos militares, especialmente los de organizador, iban a ser sus mejores credenciales en la caótica situación del Buenos Aires de 1812. Sabiendo que la única fuerza que finalmente podría imponerse sería un ejército, se dio a la tarea de fundar el regimiento de granaderos a caballo, verdadero modelo de disciplina y cohesión militar. Después de esto reafirmó sus posiciones políticas y el 8 de octubre de 1812 tomó parte activa en el derrocamiento del gobierno liberal de Rivadavia, que fue suprimido por un triunvirato.

Después San Martín fue comisionado en el norte, donde demostró ser lo suficientemente hábil como para no seguir el ejemplo de Belgrano, es decir, no emprendió expedición alguna al Alto Perú. En estos momentos, sin embargo, elaboró la línea central de su estrategia militar: avanzar hacia Perú desde Chile. La derrota de los chilenos lo convenció de la viabilidad de su proyecto.

El comienzo de la expedición libertadora

El plan de San Martín comenzó a tomar forma real en Cuyo, ciudad convertida en bastión de las tropas libertadoras, y pronto contó con el apoyo de Pueyrredón, jefe político del gobierno a quien no le convenía enemistarse con el militar más poderoso del Plata.

Un ejército de más de cinco mil hombres bien pertrechados, entre los que se contaban mil quinientos esclavos negros a quienes les habían prometido la libertad a cambio de guerrear, inició la travesía de los Andes. En Chacabuco vencieron totalmente a las tropas españolas (12 de febrero de 1817). Pronto los españoles comenzaron a contraatacar desde el sur y las tropas libertadoras sufrieron el 19 de marzo de 1818 una severa derrota. Pero la batalla de Maipo (5 de abril de 1818) constituyó la victoria definitiva de los patriotas. A partir de ese día, aunque los españoles seguían manteniendo sus tropas de hostigamiento en el sur, Chile comenzaba a ser una nación independiente.

Como era de esperarse, el poder pasó a manos de Bernardo O'Higgins. Pero las tareas que tenía por delante el recién nombrado Director Supremo no eran envidiables. Por una parte tenía que dar forma a la nación por medio de la construcción de un Estado que no contradijera los intereses fun-

¹⁴⁶ Bartolomé Mitre, *op. cit.*, tomo 1, p. 93.

damentales de la aristocracia. Por otra, tenía que llevar a cabo algunas reformas sociales a fin de gratificar a la población los servicios prestados en la guerra. Por si fuera poco, de acuerdo con los compromisos contraídos con San Martín, tenía que dedicar gran parte del erario para financiar una expedición libertadora hacia Perú, máxime cuando desde Buenos Aires, dada la anarquía política que allí reinaba, no era posible esperar ningún apoyo.¹⁴⁶

En vista de las dificultades señaladas, a las que habría que agregar la presencia de divisiones españolas en el sur del país, se explica que el nuevo gobierno, independientemente de los ideales republicanos de O'Higgins, no pudiera ser un modelo de democracia. Aun en medio de una economía de guerra, O'Higgins asestó duros golpes a la oligarquía local, aboliendo los títulos de nobleza —los que después de todo no eran muchos— e intentando suprimir la institución del mayorazgo. Evidentemente, este gobernante con ideas adquiridas en Inglaterra quería gobernar con independencia respecto a la oligarquía que lo había llevado al poder, y eso esta última no se lo perdonaría. O'Higgins no podía sino perder. Toda su fuerza provenía de aquel débil Estado que él mismo había formado y del apoyo —muy poco— que le prestaba el general San Martín. Su mayor legitimidad era la revolucionaria —reconocida hasta por la oligarquía durante los primeros años de gobierno—, pero con una economía destruida y teniendo que solventar además la expedición hacia Perú, tal legitimidad no podía durar demasiado. Ante esas condiciones O'Higgins pasaría a ser una figura trágica. Pocos deseaban más que él una democracia y tuvo que erigirse, por la fuerza de las circunstancias, en un dictador. Por lo demás, él mismo se había encargado de destruir las únicas bases posibles de apoyo, al proceder duramente contra la fracción carrerina y su representante Manuel Rodríguez. Así, la revolución perdió su ala "jacobina" sin tener ningún ala "girondina".

El 28 de enero de 1823, O'Higgins, políticamente aislado, aun dentro de su propio ejército, fue obligado a abdicar. No sería ni el primer ni el último prócer desterrado de su propia patria por una oligarquía que era cualquier cosa, menos patriota. Quizá lo mismo pensaba el ex general en su interminable exilio en el Perú.

Pero retrocedamos un poco. O'Higgins cumplió la palabra empeñada a San Martín, y Chile, a pesar de las dificultades por las que atravesaba el gobierno, fue la base que esperaba San Martín para realizar su ambicioso sueño: invadir Perú.

¹⁴⁶ Simón Collier, *Ideas and politics of Chilean Independence 1808-1833*, Cambridge, 1967, p. 233.

Hacia Perú

En 1816 la guerra determinaba la política. Las diversas oligarquías estaban escondidas aguardando el desenlace, o disputando entre sí, como en Buenos Aires. Las condiciones parecían pues ser favorables para los jefes revolucionarios. Por lo demás a San Martín no le quedaba más posibilidad que seguir combatiendo. En Buenos Aires ya no contaba ni con apoyo político ni militar, y el poco que tenía de Pueyrredón también lo perdería cuando éste fue depuesto en junio de 1819. Su sucesor, José Rondeau, obedeciendo el mandato de la clase dominante portaña que tenía la autonomización política del ejército libertador, intentó poner a San Martín bajo la dirección exclusiva del gobierno de Buenos Aires. Naturalmente, el general, contando con el apoyo de sus oficiales, rechazó esa posibilidad. Desde ese momento tampoco San Martín tendría patria. Pero en 1816 San Martín podía sentirse optimista, entre otras cosas porque la revolución continental comenzaba a recibir el tan esperado apoyo de Inglaterra.

De los países europeos no había, objetivamente, ninguno más interesado que Inglaterra en promover la independencia de las colonias hispanoamericanas, sobre todo por la promesa que ellas ofrecían en términos de comercio e inversiones. Pero, por estar aliada con España en la lucha común contra la Francia napoleónica, tenía las manos atadas para intervenir directamente. De este modo, apenas terminaron los conflictos intereuropeos, Inglaterra pudo, al fin, operar libremente en América. Empréstitos informales, visitas diplomáticas, consejeros políticos y, por supuesto, armas, comenzaron a llegar a las colonias. Incluso algunos oficiales ingleses decidieron continuar su carrera militar en América y fundaron verdaderas empresas privadas, como la escuadra dirigida por el aventurero almirante lord Cochrane y que fuera contratada por San Martín y O'Higgins para la empresa libertadora en Perú. La situación internacional era pues excelente. Los verdaderos problemas estaban en Perú.

Como ya hemos visto, las oligarquías criollas nunca fueron muy revolucionarias. Y de todas ellas, ninguna más difícil de ganar para la causa de la revolución que la peruana. Las razones son fundamentalmente dos: una de carácter económico; la otra de carácter político.

Desde el punto de vista económico, la oligarquía peruana ocupaba un lugar privilegiado en el espectro colonial. Prácticamente en todas las regiones del Pacífico ejercía un monopolio comercial sin contrapeso hasta el punto de que oligarquías vecinas, como la de Chile, se quejaban a veces más de los peruanos que de los españoles. Además, Perú era el prin-

principal exportador de oro y plata, y las grandes cantidades de dinero que aflúan a Lima beneficiaban también al conjunto de la clase criolla. Sin embargo, ésta estaba muy escindida. Por una parte encontramos una fracción exportadora tradicional que al igual que otras del continente estaba en permanente conflicto con la metrópoli y pugnaba por mayores libertades en el sistema de comercio. Paralelamente existía otra fracción cuyos principales beneficios eran obtenidos de la explotación agrícola. Por último, una enorme burocracia criolla y española a la que hay que sumar los no menos enormes contingentes de eclesiásticos y soldados, conformándose así una fracción muy favorecida por el régimen y, por lo tanto, refractaria a toda idea de cambio. Lo único que unía a todas estas fracciones era el terror que les inspiraba cualquier posibilidad de insurgencia de las clases subalternas.

Ya hemos analizado el formidable levantamiento indio-popular encabezado por los Túpac Amaru¹⁴⁷ y hemos visto también que fue, sobre todo, un punto de cristalización de múltiples rebeliones que habían estado aisladas entre sí. Asimismo hemos analizado cómo la rebelión del Inca estuvo a punto de consolidar una alianza entre indios y fracciones del bando criollo frente a problemas comunes, como eran la rebaja de los impuestos y la oposición a los corregidores. Tal alianza, sin embargo, fracasó, y no por la debilidad del movimiento indígena sino, paradójicamente, por su potencia, pues su fuerza y magnitud terminó por aterrar a los mismos criollos rebeldes. Desde entonces los criollos peruanos vivían en trauma permanentemente, y no había nada que temieran más que la posibilidad de otra rebelión. Seguramente San Martín contaba con este "dato".

Al no haber en Perú una abierta acción "de clase" en contra de los peninsulares, la oposición a éstos corrió a cuenta de pequeños grupos conspiradores aislados. La historia nacionalista peruana, tan reacia a aceptar la idea de la revolución "desde fuera", ha acumulado datos más que suficientes acerca de las conspiraciones que, en cierto modo, facilitaron el acceso de los ejércitos libertadores. Muchas de ellas tenían un rígido carácter patricio, como la encabezada por Riva Agüero en 1810. Otras, como la de Manuel Ubalde y Gabriel Aguilar en Arequipa (1808), provenía de los grupos intermedios. A éstas hay que agregar el llamado "complot fernandino" (1808), la "conspiración de los Silva" (Lima, 1809); la sublevación de Tacna (1811), la de Gómez y Las Casas Matas (1813), etcétera.¹⁴⁸

¹⁴⁷ Véase el capítulo anterior.

¹⁴⁸ Véase *Antología de la independencia del Perú*, Lima, 1972, pp. 112-142.

Pero si la revolución de Túpac Amaru no había convencido del todo a los criollos acerca del potencial de rebelión existente en el movimiento indígena, en 1814 un grupo de criollos cuzqueños tuvo la oportunidad de experimentarlo. Descontentos por asuntos de mala administración, algunos criollos intentaron recurrir al apoyo de los indios. El cacique con quien parlamentaron, Pumacahua, un anciano de setenta y cuatro años descendiente de la antigua nobleza inca,¹⁴⁹ parecía ser un hombre en extremo confiable, pues junto a otros caciques había combatido nada menos que contra Túpac Amaru a cambio de algunas reformas en favor de su gente.¹⁵⁰ El caudillo de los llanos, José Angulo, dirigió junto con sus hermanos desde el Cuzco a las huestes indias hacia diversas zonas del país, pero pronto los indios alzados comenzaron a actuar por cuenta propia asaltando pueblos y ciudades y ejecutando a españoles, y a criollos ricos. Los indios de Puno, La Paz y Arequipa se sumaron a las huestes del viejo Pumacahua. Como era de esperarse, el aplastamiento de la rebelión fue sangriento. Pumacahua fue ejecutado en 1851. E igualmente, como en los tiempos de Túpac Amaru, los mismos criollos que habían desatado el movimiento fueron los primeros en desertar.¹⁵¹

El miedo de los criollos a ser rebalsados por movimientos sociales determinó que respondieran con extraordinaria timidez el llamado a constituir cabildos hecho por la junta central. Aparte de imponer algunas leves reformas al sistema impositivo, los criollos no adoptaron ninguna actitud beligerante en contra de España. Ésta fue una situación que favoreció la política del virrey Abascal, quien entre 1808 y 1816 convirtió a Perú en un baluarte de la contrainsurgencia. Los mecanismos que utilizó fueron muy simples: desde el punto de vista militar reforzó las posiciones en el Alto Perú, primero en contra de la insurgencia local y después en contra de Buenos Aires; desde el político, mostrándose flexible, hizo algunas concesiones a los criollos en materias como las de los cargos públicos y las tributaciones, aunque fue recalcitrante contra la libertad de comercio. Por supuesto, frente a las clases pobres fue ineludible.

El sucesor de Abascal, el virrey Joaquín de Pezuela, continuó la política de su antecesor, aunque se vio obligado a reforzar más el frente militar debido a las amenazas provenientes ahora desde Chile. Fue también gracias a esas amenazas como algunos miembros de la aristocracia comenza-

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 201.

¹⁵⁰ L. A. Eguiguren, *La revolución de 1814*, Lima, 1914, pp. 47-77.

¹⁵¹ J. Lynch, *op. cit.*, pp. 186-188.

ron a vislumbrar ya, a la larga, el destino independiente de Perú. El ejército de San Martín por el sur, el de Bolívar por el norte, la armada de lord Cochrane asolando las costas, las guerrillas del interior, la astuta diplomacia inglesa y norteamericana y, por si fuera poco, en España misma los liberales intentando hacer revaler los principios proclamados en 1812; todo este cuadro hacía imposible que algunos sectores peruanos no intentaran negociar una salida que por lo menos no cuestionara sus principales privilegios, y para esas negociaciones encontraron al interlocutor más adecuado: el general San Martín.

Hacia 1820 la estrategia de San Martín respecto al Perú era más política que militar. Sabía que sus fuerzas eran superiores a las españolas y que podía destruirlas, como permanentemente exigía lord Cochrane, que miraba la guerra sólo desde un punto de vista técnico. Pero a San Martín también le interesaba crear una situación política que fuera estable después de la victoria militar. Como dijo una vez el propio general: "¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios? ¿Qué ventaja sacaría de la causa de la independencia en que ocupase militarmente a Lima y aun todo el país? Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas y no quiero dar un paso más allá de la opinión pública."¹⁵²

Para cumplir sus objetivos, San Martín elaboró una política relativamente compleja. Por una parte dio garantías a los criollos peruanos de que el ejército respetaría sus instituciones; por otra prometió proteger a la oligarquía frente a cualquier intento de sublevación de las clases subalternas. Esto significa que, de acuerdo con la estrategia de San Martín, para asegurar la revolución de independencia era necesario actuar preventivamente en contra de una eventual revolución social. Tal estrategia estaba por lo demás de acuerdo con las convicciones políticas del libertador. A diferencia de otros caudillos, San Martín carecía de fuertes impulsos ideológicos; él era, antes que nada, un militar, y se había incorporado como hombre maduro a la lucha sin pretensiones románticas y llevado más bien por su sentido práctico. Además, nunca rompió verdaderamente con la idea monárquica y, según lo declaró muchas veces, anhelaba para los países de Sudamérica gobiernos fuertes y autoritarios. En síntesis, no era un revolucionario social.¹⁵³ Sus puntos de vista pare-

¹⁵² B. Mitre, *op. cit.*, tomo 2, p. 667.

¹⁵³ Según Mitre, San Martín no era ni siquiera un político en el sentido técnico de la palabra; era sí un gran soldado y su acción política era un derivado de la militar (B. Mitre, *op. cit.*, tomo 1, p. 144).

cían fortalecerse ante la anarquía política que reinaba en Buenos Aires. Y en Alto Perú había aprendido que la independencia era una quimera si se pasaban por alto los intereses de las oligarquías locales. Por lo mismo, buscaba siempre a sus interlocutores entre los criollos más conservadores. En Perú fue todavía más lejos: a fin de evitar un enfrentamiento militar buscó llegar a un acuerdo nada menos que con el virrey Pezuela. Gracias precisamente a esa política, en abril de 1819 logró el apoyo del marqués de Torre Tagle, intendente de Trujillo, persona muy conservadora y de gran influencia dentro de la aristocracia peruana. Evidentemente, el general sabía dónde pisaba. En un carta del 2 de diciembre de 1821 escribía a su querido amigo O'Higgins: "Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo me voy con pies de plomo sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear a Pezuela [...]"¹⁵⁴ Los hechos que ocurrían en España en 1820, con el nuevo advenimiento de los liberales al poder, facilitaban todavía más los planes del libertador, pues muchos aristócratas peruanos rompieron con España por el lado derecho encontrando en San Martín nada menos que un protector frente a las presiones revolucionarias de la península.

La receta de San Martín era simple: para hacer la revolución política era necesario decapitar la revolución social. Era además la única posibilidad de ganar a una oligarquía reaccionaria por naturaleza. Pero esa política también tenía sus riesgos: en Uruguay había liquidado la única fuerza revolucionaria: el artiguismo; en Chile había fracturado el ala radical de la revolución privando a O'Higgins del único apoyo posible frente a la "fronda". En Buenos Aires eran los conservadores los que daban la espalda al propio San Martín. Por último, tal política se oponía radicalmente a la que desde hacía tiempo venía practicando en el norte el otro gran libertador: Simón Bolívar, dificultándose así una verdadera concertación continental de fuerzas.

Desde una perspectiva amplia, la política de San Martín tampoco garantizaba a mediano plazo lo que el general más buscaba: estabilidad social y política, pues dejaba flancos que sólo podían ser cerrados mediante el expediente de la represión. Pero en términos inmediatos San Martín podía estar contento. Gracias al apoyo de las clases propietarias peruanas pudo imponerse militarmente a los españoles. Estos últimos lo ayudaron indirectamente deponiendo a Pezuela, que fue remplazado por el general José de la Serna (29 de enero

¹⁵⁴ Citado en Rubén Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, tomo 4, Lima, 1966, p. 131.

de 1821). El nuevo jefe, contando con el visto bueno de los liberales de Madrid, intentó negociar con San Martín. Para el argentino negociar ya no tenía sentido porque, en la práctica, los españoles ya estaban derrotados.

El protector sin protección

El 1 de julio de 1822 San Martín hizo su entrada triunfal en Lima y el día 14 nombró un cabildo que decretó la independencia. Fiel a sus promesas hechas a la oligarquía, se apresuró a bloquear cualquier iniciativa contraria a ella. Pero con esto logró la enemistad de los círculos liberales criollos.¹⁵⁵

San Martín, con el flamante cargo de protector del Perú y contando con la estrecha colaboración de su ministro de Guerra Bernardo de Monteagudo, planteó un programa de gobierno basado en tres pilares: un conjunto de reformas que contentaran a los indios y demás sectores subalternos; una política general que beneficiara a la oligarquía, y una represión sin piedad a los españoles establecidos en el país.

Aparentemente las reformas sociales propuestas por San Martín eran consecuentes con la ideología liberal de la revolución hispanoamericana. A partir de una ley dictada el 28 de julio de 1821 la esclavitud fue formalmente abolida; igualmente fueron suprimidos los tributos a los indios, la mita y otros trabajos obligatorios.¹⁵⁶ Pero la radicalidad de tales medidas era más bien aparente, pues muchas de las formas de explotación indígena estaban ya en extinción y habían sido remplazadas por otras más "modernas" (como el sistema salarial, por ejemplo), y las que verdaderamente afectaban a la oligarquía simplemente no se cumplieron ante la pasividad de las autoridades.

Que la política social de San Martín era más bien retórica se prueba por la emisión de un decreto que prohibía que a los indios se les denominara indios, pasándose a llamar, desde ese momento, peruanos. Si a los indios les daba lo mismo ser llamados indios o peruanos fue un asunto que no cruzó por la ilustrada mente del libertador.¹⁵⁷

La política de San Martín en favor de la oligarquía fue, por supuesto, mucho más efectiva. No sólo fueron respetadas todas las propiedades sino que además fueron introducidos,

¹⁵⁵ Véase José Basadre, *Historia de la revolución del Perú*, tomo 1, Lima, 1968, pp. 1-11.

¹⁵⁶ J. Lynch, *op. cit.*, pp. 203-204.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 204.

como si no hubiera tantos, nuevos títulos de nobleza. Incluso el general jugó con la absurda idea de contratar algún príncipe europeo para que se hiciese cargo de una eventual monarquía peruana.

Usando términos políticos actuales podríamos decir que la política de San Martín era tácticamente correcta pero estratégicamente errónea. Esto se prueba por la pronta aparición de disensiones en el propio campo criollo. Por de pronto, igual que como sucedió antes con Belgrano, los guerrilleros peruanos se negaron a reconocer la supremacía del ejército libertador y continuaron operando por cuenta propia en actividades que a veces lindaban con el bandolerismo. Las tropas de liberación chileno-argentinas libraban continuas escaramuzas contra destacamentos locales y no pasó mucho tiempo para que la población las considerara como un ejército de ocupación. Por si fuera poco, ese ejército tampoco demostraba efectividad frente a los españoles: a duras penas, y con un gran número de pérdidas, San Martín había logrado mantener el Callao; mientras que en el interior los españoles sublevaban a los indios recurriendo al sistema de guerrillas que antes los patriotas habían aplicado en contra de ellos. La guerra se prolongaba así mucho más allá de lo planeado, y costaba dinero, lo que seguramente no llenaba de felicidad a la veleidosa aristocracia virreinal. Ésta ya no veía más en San Martín al "hombre fuerte" que parecía ser en un comienzo, y la protección ejercida por el general era sentida cada día más como un pesado lastre del que había que deshacerse pronto. Incluso, en el baluarte de San Martín, el ejército, empezaron a aparecer conspiraciones.

Fue en medio de todos esos problemas como San Martín decidió conferenciar con el otro libertador, Simón Bolívar, en la ciudad de Guayaquil.

La entrevista de Guayaquil o el ocaso de San Martín

La entrevista de Guayaquil que tuvo lugar el 26 y el 27 de julio de 1822 pudo ser el punto culminante de la independencia de América puesto que se encontraban sus dos principales libertadores. Para San Martín, sin embargo, fue la comprobación del fracaso de toda su estrategia. Detrás de sí dejaba un Perú lleno de conspiraciones; un ejército numeroso pero poco eficaz en donde comenzaban a pelear entre sí argentinos, chilenos y peruanos; una economía desgarrada a consecuencia de la interminable guerra, y una oligarquía que ya no quería financiar a San Martín, todo esto justo en el momento en que O'Higgins en Chile tampoco estaba en una

situación demasiado confortable. No eran pues éstas las mejores credenciales para presentarse ante Bolívar, que en contraposición, estaba en el cenit de su brillante carrera y acababa de entrar en Guayaquil después de haber triunfado en la batalla de Pichincha (mayo de 1822). En tales condiciones San Martín ya estaba resignado y dispuesto a renunciar a los derechos peruanos en Guayaquil, derechos que creía merecer pues había enviado destacamentos comandados por el coronel peruano Andrés Santa Cruz a combatir junto al general José Antonio de Sucre. La entrevista de Guayaquil no podía tener pues sino un mero carácter simbólico.¹⁵⁸

Tampoco podían ser fructíferas las conversaciones en torno al futuro sistema político que habría de regir en los países de América. El republicanismo de Bolívar en ese periodo no admitía réplicas y desaprobaba totalmente las ideas semimonárquicas del argentino. Pero las más grandes diferencias entre ambos generales residían en la estrategia política a imponer en términos inmediatos. Bolívar desaprobaba la política seguida por San Martín en Perú y los hechos estaban dándole la razón. Como ya veremos, Bolívar había aprendido, después de varios fracasos, que lo fundamental era conseguir el apoyo de las masas populares de cada región. Por cierto, las diferencias no eran sólo ideológicas; estaban determinadas por experiencias distintas. San Martín, de por sí un pragmático, había extraído sus conclusiones después de haber conocido de cerca a tres frondosas oligarquías criollas: la porteña, la chilena y la peruana —cada una más difícil que las otras, pero cuyos concursos eran indispensables para ganar la guerra. Fueron sin embargo estas tres oligarquías las que determinaron el fracaso de San Martín. La primera le negó su apoyo desde un principio; la segunda lo negó al cabo de poco tiempo; la tercera, después de haberlo recibido con los brazos abiertos, estaba pidiendo ahora su expulsión de Perú. San Martín había acudido, pues, a la entrevista como un derrotado, sabiendo que tenía que ceder el paso al triunfante Bolívar. El propio San Martín lo dijo muy bien: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú."¹⁵⁹ Su único deseo era que Bolívar se hiciera cargo de Perú, aunque si éste no lo hubiera querido, igual habría tenido que hacerlo, obligado por los acontecimientos. Al regresar San Martín a Perú, se encontró con la noticia de que su colaborador y amigo, Bernardo de Montegudo, había sido depuesto. Pragmático siempre, reconoció de inmediato su derrota y decidió abandonar el poder. Hay verdadera grandeza en las palabras que pronunció en esa

¹⁵⁸ Véase Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, 1964, p. 418.

¹⁵⁹ B. Mitre, *op. cit.*, tomo 3, p. 668.

ocasión: "Por muchos motivos ya no puedo mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones. Voy a decirlo: para sostener la disciplina del ejército tendría necesidad de fusilar algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados."¹⁶⁰

Al salir de Lima, San Martín "sólo llevaba consigo 183 onzas de oro, el estandarte de Pizarro, obsequio de la ciudad de Lima, una campanilla de oro y, al llegar a Chile, el gobierno del Perú le remitió 9 000 pesos a cuenta de la pensión vitalicia que se le había asignado".¹⁶¹ En toda América no había un lugar para el exilio del gran libertador. Tuvo que viajar a Francia, donde murió.

Sólo Bolívar podía salvar a Perú.

La gesta de Bolívar

Bolívar había comenzado sus experiencias justo donde San Martín las terminó: confiando en la posibilidad de ganarse a la aristocracia. Pero si algo igualaba a la aristocracia venezolana con sus congéneres del continente era el pánico que le inspiraba cualquier posibilidad de cambio social; al igual que la peruana y mexicana estaba dispuesta a renunciar a la independencia si ésta significaba abrir compuertas a las rebeliones populares.

El escenario venezolano

Pocas economías indianas estaban como la venezolana tan vinculadas al mercado mundial. Tal vinculación determinaba a su vez los fraccionamientos de la oligarquía local. Hacia el interior del país predominaba la tradicional clase de los estancieros. Hacia las costas estaban las plantaciones comerciales donde reinaban los grandes productores de algodón, tabaco, café y, sobre todo, cacao. Éstos constituían un verdadero sector social precapitalista enriquecido de un modo explosivo por la creciente demanda proveniente del exterior. Así "en 1755, el cacao representaba el 75.1% del valor total de los efectos exportados por la Guayra, siguiéndole los cueros con el 17.1% y finalmente el añil con 0.87%".¹⁶²

¹⁶⁰ R. Vargas Ugarte, *op. cit.*, tomo 6, p. 240; véase también B. Mitre, *op. cit.*, tomo 3, p. 668.

¹⁶¹ R. Vargas Ugarte, *ibidem*.

¹⁶² Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, tomo 1, Caracas, Universidad Central, 1966, p. 105.

Las contradicciones entre los latifundistas del interior y los empresarios costeros eran bastante profundas, pero por encima de éstas siempre prevaleció la unidad generada por sus dos problemas comunes: la administración española y las sublevaciones de negros.

La de Venezuela era probablemente la sociedad más racista del continente. Las razones eran, por supuesto, económicas. "A mediados del siglo XVII, el 1.5% de la población de Caracas monopolizaba todas las tierras cultivables y de pastos en la provincia, aunque las áreas realmente cultivables eran muy pocas, quizá sólo el 4% del total."¹⁶³ Pero más racistas eran todavía los blancos que no formaban parte de la oligarquía, a los que también se les denominaba despectivamente "blancos de orilla"¹⁶⁴ pues no tenían más expediente que el color de la piel para diferenciarse de los "pardos".

Los "pardos" constituían un contingente clave para la futura revolución por el lugar intermedio que ocupaban entre blancos y negros y por su condición de "hombres libres prestos a utilizar los canales de ascenso social que podían brindarles sobre todo la actividad económica y la instrucción".¹⁶⁵ La discriminación hacia los pardos era tanta, que incluso en las iglesias "los curas llevaban el 'libro de pardos', donde se inscribía a éstos al ser bautizados, hecho que como mácula oprobiosa declaraba su ascendencia en muchas generaciones".¹⁶⁶

Los blancos despreciaban a los pardos tanto como temían a los esclavos negros, que en Venezuela habían seguido el ejemplo de la revolución de Haití.¹⁶⁷ En 1795 estalló en Coro una rebelión de negros de gran envergadura. Su jefe fue el legendario José Leonardo Chirinos, hijo de un esclavo negro y de una india libre. Interesante es destacar que Chirinos no era esclavo sino un pequeño propietario agrícola, razón por

¹⁶³ F. Brito Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial*, Caracas, Universidad Central, 1963, p. 176. En otro de sus trabajos agrega el mismo autor: "La clase de los terratenientes blancos, incluyendo criollos y peninsulares, estaba formada por 658 familias nucleares que totalizaban 4 048 personas, cifra esta última equivalente a menos del 0.50% de la población venezolana a fines de la colonia" (F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 171).

¹⁶⁴ F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 169.

¹⁶⁵ Germán Carrera Damas, "Para un esquema sobre la participación de las clases populares en el movimiento nacional de independencia en Venezuela a comienzos del siglo XIX", en *Historia marxista venezolana*, Caracas, 1967, p. 85.

¹⁶⁶ F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 165.

¹⁶⁷ Véase en este mismo capítulo el apartado "El trauma haitiano".

la cual la rebelión de Coro, al igual que la india de Túpac Amaru, tuvo la particularidad de unir las reivindicaciones antiesclavistas de los negros de la zona que a través de Chirinos tomaban noticia "de la ley de los franceses"¹⁶⁸ con "la lucha por la supresión de los tributos directos e indirectos".¹⁶⁹ Igual también que la de Túpac Amaru (o la de Hidalgo en el México de 1810), la magnitud de la rebelión de los negros "unificó a las dos fracciones que dividían la nobleza terrateniente de Coro; desaparecieron rivalidades de familia; el Ayuntamiento, las jerarquías eclesiásticas y el Justicia Mayor depusieron antagonismos formales para enfrentarse a la masa de miserables y hambrientos que avanzaban hacia la ciudad".¹⁷⁰

La particular estructura social de Venezuela iba a determinar que a la hora de la lucha por la independencia surgieran movimientos sociales proyectados en las direcciones más imprevisibles. Pero, a la vez, la enorme complejidad de las demandas emergentes iba a permitir la autonomización relativa de una fracción de criollos iluministas —entre los que hay que contar al joven Simón Bolívar— respecto a la aristocracia misma a la que pertenecían.

Las primeras experiencias del joven Bolívar

Simón Bolívar nació el 24 de julio de 1783. Provenía de una de las familias más poderosas de Venezuela, propietaria de esclavos, plantaciones y haciendas. Huérfano a los nueve años, viudo a los veinte, desarrollaría una personalidad marcada por una incontenible ansia de poder.¹⁷¹ Educado en España, como muchos libertadores recibió allí la influencia de las ideas republicanas derivadas del hecho francés. Desde su más temprana juventud decidió luchar por la independencia de América. Su juramento en el Monte Sacro de Roma, de dedicar su vida a luchar por la libertad de América, forma parte de una realidad y de una leyenda a la vez.

Probablemente el encumbrado linaje de Bolívar le ayudaría a tener ascendencia entre los venezolanos de su generación. Pero debemos agregar que poseía una inteligencia más que aguda y una cultura política amplia. Hacia 1810 ya había leído

¹⁶⁸ F. Brito Figueroa, *Las insurrecciones de los esclavos en la sociedad colonial venezolana*, Caracas, 1961, p. 67.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 66.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 71.

¹⁷¹ La mejor biografía de Bolívar sigue siendo, sin lugar a dudas, la de Gerhard Masur, *Simon Bolivar und die Befreiung Südamerikas*, Konstanz, 1949.

a Montesquieu, Voltaire y Rousseau. "Según sus propias palabras estudiaba además a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Rollin y Berthot."¹⁷² Tales cualidades deben haber sido tenidas en cuenta por los demás patriotas del país cuando en 1808 decidieron enviarlo a Europa nada menos que a establecer contactos con Inglaterra, cuyos políticos, pese a estar aliados con España, no perdían de vista las ventajas que podían obtener de una eventual independencia americana.¹⁷³ En Londres, como es de imaginarse, Bolívar establecería contacto con Francisco Miranda.

Los acontecimientos de 1810 sorprendieron a Bolívar actuando en un pequeño círculo de criollos radicales llamado "La Sociedad Patriótica", de la cual había pasado a formar parte el ya veterano, y por los jóvenes muy venerado, revolucionario Francisco Miranda, quien había podido, tras largos años de aventuras en Europa, regresar a Venezuela, gracias sobre todo a las múltiples relaciones de Bolívar. Tal círculo ejercía influencias no sólo intelectuales sino también políticas y estaba en condiciones de presionar al recién formado congreso para que rompiera con España. El radicalismo de Bolívar y sus amigos era sin embargo sólo político y no social, y en ese sentido compartían los prejuicios racistas con los sectores más conservadores. Prueba de ello es que la Constitución de 1811, a diferencia de otras dictadas en el mismo período en el continente, no planteaba la abolición de la esclavitud y en lo referente a reformas sociales se extendía en parrafadas puramente retóricas. Con este hecho, la gran mayoría de la población venezolana quedaba excluida de las luchas por la independencia, lo que muy pronto advirtieron los españoles y comenzaron a movilizar las rebeliones negras en contra de la propia clase criolla. Igualmente los pardos, dándose cuenta del carácter aristocrático de la "patria criolla", apoyaron en su gran mayoría a los contingentes realistas que tenían sus baluartes en Maracaibo, Coro y Guayana. Frente a esta situación, el propio Miranda, según cuenta el general Daniel Florencio O'Leary "después de madura reflexión sobre los acontecimientos, se convenció de que la declaración de independencia había sido prematura, porque el pueblo de Venezuela no estaba preparado para gobernarse por sí mismo".¹⁷⁴ Sin embargo, por muy madura que hubiese sido la reflexión de Miranda, a los ojos de Bolívar, ya comprometido en cuerpo y alma en la empresa emancipadora, no podía verse

¹⁷² *Ibid.*, p. 57.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 119.

¹⁷⁴ General Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, tomo 1, Caracas, 1952, p. 110.

sino como simple deserción. La animosidad de Bolívar frente a su antiguo maestro se vio reforzada por la política que este último emprendió al buscar un compromiso con las huestes españolas. En represalia, Miranda fue, en una de las actuaciones más terribles de Bolívar, prácticamente entregado a los españoles. Tan grande pareció ser el desencanto de Bolívar respecto al antiguo revolucionario que llegó a pedir que se le fusilara como traidor.¹⁷⁵ Independientemente de motivos psicológicos —que seguramente existen—, la desmesurada actitud de Bolívar frente a alguien que después de todo era el más dilecto precursor de la idea de la emancipación americana debe también explicarse por la desesperación del joven patriota al comprobar cuán aislada estaba la "república". Seguramente pensó que todo el pueblo de Venezuela se iba a levantar como un solo hombre al escuchar sus encendidos llamados a la libertad, y cuando comprobó que ni alguien como Miranda los tomaba en serio, seguramente se sintió acorralado.

Tan aislada estaba esa la primera república, que hasta la naturaleza decidió volverle las espaldas. El 26 de marzo se sintió en Caracas un violento terremoto que la Iglesia aprovechó anunciándolo como un castigo de Dios a los patriotas. Poco tiempo después, el capitán español Monteverde, al mando de un ejército de no más de trescientos soldados, hizo su entrada triunfal en Caracas. Lo apoyaban desde los sectores conservadores criollos hasta las guerrillas populares de los llanos. Bolívar había querido hacer la independencia con proclamas. Con razón él mismo, en una especie de autocrítica, se referiría a este período como el de "la Patria boba".

Los españoles procedieron en Caracas con la misma torpeza que en otras capitales reconquistadas de América. En lugar de establecer arreglos con sectores de la aristocracia, con base en concesiones generales, aplicaron sobre ellos la más desmedida represión, queriendo así sentar precedentes para que nadie más se atreviera a rebelarse. Pero con esa política ellos mismos empujaron a la mayoría de los criollos a apoyar una independencia por la que hasta entonces no habían mostrado mayor interés. Por cierto, al comienzo, Monteverde fue apoyado por los criollos en todo lo que tuviera que ver con el aplastamiento de rebeliones negras o pardas. Pero precisamente tales rebeliones, que habían colaborado al fracaso de la primera república, hacían ahora ingobernable la gestión de Monteverde. Los españoles, al haber usado a los negros y pardos en contra de los patriotas, no habían entendido que

¹⁷⁵ C. Parra Pérez, *Historia de la primera república de Venezuela*, Caracas, tomo 2, 1959, p. 436.

estos sectores no combatían por España, ni mucho menos por el rey, sino por sus propios intereses. Y como los españoles en el gobierno tampoco daban muchas muestras de querer realizarlos, simplemente siguieron combatiendo. Por lo demás, si para los criollos diferenciarse de los peninsulares tenía mucho sentido, para los negros tales diferencias eran incomprensibles. Los propios blancos les habían enseñado a dividir a las personas de acuerdo con el color de la piel. El color, la propiedad y el poder eran para los negros simples sinónimos. Por eso mismo sus enemigos principales eran los blancos, hubiesen nacido en Venezuela o más allá de los mares.

Bolívar, refugiado en Cartagena, no parecía entender todavía demasiado bien la situación. A fin de cuentas, él era uno de los miembros más distinguidos de la aristocracia manutana y liberarse de esa determinación social no era algo fácil. Así se explica que su escrito conocido como el Manifiesto de Cartagena (15 de diciembre de 1812) contenga una crítica puramente formal de la derrota. Fuera de exigir más intolancia hacia los españoles, más fuerza, más centralismo, menos federalismo y, por supuesto, menos democracia, no reconocía en ninguna de sus líneas el potencial de rebelión que se anidaba en los más pobres de Venezuela.

La segunda república

Gracias a la ayuda que recibió del Congreso de Nueva Granada, pronto estuvo Bolívar en condiciones de constituir un pequeño pero bien armado ejército. Desde ahí comenzó a dirigir diversas operaciones hacia Venezuela y entre mayo y agosto de 1813 recuperó importantes puntos estratégicos, como Mérida, Trujillo, Barquisimeto y Valencia. El seis de agosto del mismo año volvería triunfalmente a Caracas. Comenzaría así la segunda república.

Dada la inaudita crueldad que caracterizó los enfrentamientos entre criollos y españoles, este período es conocido también como el de la "guerra a muerte", de acuerdo con la orden impartida por el mismo Bolívar a sus tropas.¹⁷⁶

La espeluznante violencia de este período tiene también relación con el hecho de que los conflictos militares no estaban enraizados en las demandas sociales de la población. Así, el triunfo de una fuerza sobre otra dependía de aspectos técnicos, de la cantidad de hombres y armamento y, sobre todo, de la

¹⁷⁶ Acerca del tema, véase F. Brito Figueroa, "El sentido histórico nacional del decreto de guerra a muerte", en *Ensayos de historia social venezolana*, Caracas, 1960, pp. 213-261.

capacidad de aterrorizar al adversario. Los espectáculos más horribles, donde no sólo soldados sino también los pacíficos habitantes de las aldeas eran masacrados, eran cosa frecuente en esos días.

Bolívar, de acuerdo con las, a nuestro juicio, erróneas deducciones del Manifiesto de Cartagena, no pudiendo entender la compleja trama social del período, quería resolverlo todo con golpes de autoridad y arbitrarios decretos que desconcertaban tanto a españoles como a criollos, de modo que muchos no percibían las diferencias entre la dictadura de Monteverde y la que ahora vivían. A tal punto eran erróneas las concepciones de Bolívar, que seguramente para conquistar los favores de la aristocracia no tuvo mejor idea que realizar expediciones militares en contra de los negros alzados en rebelión. Con esos métodos lo único que conseguía el todavía inexperto general era aislarse cada vez más de la población venezolana, hecho que no tardaría en repercutir en el terreno militar.¹⁷⁷ Pero nunca fue más manifiesta la debilidad social de los ejércitos de Bolívar como cuando tuvo que enfrentar la rebelión de los llaneros del sur dirigidos por un personaje legendario: José Tomás Boves.

Boves, un español que había tenido que huir a los llanos debido a sus actividades de contrabandista en ganado donde se unió a los llaneros para convertirse después en su jefe indiscutido, era el verdadero amo de las praderas. Sus llaneros constituían huestes aguerridas y sanguinarias formadas por indios, negros, mestizos, mulatos, pardos, blancos perseguidos por la justicia, en fin, por todos los parias de la sociedad colonial. Bajo las órdenes de Boves formaron un poderoso ejército que, aprovechando las contradicciones derivadas de las guerras de independencia, ofrecía sus fuerzas a quien mejor pagase. Boves, "hombre de prodigiosa actividad al comenzar el año 1814, tenía siete mil llaneros bajo sus órdenes; de ellos, cinco mil jinetes".¹⁷⁸ Boves, "el hombre demonio" como lo bautizó el general O'Leary,¹⁷⁹ tenía algunos rasgos de lo que se ha dado en llamar "un bandido social".¹⁸⁰ Pero sobre todo era un militar extraordinario. Es sabido, por ejemplo, que fue el primero que en Venezuela usó el gran despliegue de caballería en el ataque, con el que destruía a los ejércitos patriotas

¹⁷⁷ Véase G. Carrera Damas, "Algunos problemas relativos a la organización del Estado durante la segunda república venezolana", en *Tres temas de historia*, Caracas, 1961, pp. 95-157.

¹⁷⁸ Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*, Buenos Aires, 1966, p. 86.

¹⁷⁹ General D. F. O'Leary, *op. cit.*, tomo 1, p. 196.

¹⁸⁰ Véase G. Carrera Damas, *Boves, aspectos socioeconómicos de la guerra de Independencia*, Caracas, 1968, pp. 29-32 y 188-208.

que veían a la caballería como simple fuerza auxiliar de la de infantería.¹⁸¹

El hábil Boves, captando rápidamente el descontento social que provocaba la segunda república, decidió ofrecer sus fuerzas a los españoles y el 15 de junio de 1814 derrotó nada menos que a los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño en la batalla de la Puerta. El 10 de julio entró a Valencia y el 16 estaba en Caracas sembrando un terror que superó incluso al de Monteverde y Bolívar. Sin embargo, a diferencia con estos últimos, Boves no estaba aislado socialmente. En su marcha hacia Caracas se iban sumando a sus huestes cientos de pobres de todos los colores. Probablemente el mismo Boves no sabía que aquello que había desatado era una formidable rebelión popular, hecha en nombre nada menos que del rey de España. Pero también Boves, "al sublevar a los esclavos y distribuir las propiedades de los blancos, lesionaba objetivamente la base material del orden colonial".¹⁸² En esas condiciones el enfrentamiento entre patriotas y criollos asumió un carácter muy curioso. Así lo describió la pluma de Uslar Pietri: "El [ejército] patriota comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor. Y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos, pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios, toda una gama de colores democráticos y populares, a los que no se les podía oponer nada porque eran, en aquellos momentos de atraso y de degradación social, la médula esencial del pueblo venezolano".¹⁸³

Que Boves no era consciente del carácter de la rebelión que había desatado explica por qué nunca esbozara algo parecido a un programa social-agrario y concentrara su actividad en la destrucción de las fuerzas enemigas. Pero, a su vez, esa actividad documenta el intenso odio social y racial que animaba a sus tropas. Pueblos completos, como San Joaquín y Santa Ana, fueron destruidos.¹⁸⁴ En el pueblo de Santa Rosa fueron ejecutados todos los blancos. En Villa de Aragua fueron asesinadas más de cuatrocientas personas. En Barcelona más de mil.¹⁸⁵

El pueblo al que Bolívar y Mariño habían recurrido sólo

¹⁸¹ Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, París, 1954, p. 99.

¹⁸² F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 196.

¹⁸³ J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 101.

¹⁸⁴ J. Bosch, *op. cit.*, p. 88.

¹⁸⁵ J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 106.

retóricamente mostraba, en nombre del rey, convertido en un símbolo abstracto de la guerra contra los opresores tradicionales, un enorme desprecio para aquellos libertadores que querían emancipar un país sin hacerlo con sus habitantes. Quizá, de acuerdo con la designación de Bolívar, la patria seguía siendo "boba", pero lo cierto es que después de 1814 había perdido su inocencia. Había corrido ya mucha sangre y la derrota de los criollos era demasiado evidente como para que, por lo menos Bolívar, no extrajera de una vez por todas las debidas conclusiones.

La conversión de Bolívar

En 1814, habiendo regresado a su trono Fernando VII, comenzó casi en toda Hispanoamérica un feroz contrataque español. "Ahora o nunca" parecía ser el lema, sabiendo los españoles que si no aprovechaban la coyuntura deberían despedirse de las posesiones americanas. La segunda derrota de Bolívar les brindó además una oportunidad preciosa para trazar una estrategia en dirección exactamente contraria a la que habían emprendido los libertadores, esto es, a partir de Venezuela avanzar hacia Perú, después a Chile, hasta llegar al río de la Plata. La ocupación de Venezuela era pues para los españoles un asunto de vida o muerte, y por eso enviaron allí un numeroso ejército al mando de Pablo Morillo, uno de los mejores generales de España. En 1815 Morillo entraba triunfalmente en Caracas y en octubre de 1816 realizaba una victoriosa campaña en Nueva Granada. Todo parecía marchar sobre ruedas para los españoles.

Sin embargo, la estrategia de los españoles reposaba sobre dos pilares bastante débiles. Uno era el precario apoyo recibido desde la propia España, ya que la monarquía tenía que bregar allá con una creciente oposición liberal a la guerra extraterritorial. La impopularidad de la guerra colonial determinó que incluso algunos círculos conservadores se plantearan la posibilidad de buscar alguna salida negociando con los criollos. Pero éste era precisamente el segundo pilar débil. Una solución negociada pudo haber sido posible antes de 1814, pero después de este año el afán militarista de destruir todas las resistencias criollas había terminado con esa posibilidad —sobre todo en Caracas. "Desde 1815 hasta 1819 la administración realista secuestró en la provincia de Caracas 312 haciendas que representaban el 70% del total censado en 1810".¹⁸⁶ Aunque el secuestro de haciendas tuviera como objeto financiar

¹⁸⁶ F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 218.

que veían a la caballería como simple fuerza auxiliar de la de infantería.¹⁸¹

El hábil Boves, captando rápidamente el descontento social que provocaba la segunda república, decidió ofrecer sus fuerzas a los españoles y el 15 de junio de 1814 derrotó nada menos que a los ejércitos unidos de Bolívar y Mariño en la batalla de la Puerta. El 10 de julio entró a Valencia y el 16 estaba en Caracas sembrando un terror que superó incluso al de Monteverde y Bolívar. Sin embargo, a diferencia con estos últimos, Boves no estaba aislado socialmente. En su marcha hacia Caracas se iban sumando a sus huestes cientos de pobres de todos los colores. Probablemente el mismo Boves no sabía que aquello que había desatado era una formidable rebelión popular, hecha en nombre nada menos que del rey de España. Pero también Boves, "al sublevar a los esclavos y distribuir las propiedades de los blancos, lesionaba objetivamente la base material del orden colonial".¹⁸² En esas condiciones el enfrentamiento entre patriotas y criollos asumió un carácter muy curioso. Así lo describió la pluma de Uslar Pietri: "El [ejército] patriota comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor. Y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos, pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios, toda una gama de colores democráticos y populares, a los que no se les podía oponer nada porque eran, en aquellos momentos de atraso y de degradación social, la médula esencial del pueblo venezolano".¹⁸³

Que Boves no era consciente del carácter de la rebelión que había desatado explica por qué nunca esbozara algo parecido a un programa social-agrario y concentrara su actividad en la destrucción de las fuerzas enemigas. Pero, a su vez, esa actividad documenta el intenso odio social y racial que animaba a sus tropas. Pueblos completos, como San Joaquín y Santa Ana, fueron destruidos.¹⁸⁴ En el pueblo de Santa Rosa fueron ejecutados todos los blancos. En Villa de Aragua fueron asesinadas más de cuatrocientas personas. En Barcelona más de mil.¹⁸⁵

El pueblo al que Bolívar y Mariño habían recurrido sólo

¹⁸¹ Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, París, 1954, p. 99.

¹⁸² F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 196.

¹⁸³ J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 101.

¹⁸⁴ J. Bosch, *op. cit.*, p. 88.

¹⁸⁵ J. Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 106.

retóricamente mostraba, en nombre del rey, convertido en un símbolo abstracto de la guerra contra los opresores tradicionales, un enorme desprecio para aquellos libertadores que querían emancipar un país sin hacerlo con sus habitantes. Quizá, de acuerdo con la designación de Bolívar, la patria seguía siendo "boba", pero lo cierto es que después de 1814 había perdido su inocencia. Había corrido ya mucha sangre y la derrota de los criollos era demasiado evidente como para que, por lo menos Bolívar, no extrajera de una vez por todas las debidas conclusiones.

La conversión de Bolívar

En 1814, habiendo regresado a su trono Fernando VII, comenzó casi en toda Hispanoamérica un feroz contrataque español. "Ahora o nunca" parecía ser el lema, sabiendo los españoles que si no aprovechaban la coyuntura deberían despedirse de las posesiones americanas. La segunda derrota de Bolívar les brindó además una oportunidad preciosa para trazar una estrategia en dirección exactamente contraria a la que habían emprendido los libertadores, esto es, a partir de Venezuela avanzar hacia Perú, después a Chile, hasta llegar al río de la Plata. La ocupación de Venezuela era pues para los españoles un asunto de vida o muerte, y por eso enviaron allí un numeroso ejército al mando de Pablo Morillo, uno de los mejores generales de España. En 1815 Morillo entraba triunfalmente en Caracas y en octubre de 1816 realizaba una victoriosa campaña en Nueva Granada. Todo parecía marchar sobre ruedas para los españoles.

Sin embargo, la estrategia de los españoles reposaba sobre dos pilares bastante débiles. Uno era el precario apoyo recibido desde la propia España, ya que la monarquía tenía que bregar allá con una creciente oposición liberal a la guerra extracontinental. La impopularidad de la guerra colonial determinó que incluso algunos círculos conservadores se plantearan la posibilidad de buscar alguna salida negociando con los criollos. Pero éste era precisamente el segundo pilar débil. Una solución negociada pudo haber sido posible antes de 1814, pero después de este año el afán militarista de destruir todas las resistencias criollas había terminado con esa posibilidad —sobre todo en Caracas. "Desde 1815 hasta 1819 la administración realista secuestró en la provincia de Caracas 312 haciendas que representaban el 70% del total censado en 1810".¹⁸⁶ Aunque el secuestro de haciendas tuviera como objeto financiar

¹⁸⁶ F. Brito Figueroa, *Historia económica...*, cit., p. 218.

la guerra, era lo peor que se le podía hacer a una oligarquía, la que a partir de ahí entendió que para defender sus intereses debía tomar una decisión definitiva en favor de la independencia.

Mientras tanto Bolívar, otra vez en el destierro, trataba de ordenar sus ideas; todavía seguía convencido de que la derrota había sido causada por las divisiones en el interior del campo criollo, y en su famosa Carta de Jamaica (6 de septiembre de 1815) insistía acerca de dotar a la revolución de un poder centralizado y fuerte, pronunciándose en contra "de la forma democrática y liberal"¹⁸⁷ y abogando con brillante pluma por una gran unidad entre Nueva Granada y Venezuela, cuya capital sería Maracaibo o una nueva ciudad con el nombre de Bartolomé de las Casas. La idea era realmente hermosa, pero la verdadera autocrítica del libertador no hay que buscarla en sus escritos, los que por lo general afirmaban posiciones de principios, sino en la práctica que realizó después de 1815.

Durante su estadía en Jamaica, Bolívar intentó ganar a su causa el apoyo de Inglaterra, pero para lograrlo tenía que mostrar una mínima fuerza política y militar. Analizando los acontecimientos recientes debe haber entendido que teniendo a los llaneros en contra nunca podría avanzar demasiado y que, de alguna manera, tenía que llegar a un acuerdo con ellos. Esa idea debe haber devenido convicción cuando después de 1815 se vio obligado a salir de Jamaica no encontrando más refugio que el que le brindaba Alexandre Pétion, presidente de la república de Haití. Quisiera o no, Bolívar estaba obligado a repensar la situación de los negros en su país. Pétion además, pese a su compromiso de guerra civil contra Christophe, la amenaza de Francia y el peligro que implicaba provocar a España, le ofrecía una ayuda que en todas partes le negaban.¹⁸⁸ Podemos pues afirmar que Bolívar experimentaría un verdadero proceso de conversión, y cuando firmó a Pétion un acta según la cual se comprometía a liberar a los esclavos de su país, no lo hizo por conveniencia sino llevado por la más profunda convicción, como después tendría oportunidad de demostrarlo.¹⁸⁹

La conversión de Bolívar se deja ver incluso en su nueva estrategia militar. Después de una fracasada invasión (mayo-agosto de 1816), seguido de un pequeño destacamento alcanzó el continente y se adentró en el sur de Guayana, entre las llanuras del Orinoco,¹⁹⁰ tierra de negros y llaneros. El escena-

¹⁸⁷ J. L. y L. A. Romero, *El pensamiento...*, cit., tomo 2, p. 93.

¹⁸⁸ A. Mijares, *op. cit.*, p. 298.

¹⁸⁹ G. Masur, *op. cit.*, p. 273.

¹⁹⁰ J. Lynch, *op. cit.*, p. 235.

rio de sus batallas ya no lo veía más en las grandes ciudades. A los negros ofreció de inmediato liberarlos de la esclavitud si se incorporaban a sus ejércitos. Con los llaneros, la alianza iba a ser más complicada pues éstos, dirigidos ahora por el fiero José Antonio Páez, se entendían como una fuerza autónoma que se regía de acuerdo con sus propios códigos no escritos. Así, Bolívar, tan aristocrático y orgulloso, tan autoritario y centralista, tuvo que aprender a tratar a los llaneros como un sector independiente y a pactar con su jefe, Páez, de general a general.

Antonio Páez nació en julio de 1770 en Barinas, en el occidente de Venezuela. Octavo hijo de un funcionario pobre, vivió una sufrida infancia en los llanos. Era siete años más joven que Bolívar. Sus llaneros lo adoraban y le apodaban "tío Antonio".¹⁹¹ A cambio de su apoyo, Bolívar daba carta libre a los llaneros para que saquearan todas las posesiones españolas que quisieran e incluso, esbozando una especie de programa agrario, les prometió tierras si es que alcanzaban el poder, promesa que cumplió.

Pese a que Bolívar aceptaba unirse con los llaneros, no estaba dispuesto sin embargo a renunciar al apoyo de los criollos. Eso quizá explica las razones por las cuales hizo fusilar a uno de sus mejores generales, el mestizo Manuel Piar, que intentó ponerse a la cabeza de un ejército de pardos y esclavos en 1817. Bolívar, que no aceptaba jamás poner en discusión su liderazgo personal, tampoco quería convertir la lucha por la independencia en una simple "guerra de razas". De esta manera, antes del ajusticiamiento de Páez, en octubre de 1817, hizo difundir una proclama en la que se decía: "El rostro según Piar es un delito y lleva consigo el decreto de vida o muerte. Así, ninguno sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para sustraerse a la mutua persecución."¹⁹²

Después de algunas derrotas frente a las tropas de Morillo, Bolívar y Páez decidieron concentrar todas sus fuerzas en Angostura, donde se erigió una especie de poder político alternativo al de los peninsulares. Allí tendría lugar el 15 de febrero de 1819 el congreso que daría forma institucional a la República de Venezuela. En esa ocasión Bolívar pronunció un discurso en donde se esbozan los principales temas de su ideario. Interesante es destacar su renuncia a su anterior concepción autoritaria de gobierno y su adhesión al régimen republicano, erigido sobre bases populares, democráticas e igualitarias. Por ejemplo, dijo: "Un gobierno republicano ha sido, es y debe

¹⁹¹ G. Masur, *op. cit.*, p. 307.

¹⁹² J. Bosch, *op. cit.*, p. 134.

ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del Pueblo; la división de Poderes; la Libertad Civil; la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios."¹⁹³ Respecto a la abolición de la esclavitud, era más que enfático: "[...] imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".¹⁹⁴ Finalmente el congreso eligió a Bolívar presidente de una república que por el momento sólo existía en la mente del libertador.

Pero quizás en los mismos días en que Bolívar escribía su famoso discurso, planeaba una salida militar inesperada (tanto para los españoles como para sus propios generales): abandonar las luchas en Venezuela e invadir Nueva Granada.

La creación de Colombia

En Nueva Granada existían condiciones socioeconómicas algo distintas a las que primaban en Venezuela. El sector exportador, por ejemplo, dedicado de preferencia a la explotación de productos como el algodón y el cacao en escala reducida, estaba situado en las zonas costeras del país y su relación con la producción agraria del interior era más bien insignificante. Hacia el interior, como consecuencia del desarrollo intensivo de la agricultura, habían alcanzado cierto desarrollo algunos sectores comerciales e industriales que vivían de un mercado local relativamente amplio. De principal importancia fue la industria textil, que al expandirse hacia Quito convirtió a la ciudad en el principal centro manufacturero de Sudamérica.¹⁹⁵ Pero los múltiples obstáculos que ponía la Corona al desarrollo de las industrias locales determinó que los productores vivieran en permanente tensión con las autoridades locales. Como consecuencia de ello irrumpieron muchas rebeliones de comerciantes e industriales, sobre todo en los periodos en que se elevaban los impuestos. Como hemos visto, la rebelión más significativa fue la de los comuneros de Nuevo Socorro en 1781. En pocas palabras, la clase criolla neogranadina era más proclive a romper con España que otras del continente. Por ejemplo, cuando Antonio Nariño tradujo en 1793 la Declaración de los Derechos del Hombre, contó con la solidaridad tácita de la mayoría de esa clase, algo que en ese tiempo en muchas otras regiones habría sido impensable. Además, a diferencia de los criollos de Perú y Venezuela, los

¹⁹³ Simón Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 683.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 694.

¹⁹⁵ J. Lynch, *op. cit.*, p. 278.

de Nueva Granada habían demostrado, sobre todo en la rebelión comunera, que estaban en condiciones de movilizar a las clases pobres de la región sin verse sobrepasadas por éstas. Nueva Granada era pues uno de los eslabones más débiles de la cadena colonial, hecho que Simón Bolívar debe haber tenido en cuenta cuando tomó su decisión de recomenzar allí su campaña.

Los criollos neogranadinos estaban además vinculados con los de Quito, donde en 1809 bajo la consigna "Viva la Religión, Viva el Rey, Viva la Patria" había estallado una gran rebelión de los estancieros y comerciantes locales, cuya junta suprema era presidida por el marqués de Selva Negra. Tal rebelión, muy similar a la de los comuneros neogranadinos de 1781 y cuyas reivindicaciones eran las ya tradicionales entre los criollos (por la libertad de comercio, por un mayor acceso a los cargos públicos y contra los altos impuestos), al insertarse en el periodo de lucha por la independencia fue considerada por los españoles como un movimiento antimonárquico, y por lo tanto reprimido como tal. El virrey Abascal ocupó Quito y sus tropas saquearon la ciudad. Lo que sigue es ya historia conocida. La brutalidad de la ocupación obligó a muchos criollos a pronunciarse abiertamente por la independencia. Así, como consecuencia de una verdadera resistencia popular dirigida por el grupo criollo, los españoles fueron expulsados de Quito. El 15 de febrero de 1812, el recién elegido congreso promulgó nada menos que la Constitución del Estado Libre de Quito. El resto de la historia repite casi calcadas las experiencias vividas en otras regiones: la incapacidad de los criollos para mantener bajo control a las masas de indios y las divisiones internas se vieron en Quito agravadas por el aislamiento militar, pues Guayaquil y Cuenca seguían ocupadas por los españoles. El 8 de noviembre las tropas españolas conducidas por el general Toribio Montes ocuparon la ciudad. Pero aquí la historia de Quito se diferencia un tanto respecto a la de otras regiones. El general Montes tuvo la habilidad suficiente para negociar con sectores de la oligarquía local llevando a cabo una represión de tipo más bien selectiva, con lo que logró convertir a la ciudad en un baluarte español hasta 1820. Pero el sismo de Quito había repercutido violentamente en Nueva Granada.

Los sectores más radicales de Nueva Granada interpretaron los acontecimientos de 1809 en Quito como la señal esperada para iniciar la insurrección. Las actividades conspirativas de Nariño y los suyos fueron sin embargo pronto descubiertas. Pero paralelamente el abogado Camilo Torres Restrepo, en un documento titulado "Memorial de Agravios" firmado por los miembros del Cabildo de Bogotá, exigía prácticamente la

independencia. Es evidente que la insurrección abarcaba a casi toda la región, y ya fuera en Cali (3 de julio), en Socorro (9 de julio) o en Bogotá (20 de julio), el órgano de representación criolla era el cabildo.

Sin embargo, pese a que los criollos de Nueva Granada eran quizá los más antimonárquicos del continente, estaban profundamente divididos entre sí. En realidad no había una sola oligarquía sino muchas; cada una de ellas se sentía dueña de una determinada ciudad o provincia y, por supuesto, ninguna quería someterse a los dictados de la otra. En marzo de 1811 Cundinamarca se declaraba república independiente. Las otras provincias, desconfiando de la supremacía de Bogotá, se agrupaban en la llamada Federación de Provincias de Nueva Granada. Pese a que en junio de 1813 Nariño recibía el pomposo pero también formal título de Dictador Perpetuo, "pronto se vio claramente que era más fácil derrotar a los españoles que organizar a los criollos".¹⁹⁶ Las divisiones entre los criollos, más que la superioridad de los ejércitos españoles, hicieron posible la reconquista al mando del general Morillo.

Como ya hemos visto en repetidas ocasiones, en el periodo de reconquista los españoles disponían de buenos ejércitos, pero de ningún programa coherente de gobierno que se adaptara a las nuevas circunstancias.¹⁹⁷ De esta manera, al poco tiempo la situación de Nueva Granada era similar a la de casi todas las zonas reconquistadas de América: abierto antimonarquismo de los criollos principales, resistencia urbana, grupos de guerrilleros rurales. En otras palabras, la situación ideal para la invasión pensada por Bolívar. Y a diferencia de un Belgrano en el Alto Perú, por ejemplo, Bolívar no era considerado un forastero en la región. Ya en 1813 había combatido en Nueva Granada junto a Nariño y en 1814 en nombre de la Federación del Estado de Colombia había combatido a la república rebelde de Cundinamarca. Por lo demás, la idea de unir a Nueva Granada y Venezuela en una sola gran república obsesionaba a Bolívar desde hacía mucho tiempo y en 1813 la había planteado epistolariamente a Nariño aduciendo que "Divididos seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos."¹⁹⁸

En 1919 Bolívar estaba convencido de que la suerte no sólo

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 269.

¹⁹⁷ Véase Osvaldo Díaz Díaz, "La reconquista española", en *Historia extensa de Colombia*, vol. VI, Bogotá, 1964, especialmente pp. 94-112.

¹⁹⁸ S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 1, p. 81.

de Venezuela sino que de Quito, Guayaquil y todo Perú, dependía de la liberación de Nueva Granada. Toda su estrategia militar había experimentado un viraje total. Al comenzar la lucha en Venezuela había traído refuerzos de Nueva Granada y ahora se dejaba caer sorpresivamente en la región realizando una increíble travesía a través de las montañas con pérdidas humanas enormes. Después de librar varias batallas, Bolívar alcanzaba su objetivo derrotando el 7 de agosto de 1819 a los españoles en la decisiva batalla de Boyacá. El 10 de agosto entraba triunfalmente en Bogotá.

Pese a ser investido en Bogotá con el título de presidente interino de la república, Nueva Granada era, en los planes de Bolívar, un simple eslabón inicial. El segundo eslabón sería Venezuela. De este modo, muy pronto abandonaría Nueva Granada dejándola a cargo del general Santander para regresar a Venezuela, donde además de muchas batallas militares le esperaba una batalla política de envergadura: unir a Venezuela y Nueva Granada en una gran república.

El 17 de diciembre de 1819 uno de los grandes sueños del libertador se hacía realidad, por lo menos sobre el papel pues en el Congreso de Angostura fue decretada la fundación de la Gran República de Colombia, que agrupaba a los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Quito.

Siempre hacia el sur

En el pensamiento de Bolívar se observa una idea que como un hilo rojo lo recorre desde el comienzo hasta el final. Esta idea no es otra que su concepción centralista, abiertamente opuesta a las concepciones regionalistas, localistas y federalistas en las diversas oligarquías. Tal idea se había fortalecido a través de diversas experiencias y después de la fundación de Colombia adquiere en sus discursos y escritos una expresión casi religiosa. Sin embargo, el libertador quizá presentía que las distintas aristocracias locales estaban dispuestas a aceptar la centralización sólo en el plano militar y mientras durara la guerra. Y era esa guerra la que en los años veinte consumía también todas las energías de Bolívar.

Ya habría tiempo para dotar a las nuevas repúblicas de las correspondientes instituciones republicanas, centralistas y democráticas. La tarea era, en los años veinte, expulsar definitivamente a los españoles de América. Y frente a ese imperativo se erguía el desafío de Guayaquil, aquella ciudad de prósperos comerciantes que todos deseaban: los peruanos la consideraban una prolongación natural de su territorio; los colombianos querían anexársela; algunos guayaquileños que-

rían hacer del puerto una republiquetá independiente; San Martín la exigía para afirmar sus débiles posiciones en el Perú, y por si fuera poco era considerada por los españoles como el punto más estratégico para iniciar otra reconquista. Así, Bolívar se vio obligado a abandonar las luchas políticas que lo retenían en Venezuela, y dejando a su Colombia a medio fundar tuvo que ponerse nuevamente a la cabeza de sus ejércitos donde al menos su liderazgo era indiscutible.

La liberación de Guayaquil se realizó mediante una operación conjunta entre los criollos de la ciudad que se alzaron el 18 de noviembre de 1821 y el ejército de Bolívar al mando del general Antonio José de Sucre. En la práctica la ocupación de Guayaquil era la coronación de la independencia definitiva de América. Poco después, los ejércitos unidos de Sucre y del enviado de San Martín, el coronel peruano Santa Cruz, obtendrían la decisiva victoria de Pichincha (24 de mayo de 1822). A su vez, Bolívar, luego de obtener la rendición del difícil reducto español de Pasto, enfiló hacia Guayaquil a fin de tomar posesión personal de la ciudad en nombre de la Gran Colombia y bloquear así las pretensiones de San Martín y de los autonomistas. Por cierto hizo caso omiso de las demostraciones contrarias a la anexión con que lo recibieron a su entrada en la ciudad y que se expresaban en consignas como "Viva el Perú".¹⁹⁹

Cuando se produjo la entrevista, ya la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia era un hecho consumado. Como hemos visto, el debilitado San Martín no estaba siquiera en condiciones de reclamar. Para culminar su obra, a Bolívar sólo le restaba avanzar hacia Perú, reconquistar el antiguo virreinato y dedicarse al fin a realizar su sueño: unificar a toda América en una sola gran nación.

Los pantanos de Perú

San Martín, gran estratega militar, había fracasado en Perú como político. Bolívar, estratega no menos grande, debería allí mismo poner en juego su suerte política. El problema más grave lo representaba una aristocracia que reunía en sí misma todo lo que Bolívar condenaba en las demás aristocracias de América. La última gran actuación de esa clase había sido boicotear la presencia de las tropas argentino-chilenas, preparando así el camino para la ofensiva española. De ese modo, en junio de 1823, Lima fue ocupada fácilmente por los realistas, que depusieron al gobierno de Riva Agüero.

¹⁹⁹ General D. F. O'Leary, *op. cit.*, tomo 2, p. 147.

En el Callao los criollos nombraron un gobierno paralelo a cargo de Torre Tagle, pero tan dividida estaba la oligarquía que ni aun en esos difíciles momentos postergaron sus diferencias, y los hombres de Riva Agüero no reconocieron a ese gobierno.

El congreso dirigido por Torre Tagle pudo instalarse en Lima sólo cuando los españoles decidieron retirarse hacia el sur, al tener noticia de que se acercaban los ejércitos de Bolívar. De este modo, el día que Bolívar hizo su entrada en Lima la situación no podía ser peor. Para colmo, Riva Agüero había decidido establecer relaciones con los realistas y Torre Tagle no tardó en hacer lo mismo. En efecto, la aristocracia peruana nunca había dejado de ser monárquica y en ese momento de desorden estaba dispuesta a pactar con cualquiera fuerza que le asegurara una mínima estabilidad. Pero ante su desilusión, el campo de los españoles no estaba menos minado que el de los criollos. Un enorme desconcierto reinaba en los ejércitos de la península, pues las disputas metropolitanas entre liberales y monárquicos también se habían trasladado a América. Como ha sido precisado, el virrey vigente, De la Serna, era un hombre de la fracción liberal, pero su poder era cuestionado porque en España la monarquía, apoyada nada menos que por Francia, había puesto fuera de juego a la oposición. A fines de 1823 la fracción monárquica del ejército asestó un golpe y quedó a cargo de las tropas el general Olañeta, cuyas posiciones realistas lindaban en el paroxismo. Olañeta estableció su cuartel general en el Alto Perú. Precisamente donde los ejércitos del Plata habían querido comenzar la revolución continental, debería finiquitarla Bolívar.

En Lima, Bolívar puso de nuevo a prueba sus dotes de organizador. Comprendiendo que los peruanos querían sentir la independencia como una conquista propia, se dio a la tarea de formar un ejército nacional en el norte. Gracias a sus esfuerzos y los de Sucre, las divisiones en el interior de las desorganizadas tropas chilenas y argentinas establecidas fueron poco a poco disminuyendo y al poco tiempo quedó formado un excelente ejército intercontinental secundado por los fieros llaneros venezolanos. El mariscal Sucre lograría asestar el golpe definitivo a los españoles en la batalla de Ayacucho, el 8 de diciembre de 1824. Cuando Bolívar se enteró de la noticia "apuñó la carta en sus manos y se dio a bailar solo por el salón al grito de victoria, victoria".²⁰⁰ Y tenía razones para permitirse un poco de locura: la parte militar de la independencia ya estaba casi terminada. Faltaba la más difícil, la política.

²⁰⁰ R. Vargas Ugarte, *op. cit.*, tomo 6, p. 367.

Lo que hacía más problemáticas las relaciones con la oligarquía local era su increíble inmovilismo social. Por ejemplo, sabiendo Bolívar que sin el apoyo de los indios y campesinos pobres nunca podría haber estabilidad política en Perú, intentó dictar algunas leyes en favor de esos sectores, como la supresión de los tributos y la devolución de algunas tierras comunales, pero nunca pudo siquiera rozar al sistema de haciendas, piedra angular de la dominación oligárquica. De este modo, la política agraria de Bolívar no fue tan profunda como para conquistar la lealtad de las clases pobres, pero sí lo suficiente como para provocar la desconfianza de las dominantes. El libertador se encontró así, al igual que antes San Martín, en un callejón sin salida. Realizar una reforma agraria provocaría, de seguro, una contrarrevolución criolla. No hacerla significaba perder el apoyo de la mayoría de la población del país. Intentar una política de término medio —como fue en última instancia la que trató de realizar— no era posible en las condiciones de una sociedad cuya característica fundamental era la extrema polarización social. Por lo demás, aunque sin alcanzar las posiciones conservadoras de un San Martín, Bolívar tampoco era un revolucionario. Quería, por cierto, beneficiar a los más necesitados y tanto en su correspondencia como en sus discursos hay pruebas suficientes de su sensibilidad social, pero estas posiciones no iban más allá de una suerte de paternalismo ilustrado. En ese sentido hay que tener en cuenta que el objetivo de Bolívar no era crear una sociedad más justa, sino construir estados y naciones independientes y soberanos. Por lo mismo, era alérgico a toda revuelta, por más popular que ésta fuera, si atentaba contra sus principios.

Por lo demás, todos los planes de gobierno que hubiera podido tener Bolívar eran imposibles de realizar mientras los españoles no fueran definitivamente expulsados del continente. Y la resistencia del Alto Perú resultó una empresa mucho más difícil de lo que en un comienzo había imaginado.

Paradójicamente los altoperuanos habían sido los primeros en pronunciarse en favor de la independencia y serían los últimos en obtenerla. La culpa de ese atraso la tuvieron, evidentemente, los gobernantes del Plata que con sus pretensiones expansionistas se habían enajenado casi por completo el apoyo de la población de la región. Las propias guerrillas montoneras estaban, hacia la década de los veinte, completamente exterminadas por los españoles. Para colmo, el Alto Perú había caído en manos del fanático Olañeta, que inició una doble guerra: en contra de los criollos y en contra de los ejércitos del virrey La Serna haciéndose nombrar "Comandante de las provincias del Río de la Plata". Seguramente Olañeta no se

daba cuenta con exactitud de lo que estaba haciendo, pues con su disidencia separaba a la actual Bolivia del virreinato del Plata pero también de Perú, constituyéndose un extraño reducto independiente y realista a la vez! La propia oligarquía altoperuana, sintiéndose arrastrada a un precipicio, veía en Bolívar su única salvación y sólo pedía que le fueran respetadas sus propiedades para aceptar la independencia. En la práctica, esa oligarquía sintetizaba la principal característica de todas las de Hispanoamérica: ser partidaria sólo de sí misma.

No fue hasta el 1 de abril de 1825 cuando los ejércitos de Sucre pudieron vencer a los de Olañeta, que murió combatiendo por una idea imposible. La guerra había terminado. América era libre.

Pero ¿era América realmente libre? Esta pregunta tiene que habérsela hecho muchas veces Bolívar después de la guerra.

El sueño de Bolívar (o las pesadillas de la oligarquía)

Desde el Manifiesto de Cartagena (1812) pasando por la Carta de Jamaica (1815) y el discurso de Angostura (1819) hasta llegar a la redacción de la Constitución Boliviana (1825) y de su proyecto federativo que culminaría (y fracasaría) en el Congreso de Panamá (1826), hay dos obsesiones que no abandonaron nunca la atormentada mente del libertador: la creación de estados autoritarios pero democráticos y la fundación de una federación continental de naciones.

Quizás en donde mejor se expresan estas dos obsesiones fue en la constitución que a pedido de los criollos de Perú dictó el libertador para la futura Bolivia. En ella se insiste en la necesidad de crear un poder ejecutivo que subordine casi en términos absolutos a los poderes legislativo y judicial. Según nuestro juicio, la concepción bolívariana del Estado proviene de tres fuentes principales. La primera es la propia tradición personal del libertador, esencialmente autoritaria, ya fuera como miembro de una familia aristocrática y monárquica, como general de ejército o bien como suscriptor de los principios del despotismo ilustrado español y francés. La segunda fuente está conformada por su propia experiencia con los fraccionismos oligárquicos que poblaban América y con las frecuentes rebeliones de las clases subalternas que lo llevan a la convicción de que en América no son las clases las que deben dominar al Estado sino a la inversa. La tercera fuente es su propia utopía. Porque la idea de constituir las naciones a través de los estados y no los estados a través de las na-

ciones apuntaba siempre a hacer posible alguna vez una unidad americana. En este sentido hay que remarcar que tal debería ser siempre una unidad de naciones previamente conformada. En consecuencia, el internacionalismo de Bolívar pasaba por la afirmación de los nacionalismos y no por su negación como tantas veces se ha creído, o como apunta un historiador: "Afirmar el estado nacional por encima de los intereses de su propia clase social es la suprema lección del bolivarismo."²⁰¹

No deja de ser sugerente comprobar que al mismo tiempo que el libertador dictaba una constitución para Bolivia, trabajaba en la organización de un congreso a tener lugar en Panamá donde se sentarían las bases para una eventual unificación de estados. Ya antes de la batalla de Ayacucho (diciembre de 1824), Bolívar había dirigido una circular a los gobiernos de México, Guatemala, Chile y Brasil. Según su opinión, una gran federación debería originarse a partir de la Gran Colombia además de Perú y Bolivia. Con cierta premonición se opuso desde un comienzo a que Estados Unidos participara en dicho congreso. Por cierto, Bolívar no era simple soñador, y de antemano sabía que Brasil, Argentina y Chile no estaban interesados en sumarse a su proyecto. Por lo tanto, según su opinión, el Congreso de Panamá no podría tener un carácter resolutivo, sino que sería una especie de *test* para evaluar las diferentes opiniones. No estaba equivocado. El congreso celebrado en Panamá entre el 22 de junio y el 15 de julio sólo constató la disposición favorable, aunque no siempre entusiasta, de los países liberados por Bolívar. En agosto de 1826, Bolívar estaba tan pesimista que incluso había retirado el término "federación" remplazándolo por el mucho más amplio de "unión", "que formarán los tres grandes estados de Bolivia, Perú y Colombia bajo un solo pacto".²⁰² En realidad era muy difícil que alrededor de 1926 Bolívar siguiera pensando en la constitución inmediata de una federación, sobre todo si se tiene en cuenta que la propia federación bolivariana parecía resquebrajarse en sus propios cimientos. Poco tiempo después, el mismo Bolívar compararía su papel en la Asamblea de 1826 con el de "aquel griego loco que pretendía, desde una roca en medio del océano, dirigir los buques que navegaban alrededor".²⁰³

Durante 1826, Bolívar parecía sucumbir en Perú frente a los mismos problemas que habían hundido a San Martín. El libertador no había podido escapar de aquella trampa consti-

²⁰¹ Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 92.

²⁰² S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 462.

²⁰³ General D. F. O'Leary, *op. cit.*, tomo 2, p. 334.

tuida por esos elementos que, según propia confesión, son "los enemigos de todo régimen justo y liberal, oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo".²⁰⁴ El nacionalismo peruano, que nunca fue demasiado fuerte frente a los españoles, se manifestaba con inusitada fuerza contra los ejércitos de Bolívar. Éste, indiscutido como jefe militar durante la guerra, no parecía a la oligarquía demasiado confiable como jefe político durante la paz. Sus reformas no habían dejado contentos ni a moros ni a cristianos. Ni siquiera había podido cumplir su promesa de liberar a los esclavos, que no serían liberados en Perú ¡hasta 1855! Así, se encontraba en la peor posición para todo gobernante: la indefinición.

En el Alto Perú la situación no era mejor. Si bien allí Sucre y Bolívar habían podido imponer algunas reformas referentes a las tributaciones indígenas, la oligarquía frenaba todo intento para realizar algunas reformas sociales más profundas. En vista de esas circunstancias, a veces tenemos la sospecha de que los grandes esfuerzos de Bolívar por lograr la unidad continental eran una suerte de fuga "hacia adelante" determinada por su desesperación por no lograr la estabilidad en ningún país. El mismo Bolívar quizá desesperanzado no había resistido la tentación —como constata su excelente biógrafo Masur— de gozar el lujo y el poder.²⁰⁵ En 1827 Bolívar, desilusionado de Perú, decidió regresar a su Gran Colombia.

En Colombia, Bolívar hubo de constatar con amargura que la realidad peruana sólo era la expresión concentrada de la americana, y tuvo que cerciorarse definitivamente de la distancia sideral que existía entre sus ideales y la realidad concreta. Y esa realidad estaba determinada por la existencia de oligarquías que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa porque sus privilegios derivados del periodo colonial permanecieran intocados. Serían esas oligarquías, y no las ideas abstractas de los libertadores, las que determinarían el carácter y sentido de los futuros países latinoamericanos. En esas condiciones, la independencia no sólo no implicaría ninguna revolución social —como tanto se ha repetido— sino que más bien emergería en muchas regiones como una contrarrevolución social en sentido preventivo.

En efecto, la independencia no sólo implicó la persistencia de las antiguas relaciones señoriales sino además su fortalecimiento, que, por supuesto, tendría lugar a costa de los más humillados de la sociedad: los indios.

Hay que recordar que durante la Colonia había existido

²⁰⁴ S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 1, p. 172.

²⁰⁵ G. Masur, *op. cit.*, p. 539.

una legislación que al menos formalmente preservaba algunos derechos de los indios y en algunas regiones los curacas o caciques habían mantenido algunas cuotas de poder cumpliendo ciertas funciones en la administración de bienes y tierras. Incluso grandes rebeliones, como la de Túpac Amaru, surgieron debido a la inaplicabilidad de determinadas leyes; pero las leyes existían. En otros casos, la Iglesia se había preocupado por dar mínimas garantías de protección a los indios.

Ahora bien, después de la llamada independencia, cuando los criollos ejercieron directamente el poder, lo que tuvo lugar fue un acelerado proceso de expropiación de los restos de tierras de los indios. La fuerza de trabajo indiana pasó a quedar subordinada a mecanismos de explotación más sutiles, pero también más implacables, y las llamadas leyes protectoras fueron relegadas al olvido. Para los indios, la independencia no podía significar sino el comienzo de un nuevo periodo de conquista por parte de los blancos. Es cierto que San Martín, Sucre y Bolívar se preocuparon de legislar en favor de los indios, pero lo que se dictaba en esas caricaturas de congresos no tenía nada que ver con el desenfrenado saqueo de tierras y bienes indígenas, empresas que llevaban a cabo los recién formados ejércitos nacionales. ¿Puede extrañar entonces que los indios (y también los negros) no hayan querido luchar por una independencia ajena, que para ellos sólo podía significar el cambio de una situación terrible por otra peor? Desgraciadamente los indios nunca han escrito su propia historia, pero si lo hubieran hecho estamos seguros de que en ella la palabra independencia no existiría, o sólo tendría un sentido peyorativo.

La revolución de independencia no sólo fue preventivamente contrarrevolucionaria en un sentido social sino que además terminó siéndolo en un sentido político. Pues si es verdad que la revolución es la madre que devora a sus propios hijos, quizás uno de los ejemplos más apropiados es el hispanoamericano. Y no lo decimos en sentido metafórico. En casi todas las regiones los sectores radicales del movimiento independentista fueron en consecuencia exterminados. Unos, como Hidalgo, Morelos y el propio Miranda, fueron ofrendados por los criollos a los españoles; otros fueron asesinados por los propios criollos, tales fueron los casos de Carrera, Rodríguez, Monteagudo, Sucre. Muchos como O'Higgins, Artigas, San Martín, murieron en el exilio; algunos, como Bolívar, murieron en la miseria, perseguidos y olvidados.

Es cierto que las oligarquías continuaron en muchos aspectos el orden colonial, pero también es cierto que en otros lo destruyeron, remplazándolo por uno hecho a su imagen y semejanza. No sólo las clases pobres fueron víctimas de una

verdadera conquista interior. Las oligarquías, al desaparecer los límites que las separaban durante la Colonia, se avalanzaron unas sobre otras librando absurdas guerras en nombre de patrias y naciones artificiales. Lleno de tristeza, Bolívar, al ver cómo toda su obra era hecha pedazos, escribiría que América era ingobernable. Con ello quería seguramente decir que en toda América no existía una clase con vocación dirigente, capaz de perfilarse más allá de estrechos localismos, ya no digamos en un sentido continental sino simplemente nacional.

Tampoco es del todo cierto que las oligarquías hubieran continuado el orden colonial en un sentido económico. De ese orden, lo único que prevaleció incólume fueron las grandes estancias y latifundios. Debido a la aceptación y legalización del libre comercio, los proteccionismos que en algunos casos habían asegurado un mínimo "desarrollo hacia adentro" fueron liquidados, lo que significó la muerte para muchas actividades artesanales e industrias de subsistencia. Los violentos aluviones de capital extranjero saturaban los almacenes con mercancías provenientes de Inglaterra causando con esto crónicos desniveles en la balanza de pagos y, por consiguiente, la disipación rápida de los capitales acumulados hasta 1810, lo que a su vez tenía necesariamente que repercutir en una rápida desocupación de fuerza de trabajo hasta entonces activa en los rubros de producción tradicional.²⁰⁶

En síntesis, las características fundamentales de ese fenómeno que hoy día se conoce como "el desarrollo del subdesarrollo" ²⁰⁷ hay que buscarlas en el proceso de constitución de la estructura económica poscolonial. Desde luego, no se trata de hacer aquí una apología del orden colonial, pero también hay que decir que el hambre, como elemento estructural, es fundamentalmente un invento de las oligarquías criollas. En tal sentido no nos parece errada la afirmación de Salvador de Madariaga cuando dice que los reinos de América durante la Colonia "sostuvieron un nivel de vida que no han conocido desde entonces hasta acá".²⁰⁸ No se trata tampoco de querer resolver aquí toda la complejidad de los problemas culpando al capital extranjero de "todos los males de la sociedad", por mucho que la apertura del comercio con Gran Bretaña hubiera sido "el aspecto más importante de la nueva

²⁰⁶ T. Halperin-Donghi, *The aftermath of revolution in Latin America*, Nueva York, 1970, p. 55.

²⁰⁷ Véase André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970.

²⁰⁸ Salvador de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*, Buenos Aires, 1950, p. 420.

situación".²⁰⁹ Pero sin duda fue esa combinación perversa de un capital extranjero ramificado en agricultura, minería y finanzas, con una clase económicamente poderosa pero sin ninguna vocación productora la que ha creado las condiciones de hambre y miseria que caracteriza la historia de América Latina hasta nuestros días.

Por cierto, los primeros libertadores no podían imaginar las distorsiones que iba a producir en la economía latinoamericana la presencia del capital extranjero. Ellos no eran economistas sino románticos soñadores e incluso utopistas, y en la Inglaterra de ese tiempo veían el triunfo de la ciencia, la técnica y la razón sobre el "oscurantismo medieval" representado por España. Pero de todos modos no dejan de sonar ingenuas las palabras que en 1813 dirigiera Bolívar al ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña afirmando que las dos primeras tareas a realizar en América eran sacudir el yugo español y establecer comercio y amistad con Gran Bretaña,²¹⁰ o cuando en una carta dirigida a Maxwell Hyslop, pretendiendo interesar a Inglaterra en la causa de la independencia, aducía que: "Los montes de la Nueva Granada son de oro y plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España; ¡qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica!"²¹¹

Quizá los únicos que realmente se beneficiaron con la independencia —aparte de las oligarquías, por supuesto— fueron aquellos sectores sociales intermedios que se habían formado en las postrimerías de la Colonia como consecuencia de la ampliación del comercio internacional y de la urbanización. Con el desarrollo de los estados nacionales, tales sectores encontraron posibilidades de ascenso como empleados, escribientes, leguleyos, etc., en las nuevas profesiones liberales o en los ejércitos. Por lo general eran reclutados entre los criollos pobres y entre las clases mestizas o pardas, que al fin lograban ser reconocidas por las aristocracias como partes integrantes de las nuevas naciones, aunque pagando el precio de reprimir, sobre todo en el terreno cultural, sus orígenes autóctonos. Por lo demás, gratificar a los mestizos era también un medio para comprar su adhesión política. Casos como el del fiero llanero Páez, que de rebelde social pasó a transformarse en un próspero terrateniente, no fueron excepciones. Ahora bien, una política de gratificaciones exige un "Estado caro" y mantenerlo implicaba aumentar el grado de explo-

²⁰⁹ T. Halperín-Donghi, *The aftermath...*, cit., p. 43.

²¹⁰ S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 1, p. 96.

²¹¹ *Ibid.*, p. 136.

tación de los sectores subalternos, lo que, como en un círculo infernal, demandaba perfeccionar los sistemas de represión, aumentando de este modo los costos de mantención del Estado.

Es preciso recordar que la sociedad colonial no era una sociedad militarizada.²¹² El militarismo y la violencia como formas principales de resolver los conflictos sociales es también un producto de la postindependencia. En este sentido los temores de Bolívar fueron mucho más visionarios que sus predicciones económicas. En una carta de 1829, dirigida al general O'Leary, escribía: "¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo reconozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada, y al mismo tiempo no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil."²¹³

Terminadas las guerras de independencia, los ejércitos quedaron de modo inevitable al servicio de los múltiples poderes locales y al mando de los más diversos caudillos. Surgieron así verdaderos "señores de la guerra" que arrendaban sus servicios al que mejor pagara y, si eso no era posible, se entregaban a la actividad del bandolerismo. La sociedad emergente quedaría así marcada con los signos de una violencia que aún hoy caracteriza a la vida política de la mayoría de los países del continente.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La independencia de Hispanoamérica fue sólo parte de un proceso mucho más amplio que tiene que ver, fundamentalmente, con los acontecimientos que se desarrollaban en Europa durante el siglo xvii, esto es, el origen de la erosión del imperio colonial hay que buscarlo en la propia estructura de la sociedad española, incapaz de generar de manera autónoma las fuerzas que hubieran podido llevarla desde el estadio mercantil hasta una fase industrial.

El hecho histórico que aparentemente determinó la desintegración del imperio fue la invasión napoleónica y el vacío de poder creado por la prisión de Fernando VII. Pero analizando esa misma situación a partir de una perspectiva histórica más amplia, tenemos que convenir en que fueron las propias reformas borbónicas del siglo xviii las que, intentando moder-

²¹² Véase T. Halperín-Donghi, *The aftermath...*, cit., p. 137.

²¹³ S. Bolívar, *op. cit.*, tomo 3, p. 317.

nizar las relaciones coloniales, no satisficieron las demandas de los criollos interesados en un verdadero comercio libre y dañaron enormemente a aquellos otros orientados de preferencia hacia los recién nacidos mercados internos. Las reformas ni modernizaron lo suficiente a España como para permitirle competir con Inglaterra en el mercado mundial, ni fueron tampoco bastante conservadoras como para permitir la continuación del imperio colonial en sus formas más tradicionales.

Es posible pues afirmar que a la independencia americana hay que analizarla en el contexto determinado por las revoluciones burguesas europeas, sin que ello lleve a la conclusión de que en América la independencia hubiera sido el resultado de la acción de clases burguesas. Desde una perspectiva mundial, el proceso de las revoluciones burguesas no podía sino desarrollarse de una manera extremadamente desigual y contradictoria, hasta el punto de que las ideas proclamadas en Francia o Inglaterra, teniendo un sentido universal, fueron recibidas con entusiasmo en las Indias, pero por clases sociales que pueden ser caracterizadas de muchas formas, menos como burguesías. De ahí que resulta absurdo querer analizar la revolución de independencia a través de los puros discursos ideológicos de sus dirigentes. Conceptos originados en procesos europeos tienen, al ser pronunciados por americanos, un sentido no sólo distinto sino a veces abiertamente contrapuesto. Esto se explica por una razón muy sencilla: porque también la realidad americana era distinta y en cierto modo antagónica a la europea.

Los acontecimientos de 1808 en España no pueden pues ser considerados como la única causa determinante de la independencia, pero tampoco es posible afirmar que la independencia se produjo sólo como resultado de las contradicciones internas de la sociedad colonial. Es seguro que tales contradicciones existían, pero podrían haberse arrastrado durante mucho tiempo sin lograr la solución que alcanzaron. Probablemente la independencia se habría producido de todos modos, pero no en la forma ni en el tiempo en que se produjo, y esos dos últimos aspectos son los que constituyen el verdadero objeto de análisis histórico. Todo lo demás es especulación; quizás legítima, pero no tan necesaria.

En términos generales podríamos afirmar que los acontecimientos de 1808 y el consecuente movimiento juntista que tuvo lugar en España fueron en América los catalizadores de una gran cantidad de rebeliones aparentemente aisladas entre sí, aunque a veces se juntaran en el tiempo. Tales rebeliones provenían de diversas vertientes, y entre las más significativas habría que señalar las siguientes:

1] La vertiente de "las clases peligrosas" formada por los movimientos de indios, negros, mestizos, pardos, mulatos, criollos y españoles empobrecidos. Como ya fue visto, en el período preindependentista esta vertiente alcanzó su punto culminante con la rebelión de los Túpac Amaru, cuyas resonancias continentales son innegables.

2] La vertiente de los criollos descontentos ante motivos como la discriminación en la obtención de puestos públicos, las trabas al comercio y a la industria y, sobre todo, la continua elevación de impuestos. Punto culminante en el curso de esta vertiente fue la rebelión de los comuneros de Nueva Granada en 1781 —casi paralela a la de Túpac Amaru— en la que los criollos, sin perder la conducción, lograron confluir puntualmente con la vertiente indígena campesina (rebelión del cacique Pisco).

3] La vertiente formada por los movimientos localistas y regionalistas que aprovecharon la desintegración del orden colonial para separarse de los centros de poder intercontinental que los dominaban. Entre los más significativos destacan las guerrillas montoneras del Alto Perú, la resistencia nacional paraguaya frente a la invasión de las tropas de Buenos Aires y, sobre todo, el movimiento regionalista y popular encabezado por José Gervasio Artigas.

4] La vertiente ideológica iluminista formada por criollos educados casi siempre en Europa, ardientes partidarios de las ideas de la Ilustración, pero relativamente aislados de los grandes movimientos sociales (con la excepción quizá de los criollos de Buenos Aires que lograron integrar dentro de un ejército las principales demandas sociales de la zona). El aislamiento social de estos grupos explica que antes de 1810 los encontremos sumidos en actividades conspirativas, formando parte de logias y clubes clandestinos. Su actividad propagandística y periodística fue, sin embargo, notable. Poco después, tales criollos serían los mismos que ocuparían los puestos clave en las juntas, cabildos, congresos y, sobre todo, en los ejércitos.

5] La vertiente ideológica ultramontana de origen predominantemente clerical que criticaba el "excesivo" regalismo de los Borbones y la subordinación de la Iglesia al Estado español. Algunos de sus representantes reivindicaban las doctrinas eclesiásticas de tipo populista (Vitoria, Suárez, Mariana) en torno al origen divino-popular del poder. Hacia 1800 tales doctrinas entroncaron en América con la crítica iluminista al poder real, algo que en Europa habría sido impensable. De este modo, en las colonias surgiría un tipo de revolucionario que hemos denominado el "católico jacobino", muy cercano a otro tipo no menos original, el "jacobino católico".

Como es de suponer, ninguna de estas corrientes apareció en la realidad en una forma "pura". Artigas, por ejemplo, era regionalista y republicano y su movimiento era popular y agrarista. Hidalgo y Morelos, clérigos ambos, eran nacionalistas, y su movimiento era indígena y agrario. El movimiento independentista chileno entre 1810-1814 era, en cambio, criollo-aristocrático (y así sucesivamente).

Como en toda revolución, también en las de independencia hay que diferenciar entre los actores principales y los sujetos (o, lo que es igual entre quienes asumen las funciones protagónicas y quienes constituyen a veces sin tener una actuación descollante, el carácter y sentido de un proceso). Los actores principales —qué duda cabe— fueron las masas pobres "no blancas" y, dentro de ellas, los más pobres de los pobres, generalmente aquellos sectores que hoy se conocen como "marginales". Ya movimientos preindependentistas como el Túpac Amaru probaron que el potencial más grande de rebelión se encontraba en los llamados "indios forasteros". En los ejércitos de Artigas, la fuerza principal estuvo constituida por los llamados "hombres sueltos". Su equivalencia en el norte fueron los llaneros de Páez o los negros de Chirinos. También las guerrillas del Alto Perú estaban formadas principalmente por miembros de una población errática. Fue de esas masas sin suelo ni patria de donde fueron reclutados los contingentes de los grandes ejércitos continentales como los de San Martín y Bolívar. Pero, también hay que decirlo, entre ellas fueron también reclutadas las principales fuerzas de los ejércitos "españoles". El sujeto principal de la revolución, sin embargo, era aquel sector formado por los criollos aristócratas, los grandes propietarios de tierras y minas, en fin, los dueños del poder económico sin los cuales ninguna independencia era posible y que en el curso de nuestro trabajo hemos designado con el poco preciso, pero al mismo tiempo bastante divulgado, término de oligarquía. Los dos principales libertadores, San Martín y Bolívar, intentaron, con distintos métodos, conquistar el apoyo de esos criollos, el que consiguieron sólo durante la fase militar de la lucha, porque a la postre en casi todas las regiones de América las oligarquías terminaron imponiendo sus intereses, y las naciones pasaron a configurarse bajo su dirección política y económica.

Si se tiene en cuenta que los intereses de las oligarquías eran abiertamente contrarios a los de la mayoría de la población americana puede entenderse por qué hemos afirmado que la independencia no sólo no realizó una revolución social, sino que además, en muchos casos, fue socialmente contrarrevolucionaria, por lo menos en un sentido preventivo. Lo dicho significa que el Estado nacional oligárquico se erigió precisa-

mente sobre la base que garantizaba el aplastamiento de los movimientos sociales populares que hicieron posible la independencia. Las tareas principales que cumpliría esa clase en el poder serían, por una parte, una recolonización del interior (cuyas víctimas principales fueron los indios) y, por otra, el desarrollo de una modernización capitalista y dependiente de los grandes centros económicos mundiales que determinaría la destrucción casi total de aquellas economías de subsistencia que habían podido formarse durante el periodo colonial.

La independencia no resolvió pues ninguno de los grandes problemas del periodo colonial. En sentido figurado podríamos decir que fue el resultado de revoluciones que dejarían un enorme saldo de cuentas pendientes.

En el siglo xx apenas han comenzado a pagarse algunas de esas cuentas.

En todos los nuevos países de Hispanoamérica la revolución de independencia llevó al poder al sector más poderoso de la clase criolla: aquel vinculado a las actividades minera y agropecuaria. Por lo mismo, apenas desaparecieron las trabas jurídicas e institucionales que derivaban de la situación colonial, tales sectores iniciaron una verdadera recolonización "hacia dentro", apoderándose de nuevos territorios y destruyendo —en algunos lugares definitivamente— los restos de sociedades y culturas que habían logrado sobrevivir. De la misma manera, no pasaría mucho tiempo para que aquellos sectores del bloque criollo que hubieran podido estar en condiciones de movilizar a las "clases peligrosas" fueran neutralizados y, en algunos casos, eliminados. En esta situación, el nuevo tipo de Estado que surgió nada tuvo que ver con los sueños republicanos de los patriotas que habían luchado por la independencia. Si ese Estado se originó sobre la base de algún consenso, éste no fue otro que aquel que se necesitaba para reglar litigios entre fracciones de una misma clase, principalmente entre las que basaban su predominio en las posesiones tradicionales y las que se iban vinculando, y muy rápidamente, al mercado mundial. Las clásicas dictaduras del siglo XIX pueden ser consideradas como un producto de aquel orden social surgido después de la llamada "independencia".

Sin embargo, no debe creerse que lo que ocurrió en América Latina fue la simple restauración del orden colonial. Ese orden existía, por cierto, en el mundo de las apariencias, y esas estampas que nos muestran a caballeros conservadores o liberales —a veces esas denominaciones no tienen la menor importancia— asistiendo puntualmente a misa, acompañados de sus devotas familias, parecieran confirmar la idea de la restauración. Pero si recorremos un poco los velos, veremos que detrás de las celosías hay todo un nuevo escenario donde irrumpen ferrocarriles, bancos, casas de crédito, buscadores de oro y de fortuna, barcos a vapor, capitalistas ingleses y norteamericanos. Lo que está ocurriendo es, sin duda, una verdadera nueva conquista, cuyos métodos de acumulación son quizá más refinados, pero tanto o más perversos que los de la conquista anterior. Los primeros en saberlo han sido, como siempre, las masas de campesinos e indios pobres, que debido a los nuevos deslindes de propiedades han tenido que huir de sus propias tierras, vagando por los campos o aumentando las muchedumbres hambrientas al-

rededor de puertos y ciudades que nacen y mueren todos los días.

La independencia no sólo no resolvió las contradicciones de la sociedad colonial, sino que además creó otras derivadas del desarrollo, a veces violento, de un capitalismo que no podía ser sino dependiente.

Ahora bien, si hay un país en donde las contradicciones de la sociedad colonial se mantuvieron más abiertas que en otros, ése es México. Y si hay un país donde el capitalismo dependiente alcanzó un grado de desarrollo más violento que otros, ése es también México. Por lo tanto, si se tiene en cuenta esas premisas no hay por qué asombrarse de que en México, apenas se produjo una ruptura en su estructura política, hubiera tenido lugar una verdadera erupción social.

Durante muchos años, México sería escenario de múltiples luchas sociales. Burguesías emergentes en el comercio y la industria contra las oligarquías más tradicionales; nuevos profesionales que postulaban la modernización de la economía y de las instituciones, fascinados por el surgimiento de movimientos indígenas y campesinos atávicos que postulaban exactamente lo contrario: la restauración de las relaciones de producción precoloniales; liberales ingenuos; socialistas prematuros; anarquistas soñadores; bandoleros sin dios ni leyes ni patria; obreros; estudiantes; mujeres; en fin, toda la sociedad que de pronto era sacudida desde sus propios cimientos fue alterada. Ríos de sangre correrían por los campos y ciudades de México como consecuencia de esos múltiples y espeluznantes enfrentamientos que constituyen la revolución mexicana, la primera revolución social del siglo XX y una de las más apasionantes y apasionadas de la historia.

La revolución mexicana continúa siendo objeto de muchas discusiones y análisis. Y no hay de qué extrañarse, pues tal revolución es también una especie de síntesis de ese caleidoscopio de luchas sociales que es América Latina. La tragedia de un Madero, la enorme trascendencia de un Emiliano Zapata, la valentía de un Pancho Villa, la habilidad de un Carranza, el oportunismo de un Obregón, etc., son sólo algunos signos descifrados en un proceso todavía poblado de misteriosos y múltiples jeroglíficos.

EL MÉXICO DE PORFIRIO DÍAZ

La sociedad mexicana surgiría, pues, sobre la base de un conflicto no resuelto entre las aspiraciones de la mayoría de la

población y los privilegios de los nuevos detentadores del poder. Expresión política de ese conflicto fue la dictadura de Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz, que alcanzó el poder en 1876 conduciendo un movimiento antirreeleccionista y que después se convertiría en uno de los más consumados maestros del reeleccionismo, parecía ser, a primera vista, el típico representante de una clase señorial que gobierna el país como quien lo hace con su hacienda. Inicialmente se había levantado contra la reelección de Benito Juárez en 1872. Después de fallecido Juárez, Díaz volvió a levantarse en armas protestando contra la elección de Lerdo de Tejada por considerarla fraudulenta. En 1877 fue elegido presidente. Después de entregar por un breve periodo la presidencia al general Manuel González, se hizo nuevamente del poder, que no abandonaría hasta 1910. No deja de ser interesante destacar que durante su periodo de ascenso al poder, Díaz intentó llevar a la práctica una política de tipo nacionalista, e incluso proeuropea.²

La imagen patriarcal de Porfirio Díaz y el tipo de gobierno autoritario que puso en práctica fascinaba a algunos observadores extranjeros: Tolstoi lo llamaría "héroe de la paz" y "prodigio de la naturaleza"; Cecil Rhodes lo catalogó como "el primer artesano de la civilización en el siglo XIX"; Carnegie lo consideraba "el Josué y el Moisés de México".³ Pero detrás de esas opulentas designaciones encontramos a un tirano que gobernaba gracias al apoyo que le prestaba el reaccionario clero del país, que había podido recuperar todos los bienes perdidos durante las desamortizaciones emprendidas por Benito Juárez,⁴ y el apoyo derivado de un ejército armado hasta los dientes y de un cuerpo policial que era el mejor pagado del mundo.⁵ Con cierta razón diría Justo Sierra que

¹ Humberto García Rivas, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, 1965, p. 35; Fernando Orozco, *Grandes personajes de México*, México, 1981, pp. 196-215; José C. Valadés, *Breve historia del porfirismo*, México, Panorama, 1971, p. 51. Acerca de Porfirio Díaz, véase Carleton Beals, *Porfirio Díaz: dictator of Mexico*, Filadelfia, Lippincott, 1963; Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato*, México, Hermes, 1955-1965; José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa, 1921.

² Daniel Cosío Villegas, *The United States versus Porfirio Díaz*, Nebraska Press, 1963, p. xii.

³ Jean Meyer, *La revolución mexicana 1910-1940*, Barcelona, 1973, p. 31.

⁴ Jesús Romero Flores, *La revolución como nosotros la vimos*, México, 1963, p. 29.

⁵ B. T. Rudenko, "México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917", en B. T. Rudenko et al., *Cuatro estudios sobre la revolución mexicana*, México, Quinto Sol, 1983, p. 11.

el gobierno de México no era más que "un banco de empleados armados que se llamaba el ejército".⁶ Pero aparte del recurso de la fuerza represiva, hay otras razones que explican la larga duración del régimen; una de las principales es que Díaz representaba también un intento por conciliar en el poder a las clases señoriales con las aceleradas tendencias modernizantes de aquellos sectores del bloque dominante más vinculados al exterior. Si tuviéramos que sintetizar la esencia de esa dictadura, habría que decir que se trataba de una expresión política de la alianza entre la propiedad señorial y el capital extranjero. Por lo tanto, el gobierno de Díaz gozaría de estabilidad en tanto garantizara los términos tácitos de esa alianza. Pero a comienzos del siglo XX ese capital extranjero penetraba a tanta velocidad en México que los límites del compromiso que representaba Díaz aparecían ya divisibles. En efecto, entre 1900 y 1910 las inversiones extranjeras alcanzaban en México la suma de 3 388 415 960 de pesos, esto es, "el triple de la suma que hasta el periodo de cambio de siglo habían invertido los capitalistas extranjeros en México".⁷

El capital extranjero durante la dictadura

Desde mediados del siglo XIX comienza a observarse un creciente interés de los capitalistas extranjeros por invertir en América Latina. Los países más "favorecidos" por este interés fueron Argentina, Brasil, Chile y México. Alrededor de 1914, el 80% de las inversiones totales fueron realizadas en esos cuatro países, y a México le correspondió aproximadamente la cuarta parte de ese porcentaje.⁸

El avance acelerado del capital extranjero trajo consigo en México el desarrollo de fuertes intereses locales vinculados al exterior, que no tardaron en organizarse políticamente al amparo de la dictadura de Díaz. Ya a comienzos del siglo XIX estos grupos habían conquistado la hegemonía ideológica dentro del gobierno. El grupo más influyente fue el de los llamados "científicos" dirigidos por José Yves Limantour, uno de los economistas más notables de México y que no por casualidad era financiero y gran terrateniente al mismo tiem-

⁶ Justo Sierra, *Obras completas*, tomo XII: *Evolución política del pueblo mexicano*, México, 1948, pp. 189-190.

⁷ Friedrich Katz, *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution*, Berlín, 1964, p. 167.

⁸ Hans Jürgen Harrer, *Die Revolution in Mexico, 1910-1917*, Colonia, 1973, p. 18.

po.⁹ Limantour fue nada menos que el precursor del sistema bancario mexicano. Su acción más sobresaliente fue la reorganización en 1909 de la deuda nacional sobre la base de un 4%.¹⁰ Los "científicos", que según la acertada definición de José López Portillo constituían una especie de "masonería fuerte y hermética destinada a la explotación de los negocios por medio del predominio oficial",¹¹ postulaban teorías que tomando algunos elementos sueltos de la filosofía de Augusto Comte rendían un culto casi religioso al "progreso",¹² entendido éste como sinónimo del concepto de industrialización. Por lo tanto, consideraban que la única posibilidad para que México rompiera con su pasado "feudal" residía en una mayor vinculación al capital extranjero, y para cumplir ese objetivo era necesario un gobierno fuerte y autoritario como el que representaba Díaz.

Ayudadas por la acción política de grupos mexicanos como los "científicos", las inversiones extranjeras se dirigieron rápidamente hacia la minería y la agricultura. En el primer sector, además de los metales preciosos, se intensificó la explotación de cobre y estaño. En el segundo fueron realizadas grandes inversiones en productos tropicales con fuerte demanda en Europa, como el café y el tabaco.

La ilusión de los "científicos" en el sentido de que el capital extranjero industrializaría masivamente a México no fue realizada. La mayor parte de las inversiones se concentraron sólo en los rubros tradicionales de exportación. De todo el capital norteamericano invertido en México durante este período, sólo el 1.5%, y de todo el inglés, sólo el 1.1 se dirigieron a la industria elaboradora. Únicamente el capital francés invirtió algo más (7.9%) en ese sector.¹³ En esas condiciones era muy difícil que en México surgiera un empresariado nacional, motor del "desarrollo" y del "progreso".

Es interesante señalar el rápido crecimiento de las inversiones norteamericanas en comparación con las europeas, especialmente en la minería, en el petróleo y en el transporte, donde compitió abiertamente con el capital inglés. "Según

⁹ Peter Calvert, *La revolución mexicana (1910-1914)*, México, El Caballito, 1978, p. 26; José Vera Estañol, *Historia de la revolución mexicana*, México, 1967, p. 9. Del mismo J. Y. Limantour, véase *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, México, Editorial Porrúa, 1965.

¹⁰ Peter Calvert, *op. cit.*, p. 26.

¹¹ Jesús Romero Flores, *op. cit.*, p. 26.

¹² Acerca del tema, véase Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editora Nacional, 1960; Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, Ediciones Studium, 1943.

¹³ H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 67.

cálculos norteamericanos, la riqueza nacional de México, que representaba en 1911 la suma de 2 434 241 422 dólares, se distribuía de esta manera: a los norteamericanos correspondían 1 057 770 000 dólares, a los mexicanos 793 187 242 y a los ingleses 321 302 800.¹⁴

La competencia entre capitales ingleses y norteamericanos fue particularmente fuerte en el campo de las explotaciones petroleras. Por un lado, la Mexican Petroleum Company del norteamericano Edward L. Doheny, la Rockefeller Standard Oil Company y la Warters Pierce Company. Por otro lado, la Royal Dutch Company y la Mexican Eagle Oil Company del inglés Weetman Pearson. Del total del suelo petrolífero, al comenzar el siglo xx, el 80% pertenecía a norteamericanos. "Participaban en la explotación 152 compañías estadounidenses. La parte fundamental de los valores invertidos estaba igual en manos de los capitalistas de los Estados Unidos. Para 1911, los norteamericanos habían invertido en la industria petrolera 15 000 000 de dólares."¹⁵

Porfirio Díaz quiso erigirse en una especie de árbitro local de los inversionistas extranjeros, tal como lo había hecho ya respecto a los nacionales. Ello sin embargo le costó cierto distanciamiento de parte de Estados Unidos, cuyos intereses precisaban, a esas alturas, de un gobernante que le sirviera con más obsecuencia. No fue ésta una de las causas menores por las cuales la diplomacia norteamericana apoyó a opositores cuando le garantizaron mejores condiciones de inversión que las que le otorgaba Díaz.

Al igual que como ocurría con las inversiones, la vinculación de México con Estados Unidos era cada vez mayor en el área del comercio externo. Así, mientras en 1871 la parte británica en las importaciones alcanzaba 42% y la norteamericana sólo 9%, en 1888-1889 el 56.6 de las importaciones y el 67% de las exportaciones provenían de Estados Unidos; sólo 15.8% de las importaciones y 20.8 de las exportaciones provenían de Gran Bretaña.¹⁶

Donde más se concentraba el capital norteamericano era sin embargo en el sistema de transporte y comunicaciones, en especial en los ferrocarriles. "En 1902 las inversiones norteamericanas en las empresas constructoras de ferrocarriles en México ascendían a más de 300 millones de dólares y hacia 1911 crecieron más de dos veces, alcanzando la cifra de 650 millones de dólares."¹⁷ De esta manera, los norteamericanos

¹⁴ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 67.

¹⁵ *Ibid.*, p. 55.

¹⁶ H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 77.

¹⁷ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 40.

construyeron cerca de las dos terceras partes de las líneas ferroviarias de México.

Hasta los "científicos" comprendieron que estando todo el sistema de transporte en manos norteamericanas el gobierno de Díaz perdería su autonomía, de manera que intentaron entre 1905 y 1908 llevar a cabo una política que diera mayores posibilidades de intervención al Estado o a empresas extranjeras no norteamericanas en el negocio ferroviario. Tal medida política fue presentada, con gran despliegue de publicidad, como "la nacionalización de los ferrocarriles", aunque no se trataba más que de la creación de una especie de sociedad por acciones con participación estatal y norteamericana.

La penetración estadounidense no era tampoco nada de insignificante en la minería. En 1909-1910 "los empresarios norteamericanos dominaban casi por completo en la industria minera del país. Esta rama de la industria era considerada como norteamericana, ya que según cálculos de los industriales norteamericanos, el 90% de las minas existentes se encontraban en manos de empresarios estadounidenses".¹⁸

Igualmente, la industria metalúrgica estaba controlada por norteamericanos en los estados de Chihuahua, Sonora, Coahuila y Sinaloa. Baste decir que alrededor de 1911 "el capital norteamericano invertido en las empresas metalúrgicas llegaba a 26 000 000 de dólares, en tanto que el capital mexicano invertido en esa rama industrial era de poco más de 7 000 000 de dólares".¹⁹

El círculo de la dependencia internacional se cerraba, como es de suponer, en el sistema financiero, particularmente en el control externo de los bancos. Así "los bancos del país fueron arrendados casi en absoluto a los financiamientos extranjeros, principalmente a los banqueros franceses, españoles e ingleses. Para 1910-1913 existía una red extensa de bancos siendo los más importantes el Banco Nacional de México, el Banco de Londres y México, el Banco Mercantil de Veracruz, el Banco Oriental de México, y otros".²⁰

En síntesis podríamos decir que en los albores de la revolución las áreas económicamente estratégicas del país estaban ocupadas por capitales extranjeros, ganando el norteamericano una rápida hegemonía sobre el europeo. Ello es causa y consecuencia a la vez de proyectos de grupos locales como el de los "científicos". El dictador Díaz, repetimos, trató de erigirse en intermediario de las distintas fracciones capitalistas extranjeras, papel que en 1910 ya no le era posi-

¹⁸ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹ *Ibid.*, p. 49.

²⁰ *Ibid.*, p. 62.

ble cumplir debido al avance del capital norteamericano, algunos de cuyos representantes veían ya en el gobierno un estorbo para sus planes de expansión. Cabe agregar que el proyecto industrialista y modernizante representado por los "científicos" fracasó en todas sus formas, pues las inversiones externas tendieron a concentrarse en los rubros más tradicionales. Tampoco las clases latifundistas manifestaron una predisposición seria a convertirse en eficientes "burguesías nacionales". En esas condiciones, el proceso de vinculación de México al mercado mundial se realizaría sobre la base de la superexplotación de los sectores sociales más débiles de la población, principalmente en el campo. Así, no puede extrañar que el eslabón más débil de la larga cadena que ataba a México al mercado mundial se encontrara en el campo, sobre todo en sus zonas más atrasadas.

El eslabón más débil: la cuestión agraria

Si no hubiera más de dos palabras para caracterizar la política agraria de la dictadura de Díaz, éstas serían las siguientes: expropiación y concentración. Las expropiaciones hechas a las comunidades y a los pequeños propietarios y la extrema concentración de la propiedad de la tierra constituyen, en efecto, la otra cara del proceso de "modernización dependiente" puesto en práctica desde fines del siglo pasado.

En todos los países latinoamericanos las expropiaciones de tierras a los indios en favor de las grandes haciendas fue un fenómeno constante después de la llamada independencia, pero en pocos alcanzó tanta rapidez y profundidad como en México. El porfirismo, en cuanto representación política de la alianza constituida por hacendados y capital extranjero, aceleró todavía más el proceso de las expropiaciones. Así, por ejemplo, el 15 de diciembre de 1883 fue emitido el llamado "Decreto de Colonización de Terrenos Baldíos", y para cumplirlo fueron creadas las llamadas compañías deslindadoras, organizadas por Romero Rubio, suegro de Díaz. Como ya se adivina, tal decreto no fue sino un acta formal para llevar a cabo el más desenfrenado saqueo de las propiedades indígenas y campesinas. Como consecuencia de tales expropiaciones se formaron fabulosos latifundios. "En Chihuahua pertenecían al general Terrazas nada menos que 7 millones de hectáreas; en Yucatán, al gobernador Olegario Molina pertenecían 6 millones."²¹ Hacia fines de la dictadura de Díaz

²¹ N. M. Lavrov, "La revolución mexicana 1910-1917", en B. T. Rudenko, *et al.*, cit., p. 29.

existían 8 245 haciendas. 300 de ellas tenían cuando menos 10 000 hectáreas; 116 tenían aproximadamente 250 000; 51 poseían 300 000 hectáreas cada una. Los personeros más destacados del régimen eran grandes propietarios de tierras. A los capitalistas extranjeros también les correspondió una parte considerable del botín agrícola expropiado. Por ejemplo, "en la Baja California, cuya superficie era de 14 400 000 hectáreas se concedió a cinco compañías extranjeras derechos de propiedad por 10 500 500 hectáreas".²²

Mediante la legalización de las expropiaciones, el gobierno de Díaz obtuvo además el derecho de vender tierras públicas a compañías de fomento, o de hacer contratos con las compañías deslindadoras pagándoles con la tercera parte de las tierras deslindadas. "Hacia 1889 se habían deslindado 32 millones de hectáreas. Veintinueve compañías habían obtenido posesión de más de 27.5 millones de hectáreas, o sea el 14% de la superficie total de la República. Entre 1889 y 1894 se enajenó un 6% adicional de la superficie total. Así se entregó aproximadamente una quinta parte de la República Mexicana."²³ Otros datos: mediante el expediente de la expropiación de los llamados "terrenos baldíos", el porfiriato adjudicó entre 1907 y 1908 "baldíos y tierras nacionales por 297 475 hectáreas, 20 áreas y 13 centiáreas. De 1909 a 1910, 422 866 hectáreas, 29 áreas y 41 centiáreas. Y de 1910 a 1911, 494 059 hectáreas, 11 áreas y 41 centiáreas".²⁴

Los más afectados por las expropiaciones agrarias fueron sin duda los indígenas, quienes frente al pretexto gubernamental de fomentar la propiedad individual perdieron en poco tiempo sus títulos ante terceras personas. La gran mayoría de las propiedades comunales fueron integradas a las haciendas o cayeron en manos de las compañías especuladoras. "Se calcula que más de 810 000 hectáreas de tierras comunales fueron transferidas en el periodo de Díaz."²⁵ Sin duda, los indios consideraban las expropiaciones como una especie de segunda conquista.

²² *Ibid.*, p. 29.

²³ Eric Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1972, p. 34.

²⁴ Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, tomo 3: *El problema agrario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 66.

²⁵ E. Wolf, *op. cit.*, p. 34. Véase también Helen Phipps, *Some aspects of the agrarian revolution in México — A historical study*, Texas, 1925, p. 34.

La resistencia indígena

Durante la dictadura de Díaz los indios vieron arrebatados los débiles derechos que habían podido conservar en el periodo colonial. Los antiguos "pueblos de indios" y las "reducciones" casi desaparecieron. Las antiguas comunidades sólo lograban sobrevivir en las tierras más inaccesibles del sur. Los habitantes de las antiguas comunidades pasaban a formar parte de una suerte de "proletariado agrario andrajoso" cuya fuerza de trabajo era aprovechada estacionariamente por las grandes haciendas. En cinco estados (Guanajuato, Michoacán, Zacatecas, Nayarit y Sinaloa) más del 90% de todas las poblaciones estaban situadas dentro de las haciendas: en otros siete estados (Querétaro, San Luis Potosí, Coahuila, Aguascalientes, Baja California, Tabasco y Nuevo León) más del 80%. En diez estados, entre el 50 y el 70% de la población rural vivía en poblados dentro de haciendas y en otros cinco estados esa población fluctuaba entre el 70 y el 90% del total. De este modo, las grandes haciendas y poblaciones "habían absorbido no sólo la tierra sino la vida autónoma de las comunidades y habían logrado destruir sus costumbres".²⁶

Si se tienen en cuenta los datos señalados, se explica que los indígenas hayan librado en el marco de la revolución mexicana una lucha propia marcada por un abierto carácter recuperacionista. La comunidad originaria, el *ejido*, que nunca más volvería a existir como tal, pasaría a ser, para los indios, el símbolo de sus luchas. Estas no se realizarían para alcanzar un futuro ignoto, sino para rescatar por lo menos una parte de su propio pasado.

La lucha por la defensa de la tierra había sido comenzada por los indios mucho antes de la revolución. De las rebeliones indígenas quizá la más pertinaz y heroica fue la llevada a cabo por los indios yaquis. El estallido de la rebelión de los yaquis se remonta al año 1875. El jefe de la rebelión fue el legendario Cajeme, cuyo nombre verdadero era José María Leyva.

Cajeme había sido originalmente oficial del ejército mexicano. Como tal había incorporado a muchos indios en las luchas sociales, tomando partido por los liberales. Gracias a ello, las tribus del río Yaqui gozaron durante un periodo muy breve de una relativa autonomía. Cajeme fue nombrado gobernante de todas las tribus de la zona. Pero muy pronto los grandes hacendados, protegidos ahora por los propios liberales, intentaron continuamente expropiar a los yaquis sus tie-

²⁶ Frank Tannenbaum, *Peace by revolution. An interpretation of Mexico*, Nueva York, 1937, p. 37.

rras. Al finalizar 1875, éstos se declararon en estado de guerra, rehusando obedecer al gobierno. "Cajeme nombró gobernadores, alcaldes y temastianes, estos últimos encargados de la administración del culto religioso. Sobre la base de un sistema democrático, el caudillo indio adoptaba resoluciones de trascendencia general, convocando a asambleas populares que decidían en definitiva y cuyo mandato obedecía el propio gobernante."²⁷ Pronto otros poblados indígenas comenzaron a unirse a los yaquis, entre ellos los de Bácum, Torin, Pótam, Hufrivis, Cócorit y Raun.²⁸ En esas condiciones, los yaquis pasaron a convertirse en un "mal ejemplo" para la mayoría de las tribus del país, sobre todo porque en sus territorios establecían relaciones sociales basadas en una suerte de comunitarismo agrario. Debido a esas razones, el gobierno decidió aplastar brutalmente la rebelión. Un leve pretexto le sirvió para declarar la guerra a los indios: cuando Cajeme exigió al gobernador de Sonora la "repatriación" de su ex lugarteniente Loreto Molina, que en 1885 había intentado nada menos que asesinar al jefe indio y después buscado refugio entre los blancos. La Guerra del Yaqui fue, en verdad, un genocidio plagado de espeluznantes crueldades.²⁹ Pese a eso, los yaquis no se entregaron al porfiriato y pronto Cajeme pasó a ser una leyenda entre los indios, la que sobreviviría a su asesinato perpetrado en 1887. Después de haber sido vencidos, las tierras de los yaquis fueron incautadas por Ramón Corral y sus socios Torres e Izábal quienes las negociaron con la Richardson Construction Company, empresa que adquirió 400 000 hectáreas de las tierras expropiadas al ridículo precio de 60 centavos cada una.

De esta manera, mucho antes de que la "gente decente", esto es, "las personas que vestían bien, que eran ricas y no demasiado morenas",³⁰ manifestara algunos desacuerdos con el porfiriato, los yaquis habían comenzado su propia rebelión luchando por la causa que iba a ser la columna vertebral de la revolución: la defensa de la tierra.

Como era de suponerse, el porfiriato no ahorró sufrimientos a los vencidos. En 1908 los yaquis fueron deportados a Yucatán y repartidos como esclavos entre los grandes hacendados.³¹ "Al ver esa crueldad tan inaudita, al ver ese salva-

²⁷ José Mancisidor, *Historia de la revolución mexicana*, México, El Gusano de Luz, 1968, p. 75.

²⁸ *Ibid.*, p. 75.

²⁹ Véase John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico*, Nueva York, 1969, p. 33 [en esp. edit. Época].

³⁰ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, t. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 40.

³¹ J. K. Turner, *op. cit.*, p. 36-37.

jismo de la tiranía de Porfirio Díaz, me hice revolucionario", declaró el político Eduardo Hay.³² Pero Hay fue sólo una excepción en medio de una sociedad abiertamente racista. Para la mayoría de los políticos, aun para algunos de oposición, era natural que esas "hordas salvajes", como las llamó el periódico *El Imparcial*, fueran masacradas en nombre de "la civilización".³³ Representando esa mentalidad racista, escribía Porfirio Díaz al sanguinario general Victoriano Huerta felicitándolo por sus crueldades: "El Ejecutivo no desmaya en sus esfuerzos para facilitar este movimiento civilizador."³⁴ Pero mucho más explícito que su amo era el político e intelectual Francisco Bulnes cuando escribía que "la raza indígena podría haber progresado y hasta haber reclamado un primer sitio entre las naciones del mundo, si no hubiera sido una raza inferior".³⁵

La politización de la cuestión agraria

Sólo recientemente, en el primer decenio del siglo xx, algunos políticos de oposición comenzaron a "descubrir" al indio y a la "cuestión agraria". Algunas razones que llevaron a ese "descubrimiento" son de carácter político, y se desprenden de la situación social explosiva que reinaba en el campo, la cual se había agudizado en los últimos años del porfiriato gracias a una polarización social sin precedentes. En 1910, en efecto, 77.4% de la población vivía en el campo. De ésta, 96.9% de las familias no tenían tierras o vivían en terrenos mezquinos. En cambio, menos del 1% de las familias poseían alrededor del 85% de la superficie agraria aprovechable.³⁶ De este modo no era necesario que un personero de oposición fuera demasiado inteligente para que se diera cuenta de que a Porfirio Díaz no era posible derrocarlo sin recurrir a la movilización de las masas campesinas, y esto a su vez tampoco era posible sin tomar en cuenta reivindicaciones de propiedad.

Una segunda razón que debe haber inducido a los políticos de oposición a preocuparse de la cuestión agraria era la crisis económica que se vivía, cuyas raíces se encontraban, sin lugar a dudas, en el sistema tradicional de tenencia de la

³² N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 57.

³³ *Ibidem.*

³⁴ Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana: historia documental 1810-1962*, México, Empresas, 1965, p. 736.

³⁵ Francisco Bulnes, *Toda la verdad acerca de la revolución mexicana*, México, Edimex, 1960, p. 67.

³⁶ H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 86.

tierra. "De hecho, entre 1877 y 1894 la producción agrícola disminuyó a una tasa anual del 0.81%. Entre 1894 y 1907 aumentó una vez más, pero sólo a la lenta tasa anual del 2.59%." ³⁷ Las cosechas disminuían en un ritmo notable. "Esto era especialmente cierto para el maíz, alimento básico de la población. La producción per cápita de maíz disminuyó de 282 kilogramos en 1877 a 154 en 1894 y a 144 en 1907. Disminuciones similares se observaron en el frijol y el chile, otras cosechas de igual importancia." ³⁸ A tal punto llegaron las disminuciones en la producción agrícola, que de 1903-1904 a 1911-1912 se hizo necesario importar desde Estados Unidos y Argentina 27 millones de pesos de maíz y 94 millones de pesos en otros granos. ³⁹ Tales bajas de producción se daban precisamente en un período caracterizado por un inaudito aumento de la demanda determinado por la expansión demográfica y el desarrollo urbano.

LA OPOSICIÓN POLÍTICA A DÍAZ

Problemas tan relevantes para México como el agrario podrían haber existido aislados durante mucho tiempo en la historia del país. Sin embargo, en esta época adquirieron significación política, y después significación revolucionaria, cuando se vincularon con la lucha democrática antidictatorial, que tenía lugar principalmente en las ciudades. En otras palabras, si bien el epicentro de la revolución estaba en los campos, sus primeros remezones se hicieron sentir en las ciudades.

La oposición política a Díaz provenía a su vez de tres vertientes principales. La primera estaba constituida por una delgada capa de empresarios que se había formado como consecuencia de la modernización dependiente del país. La segunda, por aquellos sectores sociales intermedios, en especial miembros de las profesiones liberales aparecidos a consecuencia del acelerado proceso de urbanización que tenía lugar desde fines del siglo XIX. La tercera se formaba de una naciente clase obrera industrial.

³⁷ E. Wolf, *op. cit.*, p. 38.

³⁸ *Ibid.*, p. 39.

³⁹ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios sobre la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 54.

La vertiente empresarial

Ya hemos dicho que la dictadura de Díaz representaba en el plano político la alianza tácita entre los propietarios tradicionales con sectores capitalistas vinculados al mercado mundial. Tal alianza funcionó con armonía durante el siglo XIX, pero desde principios del XX comienza a observarse que ella también implicaba una contradicción. ¿Cómo modernizar rápidamente el país al gusto de los "científicos" mientras gran parte de sus clases dominantes insistían en practicar los estilos económicos del siglo XIX? A la vez ¿era posible prescindir de esas clases que mal que mal constituían la principal base de apoyo de la dictadura? Tales dilemas no resueltos determinaron que algunos partidarios de la dictadura comprendieran que los tiempos estaban cambiando y que incluso, debido a razones biológicas: "el otoño del patriarca" estaba cercano, pues entre las supuestas virtudes del dictador no se contaba la de la inmortalidad. El hecho de que muchos miembros del régimen ya imaginaban algunas soluciones de recambio que permitieran el tránsito de una dictadura de tipo patriarcal a un gobierno más a tono con la época, era algo más que evidente.

Por otra parte, el desarrollo de las inversiones extranjeras había sido demasiado vertiginoso como para no provocar alteraciones en los modos de producción tradicionales. De este modo, las "ventajas que disfrutaban los industriales y comerciantes en el siglo XIX, representadas por bajos salarios, una devaluación del peso, la creciente demanda urbana y el apoyo del capital extranjero, empezaron a desaparecer. Los salarios subieron, aunque debido a la inflación y otros factores los salarios reales bajaron de 42 a 36 centavos diarios. El valor del peso fue estabilizado por el patrón oro de 1905, concluyendo así el apogeo de la plata mexicana y provocando la restricción del crédito. Los precios de los productos agrícolas primarios como el azúcar (para la industria cervecera) y el algodón (para las fábricas textiles) se elevaron bruscamente, lo mismo que el costo de equipos básicos importados. Finalmente el consumo interno decayó con el fracaso del campesinado de ingresar en el mercado y con la reducción de los salarios reales de los trabajadores. La tasa de crecimiento de la producción de la industria nacional entre 1900 y 1910 bajó considerablemente si se compara con el período de 1890-1900. El algodón y el azúcar cayeron bajo el control de monopolios, en su mayoría extranjeros, como había sucedido antes con la minería. Después de 1907, las ganancias bajaron, cerraron las fábricas y la monopolización aumentó rápida-

mente; y, a excepción del azúcar, el consumo interno descendió de golpe."⁴⁰

La situación de la economía mexicana ofrecía pues un terreno muy apropiado para que "las diversas fracciones del capital" se dieran encontronazos entre sí. No deja de ser significativo el hecho de que el mismo iniciador de la revolución, don Francisco I. Madero (1873-1915), proviniera de círculos económicos privilegiados. La familia de Madero era uno de los tantos conglomerados consanguíneos pudientes de México y "funcionaba como una unidad en donde los intereses de unos correspondían con los intereses de todos".⁴¹ Por si fuera poco, tal familia mantenía una larga y estrecha amistad con la del ministro Limantour, e incluso el futuro presidente "era un firme creyente de la libre empresa, de las facilidades crediticias y de la modernización de la agricultura".⁴² Probablemente, antes de verse envuelto en el torbellino de la revolución, Madero no pasaba de ser un intelectual acomodado e interesado en fórmulas que permitiesen relevar al anciano dictador sin alterar demasiado el orden establecido.

Sin embargo, el hecho de que en el bloque porfirista hubiese disconformes, y aun disidentes, no autoriza a creer que la revolución haya tenido un carácter predominantemente "burgués" o "antifeudal".⁴³ Por una parte, un sector típicamente feudal era lo menos que podía existir en un país tan dependiente del mercado mundial como era México. Por otra, los sectores "burgueses" que estaban dispuestos a romper con el porfirismo eran extraordinariamente minoritarios, y sus posiciones de desacuerdo o disidencia no los llevaba automáticamente a convertirse en revolucionarios. No podemos sino estar de acuerdo con Silva Herzog cuando afirma con énfasis: "La revolución mexicana no sólo no fue burguesa, sino todo lo contrario, una revolución antiburguesa, popular, campesina y nacionalista, en la cual tomaron parte más de cien mil hombres."⁴⁴

⁴⁰ James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, p. 42.

⁴¹ Charles C. Cumberland, *Mexican revolution. Genesis under Madero*, University of Texas Press, 1969, p. 36 [en español, *Madero y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1977]. Acerca del tema, véase también Raimundo Bosch, "Bases sociales de la revolución mexicana", en *Historia 16*, núm. 1-8, Madrid, 1976, pp. 77-82.

⁴² J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 61.

⁴³ Por ejemplo B. T. Rudenko, *op. cit.*, pp. 7-81.

⁴⁴ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios...*, cit., p. 110.

La vertiente de "clase media"

Muy distinto fue lo que ocurrió en los sectores intermedios de la sociedad.

Como consecuencia de la expansión urbana y, por lo tanto, de la pequeña producción, de la administración y los servicios, las profesiones liberales, etc., se había formado en México una enorme "clase media". Ahora bien, como la urbanización de México no había surgido determinada por un proceso de industrialización sostenido, sino más bien como un producto de la economía de exportación, debía producirse, necesariamente, un desfase entre la expansión de los sectores medios y su real capacidad de inserción en el sistema productivo. De esa manera, aquel fenómeno sociológico que se ha dado en denominar "pauperización de los sectores medios" era más que visible en el México de comienzos de siglo, sobre todo si se tiene en cuenta que "los precios de los alimentos se duplicaron, el alquiler y los impuestos se volvieron intolerables y a los elementos de clase media se les negó la entrada a los clubes sociales de la aristocracia o a las camarillas burocráticas".⁴⁵

En esas circunstancias, entre los sectores medios surgieron una gran cantidad de resentimientos en contra de los que usufructuaban el poder, vale decir, terratenientes, banqueros, hombres de negocios y capitalistas extranjeros. Desde allí surgiría también una suerte de conciencia nacionalista (antimperialista) y no fueron pocos los miembros de los sectores medios que se manifestaban proclives a concertar sus reivindicaciones con las de las clases subalternas del país. En un país como México, esto no podía dejar de expresarse en algunos conflictos de tipo racial, sobre todo si se tiene en cuenta que en los grupos liberales predominaba el elemento "mestizo".⁴⁶

Particularmente intensas fueron las contradicciones entre los intelectuales de "clase media" y el régimen. A comienzos de siglo encontramos en México un signo característico de todos los periodos prerrevolucionarios: un abierto conflicto entre los detentadores del saber respecto a los detentadores del poder. Por cierto, la delgada capa de intelectuales conocida como los "científicos" seguían apoyando a la dictadura, aunque el proyecto "científico" de modernización había fracasado ya rotundamente. Así, no es falso afirmar que de las

⁴⁵ J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 44.

⁴⁶ Véase Manuel Villa, "El surgimiento de los sectores medios y la revolución mexicana", en *Revista de Ciencias Sociales*, Santiago de Chile, 1971, núm. 1-2, p. 137.

filas intelectuales comenzó a brotar un disgusto ideológico antidictatorial que, aunque proviniendo de los sectores medios, no sólo representaba sus intereses sino que intentaba alcanzar un nivel nacional interpelando al resto de las clases sociales subalternas.

Una de las expresiones de la radicalización de los sectores medios fue la enorme efervescencia cultural que precedió a la caída del régimen. Jesús Silva Herzog, que tenía 18 años en 1910 y era ya "un lector asiduo y sistemático de libros y folletos", nos cuenta que las nuevas generaciones intelectuales leían con avidez libros como *La conquista del pan* de Pedro Alejandro Kropotkin, *Las mentiras de la civilización* del húngaro Max Nordeau, *Los miserables* de Victor Hugo, el *Judío Errante* de Eugenio Sué, y sobre todo *Qué es la propiedad* de Pedro José Proudhon.⁴⁷ Por todas partes florecían círculos literarios, clubes científicos, centros de discusión, escuelas populares, etcétera.

En tal ambiente, era inevitable que entre los intelectuales de "clase media" no tuviera lugar una especie de redescubrimiento de la idea de "pueblo", fundamentalmente el "pueblo agrario". Uno de los precursores del populismo agrario mexicano fue el jurista Luis Wistano Orozco, que afirmaba que "repartir la posesión legítima de la tierra al mayor número posible de hombres es cumplir con el pensamiento divino; es cooperar en el mundo a los designios de Dios".⁴⁸ Otro autor, Andrés Molina Enríquez, que puede ser considerado como miembro del ala izquierda de la escuela positivista, afirmaba en su obra *Los grandes problemas nacionales*, en la que se reconoce la influencia de Spencer, que a los indios debían serle devueltas las tierras arrebatadas.⁴⁹ De la misma manera, Luis Cabrera, uno de los más brillantes polemistas del periodo, planteaba: "[...] es necesario pensar en la reconstrucción de los ejidos, proclamando que éstos sean inalienables, tomando las tierras que necesitan para ello de las grandes propiedades circunvecinas, ya sea por medio de compras, ya sea por medio de expropiaciones por causa de utilidad pública con indemnización, ya sea por medio de arrendamientos o de aparcerías forzosas".⁵⁰

Estos breves ejemplos nos hacen recordar la producción literaria del romanticismo agrario ruso antes de la revolución de octubre, sobre todo en lo que respecta a la idea de la reconstitución de las antiguas comunidades agrarias. Y en

⁴⁷ J. Silva Herzog, *Cuatro juicios...*, cit., p. 93.

⁴⁸ Arnaldo Córdova, *Ideología de la revolución mexicana*, México, Era, 1973, p. 116.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 126.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 139.

efecto, tanto el populismo agrario mexicano como el romanticismo ruso de comienzos de siglo pueden ser considerados una reacción intelectual en contra de las destructivas consecuencias de una industrialización dependiente.⁵¹ Así, no puede extrañarnos que en el curso de la revolución muchos intelectuales mexicanos se hubieran sentido fascinados por el agrarismo comunitario que representaban movimientos como el de Emiliano Zapata.

La efervescencia cultural mencionada tenía necesariamente que proyectarse hacia la esfera política y quizá la expresión más nítida de ello fue la fundación del Partido Liberal Mexicano en 1906. En México, el concepto liberalismo estaba asociado a las luchas sociales del siglo XIX. El mismo Porfirio Díaz había llegado al poder en nombre de la idea liberal. La formación de entidades de oposición denominadas liberales durante el porfiriato revelan intentos por reformular un liberalismo político que se opusiera al liberalismo puramente económico representado por la dictadura. Igualmente, el nuevo liberalismo pretendía rescatar los rasgos originarios del liberalismo social decimonónico: el antilatifundismo y el anticlericalismo.

El primer grupo liberal de oposición surgió en San Luis Potosí, centro de empresarios de línea modernista y de profesionales no adictos al gobierno. Allí ya comenzaba a brillar la figura de Ricardo Flores Magón, que a través de su periódico *Regeneración* divulgaba sus ideas, más libertarias que liberales. El primer congreso liberal aprobaría un programa democrático en donde se postulaba la validez de la constitución preporfirista de 1857 y se atacaba fuertemente el personalismo político. A partir de ese momento comenzaron a proliferar los llamados clubes liberales. Quizá pretendiendo sentar precedentes, la dictadura respondió con la represión y los hermanos Ricardo y Jesús Flores Magón fueron encarcelados. Pero la oposición ya estaba en marcha. El 27 de febrero de 1903, el Club Liberal Ponciano Arriaga publicaba un manifiesto llamando a luchar por las libertades políticas. En 1904, los clubes liberales dirigidos por el Club Redención de los hermanos Magón proclamaron por primera vez la lucha en contra de la reelección del tirano, abonando así un terreno político que iba a dar sus frutos con Madero. La línea del liberalismo la marcaba, indudablemente, su ala radical

⁵¹ No es casual que en ese mismo periodo, Manuel González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui redescubrieran al indio y al *ayllu*; véase Fernando Mires, "Mariátegui, los indios y la tierra" y "Víctor Haya de la Torre o la conciencia del populismo", en *El subdesarrollo del marxismo en América Latina y otros ensayos*, Quebec-Montreal, 1984, pp. 18-50.

majonista operando desde Texas; obedeciendo a esa convocatoria se formó, el 28 de septiembre de 1905, la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano, en San Luis Potosí. En julio de 1906, y en medio del entusiasmo provocado por la larga huelga de los trabajadores de Cananea, fue hecho público "el documento más importante de la etapa precursora de la revolución":⁵² el "Programa del Partido Liberal", en cuya redacción se reconoce la pluma anarquista de los Magón. Entre los puntos del Programa cabe destacar los siguientes:

1. En las escuelas primarias deberá ser obligatorio el trabajo manual.
2. Deberá pagarse mejor a los maestros de enseñanza primaria.
3. Restitución de los ejidos y distribución de tierras ociosas entre los campesinos.
4. Fundación de un banco agrícola.
5. Los extranjeros no podrán adquirir bienes raíces.
6. Jornada máxima de trabajo de ocho horas y prohibición del trabajo infantil.
7. Fijación de salarios mínimos en las ciudades y campos.
8. Descanso dominical obligatorio.
9. Abolición de las tiendas de raya en todo el territorio de la nación.
10. Pensiones de retiro e indemnización por accidentes en el trabajo.
11. Ley que garantice los derechos de los trabajadores.
12. La raza indígena será protegida.⁵³

En el programa expuesto encontramos reivindicaciones correspondientes a los sectores medios (puntos 1 y 2), de los propietarios nacionales (punto 5), de los trabajadores agrarios (puntos 3 y 4), y de los trabajadores urbanos e industriales (puntos 6, 7, 8, 9, 10 y 11). El punto 12 hay que entenderlo como una consecuencia de la heroica lucha librada por los indios yaquis. El mayor peso de las reivindicaciones obreras hay que entenderlo por las influencias anarquistas de los redactores del programa. En lo esencial podemos decir que tal programa representa el intento de algunos sectores intelectuales radicalizados por constituir un bloque social de oposición a la dictadura, dando cabida a las principales reivindicaciones obreras y campesinas. Inspirador del programa fue sin duda Ricardo Flores Magón, que en este periodo transi-

⁵² A. Córdova, *op. cit.*, p. 96.

⁵³ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., t. 1, pp. 58-59.

taba de un liberalismo moderado a posiciones libertarias y anarquistas. El mismo explicaba así la evolución de su pensamiento: "Primero creí en la política. Creía yo que la ley tendría la fuerza necesaria para que hubiera justicia y libertad. Pero vi que en todos los países ocurría lo mismo que en México, que el pueblo de México no era el único desgraciado y busqué la causa del dolor de todos los pueblos de la tierra y la encontré: el capital."⁵⁴

Las ideas de Flores Magón trascenderían muy pronto su determinación inicial de "clase media" alcanzando al incipiente movimiento obrero e incluso al movimiento agrarista de Zapata, tan renuente, como veremos, a aceptar ideas citadinas.⁵⁵

La vertiente obrera

El desarrollo político de los trabajadores era muy precario en el México de comienzos de siglo, lo que en alguna medida estaba determinado por su escaso desarrollo cuantitativo pues en ese periodo apenas alcanzaban la cifra de 250 mil personas. Además, debido al desarrollo desigual de la expansión industrial, los trabajadores estaban muy aislados entre sí. Los núcleos de mayor concentración eran los centros de la industria extractiva como Cananea; de la metalúrgica como Monterrey, Torreón, San Luis Potosí; de la textil como Orizaba, Puebla y otras poblaciones.⁵⁶ Factores que influyeron en el desarrollo del movimiento obrero fueron, entre otros, el crecimiento demográfico y los ataques sistemáticos a las propiedades comunales en el campo. De esta manera, los límites de diferenciación entre obreros y campesinos eran todavía muy tenues, hasta el punto de que es posible hablar de una particular "especie social": la de los campesinos-artesanos.⁵⁷

No fue hasta 1906 cuando surgen, alentados por el clima opositor que se vivía, los primeros brotes de resistencia obrera. En ese año, por ejemplo, estalló la huelga de la industria de hilados y tejidos de Puebla, que no tardó en ex-

⁵⁴ Isidro Fabela, *Documentos históricos de la revolución mexicana*, t. X: *Actividades políticas y revolucionarias de los hermanos Flores Magón*, México, Jus, 1966, p. 509 [edic. en 28 tomos]; véase también Ricardo Flores Magón, *Semilla libertaria*, México, 1923, y *Epistolario y textos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

⁵⁵ A. Córdova, *op. cit.*, p. 115.

⁵⁶ B. T. Rudenko, *op. cit.*, p. 69.

⁵⁷ Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, Era, 1981, p. 23.

tenderse hacia Tlaxcala. En Orizaba los obreros llegaron a destruir máquinas e incendiar edificios de tiendas de raya. El gobierno reaccionó llevando a cabo feroces masacres. La acción huelguista que tuvo más repercusiones fue, sin duda, la de los obreros cupríferos en Cananea en el estado de Sonora. Debido a problemas salariales más de diez mil trabajadores se declararon en huelga en contra de la Cananea Consolidated Copper Company. Además de exigir salarios mínimos, los obreros pedían que en la empresa fueran ocupados por lo menos un 75% de mexicanos, generándose así una muy interesante "conexión entre el nacionalismo mexicano y la actividad sindical".⁵⁸ Pero el mayor mérito histórico de esta huelga fue que allí por primera vez se luchó por la jornada mínima de ocho horas. La huelga fue terminada por el gobierno mediante el recurso de métodos extremadamente represivos, lo que produjo indignación entre sectores opositores que, de ahí en adelante, comenzaron a preocuparse más seriamente de la "cuestión obrera".

En síntesis podemos afirmar que el débil desarrollo sindical de los trabajadores a comienzos de siglo imposibilita considerarlos como un factor siquiera precursor de la revolución. Por el contrario, sí se puede afirmar que fue la revolución la que posibilitó un mayor desarrollo del movimiento obrero.

LA REVOLUCIÓN POLÍTICA DE MADERO

En el México de 1910 se había formado una constelación constituida por múltiples movimientos de protesta que todavía no habían logrado articularse entre sí, lo que a su vez no era posible sin que las diferentes demandas fueran elevadas al nivel de la política. Tan enorme tarea le correspondía a un hombre a primera vista insignificante: Francisco I. Madero.

Francisco I. Madero provenía de una familia que se contaba "entre las diez más grandes fortunas de México",⁵⁹ cuyas propiedades mineras se extendían desde Coahuila hasta San Luis Potosí. El padre de Madero había fundado el primer banco del extremo norte, el Banco de Nuevo León, en Monterrey, centro de la naciente industria del acero y del hierro. Los intereses de la familia abarcaban desde las plantaciones de

⁵⁸ *Ibid.*, p. 33.

⁵⁹ J. D. Cockcroft, *op. cit.*, p. 60.

algodón y guayule hasta la ganadería, curtidurías, fábricas textiles, destilerías vinícolas, minas y refinerías de cobre, fundiciones de hierro y acero, y la banca; desde Coahuila hasta Mérida.⁶⁰ Con todas esas riquezas no es extraño que la familia gozara además de cuotas de poder político. El padre de Madero fue en 1880-1884 gobernador de Coahuila.

Madero había sido educado desde muy joven para el mundo de los negocios. Nada menos, en la Escuela de Estudios Comerciales Avanzados de París estudió técnicas de manufactura, análisis de mercado y determinación del precio de costos. En 1892-1893 estudió la nueva tecnología agrícola en la Universidad de California en Berkeley. Pronto tendría oportunidad de aplicar sus conocimientos en sus haciendas y empresas, y de acrecentar todavía más sus cuantiosas fortunas.

Los detalles mencionados distan de ser secundarios. Madero pertenecía al segmento de empresarios modernos que no se sentían demasiado a gusto ante los límites que la oligarquía tradicional había impuesto a Díaz y ansiaban la implantación de algunas reformas tendientes a racionalizar en términos capitalistas los enormes excedentes acumulados en el país. Si además se tiene en cuenta que el joven Madero estaba en permanente contacto con los hombres de negocios de San Luis Potosí, los más disidentes respecto al porfiriato, se puede entender que su tránsito de la economía a la política haya sido natural.

Pero no sólo fueron intereses económicos los que llevaron a Madero a la política. El futuro presidente era en cierto modo un intelectual y se sentía atraído por las doctrinas políticas liberales.⁶¹ Por lo mismo, era un personaje adecuado para servir de nexo entre las fracciones económicas disidentes con el porfirismo y los políticos provenientes de los sectores medios. Si a esto agregamos un temperamento místico que a veces desbordaba en creencias providenciales y aun espiritistas, que le conferían un vigor mesiánico, se entiende por qué llegó a ser la figura integradora que pudo "simbolizar el deseo profundo de un cambio, tanto social como económico y político".⁶² Por último, a todas sus condiciones favorables agregó —por lo menos en algunos momentos— un fino sentido de la oportunidad. Uno de esos momentos ocurrió cuando publicó su famoso libro *La sucesión presidencial*.⁶³

⁶⁰ *Ibidem.*

⁶¹ Ch. C. Cumberland, *op. cit.*, p. 35.

⁶² Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero, Apóstol de la democracia mexicana*, México, Biografía Gandesa, 1959, p. 116.

⁶³ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, México, Libr. de la Viuda de Ch. Bouret, 1911.

Pocas veces un simple libro ha bastado para provocar efectos políticos tan inmediatos y fulminantes. Y sin embargo, releándolo hoy día, apenas se adivina su contenido explosivo. En efecto, en su libro, Madero comenzaba haciendo un análisis bastante convencional y retórico de la situación de México (cap. 1), para posteriormente realizar una descripción más que benévola de la dictadura, pues no son pocos los juicios positivos emitidos con relación a Porfirio Díaz (cap. 2) y luego perderse en disquisiciones de novato acerca del sentido del poder absoluto (caps. 3 y 4). No es hasta el capítulo 5 cuando desenvuelve sus planteamientos políticos criticando la posibilidad de una reelección de Díaz, tratando de demostrar que México ya estaba maduro para una democracia (cap. 6) proponiendo para tal efecto la formación de una suerte de "partido antirreeleccionista" (cap. 7) cuyos dos principios fundamentales serían la libertad de sufragio y la no reelección.⁶⁴

Como ya es posible inferir, la dinamita del libro de Madero no estaba en su contenido sino en el momento político que vivía México. Pero ese momento no lo había provocado Madero, sino, paradójicamente, el dictador mismo. Ello ocurrió debido a la poco feliz idea que tuvo Díaz al conceder una entrevista a la revista norteamericana *Pearson's Magazine*, anunciando su intención de retirarse del gobierno apenas cumpliera 80 años (en ese momento tenía 78). Si con esas declaraciones Díaz quiso tranquilizar los ánimos de algunos de sus partidarios que ya se hacían problemas por la avanzada edad del dictador, lo cierto es que consiguió todo lo contrario, pues introdujo lo que hasta entonces era un tema tabú en las discusiones políticas, justo cuando su popularidad comenzaba a declinar. Como cuenta Isidro Fabela, por entonces un joven demócrata y después uno de los políticos más destacados del campo revolucionario, la declaración que Díaz hiciera al periodista Creelman "causó verdadero asombro entre nosotros, la recibimos como una revelación inusitada... [y agrega] la entrevista Díaz-Creelman fue el verdadero preludio de la revolución de 1910".⁶⁵ Curiosamente, las opiniones de un testigo porfirista, el historiador Jorge Vera Estañol, eran muy similares: "Las sensacionales declaraciones de Díaz a Creelman operaron una transformación fundamental en la conciencia pública [...] fue el origen psicológico de la revolución de 1910."⁶⁶

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, México, 1977, p. 18.

⁶⁶ Jorge Vera Estañol, *Historia de la revolución mexicana*, México, 1967, p. 95.

Sobre todo en los círculos porfiristas, las declaraciones de Díaz produjeron desconcierto porque no había todavía ningún acuerdo establecido con relación al tema de la sucesión presidencial y comenzaba a primar la idea de prolongar el mandato presidencial por seis años más, apostando a la buena salud del dictador. Por esas razones, el problema de la sucesión había sido desplazado a la vicepresidencia, dado el manifiesto descrédito del vicepresidente en vigencia, el odiado Ramón Corral, quien cuando fue designado por Díaz, a decir del propio porfirista Vera Estañol, "muchos oían ese nombre por primera vez y no lo asociaban a ninguna obra o empresa de interés nacional".⁶⁷

El tema de la vicepresidencia distaba en verdad de ser secundario, pues de la manera como se resolviera dependía nada menos que la determinación de los futuros cursos políticos y, en consecuencia, el predominio de alguna fracción porfirista sobre otra. En 1910, los porfiristas ya no podían ocultar que estaban internamente divididos. Por un lado, unos apoyaban como vicepresidente al brillante Limantour, representante de la línea más modernizante; otros barajaban el nombre del general Bernardo Reyes. Gracias a las divisiones políticas del bloque gobernante, la oposición encontró algunos espacios de acción. Fue en ese momento preciso cuando apareció el libro de Madero, que comenzó a ser leído en todas partes con extraordinaria avidez. El libro —quizás porque no estaba escrito en un lenguaje radical— penetró hasta en los círculos porfiristas.

Aparte del momento político en que fue publicado, el libro de Madero contenía dos elementos de ruptura radical con el orden vigente. Uno era el llamado a formar un partido, desconociendo así el monopolio del poder político sustentado por Díaz. Por lo demás, Madero mismo, captando las divisiones del porfirismo, proponía que el todavía no formado "Partido Nacional Democrático" debía escoger a uno de los candidatos nada menos que de entre las propias filas del porfirismo. El segundo elemento de ruptura con el régimen era el llamado a la libertad de sufragio y a la no-reelección, cuestionando con ello lo que ningún porfirista se atrevía a cuestionar: la legitimidad política personal de Díaz. Como es posible advertir, el libro de Madero estaba centrado más bien en el espacio de las contradicciones dentro del bloque dominante, al que, mal que mal, el autor, objetivamente, pertenecía. De otra manera no se entiende por qué el mismo Madero propuso posteriormente que Porfirio Díaz siguiera como mandatario y que como vicepresidente fuera nombrado alguien de su to-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 89.

davía inexistente partido, aunque quizá lo hizo para impedir que ganara terreno la candidatura del general Bernardo Reyes, hombre fuerte en el ejército, y el más apropiado para continuar la línea tradicional del porfirismo. Pero fue la testarudez de Díaz la que cerró toda posibilidad de compromiso. Como todo dictador, desconfiado de los "hombres fuertes" que crecen a su sombra, no aceptó la vicepresidencia de Reyes, terminando así con la ilusión de un porfirismo sin Porfirio. Ello determinó que algunos reyistas asumieran una posición antirreeleccionista de derecha, pero en algunos puntos confluyente con la de Madero. Así, el hasta entonces infalible Díaz cometió dos errores mortales: la entrevista y el bloqueo a Reyes. A estos dos errores agregaría un tercero, todavía más garrafal: aplicar la represión a Madero, convirtiéndolo así en el símbolo unitario que necesitaba la oposición. Porfiristas disidentes, liberales moderados, anarquistas y revolucionarios cerraron de pronto filas alrededor de Madero, a cuyo llamado surgían los grupos antirreeleccionistas. Díaz respondió con mayor represión. Periódicos que nunca habían sido contrarios al régimen, como el *Diario del Hogar*, fueron clausurados. Miles de opositores fueron perseguidos. Sólo en la cárcel de Belén había en 1909 la cantidad de 33 587 arrestados.⁶⁸

El 15 de abril de 1910 fue fundado el partido propuesto por Madero, pero con el nombre de Partido Antirreeleccionista. Madero fue nombrado candidato a la presidencia. Para la vicepresidencia fue nombrado Francisco Vázquez Gómez. Los seguidores de Díaz también comenzaron a organizarse en partidos. El 1 de abril fue fundado el Partido Democrático, apropiándose del nombre propuesto por Madero para su partido. Otros sectores se agruparon políticamente en torno a la fórmula Díaz-Corral. Otros, en favor de Díaz, pero sin Corral. Los grupos más importantes en el interior del porfirismo fueron sin duda los "reyistas", que se multiplicaron en todo el país. Díaz, al oponerse a la fórmula bipartidista propuesta por Madero, dio origen a un sistema pluripartidista informal, poniendo al desnudo las contradicciones internas de la dictadura. Más todavía, el golpe de autoridad que quiso sentar Díaz al imponer a Corral "alarmó a la mayoría activa de la nación" —según la aseveración de Vera Estañol—,⁶⁹ pues si había alguien en México que concitaba repudio general, ése era Corral. La aplicación desmedida de la represión —instigada por el propio Corral— terminó por colocar los frentes en posiciones irreconciliables.⁷⁰

⁶⁸ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁹ Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 118.

⁷⁰ Este periodo puede caracterizarse como de "crisis de repre-

Mientras más se apagaba la estrella de Díaz, más brillaba la de Madero. Arrestado el 19 de junio de 1910, Madero pasó a ser un candidato mártir. En esa situación, las elecciones del 26 de junio no podían ser sino una farsa, y Díaz no podría extraer de allí ninguna legitimidad. Al serle negadas a Madero las posibilidades de convertirse en opositor, no le quedó más alternativa que convertirse en revolucionario.

El 4 de octubre, los partidarios de Madero organizaron su fuga de la prisión y el 6 de octubre ya se encontraba en San Antonio, Texas. Ya Madero había llegado a la conclusión de que la única alternativa que restaba era el levantamiento armado. Con fecha 5 de octubre fue dado a conocer el famoso Plan de San Luis. La fecha es sólo simbólica. En realidad fue redactado en Estados Unidos por los maderistas, y se acordó inscribir el último día que Madero estuvo en suelo mexicano. Si a las revoluciones hubiera que ponerles fecha, habría que decir que la mexicana comenzó el 5 de octubre de 1910 y que el Plan de San Luis fue una suerte de acta notarial que anunciaba su nacimiento.

EL PLAN DE SAN LUIS

El Plan de San Luis, que también puede ser considerado como un programa a poner en práctica después del triunfo de la insurrección, comenzaba desconociendo los resultados de las últimas elecciones (art. 1) y, por lo tanto, la legitimidad del gobierno (art. 2), consagrando a Madero como presidente interino plenipotenciario hasta nuevas elecciones. El artículo 7 hace, sencillamente, un llamado al levantamiento armado.

El Plan constituía un programa de abierta ruptura con el porfirismo. En materias sociales era más bien pobre. Sin embargo contenía un punto extraordinariamente significativo y se encuentra en su artículo 3 (tercer párrafo), donde son denunciadas las expropiaciones de tierras a campesinos e indios en los siguientes términos: "Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inhumano, o a sus herederos,

sentación"; véase Juan Felipe Leal, "El Estado y el bloque en el poder en México, 1867-1914", en *Historia Mexicana*, vol. 23, México, 1974, núm. 4-92, p. 721.

que los restituyan a sus antiguos propietarios, a quienes pagarían también una indemnización por los perjuicios sufridos".⁷¹

No sabemos si Madero midió exactamente el significado de esas palabras; sí sabemos que, si convocaba a un levantamiento armado, el concurso de los campesinos —en un país agrario como México— era indispensable. También sabemos que ningún campesino estaba dispuesto a mover un dedo por Madero sin recibir la promesa de la restitución de sus tierras. Ese simple párrafo significaba, ni más ni menos la incorporación de las masas agrarias a una revolución que hasta el momento sólo tenía un sentido político. A partir de ahí, la revolución tendría una cualidad nueva, pues la lucha no estaría sólo centrada en el derrocamiento o continuación de un gobierno, sino también en el problema de la tierra, lo que para un país como México significaba el establecimiento de un orden social distinto.

EL ORIGEN DE LA "OTRA" REVOLUCIÓN

Cuando describimos la heroica resistencia de los yaquis, vimos que mucho tiempo antes de que Díaz fuera cuestionado por las clases políticas urbanas, lo era por las masas desposeídas del campo. El levantamiento de Madero confluía así con rebeliones que existían desde tiempo atrás. El artículo 3 del Plan de San Luis puede considerarse en ese sentido como una suerte de expresión anticipada de una alianza entre los políticos nacientes de los sectores medios y las masas agrarias.

El sur

El movimiento agrario alcanzaría en el sur del país, sobre todo en el estado de Morelos, una fuerza extraordinaria a raíz de ese fenómeno tan particular que fue el zapatismo.

Aquello que diferenciaba la estructura social agraria del sur respecto a la del resto del país era que su cantidad de población sin acceso a la tierra era mucho más grande. En 1910, mientras en todo México el 3.1% de las familias eran propietarias, en Guerrero sólo lo era el 1.5, en el Estado de México el 0.5, en Morelos el 0.5, en Puebla el 0.7 y en Tlaxcala 0.5 por ciento.⁷²

⁷¹ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., t. 1, p. 138.

⁷² H. J. Harrer, *op. cit.*, p. 161.

Morelos tenía una extensión de 491 000 hectáreas. Menos del 1% eran cultivables y pertenecían a 41 haciendas y ranchos con una superficie total de 22 249 hectáreas. A ello hay que agregar 68 terrenos privados con menos de 100 hectáreas y una superficie total de 2 100. De 28 000 familias que constituían alrededor del 78% de la población total del estado, sólo 140 eran propietarias.⁷³

Una exigua parte de la población de Morelos arrendaba pequeñas parcelas; otra buscaba trabajo en la cercana capital o en las empresas textiles de Puebla. Pero la mayoría de los aldeanos trabajaban como peones en las haciendas azucareras. Morelos era el principal centro azucarero de México y aproximadamente en 1910 se había creado una industria que en lo fundamental dependía de las grandes haciendas. Como el trabajo que requiere la recolección del azúcar tiene un carácter estacional, a los latifundistas resultaba lucrativo hacer contratos por muy corto plazo a sus trabajadores. Debido a eso, la población no vivía dentro de las haciendas sino en las aldeas comunales.⁷⁴ De este modo, la población de Morelos pudo concentrarse en puntos de residencia donde conservaban sus tradiciones. Los habitantes de los pueblos habían perdido sus tierras, pero no su sentido de propiedad. Sin embargo, éste no era un sentido individual pues la tierra que una vez tuvieron había sido explotada de modo colectivo en las comunidades agrícolas denominadas ejidos. Por otra parte, la experiencia les había enseñado que, para defenderse de los latifundistas, no podían hacer nada individualmente. Por esas razones, las instituciones tradicionales no desaparecieron con la expropiación de la tierra; por el contrario, se vieron reforzadas. Así, la idea de la comunidad, aun desprovista de su base material, no estaba extinta.

Es interesante destacar que una de las instituciones públicas que más vigencia tenía era el consejo de ancianos. A través de los ancianos, los grupos campesinos se negaban a romper con el pasado. Gracias a esos ancianos, el pasado permanecía en el presente.

La aldea de Anenecuilco era una de tantas en Morelos. Sin embargo, el día 12 de septiembre de 1909 comenzaron a ocurrir allí cosas extrañas. Por ejemplo, ese día los ancianos convocaron a una asamblea general. Todos los habitantes sabían que esa asamblea iba a ser muy importante, pero nadie lo decía. Para que los capataces de las haciendas no se enteraran, se había evitado sonar las campanas como era costumbre, y el aviso se pasaba de boca en boca. La asamblea es-

⁷³ *Ibid.*, p. 162.

⁷⁴ *Ibidem.*

taba formada por todos los hombres cabezas de familia y por casi todos los hombres adultos solteros.⁷⁵

Insólitamente, al comenzar la asamblea, los ancianos presentaron su renuncia. Pero mucho más insólito fue que ese hecho, realmente extraordinario, haya sido aceptado sin ninguna protesta, como si se tratara de simple rutina. Luego se procedió a la elección de un representante. De los tres candidatos, uno ganó con suma facilidad: Emiliano Zapata. Luego, los habitantes se retiraron a su casas sin hacer comentarios, pero ya todos sabían que ese día algo había cambiado en Anenecuilco, y quizá para siempre. Algunos, en la intensa oscuridad de la noche, ya afilaban sus machetes.

¿Qué había pasado en Anenecuilco? Desde hacía algunos días visitaban la aldea políticos encorbatados hablando de "democracia", "libertad" y otras cosas extrañas. Los astutos ancianos captaron de inmediato que había llegado el momento en que los campesinos debían exigir el cumplimiento de sus reivindicaciones más antiguas; sobre todo, la devolución de sus tierras. De tal modo, cuando los campesinos eligieron a Emiliano Zapata como representante, no había necesidad de explicaciones. La revolución había llegado a Anenecuilco.

¿Quién era Emiliano Zapata? Aunque no se sabe bien la fecha de su nacimiento, el día que Zapata fue elegido por la asamblea tenía 30 años. Su familia era una de las más antiguas del distrito. Zapata era propietario de algunas hectáreas de tierra y por lo tanto no era un campesino pobre. Precisamente para defender su pequeña propiedad, había tenido siempre una actitud beligerante respecto a las autoridades locales, lo que era reconocido como una virtud en aquel mundo donde los hombres parecían haber perdido hasta la voz. Desde joven Zapata había tenido problemas con la policía y con apenas 17 años tuvo que abandonar la aldea y vivir escondido algún tiempo. Los jóvenes de la aldea lo reconocían como su caudillo natural, y permanentemente era elegido en las delegaciones que se formaban para convensar con las autoridades.⁷⁶ Su prestigio personal trascendía a Anenecuilco y, según se dice, "era el mejor domador de caballos y se peleaban sus servicios".⁷⁷ En un ambiente de grandes bebedores, bebía muy poco. Duro como una piedra, hablaba sólo lo necesario, y a veces más con su profunda mirada que con su voz. "Aunque los días de fiesta se vistiese de punta en blanco

⁷⁵ John Womack jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1979, p. 2.

⁷⁶ Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, México, Etnos, 1943, p. 52.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 172.

y cabalgase por la aldea y por el pueblo cercano de Villa de Ayala en su caballo con silla plateada, la gente nunca dudó de que siguiese siendo uno de los suyos."⁷⁸ Fueron esas condiciones las que lo llevaron a convertirse en un caudillo, regional primero, nacional después.

A los habitantes de Morelos no parecían interesarles demasiado las proclamas políticas de los maderistas visitantes. Sólo algo les hacía brillar los ojos: el artículo 3 del Plan de San Luis. Eso no lo entendían muy bien los maderistas, que en sus planes militares asignaban a Morelos un lugar secundario y estrictamente subordinado a lo que se decidiera en las grandes ciudades cercanas. Dos factores fueron los que aceleraron el levantamiento en Morelos. Primero fue el éxito obtenido por la dictadura al desarticular las conexiones entre los maderistas y los campesinos, capturando a los encargados del "ala sureña de la revolución".⁷⁹ El segundo, la terrible represión que se desencadenó sobre la ciudad de Puebla. Por lo demás, los hacendados de Morelos estaban contratando huestes y armándose hasta los dientes. A los aldeanos no les quedaba, pues, más opción que recurrir a su propia iniciativa.

Precisamente el día 14 de febrero de 1911, justo cuando Madero regresaba a México, los dirigentes locales de Morelos se reunían en Cuautla. Ese era también el día de los tres viernes de la cuaresma, de modo que la sublevación fue decidida "entre las delicias del jaripeo, entre el cantar desafiante de los gallos listos para la pelea, en medio de la algarabía del palenque y entre las copas servidas en la cantina".⁸⁰ Desde allí partió un destacamento hacia Villa de Ayala donde, después de haber sido desarmada la policía por medio de una acción relámpago, el político maderista Pablo Torres Burgos leyó por primera vez en público (en Morelos) el Plan de San Luis; terminó su discurso con vivas a la revolución y muera al gobierno, consignas que fueron cambiadas rápidamente por el grito de "¡Abajo haciendas, viva pueblos!".⁸¹

Desde las distintas aldeas y municipios iba constituyéndose una aguerrida cabalgata que enfilaba hacia el sur, a lo largo del río Cuautla, a la que se sumaban contingentes rebeldes de las rancherías y pueblos. El jefe oficial del levantamiento era Torres Burgos, pero era ya a Zapata a quien los campe-

⁷⁸ J. Womack, *op. cit.*, p. 5.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 67.

⁸⁰ General Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, vol. 1, México, Editorial Ruta, 1934, p. 109 [edic. en 5 vols.].

⁸¹ J. Womack, *op. cit.*, p. 74.

sinos obedecían, reconociendo en él al jefe militar más adecuado.⁸² Después de algunas infortunadas rencillas con tropas del gobierno, en una de las cuales pereció Torres Burgos, los "coroneles" o jefes locales nombraron definitivamente a Zapata "Jefe Supremo del Ejército Revolucionario del Sur". Hacia mediados de abril ya Zapata ejercía soberanía entre Puebla y Guerrero, manteniendo además buenas relaciones con los destacamentos dirigidos por Genovevo de la O que operaba por el oeste y sur de Cuernavaca. Con otros jefes locales, como los cuatro hermanos Figueroa, de Huitzuc, tuvo Zapata que disputar largamente la hegemonía. Los maderistas, en cualquier caso, decidieron reconocer a Zapata como jefe principal. Para afirmar sus propias opciones políticas, los maderistas precisaban de la revolución agraria del sur. Con lo que seguramente no contaban era que las aguas de esa revolución tenían cauces propios, y que éstos no eran, de ningún modo, los del maderismo.

El norte

En el norte, en cambio, la revolución tomaría características muy distintas.

La primera diferencia deriva de la extrema heterogeneidad social del movimiento que allí se desencadenó. Por de pronto, gran parte de la población del norte no estaba concentrada en pueblos sino que vivía dispersa en el interior de las haciendas. Las tradiciones agraristas no tenían gran significación y las principales reivindicaciones no eran de propiedad, sino que se dirigían más bien a la obtención de espacios y mejores condiciones de trabajo. Una parte de esa población trabajaba en la ganadería.

Dada la abundancia de mano de obra existente y la baja productividad agraria de la zona, determinada por la concentración extrema de la propiedad y la no muy buena calidad de las tierras, los límites entre los vaqueros y los bandidos que asolaban la región eran muy tenues. En centros agrarios como La Laguna se había formado además una capa relativamente extensa de arrendatarios y semiarrendatarios, que por lo general vivían agrupados en los mal llamados "pueblos libres", situados a veces en el mismo corazón de las haciendas.⁸³

⁸² Adolfo Gilly, "The Mexican revolution", Thetford, Norfolk, Massachusetts, 1938, p. 69. Acerca del tema, véase Robert P. Millon, *Zapata, the ideology of a peasant revolutionary*, Nueva York, 1976, pp. 86-87.

⁸³ Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano", en *His-*

Otro grupo poblacional estaba constituido por los mineros de Chihuahua, Coahuila y Sonora, pero no era extraño que entre la minería y la ganadería existiese rotación de oficios. Igualmente, en virtud del desarrollo relativo de la industria, muchos trabajadores rurales pasaban a convertirse en obreros fabriles. Ciertamente desarrollo urbano determinó además la aparición de una suerte de pequeña burguesía comercial y de sectores medios profesionales. De este modo, la revolución en el norte no tendría un carácter puramente agrario como en el sur, lo que se reflejaría en los propios caudillos, cuyas características principales serían su radicalismo político, un nacionalismo antinorteamericano que lindaba en la xenofobia, el anticlericalismo y una especie de "oportunismo altamente creativo".⁸⁴ El reclutamiento de tropas no tendría lugar así con base en programas, sino por medio de relaciones de adhesión o de clientela.

Menos que por la tierra, los fieros guerreros del norte lucharían por una buena paga y para muchos de ellos la pelea no sería medio para conseguir un objetivo determinado, sino un simple medio de subsistencia como cualquier otro. Miles de desesperados, andrajosos, bandoleros y vagabundos, en fin todo un submundo semiagrario y semiurbano surgido a consecuencia del desarrollo del capitalismo dependiente, se enrolaría en los ejércitos de la revolución. Por lo menos allí tenían asegurada la alimentación, más los botines que podían resultar después de los asaltos a las haciendas de los porfiristas. Como por lo común los soldados no obedecían más que a sus jefes inmediatos, aparecieron además caudillos que no sólo combatían al porfirismo, sino también a sus competidores. Al no estar arraigados a ningún territorio, los destacamentos del norte disponían de una gran movilidad y podían trasladarse de una región a otra sin grandes inconvenientes. Esa movilidad era también política, y podían cambiar sus lealtades con una rapidez sorprendente. Mérito indudable de ese gran caudillo llamado Pancho Villa fue haber sabido siempre mantener la cohesión de sus ejércitos.⁸⁵ Los ejércitos del norte poseían además una ventaja estratégica respecto a los del sur, contaban con un *hinterland* geográfico que les servía de apoyo logístico: Estados Unidos, desde donde recibieron los más modernos armamentos.

toria Mexicana, vol. XII, julio de 1972-junio de 1973. México, El Colegio de México, 1973, p. 324.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 321.

⁸⁵ Adolfo Gilly defiende la tesis, a nuestro juicio un tanto esquemática, de que la División del Norte representa la forma militar del poder de las masas campesinas, en tanto que el zapatismo representaría su forma social. A. Gilly, *op. cit.*, p. 111.

Francisco Villa, en muchos sentidos un genio militar y político, fue sin duda el jefe más destacado de los ejércitos del norte. Su verdadero nombre era Doroteo Arango. El nombre de combate elegido era ya una leyenda, pues había pertenecido antes a varios bandidos famosos.⁸⁶ De acuerdo también con la leyenda, Pancho Villa se convirtió desde muy joven en bandidero porque mató a un hacendado que había violado a su hermana, aunque algunos que le conocieron afirman que lo mató como consecuencia de una clásica rencilla de "machos".⁸⁷ No fue casualidad que el grueso de sus contingentes los reclutara Villa en Chihuahua, pues ahí primaban quizá las relaciones sociales más injustas de todo México, y los vaqueros vivían en su mayoría con un pie fuera de la ley. A éstos la revolución les daría la oportunidad de seguir practicando la violencia, pero esta vez gozando de reconocimiento político y recompensas materiales. Así fue naciendo la legendaria División del Norte, al mando de ese jefe carismático extremadamente generoso con sus amigos, extremadamente cruel con sus enemigos, abstemio en un mundo de formidables bebedores, no fumador, y empedernido y violento enamorado.⁸⁸

"Villa —escribió John Reed— tuvo que inventar en el campo de batalla un método completamente original para luchar, ya que nunca había tenido oportunidad de aprender algo sobre la estrategia militar formalmente aceptada. Por ello es, sin duda, el más grande de los jefes que ha tenido México. Su sistema de pelear es asombrosamente parecido al de Napoleón. Sigilo, rapidez de movimiento, adaptación de sus planes al carácter del terreno y de sus soldados rasos, creación entre sus enemigos de una supersticiosa creencia en la invencibilidad de su ejército y en que la vida misma de Villa tiene una especie de talismán que lo hace inmortal."⁸⁹

Ese "estratega natural" era adorado por sus seguidores,⁹⁰ pero no porque representara antiguas tradiciones, que en el norte habían sido destruidas para siempre, sino porque les ofrecía un nuevo presente. Por lo mismo, las ideas de Villa no se proyectaban a la restitución de ningún orden, sino a

⁸⁶ Uno de esos bandidos había muerto poco tiempo atrás y pertenecía a la famosa banda de los Parra. Véase William Weber Johnson, *México heroico*, Barcelona, 1976, p. 187.

⁸⁷ John Reed, *México insurgente*, La Habana, Ediciones Vencemos, 1965, p. 98.

⁸⁸ Ernst Otto Schuster, *Pancho Villa's shadow*, Nueva York, 1947, p. 131. Véase además Humberto García Rivas, *Breve historia...*, cit., p. 75.

⁸⁹ J. Reed, *op. cit.*, p. 117.

⁹⁰ "Pancho Villa and the revolutionist", Nueva York, 1976, p. 73.

la promesa de nuevas condiciones de vida. Así se explica que sus ideales oscilaran de una cínica posición mercenaria a sueños igualitarios realmente grandiosos. En uno de sus momentos idealistas, confesaba Villa a John Reed: "Cuando se establezca la Nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de las tiranías. No puede haber dictadura sin su ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos."⁹¹

Y aquel terrible general del pueblo agregaba:

"Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos: el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, ayudar a hacer de México un lugar feliz."⁹²

En materia agraria, Villa era más bien un individualista, y sus reformas no iban más allá de las simples reparticiones de terrenos entre los soldados meritorios, algo que por supuesto no podía entender el otro jefe popular, Emiliano Zapata.

Pero cuando Madero decidió recurrir a los servicios de Zapata en el sur y de Villa en el norte no se dio cuenta, con toda seguridad, del incendio que estaba provocando.

EL FIN DEL PORFIRIATO

Madero podía ser cualquier cosa, menos un incendiario. En 1910 sólo le interesaba concitar la alianza social más amplia posible a fin de aislar a la dictadura. Y en ese sentido, hay que reconocerlo, Madero logró su objetivo, pues llegó a unir en un solo frente a los más pobres de México con oligarcas y porfiristas arrepentidos. Sin embargo, la mayor virtud de ese frente, su amplitud, iba a ser su mayor defecto a la hora de constituir un gobierno, pues ni el talento político más grande —y Madero no lo era— podía estar en condiciones de satisfacer, al mismo tiempo, las demandas de las masas agrarias

⁹¹ J. Reed, *op. cit.*, p. 121.

⁹² *Ibid.*, p. 121.

y las de los hacendados. Madero estaba así, desde un principio, condenado a encarnar una figura trágica. Quizá la más trágica de todas.

Antes de que Madero regresara a México, la situación podía definirse como insurreccional. Los levantamientos armados habían comenzado en 1908 en Coahuila. En Palomas y Chihuahua, Enrique Flores Magón agitaba la insurrección urbana. En junio de 1910 hubo acciones armadas en la población de Valladolid y en el estado de Sinaloa, pero sin duda los alzamientos más importantes fueron los de Morelos en el sur y los de Chihuahua en el norte, donde la acción de los pequeños grupos de Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y Francisco Villa desempeñaban un papel determinante. Siguiendo esos ejemplos, pronto comenzaron a aparecer movimientos insurgentes a lo largo y ancho del país. De este modo, cuando Madero regresó no tuvo más que ponerse a la cabeza de múltiples destacamentos que, al menos simbólicamente, ya lo habían designado jefe.

Por cierto, había también sectores antiporfiristas que no obedecían la dirección de Madero, tratando de ofrecer alternativas más radicales. Tal ocurrió por ejemplo con aquella "brigada internacionalista" formada principalmente por mexicanos y norteamericanos, que al mando de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón pretendió invadir California desde el norte. Aunque los magonistas tuvieron algún éxito con la toma de Tijuana, sus posiciones extremas no les permitían constituir un contrapeso respecto al imponente movimiento maderista. El magonismo, como expresión de la radicalización de los sectores medios, era un fenómeno periférico a la revolución misma, aunque era también, al fin y al cabo, un producto de ésta.

Aprovechando el momento, algunos movimientos sociales aplastados por el porfirismo levantaron cabeza articulándose con el proceso revolucionario. El movimiento de resistencia indígena, por ejemplo, experimentó una verdadera resurrección. En Yucatán el levantamiento fue iniciado por los indios mayos. Igualmente, los heroicos yaquis, al recibir la promesa de devolución de las comunidades usurpadas, rápidamente se plegaron a las tropas de Madero. Incluso algunos sectores obreros, captando que en el marco de la lucha antidictatorial se abrían espacios para hacer valer sus exigencias, también se sumaron a las movilizaciones. El año 1910 está signado por una verdadera ola de huelgas, destacando las que tenían lugar en Veracruz, Puebla, Pachuca y Orizaba. El corresponsal del periódico *Philadelphia Record* escribía el 23 de noviembre que cerca de 10 000 obreros de las principales zonas industriales del país se habían sublevado en contra del gobierno. El 22 de

noviembre hubo enfrentamientos de obreros con el ejército en las ciudades de Orizaba, Río Blanco, Nogales y Santa Rosa.⁹³

Completando un cuadro clásico de situación insurreccional, las calles eran ocupadas por estudiantes. El 8 de noviembre, a consecuencia del asesinato de un mexicano en Estados Unidos, surgieron protestas estudiantiles de tipo nacionalista, las que en el ambiente de la lucha contra Díaz tomaron rápidamente un carácter antidictatorial. En las calles de Ciudad Juárez, Toluca, Puebla, San Luis Potosí y Guadalajara hubo violentas protestas estudiantiles.

Hacia fines de 1910, el porfiriato sólo podía controlar la situación con medios represivos. Los campesinos del sur, los indígenas, las guerrillas del norte, fábricas paralizadas, estudiantes en la calle, etc., todo esto era demasiado como para que el edificio de la dictadura no se agrietara. Y la primera grieta se dio justo donde se creía que estaba el fundamento más sólido: en el ejército. La tropa, "integrada por conscripción y leva, combatió forzada y sin ideales, además de hallarse resentida por la explotación de los oficiales subalternos".⁹⁴

Frente al peligro de la hecatombe, los círculos porfiristas, de por sí muy divididos, terminaron por formar bandos irreconciliables. De un lado, los porfiristas más fanáticos, los representantes de las altas jerarquías eclesiásticas, la casta militar y la aristocracia latifundista, todos cerrando filas alrededor de Díaz. En el otro lado estaban aquellos que ya dudaban de la capacidad del tirano para mantener el orden, duda que se convirtió en desconfianza al tomar noticia de que a algunos círculos de Estados Unidos el anciano Díaz les parecía demasiado ligado a las "clases ociosas" y a intereses europeos. En esas condiciones, apoyar a un dictador aislado nacional e internacionalmente no parecía ser el mejor de los negocios. Y por si faltaran pruebas del poco interés norteamericano por apoyar a Díaz, bastaba recordar que los esfuerzos del dictador por repatriar a Madero habían fracasado estrepitosamente. Todos estos signos fueron muy bien captados por el hábil Limantour, quien a su regreso de Europa decidió tomar contacto por su cuenta con los maderistas. Igualmente, en diversas ciudades norteamericanas tuvieron lugar encuentros entre maderistas y porfiristas disidentes.⁹⁵

⁹³ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 114.

⁹⁴ Berta Ulloa, "La lucha armada 1911-1920", en D. Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*, tomo IV, México, El Colegio de México, 1976, p. 6.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 9.

El propio Díaz, a última hora, intentó salvar algo del naufragio y mandó llamar al general Bernardo Reyes, desterrado en Europa, para que se hiciese cargo de la defensa del gobierno. Incluso, reconociendo su derrota, intentó transar con Madero. Esa fue su última jugada. El 8 de mayo de 1911, las tropas del norte comandadas por Pascual Orozco, Pancho Villa, José de la Luz Blanco y el italiano José Garibaldi atacaron sorpresivamente Ciudad Juárez, donde se selló la derrota del régimen. Allí Madero asumió la jefatura de un gobierno provisional. La capitulación del régimen se consumó en esa misma ciudad cuando maderistas y porfiristas firmaron, el 21 de mayo, un acuerdo en donde se acordó la renuncia del dictador y su envío al exilio. Obligado por los propios porfiristas, el 25 de mayo renunció el dictador. En esos momentos se presentó una situación paradójica que anunciaba por sí sola las debilidades internas del futuro gobierno. Mientras en las filas porfiristas había un acuerdo casi unánime en sacrificar a Díaz, en las del maderismo existía una tendencia, encabezada por el propio Madero —y ésta es la paradoja mayor—, que no consideraba necesaria la renuncia del dictador. Al final se impusieron las posiciones representadas por Emilio Vázquez Gómez quien a su vez se había opuesto anteriormente a ocupar Ciudad Juárez por temor a las represalias de Estados Unidos. La mexicana era ya una formidable revolución social dirigida por hombres tímidos. Expresión de esa timidez fue la presidencia provisional asumida por el porfirista Francisco León de la Barra, inaugurándose un breve período de gobierno "inquieto y peligroso",⁹⁶ en el que los porfiristas, aprovechando la buena voluntad de Madero, intentaron salvar sus posiciones, lo que en gran medida consiguieron.

El 7 de mayo, Madero hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Fue recibido por el pueblo como un mesías redentor. Aunque también, escondidos entre la multitud, estaban los maderistas del último momento, aparentemente los más fanáticos, pero dispuestos a volver las espaldas cuando las circunstancias fueran desfavorables. De pronto, como por milagro o arte de magia, el militar, el sacerdote, el periódico reaccionario y el capitalista extranjero se volvían maderistas. Madero estaba demasiado feliz como para diferenciar los diversos maderismos y descubrir cómo en su propio nombre era dibujado, sigilosamente, el siniestro signo de la contrarrevolución.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 13.

EL PELIGROSO INTERINATO

En el interinato de León de la Barra se produjo una situación que podríamos caracterizar como de poder compartido. Por una parte, el gobierno provisional, que no era sino un porfirismo bajo nuevas formas y en cuyo torno era reconstituido el bloque tradicional de dominación. Por otra, el poder de la revolución, mal representado por Madero, pues el caudillo había decidido por cuenta propia que la revolución había terminado.

Como era de esperarse, De la Barra mostró un celo extraordinario por apresurar el desarme de las tropas revolucionarias, algo que por lo demás había sido acordado en el Tratado de Ciudad Juárez. "No hay que tratar con bandidos" era su consigna, queriendo significar con ello que la política era materia sólo para "gente decente".⁹⁷ Desarmar a las tropas contratadas por Madero no era difícil; difícil era hacerlo con las bandas que luchaban por adhesión personal a algún caudillo, como las de Pancho Villa o Pascual Orozco, pues las armas constituían el fundamento del poder de cada una de ellas, no sólo frente a los porfiristas sino también entre ellas. Aun menos que las tropas del norte, los aguerridos campesinos del sur no estaban dispuestos a entregar sus armas, pues ellos no las habían usado para servir a Madero sino para ver cumplidas sus antiguas reivindicaciones. Ante estas circunstancias, Madero, en lugar de ser el dirigente revolucionario que se esperaba, se comportaba como simple agente de relaciones públicas entre el neoporfirismo representado por De la Barra y los sectores revolucionarios. Pocas veces alguien ha dilapidado a manos llenas un capital político tan grande.

Madero, sin embargo, estuvo a punto de lograr la entrega de armas de parte de los zapatistas, que por entonces todavía lo respetaban,⁹⁸ y si ello no tuvo lugar fue debido a los ataques de que fueron objeto por parte del general Huerta, quien ostensiblemente buscaba el enfrentamiento militar. Madero se mostraba así como un inepto frente a los porfiristas y casi como un traidor frente a los zapatistas. Más éxito tuvo Madero con los indios yaquis al firmar un tratado mediante el cual el gobierno se comprometía a restituirles los terrenos

⁹⁷ Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. 1, p. 248.

⁹⁸ Ch. C. Cumberland, *op. cit.*, pp. 180-181; véase también Arturo Langle Ramírez, *Huerta contra Zapata: una campaña desigual*, México, UNAM, 1984, p. 22.

usurpados, ayudarlos financieramente y construir escuelas y servicios. La repatriación de los yaquis deportados a Yucatán quedó como asunto pendiente.

Como si los problemas en el interior del maderismo fueran pocos, el mismo Madero se encargó de aumentarlos al decidir autoritariamente la disolución del Partido Antirreeleccionista a fin de que fuera remplazado por otro que se llamaría "Partido Constitucional Progresista". Tal procedimiento estuvo a punto de producir la escisión del maderismo antes de alcanzar el gobierno. En el gobierno interino crecían además las desavenencias entre el presidente y el secretario de gobierno, Emilio Vázquez Gómez, representante de la tendencia de izquierda del maderismo. De la Barra exigió la renuncia de Vázquez Gómez, y Madero, siempre condescendiente, la aprobó. Los partidarios de Emilio Vázquez Gómez reaccionaron nombrando presidente del Partido Antirreeleccionista a su hermano Francisco. De este modo, Madero llegaría al gobierno como representante de un partido que ya no lo seguía.

En las condiciones descritas, los miembros del antiguo régimen recobraban sus bríos. En junio de 1911 regresa al país el general Bernardo Reyes y es recibido por los porfiristas como un salvador. Lo único que impidió que las condiciones fueran todavía peores para Madero fue que las divisiones políticas no alcanzaron a desaparecer totalmente en los bandos porfiristas. Así, se formaban diversos partidos. Unos, como el Partido Liberal Radical y el Partido Popular Evolucionista apoyaban una posible candidatura de De la Barra. Otros, como el Partido Católico, captando la debilidad de Madero, sugerían una fórmula intermedia: Madero presidente, De la Barra vicepresidente. Los reyistas apoyaban naturalmente a su general, que presentó su candidatura después de haber prometido no hacerlo jamás. El Partido Liberal Nacional —surgido de una ruptura con el Liberal Mexicano— se oponía a Reyes. Naturalmente, el artificial Partido Constitucional Progresista eligió a Madero como candidato. Finalmente, y como resultado de largas discusiones y muchos compromisos, todos los sectores que habían participado en la revolución se decidieron por la fórmula: Madero presidente y José María Pino Suárez —un conservador poco conocido— vicepresidente. Como era de esperarse, las elecciones que tuvieron lugar entre el 10 y el 15 de octubre consagraron el triunfo de Madero.

Muchos maderistas creían quizá que el negro periodo del interinato quedaba atrás y que a partir de las elecciones la revolución continuaría su rumbo, parcialmente interrumpido. Pocos percibían, a la hora del triunfo, que el interinato sólo había sido la antesala de un periodo todavía más negro.

UN GOBIERNO CONTRA EL MUNDO

El gobierno de Madero estaba situado entre todos los fuegos. Por un lado, una contrarrevolución que cada día se organizaba mejor, y por otro una revolución que se atomizaba en múltiples fracciones. De nada le valió a Madero mostrar su buena voluntad al incorporar a algunos conservadores en aquel "gabinete de composición heteróclita", según la despectiva expresión de Vera Estañol.⁹⁹ Al contrario, tales hechos fueron interpretados como signos de debilidad. Pero, sin duda, el máximo error de Madero fue haber dejado intacto el principal reducto de los porfiristas: el ejército. Con sus vacilaciones, Madero sólo lograba que los jefes revolucionarios que alguna vez lo apoyaron, como Zapata, comenzaran a abandonarlo.

Los revolucionarios del sur nunca habían sido en verdad maderistas. Eran zapatistas, es decir, agraristas, y no habían luchado por otra cosa que por el derecho a la tierra. Incluso un parlamentario conservador, Francisco M. de Olaguibel, al afirmar que el del sur "más que político, es ya un movimiento social",¹⁰⁰ se había dado cuenta, antes que Madero, de lo que representaba Zapata. Por esas razones, cuando los zapatistas advirtieron que los compromisos contraídos por Madero con los sectores porfiristas les impedirían cumplir sus promesas, simplemente decidieron continuar la obra que tenían comenzada, pero de manera independiente. El apoyo que Madero otorgó al gobernador del estado de Morelos, Ambrosio Figueroa, enemigo a muerte de Zapata, no hizo más que acelerar la ruptura. El 25 de noviembre de 1911, los campesinos del sur se declararon oficialmente en estado de rebelión, reconociendo como jefe a Pascual Orozco (quien por entonces disientía de Madero) o, en su defecto, a Emiliano Zapata.

El reconocimiento a Orozco muestra la intención de los agraristas de no aislarse de otras alas populares de la revolución. Expresión política de la ruptura con Madero fue el Plan de Ayala, redactado por el maestro rural Otilio Montaño. En lo referente a cuestiones agrarias, el Plan de Ayala complementaba el Plan de San Luis en los siguientes términos: "[...] los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal; entrarán en posesión de esos bienes inmuebles, desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos corres-

⁹⁹ J. Vera Estañol, *op. cit.*, p. 242.

¹⁰⁰ Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. II, p. 37.

pondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en las manos la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellas la deducirán ante los tribunales que se establezcan al triunfo de la revolución".¹⁰¹

Para un observador foráneo tales palabras no pasaban quizá de ser una declaración retórica. Para los campesinos del sur eran, sin embargo, una razón por la que valía la pena dar la vida.¹⁰²

Madero, siempre dispuesto a hacer concesiones a los porfiristas, intentó contestar al desafío del sur con la represión militar. Nunca, ni siquiera en los peores momentos del porfirismo, fue ejercida una mayor violencia en contra de los campesinos. Al mando del general Juvenio Robles, las tropas del ejército incendiaron pueblos enteros, como el de Santa María, y cientos de campesinos, incluyendo a mujeres y niños, fueron despiadadamente masacrados. Mediante el sistema de nominado de "recolonización" sacaban de sus pueblos a los pacíficos pobladores y los llevaban a campos de concentración con el objetivo de secar las fuentes de supervivencia de las guerrillas zapatistas.¹⁰³ Después de tales experiencias, nunca sería posible convencer a los campesinos del sur de que Madero no era un traidor. La de Madero no podría ser más la revolución de Zapata, y viceversa. De este modo, después, cuando Madero intentó cumplir sus planes agrarios, no contaría con el apoyo de los campesinos: había corrido demasiada sangre.

En marzo de 1912, Pascual Orozco fue enviado por Madero para que junto con los guardias rurales, sofocaran otra rebelión, la de Emilio Vázquez Gómez. Pero Orozco decidió levantarse en armas encabezando una rebelión que tuvo su asiento entre Sonora y Coahuila. Como producto de la rebelión de Orozco surgió el llamado Plan de la Empacadora, en donde se encuentran algunos planteamientos relativos a temas sociales, y otros abiertamente pronorteamericanos.¹⁰⁴ Inne-
gablemente, en la redacción del documento se dejan ver las manos de los liberales magonistas. Las proposiciones más importantes de dicho plan son las que se refieren a la nacionalización de los ferrocarriles, a la jornada máxima de 10 horas para los asalariados y de 12 para el trabajo a destajo,

¹⁰¹ Manuel González Ramírez, *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, vol. 1: *Planes políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 80 [edic. en 4 vols., 1954-1957].

¹⁰² Véase A. Gilly, *op. cit.*, p. 79.

¹⁰³ J. Womack, *op. cit.*, p. 135.

¹⁰⁴ Ch. Curtis Cumberland, *op. cit.*, p. 193.

a la supresión de las tiendas de raya y a la prohibición del trabajo para los menores de edad. En materia agraria se reconocía la propiedad de la tierra a quienes la hubiesen poseído pacíficamente por más de veinte años y tuvieran títulos legales revalidados; además, reivindicando la devolución de las tierras despojadas, postulaba la expropiación de las grandes haciendas.

La rebelión de Orozco fue sofocada por las tropas gubernistas que comandaba Victoriano Huerta. Pese a la claridad de su programa, los rebeldes no estuvieron en condiciones de ganar el apoyo de otros caudillos del norte, como Pancho Villa, quien combatió junto al ejército oficial. Después de la rebelión de Orozco, Madero otorgó mayor confianza al ejército y cedió a sus presiones para licenciar las tropas revolucionarias. El mismo Villa estuvo a punto de ser fusilado por Huerta, salvándose sólo por la oportuna intervención de Madero.

La de Zapata y la de Orozco fueron sólo las rebeliones más significativas. Desde muchos flancos, el poder de Madero comenzaba a ser desconocido. Incluso frente a la tardanza de Madero para repartir las tierras, los propios yaquis transportados a Yucatán se declararon en estado de rebelión y cerca de 20 mil indígenas procedieron a ocupar haciendas, repartiendo cosechas y ganado entre peones y aperceros.¹⁰⁵ Por lo demás, ya durante el interinato, grupos sociales disidentes habían proclamado su autonomía, dictándose entre otros los planes de Texcoco (23 de agosto de 1911) y de Tacubaya (31 de octubre de 1911), influidos por la izquierda del partido liberal.

Irónicamente, mientras más se aislaba de aquellos grupos sociales que lo apoyaron originariamente, más quedaba Madero a merced de los sectores contrarrevolucionarios, quienes por más garantías que recibiesen seguían viendo en el presidente un enemigo mortal.

Sin embargo, hay que reconocer que, pese a todas sus vacilaciones, el gobierno de Madero abrió algunos espacios para que determinados sectores sociales pudieran movilizarse en función de reivindicaciones inmediatas. El movimiento obrero, por ejemplo, se incorporó a las gestas que en muchos otros países se libraban por la jornada de ocho horas. Como consecuencia de tales movilizaciones, fue fundada la Casa del Obrero Mundial (julio de 1912) y la Confederación de Obreros Católicos (febrero de 1912). La primera, de neta orientación anarquista, articuló la oposición obrera contra Madero. La segunda, inspirada en la encíclica *Rerum Novarum*, se proyec-

¹⁰⁵ B. Ulloa, *op. cit.*, p. 29.

tó en una orientación mutualista y, hacia enero de 1913, contaba con más de 30 mil afiliados. Gracias a los propios espacios abiertos por el gobierno, aumentó notablemente el número de huelgas. En enero de 1912 había, por ejemplo, más de 40 mil obreros en huelga.

A menos de un año de gobierno, Madero estaba casi aislado. Sus promesas y declaraciones aludían sólo a la superficie de una revolución social muy profunda que él no podía ni quería entender. Sus alocuciones relativas a la libertad política no eran, a su vez, captadas por un pueblo que padecía miseria, explotación y hambre. Aquel diminuto mandatario con voz de falsete, en sus imposibles afanes de querer conciliarlo todo, se convertía muy rápido en un personaje casi ridículo.¹⁰⁶

LA CONTRARREVOLUCIÓN MILITAR

Mientras la prensa reaccionaria disparaba todos los días dardos envenenados contra el presidente, los antiguos porfiristas comenzaban a reagruparse y elaboraban una estrategia que debía culminar en el derrocamiento de Madero. Dicha estrategia pasaba por diversas fases. La primera caracterizada por una suerte de guerra política de desgaste, en la que objetivamente se combinaban las torpezas de Madero y la deslealtad de sus colaboradores más inmediatos. Una segunda fase fue la ocupación de los múltiples espacios vacíos que dejaba el gobierno. Hacia 1912, Madero, que llegó a contar con el apoyo decidido de la mayoría del pueblo, no tenía más apoyo real que el de un ejército [que no era el suyo] y sobre el que no ejercía ninguna autoridad. La tercera fase está signada por la confabulación. Debido a que la oposición carecía de un partido único, las conspiraciones se concentraron en pequeños círculos informales como clubes, asociaciones, periódicos y, sobre todo, en la embajada norteamericana, en la persona de uno de los personajes más siniestros del periodo: el embajador Henry Lane Wilson. Lane Wilson estaba vinculado al grupo financiero Speyer & Co., al Kuhn Loeb Co. y, a través de éstos, a la Felps Dodge Co. Green Cananea Cooper Co.,¹⁰⁷ desaprobaba la política interior de Madero, sobre todo en lo que tenía que ver con el desarrollo de libertades sindicales que objetivamente afectaban los intereses de empre-

¹⁰⁶ B. Carr, *op. cit.*, p. 50.

¹⁰⁷ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 211.

sas norteamericanas.¹⁰⁸ De este modo, Wilson entregaba todo tipo de información tendenciosa a su gobierno, instándolo a intervenir bajo pretexto de defender la vida de los ciudadanos norteamericanos que vivían en México.¹⁰⁹ Pese a que por lo menos aparentemente el presidente Taft era contrario a intervenir en México, Wilson logró, gracias a sus maquinaciones, que el 11 de febrero de 1912 fueran situados cuatro buques de guerra norteamericanos frente a puertos mexicanos, al mismo tiempo que hacía difundir su opinión en el sentido de que sólo la renuncia de Madero podría impedir una invasión norteamericana. En la embajada de Estados Unidos se reunían los enemigos de Madero, entre ellos el general Victoriano Huerta, que todos los días juraba a Madero su lealtad.¹¹⁰ Las conspiraciones en la embajada tenían como objetivo principal preparar la cuarta fase de esa estrategia destinada a poner fin al gobierno de Madero: la del ensayo general.

En realidad, el primer ensayo golpista había ocurrido al comienzo del gobierno de Madero, el 13 de diciembre de 1911, en un frustrado intento del general Reyes. Pero el veterano militar había calculado mal el tiempo y el lugar. El tiempo, porque Madero estaba en el apogeo de su gloria; el lugar, porque eligió Texas como punto de operaciones sin tomar en cuenta que en esos días Madero contaba con las simpatías de Estados Unidos. Abandonado por sus propios seguidores, Reyes no tuvo más alternativa que dar marcha atrás, y si se salvó de ser fusilado fue gracias a la bondad de Madero —bondad que por lo demás nunca tuvo con los campesinos de Zapata. El segundo ensayo tendría lugar el 16 de octubre de 1912, cuando el general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, sublevó a dos regimientos y se apoderó de Veracruz. El golpe definitivo falló sólo porque Félix Díaz no pudo coordinarse a tiempo con otros militares golpistas que actuaban en la capital. Nuevamente la bondad de Madero se hizo presente y tampoco fue fusilado.

La verdadera puesta en escena del golpe tuvo lugar el 9 de febrero y se originó con la sublevación de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan. Al mismo tiempo, en rápidas acciones, los golpistas Reyes (que moriría en las acciones) y Díaz eran liberados en Tacubaya. Gracias a la lealtad del general Lauro Villar, las tropas constitucionalistas pu-

¹⁰⁸ F. Katz, *op. cit.*, p. 186.

¹⁰⁹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 72.

¹¹⁰ Ch. Curtis Cumberland, *op. cit.*, pp. 200, 242 y 243. Véase también Howard F. T. Cline, *The United States and Mexico*, Cambridge, Massachusetts, 1965, pp. 130-132.

dieron imponerse, Madero, al saber que Villar estaba herido, lo sustituyó por Huerta, que ya había entrado en contacto con Félix Díaz y, aparentando defender al gobierno, no vacilaba en enviar a la muerte a algunos de sus soldados. El 11 de febrero, Díaz y Huerta firmaron un convenio donde desconocían la autoridad de Madero, acordándose que Huerta fuese nombrado presidente de un gabinete compuesto por representantes de las fracciones "reyistas" y "felicistas". Lane Wilson también desconoció a Madero afirmando cínicamente en una reunión de embajadores: "no podemos dirigirnos al gobierno porque no hay gobierno".¹¹¹ Poco después, Madero y Pino Suárez eran hechos prisioneros y en la mañana del 19 de febrero obligados a renunciar. En la noche del 22 al 23 de febrero fueron vilmente asesinados.

REALINEACIÓN DE FUERZAS DURANTE LA DICTADURA DE HUERTA

Si quienes llevaron a Huerta al poder quisieron imponer una segunda versión del porfirismo, se equivocaron profundamente. Díaz había llegado al poder en nombre de una revolución liberal. Huerta llegaba al poder en nombre de una contrarrevolución que chorreaba sangre por todos lados y que era consecuencia de las más oscuras maquinaciones. La ola de asesinatos de maderistas (incluyendo miembros de la familia Madero) y de revolucionarios seguiría a lo largo de todo el período dictatorial, provocando indignación en la opinión pública de muchos países. Incluso Huerta, como persona, era muy distinto a Díaz. El antiguo dictador había llegado a adquirir la imagen de un severo patriarca, respetado por la propia aristocracia. En cambio Huerta, de marcado origen plebeyo, nunca fue aceptado en los círculos "escogidos".¹¹² Además el momento elegido por Huerta para hacerse del poder no podía ser peor, tanto desde un punto de vista económico como político internacional.

La crisis económica que amenazaba explotar durante el gobierno de Madero, explotó con el de Huerta. Sólo la deuda contraída por los gobiernos de De la Barra y Madero con la Speyer and Co. sumaba 40 millones de pesos. La deuda externa era también inmensa. "La lamentable situación del país provocó la desconfianza, el oro desapareció de la circulación y los bancos empezaron por suspender los pagos en ese me-

¹¹¹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 183.

¹¹² Jean Meyer, *op. cit.*, p. 44.

tal y luego en pesos y moneda fraccionaria de plata."¹¹³ Expresión de esa crisis fue la devaluación del peso. De 49.55 centavos de dólar durante los últimos días de Madero cayó, en agosto de 1914, a 25.50.

Pero incluso la crisis económica habría desempeñado un papel secundario si Huerta hubiese contado con el apoyo de Estados Unidos. Pero tampoco el dictador tuvo esa suerte. Con la elección del presidente Woodrow Wilson, ese país atravesaba por uno de esos raros periodos en los que el garrote tiene menos importancia que la diplomacia en la política internacional. La instauración de democracias parlamentarias en los países de América Latina contaba con el visto bueno de Washington. Una dictadura sangrienta, precisamente en el país vecino, era una piedra en el ojo del flamante presidente, máxime cuando la prensa de su país no se cansaba de revelar todos los días el escandaloso comportamiento que le había correspondido al embajador Lane Wilson durante el gobierno de Madero. Así, Woodrow Wilson tomaría la lucha contra Huerta —el "asesino", como acostumbraba nombrarlo— casi como un asunto personal. La respuesta huertista, de intensificar las relaciones diplomáticas con Alemania, no hizo sino empeorar las cosas. Que el kaiser Guillermo II felicitara a Huerta calificándolo de "bravo soldado que salvaría al país mediante la espada", o que el Deutsche Bank y el Dresdner Bank otorgaran jugosos créditos a la dictadura, no eran hechos que incitaran a los norteamericanos a aplaudir.¹¹⁴

En las circunstancias descritas, la de Huerta, más que asemejarse a la de Díaz, se parecía mucho a ese tipo de dictaduras pretorianas que, incapaces de representar los intereses de los propios grupos que las llevan al poder, se autonomizan relativamente respecto a ellos y empiezan a funcionar de acuerdo con la simple dinámica del terror. Como suele ocurrir en esas dictaduras, el poder termina identificándose con la persona del dictador, pues éste procede a neutralizar a todos aquellos que puedan cuestionarlo.

Por supuesto, al comienzo los porfiristas creyeron que los buenos tiempos volvían y se preparaban para un largo período de dominación. "Bustos y retratos de don Porfirio, retirados durante el gobierno de Madero, fueron vueltos a colocar en el Palacio Nacional y en otros edificios públicos, así como en los hogares de los ricos y de los piadosos."¹¹⁵ También algunos miembros de los sectores medios creían que Huerta, con el apoyo del ejército, y si se olvidaban sus crímenes,

¹¹³ Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 44.

¹¹⁴ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 192; F. Katz, *op. cit.*, p. 264.

¹¹⁵ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 159.

podía convertirse en el "factor de orden" necesario después de los tormentosos días vividos. Muchos ex maderistas, y hasta algunos futuros revolucionarios, fueron por un momento "huertistas". Incluso "los trabajadores de la capital no se opusieron abiertamente al nuevo gobierno. Las relaciones entre la Casa del Obrero Mundial y el gobierno huertista durante los primeros meses fueron tensas pero no se caracterizaron por una beligerancia hostil".¹¹⁶ El mismo Huerta entendía que no podía gobernar con base en la simple represión y que, si quería ampliar su popularidad, debía realizar algunas concesiones. Como no era estúpido, sabía que el "talón de Aquiles" tanto de la dictadura de Díaz como del gobierno de Madero había sido la cuestión agraria. ¿Cómo podía cumplir tales reivindicaciones sin lesionar su alianza con los sectores latifundistas que lo habían llevado al poder?, ésta era una duda que evidentemente no tenía resuelta. Finalmente eligió el camino de tratar por separado con los distintos caudillos agrarios, sobre todo con Orozco y Zapata.

Con Orozco tuvo éxito. El hombre que se había rebelado contra Díaz y Madero y que parecía potenciarse como el máximo caudillo militar y político de toda la revolución demostró ser, junto a su consejero Emilio Vázquez Gómez, un pequeño oportunista, al someterse con cuatro mil hombres a los dictados de Huerta.

Con Zapata, en cambio, el dictador se equivocó rotundamente, pese a que las ofertas hechas al caudillo no dejaban de ser atractivas: resolución de la cuestión agraria, amnistía para todos los zapatistas y, para Zapata, nada menos que el puesto de Inspector General de Morelos. Algunos jefes del sur vacilaron y hasta Otilio Montaña, redactor del Plan de Ayala, se manifestó dispuesto a negociar. Incluso Huerta intentó ganar a Zapata haciendo uso de la mediación del padre de Pascual Orozco. Como para que no cupieran dudas, la respuesta de Zapata fue tajante y cruel: hizo fusilar al padre de Orozco, que por cierto actuaba no sólo como mediador sino también como espía. Los razonamientos de Zapata eran, como siempre, muy sencillos: si un arreglo no pudo ser posible con Madero ¿por qué iba a serlo con un representante de ese ejército que masacraba constantemente a los habitantes de Morelos y que llegaba al poder apoyado por los latifundistas?

Las experiencias de los revolucionarios del sur habían sido muy duras. Para ellos nunca había existido la paz. Los cambios de gobierno no habían sido sino episodios; sólo los hombres eran otros; el enemigo seguía siendo el mismo. Además,

¹¹⁶ B. Carr, *op. cit.*, p. 56.

sus posiciones militares eran sólidas. Pese a las increíbles crueldades del ejército, habían sido capaces de obtener cuantiosas victorias gracias a sus singulares métodos de lucha. Ni los incendios en los pueblos, ni las deportaciones en masa, ni las más espeluznantes masacres podían con esa gente que, al recibir una simple señal, de pacíficos trabajadores cañeros se transformaban en los más valientes soldados, a veces sin más armas que sus machetes, pero siempre contando con el hechizante influjo de la virgen de Guadalupe. Los propios enemigos de los zapatistas reconocían, oficialmente, su impotencia. Por ejemplo, en un informe rendido por el secretario Manuel Calero a la Cámara de Diputados, el 27 de octubre de 1911, se puede leer: "Las fuerzas de línea de nuestro nunca bastante elogiado ejército regular no pueden operar ya eficazmente porque no encuentran —hablo del estado de Morelos— fuerzas organizadas que combatir."¹¹⁷

En sus territorios liberados, los campesinos habían reestructurado sus antiguas relaciones sociales. Incluso algunas comunidades agrarias fueron perfeccionadas gracias a la capacidad organizativa de Manuel Palafox, un extraño socialista utópico. Así, los ejércitos debían luchar no sólo contra otro ejército sino contra un pueblo, cuya cabeza visible era Zapata a quien los corridos populares ya cantaban "en los tres puntos del sur si lo quieren con lealtad porque les da justicia, paz, progreso y libertad".¹¹⁸

¿Qué ganaba Zapata pactando con un personaje manchado de sangre, aislado internacionalmente y tan desprestigiado en el terreno político como era Huerta? Esa reflexión debe haber determinado su tajante respuesta a las proposiciones de Orozco: "La Revolución del Sur no puede soportar el estigma de la traición a sus ideales; continuará la lucha contra los incendiarios de pueblos, contra los que no han respetado vidas ni propiedades; contra los verdugos de hombres, mujeres, ancianos y niños; contra los violadores del derecho ajeno; contra los enemigos del progreso y del bienestar de la República; y que están dispuestos a hacer la paz, no sólo en Morelos sino en toda la República, pero normada dentro de los principios que han defendido, no bajo la férula del poder pretorio."¹¹⁹

En breve: Zapata comprendió que la única estrategia posible para su movimiento era la de preservar su independencia y, a partir de ahí, relacionarse con los múltiples sectores

¹¹⁷ Gildardo Magaña, *op. cit.*, tomo II, p. 43.

¹¹⁸ J. Womack, *op. cit.*, p. 170.

¹¹⁹ Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata: datos históricos-biográficos*, México, 1960, p. 103.

antihuertistas que comenzaban a aparecer en el país, como por ejemplo el carrancismo.

EL LEVANTAMIENTO DE CARRANZA

Sí, el carrancismo. Así como contra Díaz pudo Madero convertirse en el epicentro de una nación, en la revolución contra Huerta ese lugar sería ocupado, desde el comienzo, por Venustiano Carranza. Carranza no escribió ningún libro, pero sí llamó la atención del país con un gesto desafiante: desde su Coahuila fue el primer y único gobernador que desconoció la legitimidad del gobierno de Huerta, y después de reclutar un pequeño ejército "se fue al campo de batalla en una verdadera forma medieval".¹²⁰ Pero Carranza no era, como veremos, ningún Don Quijote, y en ese momento sabía muy bien lo que hacía.

En efecto, pocos disponían de mejores condiciones políticas para oponerse a Huerta como Carranza. Por de pronto, provenía de la antigua clase dirigente y era un latifundista acomodado; porfirista durante don Porfirio, maderista durante Madero, representaba antes que nada la continuidad histórica. Había colaborado lealmente con Madero en la fundación del Partido Democrático y llegó a ser Secretario de Guerra en el gobierno alternativo de Ciudad Juárez. Como bien lo retrataba Carleton Beals, "representaba al caballeresco tipo del campo, un pequeño grupo en extinción de dignos conservadores y demócratas poseedores de la tierra".¹²¹ El mismo hecho de desconocer la legalidad de Huerta, antes de combatirlo, lo retrató como un constitucionalista. En efecto, Carranza fue visto por muchos como una versión mejorada de Madero, pues poseía la personalidad fuerte que le faltaba a su antecesor. Esa "figura serena, patriarcal y autocrática"¹²² era la más indicada para unir la idea de la tradición con la de la rebelión. Sin ser amado por sus huestes, como Villa o Zapata, se perfiló como un caudillo nacional más que local y a diferencia de los dos grandes jefes populares demostró ser capaz de coordinar intereses contrapuestos y articulados en función de objetivos militares y políticos muy precisos, incluyendo el tan necesario apoyo internacional. Aunque

¹²⁰ J. Reed, *op. cit.*, p. 211.

¹²¹ Carleton Beals, *Mexico, an interpretation*, Nueva York, 1923, p. 123.

¹²² W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 170.

las clases locales nunca lo reconocieron plenamente, las clases "nacionales" (empresarios, sectores medios y trabajadores) le dieron siempre su apoyo. En síntesis, su título de Primer Jefe lo ganó cronológica y políticamente.

Quizá no hay mejor ejemplo del estilo político de Carranza que el texto de su primer programa, el Plan de Guadalupe, dado a conocer el 26 de marzo de 1913 y que, a diferencia de los planes revolucionarios anteriores, no se refiere en absoluto a cuestiones sociales. Estas, según Carranza, debían resolverse después del derrocamiento de Huerta. Era bastante sincero cuando en un discurso decía. "El Plan de Guadalupe es un llamado patriótico a todas las clases sociales, sin ofertas y sin demandas al mejor postor. Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar, formidable y majestuosa, la lucha social [...]".¹²³ Independientemente de que la lucha social ya había comenzado en México mucho tiempo antes, y sin permiso de Carranza, lo cierto es que este último tuvo éxito en su propuesta pragmática unitaria. También debemos decir que, sin prometer el paraíso, como lo hizo Madero, durante su gobierno se realizarían muchas más reformas sociales que durante el gobierno de éste.

La ausencia de una plataforma social programática, por cierto, causaría también algunos problemas, pues los soldados reclutados no estaban dispuestos a luchar por nada. Villa, por ejemplo, hizo caso omiso de las disposiciones de Carranza y se dedicó, alegremente, a repartir tierras entre sus hombres. Conminado por Carranza a devolver las tierras a sus antiguos propietarios, respondió: "Eso es imposible, por mucho que lo quiera el señor Carranza. Devolver la tierra [...] significaría quitársela a las viudas de los hombres que perdieron su vida en defensa de la revolución."¹²⁴ Así, las reparticiones de tierras continuaron haciéndose informalmente. Según se tiene noticia, la primera de ellas fue la que ordenó el general Lucio Blanco, en agosto de 1913, en la hacienda de Borrey, propiedad de Félix Díaz. Para los zapatistas, a su vez, "la revolución constitucionalista, teniendo por bandera el Plan de Guadalupe, sólo era un incidente en el momento nacional, por lo que debía considerarse supeditada al Plan de Ayala".¹²⁵ Ni Carranza podía evitar que la revolución dejara de ser lo que era: una revolución social.

¹²³ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., t. II, p. 53.

¹²⁴ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 202.

¹²⁵ Emilio Portes Gil, *Historia vivida de la revolución mexicana*, México, 1976, pp. 126-127.

LA INSURRECCIÓN

En términos generales puede afirmarse que en torno a Carranza se recompuso muy rápidamente el bloque social-militar que había hecho posible la revolución de Madero. Pero había una diferencia entre ambos procesos: el de Carranza, aunque programáticamente era menos radical, por su composición social era más avanzado. Debido a la radicalidad social del nuevo movimiento, el fin de la dictadura de Huerta debía significar también el fin de la antigua "élite política". En el sentido expuesto, se hace difícil referirse al carrancismo como a un solo movimiento. Desde luego, el de Madero también había sido más plural que singular, pero no hay que olvidar que el presidente asesinado llegó a ser un símbolo de masas, lo que no puede afirmarse de Carranza. La sublevación anti-huertista nos parece, por el contrario, algo así como una confederación de movimientos; un verdadero carrusel de rebeliones. El zapatismo, por ejemplo, nunca estuvo subordinado a Carranza. Combatió por su cuenta conservando siempre su autonomía y estructura interna. De ahí también que, cuando pasaba el periodo insurgente, los diversos movimientos se desarticulaban entre sí, pues cada uno de ellos, en el marco de una misma revolución, perseguía objetivos distintos. Podría pensarse que bajo la ficción de una "historia nacional" cada uno de ellos tenía una "historia" propia.

Sin duda, los principales apoyos sociales los encontró Carranza en el noreste y norte del país. En el noreste, gracias al ejército que se formó a su alrededor y a la colaboración de ese excelente militar y después mejor político que fue Alvaro Obregón. En el norte, desde Chihuahua, avanzaba Villa y su legendaria división. Las diferencias que pronto surgirían entre las fracciones carrancistas y villistas se debieron a las diferentes orientaciones que cada caudillo representaba. Como ya hemos expuesto, Carranza buscaba perfilarse como figura de integración nacional y no estaba dispuesto a acelerar ningún proceso antes de lograr los consensos mínimos. Villa, en cambio, se debía a su gente y, por lo tanto, sus ideales políticos correspondían con los de las alas más populares del movimiento. De ahí que Carranza y Villa sólo pudieran entenderse en el terreno militar; en el político nunca fue posible.

Las hazañas militares de ésta la segunda insurrección correrían a cuenta de Zapata y Villa. En 1914, los zapatistas se adueñaron de Iguala y Chilpancingo. Asimismo, en 1914, Villa llegó a apoderarse de todo el estado de Chihuahua, ob-

teniendo la batalla decisiva de Torreón. Con éxitos menos espectaculares, las tropas de Obregón iban creando sus propias bases en Sonora y Sinaloa. Otros generales como Pablo González y Eulalio Gutiérrez también obtenían victorias importantes.

Así, al comenzar el mes de mayo de 1914, Huerta había sido vencido en el norte y en el sur.

LAS AGRESIONES DEL BUEN VECINO

La situación internacional fue otro de los factores decisivos en el derribamiento de la dictadura de Huerta, sobre todo por las pésimas relaciones establecidas entre México y el nuevo gobierno norteamericano.

El cambio de la política norteamericana hacia América Latina, en el sentido de otorgar menos respaldo a las dictaduras tradicionales, surgía del convencimiento de muchos inversionistas de que, en aquellos países en los que era necesario realizar inversiones a largo plazo, debían existir mínimas condiciones de estabilidad política, algo que, por supuesto, Huerta no estaba en condiciones de garantizar en México. Hostilizado desde Estados Unidos, Huerta intentó intensificar las relaciones con países europeos, especialmente con Alemania, lo que, en las condiciones determinadas por la primera guerra mundial, no podía ser visto en Estados Unidos sino como un peligro para su propia seguridad nacional.¹²⁶

Había además otra razón que aconsejaba a Wilson intervenir en los asuntos mexicanos, y ésta no era otra que la imprevisión que podía resultar de la revolución en marcha. En una carta de 1913 dirigida a un representante británico, escribía Wilson: "[...] el gobierno de Estados Unidos pretende no sólo echar a Huerta del poder sino también ejercer todo tipo de influencia para garantizar que México tenga un mejor gobierno, bajo el cual sean más seguros de lo que han sido todos los contratos y concesiones de negocios."¹²⁷

Después de un breve periodo de amenazas, Wilson pasaría a los hechos mandando una expedición de *marines* a invadir Veracruz el 22 de octubre de 1914. El pretexto utilizado para la invasión no podía ser más absurdo: impedir que el barco

¹²⁶ F. Katz, *op. cit.*, pp. 268-271.

¹²⁷ Citado por Ramón Martínez Escamilla, *La revolución derrota*, México, Edamex, 1977, p. 88.

alemán "Ipiranga" desembarcara armas para el gobierno, rompiendo el bloqueo impuesto por Estados Unidos.

La invasión de Veracruz reposaba sobre un supuesto muy falso: que las tropas norteamericanas serían recibidas por los mexicanos como un verdadero ejército de liberación. Sin embargo, cuando los 6 000 infantes enviados chocaron con la resistencia no sólo de los cadetes navales, sino con la de la población de Veracruz, el señor Wilson dejó de entender el mundo. El tradicional sentimiento antinorteamericano de los mexicanos afloró en toda su magnitud. Periódicos como *El Imparcial*, *El Independiente* y *La Patria* competían con sus titulares nacionalistas¹²⁸ y una ola de indignación recorría al país. Por supuesto, Huerta creyó que había llegado el momento de afirmar sus posiciones jugando la carta nacionalista. Por lo demás era ésta la última oportunidad que tenía para afianzarse en el gobierno.¹²⁹ Pero ni el curioso proyecto de "imperialismo moral e intervención" de Wilson ni el intento de Huerta por fortalecer sus posiciones presentándose como adalid del nacionalismo fructificarían, debido a la correcta política que en esos momentos levantó Carranza.¹³⁰

En efecto, Carranza, que ya había establecido un gobierno paralelo en Sonora, rechazó, en contra de lo esperado por Wilson, categóricamente la intervención norteamericana. Incluso Alvaro Obregón llegó a proponer que los constitucionalistas declararan la guerra a Estados Unidos.¹³¹ De este modo, Carranza canalizaba el naciente nacionalismo hacia el lado de la revolución. Paradójicamente, Villa adoptó una actitud conciliadora hacia Estados Unidos. Quizás esperaba beneficiarse con una posible ruptura entre ese país y Carranza.¹³²

Evidentemente, Wilson se había metido en un lío con su intervención en México y para salir de él tuvo que solicitar la mediación de Argentina, Brasil y Chile. En la Conferencia del Niagara Falls (mayo de 1914) se reunieron personeros norteamericanos con delegaciones huertistas y carrancistas. A pesar de las enormes diferencias que separaban a estas últimas, estaban ambas de acuerdo en rechazar la invasión de Veracruz.

¹²⁸ Robert E. Quirk, *An affair of honor*, Nueva York, 1967, p. 107.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 41.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 41.

¹³¹ N. M. Lavrov, *op. cit.*, p. 224.

¹³² R. E. Quirk, *op. cit.*, pp. 116-117.

LA REVOLUCIÓN DIVIDIDA

Imposibilitado Huerta para convertirse en el "héroe de la nación", los revolucionarios pudieron seguir obteniendo de-moledoras victorias. El dictador, sin más armas llegadas de Estados Unidos, sin más apoyo social, no tenía las fuerzas suficientes para resistir las embestidas finales de los constitucionalistas en junio de 1914. El 23 de junio los huertistas eran derrotados por la legendaria División del Norte dirigida por Villa. A su vez, Alvaro Obregón ocupaba Guadalajara. Por el sureste atacaban las divisiones de Pablo González. Los ejércitos de Zapata alcanzaban la capital. Huerta no tuvo más alternativa que entregar el poder al secretario de Gobernación Francisco Carbajal y el 14 de julio huyó a Puerto México para, desde ahí, partir a Europa. El 13 de agosto había sido firmado un acuerdo entre federalistas y constitucionalistas según el cual eran suprimidos tanto el gobierno de Huerta como el de Carbajal. El 15 de agosto, Alvaro Obregón hacía su entrada triunfal en la capital. Cinco días después llegaban las divisiones de Carranza.

A diferencia de lo que había ocurrido durante el gobierno de Madero, esta vez los insurgentes ocupaban México como auténticos vencedores. Ya no se trataba de concertar pactos con el enemigo, sino de imponer condiciones. De este modo, una vez que fueron liquidadas las contradicciones con el enemigo principal, éstas se desplazarían al interior de la propia revolución y, después de 1914, comenzaría una encarnizada lucha por el poder.

De hecho ya se conocían los partidos en contienda. El zapatismo en el sur; y en el norte, el carrancismo y el villismo. Como ha sido expuesto, el zapatismo había librado una lucha por cuenta propia pues nunca había estado subordinado a los planes de Carranza. Tampoco aspiraba a un lugar en el poder central y su única exigencia era que se reconociese el Plan de Ayala en todas sus letras. Carranza, sabiendo que una alianza con el sur podía ser necesaria para contrarrestar las pretensiones del villismo, se mostró condescendiente con Zapata. Pero, en ese instante, el movimiento zapatista pasaba por una de sus fases más dogmáticas debido a la influencia que habían alcanzado en su interior las fracciones llamadas "autonomistas" encabezadas por Palafox, lo que hizo imposible un entendimiento político.

En los primeros momentos la lucha quedó librada entre las fracciones carrancistas y las villistas a fin de ocupar un

"vacío de poder", determinado no tanto por la ausencia de poderes como por su sobreabundancia.¹³³

A primera vista llama la atención la violencia extrema con que se combatieron las fracciones mencionadas, sobre todo si se toma en cuenta que en su composición social eran muy similares. Ello, por lo tanto, sólo se puede explicar tomando en cuenta la autonomización relativa del caudillaje militar y las diversas vinculaciones de cada movimiento con el resto de la "sociedad". Cada "poder" militar estaba, en este sentido, estructurado sobre una distinta base geográfica que controlaba una determinada jefatura. Ahora bien, las jefaturas de un Pablo González o de un Alvaro Obregón podían subordinarse a las de un Carranza sobre la base de algunos compromisos. La de Villa no, pues mal que mal su dispositivo de fuerza se había mostrado como más eficaz que los del carrancismo, y el ex bandido se sentía, por lo tanto, con derechos legítimos para aspirar al poder central. Ya Carranza, dándose cuenta de ese peligro, había intentado mezquinamente reducir el poder de Villa durante la guerra ordenándole realizar acciones casi suicidas, o negándole el apoyo logístico.¹³⁴ Igualmente, cada jefe tenía distintos proyectos políticos. Así, Carranza intentaba vincularse a los sectores medios urbanos y a la clase política de la que él mismo formaba parte. Incluso estableció muy buenas relaciones con sectores obreros, los que se organizaron en los "batallones rojos", que en nombre de la revolución fueron usados por Carranza para combatir a Villa. Este, a su vez, organizaba sus relaciones de una manera más localista estableciendo vínculos con las clases más pobres de la región, adquiriendo así su movimiento un carácter cada vez más plebeyo y radical. De este modo, cuando Zapata se vio obligado a elegir entre esas dos fuerzas, culturalmente tan distintas a las suyas, optó por las de Villa, porque Carranza —ese "viejo cabrón", como lo llamaba—, aunque prometía lo mismo que Villa, estaba todavía marcado por los signos de la clase terrateniente y de la política urbana, industrialista, antiindígena y anticampesina.

Después de la victoria revolucionaria, los choques entre carrancistas y villistas eran el pan de cada día y sólo se pudo llegar a una relativa calma gracias a las mediaciones del general Alvaro Obregón, que como representante del ala "izquierda" del carrancismo afianzaba de paso sus propias posiciones personales. De esa manera, gracias a tales mediaciones, fue suscrito, el 8 de julio de 1914, el Pacto de Torreón, que

¹³³ A. Gilly, *op. cit.*, p. 6.

¹³⁴ Véase Luis Fernando Amaya, *La soberana convención revolucionaria, 1914-1916*, México, Trillas, 1975, p. 24.

en buenas cuentas sólo postergó el a esas alturas inevitable enfrentamiento.

Los representantes de las distintas fracciones revolucionarias acordaron reunirse en una convención que hipotéticamente debería cumplir las funciones de un "órgano supremo de la revolución". Por fin se constituiría el 1 de octubre de 1914 en Aguascalientes. A fin de reorganizar el poder, la convención le retiró a Carranza el título de General en Jefe y a Villa el de General de los Ejércitos del Norte; además invitó a Zapata. Carranza, ante esas condiciones, comprendió que frente a las dos alas populares de la revolución tenía todas las de perder y decidió retirarse de la convención y establecer su cuartel general independiente en Veracruz. Con la retirada de Carranza, los grupos políticos intermedios retiraron su apoyo al eje Villa-Zapata. Desde ese momento, el conflicto quedó planteado entre el convencionalismo dirigido por Villa y el constitucionalismo dirigido por Carranza.¹³⁵ El presidente de la convención, Eulalio Gutiérrez, que en un principio había sido elegido para que mediara entre Carranza y Villa en su condición de ex maderista y ex gobernador de San Luis Potosí, quedó reducido a la calidad de un pelele en las crueles manos de Villa. No siendo posible ninguna mediación, estalló una guerra a muerte, aparentemente sin sentido, entre convencionalistas y constitucionalistas en la que "los trenes eran volados, se fusilaba a los prisioneros sin piedad. La gente se acostumbraba a las matanzas, el corazón no se ablandaba ante el horror, y lo macabro era banal".¹³⁶

La alianza con Zapata abría la posibilidad de que Villa, "ese antiguo peón de la hacienda de Río Grande, se erigiera como dictador de todo el país".¹³⁷ Esa alianza tendría lugar en Xochimilco, el 4 de diciembre de 1914. Con ello parecía que la revolución se despojaba de todas sus ataduras conservadoras y aparecía al fin su perfil campesino y popular. Allí, los dos generales del pueblo firmaron un pacto donde se acordó lo siguiente:

1] La División del Norte y el Ejército Libertador del Sur formarían una alianza militar. 2] Villa y la División del Norte aceptaban el Plan de Ayala. 3] Villa abastecería al ejército zapatista con armas y municiones. 4] Ambos jefes se obligaban recíprocamente a luchar, después del triunfo de la revolución, por la elección de un presidente civil.¹³⁸

¹³⁵ *Ibid.*, p. 184.

¹³⁶ J. Meyer, *op. cit.*, p. 57.

¹³⁷ E. O. Schuster, *op. cit.*, p. 161.

¹³⁸ M. González Ramírez, *Fuentes para la historia de la revolución mexicana*, cit., vol. 1, p. 122.

Sin embargo, independientemente de la admiración mutua que Villa y Zapata se profesaban, o del carácter popular de ambas fuerzas, había condiciones que hacían imposible tal alianza, tanto del punto de vista militar como del político.

Desde el punto de vista militar, el ejército de Zapata, a diferencia del de Villa, no estaba capacitado para desplazarse fuera de su territorio natural. En realidad, el ejército de Morelos no era más que una "liga armada de las municipalidades del estado. Y cuando volvió la paz, a fines del verano de 1914, la gente de los pueblos volvió a fundar la sociedad local con criterio civilista."¹³⁹ De este modo, Zapata no podía aportar más de lo que había aportado: la liberación del sur.

Conociendo Carranza las limitaciones de los ejércitos del sur, dividió la guerra en dos fases: en la primera, concentraría todas sus fuerzas en la destrucción de las tropas de Villa. En la segunda, arreglaría cuentas con Zapata. Igualmente, Villa comprendió pronto que del sur no podía esperar mucho, de modo que ni siquiera envió las armas que había prometido a Zapata.

Los zapatistas también se dieron cuenta muy pronto de que en materia agraria era muy poco lo que podían esperar de Villa, por la sencilla razón de que el general norteamericano no entendía nada del problema. Las reformas agrarias de Villa no pasaban de ser reparticiones más o menos arbitrarias de terrenos. Las diferencias que separaban a Villa y Zapata, más que políticas, eran culturales, y eso no podía ser superado por ningún programa conjunto.

También la historia reciente separaba a los dos revolucionarios. Villa había sido siempre leal a Madero y lo recordaba con veneración y Zapata, como ya vimos, tenía buenas razones para considerar a Madero peor que Díaz. Esta manera distinta de leer la misma historia era también una manera distinta de entender el presente, lo que repercutía sobre todo en el tipo de alianzas sociales que se hacía necesario contraer, sobre todo con los sectores de "izquierda" del carrancismo.

Por último, hay que dejar constancia de que hacia el sur habían emigrado algunos intelectuales urbanos anarquistas, y aun marxistas, quienes habían descubierto de pronto a los campesinos y a sus tradiciones colectivistas. El encuentro de tales ideas con las creencias religiosas de los campesinos produjo como resultado una ideología bastante extraña en donde se mezclaba una cerrada desconfianza a todo lo que no era rural, con un culto casi religioso a la persona de Zapata, y con una confianza ilimitada en la invencibilidad de sus ejér-

¹³⁹ J. Wornack, *op. cit.*, p. 221.

citos. Místicos como Palafox, que poseía una descomunal capacidad administrativa, o teóricos como el anarquista Antonio Díaz Soto y Gama, se convirtieron en eminencias grises de una política que terminó por no dejar ningún flanco abierto para lograr entendimientos con Villa, con Carranza o con quien fuera. Dirigentes pragmáticos como Gildardo Magaña —a quien como sucesor de Zapata le correspondería la triste tarea de administrar la derrota— ocupaban en ese periodo un lugar secundario.¹⁴⁰

El astuto Carranza sabía que estaba en inferioridad militar respecto a Villa, pero objetivamente la mayoría del país lo apoyaba. Con ello logró ganar además el apoyo de Estados Unidos, pese a que Villa, gracias a la mediación del agente George Carothers, logró mantener, por lo menos hasta el verano de 1915, buenas relaciones con el país vecino.¹⁴¹ El apoyo norteamericano a Carranza hizo que los sectores pudientes de México decidieran aceptar al caudillo como un mal menor. Si el movimiento de Carranza no se transformó en esas condiciones en contrarrevolucionario, fue gracias a las vinculaciones que mantenía como el "ala jacobina" de Obregón.¹⁴² Fue precisamente Alvaro Obregón quien en la Batalla de Celaya (abril de 1915), que marcaría "el fin de una era de la revolución",¹⁴³ derrotó a Villa completamente. Hacia fines de 1915 Villa era expulsado hasta de Chihuahua, retirándose hacia las montañas, desde donde llevó a cabo espectaculares pero infructuosas excursiones en 1916-1917 y 1918-1919.

Habiendo liquidado la resistencia en el norte, Carranza enfiló hacia el sur. Para el efecto, fue puesto en acción un ejército de más de 40 000 hombres. Nunca, ni aun en los peores momentos vividos durante Díaz y Madero, la crueldad alcanzaría en Morelos grados tan inauditos. Incendios de pueblos, deportaciones en masa, descuartizamiento de cadáveres de inocentes para amedrentar a la población, violaciones de mujeres, etc. eran espectáculos cotidianos. En nombre de la revolución eran ejecutados los más honestos revolucionarios que había tenido México. Y el más honesto de todos, Zapata, fue asesinado por los esbirros de Carranza, víctima de una artera traición, el 10 de abril de 1919. Después de su muerte continuó el más despiadado genocidio. Pero los guerrilleros del sur seguían luchando, hasta el último momento, por su

¹⁴⁰ La desbordante alegría de Villa al encontrarse con Zapata no había sido más que el canto de cisne de la revolución popular. Véase L. F. Amaya, *op. cit.*, p. 182.

¹⁴¹ W. Weber Johnson, *op. cit.*, p. 331.

¹⁴² B. Carr, *op. cit.*, p. 333.

¹⁴³ Robert E. Quirk, *The Mexican revolution, 1914-1915*, Nueva York, 1960, p. 226.

virgen de Guadalupe y por su "Miliano" a quien tanto querían y a quien después llamaban "El Pobrecito". Fue muy tarde, en 1920, cuando Carranza —que había sido desde 1917 elegido presidente del país— comprendió que los del sur no se rendirían hasta ver cumplido el Plan de Ayala, y al fin se decidió a dar curso a sus reivindicaciones.¹⁴⁴ Después de todo, Emiliano Zapata resultaba vencedor.

UN BALANCE

Se ha dicho que la revolución es la madre que devora a sus propios hijos. No sabemos si eso es verdad, pero por lo menos en el caso mexicano lo es. Ni a Zapata, ni a Villa, ni a Carranza, ni a tantos generales, les fue permitido morir de enfermedad. A primera vista la revolución mexicana pareciera ser una cadena interminable de desplazamientos de fuerzas, de oportunismos y hasta de traiciones. Una imagen pesimista se refuerza si consideramos los terribles sufrimientos de los campesinos en una revolución que ha sido caracterizada como agraria. Hay cronistas que incluso afirman que los campesinos del sur, después de sus experiencias con los gobiernos de Madero y Carranza, terminaron añorando los "buenos tiempos" vividos bajo Porfirio Díaz. En el norte, el espectáculo de miles de cadáveres de soldados caídos luchando contra otras bandas revolucionarias, no era más hermoso. Ahora bien, si se piensa en la situación económica que resultó después de la revolución, surge la pregunta acerca de si todo lo ocurrido era verdaderamente necesario. La mayoría de los fondos fiscales fue destinado en México, aún mucho después de la época de grandes enfrentamientos, a solventar los gastos de la guerra. Por cierto, se nos dirá que gracias a la revolución la estructura "feudal" fue herida mortalmente. Sin embargo, no se puede negar que México sigue siendo un país subdesarrollado, ni que el desarrollo de las inversiones y de la industria posterior a la revolución ha profundizado en lugar de solucionar los problemas fundamentales del país.¹⁴⁵ En fin, si a las revoluciones hubiera sólo que medirlas por

¹⁴⁴ R. P. Millon, *op. cit.*, p. 131.

¹⁴⁵ Entre otros efectos, el desarrollo de una suerte de industrialismo dependiente provocó "la emigración y aglomeración de la población en las ciudades". Véase Guillermo Zermeño Padilla, "Los marginados y la revolución mexicana", en *Humanidades*, núm. 3, México, 1977, p. 87.

sus saldos cuantitativos, la mexicana no sería sino un gran desastre. Sin embargo, hay aspectos en los procesos sociales que no son necesariamente cuantificables. Quizás, ahora que ha llegado el momento de hacer un balance, valga la pena detenernos en algunos de ellos.

La afirmación de la idea nacional

Uno de esos hechos no cuantificables tiene que ver con el mismo fin del porfiriato. Porque el porfiriato no era sólo un gobierno: era un Estado. En otras palabras, aquel Estado de tipo patrimonial representado por Díaz terminó definitivamente para ceder el paso a un tipo de Estado que se iba conformando con acuerdo a las nuevas relaciones que hubo de contraer con nuevos sectores sociales, entre los que hay que destacar las clases medias nacientes, un empresariado industrial moderno ligado al exterior y una clase obrera industrial y minera.

Ahora bien, en el México de comienzos de siglo, la reformulación del Estado no podía significar sino la reformulación de la nación. El formidable rechazo a la invasión norteamericana en Veracruz, en 1914, era expresión de un sentido nacional que surgía como consecuencia de la activación de la mayoría de la población. Eso quiere decir que la idea de la nación alcanzaba una expresión sustantiva sólo en relación con las luchas sociales y políticas. Desde luego, todo esto no tendría mayor importancia si México no tuviera un vecino tan poderoso, en contra del cual se hace necesario definir una identidad nacional. Puede decirse en este sentido que Estados Unidos colaboró con Madero en la caída de Díaz y con Carranza en la de Huerta. Pero ni Madero, ni Carranza, ni ningún jefe revolucionario hipotecó sus posiciones a Estados Unidos. Por último, la indesmentible alegría popular con que eran saludadas las "matanzas de gringos" que llevó a cabo el impulsivo Pancho Villa en 1916 en la ciudad de Columbus, y el rechazo general a las expediciones norteamericanas en contra de Díaz, son hechos que hablan por sí mismos.

La afirmación de la idea social

En pocas revoluciones los sectores sociales subalternos han estado tan presentes como en la mexicana. En muchos casos incluso estuvieron en condiciones de forzar los acontecimientos, cambiando su curso. Madero, por ejemplo, se vio prácticamente obligado a incorporar las reivindicaciones campe-

sinas en su Plan de San Luis. Igualmente, Carranza tuvo que ceder a las presiones en favor de reformas en la tenencia de la tierra, y Obregón, a fin de asegurar la estabilidad de su gobierno, tuvo que reconstituir los ejidos.¹⁴⁶ Pese a las terribles represiones que debieron sufrir, los campesinos demostraron ser la clase social que tenía mayor conciencia de sus intereses, y por lo tanto la única, sobre todo en el sur, que supo conservar siempre su independencia.

El movimiento obrero también alcanzó un cierto desarrollo político gracias a la revolución. Las incipientes hueigas de comienzos de siglo, aisladas unas de otras y sin perspectivas históricas, se transformaron, en el marco de la lucha antidictatorial contra Díaz y contra Huerta, en excelentes auxiliares políticos. El liberalismo democrático y el anarquismo militante de los Flores Magón contribuyeron al desarrollo político de la clase obrera. Advirtiendo ese nuevo hecho, la Iglesia también intensificó su trabajo entre los obreros y, en 1912, por ejemplo, tuvo lugar un concurrido congreso obrero católico.¹⁴⁷ En esas condiciones, los obreros comenzaron lentamente a desarrollar un discurso de clase propio, cuya máxima expresión organizativa fue la Casa del Obrero Mundial, fundada durante Madero, erradicada durante Huerta y vuelta a fundar y a desaparecer durante Carranza. En su programa planteaba "su profesión de fe sindicalista y declara que su labor se concreta a promover la organización de los trabajadores gremiales".¹⁴⁸ En el marco de la revolución, los obreros no estuvieron casi nunca en condiciones de articular sus intereses con el movimiento campesino. Sus relaciones fueron más bien establecidas con sectores medios y empresariales cuyas posiciones urbanas, anticlericales, anarquistas y masónicas podían entender mucho mejor que las de esos campesinos que, portando el estandarte de la virgen de Guadalupe, pedían la restauración de sus tierras y tradiciones. El espectáculo de los "batallones rojos", obreros disparando contra los campesinos de Villa o Zapata, pertenece sin duda a los episodios más turbios de la revolución.

¹⁴⁶ Debe tenerse en cuenta en todo caso que lo que las leyes denominaban ejido era algo distinto a la institución originaria y en muchas ocasiones se trataba de simples devoluciones de tierra. Véase, por ejemplo, Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, tomo 3: *El problema agrario*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 222.

¹⁴⁷ Roberto Cerda Silva, *El movimiento obrero en México*, México, 1961, p. 11.

¹⁴⁸ Armando List Iturbide, *Cuando el pueblo se puso de pie*, México, 1978, p. 53.

La afirmación de la idea de la libertad

Una verdadera revolución, y sin duda la mexicana lo fue, tiene la particularidad de movilizar no sólo a determinadas clases, sino a la mayoría de la población de un país, incluyendo a sectores cuyo modo de manifestarse y cuyos intereses no son reducibles a una simple determinación clasista. Una verdadera revolución es también un hecho cultural, por lo tanto permite la aparición de nuevas ideas, ideologías, anhelos contenidos, culturas enterradas, nuevos intereses, sueños, utopías. Las revoluciones importantes han sido, en consecuencia, momentos históricos que nos muestran el potencial de emancipación que existe en cada sociedad. Y todos esos aspectos, imposibles de cuantificar, fueron producidos también por la revolución mexicana. Alguien dijo que cuando lo imposible se convierte en cotidiano, se vive una revolución. Y en efecto ésa es la impresión que queda cuando se sabe de la multitud diferenciada de actores que actuaron en el drama mexicano: por ejemplo, las mujeres. ¿Podía algo ser más imposible en esa tierra de "machos" y pistolas que la movilización de las mujeres? Pues bien, hasta ese imposible dejó de serlo en la revolución.

Es conocida la alta participación de mujeres en los ejércitos de Zapata, la que por lo demás se explica porque la base social de las comunidades era la familia, en la que todos los miembros y no sólo los hombres debían participar, tanto en el trabajo como en la guerra. También forman ya parte de la leyenda de la revolución los batallones de mujeres o "soldaderas", sobre todo las del norte que, armadas hasta los dientes, se batieron a muerte contra los ejércitos de Huerta. Pero además de los hechos legendarios hay otros, de enorme relevancia, que han pasado inadvertidos para la mayoría de los historiadores. Uno de ellos fue, sin duda, el Primer Congreso Feminista que tuvo lugar el 16 de enero de 1916 en Mérida, Yucatán, probablemente uno de los primeros congresos feministas (y no simplemente de mujeres) del mundo. Las mujeres allí reunidas plantearon sus intereses específicos e independientes. Dada la importancia del hecho, nos permitimos citar a continuación parte de la Convocatoria al Congreso, compilada por Jesús Silva Herzog:

"Considerando: que la historia primitiva de la mujer es contraria al estado social y político que actualmente guarda, pues en el matriarcado, revelación y testimonio de su preponderancia pretérita, estuvo orgullosa de sus derechos [...] que es un error social educar a la mujer para una sociedad que ya no existe, habituándola a que, como en la antigüedad, permanezca recluida en el hogar [...] que el me-

dio más eficaz de conseguir estos ideales, o sea de libertar y educar a la mujer, es concurriendo ella misma con sus energías e iniciativas a reclamar sus derechos [...]”¹⁴⁹

Las resoluciones del congreso no fueron tan radicales como la convocatoria, pero de todos modos hay puntos notables, como el 1: “En todos los centros de cultura de carácter obligatorio o espontáneo, se hará conocer a la mujer la potencia y variedad de sus facultades y la aplicación de las mismas a ocupaciones hasta ahora desempeñadas por el hombre”; o como el 10: “Que se eduque a la mujer intelectualmente para que puedan el hombre y la mujer complementarse en cualquier dificultad y el hombre encuentre siempre en la mujer un ser igual a él.”¹⁵⁰

Sin duda, la iniciativa surgió de un grupo reducido de mujeres y probablemente en la redacción haya más de una mano anarquista, pero no deja de ser sorprendente que estas pioneras del feminismo hayan logrado, en medio del caos de la revolución, hacer escuchar su voz. Que ello no dejó impávidos a los círculos dirigentes nos lo muestra la reacción del porfirista Francisco Bulnes: “El feminismo ha penetrado en México como una fuerza perturbadora auxiliar”, escribía aterrado. Y herido en lo más profundo de su identidad machista, agregaba brutalmente las siguientes frases de antología: “Se sabe bien que en los países latinos sólo las mujeres poco atractivas, las viudas desesperadas y las modistas indigentes, cuando son susceptibles a las emociones histéricas, se consagran a la causa social.” Por último, revelando la verdadera causa de su terror, escribía: “Estas mujeres reformistas son los generadores de un odio contra la sociedad más peligroso que el de un anarquista social.”¹⁵¹

La lucha feminista es sólo un signo de la liberación de las energías emancipadoras que trajo consigo la revolución. Quizá no hay demostración más evidente de esa energía que la formidable producción cultural y artística que caracterizó a ese proceso. Los murales y pinturas de Rivera, Orozco, Siqueiros y Frida Kahlo, las novelas de Mariano Azuela, o las ideas de los Flores Magón, o las hermosas canciones de la revolución, son testimonios resaltantes.

Sobre todo entre los campesinos, la idea de la libertad alcanzó grandes dimensiones, pues esta idea surgió asociada a la recuperación material de su propia identidad usurpada. El Plan de Ayala fue, en ese sentido, la condensación de múltiples aspiraciones bloqueadas por la “modernización” del

¹⁴⁹ J. Silva Herzog, *Breve historia...*, cit., tomo II, pp. 233-234.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 236-237.

¹⁵¹ F. Bulnes, *op. cit.*, p. 133.

país y la consecuente apropiación de los ejidos y propiedades comunales. Para los campesinos e indios, la revolución significó el resurgimiento de una realidad que siempre había estado presente en su subconsciente histórico. La utopía en el estado de Morelos representaba la realización de ideales antiguos correspondientes a aquella “tierra prometida” que existía en el pasado común. Por eso siguieron a Zapata como quien sigue a un nuevo Moisés. Pero la historia de Morelos no era la historia del resto de México. Por tal razón, a los campesinos del sur nadie los entendió: ni Madero, ni Carranza, ni Villa, ni Obregón... Y si Obregón les devolvió sus tierras fue más bien para sacarse un problema de encima. “¿Qué podría significar el Plan de Ayala para los obreros textiles de Puebla, para los esclavizados peones de las haciendas de Guanajuato, para los peones de las haciendas benequeras de Yucatán, para los mineros de Sonora?”¹⁵² De este modo, la guerra en el sur sería una guerra del pasado contra el presente. Los esclarecidos revolucionarios del norte nunca supieron qué hacer con esos campesinos vestidos de blanco que creían en Dios y la Virgen, que odiaban los ferrocarriles, que se asustaban frente a las ciudades y sus luces de neón y que sólo deseaban la paz de sus pueblos, en cuyos días de sol, apenas el vuelo de las moscas rasgaba el silencio imperturbable de los tiempos.

Qué ironía: sin ésa, la revolución de los despreciados, la otra, la gran revolución, nunca habría sido posible.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El punto de partida de la revolución mexicana hay que buscarlo en las contradicciones que se daban en el interior del bloque dominante representado por la dictadura de Porfirio Díaz. Tales contradicciones, a su vez, fueron aceleradas por la violenta irrupción de capitales extranjeros que tuvo lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Éstos, al alterar las relaciones de producción establecidas, dieron origen a un sector modernizante dependiente del exterior (representado en parte por el grupo de los “científicos”) que intentó romper la hegemonía de los sectores tradicionales de la minería y de la agricultura de exportación. En otras palabras, la contradicción inicial de la sociedad mexicana era la que existía

¹⁵² Donald Hodges y Ross Gandy, *El destino de la revolución mexicana*, México, 1977, p. 47.

entre el orden poscolonial y las nuevas relaciones capitalistas surgidas de la mayor integración del país al mercado mundial.

La oposición política a la dictadura de Díaz se situó, pues, en el marco de las contradicciones señaladas, pero ya en la primera década del siglo XX éstas lograron vincularse además con las reivindicaciones de los sectores medios emergentes y de la incipiente clase obrera. La incapacidad de la dictadura para automodernizarse hizo obligado para la oposición política plantearse su derrocamiento, que por lo menos militarmente no era posible sin recurrir a las masas indígenas y campesinas. Ello obligaba tomar en cuenta las reivindicaciones más antiguas de esas masas, entre ellas la devolución de las tierras comunales usurpadas y la restauración de los ejidos.

Con la incorporación de las masas agrarias, la revolución dejaría de ser un fenómeno puramente político para transformarse en otro, principalmente social. De este modo tendría lugar un punto de encuentro entre las movilizaciones políticas y democráticas urbanas y las rebeliones indígenas y campesinas tradicionales.

La causa principal del fracaso del presidente Madero debe buscarse en su proyecto de mantener subordinada a la revolución social agraria dentro de los límites planteados por la revolución política urbana, algo que después de desatada la insurrección no podía ser posible.

La revolución agraria tampoco fue un proceso homogéneo, ni en el espacio, ni en el tiempo. En el sur correspondió con la posibilidad de cumplimiento de las antiguas reivindicaciones indígenas y campesinas, y su expresión más nítida fue el zapatismo. En el norte, en cambio, surgió un movimiento social cuya dimensión popular predominaba por sobre las puramente agrarias. En los ejércitos del norte, particularmente en los de Pancho Villa, fue reclutada una población indócil y errática, cuyas relaciones de producción habían sido ya destruidas para siempre. Paralelamente, la revolución del norte articuló intereses provenientes de los obreros mineros y textiles y de las capas medias urbanas.

Madero primero y Carranza después mostrarían una incapacidad para articular desde el Estado a distintas rebeliones con distintos intereses, y por lo tanto con distintos objetivos. Sus gobiernos fueron la expresión dramática de una situación en donde la clase dominante ya no podía gobernar y las clases populares todavía no podían.

El intento de Victoriano Huerta por restaurar el porfiriato fracasó rotundamente, pues para ello no existían ni las condiciones materiales ni las políticas. En lugar de una reedición del antiguo régimen, sólo pudo surgir una dictadura preto-

riana desprovista de base social y, por lo mismo, internacionalmente aislada. Carranza, en cambio, estuvo en condiciones de restaurar el movimiento maderista originario integrando pragmáticamente los diferentes movimientos rebeldes y revolucionarios del país, aunque sólo en el plano militar.

En el sentido expuesto se hace necesario diferenciar dos momentos en la revolución: los momentos movimientistas y los del poder. Como movimiento, la revolución poseyó siempre una gran capacidad de integración social; pero como expresión del poder estatal sólo pudo imponerse amputando sus dos alas populares, la del sur y la del norte. El gobierno de Obregón lograría salvar algunos restos de la revolución al establecer, desde el centro político, una relación de compromiso inestable con las fracciones plebeyas del proceso, respondiendo a algunas de sus reivindicaciones más sostenidas.

La revolución mexicana pertenece a ese largo catálogo de procesos históricos que podríamos denominar revoluciones inconclusas. A través de esa revolución, el sistema patriarcal de poder representado en el porfirismo fue herido de muerte, al mismo tiempo que las clases latifundistas eran reducidas a su mínima expresión económica y política. Los campesinos e indígenas del sur recuperaron al menos parte de sus antiguas tierras y ejidos, aunque a un precio terrible: el holocausto de miles y miles de personas. La clase obrera dio un salto cualitativo en su desarrollo sindical y político. La idea de la soberanía popular, apoyada en las aspiraciones concretas de los sectores populares, salió fortalecida y un influjo emancipador avasallante se manifestó sobre todo en el terreno de las artes y de la cultura. Pero, sin duda, los grandes vencedores de la revolución fueron algunas fracciones de las capas medias y un sector de empresarios modernizantes quienes, apropiándose del Estado, lo convirtieron en el aparato gestor de un capitalismo industrialista, extremadamente dependiente y destructivo.

Por último, la revolución permitiría que en México se crearan las condiciones para el desarrollo de una continuidad histórica que no en todos los países de América Latina ha sido posible. El hecho de que después de muchos años de haber terminado, tantos políticos de ese país sigan nombrando a la revolución en tiempo presente, es una prueba de ello. Incluso, parece inconcebible que los movimientos sociales del futuro puedan desarrollarse sin tomar como referencia, positiva o negativa, la revolución iniciada en 1910. Sin esa referencia, nada será posible en México.

4. BOLIVIA: LA REVOLUCIÓN OBRERA QUE FUE CAMPESINA

Si la revolución en México tuvo su origen en la omnipotencia del Estado, en Bolivia ocurriría exactamente lo contrario: la revolución se originaría como consecuencia de la debilidad del Estado. Quizás ello explica que la revolución de 1952 hubiese sido producto de un largo proceso y no de un levantamiento social en contra de un régimen político determinado. Y en efecto, antes de llegar a la gran revolución, se produjeron en el país varios momentos revolucionarios preanunciatorios.

1952 parece ser sólo el punto de articulación de una revolución que se venía arrastrando desde mucho tiempo atrás. Extraña historia esa de Bolivia, pues la revolución en lugar de ser un hecho excepcional, ha sido un hecho cotidiano. Sin embargo, el asombro que produce tal constatación desaparece de inmediato si profundizamos un poco en la historia del país. País de contrastes sociales inmensos, en donde una masa de campesinos indios ha sido durante largo tiempo explotada por una minoría oligárquica extremadamente pequeña. País donde se formaron grupos, pero no una clase dominante. País donde, fuera de una burguesía apenas existente, se formó una clase obrera minera extraordinariamente combativa y en condiciones políticas de orientar al resto de los sectores sociales subalternos. En fin, un país en donde los campesinos —al igual que en México— aprovecharon las fisuras provocadas por la situación revolucionaria para llevar a cabo una revolución muy propia, cuyos tiempos y demandas eran muy distintos a los de los demás actores del proceso.

A primera vista, la revolución boliviana parece ser un hecho histórico muy moderno, no sólo por su ubicación cronológica sino por la presencia de ideas e ideologías como el liberalismo, el fascismo y, sobre todo, el socialismo. Pero pronto también salta a la vista que tales denominaciones no fueron precisamente pensadas para países como Bolivia, y que por lo tanto lo que designan es algo distinto. Así, pues, quien quiera escribir acerca de la revolución boliviana tiene que realizar un trabajo de disección entre los sustantivos y adjetivos del proceso. Sólo esta separación nos puede ayudar a entender formaciones políticas como el Movimiento Nacional Revolucionario (NMR), síntesis política de la ideología y de la realidad de la revolución.

La revolución boliviana no es una obra de arte. Es un hecho histórico impreciso que se desarrolla a tropezones, a veces

consigo mismo. Por supuesto, en esas condiciones el resultado final no podía resultar sino imperfecto, y sobre todo incompleto. Sin embargo, aunque la tarea del historiador no es entregar respuestas para el futuro, presentimos que debajo de la infinita paciencia de los indios, o detrás de sus rostros de antiguas piedras, se esconde no sólo el recuerdo de los tiempos idos, sino además la luz de una esperanza que sólo aguarda su hora para hacerse realidad.

ENTRE DOS GUERRAS

Averiguar los orígenes de la revolución boliviana es algo que no ofrece complicaciones. La gran mayoría de los historiadores están de acuerdo en situar el punto de ruptura original en la llamada Guerra del Chaco declarada a Paraguay el 18 de julio de 1932.

A su vez, la Guerra del Chaco puede ser considerada como el postrer intento de solucionar en forma triunfalista una crisis de dominación política que se arrastraba desde aquella guerra perdida frente a Chile en 1879.

En el nivel político, la derrota frente a Chile fue una de las causas de la pérdida de legitimación de los sectores dominantes tradicionales. En un nivel económico, tal pérdida de legitimación se explica por el surgimiento de un grupo minero exportador dedicado a la explotación de la plata, grupo que llegó a estar en condiciones de convertirse en una suerte de vanguardia económica de la nación. Aunque tal grupo venía desarrollándose desde antes de la guerra, no había encontrado todavía las condiciones precisas que le permitieran acceder al Estado.

En torno a la minería de la plata se había desarrollado en Bolivia aquello que en términos actuales se conoce como una economía de "enclave". "Desde mediados de siglo, la industria minera de la plata había quebrado casi medio siglo de depresión, empezando a reorganizarse en una escala masiva; esta reorganización incluyó la introducción de capitales en la minería en forma de maquinaria moderna, de consolidación de numerosas compañías mineras y de la liberación de la producción y acuñación del control gubernamental."¹

Ya en los años sesenta y setenta, la producción y la tecnología de las minas de Bolivia habían alcanzado niveles de pro-

¹ Herbert S. Klein, *Historia general de Bolivia*, La Paz, Juventud, 1982, p. 190.

ducción destacados en el plano internacional, lo que a su vez "planteó la necesidad de mayores necesidades de capital y la apertura de la minería boliviana del altiplano al capital chileno y europeo".²

No deja de ser paradójico —en la ya de por sí paradójica historia de Bolivia— el hecho de que del sector minero de la plata, precisamente el más modernizante de los que conformaban el bloque dominante, hubiese surgido el Partido Conservador. Eso quiere decir que mientras en otros países del continente los conservadores eran los representantes del pasado colonial, en Bolivia serían los agentes de la modernización en lo económico, y los iniciadores de una democracia parlamentaria, (muy precaria, por cierto) en lo político. Fueron también estos "conservadores liberales" quienes abrirían las compuertas a las inversiones extranjeras, los que dinamizarían las comunicaciones internas y los que impulsarían una incipiente industrialización.

Sin embargo, ese proceso de modernización puesto en marcha —y en ese punto los conservadores bolivianos no se diferencian en nada de sus congéneres continentales— tendría lugar sobre las bases de una acumulación de capitales que no se planteó en términos de ruptura con el tradicional sistema de propiedad de las haciendas. Por el contrario, durante el ascenso de los mineros de la plata tiene lugar en Bolivia una expropiación masiva de las comunidades indígenas, proceso que ya había comenzado a manifestarse desde antes de la Guerra del Pacífico.

Mientras que las comunidades en 1880 todavía retenían la mitad de la tierra y alrededor de la mitad de la población rural, en 1930 habían quedado reducidas a menos de un tercio en ambos rubros.³ El ataque más espectacular a las comunidades —escribe Pearse— "comenzó en 1886, cuando el presidente Melgarejo, apoyándose en disposiciones anteriores mediante las cuales la propiedad comunal de la tierra estaba jurídicamente depositada en manos del Estado, dio un periodo de sesenta días para que los usufructuarios de las tierras comunales pudieran reunir una determinada suma de dinero a fin de afirmar su derecho de propiedad, después de los cuales esas tierras iban a ser puestas en subasta pública."⁴ Como era de esperarse, ninguna comunidad reunió el dinero exigido. La expropiación de las comunidades, en un país indio como

² *Ibid.*, p. 196.

³ *Ibid.*, p. 193.

⁴ Andrew Pearse, "Campesinado y revolución, el caso de Bolivia", en Fernando Calderón y Jorge Dandler, *Bolivia, la fuerza histórica del campesinado*, Cochabamba, Amigos, 1984, p. 313.

es Bolivia, significaba no sólo la continuación de la conquista por otros medios, sino además el ataque de una minoría detentadora del Estado hacia la propia nación, o como apunta Malloy: "El tipo de relaciones de la cultura nacional de España con las culturas indígenas continuó existiendo sin colonialismo."⁵

La frustrada revolución liberal

Gracias a la minería de la plata, Bolivia se convirtió en un país extremadamente vulnerable a las oscilaciones del mercado mundial, dato que ayuda a explicar su casi permanente estado de crisis política.

Sin embargo, los grupos económicos han actuado muy ocasionalmente en la política, y sólo en los momentos en que lo han considerado estrictamente necesario. Esto no significa que tales grupos hayan sido políticamente neutrales pues siempre han tenido partidos y caudillos de preferencia. Uno de esos momentos en que los mineros actuaron activamente en la política ocurrió en 1884, cuando apoyaron en las elecciones a Mariano Baptista como presidente y a Gregorio Pacheco, un minero de la plata, como vicepresidente, inaugurándose así el periodo conocido como el de la oligarquía conservadora, que se extendió hasta 1899. Tal actuación política de los mineros se debió a su interés por dotar al país de una mínima estabilidad institucional, necesaria después de los descabros producidos por la guerra con Chile, pero también por el no menos marcado interés de evitar el ascenso al poder de sectores políticos revanchistas que pudieran provocar otra conflagración arruinando las perspectivas de enriquecimiento de los mineros, que mantenían excelentes relaciones con financieristas chilenos y, a través de éstos, con los ingleses.

Los sectores anticonservadores agrupados en el naciente Partido Liberal (que en muchas materias era más conservador que el Partido Conservador) hicieron del antichilenismo su bandera electoral y hubo varios intentos por provocar revueltas. Por ejemplo: en las elecciones de 1888, como consecuencia de las protestas por el apoyo que el gobierno de Baptista dio al candidato conservador Aniceto Arce, hubo violentos disturbios, inaugurándose así un largo periodo de lucha en contra de los fraudes electorales. Las elecciones fraudulentas eran un medio normal para la conservación del poder. Las escaramuzas provocadas por los contrarios, la lógica respuesta.

⁵ James M. Malloy, *Bolivia: the uncompleted revolution*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1970, p. 190.

Sin embargo, a partir de los últimos años del siglo XIX, tuvieron lugar importantes cambios en las relaciones de poder debido al surgimiento de un nuevo grupo económico, el de los grandes propietarios del estaño. Los barones del estaño iniciaron su marcha hacia el Estado apoyando al Partido Liberal que a su vez intentó movilizar a los sectores medios, e incluso a trabajadores y campesinos indígenas, utilizando mecanismos populistas que más tarde serían operados a la perfección. Así, la era del predominio liberal en la política coincidiría con la del predominio de los barones del estaño en la minería.

El auge del estaño está en relación directa con el derrumbe del precio de la plata en los mercados. Pese a que ciertos potentados de la plata pudieron cambiar rápidamente sus inversiones a la explotación de estaño, muchos mineros medianos y pequeños no pudieron hacer lo mismo, produciéndose un descontento que fue aprovechado por el propio Partido Liberal en contra de la oligarquía conservadora. Atrincherados en La Paz, los liberales se levantaron contra los bastiones conservadores de Potosí y Oruro, iniciándose en 1899 una revuelta que tomó varias formas: regionalista (o federalista) en la medida en que reclamaba para La Paz la hegemonía del país;⁶ social, en la medida en que activaba la movilización de sectores sociales subalternos, como los obreros y las masas indígenas; político, en la medida en que exigía la limitación de la propiedad territorial, la disminución del poderío de la Iglesia y el fin de la corrupción electoral.

Sin embargo, cuando los liberales llegaron al poder, las transformaciones anunciadas no tuvieron lugar. Los obreros y las masas indígenas fueron cruelmente reprimidos. La propiedad latifundista se mantuvo intacta. La Iglesia se asoció al nuevo poder y la corrupción electoral siguió, si no igual, peor. Como pudo constatar Augusto Céspedes: "La revolución no tenía nada de federal ni de social. No la promovía una pugna entre sistemas de producción o de distribución de la riqueza entre las clases sociales, sino apenas la contradicción regional entre las clases dirigentes de la semicolonía." Los únicos que realmente triunfaron fueron los grandes propietarios del estaño. En 1913, las exportaciones del estaño observaban un aumento de 175% en volumen y de 365% en valor con relación a 1900.⁸

⁶ Véase Mariano Baptista Gumucio, *Revolución y universidad en Bolivia*, La Paz, Juventud, 1956, p. 31.

⁷ Augusto Céspedes, *El dictador suicida*, La Paz, Juventud, 1956, p. 19.

⁸ Luis Peñaloza, *Historia económica de Bolivia*, tomo 2, La Paz, Fénix, 1974, p. 213 [edic. en 2 vols.].

La rebelión del cacique Wilka

En el marco de la mal llamada revolución regional tuvo lugar, sin embargo, una rebelión de enorme importancia: nos referimos a aquella dirigida por el cacique Wilka. La importancia del hecho reside, sobre todo, en haber mostrado la predisposición a la lucha de las masas indias apenas se abrían algunos espacios que la permitían.

Wilka, cuyo nombre originario era Pablo Zárate, era una autoridad para los indios que vivían en la zona comprendida entre Imalla y Machamarca. Debido a esa razón, los liberales entraron en contacto con el cacique ofreciéndole nada menos que la devolución de las tierras comunales arrebatadas, a cambio de que los indios apoyaran su movimiento.⁹ Sin embargo, los liberales pronto advertirían que la rebelión indígena se desarrollaba por su propia cuenta y que era imposible encapsularla en los estrechos márgenes políticos impuestos por ellos. En la práctica, lo que tenía lugar era una reedición de los grandes levantamientos indígenas de la era colonial (como el de Túpac Amaru y el de Túpac Catari), pero esta vez en las condiciones impuestas por el desarrollo capitalista del país. Al igual que muchas grandes rebeliones indígenas latinoamericanas, la de Wilka fue un momento de articulación de otras rebeliones de menor envergadura que venían ocurriendo casi sin pausa desde mediados del siglo XIX a consecuencia del sistemático saqueo a las comunidades amparado por las autoridades. Más todavía, la expropiación a las comunidades tuvo un estatuto legal entre 1874 y 1895, cuando fueron promulgadas las llamadas "leyes de vinculación". La resistencia indígena alcanzó su mayor desarrollo en los años 1895 y 1896 y, gracias a la mediación de Wilka, se articularía con la revolución regional de La Paz en 1898. "La violencia de la guerra civil enconó y estimuló el furor político de colonos y comunitarios, de tal suerte que en un determinado momento de la guerra civil, el levantamiento indígena comenzó a orientarse gradual y paulatinamente hacia metas propias, resultado inevitable de las particulares ambiciones con que la población indígena concurría a la conflagración civil."¹⁰

La rebelión de Wilka mostraba que la "cuestión indígena" era el mayor problema pendiente en la configuración de la "nación boliviana" y, en consecuencia, la que poseía el potencial revolucionario más grande. "Es sugerente que justamente los levantamientos producidos por obra de las instrucciones

⁹ Andrew Pearse, *op. cit.*, p. 328; Augusto Céspedes, *op. cit.*, p. 19.

¹⁰ Ramiro Condarco Morales, *Zárate, el "temible" Wilka: historia de la rebelión indígena de 1899*, La Paz, 1965, p. 397.

escritas de Zárate Wilka se hallen animados por lo menos de cinco pretensiones: 1. La restitución de las tierras de origen. 2. La guerra de exterminio contra las tiranías dominantes. 3. La constitución de un gobierno indígena. 4. El reconocimiento de las autoridades revolucionarias y 5. El reconocimiento de Zárate Wilka como jefe supremo de la revolución autóctona.¹¹

La autonomización de la rebelión indígena respecto a la revolución regional, que tomó forma en la llamada "República de las Peñas" mediante la formación de un gobierno indígena propio, le costaría a Wilka nada menos que la vida. Al igual que con los asesinatos de Túpac Amaru y Túpac Catari, las élites políticas blancas sólo toleraban las movilizaciones indígenas bajo la condición de mantenerlas controladas, reproduciendo así en la política aquella subordinación que ya estaba dada en la sociedad.

Una nación sin Estado. Un Estado sin nación

Hasta tal punto fue de grande la amnesia que sufrieron los liberales apenas se instalaron en el poder, que incluso las reivindicaciones nacionalistas las olvidaron rápidamente. Por de pronto comenzaron haciendo grandes concesiones a Chile en materias limítrofes: en 1904 celebraron un tratado de paz mediante el cual cedían todo el territorio costero y abandonaban las pretensiones de tener un puerto en el Pacífico a cambio de una indemnización formal y de un ferrocarril desde Arica a La Paz.¹² Brasil, a su vez, pudo anexarse todo el territorio boliviano del Acre (Tratado de Petrópolis, 1903) a cambio de 2.5 millones de libras esterlinas. La venta de territorios a Brasil y Chile evidenciaba —en palabras del talentoso Carlos Montenegro— "que la noción de la oligarquía sobre la integridad territorial era una simple noción de propietarios".¹³

La singular práctica de solucionar los problemas financieros del país vendiendo partes del territorio traería imprevisibles consecuencias en el futuro, pues las conmociones sociales se vincularían, necesariamente, con una "cuestión nacional" que en la práctica nunca había sido resuelta.

Los gobiernos liberales de José Manuel Pando (1899-1904) e Ismael Montes (1904-1909 y 1913-1917) intensificaron los programas de modernización dependiente iniciados por los libera-

¹¹ *Ibid.*, p. 398.

¹² H. S. Klein, *op. cit.*, p. 211.

¹³ Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*, Buenos Aires, 1967, p. 207 [Cochabamba, ed. Amigos del Libro; y La Paz, ed. Juventud].

les. Por ejemplo: "Hasta 1908, Bolivia había sido un país sin deuda externa. Desde entonces varios empréstitos fueron hechos al gobierno boliviano, destacando el realizado en 1922 por la Spittel-Nicolaus-Investment de St. Louis. La Equitable Trust Co. y la Spencer Trask de New York."¹⁴ Leve reflejo de la dependencia externa son las estadísticas disponibles. En el quinquenio 1886-1890, el promedio de las exportaciones anuales de Bolivia fue de 26.9 millones de bolivianos y el de las importaciones de 12.7 millones. En 1901-1905, estas cifras ascienden a 32.8 y 16.9 millones respectivamente, y en los periodos posteriores siguen creciendo cada vez más hasta fines de la década 1920-1929 cuando alcanzaron a 125.5 y 66.2 millones respectivamente.¹⁵

Debido a la carencia de una clase gestora, el sujeto de la economía de dependencia no podía ser otro sino el Estado que, a la vez, impulsó programas de urbanización, de construcción ferrocarrilera y de una gran cantidad de obras de infraestructura que beneficiaban sobre todo a los barones del estaño.

Los barones del estaño estaban lejos de constituir algo aproximado a una clase social. Se trataba más bien de imperios económicos individuales y/o familiares. El más legendario fue sin duda el de Simón Iturri Patiño, nacido en Cochabamba en 1868, quien de empleado de minas pasó a convertirse en uno de los más portentosos millonarios del mundo. En 1910, Patiño compró la Uncia Mining Company y en 1924 la compañía chilena de Llaallagua. Ya en ese periodo controlaba alrededor del 50% de la producción boliviana, con un personal de más de 100 000 hombres.¹⁶ Su fortuna era estimada en 300 millones de dólares.¹⁷ Sólo sus rentas eran superiores a la del Estado, caso único en el mundo.¹⁸ Su avance no tenía límites. En 1916 adquirió la William Harvey Co. de Liverpool desde donde construyó un imperio financiero ramificado en toda Europa. No tan poderosos como Patiño, pero también importantes fueron las posesiones mineras de la familia Aramayo y de Mauricio Hoschild. Sólo estos tres grupos contro-

¹⁴ Margaret Alexander Marsch, *The bankers in Bolivia*, Nueva York, 1928, p. 90.

¹⁵ Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Análisis y proyecciones del desarrollo económico*, tomo IV: *El desarrollo económico de Bolivia*, México, CEPAL, 1958, p. 7.

¹⁶ Augusto Céspedes, *El presidente colgado*, La Paz, Juventud, 1971, pp. 25-30.

¹⁷ L. Peñaloza, *op. cit.*, t. II, p. 314.

¹⁸ Liborio Justo (Quebracho), *Bolivia, la revolución derrotada*, Cochabamba, 1967, p. 68.

laban toda la producción del estaño y gran parte de la del plomo, zinc, wólfam y otros minerales.

Pese a que eran bolivianos, los barones del estaño actuaban en la práctica como capitalistas extranjeros en su propio país. Ello inhibió aún más la posibilidad de que surgiera algo parecido a una burguesía nacional.¹⁹ Y obligó al Estado a convertirse en el principal gestor de la economía no-minera del país. El Estado pasó a ser así una suerte de botín en permanente disputa y por lo tanto la política se convirtió, especialmente para los sectores medios ciudadanos, en un medio muy particular de enriquecimiento personal. La lucha por la apropiación del Estado no operaría siempre como una consecuencia de enfrentamientos clasistas, sino más bien como resultado de escaramuzas de diversas fracciones políticas con intereses sociales similares. De este modo, el Estado se convertiría en un aparato extremadamente vulnerable, incapaz de resistir el embate de amplias movilizaciones sociales, como la de 1952. La política, en las condiciones expuestas, era vista por la mayoría de la población como una actividad desprestigiada. Los detentadores del poder fueron bautizados como la "rosca", término muy particular que englobaba tanto a la clase dominante como a sus testaferros políticos.

Muy pronto los liberales se dividirían, surgiendo de su interior el Partido Republicano (1916), que inicialmente no fue más que una coalición política de todos los grupos opuestos a los liberales.²⁰ En la práctica, los republicanos eran tan obsequiosos hacia los grupos mineros como los liberales. Sin embargo, tanta era la corrupción política, que la única bandera que levantaron los republicanos en 1920, la lucha por elecciones correctas, bastó para desbancar a los liberales.

El surgimiento de los republicanos no llevaría a la constitución de un sistema de tipo bipartidista: sólo significó el comienzo de un proceso general de fraccionamiento político. Rencillas personales precipitaron la rápida división de los republicanos en el gobierno, desde donde surgirían dos partidos. Uno dirigido por el intelectual de clase media urbana Bautista Saavedra; el otro por el hacendado cochabambino Daniel Salamanca.

El gobierno de Saavedra iniciado en 1921 comenzó buscando el apoyo del naciente movimiento obrero, pero al poco tiempo, a fines de 1923, cometía la horrorosa masacre de Uncía. De las propias élites iban surgiendo, paralelamente, diversos grupos que se autodenominaban socialistas. El primer

¹⁹ Véase René Zavaleta Mercado, *Bolivia: el desarrollo de la conciencia nacional*, Montevideo, Estrategia, 1967, p. 63.

²⁰ H. S. Klein, *op. cit.*, p. 213.

partido socialista había sido formado en 1920. En 1921 apareció otro, denominado Partido Socialista Nacional.

Muchos desacuerdos podían tener los miembros de la clase política, pero algo los unía férreamente: el racismo. Saavedra incluso agudizó la política expropiadora, y las rebeliones indígenas, que siempre aparecían, eran aplastadas con inaudita crueldad.²¹ Quizá no haya mejor expresión del pensamiento racista de la clase dominante boliviana que un libro que en su tiempo hizo furor, cuyo solo título es una aberración: *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas. La tesis central de Arguedas era que la enfermedad de Bolivia residía en el mestizaje,²² representado en ese personaje social llamado "cholo" cuyas características, según Arguedas, eran las de ser "holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio y a la bebida".²³ Tal enfermedad no tenía remedio, puesto que era imposible desmestizar a Bolivia: "[...] la sangre mestiza ha concluido por desalojar a la otra y ahora se revela en todas esas manifestaciones bajas y egoístas que son el signo patente de la triste actualidad boliviana, y de este pueblo enfermo, más enfermo que nunca".²⁴ No contento con difamar a los "cholos" de Bolivia, Arguedas extendía sus juicios al resto de los países latinoamericanos atacando al "roto" chileno y al "gaucho" argentino con una saña verdaderamente enfermiza.²⁵ Con toda razón, Augusto Céspedes calificaría a *Pueblo enfermo* como "la obra clásica del colonizador que, para mantener en sujeción al colonizado, lo denigra, atribuyéndole taras constitutivas e irremediables".²⁶

En cualquier caso, el racismo era un vínculo muy débil para mantener siempre unida a la oligarquía boliviana. Así, al final de su mandato, Saavedra se encontraba rodeado por grupúsculos políticos sobre los cuales no ejercía el menor control. Por si fuera poco, él mismo se encargó de abrir un problema nuevo haciendo desmedidas concesiones a la Standard Oil, lo que la prensa opositora aprovechó muy bien para crear un clima de nacionalismo político antigubernista. Saavedra perdió hasta el apoyo de Patiño y hubo de ceder la presidencia a su correligionario Hernando Siles.

Como el desmoronamiento de los republicanos parecía no tener fin, el nuevo presidente se vio en la obligación de crear

²¹ *Ibid.*, p. 215.

²² Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, La Paz, Juventud, 1979, p. 62.

²³ *Ibid.*, p. 77.

²⁴ *Ibid.*, p. 311.

²⁵ Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia*, La Paz, Gisbert, 1975, p. 77.

²⁶ A. Céspedes, *El presidente...*, cit., p. 37.

un partido propio, el Partido Nacionalista. Siles intentó buscar apoyo entre el movimiento estudiantil universitario, lo que fue aprovechado por los estudiantes para fundar la Federación Universitaria Boliviana (en 1928) que, en contra de los planes de Siles, se convirtió muy pronto en uno de los principales centros divulgadores de las ideas socialistas. Como en otros países del continente, el movimiento por la reforma universitaria trascendió más allá de la universidad, vinculándose con las luchas sociales y permitiendo el surgimiento de líderes que tendrían figuración en la década de los cincuenta.²⁷

En efecto, todo el proceso de desmoronamiento de las instituciones políticas tradicionales estaba ocurriendo como consecuencia de la aparición de corrientes subterráneas cuyas aguas presionaban por salir a la superficie. Una de estas corrientes era la clase obrera.

La clase obrera surgida en los periodos del auge platero y salitrero fue inicialmente cuestionada por algunas fracciones de la propia oligarquía, que evidentemente no se daba cuenta de que con ello estaban violando los pactos de convivencia no escritos dentro de la "rosca", sobre todo si se considera que esos trabajadores tenían una proveniencia mayoritariamente indígena y campesina.²⁸ Esto significa que el "indio-trabajador" no sólo iba a luchar por reivindicaciones salariales clásicas, sino que también iba a incorporar algunos temas "históricos" que ellos no habían olvidado. Como apunta René Zavaleta Mercado, en esa clase comenzaban "a manifestarse, de un modo concentrado, los intereses de la nación".²⁹

Más decisiva resultaría la incorporación de los estudiantes y de los obreros a las luchas políticas si ocurría (como sucedió) en el marco de una depresión capitalista mundial que se hacía sentir con violencia en Bolivia, sobre todo en los precios del estaño. "En 1929 Bolivia alcanzó la máxima producción de estaño de todos los tiempos con 47 000 toneladas de estaño exportado, aunque a un precio inferior al de las primeras décadas del siglo. Mientras que en 1927 la tonelada se cotizaba a 917 dólares, en 1929 había bajado a 794 dólares, para desplomarse a sólo 385 dólares en 1932."³⁰

A fin de mantenerse en el gobierno, Siles echó mano de un recurso que más tarde iba a hacer escuela entre algunos gobernantes del país: atizar el nacionalismo mediante la pro-

²⁷ M. Batista Gumucio, *op. cit.*, pp. 117-134.

²⁸ Véase A. Valencia Vega, *El indio perpetuo "mitayo" en las minas*, La Paz, 1956, p. 18.

²⁹ R. Zavaleta Mercado, *op. cit.*, p. 72.

³⁰ CEPAL, *op. cit.*, p. 13.

vocación de problemas fronterizos con países vecinos.³¹ En 1928 movilizaba tropas hacia el Chaco y en el interior decretaba el estado de sitio, paralizando a la oposición política. Después intentó prolongar su periodo más allá de los plazos estipulados. Aunque confió, durante la transición a su próximo mandato, el gobierno a una junta militar, dentro del propio ejército se levantaron voces en contra de Siles, acompañadas de movilizaciones estudiantiles y obreras que amenazaban derivar en una sublevación popular de gran envergadura.

Probablemente para evitar que la movilización popular siguiera su curso, los distintos partidos lograron un acuerdo transitorio, nombrando como presidente al cochabambino Daniel Salamanca. A este político de hechuras conservadoras le correspondería el poco honroso papel de hundir el sistema político en un pantano: la Guerra del Chaco.

En efecto, no había ninguna razón para envidiar al nuevo presidente. El estaño bajaba de precio cada día; Patiño y sus secuaces descargaban todo el peso de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores; éstos, a su vez, no mostraban ninguna predisposición a convertirse en los chivos expiatorios de la crisis y salían, cada vez que podían, a protestar en las calles: allí se encontraban con los bulliciosos estudiantes, portadores del descontento de los sectores medios urbanos. Salamanca, en medio de esa caótica situación, creyó inventar la solución que llevaría al país al orden. Se trataba, según sus planes, de aunar la voluntad popular, más allá de los intereses económicos, en contra de supuestos enemigos comunes. Uno interno: el comunismo; otro externo: los "invasores" paraguayos en el Chaco.

Contra el primer enemigo no tuvo mucho éxito, y no porque fuera muy poderoso sino porque no existía. Bolivia era uno de los países de América Latina en donde a los comunistas les había ido muy mal.³² Lo único que logró Salamanca fue hacer propaganda a la idea comunista. La Ley de Defensa Social que propuso para perseguir a los inexistentes comunistas contó con la desaprobación de sus propios partidarios. Así, al desafortunado presidente no le quedó más alternativa que concentrar todos los fuegos en contra del mentado "enemigo externo".

Salamanca comenzaba un juego muy peligroso. Por cierto, al provocar incidentes fronterizos con Paraguay, lograba transitoriamente el apoyo de la mayoría de la población. Pero para

³¹ A. Céspedes, *El dictador...*, cit., p. 86.

³² Boris Goldenberg, *Kommunismus in Lateinamerika*, Stuttgart, 1971, pp. 107-108.

conservarlo estaba obligado a ganar la guerra en un plazo extremadamente corto. De prolongarse más allá de lo previsto, exigiría una cantidad de recursos imposibles de obtener sin intensificar los mecanismos de explotación social e incrementar aún más la deuda externa, con lo que rápidamente la guerra se convertiría en algo impopular. Y efectivamente, eso fue lo que ocurrió.

Mediante abiertas provocaciones Salamanca prácticamente obligó a los paraguayos a entrar en una guerra que no deseaban. Desde luego, desvaloró la capacidad de combate de los ejércitos paraguayos. Además ignoró una situación geopolítica desfavorable para Bolivia, esto es, que el gobierno argentino apoyaba sin reservas al Paraguay. Tampoco tomó en cuenta a los consorcios petroleros de la región, como la Standard Oil y la Royal Deutsch Schell, no muy dispuestos a apoyar a un gobierno tan aventurero como el boliviano. En fin, Salamanca daba un salto hacia el vacío arrastrando con él un Estado que, después de la guerra, quedaría reducido a unos cuantos escombros.

A MANERA DE EXCURSO: NOTAS ACERCA DE LA ESTRUCTURA SOCIAL DE BOLIVIA DURANTE EL PERIODO PRERREVOLUCIONARIO

Después del desastre del Chaco se abriría un largo periodo prerrevolucionario que culminaría en 1952. Para entender este periodo es necesario tener en cuenta las características de la sociedad boliviana, en algunos puntos distinta a las de otros países latinoamericanos.

En Bolivia rige la misma apreciación que una vez Mariátegui hiciera respecto al Perú, a saber, que allí las clases sociales se encuentran racialmente constituidas.³³

En el escalón más bajo de la sociedad boliviana se encontraban precisamente los más genuinos representantes de la nación, los indios. En el más alto, un reducido grupo constituido por los grandes mineros, los latifundistas y la abigarrada "clase política".

Como ha sido señalado, la economía del país giraba en torno a los enclaves mineros. En el resto de la nación predominaba una estructura agraria heredada del periodo colonial. En vísperas de la revolución, 973 959 personas, equivalentes al 72% de la población económicamente activa, se encontraban

³³ José Carlos Mariátegui, "El problema de las razas en América Latina", en J. C. Mariátegui, *Ideología y política*, Lima, 1969, p. 26.

ocupados en el sector agrario. En cambio, en la minería estaba ocupada sólo el 27% de la población económicamente activa.³⁴

Como en la mayoría de los países latinoamericanos, los latifundistas residían en las ciudades viviendo alegremente de sus rentas. Estos constituían el 8% de los dedicados a la explotación agrícola con el 95% de la superficie total. "Es probable que ese 95% de la superficie agrícola haya sido controlado por una pequeña aristocracia formada por el 4% de los terratenientes."³⁵

Frente a esas condiciones es fácil inferir que los obreros constituían una clase social extremadamente reducida. Sin embargo, la historia del movimiento obrero boliviano es bastante larga. Por ejemplo, el 20 de abril de 1854 se organizaba un gremio de carpinteros; igual ocurría con los sastres. En 1860 fue fundada una organización que agrupaba a los gremios de La Paz.³⁶ Los mineros, en cambio, comenzaron a organizarse apenas en 1905 como consecuencia de catástrofes ocurridas en las minas de Huanchaca y Pulacayo. Ese mismo año, los obreros gráficos fundaban la Unión Gráfica Nacional.³⁷ Los artesanos fundaron en 1907 el Centro Obrero de La Paz. El Primer Congreso Nacional de Trabajadores tuvo un carácter predominantemente mutualista (1912) y de ahí surgió la ampulosamente llamada Federación Obrera Internacional. El gremio más combativo era el de los trabajadores gráficos, que en 1922 encabezaron el primer intento de huelga general. Los ferroviarios, a su vez, ya en 1912 habían fundado organizaciones mutualistas en Oruro, las cuales confluyeron en 1918 en la Federación Ferroviaria de Oruro. Las primeras huelgas mineras también ocurrieron ese año, en el socavón Patiño y en Huanchaca. En 1919 tuvo lugar la primera de las grandes masacres de Catavi. Sin embargo, la primera gran huelga general ocurriría apenas en 1936, activada por el desastre del Chaco.³⁸ Fue ésta, también, la primera vez en que los trabajadores establecieron relaciones de compromiso con

³⁴ Antonio García, "La reforma agraria y el desarrollo económico en Bolivia", en *El Trimestre Económico*, México, julio-septiembre de 1964, p. 78.

³⁵ *Ibid.*, p. 78.

³⁶ Agustín Barcelli, *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias*, La Paz, 1956, p. 49.

³⁷ *Ibid.*, p. 60; véase además Jaime Ponce, Thomas Schandley y Antonio Cisneros, *Breve historia del sindicalismo boliviano*, La Paz, 1968, pp. 2-14.

³⁸ Luis Antezana, *El movimiento obrero boliviano*, La Paz, 1966, p. 6.

el gobierno representado por el general Busch, quien se negó a reprimir la huelga.

Los obreros mineros, sobre todo, eran reclutados entre las masas indias y campesinas: esto significa que antes de una identidad social, poseían una identidad étnica, lo que explica el enorme grado de solidaridad que caracteriza sus acciones. La primera gran organización unitaria no surgiría sin embargo hasta 1944, representada en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. El aislamiento de las minas respecto a las grandes ciudades contribuyó a incrementar las relaciones de solidaridad entre los mineros. Ya hacia los años cuarenta, el número de trabajadores mineros ascendía a 50 000 personas.

La organicidad de los trabajadores mineros contrastaba con el reducido número constituido por los trabajadores industriales (apenas un 4% del total). A diferencia de los mineros, los trabajadores de la industria vivían dispersos en distintos lugares. Los pocos centros de concentración, como Villa Victoria en La Paz, donde se encuentra el 70% de las fábricas del país, estaban circundados por los dispositivos de vigilancia de la gran ciudad. El tipo de sindicalismo de pequeña empresa predominante tendía a dividir todavía más a estos trabajadores.

En cambio, la politización de los llamados sectores sociales intermedios ocurrió de una manera mucho más rápida. El desarrollo de los sectores medios en un país tan precariamente industrializado como Bolivia no es sorprendente si se toma en cuenta que allí se daba con caracteres todavía más marcados un fenómeno que es común para la mayoría de los países latinoamericanos, esto es, que los procesos de urbanización no han marchado siempre unidos con los procesos de industrialización. Las ciudades bolivianas se correspondían más bien con el hipertrofiado crecimiento del Estado y de la administración pública, y no con un desarrollo económico. Los empleados (8% de la población) constituían un contingente mal pagado, siempre disconforme políticamente y, por lo tanto, dispuesto a enriarse en aventuras políticas si de éstas podía resultar la posibilidad de un ascenso social. Lo mismo ocurría con los profesionistas liberales. De estos sectores iba a surgir una intelectualidad numerosa, cuestionadora del poder (cuando no lo detentaba) y que en los momentos de crisis, como ocurrió después de la Guerra del Chaco, sería la fuente generadora de un radicalismo político que cristalizaría en 1952. Por último, uno de los "partidos" más importantes de Bolivia, el ejército, también reclutaría sus contingentes entre los sectores medios.

Aunque es mucha la importancia política de los sectores

urbanos, nunca debemos olvidar que Bolivia es, antes que nada, un país agrario e indio. Según el censo de 1950, la población de Bolivia era de 3 161 503 habitantes. De ellos, 1 703 371 eran indios.³⁹

Quien mejor ha sintetizado las características de la estructura agraria boliviana antes de la revolución es Antonio García, razón por la cual nos permitimos citarlo un tanto extensamente: "La estructura agraria latifundista —escribe— funcionaba sobre estos moldes sociales: economía del trabajo basada en los servicios personales gratuitos, en las tierras o en la casa de hacienda (colonos, arrenderos, pongos, mitanios, etc.); radicación tradicional de los colonos en sayanas o pegujales de 1 a 4 hectáreas, fraccionados en parcelas y localizados en los cinturones marginales de la hacienda (los que debía explotar el 'arrendero' por medio de peones sueltos o hutahuanas en mediería); trabajo gratuito del colono o 'arrendero' durante 4 o 5 días a la semana, en la totalidad del año agrícola y aporte gratuito de jornalero, animales de trabajo y aperos de labranza durante la siembra y cosecha; régimen estricto de contraprestaciones, en especies de trabajo, por el pastoreo de las tierras eriales, la recolección de pajas, o leña, etc.; autosuficiencia laboral por medio de los estratos sociales nutridos en la delgada economía del arrendero, pegujalero o colono; relación exclusiva de la hacienda en la economía de mercado por medio de su comercialización agrícola y pecuaria, hermetismo cultural y político, ya que en la República desaparecieron los métodos de fiscalización estatal de la época del Coloniaje, autoridad patriarcal y centralizada en el hacendado o en su mayordomo o hilacatas."⁴⁰ Los principales sectores sociales agrarios agrupados en las haciendas eran los colonos o arrenderos, los peones o jornaleros "que participaban en las faenas de siembra y cosecha de la hacienda por cuenta del colono" y los huatahuanas "que explotaban en mediería las parcelas del arrendero".⁴¹

La población campesina india era bastante diferenciada según las distintas formas de producción que predominaban en las diferentes regiones del país.

El Altiplano, por ejemplo, una de las zonas más pobladas de Bolivia, se caracteriza por una baja productividad agrícola debido a la mala calidad de las tierras. En esta zona predomina el sistema de la hacienda, formado a consecuencia de la expropiación a las comunidades, cuyos restos seguían subsistiendo en torno a las grandes propiedades. Allí coexistía

³⁹ L. Justo, *op. cit.*, p. 78.

⁴⁰ A. García, *op. cit.*, p. 340.

⁴¹ *Ibidem.*

la propiedad típicamente comunitaria con miserables propiedades particulares, que paulatinamente se iban imponiendo. No obstante, según el censo de 1950 existían en Bolivia 2 799 comunidades indígenas en una superficie de 7 178 millones de hectáreas. El 94% de las tierras comunales estaban concentradas en el Altiplano, en los departamentos de La Paz, Potosí y Oruro. Sólo en el departamento de La Paz existían 1 131 comunidades en una superficie de 3 millones de hectáreas.⁴²

En las tierras de yungas, en las zonas tropicales y subtropicales del departamento de La Paz, dedicados a la producción de coca, café y cítricos, predominaban las relaciones salariales, lo que estaba determinado por la oferta de mano de obra relativamente baja.

Los centros más pródigos de la agricultura boliviana estaban sin duda en los valles. El de Cochabamba poseía, por las mismas razones, la concentración poblacional más alta del país. Los cultivos eran muy diversificados, y la tierra estaba multitudinaria en pequeñas parcelas. De una población aproximada a los 400 000 habitantes, en el departamento de Cochabamba en 1930, había cerca de 120 000 propietarios de tierras, muchos de ellos pequeños propietarios o minifundistas independientes. Sólo en la provincia de Cliza había 7 114 propiedades registradas en 1930. Menos concentrada estaba la población en los valles de Chuquisaca y Tarija, por lo que las parcelas y arriendos eran un tanto más grandes, constituyéndose un sistema informal que abarcaba desde las grandes haciendas hasta los miniarriendos.⁴³

En los llanos del Oriente, relativamente aislados del resto del país, las relaciones de propiedad no eran menos complejas, pues allí se agrega la propiedad latifundista ganadera. Por supuesto, el patrón era la figura central y, a veces, también un caudillo político.⁴⁴ Las relaciones salariales predominaban por sobre las prestaciones de servicio. Los latifundios llegaban a alcanzar hasta 50 000 hectáreas. Antes de la revolución, además de los trabajadores asalariados, existían pequeños campesinos, "inquilinos" o pequeños usufructuarios que combinaban la agricultura de subsistencia con el trabajo en las haciendas; existían también los "tolerados" que, como el nombre lo indica, eran aceptados en las fincas a cambio de salarios bajísimos; por último, estaban los trabajadores oca-

⁴² *Ibid.*, p. 343.

⁴³ Octavio Salamanca, *El socialismo en Bolivia*, Cochabamba, 1931, pp. 5-7. "Farm labor before the Reform", en Dwight B. Heath, Ch. J. Erasmus, Hans C. Buechler, *Land reform and social revolution in Bolivia*, Nueva York, 1969, pp. 86-99.

⁴⁴ D. B. Heath, *et. al.*, *op. cit.*, p. 91.

sionales, utilizados para trabajos de temporada y reclutados entre los vagabundos que pululaban en la región.⁴⁵

Pese a las múltiples diferencias geográficas y sociales, encontramos siempre que la antigua comunidad indígena ha sido dañada, reducida, incorporada al mercado capitalista, adherida como pequeño satélite alrededor de las grandes haciendas, etc. Pese a todo, las comunidades indígenas continuaban existiendo. Este continuar existiendo era causa y consecuencia a la vez de aquella relación de comunidades con la idea del *ayllu*, que fue originariamente un grupo consanguíneo en el marco de una unidad económica y religiosa ubicada en un territorio común.⁴⁶ Existiendo la sola idea del *ayllu*, existía la comunidad y, por lo tanto, un ímpetu para formar comunidades mayores. En otras palabras, existiendo el *ayllu* como referencia, los indios continuaban existiendo como tales y, por lo mismo, también una relación de comunidad que ni los latifundistas, ni el mercado, ni la represión, podían hacer desaparecer.

EL TRAUMA DEL CHACO

Cuando Salamanca iniciaba su absurda guerra, una ola de nacionalismo inundaba Bolivia y la clase política parecía posponer sus diferencias en función de una unidad patriótica. Por doquier circulaban las listas para reclutar voluntarios. Algunos jóvenes oligárquicos se enrolaban creyendo vivir una novela de aventuras. Salamanca podía sentirse satisfecho y pensar que sus provocaciones al Paraguay habían sido una jugada política maestra. Por lo mismo, quiso aprovechar el momento cercenando derechos sindicales y enviando opositores, si no a las cárceles, a los campos de batalla.

Los paraguayos daban continuas muestras de no querer la guerra y aun después de haber perdido el primer fuerte, el 18 de julio de 1932, proponían solucionar los problemas recurriendo a la mediación de Washington. Como los bolivianos siguieron avanzando, al gobierno paraguayo no le quedó más alternativa que decretar la movilización general. Al poco tiem-

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 90-91. Véase también Magda von der Heydt-Coca, *Die bolivianische Revolution von 1952*, Colonia, 1982, pp. 92-116.

⁴⁶ Acerca del tema, véase Bautista Saavedra, *El ayllu, estudios sociológicos*, La Paz, Gisbert, 1903. Hildebrando Castro Pozo, *Del ayllu al corporativismo socialista*, Lima, ed. Mejía, 1936. José Antonio Arze, *Sociología del Incario*, La Paz, 1952. Louis Boudin, *El imperio socialista de los incas*, Santiago de Chile, 1955.

po recuperaban los terrenos ocupados por los bolivianos. La batalla del Boquerón sería el comienzo del desastre para Bolivia y la algarabía nacionalista se transformó en rabiosa oposición. Desesperado, el gobierno de Bolivia confió las tropas al general alemán Hans Kundt esperando que hiciera algún milagro. Pero la derrota ya era irremediable. Los bolivianos no sólo eran desalojados de los fuertes paraguayos, sino que además perdían partes considerables del propio territorio. En la Batalla del Arze, octubre de 1932, fue consumada la derrota boliviana. Salamanca, acosado por la oposición, sólo atinaba a recurrir a los expedientes represivos. Pero cuando los oficiales David Toro y Carlos Quintanilla se hicieron eco del descontento popular, hasta Salamanca comprendió que los días del gobierno estaban contados. El ejército, en los frentes, seguía experimentando estrepitosas derrotas. El 25 de noviembre de 1934 los generales Peñaranda y Toro hicieron detener a Salamanca y entregaron el gobierno al vicepresidente y jefe liberal Tejada Sorzano, que se encargaría de administrar la derrota e intentar recuperar por lo menos una parte de los territorios perdidos, sobre los que, a decir verdad, Paraguay no estaba muy interesado. En el plano interno, Tejada estableció una suerte de economía de emergencia gracias al apoyo que consiguió del barón del estaño Aramayo, que se hizo cargo del Ministerio de Finanzas. El mayor Germán Busch, al recuperar militarmente los territorios petrolíferos, fue elevado a la categoría de héroe en una guerra donde esa especie había escaseado. La paz definitiva fue firmada en junio de 1935. Los paraguayos no querían otra cosa.

Sin duda, el acto más cuerdo de los militares bolivianos durante el curso de la guerra fue destituir a Salamanca. Pero con este acto se iniciaba también la entrada definitiva de los militares en la política, realidad que como una pesadilla acompaña la historia de Bolivia hasta nuestros días.

El saldo de la Guerra del Chaco fue desastroso: murieron 100 000 hombres jóvenes y se perdió una quinta parte del territorio, "la mutilación más horrorosa de nuestra historia", diría Mariano Baptista Gumucio.⁴⁷

La derrota descargó efectos erosionadores en todos los niveles institucionales. Al principio, lo único que aparecía cuestionado era el gobierno de Salamanca, pero el secreto a voces era que la derrota había expuesto públicamente la precariedad del sistema político vigente o, en palabras de Paz Estenssoro, "la debilidad que existía en el viejo régimen".⁴⁸

⁴⁷ M. Baptista Gumucio, *op. cit.*, p. 65.

⁴⁸ Manuel Frontaura Argandoña, *Historia de la revolución nacional*, La Paz-Cochabamba, Amigos del Libro, 1974, p. 69.

Las primeras reacciones frente al fracaso histórico de la clase dominante boliviana tuvieron un matiz predominantemente literario. Así, apareció toda una serie de novelas que constituían al mismo tiempo quemantes acusaciones al régimen, y escritores como Armando Chirveches, Alcides Arguedas y Jaime Mendoza se hicieron cargo de una suerte de nacionalismo frustrado existente en los medios intelectuales. Pero esa frustración distaba de ser unívoca. Por el contrario, fue acogida de modos políticos diferentes a través de diversas tendencias.

Una de estas tendencias tenía un carácter esencialmente nacionalista y popular. Algunos de sus portavoces eran escritores como Carlos Montenegro y Augusto Céspedes. Su ideología contenía inevitablemente algunos rasgos fascistoides y correspondía a la irritación política de los sectores medios urbanos. En lo económico planteaban la nacionalización de las empresas extranjeras, especialmente las del petróleo. En lo político abogaban por un sistema de tipo estatal corporativo. Por lo común hacían una exaltación retórica de los valores de la raza india, pero sus proposiciones concretas con relación a la "cuestión agraria" eran muy vagas. Inicialmente los grupos nacionalistas populares estaban organizados en el pequeño Partido Socialista, pero sus ideas penetraban en todos los círculos; incluso en los cuarteles lo hacían con cierta fuerza, pues eran rápidamente acogidas por algunos oficiales jóvenes. Desde el mismo instante de la derrota, surgió del ejército la organización de los llamados "ex combatientes", que con amargura y odio cuestionaban radicalmente al sistema político establecido.

La derrota del Chaco brindó también la oportunidad para que algunas corrientes de izquierda que habían surgido ya antes de la guerra pudieran circular libremente. Interesante es constatar que algunos autores comenzaron, desde un punto de vista de izquierda, a plantearse el tema de la cuestión indígena. Entre ellos destaca Franz Tamayo quien escribió: "Debemos comprender, entonces, que toda esta injusticia [hacia el indio] acaba por volverse en contra de nosotros; y que si aparentemente la víctima es el indio, final y trascendientemente lo somos nosotros que en realidad destruimos la única fuente de vida y energía que nos ofrece la naturaleza."⁴⁹ Uno de los más interesantes pensadores de la izquierda naciente fue, sin duda, Tristán Maroff, seudónimo de Gustavo Navarro. Según Malloy, Maroff fue "uno de los pocos intelectuales

⁴⁹ Franz Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional*, La Paz, 1944, p. 68.

bolivianos de estatura internacional".⁵⁰ Junto a José Aguirre Gainsborg, Maroff sería uno de los fundadores del Partido Obrero Revolucionario (POR) en Córdoba, Argentina, en 1934, partido que posteriormente se adhirió a la doctrina trotskista. Maroff no era un marxista ortodoxo sino más bien un nacionalista de izquierda. Una de sus tesis principales afirmaba que la burguesía boliviana estaba incapacitada para realizar las tareas de una democracia burguesa, dados sus compromisos con el capital extranjero y con la oligarquía terrateniente; por eso la bautiza con el extraño término de "burguesía feudal".⁵¹ También es interesante destacar que sus posiciones tenían un carácter indigenista y no obrerista, y que encontraba sus ideales de sociedad en las tradiciones colectivas de los incas.⁵²

En este sentido, el POR originario era más bien un punto de confluencia de distintos grupúsculos ideológicos de izquierda, como el Grupo Revolucionario Túpac Amaru fundado en Argentina durante la Guerra del Chaco, el de la "izquierda boliviana" de Chile y el grupo Exilados en el Perú.⁵³ Mucho más ortodoxo desde el punto de vista marxista fue el otro fundador del POR, José Aguirre Gainsborg, que se había formado políticamente durante el periodo de la reforma universitaria. En 1929, Aguirre Gainsborg era Secretario de Vinculación Obrera de la Federación de Estudiantes de la Paz.⁵⁴ En 1930 fue dirigente de un grupo comunista clandestino. En los días de fundación del POR levantó la tesis leninista de un partido de clase "armado de teoría revolucionaria y formado por militantes probados en el campo de la acción revolucionaria".⁵⁵ Esta fue siempre su principal diferencia con Maroff.⁵⁶

Paralelamente a las tendencias populares y de izquierda, comenzaba a tomar forma otra tendencia de abierto carácter fascista, que culminaría en 1937 con la fundación de la Falange Socialista Boliviana, estructurada con acuerdo al modelo de la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera. Su primera declaración de principios no dejaba ninguna duda acerca del carácter del partido: "Falange Socialista Boliviana se basa principalmente en su exaltado fervor patrió-

⁵⁰ J. M. Malloy, *op. cit.*, p. 95.

⁵¹ Tristán Maroff, *La verdad socialista en Bolivia*, La Paz, 1938, p. 38.

⁵² Ese tema lo desarrolla Maroff en *La tragedia del Altiplano*, Buenos Aires, 1934.

⁵³ L. Justo, *op. cit.*, p. 101.

⁵⁴ Guillermo Lora, *Aguirre Gainsborg, fundador del POR*, La Paz, 1960, p. 6.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 40.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 68.

tico, y su concepto nacionalista violento. Parte del principio de la colaboración de clases para combatir la lucha de clases y, consiguientemente, a todas las ideologías de izquierda.⁵⁷

Al tiempo que surgían nuevas tendencias políticas, en los partidos políticos tradicionales continuaba aquel proceso de desmoronamiento que había comenzado antes de la Guerra del Chaco. Los nacionalistas de Siles, por ejemplo, se dividían en pequeñas entidades. De los republicanos de Saavedra surgía una nueva fracción, la de los republicanos socialistas. Tejada Sorzano se apoyaba en un Partido Liberal que sólo era la sombra de lo que había sido en el pasado. Para contener a la oposición, el presidente recurría permanentemente a las fuerzas armadas. Era lo peor que podía hacer. En el ejército ya había cristalizado la idea de que los políticos civiles no sabían gobernar, de modo que decidieron hacerse de un poder que en la práctica ya controlaban. El 17 de mayo de 1936 Tejada fue depuesto por un grupo de oficiales.

EL SOCIALISMO MILITAR

Los oficiales que tomaban el poder eran portadores de concepciones ideológicas bastante difusas, en las cuales se mezclaban algunas nociones fascistas (como el repudio a la política civil y consignas antijudías) con un nacionalismo que de pronto adquiría tonalidades antimperialistas. Portavoces del pronunciamiento eran los coroneles David Toro y Germán Busch. El primero quedó al frente del nuevo gobierno y bautizó la era que se iniciaba con el insólito título de "socialismo militar". Con esto quería decir que, a partir de ese momento, los militares pasaban a ser la representación estatal de un vasto movimiento popular. Objetivamente, Toro y Busch captaban con exactitud la correlación de fuerzas que en ese entonces primaba. Una burguesía propiamente tal nunca había existido. Los barones del estafío habían salido bastante mal parados después de la crisis mundial. Los sectores medios estaban fraccionados políticamente. En consecuencia, los únicos sectores coherentes que restaban eran la clase obrera sindicalmente organizada y los militares. La alternativa era, pues, o un enfrentamiento entre ellas o una suerte de asociación. Los oficiales eligieron la segunda opción, quizá pensando que la primera podía llevar a una prolongación sin fin de la crisis política.

⁵⁷ L. Justo, *op. cit.*, p. 105.

Desde luego, dentro del ejército habían también sectores que no parecían estar felices con la ocurrencia de Toro y Busch de establecer una alianza con el "populacho", y aguardaban el momento para actuar.

Con el fin de afirmar sus posiciones en el Estado y en el ejército, Toro realizó una campaña estatizante en lo económico. Respondiendo a una demanda nacionalista generalizada, el 13 de marzo de 1937 confiscó las posesiones de la Standard Oil, que pasaron a ser controladas por los recién fundados Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia. "Se trataba de la primera confiscación de una transnacional estadounidense en América Latina, adelantándose en más de un año a las grandes confiscaciones mexicanas."⁵⁸ En muy poco tiempo, el Estado se había convertido en el primer empresario de la nación pasando incluso a desempeñar un activo papel en las transacciones del estafio.

Carlos Aramayo intentó responder a la amenaza "socialista" fundando un partido propio que agrupó a los mineros, y que fracasó rápidamente. Pero, en general, la derecha económica estaba comprendiendo la necesidad de organizarse políticamente, algo que nunca había necesitado hacer. Toro, a su vez, intentó formar una especie de partido de Estado apoyándose en la naciente Confederación Nacional Sindical, fundada gracias a su iniciativa. El partido se denominaría ¡Partido Socialista de Estado! y se basaría en una concepción corporativa.⁵⁹

Como se ve, en Bolivia se daban las combinaciones conceptuales más inesperadas: un fascismo antimperialista, un partido socialista que era fascista, un socialismo militar, un socialismo de Estado, un partido republicano sin república, liberales conservadores, conservadores liberales, etc. Todos aquellos conceptos que habían correspondido a determinados momentos de la historia europea volaban juntos hacia Bolivia, entrecruzándose caprichosamente y bautizando realidades muy distintas a las que alguna vez habían designado.

En junio de 1937 tuvo lugar un nuevo pronunciamiento militar que llevó al poder a Germán Busch, "el más brillante héroe del Chaco"⁶⁰ y eminencia gris del gobierno de Toro. Las primeras declaraciones de Busch deben haber sonado como terrible amenaza entre las clases dominantes: "Les juro a ustedes, camaradas, que yo, Germán Busch, demostraré a esos Patiños, Aramayos y Hochschildes, a todos los explotadores

⁵⁸ H. S. Klein, *op. cit.*, p. 250.

⁵⁹ J. M. Malloy, *op. cit.*, p. 88.

⁶⁰ L. Peñaloza, *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario, 1941-1952*, La Paz, Juventud, 1963, p. 20.

de Bolivia, que aquí hay un presidente que hará respetar a su país".⁶¹ Esta declaración no impidió, sin embargo, que pocos días después condecorara a Patiño "por su patriotismo y destacados servicios en el bien del país".⁶² Pese a ser, pues, un recién llegado a la política, el coronel ya dominaba los mecanismos de manipulación populista.⁶³

En la práctica, el programa de Busch —que según la caracterización de Augusto Céspedes era "socialista y antirrosquero"—⁶⁴ se expresó en tres hechos que lo trascenderían: uno fue la creación de un espacio democrático que permitiría la movilización independiente de algunos sectores sociales subalternos; otro, la derogación de la Constitución Liberal de 1880 y la promulgación de otra que concedió una serie de derechos económicos al Estado limitando la actividad de los empresarios privados; por último, en 1939 fue promulgado un nuevo Código del Trabajo que incluía una gran cantidad de demandas que los trabajadores habían venido planteando.

Ni Toro ni Busch fueron demasiado obsecuentes con los barones del estafio, lo que provocó una reacción política que activó a la oligarquía (incluyendo las violentas reacciones de la masonería) y terminó en algunas conspiraciones dentro del ejército. Lo que importaba a los nuevos gobernantes era limitar el poder económico de los grandes mineros, y en esa orientación Toro había creado el Banco de Minerales para incentivar a la pequeña y mediana minería. De igual manera obligó a los barones a convertir parte de sus ganancias en moneda nacional. Busch aumentó la participación estatal en las ganancias mineras estableciendo un severo control sobre las exportaciones. Todo eso era demasiado como para que los barones no llegaran a la conclusión de que era necesario poner fin a la era del "socialismo militar". Para tal efecto, decidieron impulsar una suerte de frente político en contra de Busch.

Los proyectos de los grandes mineros se vieron favorecidos por el proceso de unificación que tenía lugar en la derecha política. Después de la muerte del caudillo Saavedra, las diversas fracciones republicanas formaban un partido único dispuesto a olvidar odios pasados y unirse con los liberales —dirigidos ahora por el reaccionario Alcides Arguedas— en contra del enemigo común. A comienzos de 1939, Busch incluso favorecería la unidad de la derecha al tener la poco genial idea de anunciar que su gobierno se constituiría en

⁶¹ A. Céspedes, *El dictador...*, cit., p. 204.

⁶² L. Peñaloza, *op. cit.*, p. 24.

⁶³ J. M. Malloy, *op. cit.*, p. 88.

⁶⁴ A. Céspedes, *El dictador...*, cit., p. 169.

una dictadura. Así, la oposición podía ocultar la descarada defensa de sus intereses bajo el pretexto de la lucha por la democracia. Pronto Busch comenzó a verse aislado aun dentro del propio ejército, donde los oficiales reaccionarios se organizaban alrededor del general Quintanilla. Quizá fue la evidencia de sentirse cercado la que llevó a Busch, en agosto de 1939, a suicidarse. Con su muerte terminaba también el extraño periodo del "socialismo militar".

Rápidamente Quintanilla separó del ejército a los oficiales leales a Busch y manifestó su acuerdo con el retorno de los partidos tradicionales. La unidad de éstos sólo consistía en la oposición: todas sus antiguas divergencias seguían vigentes. Por otra parte, tal vez sin proponérselo, Busch había realizado una buena jugada política con su suicidio. Desde ese momento, la izquierda, ya relativamente organizada, hizo de Busch un mártir propio.

EL MOMENTO DE LA IZQUIERDA CIVIL

Los altos oficiales impidieron rápidamente que Quintanilla se hiciese de todo el poder y se convirtiera en otro caudillo incontrolable; lo obligaron a convocar nuevas elecciones presidenciales y concejales para 1940 de acuerdo con los términos estipulados en la Constitución de 1938. Para enfrentar las elecciones, los partidos tradicionales, incapaces de ponerse de acuerdo en torno a un candidato civil común, sellaron una nueva relación con el ejército y llevaron como candidato al general Enrique Peñaranda, "un producto neto del cuartel";⁶⁵ y para el parlamento, una lista de republicanos y liberales.

Los diversos grupos de izquierda que actuaban en el país decidieron levantar la candidatura del profesor de derecho cochabambino José Antonio Arze, que se declaraba marxista. Arze había desempeñado desde el exilio cargos de representación en Chile —caso curiosísimo. Nadie daba muchas posibilidades a la candidatura de Arze, máxime si muchas personas que habían apoyado a Busch apoyaban esta vez a Peñaranda como un mal menor frente a Quintanilla. Pero, sorpresivamente, de los 58 000 votos válidos, Arze obtuvo nada menos que 10 000. Esa votación debe ser entendida no tanto como un apoyo a Arze, a quien muy pocos conocían, sino como un repudio a la restauración del sistema político que condujo al desastre del Chaco.

⁶⁵ L. Peñaloza, *op. cit.*, p. 35.

Informalmente, animados por la votación de Arze, los sectores de izquierda se unieron para las elecciones parlamentarias, y para sorpresa de ellos mismos alcanzaron la mayoría de los asientos.

La unidad de los partidos tradicionales no era más que una cáscara vacía; y si algo representaba, era la imagen de un pasado lleno de frustraciones. En fin, el frente de derecha no era capaz de derrotar, en las primeras elecciones, a una izquierda que apenas existía.

El principal peligro para Peñaranda no residía en la precaria izquierda marxista sino en el rápido desarrollo de un nacionalismo de izquierda propagado por plumas brillantes como Carlos Montenegro y Augusto Céspedes. Se trataba de un nacionalismo no ausente de rasgos fascistoides, rabiosamente antinorteamericano y con ciertas vinculaciones con los sectores populares.⁶⁶ Los intelectuales fundadores del Movimiento Nacionalista Revolucionario eran, antes que nada, representantes de las capas medias emergentes. Los "doce apóstoles" que fundaron el MNR tenían formación universitaria. Siete eran abogados.⁶⁷

En algún sentido, el nuevo movimiento estaba influido por las ideas del político peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Algunos planteamientos de Augusto Céspedes eran al menos muy parecidos a los de Haya. "El MNR —escribía—, sin negar la utilidad del método marxista, cree que su aplicación ortodoxa en Latinoamérica puede ser contrarrevolucionaria. En Bolivia, desde luego, el concepto de clase, aplicado a la emancipación nacional, es contrarrevolucionario."⁶⁸ El texto del programa del MNR era, por lo demás, muy sencillo. Entre otras cosas planteaba: "Bolivia es una semicolonía en la cual subsisten los resabios feudales en el sistema de trabajo de la tierra. Para independizarla es necesario liquidar la influencia del imperialismo y de la gran burguesía que le sirve de agente, devolviendo al país la explotación de sus minas, redistribuyendo la tierra y diversificando la economía mediante la creación de nuevas fuentes de riqueza."⁶⁹ En una entrevista concedida a Robert Alexander, Víctor Paz Estenssoro daba una definición bastante precisa del nuevo partido: "El MNR es un partido nacionalista con inclinaciones socialistas."⁷⁰

⁶⁶ Véase Christopher Mitchell, *The legacy of populism in Bolivia*, Nueva York, 1977.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁶⁸ A. Céspedes, *El dictador...*, cit., p. 251.

⁶⁹ José Fellamn Velarde, Víctor Paz Estenssoro, *el hombre y la revolución*, La Paz, 1955, p. 95.

⁷⁰ Robert Alexander, *The Bolivian national revolution*, New Brunswick, Nueva Jersey, 1958, p. 33.

La izquierda marxista también aceleró su proceso organizativo durante el régimen de Peñaranda. A mediados de 1940, José A. Arze y Ricardo Anaya fundaron el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), que hacía suyas una serie de demandas que venía planteando el movimiento obrero y abordaba el problema de la tierra y de los indios de una forma mucho menos retórica que el MNR. El PIR, sin embargo, fue rápidamente controlado por una fracción prosoviética que hasta ese momento había fracasado en la tarea de formar un partido independiente.

De este modo, la izquierda boliviana se hacía presente con bastante atraso, pero, por lo mismo, con increíble rapidez, como si efectivamente hubiera querido recuperar el tiempo perdido. El MNR, el PIR y el ya preexistente POR tenían un enorme espacio a disposición, que pudieron haber aprovechado mucho mejor si no se hubiesen atacado desde un principio como enemigos mortales por asuntos que no tenían precisamente su centro en la realidad boliviana. Curiosamente, de esos tres partidos, el PIR era el que en un comienzo parecía reunir las condiciones para convertirse en el eje central de la izquierda, dada su rápida inserción dentro de la clase obrera y el campesinado.

El gobierno de Peñaranda facilitaría el ascenso de la izquierda, dado que su aparente liberalismo demostró ser en la práctica algo muy fugaz. Por de pronto se sometió muy fácilmente a los dictados norteamericanos, que exigían la represión al MNR debido a algunas conexiones fascistas, pero sobre todo por el carácter antinorteamericano de la mayoría de las fracciones del movimiento. Los demás partidos de oposición no se solidarizaron con el MNR, como era de esperarse.

Pese a las divisiones de la izquierda, las posiciones parlamentarias empeoraban para el gobierno. En 1942 obtuvo apenas 14 163 votos frente a 23 401 de la oposición. Si se tiene en cuenta que quienes votaban pertenecían al reducido sector de blancos alfabetizados, el resultado era francamente catastrófico. El régimen, en esas circunstancias, sólo atinó a reaccionar intensificando la represión. Los obreros de la mina de Catavi, que habían declarado la huelga, fueron horrorosamente masacrados por las tropas del gobierno. Con ello, Peñaranda perdería el resto de legitimidad que le quedaba. Paz Estenssoro, ex ministro de Economía de Peñaranda, exigió después de la masacre la censura del presidente y la destitución de sus ministros. Catavi se convirtió además en uno de los pocos símbolos comunes a toda la izquierda.

El gobierno cometió además la torpeza de reprimir al PIR, privándose con ello de un posible aliado. Debido a que la URSS

pasó a formar parte del campo aliado, los partidos comunistas de muchos países latinoamericanos daban su apoyo a las más reaccionarias dictaduras por el solo hecho de que éstas se pronunciaban formalmente en contra de Alemania. El PIR incluso se manifestó en favor del aumento de la producción exigido por el gobierno a los obreros de las minas.⁷¹ Así, Peñaranda sólo contaba con el apoyo de los viejos fantasmas del pasado: los liberales y los republicanos.

EL POPULISMO MILITAR-CIVIL DE 1943

Cuando Peñaranda comenzó a perder terreno dentro del ejército, al igual que Busch en su tiempo, sus horas estaban contadas. Como consecuencia de la politización de la sociedad, en el interior del ejército se habían formado una serie de sectas y logias de evidente carácter político. Una de estas logias era la Radepa (Razón de la Patria) formada por oficiales jóvenes que se sentían herederos del "socialismo militar" de Busch. "Se trataba en realidad de un partido secreto, organizado rigidamente en células políticas judiciales y ejecutivas para el control del país."⁷² Ideológica y organizativamente tenía muchos puntos en común con el MNR. En diciembre de 1943 la Radepa realizó un exitoso golpe de Estado, y varios miembros del MNR se hicieron cargo de la administración gubernamental. La presidencia pasó a ser ejercida por el hasta entonces poco conocido mayor Gualberto Villarroel.

Debido a la presión norteamericana, el MNR tuvo que despojarse de su retórica fascistoide y destacados ideólogos del movimiento, como Céspedes y Montenegro, debieron permanecer alejados del gobierno. En esas condiciones, comenzó a ganar terreno dentro del partido la fracción popular-obrerista representada por Víctor Paz Estenssoro.

Paz Estenssoro era el hombre adecuado para las circunstancias. El futuro presidente había nacido en Tarija el 2 de octubre de 1917. En su juventud había trabajado nada menos que en la Casa Patiño como oficial mayor de hacienda.⁷³ Después tomó parte en la Guerra del Chaco; fue desmovilizado en 1935 con el grado de sargento.⁷⁴ Conocer a la firma Patiño

⁷¹ L. Justo, *op. cit.*, p. 115.

⁷² A. Céspedes, *El presidente...*, cit., p. 138.

⁷³ J. Fellman Valverde, *op. cit.*, p. 68.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 68.

y al ejército por dentro no era poca experiencia para hacer política en un país como Bolivia. En tiempos de Busch, Paz Estenssoro fue candidato a diputado y organizador de núcleos estudiantiles que más tarde iban a desembocar en el MNR, posteriormente ejerció labores periodísticas al lado de Carlos Montenegro en el semanario *Busch*.

Paz Estenssoro era un político atípico no sólo en Bolivia sino en toda América Latina. Por de pronto no era un gran orador; prefería la exposición simplificada de ideas.⁷⁵ Era, antes que nada, un pragmático y no se dejaba seducir fácilmente por visiones mesiánicas. Ya durante Peñaranda había sido un eficaz ministro de Economía. Con Villarroel colaboró lealmente. Era, en síntesis, un hombre de Estado en un país casi sin Estado.

Sin duda, la influencia de la fracción pazestensorista se manifestó en las vinculaciones que estableció el gobierno con sectores de trabajadores sindicalmente organizados,⁷⁶ que cristalizaron en la formación de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia (junio de 1944). Otro hecho importante fue la organización del Primer Congreso Nacional Indígena que tuvo lugar en La Paz en mayo de 1945. Los decretos de este congreso, especialmente los referidos a la abolición de los pongueajes, no alcanzaron a ser cumplidos,⁷⁷ pero sí proporcionaron un marco legal a las futuras movilizaciones indígenas.⁷⁸ El gobierno de Villarroel fue el primero que cuestionó el sistema latifundista abriendo las exclusas para un movimiento social campesino que un día se iba a mostrar incontenible.

Las reformas populares de Villarroel no impidieron que en el país se desarrollara una oposición de izquierda encabezada por el PIR. Por principio, los militantes del MNR aprovecharon el uso del gobierno para reprimir a sus rivales de izquierda, de modo que en gran medida el PIR fue prácticamente empujado hacia la oposición. Lo cual, por supuesto, no lo obligaba a realizar una "coalición antifascista" con los elementos más reaccionarios del país, como en la práctica lo hizo en contra del "socialfascismo" localizado en el MNR y en Vi-

⁷⁵ *Ibid.*, p. 83.

⁷⁶ Según Zavaleta Mercado, el MNR fue un puente entre los militares y la clase obrera; véase "Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)", en Varios, *América Latina: historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1979, p. 96.

⁷⁷ A diferencia de Peñaranda y de muchos otros generales, Villarroel no era latifundista; véase Luis Antezana, *Proceso y sentencia a la reforma agraria en Bolivia*, La Paz, 1979, p. 53.

⁷⁸ M. Baptista Gumucio, *op. cit.*, p. 161.

llarroel. Sin embargo, ese híbrido político que agrupaba a comunistas y republicanos tuvo cierta capacidad movilizadora en las ciudades. El 14 de julio de 1946 estalló una revuelta popular urbana que puso fin al gobierno de Villarroel. El desdichado presidente fue colgado de un farol en la plaza principal de La Paz. El ejército, paralizado entre dos bloques, dejó actuar a los civiles. Sin embargo, el Partido de la Unión Republicana Socialista, aun conteniendo al PIR en su interior, no estaba en condiciones de ejercer el gobierno.

EL ESTADO CONTRA LA NACIÓN

El punto de partida de la política del PIR constituía un error enorme, pero común en ese periodo a la mayoría de los comunistas latinoamericanos. Ese error consistía en creer que el enemigo principal estaba constituido por los "fascistas" del MNR, frente a quienes era necesario unir todas las fuerzas "democráticas" del país. Pero ni el MNR era fascista ni los aliados del PIR eran democráticos. Por último, si era absurdo unirse con liberales y republicanos en la oposición, formar gobierno con ellos era una locura. Así, todas las promesas sociales del PIR se esfumaban y el partido quedaría reducido al triste papel de brazo popular de aquella coalición antiobrero y anticampesina que era el PURS. Muchos trabajadores que hasta entonces habían seguido al PIR comenzaron, pues, a emigrar hacia la única oposición posible: el MNR (y en una proporción muy pequeña hacia el sobreideologizado POR).

Dentro del MNR también se producían desplazamientos. El ala fascistoide fue definitivamente cortada, imponiéndose paulatinamente las posiciones del sector obrerista. Interesante es destacar que entre ese sector y el POR había muchos puntos de confluencia hasta el grado de que el líder minero porista, Juan Lechín, se convirtió en un excelente interlocutor político de Paz Estenssoro. Las posiciones del POR no derivaban tanto de la importancia cuantitativa del partido, sino de la capacidad de algunos de sus miembros para producir articulaciones ideológicas. Muestra de ello son las famosas tesis de Pulacayo aprobadas en el IV Congreso Nacional de Mineros (noviembre de 1946). En estas tesis se planteaba que "el proletariado, aun en Bolivia, constituye la clase revolucionaria por excelencia".⁷⁹ Por primera vez en América Latina, los trotskistas encontraban un lugar concreto de inserción polí-

⁷⁹ L. Justo, *op. cit.*, p. 133.

tica y, por supuesto, no iban a desperdiciar la ocasión para plantear una de sus tesis distintivas: la de la revolución permanente: "Señalamos que la revolución democrático-burguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse sólo en una fase de la revolución proletaria."⁸⁰ El objetivo de esa revolución no podía ser otro que la instauración de la dictadura del proletariado.⁸¹ Sería, sin embargo, un error creer que la Carta de Pulacayo era representativa del grado de conciencia alcanzado por la clase obrera. Aquello que representaba era sólo el grado de ideologización de una fracción muy activa de la "inteligencia revolucionaria". Nada más.⁸²

El gobierno, contando con la colaboración del PIR, se embarcó rápidamente en una política antiobrera. Más de 5 000 trabajadores fueron despedidos de las minas a causa de la baja de los precios del estaño. En febrero de 1947, los mineros de Potosí fueron masacrados por el ejército y la policía, aunque masacres campesinas ya habían habido en 1946, en Cochabamba. La FSTMB era considerado por el gobierno un enemigo mortal. Todas éstas eran, en última instancia, condiciones que trabajaban en favor del MNR.

Después de las elecciones parlamentarias de 1949, el MNR surgiría como la segunda fuerza política después de los republicanos, recuperando todos los terrenos que había perdido durante su gobierno. Ello provocó una crisis en el campo de los republicanos: el presidente Herzog renunció, asumiendo el gobierno el vicepresidente Urriolagoitia. El MNR aprovechó el momento y se lanzó a la ofensiva total. Los obreros de Catavi, siguiendo las órdenes que desde el exilio impartían Juan Lechín y Mario Torres, recurrieron a las armas. Así tuvo lugar la tercera masacre de Catavi.

Erróneamente, el MNR planteó una línea insurreccional, pues mal que mal el gobierno tenía algún grado de legitimidad. Bajo la dirección de Hernán Siles Zuazo fue organizado, a fines de 1949, un levantamiento civil. Varias ciudades fueron tomadas por los partidarios del MNR como Potosí, Sucre, Santa Cruz y poblaciones de provincia tan importantes como Camiri, pero los dirigentes del partido no sabían qué hacer después de ello.⁸³ Incluso, en Santa Cruz, el ejército se plegó a los insurgentes. Sin embargo, el grueso del ejército permaneció leal al gobierno y la insurrección fue aplastada de un

⁸⁰ *Ibid.*, p. 134.

⁸¹ *Ibidem.*

⁸² Antonio García, "Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional", en *El Trimestre Económico*, México, 1966, vol. 33, núm. 132, p. 598.

⁸³ J. Fellman Velarde, *op. cit.*, p. 227.

modo sangriento. Pero a partir de ese momento la nación se alineaba en dos frentes. A un lado los más pobres, los obreros, los campesinos e importantes fracciones de los sectores medios representadas por el MNR. Al otro lado, la oligarquía tradicional, los potentados mineros con sus partidos divididos, escondiéndose detrás de la única defensa que les quedaba: el ejército. El PIR, después de su aventura colaboracionista, entraba también en un proceso de descomposición. Incluso su juventud lo abandonó fundando el Partido Comunista Boliviano.

LA INSURRECCIÓN DE 1952

Después de la fallida insurrección, el MNR debió soportar un duro periodo de persecuciones, exilios y hasta fusilamientos. De todas maneras, y ante el espanto de la derecha, en las elecciones del 6 de mayo triunfó la fórmula representada por Paz Estenssoro y Siles Zuazo. La votación favorable al MNR fue apabullante: 59 049 votos. Los republicanos obtuvieron 13 180. El PIR, pagando la cuenta por sus errores, apenas 5 000, menos aún que los liberales. Nunca, en toda la historia de Bolivia, un partido había obtenido más votos que el MNR.⁸⁴ Sin embargo, el rumor de golpe de Estado era tan ensordecedor que los candidatos triunfantes del MNR tuvieron que pasar la noche del triunfo escondidos.⁸⁵ Urriolagoitia, presintiendo la debacle, había renunciado poco antes de las elecciones, delegando el poder a los militares. El alto mando militar, temiendo entre otras cosas que el MNR reincorporara a los oficiales dados de baja después de Villarroel,⁸⁶ se decidió simplemente a anular las elecciones aduciendo una absurda conspiración MNR-comunistas.⁸⁷ El acto fue tan grosero que hasta algunos parlamentarios derechistas presentaron su protesta. Pocos golpes de Estado han tenido tan poca legitimidad como aquel de 1951. Como señala un testigo de los acontecimientos: "El hecho resultó provechoso y favorable para el MNR. Toda la prensa americana se puso a su favor y condenó los hechos consumados."⁸⁸ En efecto, el robo electoral había

⁸⁴ L. Peñaloza, *op. cit.*, p. 248.

⁸⁵ J. Fellman Velarde, *op. cit.*, p. 253.

⁸⁶ General Gary Prado Salmón, *Poder y fuerzas armadas: 1949-1982*, La Paz, 1984, p. 13.

⁸⁷ J. Fellman Velarde, *op. cit.*, p. 277.

⁸⁸ M. Frontaura Argandoña, *op. cit.*, p. 257.

dado al MNR aquella legitimidad insurreccional que no tuvo en 1949. Los militares apenas podían contar con el apoyo de algunos republicanos y de los fascistas organizados en la Falange Socialista Boliviana.

Aunque al parecer muchos dirigentes del MNR se vieron sorprendidos por la insurrección de 1952, el Movimiento ya había probado en 1949 no ser nada refractario a la violencia. Nuevamente Hernán Siles Zuazo era el jefe de la insurrección, que se vio facilitada porque el general de Carabineros, Seleme —que mantenía contactos con el MNR desde su puesto de ministro del Interior—, decidió abrir los arsenales al pueblo. Miles de mineros bajaban a las ciudades portando amenazadoramente cartuchos de dinamita. Los campesinos también se armaban. Y en las ciudades, cada uno escogía el arma que más le gustaba. Fueron tres días de intenso combate. Los militares huían en desbandada. De cada esquina, de cada ventana salían balas. La insurrección decisiva fue la de Oruro, pues determinó la desmoralización total de las tropas en La Paz.⁸⁰ Al final, el ejército estaba política, militar y, sobre todo, moralmente destruido. Las banderas del MNR eran el símbolo de la insurrección popular. Pero quienes empuñaban los fusiles se levantaban sobre todo en contra de aquel sistema que después de la Guerra del Chaco había perdido toda legitimidad, y no podían disimular que, cuando combatían al ejército, lo hacían contra un Estado que no representaba más a la nación. Fue ésa, sin duda, una revolución de la nación en contra del Estado.

CONTENIDO Y CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN DE 1952

La insurrección de 1952 tuvo cuatro actores principales: los pobres de las ciudades, los campesinos, los trabajadores sindicalmente organizados y el propio MNR.

Quizá parezca extraño mencionar a los "pobres urbanos" entre los principales actores, pero no lo es si se considera que, como consecuencia de una urbanización sin industrialización, las masas urbanas habían aumentado notablemente sin lograr insertarse en los procesos productivos reconocidos como formales. Así, entre 1900 y 1952, la población urbana había subido del 14.3 al 22.8% de la población total del país. Ya en los acontecimientos de 1949 los habitantes de los suburbios habían tenido una participación importante.

⁸⁰ L. Peñaloza, *op. cit.*, p. 280.

Lo que sí resulta difícil encontrar es un objetivo común en la movilización de las masas urbanas, puesto que en ellas aparecen concentradas una gran cantidad de reivindicaciones que corresponden a distintos sectores sociales y aun raciales del país. Lo único que en 1952 tenían en común esos cholos, indios y blancos empobrecidos era un odio ilimitado a la "rosca" que todavía ocupaba el Estado. Así, aunque fuera por algunos momentos, los pobres ocupaban las calles céntricas de las cuales en tiempos normales eran excluidos. Entre el humo de los neumáticos incendiados, quebrando vidrios, asaltando tiendas o golpeando policías, se sentían, por fin, dueños y señores de la ciudad.

A diferencia de los acontecimientos de 1949, la revolución también alcanzó el campo.⁸¹ Entre los indios ya corría el rumor de que esta vez el poder iba a ser ocupado por grupos que estaban decididos a quitar la tierra a los grandes latifundistas. La idea dormida, pero nunca muerta, del ayllu comenzaba lentamente a despertar. Los indios, al principio con timidez, tocaban las armas que los activistas del MNR les ofrecían, pero muy pronto las empuñaban con fuerza. Había llegado aquel momento tan esperado.⁸²

Sin duda —y desprendiéndonos del dogma relativo a un supuesto carácter revolucionario inmanente a la clase obrera— los actores más decisivos en la revolución fueron los obreros mineros, que como hemos visto habían logrado constituir un núcleo social dotado de gran coherencia interna. Al movilizarse, los obreros perseguían sus propios intereses, que por cierto no eran iguales a los de los demás explotados de Bolivia, pero merced a la gran capacidad de organización que poseían fue posible que otras clases subalternas se adecuaran a su ritmo.

Conjuntamente con la clase obrera minera, el otro actor articulador del proceso fue el propio MNR. Y no deja de resultar irónico el hecho de que, precisamente gracias a sus aspectos más criticados —especialmente por sectores marxistas—, el MNR haya sido la instancia política principal de la revolución. Por ejemplo, el carácter no clasista del movimiento facilitó su ramificación entre distintos sectores de la so-

⁸⁰ R. W. Patsch ("10 años de revolución nacional", en *Cuadernos*, París, septiembre de 1962) afirma que el campesinado no tuvo ninguna participación en la revolución de 1952. Quizás no tuvo una participación decisiva, pero todas las informaciones coinciden en que antes de 1952 las armas ya habían llegado al campo.

⁸¹ En cualquier caso, el movimiento campesino no fue algo unitario; se trataba más bien de diversos movimientos regionales. Véase R. Alexander, *op. cit.*, p. 70.

ciudad, desarrollando un pragmatismo que —en las palabras de Zavaleta Mercado— “resultaba extraordinariamente rico y activo”.⁹² Con los “pobres urbanos” el MNR ya había establecido relaciones durante la sublevación de 1949. Con los campesinos, el trabajo fue más lento y sólo se verificaron relaciones intensivas después de la toma del poder. Con los obreros, gracias sobre todo a la intermediación de figuras como Lechín, sus vínculos eran más que sólidos.⁹³ Con los sectores medios la relación era obvia, pues de entre ellos el MNR reclutaba a sus principales militantes. En una diversidad social tan grande hubieran debido imponerse a la larga las personalidades políticas integradoras, al estilo de Paz Estenssoro, y no aquellas que, aunque quizá más coherentes, sólo representaban intereses muy específicos. De la misma manera, la falta de rigidez ideológica del MNR hizo posible que el partido tuviese la flexibilidad suficiente para adecuarse a las diversas circunstancias que se presentaban. Su propia precariedad organizativa —que exasperaba a los partidarios de la idea de un “partido de cuadros”— facilitó sus contactos con un movimiento social heterogéneo y hasta anárquico. En fin, en el MNR tenían cabida las más diversas figuras políticas, cada una representando una distinta oferta. Allí estaban desde los disciplinados sindicalistas, pasando por los dirigentes indígenas, hasta los tribunos parlamentarios más retóricos.

De todos los sectores sociales articulados, con el que más podía contar el MNR para realizar su gobierno era el formado por los trabajadores mineros. Los pobres urbanos habían sido la fuerza de choque en la sublevación, pero atender en consecuencia sus reivindicaciones implicaba revertir el sistema económico y político, algo que el MNR, por su propia naturaleza interna, no estaba en condiciones de realizar. La relación que establecieron los dirigentes del MNR con tales grupos fue más bien informal e iba desde la agitación populista hasta la más tradicional represión. Con los campesinos el MNR establecería originariamente una relación tensa, llena de incomprendiones, en última instancia culturales. Desde luego, el MNR necesitaba erradicar al sector latifundista, lo que a su vez no era posible sin el apoyo de las masas agrarias. Pero éstas no combatían por el MNR sino por intereses muy propios que los dirigentes del partido apenas podían captar.

Con los sindicatos de trabajadores el gobierno inició, desde los primeros días de gobierno, un apasionado idilio. La capa-

⁹² R. Zavaleta Mercado, *op. cit.*, p. 98.

⁹³ R. Alexander, *Organized Labor in Latin America*, Nueva York-Londres, 1965, p. 107.

cidad de organización y movilización de los sindicatos no dejaba de fascinar a los dirigentes de un partido que apenas podían organizar a sus propios militantes. Por lo demás, después del desmoronamiento del ejército, el único sector orgánico que restaba en el país era el sindical. Quisiera o no, el MNR debía gobernar con los obreros. A su vez, éstos no tenían más alternativas que gobernar con el MNR porque éste constituía el único puente posible entre sus intereses y el Estado. Por lo demás, las concepciones de tipo desarrollista y modernizante de muchos dirigentes del MNR armonizaba bastante bien con la idea de una clase obrera sindicalmente organizada y capaz de asumir las tareas que demandaba el “progreso” de un modo mucho mejor que los grupos parasitarios que conformaban la “rosca”. Así se daría la curiosa situación de que los sindicatos organizados en la poderosa COB, surgida de la misma revolución (abril de 1952), tuvieran que constituirse en un órgano de cogobierno.⁹⁴ Tres dirigentes sindicales fueron nombrados ministros. Lechín ex secretario de la FSTMB fue nombrado jefe de la COB y, al mismo tiempo, nada menos que ministro de Minas y Petróleo. Los tres principios básicos de la COB eran: “a) luchar hasta conseguir la nacionalización de las minas y los ferrocarriles, b) propugnar la revolución agraria, c) enfocar la diversificación de la industria y la creación de nuevas fuentes de riqueza por la acción directa del Estado”.⁹⁵

Así, el primer periodo de la revolución está marcado por la hegemonía directa de la clase obrera. Ello se expresó, por ejemplo, en la nacionalización de las minas. A comienzos de 1952 fue fundada la Corporación Minera de Bolivia (Comibol) y el 31 de octubre eran nacionalizados los consorcios de Patiño, Hochschild y Aramayo. “Con este acto pasaban a Comibol y al control estatal dos tercios de la industria minera del estaño.”⁹⁶ La COB se transformó, pues, en una verdadera “instancia de poder”.⁹⁷ Gracias a su iniciativa, por ejemplo, fueron demolidas las estructuras del antiguo ejército. Por último, de la COB surgieron las primeras propuestas para realizar la reforma agraria. Gracias a su cogobierno con la COB, el MNR podía realizar en muy pocos meses todas las tareas pendientes que había dejado su cogobierno con el ejército.

⁹⁴ A. Barcelli, *op. cit.*, p. 253.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 254.

⁹⁶ H. S. Klein, *op. cit.*, p. 284.

⁹⁷ *Ibidem.*

RESTAURACIÓN EN LA REVOLUCIÓN

El apasionado idilio entre la COB y el MNR se convertiría pronto en un matrimonio formal y rutinario. No sólo había afinidades, sino también diferencias entre ambas instituciones, algunas de ellas imposibles de resolver. Para la COB se trataba naturalmente de convertir en realidad las aspiraciones que provenían de la clase obrera. Para el MNR, en cambio, la clase obrera era sólo un punto de referencia en un país socialmente muy heterogéneo. Paz Estenssoro y Siles Zuazo comprendieron que, de seguir únicamente los dictados de la COB, el MNR se convertiría en una especie de delegado político de los sindicatos y esto era lo menos que deseaban pues eran conscientes de que la fuerza del MNR derivaba de su indefinición social, la que por momentos le permitía desempeñar una función arbitral entre las diversas clases.⁹⁸ Además, gracias a la alianza con los obreros, el MNR estaba perdiendo gradualmente sus apoyos entre los sectores medios. Fue en esas condiciones como algunos perspicaces dirigentes del MNR "descubrieron" a los campesinos.

Desde 1953, la política del MNR, esencialmente modernista y urbana, empieza a experimentar algunos cambios, abriendo espacios para una movilización campesina que iba a desarrollarse por cuenta propia, sin esperar, por supuesto, que el "proletariado" le diera una conducción que, por lo demás, no necesitaba. Así, los campesinos pasaron objetivamente a ser el "factor de contrapeso" que necesitaba el MNR en sus relaciones con los trabajadores.

Sin embargo, el mayor obstáculo para las relaciones entre el MNR y los obreros no estaba en el país sino en Estados Unidos. Ya en los años cuarenta el gobierno norteamericano había tratado de bloquear el acceso al poder del MNR por parecerle demasiado fascista. En los años cincuenta lo volvería a hacer, sólo que ahora por parecerle demasiado socialista. Además había en el MNR fundados temores de una intervención norteamericana. El período de armonía entre Estados Unidos y la Unión Soviética llegaba a su fin y comenzaba a imponerse rápidamente el de la "guerra fría". La invasión a Guatemala demostraría que los norteamericanos tomaban en serio su propia invención de "fronteras ideológicas" y a los dirigentes del MNR no les entusiasmaba demasiado la idea de correr una suerte parecida. Ciertamente

⁹⁸ Véase Ch. Mitchell, *op. cit.*, p. 5.

que los comunistas oficiales no se encontraban representados en el gobierno, pero algunos de ellos actuaban en los sindicatos obreros y campesinos. Además estaban los trotskistas, que a pesar de no ser muy numerosos practicaban sus conocidas políticas "entristas" en la COB y en el propio MNR. De este modo, Paz y Siles, a fin de evitar un enfrentamiento, optaron por el camino del diálogo. Ello le permitiría al MNR seguir en el gobierno, pero al precio de poner fin a la revolución.

Tampoco la táctica de Estados Unidos fue la del enfrentamiento directo, sino más bien una sutil y diferenciada política en donde se combinaba cierto apoyo condicionado a determinadas fracciones del MNR con medidas de boicot económico. Al parecer, en Estados Unidos conocían perfectamente las contradicciones internas del movimiento. En efecto, son las presiones norteamericanas las que permiten explicar que "el Presidente salido de la victoria de abril se hubiese empeñado tan tercamente en reorganizar el Ejército, sabiendo que no podía menos que convertirse en el semillero de las futuras conspiraciones derechistas y rosqueras".⁹⁹ Por lo demás, la táctica estadounidense está meridianamente expresada en un documento del senado norteamericano de 1955 en donde se puede leer: "El Departamento de Estado con su constante avalúo de los sucesos sociales, políticos y económicos, ha llegado a la conclusión de que el gobierno de Bolivia es ahora más marxista que comunista, y aboga porque los Estados Unidos den su apoyo a este régimen, sobre la misma premisa en que fundó su apoyo a la precedente junta militar: evitar que los desplacen elementos más radicales."¹⁰⁰ A la luz de esta cita se puede explicar el hecho aparentemente paradójico de que, a partir de 1954, se hubiese desencadenado una suerte de "programa mamut de ayuda" norteamericana sobre Bolivia.¹⁰¹ La catastrófica situación económica del país representaba también una sólida base para el despliegue de la política norteamericana. Entre 1952 y 1956, Bolivia alcanzaba una de las tasas inflacionarias más altas del mundo. Como agrega un informe de la CEPAL: "En el período 1952-1956, el promedio

⁹⁹ Guillermo Lora, *La revolución boliviana*, La Paz, Difusión, 1963, p. 273.

¹⁰⁰ R. W. Patsch; "Bolivia: la ayuda de los Estados Unidos en un ambiente revolucionario", en Adams, Gillim, et al., *Cambios sociales en América Latina*, México, 1965, p. 151. Sobre el tema, véase además, V. Andrade, *La revolución boliviana y los Estados Unidos, 1944-1962*, La Paz, Gisbert, 1979, pp. 214-216.

¹⁰¹ James W. Wilkie, *The bolivian revolution and USA aid since 1952*, Los Angeles, Calif., 1969, p. 9.

anual del costo de la vida en la ciudad de La Paz fue de 147.6%. Este coeficiente ha sido el más elevado de la inflación boliviana.¹⁰² Incluso, a fin de financiar sus propias reformas, el MNR se vio obligado a devaluar la moneda y a elevar los impuestos, medida cuya consecuencia consistió en que los sectores medios retiraron su apoyo al gobierno de un modo casi masivo. Estas condiciones fueron perfectamente aprovechadas por los sectores más conservadores del país, incluyendo a la Iglesia, y sobre todo por los fascistas de la Falange Nacional que hasta entonces habían deambulado sin mucho éxito en la política. Curiosamente, Estados Unidos, que había negado su apoyo al MNR durante los años cuarenta debido a sus vinculaciones fascistas, no vaciló durante los cincuenta en apoyar y financiar a los más auténticos fascistas del país.

En materia de política económica, el MNR se embarcó en una suerte de doble estrategia. Por una parte, el Estado pasó a ser el primer empresario del país; a través de la Corporación Boliviana de Fomento, el conjunto de la economía adquirió algunos rasgos de capitalismo estatal. Por otra parte, el MNR realizó una campaña de fomento de la empresa privada y de apertura al capital foráneo, con lo que Estados Unidos pudo disponer de mejores herramientas para ejercer presión. Ya en 1953 el gobierno había sido obligado por Estados Unidos a pagar altas indemnizaciones a Patiño, Hochschild y Aramayo. Quizás por estas razones, un observador norteamericano escribió que "financieramente hablando, la revolución de 1952 no fue revolucionaria".¹⁰³

Pero el mejor mecanismo de presión de Estados Unidos residía en la inmensa deuda externa: Bolivia, al hacerse acreedora de cien millones de dólares en ayuda estadounidense, pasó a ser su mayor deudor en América Latina y, per cápita, el mayor del mundo. Tan dependiente de esta ayuda era Bolivia que en 1958 con estos fondos se pagaba un tercio de su presupuesto.¹⁰⁴ Más todavía: "De 1952 a 1964, la ayuda americana en préstamos, fundaciones sociales, asistencia militar y otros subsidios, alcanzaba un total de 398 200 000 dólares."¹⁰⁵ Según datos de R. W. Patsch, sólo la llamada asistencia técnica de Estados Unidos a Bolivia suma un total de 22.6 millones de dólares desde 1941, de los cuales 17.9 millones se concedieron a partir de 1952.¹⁰⁶

¹⁰² CEPAL, *op. cit.*, p. 67.

¹⁰³ J. Wilkie, *op. cit.*, p. 41.

¹⁰⁴ H. S. Klein, *op. cit.*, p. 290.

¹⁰⁵ Augusto Guzmán, *Historia de Bolivia*, La Paz-Cochabamba, 1973, p. 349.

¹⁰⁶ R. W. Patsch, *op. cit.*, p. 203.

Probablemente los dirigentes del MNR pueden alegar haber salvado las dos principales conquistas de la revolución frente a la presión norteamericana: la nacionalización de las minas y la reforma agraria. Pero tampoco hay que olvidar que Estados Unidos no estaba demasiado interesado en revertirlas. Como ya vimos, el enclave minero era controlado por consorcios individuales y no por una clase social. Incluso a los norteamericanos les convenía más negociar con el Estado que con ávidos empresarios dispuestos a obtener ganancias de cualquier modo. Por lo demás, como lo señala un opositor de izquierda al MNR: "No es un misterio que algunas grandes empresas, concretamente la Patiño Mines, se encontraban antes de la nacionalización en serios aprietos frente al creciente malestar social que azotaba al país."¹⁰⁷ Tal impresión es corroborada por un diplomático boliviano: "[...] la nacionalización de las minas salvó a las empresas de una quiebra total".¹⁰⁸

Por otra parte, la liquidación del latifundismo no afectaba para nada a los norteamericanos. Por el contrario, con ello era apartada del camino una oligarquía agraria sin vocación capitalista. Y si el gobierno se avenía a fortalecer la pequeña y mediana propiedad —como en la práctica ocurrió—, podrían llegar a formarse pequeñas empresas agrarias que abrirían un mercado adicional a Estados Unidos, sobre todo en lo relacionado con la inversión de bienes de capital y con el sistema de créditos.

Paz y Siles creyeron ser muy hábiles, y pensaron que, presionando a Estados Unidos con el peligro comunista frente al cual ellos se ofrecían como la única alternativa, podían obtener ayuda económica a gran escala y hacer la revolución [al mismo tiempo]. Fue esa misma supuesta habilidad la que terminó con la revolución y quizá con el propio MNR. Durante el gobierno ideológicamente más nacionalista de la historia de Bolivia, la dependencia económica alcanzó su apogeo. Esto se manifestó, sobre todo, en la política petrolera. Bajo el predominio de la Gulf Oil Company, las compañías norteamericanas se adueñaron prácticamente de todo el petróleo boliviano. Si a ello se agrega el total control del sistema financiero del país a través del Fondo Monetario Internacional, se tiene una idea pálida de esa dependencia; dependencia mucho más grande que la de países donde jamás había ocurrido una revolución nacionalista.

La extrema dependencia económica de Bolivia respecto a Estados Unidos no podía expresarse sino políticamente, prin-

¹⁰⁷ G. Lora, *op. cit.*, p. 124.

¹⁰⁸ V. Andrade, *op. cit.*, p. 237.

principalmente en dos hechos: el distanciamiento del sector obrero respecto al gobierno y la reconstitución del ejército.

El alejamiento de la COB respecto al gobierno ocurrió por vías burocráticas. A fin de tranquilizar a Estados Unidos en el exterior y a los sectores medios en el interior, el MNR llevó como candidato a las elecciones de 1956 al representante del ala "moderada" del partido, Hernán Siles Zuazo. Éste era todavía un hombre de compromiso, puesto que mantenía aún la aureola de los cabecillas de la revolución de 1952 y de los promotores de la reforma agraria.¹⁰⁹ Siles aceptó incluso que el ministro del Trabajo fuera el dirigente obrero Nuflo Chávez Ortiz, y que en las elecciones que se aproximaban (1960) el candidato presidencial fuera Lechín. Las elecciones demostrarían hasta qué punto el MNR estaba comprometido con el movimiento obrero. Mientras que los sectores medios apoyaban a la derecha —especialmente a la Falange que pasó a ser el segundo partido del país—, los sectores obreros votaban mayoritariamente por el MNR, otorgando una clara mayoría al partido de gobierno: 790 000 votos contra 130 000 de la oposición.

Sin embargo, Siles Zuazo insistió en someterse a los programas "estabilizadores" norteamericanos disminuyendo notablemente los salarios obreros. Así, los trabajadores fueron prácticamente obligados a distanciarse del gobierno. Chávez y Lechín tuvieron que ponerse a la cabeza de una gran cantidad de huelgas, sobre todo mineras, en contra del gobierno. Fue éste quizá el periodo de gloria de Lechín, cuya aceptación entre los trabajadores era inversamente proporcional a la que gozaba en Estados Unidos donde era visto como el enemigo principal. Desde círculos diplomáticos se ejercía presión constante para que Siles rompiera definitivamente con Lechín. En honor de Siles, eso nunca ocurrió: aunque situado más a la derecha que Paz, sabía que si rompía con la izquierda todo el partido naufragaría. Lechín respondió retirando su candidatura presidencial en favor de Paz Estenssoro. A éste le correspondería el triste papel de la capitulación; rompería con Lechín y con la izquierda y, continuando lo empezado por Siles, reconstituyó al ejército en todas sus antiguas formas; a fin de salvar la unidad del partido practicó una suerte de acrobacia política incrementando las relaciones de clientela y de manipulación personal, dando el visto bueno al desarrollo de una corrupción (repartición de puestos públicos como retribución de servicios, por ejemplo) que convertiría al MNR en un partido indefinido y por lo tanto

¹⁰⁹ R. J. Alexander, *Prophets of the revolution*, Nueva York, 1962, p. 212.

fácil de desbancar del poder con el simple recurso de la violencia, como en realidad ocurrió.¹¹⁰

Muy pronto el MNR no contaría con más apoyo que el de un ejército cuyos oficiales habían sido formados por norteamericanos en Panamá y con un campesino indígena al que por cierto le importaba muy poco la suerte del MNR (al fin y al cabo un partido de blancos) comparada con el interés con el que perseguían el cumplimiento de sus reivindicaciones históricas.

LA REVOLUCIÓN EN EL CAMPO

Aunque la revolución se había originado en las ciudades, sus principales conquistas se expresarían en el campo. Para entender este hecho hay que tener en cuenta que la propia revolución había sido el resultado de la contradicción entre las élites urbanas representadas por el MNR y la oligarquía agraria tradicional. Más que el amor a los campesinos fue el odio a los hacendados lo que determinó que el MNR dictara los decretos de expropiación y repartición de la tierra. No hay que olvidar, en tal sentido, que las diversas fracciones del MNR tenían un punto común de contacto: todas se entendían como depositarias de la idea del progreso, entendido como resultado del desarrollo industrial, que desde su punto de vista estaba bloqueado por la existencia de una oligarquía atrasada y "feudal".¹¹¹

Además la pérdida de apoyo entre los sectores medios y el alejamiento de los trabajadores respecto al gobierno obligaban a los políticos del MNR a buscar otros aliados sociales, y el campesinado parecía ser el sustituto ideal. Por lo demás, después de promulgada la Ley de Reforma Agraria en 1952 se había desatado en el campo un movimiento social poderoso que no convenía tener como enemigo. Incluso antes de la Reforma 100 000 indios habían ocupado la ciudad de La Paz exigiendo la repartición de la tierra.¹¹² Así, los modernistas e industrialistas dirigentes del MNR se vieron obligados a

¹¹⁰ J. M. Malloy, "Bolivia: el triste y corrompido final de la revolución", en *Historia Boliviana* 2, Cochabamba, 1982, p. 143.

¹¹¹ Para un análisis de la revolución boliviana como proceso de modernización, véase H. C. F. Mansilla, "Die nationale Revolution in Bolivien", en H. C. F. Mansilla (recopilador), *Der südamerikanische Reformismus*, Rheinstetten, 1977, pp. 97-181.

¹¹² Acerca del tema, véase A. Pearse, *op. cit.*

coexistir con aquellos indios cuyas reivindicaciones tenían ante todo un carácter "restitucionista".¹¹²

La larga resistencia de los indios

Independientemente de que sólo poco después de la revolución el MNR hubiese "descubierto" a los indios, éstos realizaban ya desde mucho tiempo atrás una historia muy propia. Recordemos que el nacimiento mismo de repúblicas como Bolivia y Perú ocurrió sobre la base del aniquilamiento de formidables revoluciones indígenas, como las de Túpac Amaru y de Túpac Catari.¹¹⁴ Asimismo, estudios recientes han mostrado cómo durante el periodo republicano los indios continuaron de modo ineludible su lucha de resistencia. Muchas sublevaciones de indios fueron aplastadas de un modo sangriento, especialmente en la llamada era liberal.¹¹⁵ La causa de las rebeliones indígenas hay que buscarla casi siempre en los sistemas de expropiación imperantes. El término mismo "sublevaciones" fue acuñado por la prensa del siglo XIX.¹¹⁶ Ocurrían como reacción a las llamadas "revisitas" (o inspecciones gubernamentales), que por lo general iban seguidas de acciones de compras por parte de los terratenientes establecidos en las zonas cercanas. Otras sublevaciones ocurrían como respuesta a la fijación de nuevos deslindes,¹¹⁷ por la abolición de los servicios personales o como protesta contra nuevos impuestos.¹¹⁸

Algunas sublevaciones alcanzaron grandes magnitudes, como la del cacique Wilka ya analizada. Importantes fueron también la de Jesús de Manchaca en 1921 y la de Chayanta en 1927. Después de la Guerra del Chaco muchos indígenas tuvieron acceso a las armas y hubo varios focos de rebelión que no siempre lograron articularse entre sí como para constituir "sublevaciones". Durante los gobiernos nacionalistas de Toro y Busch, y después de Villarroel, fueron instrumentadas algunas políticas de tipo paternalista hacia los indios, algunas

¹¹² René Antonio Mayorga, "Das Scheitern des populistischen Nationalismus in Bolivien", en H. C. F. Mansilla, *Probleme des Dritten Weges*, Darmstadt, 1974, p. 107.

¹¹⁴ Véase el capítulo 1.

¹¹⁵ Véase, por ejemplo, Gonzalo Flores, "Levantamientos campesinos durante el periodo liberal en Bolivia", en F. Calderón y J. Dandler, *op. cit.*, pp. 121-132.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 129.

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 128-129.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 129.

de las cuales llevaron a la constitución de los llamados sindicatos campesinos.

Como anunciando la importancia que iba a tener después, el primer sindicato campesino surgió en uno de los valles de Cochabamba, Ucureña, uno de los más favorecidos climáticamente en todo el país. Curiosamente, tal sindicato no surgió en el marco de la clásica lucha contra los hacendados, sino en contra del muy mal administrado Monasterio de Santa Clara. Los campesinos de Ucureña se transformarían rápidamente en una suerte de vanguardia agrarista del país, gracias sobre todo a la acción organizada de un sector de pequeños propietarios, llamado también "piqueros".

En Ucureña se daban de manera concentrada las mismas características sociales que en el resto de la provincia. El eje central estaba constituido por la hacienda. Los colonos, al igual que sus esposas e hijos, se encontraban sometidos al llamado "pongueaje", sistema de prestación de servicios al "patrón". Aún más abajo en la jerarquía social estaban los llamados "arrimantes", quienes cultivaban una parte del terreno en usufructo de un colono; los "sitiajeros" que tenían poco o ningún acceso a las tierras de cultivo, pero a los que se les dotaba de un espacio para vivir; por último, los "desahuciados" o expulsados de las haciendas que vagaban de lugar en lugar buscando cualquier trabajo.¹¹⁹

Durante los años treinta, algunos miembros del PIR fundaron una escuela para hijos de campesinos. Pronto, los profesores se transformaron en verdaderos activistas agrarios y la escuela pasó a ser el centro organizativo de la actividad comunal.¹²⁰ "La relación del sindicato y la escuela persistió por muchos años, a pesar de que el liderazgo de la organización frecuentemente cambiaba o rotaba, y el personal del núcleo escolar por lo general se renovaba anualmente."¹²¹ Ya en la escuela destacaba la actividad de un joven campesino llamado José Rojas, por entonces militante del PIR y que después sería una de las figuras más importantes de la revolución de 1952.

En 1942 el sindicato de Ucureña fue reorganizado y se nombró Sindicato de Campesinos y Profesores de Cliza. En 1946 había en Ucureña 41 escuelas, todas centros de educación y

¹¹⁹ Jorge Dandler, *El sindicalismo campesino en Bolivia. Los cambios estructurales en Ucureña*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1969, p. 116.

¹²⁰ M. von der Heydt-Coca, *op. cit.*, p. 170. Dwight B. Heath, "Bolivia's law of Agrarian Reform", en D. B. Heath y otros, *op. cit.*, pp. 43-46.

¹²¹ J. Dandler, *op. cit.*, p. 116.

de activismo político. En ellas había 72 profesores y 2 100 escolares (no todos niños).¹²² El sindicato de Ucureña sería el primero en apoyar la revolución de 1952.

Hay dos hechos que en la historia prerrevolucionaria del movimiento campesino adquieren enorme importancia. Uno fue la actividad insurgente de los campesinos al comenzar la década de los cuarenta. El otro fue el Congreso Nacional Indígena de 1945.¹²³ Ninguno de estos hechos puede entenderse separado del otro. Desde el acceso de Villarroel al gobierno, los campesinos habían intensificado sus demandas. Sólo en el mes de diciembre de 1945 hubo una huelga de "brazos caídos" en la zona de Aiquili (Cochabamba), una gran movilización campesina en Sorata (La Paz), una huelga de "brazos caídos" en Capinota y Tiraque (Cochabamba), huelgas y amenazas de sublevación en las provincias de Charcas y Bilbao.¹²⁴

El Congreso Nacional Indígena, iniciado en mayo de 1945, fue el primer intento gubernamental por establecer relaciones con los líderes y las unidades sindicales campesinas. Allí, Siles Zuazo, en representación de su partido, manifestó nada menos que: "la tierra debe pertenecer a los que la trabajan".¹²⁵ Aunque agregó: "para esta superación faltan muchos años".¹²⁶ Pero los campesinos no estaban dispuestos a esperar demasiado, sobre todo si se tiene en cuenta que el Congreso había aprobado decretos en los cuales se declaraban abolidos los servicios de pongueaje y "mitaneaje", los servicios de prestación personal en general; y la fundación de un organismo llamado Oficinas de Defensa Gratuita de los Indígenas.¹²⁷ Los latifundistas también dieron muestras de impaciencia y comenzaron a organizarse en contra del avance campesino. Así, en agosto de 1945 tuvo lugar el Tercer Congreso de la Sociedad Rural Boliviana a fin de "conjurar el avance de una sublevación indígena, alentada e impulsada por elementos políticos adversos al régimen actual".¹²⁸

En 1947, después del colgamiento de Villarroel y en protesta por el incumplimiento de los decretos del Congreso, estalló la gran rebelión indígena de Apopaya, "que duró casi una

¹²² M. von der Heydt-Coca, *op. cit.*, p. 170.

¹²³ J. Dandler y J. Torrico, "El Congreso Nacional Indígena de 1945 y la rebelión campesina en Apopaya (1947)", en F. Calderón y J. Dandler, *op. cit.*, 1984, p. 135.

¹²⁴ *Ibid.*, pp. 172-173.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 159.

¹²⁶ *Ibidem.*

¹²⁷ *Ibid.*, p. 161.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 171.

semana y fue fuertemente reprimida por fuerzas policiales, tropas del ejército y aviones de reconocimiento".¹²⁹ La rebelión fue vista, en el plano nacional, como la primera acción de resistencia frente al retorno de los antiguos grupos económicos al poder.

Insurrección en Cochabamba

Como ya hemos insinuado, el epicentro de la revolución agraria no podía estar sino en Cochabamba. Rápidamente entendieron los dirigentes del MNR que para negociar con el movimiento debían antes que nada cooptar a sus principales jefes, dadas las relaciones de lealtad que prevalecían en el campo. Los más importantes eran dos: Sinforoso Rivas y José Rojas. Con el primero tuvieron suerte; con el segundo no tanta.

El primer alcalde del MNR establecido en Sipa Sipa nombró a Sinforoso Rivas su oficial mayor. Rivas era un campesino astuto, "hábil en negocios y política".¹³⁰ "Hablabla quechua y castellano. Había trabajado en las minas y conocido personalmente a Lechín. Después de 1946, vivía de pequeños negocios en su tierra natal. En 1947-1948 fue corregidor de la provincia. Después de 1952, contando con el respaldo del gobierno y de la cob, fundó una Federación Departamental de campesinos" en el Valle Bajo.¹³¹

José Rojas, en cambio, "estableció una poderosa organización regional en el Valle Alto, proyectando una imagen de líder más auténtico que Rivas u otros..."¹³² Nacido en Ucureña, muy joven tomó parte en la Guerra del Chaco y poco después fue portero de la primera escuela y miembro del primer sindicato campesino de Ucureña; en 1946 asumió la dirección del sindicato. Como muchos otros dirigentes campesinos, era militante del PIR. José Rojas, sin duda un líder natural, era seguido por su gente con una lealtad sólo comparable a la de los campesinos del sur de México respecto a Emiliano Zapata. Uno de sus colaboradores lo caracterizaba así: "Rojas más que nada era un hombre muy vivo que sentía y sabía proyectar las demandas más cercas a nuestro corazón, personificando nuestros deseos. En cambio,

¹²⁹ *Ibid.*, p. 179.

¹³⁰ J. Dandler, "Campesinado y reforma agraria en Cochabamba, 1952-1953", en D. Calderón y J. Dandler, *op. cit.*, p. 220.

¹³¹ *Ibid.*, p. 219.

¹³² *Ibidem.*

otros líderes de fuera no eran campesinos como él." ¹³³ Después de 1952 estableció vinculaciones con el MNR. Sin embargo, las filiaciones partidarias eran para Rojas algo muy secundario si se comparan con su real militancia en el movimiento campesino. A través de su lugarteniente Crisóstomo Inturias mantenía también contactos con el POR. Incluso, después del golpe de Estado que derribó al MIR, estableció vinculaciones con el general Barrientos. Políticamente era oportunista, pero socialmente su conducta era intachable. "Lo único para un campesino —afirmaba— era liberarse de los gamonales y ser dueño de su propia tierra." ¹³⁴

Después de la revolución de abril, Rojas captó de inmediato que se avecinaban buenos tiempos para las movilizaciones campesinas. A partir de ese instante comenzó a desarrollar una actividad febril. Recorría cada hacienda, cada aldea, y en todas partes pronunciaba fulminantes discursos hablando de la revolución agraria y llamando a formar sindicatos. Según cuenta uno de sus lugartenientes, siempre repetía que "los campesinos deben llevar sus rifles al hombro para defender sus derechos". ¹³⁵ "Después se sacaba su sombrero viejo, gritando que los que estaban con la revolución agraria usaban así sombreros viejos de pobre, mientras que otros que hablaban de reforma agraria, usaban sombreros nuevos, mostrando su tendencia burguesa y acomodada." ¹³⁶ A diferencia de dirigentes como Rivas, que acomodaban las organizaciones campesinas a los proyectos corporativistas del MNR, Rojas insistía siempre en la necesidad de mantener la independencia de los campesinos, llamando a constituir sindicatos autónomos. De este modo, los sindicatos de Rojas obligaban prácticamente al Estado a apoyar las expropiaciones que los propios campesinos, armas en mano, realizaban. Por lo mismo, éstos no consideraban las reparticiones de tierra como regalos del MNR sino como conquistas propias. Así, el liderazgo de Rojas fue eclipsando al de Rivas, pese a que este último contaba con oficinas y mucho dinero oficial. Ucureña llegó a ser de este modo centro geográfico del poder campesino.

A partir de 1953, Rojas estableció una relación más orgánica con el MNR. Por una parte había conseguido ya la legalización de las expropiaciones; por otra necesitaba el respaldo del gobierno para defenderse de su rival, Rivas, e impedir así una división de la Federación entre gobiernistas y antigobiernistas. Probablemente quiso también devolver la mano

¹³³ *Ibid.*, p. 223.

¹³⁴ *Ibidem.*

¹³⁵ *Ibid.*, p. 226.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 227.

al MNR y especialmente a su amigo personal Nuflo Chávez, quien como ministro de Asuntos Campesinos había creado las condiciones institucionales para la reforma agraria en un momento en que el partido de gobierno, precisamente por la cuestión agraria, parecía quedar aplastado entre dos frentes: a un lado los que llamaban a liquidar el movimiento "rojista", al otro los que llamaban a una revolución obrero-campesina.

Los problemas de liderazgo entre Rojas y Rivas fueron solucionados a través de una división geográfica de poderes. Rivas ejercería jefatura en las provincias de Quilacolo, Cercado, Tapacarí, Apopaya y partes de Arque. "Por otro lado Rojas tuvo un dominio más extenso, incluyendo las cuatro provincias del Valle Alto, la serranía colindante y algunas áreas del sur del departamento." ¹³⁷

A medida que la revolución campesina avanzaba, Rojas y Rivas iban ascendiendo en sus cargos. El caso de Rojas es más que demostrativo: de líder local antes de la revolución, después de ésta fue un líder regional. Posteriormente fue jefe de la Federación Departamental de Campesinos, y en 1954 secretario general; en los años 1956-1958 fue elegido diputado conjuntamente con otros líderes campesinos. En 1959 fue nombrado ministro de Asuntos Campesinos y más tarde volvería a su liderazgo regional para convertirse nuevamente en ministro después de la reelección de Paz Estenssoro en 1964, pero esta vez como partidario del general Barrientos. ¹³⁸

También en otras regiones comenzó a manifestarse la insurgencia campesina, aunque sin la intensidad de la de Ucureña. En Ayacachi, por ejemplo, la revolución de 1952 fue el punto de confluencia de una serie de movimientos campesinos. También ahí surgieron líderes carismáticos. Quizás el más notable fue Luciano Quispi, el "Kapiri", quien paradójicamente no era campesino sino profesor de escuela y después dirigente obrero afiliado al MNR. Otro dirigente relevante fue Wila Saco (Saco Roto), quien vivió sus primeras experiencias en Cochabamba para luego aplicarlas en Ayacachi y en Belén. Al igual que Rojas, Quispi y Wila iban de lugar en lugar predicando la buena nueva de la insurrección e incitando a la toma de armas para recuperar las tierras. Poco después de la revolución de abril de 1952 en Ayacachi y, en menor medida, en zonas vecinas como Belén, Chigipina Grande y Chico, Taramaya, Warisata, etc., surgieron los llamados "regimientos cam-

¹³⁷ *Ibid.*, p. 234.

¹³⁸ J. Dandler, "La Champa Guerra de Cochabamba, un proceso de disgregación política", en F. Calderón y J. Dandler, *op. cit.*, p. 252.

pesinos" en cuya dirección destacó el ex zapatero Toribio Salas.¹³⁹

El líder y los sindicatos

En los diferentes movimientos campesinos de Bolivia encontramos siempre dos constantes: el líder y el sindicato. A veces varía el orden de los factores: el líder genera un sindicato, pero también es frecuente que el sindicato genere un líder. En cualquier caso, el sindicato es la fuente de legitimación de poder del líder, pero este último es la representación del poder sindical. De este modo, si el Estado buscaba el apoyo de algún sindicato, debía entenderse primero con el líder quien, si aceptaba, pasaba a ser una suerte de intermediario entre el sindicato y el Estado. Ciertamente es que también había matices importantes. Así, dirigentes como Rivas eran representantes del Estado en el sindicato, y Rojas era un representante de los sindicatos en el Estado.

El término sindicato no debe entenderse en un sentido demasiado estricto. Más bien era el producto de un traspaso semántico de las experiencias del movimiento obrero al movimiento campesino. Como apunta García: "La naturaleza del sindicato agrario no puede analizarse comprensivamente desde el punto de vista de los patrones occidentales e industrialistas del sindicalismo."¹⁴⁰ Sin duda fueron los activistas del PIR quienes tuvieron la idea de fundar sindicatos en el campo, aunque ésta era sólo una denominación arbitraria para designar a las más diferentes unidades organizativas agrarias. Por ejemplo, a diferencia de un sindicato tradicional, los campesinos tenían como base de acción una hacienda, una aldea, una provincia o una región. Para muchos campesinos la palabra sindicato no significaba más que una traducción al español de la comunidad agraria originaria. Debido a esas razones, el dirigente de un sindicato era obedecido por los indígenas como un cacique, y en otros casos como una versión moderna del antiguo patrón. Por eso, "una vez elegido, el secretario general ejercía gran autoridad. Resolvía conflictos internos, inclusive familiares. Interventía en cuestiones de conflicto sobre los derechos de usufructo y a veces, inclusive, quitaba la tierra a los campesinos que no se dedicaban a cultivar sus parcelas. A veces se le conocía como 'el general' o 'don general'."¹⁴¹

¹³⁹ Javier Albó, *Ayacachi, medio siglo de lucha campesina*, La Paz, 1979, pp. 38-52.

¹⁴⁰ A. García, *op. cit.*, p. 105.

¹⁴¹ A. Pearse, *op. cit.*, p. 344.

Las funciones del sindicato también fueron cambiando en el tiempo. Simplificando, podríamos decir que hasta abril de 1952 el sindicato fue un eficaz instrumento de lucha. Durante los primeros años de la revolución se constituyó además en una suerte de poder local al que le correspondían hasta las funciones de policía y legislación. Desde 1956, en cambio, se fue convirtiendo cada vez más en dependencia del gobierno local.

Por último es preciso agregar que la constitución de sindicatos era algo bastante informal y dependía sólo del grado de organización, combatividad y conciencia de los campesinos. Es probable que los campesinos de Cochabamba aventajaran a los de otras regiones en la tarea de formar sindicatos porque poco después de la revolución de abril había en este departamento 1 200 sindicatos activos con 200 000 miembros.¹⁴²

En fin, parece quedar claro que la revolución campesina se regía por mecanismos muy diferentes a los de la revolución urbana. Con más propiedad deberíamos decir que se trataba de otra revolución: dependiente de la urbana, pero con objetivos muy distintos. En buenas cuentas: una revolución en la revolución.

Las reformas y sus límites

Si se tiene en cuenta lo arriba expuesto, no resulta una paradoja que la primera y única revolución obrera del continente haya dejado como resultado —y quizás como único resultado— las reformas campesinas. Ello no es poco si se toma en cuenta la magnitud de las reformas. Desde agosto de 1953 hasta junio de 1964, el gobierno central otorgó 298 276 títulos ejecutoriales de reforma agraria con una superficie total que excedía los 7 millones de hectáreas.¹⁴³

En efecto, los campesinos dieron muestra de una gran habilidad durante el proceso. Aprovecharon y desviaron en función de sus intereses una revolución que en principio no era de ellos. Y nadie puede decir que no lograron su objetivo. Como constata un experto en cuestiones agrarias: "La revolución destruyó la hacienda como estructura social, económica y política, y la destruyó para siempre."¹⁴⁴

La ley de reforma agraria aprobada finalmente el 2 de agosto.

¹⁴² Gerrit Huizer, *El potencial revolucionario del campesino en América Latina, México, Siglo XXI*, 1978, p. 168.

¹⁴³ Jacobo Libermann, *El MNR y la Revolución Nacional*, La Paz, 1973, p. 90.

¹⁴⁴ A. García, *op. cit.*, p. 349.

to de 1953 poseía, sin embargo, serias limitaciones. Por ejemplo, no fueron tomados en cuenta los intereses de los más pobres del campo, basándose principalmente en los de los pequeños campesinos parceleros. Ello se ajustaba a un criterio económico y político. Económico, porque la multiplicación de la pequeña propiedad agraria capitalista parecía tener buena acogida en el tipo de mentalidad modernista y desarrollista de los miembros del gobierno. Político, porque los pequeños propietarios constituían el núcleo campesino más combativo y organizado. Por cierto, los dirigentes de los sindicatos campesinos hacían grandes esfuerzos por mantener la adhesión de la mayoría de la población agraria, y sólo lo consiguieron al poner en práctica las reformas.

La Ley de Reforma Agraria no sólo era excluyente sino además difusa. Los criterios de expropiación eran muy vagos. En general, el Estado se comprometía a respetar algunas formas de mediana y pequeña propiedad, además de las comunidades, cooperativas, empresas agrarias "modernas" y unidades dedicadas a la crianza de ganado en el oeste del territorio. Los criterios de definición de mediana y pequeña propiedad tampoco eran demasiado precisos. Por ejemplo, se entendía por pequeña propiedad desde cuatro hectáreas en los valles cerrados y con buena tierra, hasta 80 hectáreas en el territorio del Chaco. Por mediana propiedad se entendía 50 hectáreas en los valles (después fueron reducidas a 20) y hasta 600 en el territorio del Chaco. Empresas agrícolas de 400 hectáreas en el territorio que bordea el lago Titicaca y de 2 000 hectáreas en el oriente del país, también serían respetadas.¹⁴⁵

No todos los latifundios serían en principio expropiados: aquellos que incorporaran alta tecnología y operaran con criterios capitalistas serían respetados según la ley, sólo que ese tipo de latifundio apenas existía en Bolivia.

Tan amplios eran los criterios de expropiación, que es difícil evitar la sospecha de que tal amplitud fue premeditada, a fin de que la reforma se realizara bajo la prioridad política, vale decir, atendiendo a la capacidad de fuerza y presión de los campesinos en las diferentes regiones. De este modo, "la relación patrón-campesino se modificó o transformó de acuerdo al grado existente de conflicto y presiones políticas que se sintieran en cada comunidad".¹⁴⁶

¹⁴⁵ Acerca del tema, véase D. B. Heath, *op. cit.*, pp. 29-59. Alain Birou, *Fuerzas campesinas y políticas agrarias en América Latina*, Madrid, 1971, p. 187. Isaac Grober, *La Reforma Agraria en Bolivia, proceso a un proceso*, Santiago de Chile, 1969, pp. 109-189.

¹⁴⁶ A. Pearse, *op. cit.*, p. 346.

En términos generales, además de la erradicación del latifundio, la reforma agraria produjo los siguientes resultados:

1] Formación de una pequeña burguesía agraria integrada al mercado urbano, especialmente en los valles de Cochabamba, y que a la larga se convertiría en una víctima propicia para prestamistas y bancos internacionales. Como afirma un buen conocedor del tema, Jorge Dandler: "La política agraria del estado fue orientada a la creación y afianzamiento de un importante sector empresarial agroganadero y comercial a través de grandes donaciones de tierra, proyectos de infraestructura vial, plantas de procesamiento y políticas de apoyo financiero y técnico en el Oriente."¹⁴⁷

2] Individualización de la producción. Las comunidades indígenas fueron respetadas pero no favorecidas, y muchos miembros de las comunidades optaron por convertirse en pequeños propietarios, lo que trajo consigo una erosión de la vida comunitaria.

3] Una nueva estratificación social agraria y, por lo tanto, nuevos mecanismos de explotación, sobre todo indirectos, ejercidos a través del mercado y del sistema financiero. Incluso, antiguos oligarcas trasladaron a los bancos las ganancias obtenidas en la agricultura, de ese modo continuaron explotando a los campesinos, sólo que mediante otras formas.

Por último es necesario agregar que todo el proyecto de reforma agraria fue concebido en función de una eventual industrialización que permitiría la canalización de los excedentes agrarios hacia un sistema productivo dirigido principalmente por el Estado. Ahora bien, como es sabido, esa industrialización nunca tuvo lugar. Ni existía una clase capitalista nacional ni el MNR poseía el personal técnico necesario para un capitalismo de Estado, ni el capital extranjero estaba interesado en invertir en un país con mercados tan estrechos. De este modo, los excedentes agrarios fueron succionados por un sistema financiero frente al cual el MNR y, sobre todo, los campesinos, eran impotentes.

Sin embargo, pese a todas las limitaciones mencionadas, la reforma agraria boliviana, con excepción de la cubana, ha sido la más radical de América Latina. Mucho más que la mexicana, que por lo demás demoró 50 años en llevarse a cabo, en tanto que la boliviana ya estaba realizada [en dos años!]

Tampoco fueron detalles técnicos los que obligaron a los campesinos a restar su apoyo al MNR. Éste dejó de ser para ellos el socio político ideal desde el momento en que rompió con su ala obrera a fin de reconquistar a las capas medias, lo

¹⁴⁷ J. Dandler, "La Champa Guerra...", cit., p. 244.

que tampoco logró. Cuando el MNR se empeñó en reorganizar el antiguo ejército, muchos dirigentes campesinos comprendieron que del MNR ya no había que esperar demasiado. Por lo demás el MNR no era su partido. Si Paz y Siles creyeron contar para siempre con el apoyo campesino, se equivocaron profundamente, pues tal apoyo era estrictamente condicionado. Sería absurdo, en ese sentido, criticar a los campesinos porque después de 1956 establecieron contacto con los militares. Por una parte, no fueron los campesinos sino el propio MNR el que los llevó al poder. Por otra, la historia de los campesinos no puede analizarse con acuerdo a las mismas pautas que rigen a los políticos urbanos. La revolución de 1952 había sido para ellos sólo una lastimadura en el sistema de dominación de la minoría blanca. Y ese momento lo aprovecharon estupendamente. Cuando llegó el momento de la restauración política, era lógico que los campesinos intentaran defender lo conquistado adecuándose a las circunstancias. La historia de las masas indígenas y agrarias, no sólo en Bolivia, es muy larga y penosa. Sus experiencias colectivas no pueden ser las mismas que las de los obreros y estudiantes. Ellos, por último, han sido siempre las víctimas de los grandes procesos, sea de conquista, de modernización o de industrialización. Han aprendido, por lo tanto, algo que las minorías blancas o mestizas no saben hacer muy bien: esperar. Esperan "su" momento. Al fin y al cabo, ellas son la mayoría; esto es, la verdadera nación.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Los orígenes de la revolución boliviana hay que buscarlos en la ruptura del sistema de dominación, de por sí debilitado desde el siglo pasado a consecuencia de la guerra perdida frente a Chile. Tal ruptura se produjo, definitivamente, después de la Guerra del Chaco, que a su vez puede ser considerada como efecto de la crisis mundial de 1929 sobre una economía demasiado dependiente del mercado mundial como para resistirla y una institucionalidad política muy precaria como para canalizarla.

La debilidad del sistema de dominación vigente en Bolivia era la expresión de la inexistencia de una clase dominante y dirigente a la vez, que hubiese estado en condiciones de haber impuesto su sello económico y político al conjunto de la sociedad. Los barones del estaño eran más bien individuos o grupos, pero no una clase, y aun si lo hubieran sido, habrían

actuado como clase extranjera en su propio país. La oligarquía terrateniente era, a su vez, una de las más atrasadas de América Latina, ya que en muchas haciendas prevalecían sistemas de prestación de servicios correspondientes al período colonial. Quizá la mejor prueba de la ausencia de una clase "progresista" fue la llamada revolución regional y liberal de 1899, que no hizo sino fortalecer las relaciones señoriales existentes.

Las dos únicas instituciones que conservaron la coherencia después del desastre del Chaco fueron el ejército y los sindicatos mineros. El primero salvó su responsabilidad en la guerra al destituir al presidente Salamanca; los segundos habían podido desarrollarse relativamente aislados del resto de la sociedad. Gracias a la concentración geográfica de las poblaciones mineras, a la fusión de intereses étnicos y sociales que en ellas se dio y a una larga tradición de lucha, los sindicatos mineros estuvieron pronto en condiciones de agrupar en su alrededor a otras fracciones obreras así como a otros sectores subalternos de la sociedad.

Los gobiernos de Toro y Busch (1936-1939), a través de ese extraño experimento denominado "socialismo-militar", significaron un intento por representar una alianza de fracciones "populistas" del ejército con los sindicatos y otros sectores subalternos. Durante ese breve período fueron puestos en práctica una serie de medidas estatizantes y nacionalizantes, restricciones a las compañías del estaño y una evidente ampliación de los espacios democráticos donde obreros, campesinos y estudiantes pudieron movilizarse.

El "socialismo militar" había sido también la expresión de la inexistencia de una izquierda políticamente organizada. Esa izquierda, comparada con otras del continente, surgiría pues con mucho retraso, pero también con una notable velocidad. Ya en sus comienzos era posible observar en ella tres tendencias: una nacionalista-indigenista que se expresó tenuemente en el POR y que después alcanzó gran fuerza en el MNR; una obrerista que se manifestó insistentemente en los tres partidos, POR, MNR y PIR; por último, una tendencia modernizante e industrialista que alcanzó notoria expresión entre los dirigentes del MNR, sobre todo después del acceso al poder. Estas tres tendencias iniciales serían desviadas de sus direcciones originarias por presiones ideológicas que no tenían su punto de inserción en la realidad boliviana. El MNR surgió portando el pesado lastre de una fracción fascistoide. El PIR, que en un comienzo parecía ser el partido de izquierda con mayores posibilidades de desarrollo, se transformó en una organización extremadamente obediente a Moscú, lo que de-

terminó una práctica política llena de contrasentidos que terminó por provocar la destrucción del propio partido. Igualmente, el POR terminó subordinado a una directiva trotskista que, sin embargo, estuvo en condiciones de influir en las fracciones izquierdistas y obreristas del MNR.

El MNR puede ser considerado un producto natural de los acontecimientos. Surgido, como otras formaciones políticas latinoamericanas, del movimiento estudiantil, en cuanto representación política radicalizada de los sectores medios, estuvo pronto en condiciones de articular también demandas obreras y campesinas. Al no poseer una ideología definida ni un programa común, la dirección fue ejercida por líderes pragmáticos y flexibles, como Paz Estenssoro y Siles Zuazo. Ya durante el gobierno militar de Villarroel había participado en la administración del Estado; su desarrollo posterior se vio inmensamente facilitado por los espacios que le cedía el PIR al aliarse con los sectores más reaccionarios del país.

Además del MNR, los principales protagonistas de la revolución de 1952 fueron las masas de pobres urbanos y suburbanos, los campesinos y los obreros de las minas. Estos últimos no sólo fueron protagonistas sino además uno de los principales sujetos de la revolución. A través de la COB los trabajadores ejercieron durante un breve periodo la dirección del aparato del Estado y en menos de dos años nacionalizaron las minas y liquidaron el latifundio.

La revolución no fue obrera y campesina a la vez. Primero fue obrera (y popular) y después derivó en campesina. La revolución agraria surgió como continuación de la revolución de 1952, pero luego vivió un desarrollo independiente. 1952 significó para los campesinos indígenas una oportunidad histórica para articular las múltiples rebeliones campesinas que se venían gestando, intermitentemente, desde los mismos días de la Colonia. Cualquiera que sea la evaluación final de la revolución, esos indígenas demostraron que ellos constituyen la verdadera base de la sociedad.

Pocos procesos históricos han ejercido tanta fascinación como la revolución cubana. Basta sólo recordar a las generaciones políticas que durante los años sesenta siguieron con pasión la gesta de aquellos barbudos que sin más armas que unos pocos fusiles y con una increíble voluntad lograban no sólo derrocar una dictadura, sino además desafiar a la potencia militar más grande del planeta y establecer las bases para un nuevo régimen social. Partidos y movimientos nacionalistas, marxistas y cristianos se sentían atraídos por el ejemplo cubano y, cuando no, aparecían grupos que se disponían a emular la odisea de Fidel Castro y el Che. ¿Cómo olvidar los días en que Castro se trenzaba en durísimas disputas con todos aquellos poderes de la izquierda internacional que se oponían a la idea de una revolución continental no vacilando incluso en formar la OLAS en 1967, verdadera internacional de la revolución latinoamericana? ¿Cómo olvidar al Che Guevara que desde la sierra boliviana, luchando contra la geografía, los ejércitos y su propia asma, tremendamente digno y solitario, llamaba a formar uno, dos, tres Vietnam?

Los retratos de Fidel y del Che pasaron igualmente a formar parte de la cultura política de los movimientos estudiantiles europeos, acompañando a la biblia de Mao, las teorías de Marcuse y las canciones de los Beatles. Literatos y periodistas, filósofos y artistas, trotskistas y estalinistas, revolucionarios aficionados y profesionales, románticos empedernidos, en fin todos los colores de una izquierda multifraccionada, miraban e incluso viajaban hacia Cuba como quien cree haber encontrado el paraíso perdido. Pero quizá por eso la revolución cubana dejaba poco a poco de ser entendida por sí misma, para convertirse en víctima de proyecciones e ideologías cuyo punto de origen no se encontraba en la isla.

Aún hoy, varios años después de la gesta cubana, resulta muy difícil separar, en la de por sí abundante literatura acerca del tema, el dato o hecho concreto de la fronda ideológica que la cubre. Sin embargo, aun las ideologías más espesas no deben hacernos olvidar que la cubana, independientemente de las proyecciones que alcanzó en su tiempo, fue una revolución latinoamericana y, aunque parezca elemental decirlo, cubana. Lo expuesto significa que a esa revolución hay que analizarla a partir de su ubicuidad en procesos comunes a diversos países latinoamericanos, por una parte, y a partir de sus particularidades específicas, por otra.

TRADICIÓN Y RUPTURA EN EL PROCESO HISTÓRICO CUBANO

La revolución cubana se dio en los términos de la más estricta continuidad con la historia del país, lo que dista de ser un factor secundario pues Cuba es quizás el único país de América Latina en donde la emancipación respecto a España pudo vincularse con las luchas sociales del siglo xx. Esto encuentra su explicación en el hecho de que Cuba fue el último país latinoamericano que se liberó de España (1898), lo que permitió que la independencia surgiera como consecuencia de procesos sociales "modernos" y al mismo tiempo que éstos se impregnaran de un carácter nacional, lo que también fue fundamental cuando los cubanos debieron enfrentar la intervención norteamericana.

Desde el punto de vista de la inserción continental de los acontecimientos resulta decisivo entender que el movimiento social, democrático y popular representado por el Movimiento 26 de Julio se encuentra ideológicamente emparentado con muchos otros, igualmente democráticos y populares, que han aparecido en distintos periodos en el continente y que algunos autores han caracterizado, de manera un tanto imprecisa, como populistas.¹

La tradición nacional

El Movimiento 26 de Julio (M26J) parece ser realmente un punto de concentración de la tradición política de Cuba. Como lo definió el mismo Fidel Castro el 16 de agosto de 1955 en un mensaje dirigido al Partido Ortodoxo: "El Movimiento 26 de Julio no constituye una tendencia al interior del Partido [Ortodoxo]; es el aparato revolucionario del chibasismo [sobre el que escribiremos más adelante], enraizado en su base, de la que ha surgido para luchar contra la dictadura cuando la ortodoxia ha demostrado ser impotente debido a sus mil divisiones internas."²

Aquello que Fidel Castro afirmaba en 1955 era la pertenencia del M26J a la tradición histórica cubana, pues el chibasismo había surgido en 1944 con el Partido Ortodoxo, que a su vez provenía de fracciones radicalizadas del Partido Re-

¹ Para una caracterización del populismo se recomienda el libro de Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 165-233.

² Fidel Castro, *La revolución cubana 1953-1962*, México, Era, 1975, p. 87.

volucionario Cubano, supuesto heredero de aquel que en los días de lucha por la independencia había sido fundado por José Martí con el mismo nombre. En efecto, las dos épocas de referencia del M26J son el periodo de lucha por la independencia y el periodo de lucha en contra de la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933).

La tradición social

Ya hemos insinuado que la guerra de independencia contra España ocurrió en un periodo en el que en Cuba ya se habían establecido algunas relaciones sociales de tipo capitalista. Tal lucha se dio, pues, en un tiempo caracterizado por la aparición de nuevos actores sociales, por ejemplo, una precaria burguesía comercial en el interior del bloque dominante, sectores medios en su exterior, y una clase obrera relativamente bien organizada. Por tal razón, la ideología de Martí es mucho más concreta que la de otros patriotas del continente, pues sus expresiones no sólo son nacionales sino también sociales.³ Además, como es sabido, Martí comprometió su práctica por una independencia respecto a España y también respecto a Estados Unidos. Para las futuras generaciones políticas, el texto de una de las últimas cartas de Martí no pudo tener sino un sentido testamentario: "Es un deber mío evitar, mediante la independencia de Cuba, que los Estados Unidos se extiendan por las Indias Occidentales y caigan con mayor fuerza sobre otras tierras de nuestra América. Todo lo que he hecho hasta ahora y todo lo que haga de ahora en adelante tiene esa finalidad [...] Conozco al monstruo porque he vivido en sus entrañas, y mi única arma es la honda de David."⁴ En fin, Martí era una especie de Bolívar local, pero en la "era industrial". Por eso en su nacionalismo no sólo se encuentran rasgos antimperialistas, sino incluso anticapitalistas.⁵

No deja de ser interesante mencionar que ya durante el periodo de la independencia habían surgido en Cuba algunos

³ Acerca del tema, véase Ezequiel Martínez Estrada, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI, 1969. José Mañach, *Martí: apostle of freedom*, Nueva York, 1950.

⁴ José Martí, *Obras completas*, La Habana, 1931, t. 1, pp. 271-273.

⁵ Véase José Martí, "Sobre los EEUU de Norteamérica", en *Monthly Review*, año 8 (introducción de Phillip S. Forner), 1975, p. 57. Sobre el tema se recomienda Marcos Vinocour, *Cuba: nacionalismo y comunismo*, Buenos Aires, 1966. También, Liselotte Kramer-Kaske, *Die kubanische Volksrevolution 1953-1962*, Ost Berlin, 1980.

partidos obreros y socialistas. El primer partido socialista fue fundado en 1899. En 1900 surgió el Partido Popular. El Club de Propaganda Socialista que después tomó el nombre de Partido Obrero Socialista (ros) surgió en 1904. El Partido Socialista Internacionalista que fue fundado en 1905 se fusionaría con el POS para dar lugar al llamado Partido Socialista de Cuba. Uno de los principales propagadores de las ideas socialistas, sobre todo en su forma anarquista, fue el líder obrero Carlos Baliño, quien inició su actividad política como trabajador del tabaco en Florida y después como director de *La Tribuna del Pueblo*, periódico revolucionario de Tampa. El primer congreso obrero fue celebrado el 16 de enero de 1892 con una asistencia de más de mil delegados. Si se tiene en cuenta que tal congreso tuvo lugar en pleno curso de la guerra contra España y que debió enfrentar el cerco de las tropas enviadas por las autoridades coloniales, puede comprenderse mejor nuestra afirmación relativa a la unidad originaria entre las luchas nacionales y las sociales. Entre 1892 y 1894 tuvieron lugar una serie de huelgas cuya exigencia principal era la de las ocho horas de trabajo, pero también pronunciándose por la independencia del país.⁶ Precisamente la confluencia de factores nacionales y sociales iba a posibilitar que los movimientos democráticos del futuro pudieran entenderse como depositarios de una tradición común.

UN PUNTO DE PARTIDA: LA DICTADURA DE MACHADO

No es difícil imaginar la historia cubana como un drama en tres actos. El primer acto fue la lucha por la independencia; el segundo, la revolución antimachadista; el tercero, por supuesto, fue la revolución castrista.

Machado era el representante de una dictadura centroamericana "clásica". Con el término "clásica" queremos destacar los siguientes rasgos: primero, una estrecha subordinación a Estados Unidos; segundo, el ejercicio militar del aparato del Estado; tercero, incapacidad congénita de las clases dominantes para convertirse en clases dirigentes.

La estabilidad de la dictadura sólo podía estar asegurada en tanto se mantuviera la cohesión interna de un de por sí muy

⁶ A. Carrel y G. Fourniel, *Cuba socialiste de A a Z*, París, 1975. Fabio Grobart, "El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933. Surgimiento del Partido Comunista", en *Bohemia*, núm. 3, La Habana, 19 de enero de 1973, pp. 94-102.

heterogéneo bloque de dominación. Al mismo tiempo, dada la extrema dependencia económica del país, la pérdida de cohesión de ese bloque estaba a su vez determinada por factores externos.

De acuerdo con lo expuesto se entiende por qué el principal factor desestabilizador de la dictadura de Machado fue la crisis de 1929, que afectó a Cuba con singular violencia. Sólo un ejemplo de ello fue la baja en las exportaciones de azúcar. En 1929 alcanzaban los 200 millones de dólares; en 1930 bajaron a 129.78; en 1931 a 78, y en 1932 a 42.⁷ Igualmente, el precio del azúcar comenzó a descender drásticamente: de un precio sumamente bajo de 17.2 centavos por libra en 1929, descendió a 0.72 en 1932 y más tarde a 0.57 centavos; de un valor total de 109 millones de pesos que tuvo la zafra de 1929, descendió a 42 millones en 1932.⁸

La crisis sólo podía traer consecuencias políticas. Por una parte, en el propio bloque de dominación algunos sectores empresariales comenzaron a desertar culpando a Machado de no proteger sus intereses frente a Estados Unidos, en tanto que otros lo culpaban de no integrarse aún más a la economía norteamericana. Estos últimos no vacilaron incluso en solicitar al Departamento de Estado de Estados Unidos la invasión, a fin de que los liberara de un mal gobernante y del peligro de una revolución social al mismo tiempo. Esta insólita petición se basaba sin embargo en hechos precedentes. A fines del siglo XIX Estados Unidos había invadido Cuba para preservar el "orden interno". En 1901, Cuba obtuvo la independencia formal de parte de Estados Unidos, pero su gobierno tuvo que suscribir la llamada Enmienda Platt, inscrita en la propia constitución cubana, en donde era reconocido el derecho norteamericano a controlar la política exterior del país, así como el derecho a intervenir "para proteger la vida, la libertad y los bienes de sus conciudadanos".⁹ Además la enmienda otorgaba a los norteamericanos los derechos para establecer la base militar de Guantánamo, que todavía subsiste.¹⁰

Aunque esta vez Estados Unidos no invadió la isla, el embajador Summer Welles intervino demasiado en los asuntos internos, y si no logró remplazar a Machado por un presidente

⁷ Dirección política de las FAR, *Historia de Cuba*, La Habana, 1968, p. 583.

⁸ F. Grobart, *op. cit.*, p. 98.

⁹ Dorothea Ross, "Sozial und Wirtschafts Geschichte Kubas von der Kolonialzeit bis 1963", en Bernd Kübler (comp.), *Cuba libre*, Lambertheim, 1977.

¹⁰ Fernando Mires, *Cuba: la revolución no es una isla*, Medellín, 1978, pp. 22-23.

al gusto norteamericano, fue debido sobre todo a la resistencia del dictador.

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

El foco catalizador de la lucha en contra de Machado fue la universidad. Esto no es por lo demás extraño en los movimientos sociales del siglo xx en América Latina, pues ha sido en las universidades donde han tendido a articularse ideológicamente los intereses de los sectores medios emergentes, sobre todo en países como Cuba que contaban con "una clase media demasiado grande para que pudiese representarla la economía".¹¹

La principal organización política surgida del estudiantado fue el Directorio Estudiantil Universitario donde militaron algunos estudiantes que después serían connotadas figuras políticas como Eduardo Chibás, el futuro canciller Raúl Roa y el ex presidente Carlos Prío Socarrás. El líder del directorio fue el legendario Antonio Guiteras.

Bajo el liderazgo de Guiteras, el directorio no fue una simple entidad universitaria sino un movimiento político que desarrolló una línea de enfrentamiento directo con la dictadura, poniendo en práctica formas de lucha armada de carácter urbano e incluso rural. Era, sin duda, la organización antimachadista más activa.

Una segunda fuerza política de relativa importancia fue el ABC, inspirado en las ideologías populistas en boga a fines de la década de los veinte, como las que sustentaba el peruano Haya de la Torre.¹² De acuerdo con cierta influencia fascista mussoliniana, el ABC propiciaba la formación de un Estado de tipo corporativo, el desarrollo de una industria local y un nacionalismo ideológico difuso y retórico con características antinorteamericanas. Con menos apoyo social que el directorio, el ABC se enredó frecuentemente en actividades conspirativas.

Particularmente decisiva en el derrocamiento de Machado fue la actividad del movimiento obrero, que logró conectarse,

¹¹ Theodor Draper, *Castrism: theory and practice*, Nueva York, 1965, p. 19.

¹² El ABC hizo suya la principal tesis de Haya de la Torre en el sentido de que en los países de América Latina el imperialismo es la primera, no la última, fase del capitalismo. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, 1947, p. 198.

aunque por un periodo muy breve, con las luchas de otros sectores sociales subalternos. Sin embargo, el "proletariado" había tenido un desarrollo bastante desigual (lo que es común en América Latina), situación que en Cuba se agravaba debido al carácter de "enclave" que la economía del país había tenido desde un comienzo.¹³ En un principio los llamados "enclaves azucareros" habían trabajado fundamentalmente con mano de obra esclavizada que importaban las compañías norteamericanas desde Haití y Jamaica. Los esclavos conformaban así un peculiar ejército (esclavizado, no "proletario") de reserva. Teniendo que rivalizar con las masas de esclavos, la clase obrera propiamente tal constituía a fines de los años veinte sólo el 16.4% de la población trabajadora.

Conjuntamente con los esclavos, los obreros cubanos coexistían con una enorme masa de desempleados. "El azúcar, que entregaba en promedio al Estado el 80% de sus recursos, sólo podía ofrecer 20 000 empleos estables. Solamente en los periodos de la zafra se requería de la presencia de aproximadamente 40 000 cortadores de caña. Estos se insertaban en el proceso productivo como trabajadores ocasionales. Así, el sector estatal, a fin de paliar en algo la desocupación, debía absorber nada menos que el 35% de la población activa."¹⁴

Debido al carácter estacional de la explotación azucarera, la resistencia obrera a Machado tendió a concentrarse entre los trabajadores del tabaco. Como en el sector tabacalero el proceso de tecnificación era más acelerado que en el del azúcar, y a causa de la creciente demanda proveniente de los mercados internacionales, los obreros del tabaco —llamados también torcedores—, cuyo trabajo requería cierto grado de especialización, estuvieron en condiciones de convertirse en un bastión de resistencia a la dictadura. Allí los comunistas encontraron un medio de inserción gracias sobre todo al activismo obrero del líder juvenil Julio Antonio Mella, aunque por lo general predominaban las posiciones anarquistas. Bajo inspiración anarcosindicalista nació, en febrero de 1925, la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOC).

Cuando el 20 de marzo de 1925 Machado asaltó el poder, se encontró con un movimiento obrero pequeño pero muy bien organizado que desde 1917 venía utilizando la huelga como arma política. Precisamente ese año tuvo lugar una paralización de las faenas del azúcar. Entre 1918 y 1919 hubo varias huelgas generales convocadas por "comandos provisorios" en

¹³ Acerca de la noción de "enclave", véase Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.

¹⁴ F. Mires, *op. cit.*, p. 40.

cada provincia. Sobre la base de uno de estos comandos había surgido la Federación Obrera de La Habana, de donde a su vez surgiría la CNOC de 1925.

La resistencia a Machado tomaría muy pronto un carácter popular y masivo. Expresión fiel de esa lucha fueron sus propios líderes. Uno de los más significativos, sin duda, fue Julio Antonio Mella, surgido del movimiento estudiantil y después uno de los fundadores del Partido Comunista —del cual nunca pudo ser dirigente debido a su extracción social “burguesa”. Fue también fundador de la Federación Estudiantil Universitaria y de la Universidad Popular José Martí. Más que un jefe de partido, Mella era sobre todo un generoso y romántico líder de masas. Sus actitudes anarquistas eran, por lo demás, inocultables. En cierta ocasión, cuando Machado prohibió que en la bahía de La Habana atracara el buque soviético Vorozki, Mella se lanzó a las aguas llevando a los marineros el saludo simbólico del “pueblo cubano”. Acusado, en otra ocasión, de haber arrojado una bomba, fue hecho prisionero. En prisión mantuvo una huelga de hambre de 16 días, redoblando su popularidad desde la cárcel, lección que aprendería muy bien Fidel Castro. Relegado a México, participó en la fundación del Partido Comunista Mexicano. El 10 de enero de 1929 fue asesinado por encargo de la dictadura.

De la misma estirpe romántica y aventurera que Mella era el joven abogado y poeta Rubén Martínez Villena. Al igual que Mella, había participado en la fundación del Partido Comunista Cubano. Varias veces enfrentó a las tropas de la dictadura al mando de pequeños comandos, e incluso individualmente. Una vez se ofreció para pilotear un avión y bombardear objetivos militares establecidos en La Habana. También fue un activo agitador en los medios obreros y uno de los principales organizadores de la huelga general de 1930. El largo tiempo que pasó en las prisiones fue minando su de por sí delicada salud. Murió muy joven, en 1934, de tuberculosis. Su legado fue una gran cantidad de poemas y escritos de carácter libertario.

Mella y Villena eran todo lo contrario al típico dirigente burocrático de partido. Más cerca se encontraban sin duda de figuras como Antonio Guiteras Holmes, el líder del directorio.

Guiteras había abandonado la universidad en 1929 porque carecía de medios económicos, y como vendedor de productos farmacéuticos comenzó a reclutar activistas para la lucha en contra de Machado a lo largo de todo el país. No sin razón Guiteras es considerado un precursor de la “idea” de la guerrilla y de las “acciones directas”. El 29 de abril de 1933, realizando un precedente que después haría escuela, asaltó el cuartel de San Luis en la provincia de Oriente al mando de un grupo de jóvenes armados. Aunque sus concepciones políticas

también tenían un origen anarquista, era más bien un “pragmático” y siempre dejó abierta la posibilidad para realizar alianzas entre el directorio y los comunistas. Guiteras sería el miembro más destacado del gobierno que sucedió a la dictadura, desde donde impulsaría una gran cantidad de reformas democráticas. A primera vista es asombroso el parecido que existe entre las figuras revolucionarias de los años treinta y las que surgirían en los años cincuenta, como José Antonio Echeverría, Frank País y Fidel Castro. Pero el asombro desaparece si se toma en cuenta que ambas generaciones se consideraban herederas políticas del ideario de José Martí.¹⁵

Frente a una resistencia en la que se cruzaban las reivindicaciones democráticas y las luchas obreras, la dictadura no tenía más recurso que el de la represión. En este sentido, el prontuario criminal de Machado es portentoso: masacres estudiantiles, asesinato de figuras políticas de renombre, como el periodista conservador Armando André o el sindicalista Fidel López, actos de inaudito salvajismo como por ejemplo hacer arrojar a la bahía de La Habana los cadáveres mutilados de prisioneros políticos, asesinatos por encargo como el cometido en la persona de Mella, etc. En esas condiciones, hasta algunos machadistas abandonaban el gobierno, y en sus momentos finales el dictador no contaría con más apoyo que el de un ejército dividido y un minipartido fascistoide llamado Liga Patriótica.

En efecto, Machado perdió la batalla decisiva en 1930 cuando levantó la consigna “en este país no habrá huelga que dure más de 24 horas”, y se produjo una huelga general que duró mucho más y que paralizó a todo el país. El punto de culminación de la lucha antimachadista fue la gran huelga general de 1933, que fue precedida por la huelga de los trabajadores azucareros en 1932. Quizá debido a tales acontecimientos, muchos años después Fidel Castro y los suyos estarían tan obsesionados por la idea de la huelga general de masas que la convirtieron en el centro de todas sus políticas y estrategias.

El movimiento de 1933 comenzó a nuclearse a partir de una huelga de “autobuseros” aparentemente insignificante. Luego sobrevino una escalada huelguística bien coordinada que contagió a casi toda la población, repercutiendo en el interior del Estado mismo, donde las conspiraciones palaciegas estaban a la orden del día. Por si fuera poco, Estados Unidos retiraba su apoyo al dictador. La Iglesia también. Prácticamente todos los partidos —con la excepción del pc que por entonces atravesaba por una de sus desviaciones más sectarias llamando, completamente aislado, a formar soviets(!)— se pronunciaban

¹⁵ *Ibid.*, pp. 29-33.

por la pronta caída de la dictadura.¹⁶ En esas condiciones, Machado sería derribado el 12 de agosto por un movimiento de masas incontenible.

EL LENTO RETORNO DE LOS UNIFORMES

Machado fue sucedido por un breve gobierno de transición dirigido por Carlos Manuel de Céspedes, cuyo único mérito era el de ser hijo del "Gran Céspedes", uno de los próceres más destacados de la independencia de Cuba. Inmediatamente, y previendo una rearticulación del machadismo bajo nuevas formas, el directorio se opuso al nuevo gobierno levantando la punzante consigna: "Céspedes no es un tirano, es un inútil", exigiendo además su renuncia debido sobre todo a las incondicionales muestras de sumisión que hacía gala frente a Estados Unidos.

La caída de Machado había sido enormemente facilitada por la debilidad del ejército. En ese periodo de radicalización social ni siquiera los militares pudieron escapar de las influencias revolucionarias, y exigieron también el cumplimiento de sus reivindicaciones propias: mejor salario y dotación técnica, democratización interna, etc. Del interior de este ejército surgió el "movimiento de los sargentos" dirigido originariamente por el sargento de tendencias socialistas Pablo Rodríguez, que realizaría una sublevación propia el 4 de septiembre de 1933. Dentro de ese ejército se formó asimismo una junta revolucionaria, alternativa al gobierno oficial. Allí comenzaba a hacer sus primeras experiencias un hábil cabo taquígrafo llamado Fulgencio Batista. Así, el futuro Machado de Cuba haría su entrada en la escena política cubierto con el manto de la revolución democrática y popular. "Hasta el momento de la caída de Machado —escribe el historiador Hugh Thomas—, las actividades de Batista eran más bien oscuras. Recién el 18 de agosto de 1933 se le vio pronunciando su fluida y afortunada oración fúnebre en conmemoración del los oficiales asesinados en tiempos de Machado. Entonces insinuó que los suboficiales

¹⁶ Véase Maurice Zeitlin y Robert Scheer, *Cuba: tragedy in our hemisphere*, Nueva York, 1963, p. 112. Saverio Tutino, *L'Octubre Cubain*, París, 1969, pp. 73-109. Según Hugh Thomas: "Los comunistas habían decidido que el peligro de una intervención de los EEUU era tal, que cualquier recurso, incluso una alianza temporal con Machado, era lícito con tal de evitarla", en Hugh Thomas, *Cuba: la lucha por la libertad 1762-1970*, vol. 2, Barcelona-México, Grijalbo, 1974, p. 809 [edic. en tres vols.].

encabezarían finalmente una democracia nacional revolucionaria. Los oficiales ya lo conocían por su vivacidad tan poco corriente y sus muchas relaciones."¹⁷

Los "sargentos" se unieron al directorio proclamando la "reagrupación revolucionaria de Cuba", destituyendo a Céspedes y entregando el gobierno a la llamada "pentarquía" presidida por el profesor de fisiología de la Universidad de La Habana, Ramón Grau San Martín, quien junto con Batista serían los principales protagonistas de la historia de Cuba hasta la llegada de Castro.

La pentarquía era un gobierno de compromiso y su función no podía ser otra sino la de coordinar los distintos poderes que habían cristalizado en el periodo de lucha contra Machado. Sin embargo, muy pronto quedaría claro que el conjunto de tales poderes, siendo suficientes para derrocar a una dictadura, eran absolutamente insuficientes para gobernar por una razón muy sencilla: eran excluyentes entre sí. ¿Cómo era posible coordinar, por ejemplo, los intereses de los trabajadores con los de sectores que sólo a última hora habían desertado del machadismo? Aquéllos, al captar que no poseían ninguna representación política adecuada, se enclaustraron en una práctica puramente sindicalista delegando el poder político al mejor postor. El partido que podría haber representado sus intereses, el PC, se aislaba cada día más de la realidad, acatando las absurdas consignas maximalistas que provenían de la Tercera Internacional. De este modo, entre los diversos poderes se deslizaba subrepticamente aquel que representaba al ejército, ya conducido políticamente por Batista. A éste le fue ofrecido un cargo en el gobierno, que no aceptó aduciendo "que podía ser más útil a la revolución en el ejército". El cabo, evidentemente, tenía un gran sentido de ubicación.¹⁸

CONTRARREVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

Grau San Martín decidió situarse en una posición intermedia entre los restos del antiguo bloque de dominación y los grupos revolucionarios. Pero, como suele ocurrir en esos casos, no satisfizo a ninguno de esos extremos. Por lo demás, tampoco existía una base material que facilitara una relación de compromiso, pues, independientemente de los propósitos del gobierno, la estructura tradicional, erosionada por la gran crisis

¹⁷ H. Thomas, *op. cit.*, p. 832.

¹⁸ F. Mires, *op. cit.*, p. 50.

de 1929, se encontraba "absolutamente incapaz de servir de base para el desarrollo del empleo y de los ingresos en la medida en que el crecimiento demográfico exigía".¹⁹

Batista comprendió que su hora se acercaba en la medida en que el gobierno de Grau San Martín se desintegraba a causa de sus propias contradicciones internas. Mientras tanto, el inescrupuloso militar dedicaba sus esfuerzos a consolidar sus posiciones en el interior del ejército. Aprovechando la marea revolucionaria, el 2 de octubre de 1933 liquidó, por medio de una horrible masacre, a los partidarios del antiguo gobierno machadista. El propio Fidel Castro, en su histórica defensa *La historia me absolverá*, criticaría la crueldad de esa masacre: "Se sabía que en 1933, al finalizar el combate del Hotel Nacional, algunos oficiales fueron asesinados después de rendirse, lo cual motivó una enérgica protesta de la revista *Bohemia*".²⁰

Los hechos le dieron la razón a Batista. Muy pronto los miembros del antiguo directorio estaban aislados políticamente en el gobierno. Por si fuera poco, debían soportar la oposición ultraizquierdista del PC que los acusaba de "socialfascistas". Como anotaba un analista norteamericano: "El gobierno de Grau San Martín tuvo dos formidables enemigos. Uno era el partido comunista: el otro era el Departamento de Estado."²¹ Además, las propias limitaciones del Directorio se hacían ostensibles al no saber permutar su papel de vanguardia militar por el de vanguardia política. Las mismas reformas impulsadas por Guiteras eran realizadas en nombre del pueblo, pero sin participación popular. A su vez, los trabajadores entraban en un rápido proceso de despolitización, y desde esos momentos se crearon las bases para una suerte de sindicalismo clientelista dispuesto a negociar con quien fuera. En esas condiciones no se puede sino admirar la solitaria lucha que libraba Guiteras desde el interior del propio Estado a fin de cambiar en algo la correlación de fuerzas. Por ejemplo, a él se debe la implantación de la jornada de 8 horas; el establecimiento de un salario mínimo para los cortadores de caña; la promulgación de un decreto que establecía que el 80% de los trabajadores deberían de ser cubanos (con lo que se limitaba la importación obligada de fuerza de trabajo), y una serie de medidas que contemplaban la ampliación de las libertades sindicales. Conjuntamente con estas reformas hubo otras que afec-

¹⁹ Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1974, p. 631 [Barcelona, Ariel].

²⁰ Fidel Castro, "La historia me absolverá", en F. Castro, *op. cit.*, p. 48.

²¹ Robert J. Alexander, *Organized labor in Latin America*, Nueva York-Londres, 1965, p. 156.

taron directamente a la clase dominante y a Estados Unidos, como por ejemplo algunas reparticiones de tierras expropiadas a los machadistas, el desconocimiento de la deuda externa con el Chase Manhattan Bank y la prohibición de compras de tierra por ciudadanos no cubanos (es decir, por norteamericanos). Por último, Guiteras propuso la formación de una Asamblea Constituyente que aboliera la Enmienda Platt y elaborara una nueva constitución política. Naturalmente en Estados Unidos no estaban felices con el nuevo gobierno y nunca le otorgaron su reconocimiento.

El gobierno estaba pues carcomido por divisiones internas y además cercado desde todos los frentes. Ante esa situación, el ejército aparecía como el único garante del orden. Así se explica que sectores de la población, atemorizados por el radicalismo de Guiteras o enardecidos frente a la impotencia de Grau, comenzaran a llamar en su auxilio a los militares.

El 18 de enero de 1934, el vacilante Grau San Martín abandonó el gobierno y su cargo fue ocupado por el coronel Carlos Mendieta. Batista por entonces sólo era una "eminencia gris" y su juego consistía en que Mendieta y otros títeres suyos, como Miguel María Gómez y Federico Laredo Bru, realizaran el trabajo sucio de eliminar a los sectores más radicales. De este modo, desde 1934 hasta 1940 gobernó un régimen batistiano sin Batista y, desde 1944, con el dictador.²²

No obstante, el régimen batistiano no es una simple reedición del machadismo. El mismo Batista era un producto de la revolución popular de 1933, y para muchos sectores políticos de izquierda parecía ser su continuador, aunque en condiciones de más "orden y seguridad". Por lo demás, "casi todos los oficiales de Batista eran de origen obrero, como el propio Batista. Negros y mulatos eran admitidos sin restricción como oficiales".²³ Por lo tanto, no fue simple oportunismo lo que determinó que muchos miembros del gobierno de Grau se dispusieran a colaborar con Batista. Caracterizar al nuevo régimen supone afirmar que se aproxima a aquel esquema que se ha dado en denominar "bonapartismo", esto es, el de un Estado militar que surge asumiendo un papel arbitral entre las clases debido a la existencia de una crisis hegemónica en el poder.²⁴

²² Acerca de los entretelones del gobierno de Mendieta, véase Bryce Wood, *The making of the Good Neighbor Policy*, Nueva York-Londres, pp. 107-109.

²³ H. Thomas, *op. cit.*, vol. 2, p. 887.

²⁴ Acerca del "bonapartismo" véase Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte y la guerra civil en Francia*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo I, sin fecha [edit. Progreso].

LOS EQUILIBRIOS DE BATISTA

Durante el periodo Mendieta-Batista tuvo lugar una especie de contrarrevolución arrastrada y zigzagueante cuyos objetivos a largo plazo eran reconstituir el bloque tradicional de dominación y la dependencia externa a partir de la constitución de un Estado militar. De acuerdo con las apariencias arbitrales del gobierno, Batista se encargó de destruir los restos del machadismo y, metódicamente, al guiterismo. Guiteras, a la cabeza de una nueva organización revolucionaria llamada Joven Cuba, intentaría retomar la continuidad de las luchas contra Machado. Pero Batista no era (todavía) Machado y contaba con la suficiente legitimación social para impedir que la lucha de Guiteras pudiese pasar de un estadio puramente militar a uno político. La Joven Cuba fue así una excelente y aguerrida vanguardia... pero sin retaguardia.

El 8 de mayo de 1955, cuando Guiteras se disponía a abandonar Cuba para preparar desde el exterior un desembarco armado en la isla, fue asesinado por los esbirros de Batista.²⁵ "La muerte de Guiteras cierra el ciclo revolucionario."²⁶

De la misma manera, Batista ejerció una dura represión en contra de los comunistas.

Sin embargo, ya en 1934 también comenzaban a imponerse entre los comunistas cubanos las tesis del búlgaro Dimítrov relativas a la necesidad de constituir frentes políticos antifascistas. De acuerdo con una deducción lógica, los comunistas identificaron a Batista como la representación cubana del fascismo. Aunque en un sentido estricto Batista no era un fascista, la política del frente popular permitió al menos al PC salir del aislamiento a que lo había conducido su política ultrazquierdista durante el gobierno de Grau San Martín y concertar alianzas con otros partidos, incluyendo al PRC. Para llevar a cabo tales tareas, los comunistas se desdoblaron en el nuevo Partido de Unión Revolucionaria (PUR), en donde figuraban varios intelectuales como Juan Marinello, Salvador

²⁵ La idea del desembarco, como la de asaltar cuarteles, es una constante en la historia de Cuba. Se inspiran en las guerras de independencia respecto a España. Véase J. A. Tabares, "Apuntes para la historia del Movimiento Revolucionario 26 de Julio", en *Pensamiento Crítico*, núm. 31, La Habana, 1969. Véase también René Depestre, "El asalto al Moncada, revés victorioso de la revolución latinoamericana", en *Revista Casa de las Américas*, núm. 81, La Habana, noviembre-diciembre de 1973.

²⁶ Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, México, Siglo XXI, 1975, p. 132.

García Agüero, el poeta Nicolás Guillén y el propio jefe de la masonería Augusto Rodríguez Miranda. Pero, lamentablemente, ese periodo de relativa lucidez y realismo duraría muy poco en el PC, pues a partir de 1938, y nada menos que en nombre del antifascismo, los comunistas cubanos fueron obligados por la Komintern a apoyar la dictadura de Batista. El título de antifascista lo mereció Batista por el simple hecho de apoyar formalmente a las potencias aliadas (no por antifascismo sino por proimperialismo) en contra de la Alemania nazi.

La dictadura de Batista no estaba, sin embargo, en condiciones de llevar hasta sus últimas consecuencias la lenta contrarrevolución iniciada en 1933. Como está dicho, la base social de la dictadura era contradictoria y sus compromisos alcanzaban incluso a ciertas fracciones "modernizantes" de los empresarios locales que postulaban reformas perjudiciales para los sectores tradicionales oligárquicos, para lo cual necesitaban del concurso de las clases subalternas.

Precisamente debido a las relaciones de compromisos múltiples contraídos por la dictadura, los sectores obreros pudieron alcanzar cierto desarrollo organizativo. Como consecuencia de ese desarrollo sería fundada la Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC), cuyo máximo dirigente sería Lázaro Peña (1939).

A comienzos de 1935 parecía tener lugar en Cuba una reedición de aquel bloque social que liquidó a Machado. Algunos sectores empresariales manifestaban su disconformidad con la dictadura. Los obreros urbanos y rurales desataban una escalada de huelgas. Los comunistas practicaban una política unitaria. El PRC de Grau San Martín se perfilaba como el partido de la oposición democrática. Hasta los campesinos —hecho novedoso— comenzaban a rebelarse. Como resultado de la concertación de todos esos intereses, en marzo de 1935 tuvo lugar una exitosa huelga general cuya consigna central era esencialmente política: "gobierno constitucional sin Batista".

Aunque las movilizaciones sociales no llevaron a una revolución, tuvieron el gran mérito de paralizar la contrarrevolución. A partir de ahí la dictadura asumiría un papel puramente administrativo. Incluso dentro del régimen hubo algunas aperturas, que culminarían con la dictación de la Constitución de 1940, la más democrática de toda la historia de Cuba pero que nunca se aplicó, razón por la cual fue llamada "la Constitución virgen". En nombre de esa constitución, Fidel Castro, algunos años después, llamaría a empuñar las armas.

La contrarrevolución militar tampoco encontró apoyo en el exterior debido a la política del "buen vecino" impulsada por Roosevelt en Estados Unidos, antecesora de los llamados "desarrollismos" que se pondrían en práctica posteriormente. El

gobierno norteamericano postulaba, en efecto, la no intervención en los asuntos internos de los países latinoamericanos a fin de favorecer a sectores empresariales aliados en contra de algunas oligarquías tradicionales representadas en dictaduras militares.

Sin embargo, en los momentos en que la dictadura militar hacía equilibrios para mantenerse en el poder, recibió un inesperado regalo, si no del cielo, por lo menos de Moscú: el apoyo que le otorgaron los comunistas. Así, a partir de 1938, Batista pasó a ser considerado por el pc como un gobernante democrático y progresista, independientemente de que en su prontuario figuraban los asesinatos de varios comunistas. Todos los que dentro del partido opinaron lo contrario —y no eran pocos— fueron, naturalmente, acusados de trotskistas.²⁷ Gracias a su insólito viraje, el pc volvió a la legalidad (enero de 1939) y, en 1943, con dos ministros pasaría nada menos que a formar parte del gobierno de Batista. Ideológicamente la nueva posición se sintetizaba en la asombrosa constatación de Blas Roca en 1944: "La era imperialista ha terminado [...]"²⁸ Cuba sería así el primer país de América Latina donde los comunistas entrarían al gobierno, ¡pero a qué precio! Parte de ese precio se encuentra en una carta del pc (redactada por Aníbal Escalante) a Batista cuando éste abandonó el gobierno. Allí, entre otras cosas, se lee: "En el balance de vuestra acción presidencial, las obras de interés público, las medidas progresistas y las afirmaciones democráticas tienen tanto brillo que ellas dejan en sombra los errores heredados del pasado y que podrían ensombrecer vuestro gobierno. En el momento en que usted deja la presidencia, nosotros tenemos que repetirle que puede estar seguro de nuestra estimación y respeto por vuestros principios de hombre democrático y progresista. Reciba nuestros saludos más cordiales."²⁹

Pronto los comunistas pagarían la cuenta de su tan desatinada política. En el llamado a la Asamblea Constituyente de 1939, la oposición conducida por el partido de Grau, el Partido Republicano Democrático, el Partido de Acción y el ABC obtuvo 45 asientos de un total de 81. Los comunistas apenas obtuvieron seis. Comenzaba así a configurarse un bloque de oposición política a la dictadura sin los comunistas, lo que tendría enormes consecuencias en el futuro.

²⁷ Acerca del tema, véase Saverio Tutino, *op. cit.*, pp. 112-150. También K. S. Karol, *Les guerrilleros au pouvoir*, París, 1970, pp. 63-111.

²⁸ H. Thomas, *op. cit.*, vol. 2, p. 954.

²⁹ S. Tutino, *op. cit.*, p. 135.

LA FRÁGIL DEMOCRACIA

Después de finalizado el gobierno de Batista (1944), la historia de Cuba no vivió momentos demasiado espectaculares. Por de pronto, Grau San Martín accedió al gobierno nada menos que con una mayoría del 55% de los sufragios. A su vez, los sectores políticos más radicales entraron en un rápido proceso de descomposición, disputándose entre ellos pequeñas migajas de poder. El pc después de sus absurdas políticas junto a Batista decidió concentrarse en la actividad sindical donde obtuvo algunas plazas gracias sobre todo a un paciente trabajo burocrático. Por otro lado, los militares, con Batista a la cabeza, volvían tranquilamente a los cuarteles a la espera de un momento más propicio.

Pero debajo de esos acontecimientos tenían lugar procesos ocultos que iban a emerger violentamente a la superficie durante la década de los cincuenta. Tales procesos tienen que ver, fundamentalmente, con los nuevos cursos que tomaban las relaciones de dependencia económica, así como con las incidencias que éstas iban a tener en el interior del país.

En términos generales es posible afirmar que durante los gobiernos democráticos de Grau San Martín y de Prío Socarrás tuvo lugar en Cuba una suerte de modernización de las relaciones de dependencia tradicionales. Como ya ha sido insinuado, en Estados Unidos se perfilaban proyectos destinados a descongestionar las simples vinculaciones a través de los enclaves, a fin de desarrollar un tipo de penetración económica que diese ciertas preferencias a inversiones en el área industrial. En países como Cuba esto significaba, lisa y llanamente, recomponer la estructura interna del bloque de dominación.

A fines del gobierno de Prío Socarrás (1948-1952), la comisión norteamericana Truslow recomendaba la sustitución de las estructuras arcaicas en el comercio y en la propiedad de la tierra por un tipo de desarrollo que tuviese a la industria como eje. Esto significaba, a su vez, incentivar la producción agropecuaria por medio de una tecnificación acelerada a fin de reducir los precios de los productos agrícolas en el mercado y así no aumentar el precio de la fuerza de trabajo invertida en el proceso industrial. Resulta sintomático que la comisión recomendara delegar más responsabilidades a los banqueros, a los empresarios y a los tecnócratas de las provincias, y no a los de la capital.³⁰ Evidentemente se quería desarticular el andamiaje central del sector oligárquico residente en La Ha-

³⁰ F. Mires, *op. cit.*, p. 102.

baña y dar oportunidades a nuevos inversionistas. Como ya ha sido sugerido, en Cuba no existía una auténtica burguesía nacional, sobre todo si se tiene en cuenta que, a diferencia de otros países latinoamericanos, en la isla no había tenido lugar aquel proceso que se conoce como "sustitución de importaciones". Para tener una mejor idea de lo poco nacional que era la "burguesía" cubana basta saber que, hacia 1952, era de propiedad norteamericana el 47.4% de la producción azucarera, el 90% de la producción de electricidad y de redes telefónicas, el 70% de las refinerías de petróleo, el 100% de la producción de níquel, el 25% de los hoteles, casas comerciales e industria de productos alimenticios.³¹ No obstante, después de la segunda guerra mundial, en Estados Unidos se requería de la existencia en Cuba de un sector con mayor predisposición capitalista que organizara localmente el proceso de modernización industrial. Lo dicho resulta más evidente si se considera que el capital norteamericano tendía a abandonar el tradicional sector azucarero de la economía, como se deja ver en el desplazamiento de la propiedad azucarera entre 1939 y 1953:

PROPIEDAD DE LOS CENTRALES

	1939	1953
Cubanas	56	114
Norteamericanas	60	41
Otros	51	6
Total		161

Igualmente hay que destacar que las inversiones norteamericanas en la agricultura seguían una línea descendente. De 575 millones de pesos cubanos en 1929, había bajado a 265 en 1936 y a 227 en 1946.³²

³¹ L. Kramer-Kaske, *op. cit.*, p. 5. Véase también William A. Williams, "The influence of the United States on the development of modern Cuba", en Robert Smith (comp.), *Background to revolution: the development of modern Cuba*, Nueva York, 1966. Para una teorización del tema burguesía nacional, véase Carlos Rafael Rodríguez, "Lenin y la cuestión colonial", en *Revista Casa de las Américas*, marzo-abril de 1970, p. 24.

³² Carlos Rafael Rodríguez, *Cuba en el tránsito al socialismo*

Por cierto, el desplazamiento observado en el sector azucarero era más bien relativo, ya que muchos propietarios locales actuaban en la práctica como subsidiarios de grandes empresas norteamericanas³³ o eran simplemente propietarios de las empresas "más viejas e ineficientes".³⁴ Tampoco tal desplazamiento debe significar que los capitales acumulados hubieran sido invertidos de inmediato en la industria. Ésta sólo era una tendencia. En cualquier caso, a partir de 1946 se establecieron en Cuba "plantas de rayón, hilados de lino y diversas hebras, plantas para el montaje de aparatos eléctricos, fábricas de textiles, de alambres de púas, calzados de goma, de neumáticos, e industria de construcción".³⁵

El proceso descrito no podía imponerse sin una redefinición de fuerzas en el interior del sistema tradicional de dominación, teniendo lugar así un aumento de las contradicciones entre las clases propietarias. De este modo, los gobiernos de Grau San Martín y de Prío Socarrás se vieron obligados a desempeñar la función arbitral que anteriormente había tenido que cumplir Batista.

El enorme grado de dependencia de los empresarios cubanos hizo imposible que los enfrentamientos en el interior del bloque dominante se hubieran dado entre un sector nacional y otro extranjerizante de la economía. En efecto, en un país donde las únicas inversiones extranjeras de importancia provenían de Estados Unidos y en donde la participación norteamericana era tan decisiva, había muy poco lugar para ese tipo de enfrentamientos.³⁶ En el fondo sólo se trataba de una contradicción entre dos tipos de dependencia, uno que ponía su acento en el sector exportador tradicional y otro que pretendía además incentivar la actividad industrial.

Ni el gobierno de Grau San Martín ni el de Prío Socarrás estaban en condiciones de definir la política cubana en favor de uno u otro grupo y por lo común terminaron por dejar descontentos a todos, proyectándose una imagen de ingobernabilidad. Dadas las indefiniciones de ambos gobiernos, los grupos económicos aprovecharon la oportunidad para obtener prebendas y favores, teniendo lugar así una visible corrupción

(1959-1963). Lenin y la cuestión colonial, México, Siglo XXI, 1978, p. 54.

³³ F. Mires, *op. cit.*, p. 103.

³⁴ C. R. Rodríguez, *Cuba en el tránsito...*, cit., p. 54.

³⁵ José Bell Lara, "La fase insurreccional de la revolución cubana", en *Ediciones Punto Final*, suplemento, 15 de agosto de 1972, Santiago de Chile, p. 2.

³⁶ Paul M. Sweezy, "Anatomie of a revolution", en *Monthly Review*, núm. 3-4, Nueva York, 1960, p. 22. También, Juan Verena Martínez Allier, *Cuba, economía y sociedad*, París, 1972, p. 67.

que sería utilizada en 1952 por Batista como pretexto para justificar su golpe de Estado. Como escribía un observador norteamericano: "El gobierno se parecía de hecho a la lotería, que desempeñaba un papel tan importante en la política cubana. La vida pública está permeada por una psicosis ventajista, pujando uno de los sectores de la clase media contra el otro por las prebendas gubernamentales".³⁷

No obstante, fueron las propias indefiniciones de los dos gobiernos parlamentarios las que crearon ciertas condiciones para que las clases subalternas pudiesen hacer valer algunos de sus intereses. Por ejemplo, el movimiento obrero logró conformar en ese período un sindicalismo bastante fuerte y organizado, lo que en cierto modo se vio facilitado por los proyectos de Grau San Martín relativos a la generación de un sindicalismo dependiente del Estado y al servicio del partido de gobierno. En esa orientación, el PRC (Auténtico) se propuso arrebatarse el control a los comunistas de la CTC. En 1947, los Auténticos de Grau exigían la renuncia de Lázaro Peña. Como naturalmente los comunistas no aceptaron, Prío Socarrás, en ese momento ministro del Trabajo, procedió a disolver el Congreso de la CTC. Así, ésta se dividió en dos: una oficialista y otra comunista. El gobierno, por supuesto, apoyó con todos sus medios a la primera. El precio que pagaban los trabajadores por recibir el apoyo del gobierno era su propia división. Así se creaban además las condiciones para que aparecieran camarillas sindicales burocráticas, bastante hábiles para negociar con los distintos gobiernos, pero en su mayor parte corruptas. En ellas comenzaba a perfilarse un líder sindicalista llamado Eusebio Mujal, quien había sido originariamente comunista, después trotsquista y que posteriormente no vacilaría en poner las estructuras sindicales al servicio de la dictadura de Batista.³⁸

LA MORAL DE LA POLÍTICA. LA POLÍTICA DE LA MORAL

Pese a sus innegables signos de corrupción, en la democracia parlamentaria cubana había también síntomas autorregenerativos.

Curiosamente, la oposición al sistema imperante saldría de las propias filas del gobierno representada en un místico personaje: Eduardo Chibás. Cuando joven había militado en el

³⁷ C. A. M. Nennesy, "The roots of Cuban nationalism", en R. Smith, *op. cit.*, p. 24.

³⁸ R. J. Alexander, *op. cit.*, p. 162.

directorio de Guiteras; en el PRC era uno de los representantes de sus fracciones más radicales. En 1947 se produjo la ruptura de Chibás con el PRC, naciendo el Partido Ortodoxo opuesto a los gobiernistas (Auténticos). De inmediato Chibás levantó una política que denunciaba la corrupción imperante y que rápidamente prendió entre los sectores universitarios. El emblema del nuevo partido era una escoba con la que se simbolizaba el deseo de barrer con la "basura acumulada".³⁹

El Partido Ortodoxo intentaba situarse en continuidad con las tradiciones revolucionarias de 1933 y se entendía como una prolongación del "guiterismo". Aparte de esas buenas intenciones carecía de un programa económico y político definido. Pero la simple apelación a la moral pública surtió efecto en los sectores juveniles que vieron en la Ortodoxia un medio para contrarrestar la omnipotencia del partido de gobierno. De este modo Chibás creaba las condiciones para una oposición democrática. Fidel Castro, joven estudiante de derecho, vio también en ese partido la posibilidad de una alternativa dentro del precario sistema democrático vigente y por eso aceptó su postulación a diputado por la Ortodoxia.

El PRC, autodenominado Auténtico, sintiéndose cuestionado, levantó una feroz campaña de desprestigio en contra de Chibás, acusándolo entre otras cosas de corrupción. El sensible Chibás reaccionó emocionalmente. El 5 de agosto de 1951, poco después de un discurso radiofónico, se suicidó con una pistola. Su muerte conmovió a toda Cuba. Las últimas palabras de Chibás fueron: "Camaradas de Ortodoxia ¡adelante! ¡Por la libertad económica, la libertad política y la justicia social! ¡Echemos a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo de Cuba, despierta! ¡Este es mi último alarido! ¡Pueblo de Cuba, despierta! ¡Este es mi último alarido!"⁴⁰ Rápidamente el nombre de Chibás se convirtió en símbolo de la lucha en contra de la corrupción y a lo largo de todo el país se hizo patente un sentimiento de simpatía hacia la Ortodoxia. Los ortodoxos estaban seguros de ganar las elecciones próximas.

Sin embargo, las esperanzas de los ortodoxos se vieron frustradas por el golpe de Estado de 1952 encabezado por Batista, llamado el "madrugazo" porque tuvo lugar a tempranas horas. Además de impedir que la política de Cuba se autorregenerara, el golpe de Estado tronchaba la carrera parlamentaria del joven Castro, cuyas brillantes dotes permitían augurar el desarrollo de un gran estadista de corte republicano.

³⁹ La escoba es un emblema clásico en el populismo latinoamericano. Carlos Ibáñez en Chile y Janio Quadros en Brasil tenían también una escoba como símbolo.

⁴⁰ H. Thomas, *op. cit.*, vol. 2, p. 998.

EL FIN DE LA CONTINUIDAD POLÍTICA

El golpe de Estado destruiría la de por sí frágil democracia cubana. Como diría el mismo Fidel Castro: "Había una vez una república; tenía su constitución, sus leyes, sus libertades, presidente, congreso, tribunales: todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar, escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo."⁴¹

El propósito de Batista, cuyo golpe fue apoyado desde Estados Unidos,⁴² era impedir que el candidato de la Ortodoxia, Roberto Agramonte, ganara las elecciones. Lo que el dictador no había previsto era que, a partir de ese momento, se crearían las condiciones necesarias para una unidad política nacional, pero en contra suya. A su vez, tal unidad sólo podía surgir sobre la base de la exigencia de la restauración de la democracia perdida.

Evidentemente, esta vez Batista había calculado mal. La primera vez que había llegado al gobierno, lo había hecho nadando sobre la ola antimachadista. Pero ahora llegaba en contra de un gobierno constitucional legítimo. Por cierto, como ese gobierno no era muy popular, Batista pudo entrar con bastante facilidad en el palacio presidencial, sin que Prío Socarrás se atreviera a oponer resistencia alguna. Tampoco es posible negar que, como en los años treinta, Batista contaba con cierto apoyo entre la oficialidad joven. Incluso algunos sectores políticos especulaban acerca de la posibilidad de llegar a un compromiso con Batista. Fue, por lo mismo, un mérito del movimiento estudiantil haber captado de inmediato el peligro que se avecinaba. El mismo día del golpe la universidad se llenó de banderas negras, significando el luto por la muerte de la democracia. Pronto, de la misma universidad surgirían los primeros grupos paramilitares de resistencia, tal como había ocurrido durante la dictadura de Machado. Incluso del Partido Auténtico surgirían dos organizaciones ilegales: la OA dirigida por Prío y las AAA dirigidas por el ex ministro Aureliano Sánchez Arango. La resistencia se vio facilitada por la incapacidad de la dictadura para obtener una mínima legitimación política. Así, los enemigos "legales" e "ilegales" de Batista se mezclaban frecuentemente, y la lucha armada era aceptada como una posibilidad por sectores políticos de corte parlamentario. Por

⁴¹ F. Castro, *op. cit.*, p. 58.

⁴² José Antonio Tabares, *La revolución cubana*, La Habana, 1961, p. 84.

ejemplo, el senador Pelayo Cuervo Navarro se permitía, nada menos que por televisión, llamar al derribamiento de la dictadura mediante la lucha armada. Cuervo fue detenido, pero rápidamente liberado.⁴³ La propia prensa oficial daba cuenta de llamados de la oposición al enfrentamiento militar.

Fue en el movimiento estudiantil vinculado a la Ortodoxia donde comenzó a configurarse una tendencia política basada en tres premisas: la primera planteaba la necesidad de restaurar las antiguas libertades democráticas; la segunda era una diferenciación tajante con el Partido Auténtico, a fin de impedir que éste monopolizara la legitimación de la lucha antidictatorial; la tercera, de acuerdo con las tradiciones heredadas de los años treinta en la lucha contra Machado, planteaba la urgencia de recurrir a las armas a fin de secundar un eventual movimiento de masas.

Quien más que nadie insistía en esas tres premisas era el joven Fidel Castro. Nació en agosto de 1927; era hijo de un rico terrateniente de la provincia de Oriente llamado Ángel Castro; estudió en un internado católico, y después en un liceo de jesuitas; en 1945 estudió derecho en la Universidad de La Habana donde fue elegido presidente de los estudiantes de la facultad; allí tomó contacto con diferentes organizaciones políticas; en 1947 participó en un intento del llamado Movimiento Socialista Revolucionario (MSR) por realizar una expedición armada en la República Dominicana en contra del dictador Trujillo; en 1948 participó como dirigente estudiantil en un congreso antimperialista en Bogotá. Poco después de su llegada fue asesinado el carismático líder liberal de Colombia Jorge Eliecer Gaitán y fue testigo de las terribles asonadas callejeras que allí tuvieron lugar. De regreso a Cuba ingresó en el Partido Ortodoxo.

Interesante es constatar que una de las preocupaciones más hondas de Fidel Castro, en los días en que se iniciaba la resistencia a Batista, era dejar sentada la legitimidad democrática de la lucha. Por ejemplo, el 24 de marzo de 1952 lo vemos caminar decididamente hacia el Tribunal de Cuentas de La Habana portando, como un solitario Don Quijote de la justicia, un atado de documentos. Allí presentó, ante el asombro de los jueces, una acusación en contra del gobierno en una de cuyas partes se lee: "La lógica me dice que si existen tribunales, Batista debe ser castigado, y si Batista no es acusado, si continúa siendo jefe del Estado, Presidente, Primer Ministro, Senador, Jefe Civil y Militar, depositario del Poder Ejecutivo y del Legislativo, dueño de la vida y de los bienes de

⁴³ Boris Goldenberg, *Lateinamerika und die kubanische Revolution*, Colonia, 1963, p. 215.

los ciudadanos, entonces, es que los tribunales ya no existen, él los ha suprimido".⁴⁴

En otras palabras: desde el momento en que los tribunales sancionaban a la dictadura como legal, sancionaban su propia ilegitimidad. En consecuencia, la revolución era legal. En la acusación de Castro quedaba tácitamente sentado el derecho a la rebelión. Aceptar la legalidad de Batista significaba traicionar los principios democráticos que la Ortodoxia suscribía. La tendencia de Fidel Castro era, consecuentemente, la más democrática, por eso aparecía también como la más radical.⁴⁵

Asimismo, en su defensa de las tradiciones democráticas, Fidel Castro planteaba una ruptura con las conducciones políticas tradicionales. Como declaraba en un periódico clandestino llamado *El Acusador*: "El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración de los que tienen medios y recursos. La revolución abre el paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular, que salve a Cuba."⁴⁶

Había pues en los planteamientos del joven Castro una suerte de dualidad no-contradictoria. Por una parte, la ruptura con la tradición surgiría como una respuesta directa a la ruptura provocada de hecho por el golpe de Estado, pero por otra parte tal ruptura violenta y armada se realizaría como la única forma posible de restaurar la democracia en Cuba. Ruptura y continuidad no son aquí términos esencialmente antagónicos: ruptura, en la medida en que la dictadura obligaba a la rebelión armada; continuidad, en razón de que la dictadura hacía imperativa la restauración de la democracia. Castro surge en el doble papel de revolucionario y restaurador. La restauración debería ser realizada a través de la revolución.⁴⁷

LOS SUPUESTOS DE LA LUCHA ARMADA, EL ASALTO AL CUARTEL MONCADA

La primera puesta en escena de un plano insurreccional que apenas estaba naciendo fue el asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. El centenar de jóvenes que seguían a Fidel

⁴⁴ F. Castro, *op. cit.*, p. 614.

⁴⁵ F. Mires, *op. cit.*, p. 95.

⁴⁶ F. Castro, *op. cit.*, p. 18.

⁴⁷ F. Mires, *op. cit.*, p. 97.

Castro no eran en su mayoría estudiantes. La mayoría provenían de la clase media e incluso de sectores obreros.⁴⁸

El asalto estaba combinado en principio con acciones subversivas que deberían tener lugar en la ciudad oriental de Bayamo. El plan formaba parte de una estrategia que debería culminar en una insurrección popular. Los objetivos del asalto han sido explicados por el propio Castro en su discurso-programa-manifiesto *La historia me absolverá*: "No fue nuestra intención —afirmaba— luchar contra los soldados del regimiento, sino apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e incitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la libertad, defender los grandes intereses de la nación y no los mezquinos intereses de un grupito; virar las armas y disparar contra los enemigos del pueblo y no contra el pueblo".⁴⁹

A primera vista, el asalto parecía una loca aventura. Sin embargo, muchos años después, Fidel Castro seguía afirmando que el Moncada era posible de tomar, aunque "era un camino mucho menos seguro, porque podría depender de muchos imponderables".⁵⁰ Además, la creencia de que el pueblo se levantara al llamado de los revolucionarios se apoyaba en ciertos datos concretos. Uno de ellos era que la dictadura no pisaba tierra firme. La Iglesia se manifestaba en defensa de los derechos humanos. Los estudiantes estaban en plena actividad y ocupaban a diario las calles. En los mismos Estados Unidos había políticos que manifestaban dudas acerca de la necesidad de apoyar a Batista. Por otro lado, la idea de asaltar cuarteles formaba parte de las tradiciones insurreccionales desde la misma época de la independencia. Incluso Guiteras había asaltado el cuartel de San Luis durante el gobierno de Machado. La idea de llamar a la desertión a los soldados también tenía hechos precedentes en el periodo de Machado, y la prueba más clara había sido nada menos que la propia "revolución de los sargentos" en la que había participado Batista.

Seguramente Castro sobrevaloró la disposición revolucionaria del "pueblo" cubano. Pero también es cierto que Batista no era un gobernante muy querido, y acciones de masa en apoyo de los insurrectos no parecían en ese contexto algo inverosímil.

Lo fundamental en la acción del Moncada era que los actores mismos se consideraban como una simple fuerza auxiliar, no como una vanguardia ni mucho menos como un "partido de la revolución". Creían, en efecto, ser los ejecutores de la voluntad popular, lo que no debe sorprender demasiado.

⁴⁸ H. Thomas, *op. cit.*, vol. 2, p. 1067.

⁴⁹ F. Castro, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁰ F. Castro, *Fidel en Chile*, Santiago de Chile, 1973, p. 272.

El movimiento estaba, desde sus orígenes, emparentado con tradiciones populistas, tanto cubanas como latinoamericanas. En el Castro del Moncada, la noción de pueblo predominaba por sobre la noción de clase. Pero al mismo tiempo es necesario destacar que tal noción —y aquí hay ya una diferencia con los movimientos populistas tradicionales— correspondía a un pueblo concreto, dividido a su vez en diversas clases. ¿Cuál era el pueblo de Fidel Castro? Dada la relevancia que tiene la respuesta de Castro para conocer más de cerca la ideología inicial de la revolución cubana, citamos largamente:

"Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su propia patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera más bien mover a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a los del 'garrotero', cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola tristemente como Moisés a la Tierra Prometida para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo, porque ignoran el día en que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones, y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes, médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc. . . que salen de las escuelas con sus títulos, deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ése es el pueblo que sufre todas las desdichas y es capaz por tanto de pelear con todo coraje!"⁵¹

⁵¹ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit., pp. 37-38.

En resumen: 1] seiscientos mil desocupados; 2] quinientos mil obreros del campo (que trabajaban cuatro meses al año, es decir, subobreros); 3] cuatrocientos mil obreros industriales; 4] cien mil pequeños agricultores; 5] treinta mil maestros; 6] veinte mil pequeños comerciantes, y 7] diez mil profesionales.

En términos más actuales, Castro proponía una alianza entre pobres del campo y la ciudad, campesinado pequeño propietario y sin tierras, subproletariado agrícola, proletariado industrial, fracciones de las capas medias y de la pequeña burguesía. Se trataba, en buenas cuentas, de una alianza de todas las clases subalternas de la sociedad, sin la hegemonía específica de ninguna en particular. Lo expuesto significa que el sentido democrático de la revolución debería ser condicionado por su carácter popular. Los supuestos de la lucha armada residían, pues, en la restauración de la democracia por medio del cumplimiento de las reivindicaciones de los más pobres del país.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO

De acuerdo con lo descrito, el Movimiento 26 de Julio surgiría como producto de una verdadera confluencia histórica, pues se encontraba ligado a la tradición ideológica "martiana", a las tradiciones revolucionarias de los años treinta, al chibasismo de los años cuarenta, al nuevo movimiento estudiantil y a toda la oposición democrática en contra de la dictadura. El M26J no podía pues tener sino un carácter muy amplio. Así lo concebía Fidel Castro: "[El M26J] no es un partido político sino un movimiento revolucionario; sus filas estarán abiertas para todos los cubanos que sinceramente deseen restablecer en Cuba la democracia política e implantar la justicia social."⁵² Debido al carácter amplio del movimiento, otras organizaciones se fueron agrupando a su alrededor. Entre ellas hay que nombrar a Acción Libertadora, Acción Revolucionaria Nacional y el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

La amplitud ideológica del movimiento se complementaba con una dirección política cerrada y centralizada, relativamente autónoma respecto al resto de la organización, o en los términos de Castro: "[...] su dirección es colegiada y secreta, integrada por hombres nuevos y de recia voluntad, que no tienen

⁵² *Ibid.*, p. 18.

complicidad con el pasado".⁵³ La dirección, en buenas cuentas, era personal y estaba vinculada a "direcciones provinciales y municipales. En cada provincia y en cada municipalidad, la máxima autoridad era un coordinador. En cada sector existía una sección de propaganda, una de finanzas, una de acción y sabotaje, una sección juvenil y estudiantil, y una sección obrera, integrando los responsables de las mismas las correspondientes direcciones provinciales y municipales".⁵⁴

En síntesis, el M26J surgió como un producto *sui generis* de aquellas condiciones determinadas por la lucha en contra de la dictadura. Extraña combinación de movimiento social, frente popular y partido político; coexistían en su interior la extrema amplitud con el centralismo extremo. Aun siendo una organización muy contradictoria, probó ser muy eficaz para las exigencias del momento.

LOS SUPUESTOS DEL DESEMBARCO

Después del asalto al Moncada, el segundo capítulo relevante de la revolución cubana fue el legendario desembarco del Granma, el 2 de diciembre de 1956. Entre los dos acontecimientos existe un período lleno de peripecias del cual nos han dado abundante cuenta los cronistas de la revolución, entre ellos aquel médico romántico y aventurero que en Costa Rica había trabado amistad con algunos asaltantes del Moncada: Ernesto Guevara. Resistiendo la tentación de volver a relatar esos interesantes detalles, y respetando los límites impuestos al presente trabajo, podemos afirmar que los puntos nodales de la estrategia política de 1953 seguían vigentes en 1956, pues el desembarco se realizaría, al igual que el asalto, con base en la creencia de que un movimiento popular urbano estaba pronto a levantarse en contra de la dictadura. Tal creencia se había fortalecido todavía más en Castro, porque estando en prisión había recibido una enorme solidaridad desde los más diversos sectores, hasta el punto de que la dictadura se había visto obligada a liberarlo a fin de acabar con lo que ya era: el símbolo humano de la resistencia. De ahí que el rápido retorno desde su exilio mexicano era un asunto vital para el joven revolucionario, máxime cuando antes de partir había lanzado su desafiante consigna: "En el 56 seremos libres o mártires." Aun-

⁵³ F. Castro, "Manifiesto núm. 1 del M26J al pueblo de Cuba", en *Pensamiento Crítico*, núm. 21, p. 217.

⁵⁴ J. A. Tabares, "Apuntes para la historia...", cit., p. 138.

que en 1956 Castro no fue libre ni mártir, es necesario decir que hizo todo lo posible para que su profecía se cumpliera.

Al igual que la idea de asaltar cuarteles, la del desembarco encontraba sus precedentes en la propia lucha por la independencia. Además, entre 1953 y 1956 había tenido lugar en La Habana una notable activación del movimiento estudiantil y, sobre la base de la Federación Estudiantil Universitaria, había surgido una organización política llamada El Directorio, en recuerdo del legendario movimiento de Antonio Guiteras, esta vez agrupado en torno a un líder católico: José Antonio Echeverría.

De manera similar al antiguo directorio, el nuevo se expresaba en dos vertientes: la de la lucha callejera y la de la acción armada. Así era mantenida viva la agitación antidictatorial, al mismo tiempo que realizaba acciones directas, como el ajusticiamiento del coronel Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar. El Directorio, pese a tener una composición social y una organización política parecida a la del 26, no era un simple apoyo estudiantil de este último. Era una fuerza política autónoma y, en cierto sentido, competitiva respecto al 26. Tan parecido y competitivo era el Directorio respecto al 26 que el 13 de marzo de 1957 asaltó el Palacio Presidencial con el objetivo de ajusticiar a Batista y llamar a una insurrección popular. Allí perderían la vida José Antonio Echeverría y otros dirigentes importantes, como Menelao Mora y Gutiérrez Menoyo, cuyo hermano inauguraría en las sierras de Cuba central el llamado "segundo frente guerrillero".

En el movimiento obrero también se observaban signos de activación. A fines de 1955 había tenido lugar una exitosa huelga azucarera que en la ciudad de Las Villas llegó a tomar la forma de lucha de barricadas, hecho que impactó a los militantes del 26 y que confirmó sus creencias en torno a una gran huelga insurreccional de masas. Fue importante esa huelga sobre todo porque ocurría en un momento en que la bonanza en las exportaciones del azúcar llegaba a su fin, quebrándose uno de los tablores en que se basaba la estabilidad del régimen. "La cosecha de caña de 93 días en 1951, pasó a ser de 68 días en 1955. El deterioro resultó ser continuo durante el lustro 1952-1957. Los ingresos por exportaciones del azúcar bajaron de 672 millones de dólares en 1951 a 432 millones en 1955 y 555 en 1956." ⁵⁵

La crisis en las exportaciones de azúcar hizo posible que muchos trabajadores cuestionaran al dirigente oficialista Eusebio Mujal. Además, la de por sí enorme desocupación tendía

⁵⁵ Gérard Pierre-Charles, *Génesis de la revolución cubana*, México, Siglo XXI, 1976, p. 139.

a aumentar alcanzando, en 1958, el medio millón de personas. Hacia 1955 algunos obreros azucareros decidían incluso incursionar en la resistencia armada. Sin embargo, lo que la dirigencia del 26 todavía no captaba era que, entre las protestas económicas y la insurrección de masas, había un espacio muy grande. Los obreros estaban dispuestos a paralizar el país si sus propias organizaciones lo decidían, pero sin duda alguna no estaban dispuestos a hacerlo si la convocatoria provenía de afuera.

Igualmente, el hecho de que la dictadura fuera de mal en peor debe haber ilusionado a la dirigencia del 26. Aun dentro del ejército se escuchaban los rumores de las conspiraciones, entre las cuales destacaba la del coronel Ramón Barquín, considerado el oficial más preparado (ex agregado militar del gobierno en Estados Unidos). El descontento en la Marina era aún mayor y el 5 de septiembre de 1957 tuvo lugar una sublevación en la ciudad de Cienfuegos. Estos hechos eran muy importantes para la dirigencia del 26 pues, si seguimos con atención la línea política del movimiento desde el asalto al Moncada hasta la toma del poder, encontramos como elemento constante la tendencia a convocar a las fuerzas armadas e incitarlas a la división. Ya durante el gobierno de Prío Socarrás, Fidel Castro había escrito en la revista *Alerta* algunos artículos denunciando las malas condiciones de vida que padecían los soldados. En el documento *La historia me absolverá* encontramos también extensos pasajes dedicados al mismo tema.⁵⁶ Durante la guerra, los guerrilleros mantuvieron el principio de no maltratar a los prisioneros. La realidad, por lo demás, hablaba en favor de esa política. El ejército estaba plagado de rivalidades internas y su dotación era risible si se considera que casi todas las unidades usaban fusiles Springfield de 1903, ametralladoras livianas y pesadas de 1917, desechadas por el ejército estadounidense después de la primera guerra mundial.⁵⁷

LA DIFÍCIL UNIDAD

En contra de las convicciones de los revolucionarios, el desembarco del Granma no iba a significar la culminación de la lucha, sino su simple inicio. Por de pronto, la resistencia urbana

⁵⁶ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit., p. 33.

⁵⁷ Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la nación latinoamericana*, t. 2, Buenos Aires, 1975, pp. 294-295.

que organizaba Frank País en Santiago no pudo conectarse con los contingentes que desembarcaban. Sin embargo, aunque los rebeldes así lo creían, no fueron sólo razones técnicas las que impidieron el estallido de la insurrección. Todavía les llevaría tiempo entender que tal insurrección sería el resultado de una unidad social y política cuidadosamente elaborada. Lograr esa unidad era imperativo para el 26 si no quería permanecer aislado en las montañas esperando el estallido de la soñada insurrección de masas.

Hasta la primera mitad de 1957, Castro y sus compañeros trataron de consolidar sus posiciones en la sierra. Algunas batallas victoriosas como las de La Plata y el Uvero, aunque no muy significativas, devolvieron la moral a los combatientes. Pero el asalto al Palacio Presidencial realizado por el Directorio en combinación con la OA de Prío Socarrás les demostró que el 26 no era la única "vanguardia" y que ese papel deberían conquistarlo no sólo en el terreno militar sino sobre todo en el político. Para tal efecto se hacía necesario formular un planteamiento unitario que los convirtiera en un núcleo de convergencia. Siguiendo esa lógica, el 26 dio a conocer, el 12 de julio de 1957, el llamado "Manifiesto de la Sierra". Allí era postulada la unidad más amplia llamando a la realización de "elecciones verdaderamente democráticas e imparciales"⁵⁸ a fin de restituir el régimen presidencial mediante la previa formación de un gobierno provisional.⁵⁹ En el marco de tales planteamientos, el 26 proponía a las demás organizaciones políticas ocho puntos básicos: 1] formación de un frente cívico revolucionario con una estrategia común de lucha; 2] designación de una persona llamada a presidir el gobierno provisional; 3] renuncia del dictador; 4] renuencia del frente cívico a aceptar o invocar la mediación o intervención de otra nación en los asuntos internos de Cuba, más una petición a Estados Unidos para que suspenda todos los envíos de armas a la dictadura; 5] rechazo de cualquier gobierno provisorio representado en una junta militar; 6] apartar a los militares de la política; 7] llamar a elecciones de acuerdo con lo establecido en la Constitución del 40 y en el Código Electoral de 1933; 8] bosquejo de un programa mínimo a ser cumplido por el gobierno provisional.⁶⁰

En lo referente a materias económicas, el documento es muy difuso: sólo señala que el futuro gobierno provisional debe sentar las bases para una reforma agraria.

Por último, como prueba de su amplitud, el manifiesto agre-

⁵⁸ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit., p. 101.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 102.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 103-104.

gaba: "Para integrar este frente no es necesario que los partidos políticos y las instituciones cívicas se declaren insurreccionales y vengan a la Sierra Maestra."⁶¹

El "Manifiesto de la Sierra" apuntaba hacia una solución de compromiso. Sin embargo, en sus formulaciones no hay nada que contradiga al Castro del Moncada. Quizás el caudillo era más radical que sus palabras, como él mismo lo ha insinuado después, mas lo que interesa constatar es que el documento se situaba exactamente en el contexto ideológico que imperaba en el periodo de resistencia a la dictadura.

Ahora bien, si el 26 ponía acento preferencial en la unidad, también se preocupaba por establecer su identidad política respecto a las demás organizaciones de oposición. Tal preocupación se manifiesta a fines de 1957 en un documento dado a conocer en forma de carta abierta a las organizaciones opositoras. Para entender mejor el sentido de sus términos, debemos tener en cuenta que en ese entonces la lucha en contra de Batista había hecho grandes progresos. Por de pronto, la guerrilla había afirmado sus posiciones en la sierra y gracias a la incorporación de campesinos se estaba convirtiendo en un verdadero ejército regular. En Santiago de Cuba, como consecuencia del asesinato de Frank País, encargado de las tareas urbanas del 26, había estallado una formidable protesta de masas con participación activa de los trabajadores de la zona, hecho que había fortalecido aún más la creencia de los revolucionarios relativa a una pronta huelga insurreccional de masas. La sublevación de la Marina en Cienfuegos, el 5 de septiembre, a la que se habían sumado algunos sectores populares, había aumentado todavía más el optimismo de los rebeldes. De allí se explica que la dirección del 26, creyendo llegada la hora de la insurrección, decidiera poner el acento en sus principios más que en la unidad.

En primer lugar, la carta desmentía que se hubiese firmado una declaración conjunta con el Partido Revolucionario Cubano, el Partido del Pueblo Cubano, el Directorio Revolucionario, el Directorio Obrero Revolucionario y la Federación Estudiantil Universitaria. La razón por la cual el 26 no suscribía tal declaración era que allí se habían violado principios expuestos en el "Manifiesto de la Sierra", como por ejemplo el referente a la no-injerencia extranjera en los asuntos cubanos. Con ello, el 26 pasaba a ser la primera organización que daba un sentido abiertamente antimperialista a la *cuestión nacional*. Igualmente el 26 volvía a rechazar con fuerza la posibilidad de que después de la caída de Batista se estableciera una junta militar. Así se ponía en guardia en contra de aquellos

⁶¹ *Ibid.*, p. 104.

sectores que veían en un nuevo golpe no sólo una solución frente a Batista sino también frente a una posible revolución. "No vacilamos en declarar —decía la carta— que si una junta militar sustituye a Batista, el M26J seguirá resueltamente su campaña de liberación."⁶²

Debido a las mismas razones, el 26 rechazaba de plano la posibilidad de que después de la caída de Batista los revolucionarios fueran incorporados al ejército oficial, afirmando taxativamente: "El M26J reclama para sí la función de mantener el orden público y reorganizar los institutos armados de la república."⁶³ Para Fidel Castro y los suyos había dos puntos muy claros: por una parte, que la lucha no se realizaba sólo contra el dictador sino contra un sistema político dictatorial y, por otra, que el 26 no postulaba sólo la ocupación del poder formal sino del poder real. Y por si hubiera algunas dudas, la carta señalaba en sus frases finales: "Entiéndase bien que nosotros hemos renunciado a posiciones burocráticas o participación en el gobierno, pero sépase de una vez por todas que la militancia del 26 de Julio no renunciará jamás a orientar y dirigir al pueblo, desde la clandestinidad, desde la Sierra Maestra, o desde las tumbas donde están mandando nuestros muertos."⁶⁴

La carta —uno de los documentos clave para entender la estrategia política del 26— volvía a insistir en la necesidad de formar un gobierno provisional, proponiendo el nombre del magistrado Manuel Urrutia Lleó; pero sobre todo insistía en la necesidad de preparar una huelga insurreccional de masas, en ese momento verdadera obsesión de Fidel Castro.

EL FRACASO DE LA HUELGA INSURRECCIONAL Y SUS CONSECUENCIAS

La realidad, sin embargo, era más dura que cualquier obsesión. La huelga general, convocada por el 26 para el día 9 de abril de 1958, fracasó estrepitosamente.

Después del fracaso, la evaluación realizada por el 26 fue predominantemente formal y tecnicista. Como suele ocurrir en casos parecidos, los culpables fueron buscados entre los dirigentes intermedios: David Salvador, encargado obrero de la organización; Faustino Pérez, del aparato militar; y René Ramos Latour del organizativo. Pero, si nos atenemos a las

⁶² *Ibid.*, p. 110.

⁶³ *Ibid.*, p. 112.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 117.

propias apreciaciones del Che Guevara, nos damos cuenta de que los problemas eran mucho más profundos. "El análisis de la huelga —escribía el guerrillero— demostraba que sus preparativos y su desencadenamiento estaban saturados de subjetivismo y de concepciones putschistas; el formidable aparato que parecía tener el 26 de Julio en sus manos, su forma de organización obrero-celular, se había desbaratado en el momento de la acción. La política aventurera de los dirigentes obreros había fracasado frente a una realidad inexorable."⁶⁵

Pero aun las duras palabras del Che no tocaban la esencia del problema, a saber: que el 26 no era ni el partido ni la conducción política de los trabajadores cubanos. Por cierto, contaba con el apoyo y simpatía de vastos sectores de obreros, pero seguía siendo un movimiento ajeno a esa clase. Eso explica, por otra parte, su propio radicalismo, ya que no se movía según el ritmo —no siempre vertiginoso— de las reivindicaciones obreras, sino según el de la lucha militar —mucho más vertiginoso.

Evidentemente, los hombres del 26 habían sido encandilados por los acontecimientos ocurridos en la provincia de Oriente después del asesinato de País: creyeron que se repetirían automáticamente en el resto de Cuba. Por otra parte, el 26 había actuado como si hubiese sido la única conducción del proceso pasando por alto a otras organizaciones, incluyendo a los comunistas que, por lo menos, tenían más experiencia entre los obreros que los rebeldes de la montaña. Con razón diría Fidel Castro que el fracaso de la huelga de abril fue el revés más duro experimentado por el 26. Después de ello, los guerrilleros no tenían más que dos alternativas: *a*] intentar convertir al 26 en un partido de los trabajadores, lo que habría significado una reorientación total del conjunto del movimiento, lo que a estas alturas ya no era posible; *b*] crear, a partir del desarrollo de la propia insurrección, un lugar para la participación de los trabajadores, lo que significaba, en otros términos, ganar primero la guerra. La propia realidad se encargaría de demostrar que la segunda alternativa era la más lógica.⁶⁶

Después de abril, un Batista envalentonado intentó realizar una ofensiva mayúscula en contra de la guerrilla, desplazando las tareas del 26 hacia un terreno predominantemente militar. De ahí que el cambio en la orientación del 26, es decir, el paso de la huelga de masas con apoyo militar a la guerra militar con apoyo de masas, fuera también producto de urgencias inmedia-

⁶⁵ Ernesto Guevara, "Una reunión decisiva", en *Obras*, La Habana, 1970, t. 1, p. 393.

⁶⁶ Véase Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, México, Nuestro Tiempo, 1974, pp. 32-88.

tas. Concebido originariamente como un movimiento armado al servicio de la insurrección, el 26 tuvo rápidamente que convertirse en el sujeto mismo de la lucha. Así, a partir de abril, las estructuras urbanas fueron subordinadas al aparato guerrillero. La centralización, de por sí muy acentuada, alcanzó un grado máximo y Castro, en su doble papel de comandante en jefe y secretario general de la organización, se convertía en conductor político y militar al mismo tiempo. Gracias a ese viraje estratégico, el 26 estuvo en condiciones de resistir las embestidas del ejército de Batista, y de ganar después la guerra.⁶⁷ Pero también es cierto que la militarización de la lucha despolitizaba al 26 hasta el punto de llegar a ser incapaz de hacerse cargo del futuro gobierno. Por lo mismo, la figura política de Fidel Castro se acentuaba hasta el grado de que el 26 aparecía como una simple proyección de su persona. Pero, sin duda, ese hombre estaba dotado de un notable talento político.

LAS ALIANZAS POLÍTICAS DEL 26 DE JULIO

El talento político de Fidel Castro se manifestaría sobre todo en la política de alianzas llevada a cabo antes de la toma del poder. Interesante es destacar que cuanto más fuerte era el 26, más flexible era su posición con relación a las alianzas. Por ejemplo, en medio de la fase más ascendente de la lucha militar, suscribió junto con las demás organizaciones de oposición un acuerdo: el Pacto de Caracas. El primer punto de ese acuerdo se refería a la concertación de una "estrategia común para derrocar a la tiranía mediante la insurrección armada",⁶⁸ lo que en el fondo significaba una convención para apoyar al 26 pues a fin de cuentas sobre esta organización recaía el máximo peso de la lucha armada. La huelga general de masas aparece, por supuesto, como un objetivo estratégico, pero ya no como el único. Igualmente, la lucha armada no aparece más como un simple auxiliar de la acción de masas. El segundo punto del acuerdo se refería a la constitución de un gobierno provisional después de la caída de Batista, cuyo objetivo debería ser conducir al país "a la normalidad, encauzándolo por el procedimiento constitucional y democrático".⁶⁹ El tercer punto proponía un programa mínimo de gobierno "que garantice el

⁶⁷ E. Guevara, *op. cit.*, t. 1, p. 396.

⁶⁸ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit. p. 124.

⁶⁹ *Ibidem*.

castigo de los culpables, los derechos de los trabajadores, el orden, la paz, la libertad, el cumplimiento de los compromisos internacionales y el proceso económico institucional del pueblo cubano".⁷⁰ Por último, cabe destacar que los puntos de desacuerdo entre el 26 y las otras organizaciones, como por ejemplo la independencia con relación a Estados Unidos y al ejército, aparecen con una intensidad muy moderada. A Estados Unidos sólo se le pedía muy cortésmente que no apoyara a Batista, y los militares eran mencionados en términos cuidadosos, afirmando: "Ésta no es una guerra contra los institutos armados de la república, sino contra Batista, único obstáculo de la paz."⁷¹

El cuidado con el que el documento se refiere al ejército tiene un antecedente: el hábil Fidel Castro ya había tenido una entrevista secreta con el general Eulogio Cantillo, disidente de Batista, y con él había llegado al acuerdo de impulsar en conjunto "un movimiento militar-revolucionario".⁷² Según tal acuerdo, "El día 31, a las tres, se sublevaría la guarnición de Santiago de Cuba; inmediatamente varias columnas rebeldes penetrarían en la ciudad y el pueblo con los militares y los rebeldes confraternizarían inmediatamente lanzándose al país una proclama revolucionaria e invitando a todos los militares honorables a unirse al movimiento".⁷³

Si Castro se permitía jugar con fuego era porque en ese período el 26 había obtenido victorias decisivas, como la de Santa Clara, bajo la conducción de Ernesto Guevara. Aquello que le ofrecía a Cantillo, mucho menos que un acuerdo, era la posibilidad de una capitulación digna. Pero, contrariamente a lo acordado, Cantillo intentó en el último momento un golpe de Estado nombrando como presidente al magistrado doctor Carlos Piedra y formando una junta militar provisional al ver que la victoria se le escapaba de las manos. Castro reaccionó de inmediato llamando a una huelga general. La esperada huelga se produjo al fin, siguiendo la consigna central del momento: "revolución sí, golpe de Estado no". Pero, aun en esos momentos tan peligrosos, Castro no perdió la oportunidad para hacer una de sus jugadas políticas maestras designando al conocido contradictor de Batista, el coronel Barquín, como jefe del ejército oficial. Con ello neutralizaría a los militares y ganaría un tiempo precioso. El 2 de enero designaría en ese puesto al comandante rebelde Camilo Cienfuegos.

Las alianzas con las demás organizaciones de la oposición no atarían las manos al 26 para seguir actuando de manera in-

⁷⁰ *Ibidem.*

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² J. Bell Lara, *op. cit.*, p. 15.

⁷³ *Ibidem.*

dependiente. Prueba de ello es que, al mismo tiempo en que era suscrito el Pacto de Caracas, el 26 concertaba alianzas con los comunistas. Éstos, en efecto, eran los únicos excluidos en la gran coalición democrática antibatistiana. Incluso tal exclusión había facilitado los acuerdos, dadas las diferencias que separaban al entonces llamado Partido Socialista Popular de las demás organizaciones políticas. Debido entre otras cosas a que durante la década de los cincuenta no estaban tan férreamente sometidos a una línea internacional, los comunistas pudieron actuar de manera mucho más realista que en el pasado y concertar, pragmáticamente, algunos acuerdos puntuales con el 26. Para éste, a su vez, el concurso de los comunistas era necesario, pues así contaba con un aparato nada de despreciable en el interior de los sindicatos, algo muy importante en esas fases decisivas de la lucha. Por último, el PC podría mediar para conseguir el apoyo de la "otra" gran potencia mundial en caso —y Castro ya pensaba seguramente en esa perspectiva— de que la revolución chocara con los intereses norteamericanos.

En síntesis, la política de alianzas del 26 puede ser considerada uno de los factores clave en el triunfo militar. El proceso que culminó en la toma del poder fue una combinación de fuerza militar y extrema delicadeza política.

Por si quedaban dudas todavía acerca del talento político de Castro, él se encargó de despejarlas poco antes de la toma del poder. Ello ocurrió cuando el Directorio —precisamente la organización más cercana y parecida al 26— pretendió reivindicar para sí la revolución, ocupando el Palacio Presidencial. Una inteligencia menos política que la de Fidel Castro hubiera respondido violentamente, comenzando la revolución con una lucha fratricida. En cambio, pronunció en esos momentos un discurso extremadamente unitario, socializando un triunfo que en verdad pertenecía más que a ninguna otra organización al 26 y, más que a nadie, a él. Entre otras cosas dijo: "Esta guerra no la ganó nadie más que el pueblo. Y lo digo por si alguien cree que la ganó él, o si alguna tropa cree que la ganó ella."⁷⁴

La política de alianzas —primero dentro del propio 26, en seguida entre estas y otras organizaciones insurreccionales gemelas como el Directorio, después con partidos como el Ortodoxo y el Auténtico, con sectores del ya derrotado ejército, con los comunistas, con los sindicatos, con los campesinos, etc.— pertenece, según nuestra opinión, a esas obras de arte que producen revoluciones y que a su vez son producidas por éstas.

⁷⁴ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit., p. 141.

CAMPESESINOS Y OBREROS

Hasta la toma del poder la revolución había tenido un carácter democrático (lucha en contra de una dictadura y por la reivindicación de la democracia parlamentaria) y popular (pues se basaba en las reivindicaciones sociales de la mayoría de la población). Después de la toma del poder pasó a tener además un abierto carácter nacional, pues entró en contradicción con intereses económicos y políticos norteamericanos. Ahora bien, de las múltiples reformas que el nuevo gobierno puso en práctica, ninguna produjo tanta resistencia en Estados Unidos como la reforma agraria. La razón es sencilla: en un país azucarero tan dependiente del mercado mundial como Cuba, una reforma agraria efectiva implicaría la nacionalización de la tierra, ya que ésta se encontraba, en gran medida, en posesión de compañías extranjeras. Por lo tanto, la reforma agraria no sólo lesionaría intereses de los latifundistas locales, sino además las vinculaciones de dependencia externa.⁷⁵

La argumentación expuesta se prueba por un solo dato: "las empresas norteamericanas controlaban, sólo en las propiedades vinculadas a las centrales azucareras, más del 13% del territorio en fincas de la nación".⁷⁶

⁷⁵ Acerca del tema, véase Sergio Aranda, *La revolución agraria en Cuba*, México, Siglo XXI, 1968. Alberto Arredondo, *Reforma Agraria: la experiencia cubana*, Puerto Rico, Universal, 1969. Edward Boorstein, *The economic transformation of Cuba*, Nueva York, 1969. Oscar Delgado, *Reformas agrarias en América Latina*, México, 1965. René Dumont, *Cuba-socialismo et Développement*, París, 1964. Michael Gutelman, *L'agriculture socialisée à Cuba*, París, 1967. Albán Lataste, *Cuba: ¿hacia una nueva economía política del socialismo?*, Santiago de Chile, Universitaria, 1968. Oscar Pino Santos, *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*, La Habana, 1961. José Acosta, "Las leyes de reforma agraria y el sector privado campesino", en *Economía y Desarrollo*, núm. 12, julio-agosto de 1972, p. 99. Wilhelm M. Breuer, *Sozialismus in Cuba*, Colonia, 1973. Julio Le Riverand, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1974. Arnaldo Silva León, *Cuba y el mercado mundial azucarero*, La Habana, 1975. Iliana Rojas, "La reforma agraria en Cuba y el sector privado campesino", en *Economía y Desarrollo*, núm. 83, La Habana, 1984, p. 139.

⁷⁶ S. Aranda, *op. cit.*, p. 170.

EMPRESAS NORTEAMERICANAS VINCULADAS A LA INDUSTRIA AZUCARERA

(En miles de caballerías; una caballería es igual a 13.2 ha)

	Propias	Arrendadas	Total
Total	60.5	26.2	86.7
Pinar del Río	4.1	3.2	7.3
Las Villas	1.1	1.0	2.1
Camagüey	26.5	14.3	40.8
Oriente	28.8	7.7	36.5

FUENTE: Sergio Aranda, *La revolución agraria en Cuba*, México, Siglo XXI, 1975, p. 170.

Junto al de la desnacionalización del suelo, el otro gran problema era su extrema concentración. Según el censo agrícola de 1945 —el último efectuado en el país— había en Cuba 159 958 fincas agrícolas que ocupaban una superficie total censada de 9 007 155 hectáreas.⁷⁷ De acuerdo con otros datos, "unas 4 400 fincas tenían más de 30 caballerías. El número de propietarios era aún más reducido, pues con frecuencia una misma persona tenía varias fincas de gran tamaño. O sea que unos 4 000 propietarios eran dueños de casi la mitad de todo el territorio nacional y del 57% del área en fincas."⁷⁸

De acuerdo con la primera ley agraria, dictada el 17 de mayo de 1959, serían expropiadas todas aquellas propiedades cuya extensión excediera de 30 caballerías, es decir de 402.6 hectáreas. La ley garantizaba la conservación de la propiedad de la tierra de las parcelas medias y pequeñas con una extensión de 5 a 30 caballerías.⁷⁹ En consecuencia, después de la primera reforma agraria, según Carlos Rafael Rodríguez, "subsistió en el campo cubano una porción muy importante de la burguesía agrícola, tanto burgueses rurales de estilo capitalista que no trabajaban directamente sus tierras sino que las explotaban a través de administradores y técnicos, como campesinos ricos que de alguna forma participaban directamente en el trabajo agrícola".⁸⁰ La segunda ley de reforma agraria se promulgó en octubre de 1963, y fue bastante más radical que la primera.

⁷⁷ Jackes Chonchol, "El primer bienio de reforma agraria (1959-1961)", en Oscar Delgado, *op. cit.*, p. 468.

⁷⁸ S. Aranda, *op. cit.*, p. 170.

⁷⁹ C. R. Rodríguez, *Cuba en tránsito...*, cit., p. 137.

⁸⁰ "Primera ley de Reforma Agraria (17 de mayo de 1959)", en

pues estableció como máximo aquellas parcelas que no rebasaban las 67 hectáreas. "Con esta medida pasó a manos del Estado cubano el 70% de todas las tierras fértiles del país."⁸¹ El sentido radical de esta segunda ley ha sido explicado así por C. R. Rodríguez: "La revolución que eliminaba a la burguesía industrial no podía dejar sobrevivir sin riesgo de su propia conservación a una burguesía agrícola y a los remanentes del latifundio que se convertían en el agro cubano en un elemento político de perturbación."⁸²

En efecto, si los nuevos gobernantes cubanos pensaron alguna vez abrir perspectivas de desarrollo a una eventual burguesía agraria, pronto comprobaron que estos sectores eran reacios incluso a impulsar un proceso capitalista de transformaciones. Así, el gobierno no tuvo más remedio que buscar sus aliados entre los campesinos pobres y los trabajadores agrícolas.

Lo expuesto no significa que la revolución cubana hubiese tenido desde un comienzo un carácter agrario, como fue el caso de la mexicana.⁸³ Será inútil buscar en Cuba una "larga marcha" campesina. Por el contrario, sólo después de la toma del poder fueron incorporadas al programa de gobierno las reivindicaciones agrarias. La revolución había comenzado, por cierto, en la sierra, pero como señaló el mismo Castro: "Nosotros debemos decir que no conocíamos a un solo campesino de la Sierra Maestra [...]"⁸⁴ Para los guerrilleros, el campo había sido, sobre todo, una base militar de operación en función de la insurrección en las ciudades. Por lo mismo, las primeras reformas agrarias que impusieron los revolucionarios de la sierra en las "zonas liberales" atendían, en primer lugar, objetivos militares.⁸⁵

Parece estar claro que más que eliminar a la "burguesía agraria", como formula C. R. Rodríguez, aquello que interesaba al gobierno revolucionario era ganar el apoyo de las grandes masas campesinas. Así se explica que ninguna de las dos

Seis leyes de la Revolución, La Habana, 1973, pp. 19-47. Véase también J. Chonchol, *op. cit.*, p. 479.

⁸¹ C. R. Rodríguez, *Cuba en el tránsito...*, cit., p. 137.

⁸² C. R. Rodríguez, "La Segunda Reforma Agraria Cubana", en O. Delgado, *op. cit.*, p. 518.

⁸³ Tesis que postula Paul M. Sweezy, en *Cuba: anatomy of a revolution*, Nueva York, 1960.

⁸⁴ F. Castro, *La revolución cubana...*, cit., p. 390.

⁸⁵ "La primera ley de reforma agraria fue promulgada desde la sierra el 10 de octubre de 1958 y no fue sino una aplicación de los artículos 90 y 91 de la Constitución de 1940", Jean Jacques Alphandery, *Cuba, el precio de la revolución*, Buenos Aires, 1974, p. 41.

leyes agrarias hubiera desatendido los intereses de propiedad de los pequeños campesinos y arrendatarios. Por el contrario, éstos —aproximadamente unas 102 000 personas— se vieron especialmente favorecidos con la supresión del pago de la renta de la tierra en todas sus formas. De este modo no es erróneo decir que el gobierno intentó concertar una suerte de "alianza económica" con los pequeños campesinos. Pero los verdaderos beneficiados con las reformas fueron aquellos ejércitos de trabajadores agrícolas, activos y desocupados a quienes algunos autores han calificado como "proletariado rural",⁸⁶ término a nuestro juicio demasiado amplio, pues la masa de "pobres rurales" era, según se desprende de un análisis de C. R. Rodríguez, bastante diferenciada. Así por ejemplo, antes de la revolución había 140 000 familias de campesinos "pobres" compuestas por los "aparceros", quienes debían pagar la renta a los propietarios del suelo, preferentemente en especies agrícolas, y los "precaristas" o campesinos asentados en la tierra, pero sin derecho jurídico para permanecer en ella.⁸⁷

Aunque el nuevo gobierno favoreció a la pequeña propiedad, no tendió a multiplicarla; por el contrario, estableció una amplia área agraria estatal. Esto se realizó teniendo como objetivo el principal problema que se presentaba en el campo: la desocupación. "En 1957, de un total de 975 000 trabajadores agrícolas, por lo menos un tercio trabajaba sólo un centenar de días al año. Una encuesta efectuada por la CEPAL muestra que, de mayo de 1956 a abril de 1957, la cantidad mensual de desempleados se elevó a 361 000, es decir un 16.5% del total de la fuerza de trabajo, y esto en un periodo de relativa prosperidad, ya que la zafra había dado 5.5 millones de toneladas de azúcar. Había además 223 000 desempleados parciales y los demás elementos subempleados o trabajadores familiares sin remuneración."⁸⁸

Lo que reivindicaban, pues, los ejércitos de desocupados agrarios no era el derecho a una propiedad que nunca habían tenido, sino el derecho al trabajo, que rara vez tenían. De ahí que no habría sido lógico convertirlos en pequeños propietarios. Por otra parte, las haciendas estatales surgieron en una

⁸⁶ C. R. Rodríguez, "Las clases sociales y la revolución en Cuba", en *Desarrollo Sudamericano*, núm. 49, año 14, Barranquilla, 1979, p. 53. Sidney W. Mintz, "Foreward", en Ramiro Guerra y Sánchez, *An economic history: sugar and society in the Caribbean*, New Haven, 1969, p. xxxvii.

⁸⁷ C. R. Rodríguez, "Las clases sociales...", cit., p. 53.

⁸⁸ Julio Le Riverand, *La república: dependencia y revolución*, La Habana, 1969, p. 344. Compárense cifras en J. Alienes, *Características fundamentales de la economía cubana*, tomo 1, La Habana, 1950, p. 143, tabla 25.

relación de continuidad con los antiguos latifundios y no hubo así necesidad de producir quiebres demasiado bruscos en la tradicional estructura agraria. Tales haciendas fueron, en esas condiciones, una respuesta pragmática al problema de la desocupación.

Menos que la estatización, fue la nacionalización de la tierra la que le costó al gobierno cubano la enemistad declarada de Estados Unidos. De ahí la estrecha relación entre reforma agraria y revolución nacional. O dicho así: la revolución democrático-popular fue además agraria y esto la convirtió en nacional.⁸⁹

Para llevar a cabo el proceso de transformaciones agrarias surgió un gigantesco y complicado aparato burocrático, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que llegó a ser calificado como "un Estado dentro de otro Estado". El propio Castro debía combinar sus funciones de primer ministro con las de experto agrícola cometiendo, como él mismo ha confesado, muchos errores.⁹⁰ Pero eso ocurrió porque en esos momentos del proceso el tema agrario era el centro de todo el problema de la revolución.

El hecho de que la revolución cubana no haya sido una típica revolución campesina no autoriza a designarla de inmediato como una revolución obrera típica. Esto resulta más que evidente si se toma en cuenta no sólo la participación real de los obreros en la insurrección, sino la significación "estructural" de la clase obrera en la sociedad cubana. En otras palabras, la economía cubana no estaba en condiciones de generar un proceso de "proletarización ascendente" de la población. Por el contrario, observando las cifras disponibles relativas a la desocupación, nos atrevemos a afirmar que la tendencia predominante era otra: la pauperización, lo que por lo demás es típico de muchas economías latinoamericanas.⁹¹ "En 1931, de una población total de 3.9 millones, el número de personas empleadas alcanzaba a 1 297 754, o sea una relación de 50.9%. En 1943 los datos respectivos eran de 4.7 millones, 1 520 851 y 46.9%, y en 1953 venían a ser de 5.8 millones, 1 972 266 personas ocupadas, lo que representaba un 51.5% de la población total."⁹²

⁸⁹ F. Mires, *op. cit.*, p. 187.

⁹⁰ Acerca del tema, véase R. Dumont, *Cuba, ¿es socialista?*, Caracas, 1970.

⁹¹ Esa posición teórica la he defendido en mi artículo "Para una teoría de la miseria", en Margarita Jaramillo de Botero y Francisco Uribe Echeverría (comps.), *Pobreza, participación y desarrollo regional*, Bogotá, 1986.

⁹² Carlos del Toro, *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano 1933-1958*, La Habana, 1974, pp. 22-23.

Como relata C. R. Rodríguez: "Poco tiempo antes del triunfo de la revolución, el Consejo Nacional de Economía publicó el resultado de una encuesta sobre el desempleo, efectuada en mayo de 1956 y abril de 1957, que indicaba cómo en algunos meses (mayo, junio, agosto y octubre) el número de desempleados ascendía a más de 650 000, o sea la tercera parte de la fuerza de trabajo, de los cuales 450 000 eran desocupados totales. Todo esto sin contar que del 1 400 000 personas ocupadas como promedio mensual durante el año, el 62% percibía ingresos mensuales inferiores a \$75.00".⁹³ En términos gruesos, el llamado "proletariado urbano" ascendía a más o menos 400 000 personas; en cambio la masa de "pobres de la ciudad" ascendía a 700 000.⁹⁴

Tales factores cuantitativos deben tener necesariamente, en el marco de un proceso revolucionario, una significación cualitativa. Así se explica por ejemplo que los trabajadores urbanos se hubiesen sumado a la revolución en forma masiva sólo después de que el Ejército Rebelde hubo ganado la guerra. Lo dicho no significa negar el papel que cumplieron los trabajadores al erosionar, con sus actividades huelguísticas, la legitimidad de la dictadura.⁹⁵

Tampoco la revolución asumiría un carácter obrero sólo porque los comunistas hubieran decidido apoyarla. Como ya hemos visto, los comunistas cubanos estaban lejos de ser "el partido de la clase obrera". En el mejor de los casos eran un partido en la clase obrera, que es algo distinto. El 26, a su vez, estaba lejos de ser un movimiento obrero. Las milicias populares surgidas después de la toma del poder eran más bien organizaciones de masa y no de clase. En fin, no vacilamos al afirmar que los trabajadores, a la hora de la llegada del Ejército Rebelde a La Habana, no se habían dado ninguna organización de carácter revolucionario que sobrepasara el marco de las acciones reivindicativas o que ligara a éstas con acciones políticas.⁹⁶ Fue precisamente esa situación la que llevó a decir a Castro en 1960 (quizá todavía desilusionado por el fiasco de abril de 1958) que "los obreros no pensaban como clase".⁹⁷ Lo que seguramente quería decir el caudillo era que los obreros no pensaban como clase revolucionaria, porque como clase pensaban (aunque nadie se los hubiera enseñado).

La revolución no sólo careció de un carácter obrero, sino que además en su fase nacional (antimperialista) tuvo que entrar

⁹³ C. R. Rodríguez, "Las clases sociales...", *cit.*, p. 54.

⁹⁴ *Ibidem.*

⁹⁵ Véase Maurice Zeitlin, *Revolutionary politics and the Cuban working class*, Princeton-Nueva Jersey, 1967, p. 277.

⁹⁶ F. Mires, *op. cit.*, p. 217.

⁹⁷ F. Castro, *La revolución cubana...*, *cit.*, p. 294.

en contradicción con las propias instancias organizativas de los trabajadores. Por de pronto, el nuevo gobierno debió quebrar las estructuras "mujalistas" (de Mujal) que habían llegado a ser verdaderos soportes de la dictadura. Sin embargo, como el 26 no tenía ningún enraizamiento profundo entre los trabajadores, David Salvador, delegado sindical del 26, tuvo que actuar prácticamente como interventor estatal en los sindicatos. Erradicados los mujalistas, el gobierno se vio enfrentado al problema de las relaciones que debían establecerse con los comunistas en un medio donde el anticomunismo era muy fuerte aun dentro del 26, y precisamente Salvador era uno de los representantes de esa línea. Así, dentro de los sindicatos tuvo lugar una feroz lucha por el desplazamiento de fuerzas, hecho bastante peligroso que amenazaba repetir los tiempos de las rencillas intersindicales ocurridas durante el gobierno de los Auténticos.⁹⁸

Los comunistas emplearon una táctica bastante acertada dentro de los sindicatos levantando una plataforma unitaria que contemplaba la unidad con el 26, el alejamiento de todos los sindicalistas comprometidos con el mujalismo, la lucha contra la burocracia y el llamado a nuevas elecciones.

En vista de los conflictos que se presentaban, Fidel Castro decidió intervenir personalmente en los sindicatos. El 17 de octubre de 1959 nombró ministro del Trabajo a Augusto Martínez Sánchez (que no era anticomunista) desconectando con ello a las posiciones anticomunistas del gobierno. Al mismo tiempo, la revista *Revolución* le quitó su tribuna a los miembros del ala anticomunista del 26. En la práctica, Castro abrió la puerta a los comunistas para que pasaran a ocupar el lugar que anteriormente había ocupado la burocracia sindical.

El Décimo Congreso de la Federación del Trabajo, que tuvo lugar el 18 de noviembre de 1959, no fue un acontecimiento normal ya que existía una manifiesta presión del Estado en contra de David Salvador y su grupo. Estos jugaron su carta decisiva presentando la moción de excluir a los comunistas de los sindicatos, la que fue rechazada por aclamación. Sin embargo, muchos militantes del 26 votaron en favor de esa moción, y en medio de ese caótico ambiente, pronunció Fidel Castro un discurso.

Con ironía recordó Castro que él algo tenía que ver con el 26. Trajo al recuerdo la nula resistencia obrera al golpe de Estado de 1952 y el no apoyo al llamado a la huelga general en 1958. Culpó de eso a las direcciones sindicales establecidas y señaló que la revolución no estaba dispuesta a aceptar semejante liderazgo sindical. En caso de que la línea anticomunista

⁹⁸ R. Alexander, *op. cit.*, pp. 168-171.

ganara las elecciones, planteó que él mismo se pondría al lado de la minoría. Esta era una abierta intervención. Luego Castro trazó una línea demarcatoria entre "la extrema contrarrevolución y la extrema revolución".⁹⁹ El dilema era, por lo demás, cierto.

El congreso fue clausurado en una situación de indefinición, pues Salvador siguió en la directiva. Ni la enorme autoridad de Fidel Castro fue suficiente para quebrar la compleja estructura sindicalista formada durante tantos años. Pero ello revelaba al mismo tiempo el problema central: el carácter no-obrero de la revolución reciente.

Después del congreso, las estructuras sindicales fueron sistemáticamente golpeadas desde el Estado. Es cierto que en su desarrollo la revolución ganaba a muchos trabajadores, pero no en cuanto clase sino en cuanto miembros del pueblo. La toma del poder de la clase obrera por parte del Estado —tal era en efecto la paradoja que estaba ocurriendo— se realizaba fundamentalmente mediante golpes de autoridad. En abril de 1960, David Salvador fue obligado a renunciar. Poco a poco los comunistas iban ocupando los huecos dejados por el 26 en su breve incursión hacia el interior del movimiento obrero. Muchos miembros del 26 se hicieron comunistas. Algunos sinceramente. Otros, quizá no.

LOS DESPLAZAMIENTOS POLÍTICOS

Paralelamente a la incorporación de los campesinos al proceso y al quiebre de las estructuras sindicales, iban teniendo lugar en Cuba desplazamientos sociales que influirían en los cursos políticos.

La popularidad de Fidel Castro a la hora de la toma del poder era inmensa. Esa popularidad se transformaría en apoyo social orgánico tan pronto se pusieron en práctica reformas que mejoraban notablemente el nivel de vida de los sectores sociales subalternos. Tan importantes como las reformas agrarias fueron en ese sentido las urbanas, iniciadas por la Ley de Alquileros.

⁹⁹ Joseph Morray, *La segunda revolución en Cuba*, Buenos Aires, 1965, p. 70.

El desplazamiento político nacional

Según la Ley de Alquileres fueron reducidos los arriendos de viviendas en un 50% para quienes pagaban más de 100 pesos mensuales y de un 40 a un 30% a las categorías más altas. Además se otorgaron facilidades a los arrendatarios para que compraran sus casas a largo plazo. Conjuntamente fue dictada la Ley del Terreno Baldío que anulaba el valor del mercado de cualquier expropiación de inmuebles urbanos no mejorados que excedieran al 15% y exigía además la venta a ese reducido precio.¹⁰⁰

La reforma urbana significó un duro golpe al capital especulativo que en Cuba había alcanzado grandes proporciones. Por lo demás ella cabía perfectamente en los esquemas de algunos sectores antibatistianos que soñaban con la posibilidad de una revolución modernizante. La erradicación del latifundio y la del capital usurario parecían allanar el camino a un emprendimiento con ímpetu capitalista. Pero esa clase no existía en Cuba, aunque economistas como Rufo López Fresques, Felipe Pazos y Regino Boti así lo creyeran. Castro incluso habló muchas veces de proteger la industria local, estimular la iniciativa privada y modificar las leyes impositivas. Aún más, sugería a los industriales que invirtieran en la agricultura reformada. En vano. Esos empresarios atrincherados en sus actividades especulativas no sabían reaccionar como verdaderos capitalistas. Por lo mismo, acusaron a Castro de comunista, antes de que objetivamente lo fuera.

La acusación era peligrosa. En América Latina ha equivalido frecuentemente a una sentencia de muerte. Eso había sucedido en la Guatemala de Jacobo Arbenz antes de que los norteamericanos invadieran ese país. Pero también gracias a esa acusación era impuesta en la política, y no precisamente por Castro, una nueva línea divisoria. Los que estaban con Fidel Castro eran señalados como comunistas, y los que estaban en su contra, como anticomunistas. El único problema es que, en ese tiempo, casi todo el país estaba en favor de Castro. De modo que cuando Castro se declaró comunista, no hizo más que seguir las reglas del juego impuestas por sus enemigos, quienes además consiguieron poner el tema del "comunismo" (y con ello el significado del PC) en el centro del debate. De este modo, los comunistas cubanos, sin que se lo hubieran propuesto, se encontraban de pronto convertidos en un eje de definición nacional. Pocas veces la historia ha hecho un regalo más hermoso a un partido político.

Independientemente de que Castro defendiera a los comu-

¹⁰⁰ F. Mires, *op. cit.*, p. 196.

nistas por lo necesario que era su aporte al proceso, o por las posibilidades potenciales que le brindaba el apoyo de la URSS, lo cierto es que en la esfera ideológica esa defensa pasó a proyectarse como defensa de la revolución misma, aunque la participación de los comunistas en ella distaba de ser relevante. Joseph Morray formuló adecuadamente esta nueva relación: "No fueron los comunistas sino la burguesía y los terratenientes quienes obligaron a la revolución verde oliva a manifestarse roja exigiéndole que se volviera blanca."¹⁰¹

El escenario donde chocaron las distintas tendencias estaba determinado por la existencia del gobierno provisional presidido por el magistrado Manuel Urrutia y sus ministros; del Interior, José Miró Cardona; y del Exterior, Roberto Agramonte.

Fidel Castro, quizá recordando lo ocurrido a Guiteras durante el gobierno de Machado, no aceptó inicialmente ningún cargo de gobierno. Pero sus fuerzas se tomaban el gobierno "por dentro" desarticulando los mecanismos del aparato de Estado, particularmente el ejército, que fue rápidamente remplazado por el Ejército Rebelde. En el punto principal (liquidar las estructuras batistianas de poder) había acuerdo entre el gobierno provisional y el gobierno alternativo que ya comenzaba a ejercer el Ejército Rebelde. Castro, a su vez, con todo su prestigio, actuaba como una especie de juez, definiendo los conflictos que se presentaban a cada momento. Sin estar en el gobierno —y quizá por eso mismo— tenía cada vez más poder.

Paralelamente, bajo la cobertura que les brindaba el jefe de la revolución, los comunistas iban desplazando de modo paulatino a representantes de los partidos tradicionales. Fue precisamente la "cuestión de los comunistas" la que determinó la caída del gobierno de Urrutia, siendo ya Castro primer ministro, en julio de 1959. Poco antes, Agramonte había tenido que abandonar su puesto, que fue ocupado por Raúl Roa, uno de los hombres más ligados a la tradición revolucionaria del país. Miró Cardona, a su vez, decidió emigrar a Miami, desde donde intentaría repetir sin éxito los esquemas conspirativos que había aplicado en contra de Batista.

El choque entre Urrutia y Castro resultó decisivo. A raíz de los ataques de Urrutia y las respuestas de Castro —todo realizado públicamente—, ambos renunciaron a sus cargos el 16 de julio de 1959, con lo que por algunos instantes el poder quedó vacío. Como Castro esperaba, la población se pronunció en su favor, y regresó al gobierno en medio de la aclamación general. Naturalmente, a Urrutia no le quedó más que renunciar.¹⁰²

¹⁰¹ J. Morray, *op. cit.*, p. 70.

¹⁰² Véase H. Thomas, *op. cit.*, t. 3, pp. 1575-1579.

Los desplazamientos en el gobierno eran paralelos a aquellos que ocurrían dentro del propio M26J. La verdad es que casi al día siguiente a la toma del poder, Castro se había quedado sin organización política. El 26, quizá al igual que el antiguo directorio de Guiteras, se había constituido sólo para cumplir un objetivo inmediato: en este caso derribar la dictadura. Pero debido a su heterogeneidad social e ideológica, era una organización incapaz de constituirse en gobierno. Esta es quizás otra de las razones que presionaron a Castro para buscar apoyo entre los comunistas.

La "cuestión de los comunistas" no hizo sino acelerar la desintegración del 26. El hecho que provocó la ruptura definitiva fue el movimiento que pretendió encabezar Hubert Matos en el interior del ejército mismo. Matos, una prestigiosa figura guerrillera, dimitió el 19 de octubre de 1959, protestando principalmente por el nombramiento de Raúl Castro como ministro de las Fuerzas Armadas. Catorce oficiales dimitieron junto a Matos.

Con la renuncia de Matos a su jefatura en Camagüey, en la que puso en juego todo su prestigio ganado en la guerra contra Batista, probablemente con la débil esperanza de provocar una división en el propio ejército, se alinearon definitivamente los frentes. Castro hizo arrestar a Matos por tropas comandadas por Camilo Cienfuegos y luego lo aplastó políticamente llamando a una gigantesca concentración de masas donde se gritó en favor de la ejecución del antiguo combatiente. Matos no fue ejecutado, pero sí fue condenado a largos años de prisión.

El nuevo poder se fue configurando como una suerte de encuentro entre parte de la dirección del Ejército Rebelde y los comunistas. Este encuentro tuvo lugar en el interior de un frente de transición denominado Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI).¹⁰³

A diferencias con el partido "leninista", que se constituyó independientemente del Estado para luego asimilarse a él, el partido "leninista" de Castro comenzaría a gestarse en el interior del propio aparato del Estado.¹⁰⁴

Pero todo el desplazamiento político descrito resultaría inexplicable si no se tomara en cuenta al mismo tiempo el desplazamiento de Cuba en el espacio internacional.

El desplazamiento político internacional

La revolución avanzaba a una velocidad extraordinaria convirtiendo a opositores normales en contrarrevolucionarios. El boicot norteamericano a las exportaciones obligaba al gobierno a tomar posesión de gran parte de la industria privada acelerando el proceso de expropiaciones. Hacia octubre de 1960, los centros más importantes de la economía estaban nacionalizados o estatizados. En Estados Unidos comenzaban a observarse preparativos similares a los que habían precedido la invasión a Guatemala. En 1960, el gobierno norteamericano rechazaba la cuota azucarera. De inmediato los cubanos acudieron al mercado soviético. Los rusos se comprometieron a comprar medio millón de toneladas anuales durante cuatro años a precio de mercado. A fines de 1960 Cuba se retiraba del Banco Mundial. Los empresarios cubanos, a su vez, realizaban un boicot a las inversiones. Ernesto Guevara —que había remplazado al banquero Felipe Pazos en la dirección de los bancos e industrias— redobló el proceso de expropiaciones. Estados Unidos dejó de enviar petróleo. Los cubanos recibieron petróleo ruso. Las empresas norteamericanas que quedaban se negaron a trabajar con petróleo ruso. El gobierno respondió expropiando a la Texas Company, la Standard Oil de Nueva Jersey, la Royal Dutch y la Canadian Schell Ltda. A éstas se agregaron las compañías de electricidad y teléfonos. A un año de la toma del poder, el Estado controlaba prácticamente todo el aparato productivo.

La revolución había ido ya muy lejos y comenzaba a rotar en espacios internacionales no previstos originariamente. Los gobernantes sabían que no había ya ninguna posibilidad de retorno. La isla se había convertido en un "tema mundial". Y sola, frente a esa terrible potencia vecina, Cuba estaba condenada a muerte, sobre todo en aquellos tiempos determinados por el clima de la guerra fría. Castro no tenía pues muchas alternativas que elegir. Y eligió la única alternativa que le restaba, para salvar, por lo menos, parte de la revolución. La entrada de Cuba en el bloque socialista estaba —independientemente de consideraciones ideológicas— condicionada por la propia seguridad externa del país. También hay que decir que, a partir de esos momentos, comenzaría otro capítulo cuyos acontecimientos ya no estarán únicamente determinados por lo que ocurra en la isla.

¹⁰³ Véase Jacques Arnault, *Cuba et le marxisme. Essai sur la révolution cubaine*, París, 1962, pp. 174-201.

¹⁰⁴ F. Mires, *op. cit.*, p. 234.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Uno de los rasgos más particulares del proceso revolucionario cubano reside en su permanente relación de continuidad con el pasado. La referencia política de los procesos del siglo XX a la independencia respecto a España, y la vigencia de un "héroe histórico" como José Martí, son quizá casos únicos en América Latina. La revolución de los años treinta en contra de Machado y la de los cincuenta en contra de Batista son, pues, rupturas que ocurrieron dentro del marco de una innegable continuidad.

La revolución antimachadista constituye el antecedente más importante de la revolución antibatistiana; fue consecuencia de una insurrección de masas articulada políticamente en el Partido Revolucionario Cubano de Grau San Martín y en el Directorio Revolucionario de Antonio Guiterras. Desde un punto de vista social, el movimiento obrero, tabacalero y azucarero tuvo una importancia decisiva en el derribamiento de la dictadura. Líderes juveniles carismáticos, como el mismo Guiterras, Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, antecesores ideológicos de Fidel Castro, fueron puntos de confluencia entre las movilizaciones estudiantiles y las obreras. Incluso, dentro del Ejército, mediante "la revolución de los sargentos", prendió el fuego revolucionario.

De este modo, a partir de 1933 se produjo un relevo en el poder, que se expresó en la sustitución de una dictadura militar-oligárquica de tipo tradicional (predominio del sector latifundista y apoyo de Estados Unidos) por un bloque social y político muy heterogéneo que agrupaba desde el movimiento obrero hasta fracciones modernizantes de la oligarquía.

La incapacidad consustancial al conglomerado social antimachadista para pasar a ser una fuerza de gobierno coherente, inclinó la balanza del poder hacia el ejército, ya dirigido por Batista. Este llegaría al poder como representante militar de una revolución social e intentó, mediante la eliminación del ala radical del movimiento antidictatorial, llevar a cabo una lenta contrarrevolución, sobre todo en lo que se refiere a las medidas populares y antimperialistas que había tratado de imponer la fracción guiteriana. Sin embargo, durante ese período Batista nunca perdió su propia autonomía, estableciendo una relación mediadora con las diversas fracciones del bloque dominante, y aun con el movimiento obrero.

Durante la era de los gobiernos democrático-parlamentarios (1944-1952) tuvo lugar una redefinición en el bloque social dominante debido a un proceso objetivo de rearticulación de

las relaciones de dependencia externa, especialmente con Estados Unidos, relaciones que se caracterizaron por un mayor interés norteamericano para invertir en el área industrial, bloquear el poderío de los sectores oligárquicos más tradicionales y dar mayor poder de representación a fracciones del empresariado local. El hecho de que los gobiernos de Grau y Prío tuvieran —al igual que Batista anteriormente— que mediar entre las diversas fracciones del bloque de dominación y al mismo tiempo mantener la adhesión de las capas medias y de los trabajadores sindicalmente organizados, otorgó una innegable imagen de corrupción a aquella política que se realizaba sobre la base de compromisos informales. En contra precisamente de la corrupción imperante, surgieron dos alternativas. Una tuvo su punto de origen en el propio sistema político tradicional; estaba representada en la fracción Ortodoxa (chibastista) del PRC, e hizo suyas las protestas que provenían, sobre todo, del movimiento estudiantil postulando la regeneración política del sistema imperante. La otra alternativa surgió del ejército, nuevamente comandado por Batista. Sin embargo, el golpe de Estado de 1952, aparentemente realizado en contra de la corrupción, se realizó en realidad para impedir el acceso al poder de una nueva generación política donde ya hacía sus primeras experiencias Fidel Castro.

Batista puso fin en 1952 a la continuidad histórica cubana, que mal que mal él mismo había representado. Debido a esa razón fue desarrollándose contra la dictadura una amplia constelación política y social muy similar a aquella formada durante los tiempos de Machado, cuya máxima demanda residía en la restitución de las libertades políticas perdidas, exigiendo para tal efecto la revalidación de la Constitución de 1940.

Aquellos revolucionarios comandados por Fidel Castro que el 26 de julio de 1953 asaltaron el Cuartel Moncada, lo hicieron con el convencimiento de ser sólo una fracción radical del bloque democrático de oposición antibatistiana.

El naciente Movimiento 26 de Julio, combinación muy específica de movimiento social, partido político y frente popular, sería una suerte de punto de cristalización histórica de la ideología nacionalista de José Martí, de las tradiciones democráticas guiterianas, de la radicalización política juvenil ocurrida durante los gobiernos democrático-parlamentarios y de demandas muy dispersas provenientes de distintos sectores subalternos de la sociedad. En el contexto latinoamericano existe una evidente relación de parentesco entre el M26J y los movimientos nacionalistas y populistas que tuvieron lugar durante la década de los cuarenta. Fidel Castro representaba personalmente la muy especial combinación de esas diversas tradiciones y momentos políticos.

Tanto el asalto al Moncada como el desembarco del Granma y los acontecimientos guerrilleros que tuvieron lugar hasta abril de 1958, fueron concebidos como partes de una estrategia general inspirada en los hechos que pusieron fin a la dictadura de Machado, los que, eventualmente, deberían secundar una insurrección de masas desatada por una huelga general. Sin embargo, el fracaso de la huelga general de abril de 1958 demostró brutalmente al M26J que los obreros no se dejaban interpelar fácilmente por conducciones extrañas a ellos y que, por lo tanto, el movimiento debería concentrarse en aquel terreno donde era más fuerte: en el militar. Después de abril de 1958 tuvo lugar un viraje estratégico en el 26, según el cual la huelga general ya no fue más concebida como el eje central de la lucha, éste se desplazó hacia la transformación de la guerrilla en un ejército popular.

Los momentos iniciales de la revolución contaron con amplia participación popular, pero no siempre con el apoyo de las organizaciones obreras. Estas tuvieron que ser prácticamente reorganizadas desde el Estado. Los comunistas cubanos se pusieron al servicio del nuevo poder colaborando en la tarea de estatizar las estructuras sindicales que se habían formado durante el periodo democrático-parlamentario, algunas de las cuales habían sido utilizadas por la propia dictadura de Batista.

Si bien el PC cubano entregó su aporte organizativo a la revolución, no había desempeñado ningún papel relevante en su desencadenamiento. Más aún, durante casi toda su trayectoria política marchó en dirección exactamente contraria a los procesos de movilización popular. Durante la dictadura de Machado se aisló rotundamente, planteándose en contra del propio guiterismo y acusando a Grau San Martín de fascista. Posteriormente formó parte de la dictadura de Batista ocupando dos ministerios. El asalto al Moncada fue condenado por su dirección. Por último, no se sumó al llamado del 26 a una huelga general en abril de 1958. En gran medida, la relevancia que alcanzó después de la toma del poder provino de dos hechos: de la ausencia de un eficaz aparato organizativo después de la crisis interna del 26, y del acercamiento de Cuba a la Unión Soviética.

Hasta la toma del poder, la revolución tenía un carácter democrático (lucha en contra de una dictadura) y popular. Después de la toma del poder, gracias principalmente a la nacionalización de la tierra y de las industrias, pasó además a tener un carácter nacional. Esa nueva fase aceleró los desplazamientos internos de fuerzas, en los que perdió toda relevancia la de por sí débil capa de propietarios y tecnócratas modernizantes y se fortaleció en el poder aquella fracción de la clase po-

lítica representada por Fidel Castro y la jerarquía del Ejército Rebelde, asociada al aparato de los comunistas y apoyada en vastos sectores de la población popular.

El hecho de que la revolución cubana hubiera surgido en el periodo de la llamada "guerra fría", la obligó a optar entre dos bloques. Esa opción convertiría a Cuba en un tema de connotación mundial, diferencia fundamental con el destino de las revoluciones latinoamericanas que habían ocurrido en el pasado.

Cuando en septiembre de 1970 el candidato de la Unidad Popular, Salvador Allende, obtuvo la mayoría relativa de la votación, tanto en el interior como en el exterior del país se abrió un momento de gran expectación.¹ Aunque Allende fue casi siempre cauto al señalar que el que se iniciaba no era un régimen socialista, sino un gobierno que simplemente crearía las condiciones institucionales y económicas para que la transición al socialismo fuera posible, comentaristas e ideólogos de todas las latitudes se apresuraron en bautizar aquel proceso que todavía no se iniciaba con rótulos como "la vía chilena al socialismo" o el "experimento chileno".² Con tales denominaciones se quería decir superficialmente que, a diferencia de otros países en donde los revolucionarios habían tomado el poder con las armas, en Chile se haría utilizando "la legalidad burguesa". El mismo Allende, olvidando su proverbial cautela, afirmó una vez: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista."³ En su expresión más radical, tal línea se expresaba en la fórmula "voto más fusil", según la cual las llamadas "fuerzas revolucionarias" aprovecharían las contradicciones que les brindaba la "institucionalidad burguesa". Pocos eran los sectores que reparaban en que lo ocurrido aquel esplendoroso mes de septiembre no solamente constituía un punto de ruptura sino también de continuidad con la historia de Chile.

Las izquierdas internacionalistas tenían, por supuesto, algunas razones particulares para proyectar sus ilusiones hacia Chile. Por de pronto, los partidos políticos chilenos parecían ser una réplica tercermundista de los existentes en la mayoría de las democracias parlamentarias europeas. Por cierto, los comunistas chilenos eran exageradamente pro soviéticos, pero también, al estilo de sus congéneres franceses o italianos, eran

muy abiertos para concertar alianzas políticas con "la burguesía". Estaban además los socialistas, algunas de cuyas expresiones radicales no podían sino despertar el subconsciente dormido de muchos socialistas europeos. Los guevaristas se entusiasmaron con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que, de una precaria actividad guerrillera urbana, pasaba a convertirse en un rígido partido leninista. Incluso la oposición era encabezada por una democracia cristiana. Además, las izquierdas internacionalistas necesitaban un nuevo punto de referencia revolucionario pues, después de la revolución cubana, las izquierdas latinoamericanas, en sus versiones guerrillera y parlamentaria, no habían experimentado más que derrotas.

Las apariencias inducían a creer que en Chile fermentaba una auténtica revolución social. Campesinos, estudiantes, pobladores, habían alcanzado un alto grado de movilidad durante el gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei. Los detentadores del poder económico estaban desconcertados. La derecha política fraccionada. Además, los proyectos de expropiaciones y nacionalizaciones sustentados por el programa de la Unidad Popular (UP) parecían ser la respuesta de izquierda adecuada a la crisis que vivía el país. Desde luego había algunos "detalles" que ensombrecían el cuadro. Por ejemplo, estaba ese ejército numeroso, disciplinado, casi prusiano; y las tranquilizadoras alocuciones de Allende en el sentido de que las fuerzas armadas "serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la constitución lo establezca"⁴ parecían no convencer ni al propio Presidente. Por si fuera poco, en Estados Unidos Kissinger se había apresurado en declarar una guerra silenciosa a Chile. En la segunda semana del mes de septiembre, planteaba en Chicago: "Yo pienso que no nos debemos hacer ilusiones. La toma del poder en Chile por Allende nos traerá grandes problemas, a nosotros y a nuestras fuerzas de América Latina y, por consiguiente, al conjunto del hemisferio occidental. Por otro lado, la evolución política de Chile se revela muy grave por sus implicaciones sobre la seguridad nacional de los Estados Unidos, en razón de sus efectos en Francia y en Italia."⁵ Pero, en ese momento del triunfo, aquellas declaraciones parecían ser sólo algunos negros nubarrones en medio de la linda primavera de Santiago.

¹ Allende obtuvo el 36.3% de los votos. El candidato de la derecha Jorge Alessandri el 35% y el de la UC, Radomiro Tomic, el 27.8 por ciento.

² Como planteó Allende: "La gran cuestión que tiene planteado el proceso revolucionario que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalidad actual puede abrir el paso a la de transición al socialismo", Salvador Allende, "Segundo Mensaje Presidencial al Parlamento", 21 de mayo de 1972, Santiago de Chile, p. xi.

³ Salvador Allende, *Nuestro camino al socialismo—La vía chilena*, Buenos Aires, 1971, p. 27.

⁴ *Ibid.*, p. 28.

⁵ Citado por Joan E. Garcés, en *Le probleme chilien, democratie et contre-revolution*, Verviers, 1975, p. 22.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y SU "REVOLUCIÓN EN LIBERTAD"

El Partido Demócrata Cristiano, que en 1964 apoyado por la derecha había logrado derrotar a la coalición de izquierda llamada Frente de Acción Popular (FRAP) obteniendo nada menos que 56% de la votación general, había tenido que esperar mucho tiempo para gozar de las delicias del poder. Originado en 1938 con el nombre de Falange Nacional, no pasaba de ser un ala modernizante del antiguo Partido Conservador. En su programa había incorporado algunas de las posiciones sustentadas por la Iglesia católica en la encíclica *Quadragesimo Anno* (1934). El "rexismo" belga, el neotomismo de Jacques Maritain y las ideas corporativistas de Mussolini y Primo de Rivera, fueron sus primeras influencias ideológicas.⁶ En 1938 apoyó al Frente Popular; en 1948 se unió al ala socialcristiana del Partido Conservador; durante el gobierno de Gabriel González Videla (1947-1952) contrajo alianzas en diversas circunstancias con representantes de casi todo el espectro político y formó parte del llamado gabinete de "sensibilidad social"; en las elecciones de 1952 apoyó al candidato del Partido Radical. Pedro Enrique Alfonso. En fin, la dc carecía de un perfil político definido, lo que se reflejaba en sus miserables resultados electorales. En 1941, la Falange obtuvo el 3.5% de los sufragios; en 1945 el 2.6; en 1949 el 3.9, y en 1953 el 2.9 por ciento.⁷

El auge político de la dc comenzó a vislumbrarse en las elecciones parlamentarias de 1957 en las cuales obtuvo el 9% de la votación. Poco después, en las elecciones presidenciales de 1958, obtuvo el nada despreciable porcentaje de 20. Una de las causas de ese "despegue" debe encontrarse en el fracaso del gobierno del general retirado Carlos Ibáñez representante de una especie de "populismo tardío". Justamente en ese período, la dc planteaba algunas "reformas estructurales", como la integración de los llamados sectores "marginales" a través de programas de industrialización, la nacionalización pactada del cobre y una reforma agraria destinada a erradicar a los propietarios más tradicionales. En síntesis, la dc representaba en lo económico un proyecto de tipo modernizador e industrialista (dependiente) que armonizaba perfectamente con los que postulaba en ese mismo período la Comisión de Estudios para América Latina (CEPAL) y con los que comenzaban a elaborarse

en Estados Unidos, y que después tomarían forma en la famosa Alianza para el Progreso. Dichos proyectos eran muy bien recibidos por un naciente empresariado local fuertemente vinculado a los mercados internacionales y que necesitaba urgentemente resolver sus contradicciones con los propietarios de tipo tradicional. Para esos empresarios modernizantes la dc era la representación política más adecuada. La nueva conducta política de los empresarios se manifestó claramente en 1964. "En un comienzo al menos —constata James Petras— la imagen proindustrial de Frei se reflejó en el apoyo del 75% de los industriales a su gobierno. Los empresarios de las firmas más grandes probaron ser los más fieles adictos a Frei (92%)."⁸

Pero la dc no sólo era el partido de la gran empresa; su particularidad específica era la de haber llegado a ser un "partido de masas" de acuerdo con la línea representada por Frei en 1958, y esa cualidad la alcanzó no por representar a los empresarios sino por haber sabido elaborar una política que interpretaba los intereses de vastos sectores de la población. Precisamente el hecho de que la dc fuera apoyada masivamente hizo de ella un partido "interesante" para los empresarios y para Estados Unidos, y no al revés.

Por lo menos al presidente Kennedy, la dc le pareció el antídoto adecuado para la revolución cubana en América Latina. Captando su nuevo papel, los dirigentes del partido levantaron para la campaña presidencial de 1964 la consigna "revolución en libertad", con la que se quería dar a entender que en Chile tendrían lugar profundos cambios sociales sin abandonar el marco representado por la democracia parlamentaria. Poco después, la ur también plantearía la necesidad de construir el socialismo sobre la base de la democracia parlamentaria. Como es sabido, la dictadura de Pinochet arrasó con esa democracia.

Desde el punto de vista económico, los proyectos modernizantes que postulaba el rnc abrían también el paso a nuevas formas de penetración económica externa, continuándose así un sostenido proceso de "desnacionalización económica", iniciado en la década de los cincuenta. Como se lee en un estudio realizado en el período: "Alrededor de 490 empresas chilenas en el año 1968 pagan regalías a empresas extranjeras por uso de tecnología. 310 de aquellas empresas tienen contrato con una sola empresa extranjera; 82 tienen contrato con 2 y 97 con 3 o más." Otro estudio señala: "En general [el capital extran-

⁶ F. Mires, *Del Frente Popular a la Unidad Popular*, Frankfurt, 1975, p. 102. Acerca del tema, véase también Luis Vitale, *Esencia y apariencia de la Democracia Cristiana*, Santiago, 1964.

⁷ F. Mires, *op. cit.*, p. 102.

⁸ James Petras, "Negociadores políticos en Chile", en *Monthly Review*, enero-febrero de 1970, p. 56.

⁹ Orlando Caputo y Alberto Pizarro, *Desarrollismo y capital extranjero*, Santiago, 1970, p. 115.

jero] se dirige preferentemente a aquellas líneas donde la política económica del Estado está creando condiciones para su expansión [...] Es decir, las empresas extranjeras se unen a la empresa nacional para utilizar los beneficios de los recursos políticos y la política económica del Estado."¹⁰

La ruptura del pacto social

¿Cómo conseguir financiamiento para realizar una política que concitara el apoyo de vastos sectores populares y al mismo tiempo protegiera a los empresarios locales y al capital extranjero? Desde luego, haciendo grandes concesiones: en primer lugar a las empresas mineras extranjeras, en segundo lugar a los propietarios tradicionales.

En 1964-1965 se llevó a cabo, por ejemplo, la llamada "chilenización" del cobre, que implicaba una asociación muy subalterna del Estado con las grandes empresas norteamericanas, ya que el gobierno se comprometía a rebajar las tributaciones y a garantizar el trato cambiario y aduanero por más de 20 años.¹¹ En 1969, Frei firmaría el convenio llamado de "nacionalización pactada" según el cual "el gobierno compraría el 51% de las acciones al 15% del valor de capitales propios que poseen, dándose la irrisoria situación de que las empresas extranjeras vendieran a Chile yacimientos cupríferos [...] chilenos, pues se pagó por la rentabilidad de los yacimientos".¹²

Respecto a su política agraria, el gobierno elaboró un criterio de expropiaciones relativamente generoso con los grandes latifundistas. En efecto, la ley de reforma agraria sólo permitía la expropiación de los predios mal trabajados que tuvieran una extensión superior a 80 hectáreas de riego básico (lo que significaba que en las tierras de secano o montañosas podían quedar exentos de expropiación latifundios superiores a 7 000 hectáreas). Menos que la expropiación de los latifundios, lo que interesaba al gobierno era la rentabilidad de la explotación agrícola. De este modo, al final de la administración de Frei, el latifundio seguía operando con más de 3 500 unidades y con una superficie superior a 22 millones de hectáreas. En cierto modo se estaba observando un proceso de modernización (ca-

¹⁰ Sergio Aranda y Alberto Martínez, "Estructura económica: algunas características fundamentales", en A. Pinto *et al.*, *Chile, hoy*, Santiago, Universitaria, 1970, p. 82 [edit. en México por Siglo XXI].

¹¹ Mario Vera, "Detrás del cobre", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, enero de 1970, p. 119.

¹² F. Mires, *op. cit.*, p. 120.

pitalista) de la tierra mediante el cual se tendía a sustituir el capitalismo de hacienda por el capitalismo de empresa.

Un segundo objetivo de la reforma agraria era la creación de un sector de pequeños empresarios agrícolas.¹³ El gobierno mismo anunció al comenzar su mandato que uno de los objetivos de la reforma era formar 100 000 pequeños propietarios agrícolas. Esta "nueva clase" iba a ser formada en los llamados "asentamientos". Sin embargo, en ese proyecto, el gobierno tuvo poco éxito, pues al finalizar su periodo las familias favorecidas por las reparticiones de tierra no superaban el 8%. La situación de los pequeños propietarios y de los asalariados agrícolas seguía siendo precaria y a sus problemas tradicionales se agregaban ahora las amenazas de sistemas crediticios que no controlaban y de una tecnificación que desocupaba cada vez más a la fuerza de trabajo.

Aunque la reforma agraria del gobierno Frei no fue muy profunda, tuvo la particularidad de producir algo que la derecha no perdonaría jamás: llevar la activación social al campo. Tal activación se expresó orgánicamente en el proceso de sindicalización campesina. "Durante los años del gobierno de la DC se constituyeron unos 400 sindicatos campesinos con algo más de 100 mil adherentes, distribuidos en tres grandes confederaciones y dos menores."¹⁴ Del mismo modo, en esos años, poco más de 80 mil pequeños agricultores se organizaron en cooperativas campesinas y en comités de pequeños agricultores, a través de los cuales tuvieron acceso al crédito, a la asistencia técnica agrícola y a ciertos mejoramientos sociales.¹⁵

No dejan pues de tener cierta razón los representantes de la derecha tradicional cuando afirman que el PDC fue el principal culpable de lo que ocurrió después del gobierno. La llamada democracia chilena había funcionado hasta entonces de acuerdo con un pacto social explícito cuyo secreto consistía en no alterar las relaciones de propiedad en el campo y en no organizar a los llamados "marginales" en las ciudades. La chilena era una democracia, pero excluyente; funcionaba desde la clase obrera organizada "hacia arriba". "Hacia abajo", en cambio, funcionaba sólo formalmente.

En el sentido expuesto es quizá necesario agregar que ni siquiera la izquierda se había preocupado demasiado por incorporar políticamente a los llamados "pobres de la ciudad y el

¹³ Oscar Delgado, *Reformas agrarias en América Latina*, México-Buenos Aires, 1965, p. 580.

¹⁴ Jacques Chonchol, "La reforma agraria en Chile, 1964-1973", en *Chile-América*, 25-26-27, noviembre-diciembre de 1976-enero de 1977, Roma, p. 26.

¹⁵ *Ibid.*, p. 27.

campo". No hay que olvidar que, desde 1938, sus dos partidos principales, el comunista y el socialista, habían formado parte de aquella coalición de gobierno dirigida por el Partido Radical llamada, por una desafortunada analogía con los frentes antifascistas europeos (en Chile no había ningún peligro fascista), Frente Popular. Ahora bien, durante todo el periodo de coparticipación de la izquierda en el gobierno no se dictó ninguna ley que alterara en lo más mínimo las relaciones de propiedad agrarias; ni hablar de los sectores urbanos "marginales", que simplemente no existían en los programas de la izquierda. Ese discreto silencio de la izquierda tiene algunas razones. Una de ellas era que apelar a esos sectores significaba desatar un potencial social que difícilmente tales partidos habrían podido controlar. Por cierto, algunos tribunos de izquierda, sobre todo en los periodos electorales, iban a veces al campo o a los barrios populares y allí pronunciaban encendidos discursos. Así se creaban relaciones de adhesión personal que eran particularmente significativas en el interior del ps. Sin embargo, éstas casi nunca se expresaban en forma programática.

De este modo, sea porque para vencer electoralmente la dc requería del concurso de aquellos sectores excluidos del "pacto social", sea porque el desarrollo industrialista había alcanzado un punto en el que la coexistencia con el sector oligárquico tradicional ya no era posible, sea por la influencia de las ideas de "modernización y cambio", lo cierto es que la dc desató con sus reformas fuerzas sociales que desde un principio escaparon a su control, creando un clima de agitación social que los partidos de izquierda no habían podido crear.

Nunca en Chile había tenido lugar una movilización campesina de tanta magnitud como la que ocurrió durante el gobierno de Frei. Nótese por ejemplo la progresión de huelgas y tomas de tierra en el campo: ¹⁶

Año	Huelgas	Tomas
1964	39	0
1965	142	7
1966	586	14
1967	655	7
1968	447	23

¹⁶ F. Mires, *Die Militärs und die Macht*, Berlín, 1975, p. 11.

A esas cifras hay que agregar que ya en 1966 el número de huelgas campesinas era superior a los pliegos de peticiones, lo que muestra en qué medida la huelga se había convertido en método de lucha preferencial.¹⁷

Paralelamente a las movilizaciones campesinas comenzaban a desarrollarse las de los pobladores urbanos y suburbanos. La propia dc había impulsado en las "poblaciones" organizaciones como juntas de vecinos, centros de madres, etc. Pero, ante el asombro de los personeros del gobierno, éstas se convertían en núcleos de movilización popular. A la mitad del periodo de Frei, las principales ciudades del país se encontraban cercadas por terrenos "tomados". Véase la siguiente progresión: ¹⁸

TOMAS DE TERRENOS URBANOS

	1966	1967	1968	1969	1970	1971
Santiago	0	13	4	35	103	?
Conjunto del país	?	?	8	23	220	175

A muchos militantes demócrata-cristianos se les presentaban enormes problemas de definición. Los jóvenes se habían volcado a las "poblaciones" y al campo impulsando organizaciones de base. Pero de pronto era el mismo gobierno el que enviaba policías o soldados para reprimirlas. ¿A quién ser más leal?, ¿al gobierno o a sus ideales? Ese dilema no tardaría en traducirse en disidencias políticas internas, lo que a su vez repercutiría con frecuencia en una suerte de inmovilismo gubernamental. Frente a este inmovilismo, los sectores trabajadores también comenzaron a movilizarse por cuenta propia. La progresión de huelgas entre 1960 y 1970 permite hablar de un vertiginoso ascenso: ¹⁹

1960: 267 huelgas	1966: 1075
1961: 262	1967: 1115
1964: 566	1968: 1215
1965: 723	1969: 972

¹⁷ Almino Alfonso, "Sindicato campesino, agente de cambio", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, septiembre de 1970, p. 49.

¹⁸ Manuel Castells, *La lucha de clases en Chile*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 1975, pp. 241-242.

¹⁹ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 11.

Lo dicho resulta mucho más evidente si se toma en cuenta la relación entre huelgas legales e ilegales. En efecto, entre 1960 y 1962, las huelgas legales eran 84 y las ilegales 223; entre 1967 y 1969, las legales eran 27 y las ilegales 844. Muchas huelgas ilegales eran acompañadas de "tomas de fábricas".²⁰

Una crisis de representación política

El gobierno, habiendo perdido sus impulsos renovadores y atemorizado frente a la movilización social desatada por su propia política, se cobijó en el más bien cómodo papel de "administrador de la crisis", pactando ocasionalmente con la izquierda y con la derecha para dejar finalmente descontentos a todos.

Quizá la mejor prueba de la crisis del Estado fue que, "contagados" con la movilización de los sectores subalternos, los funcionarios estatales también realizaron una serie de huelgas. En 1978, por ejemplo, coincidían las huelgas del Servicio Nacional de Salud, de Correos, de Educación y, por primera vez, la de los funcionarios de la Corte Suprema de Justicia.

Paralelamente, en el sector estudiantil —en un principio uno de los pilares de la dc— se iniciaba el movimiento de reforma que escapó totalmente a la iniciativa del gobierno, incluso la Universidad Católica de Santiago, en ese entonces elitista. Sin embargo, la expresión máxima de la radicalización estudiantil tuvo lugar en la Universidad de Concepción, propiedad de la logia masónica y de empresarios locales. Allí surgieron líderes como Miguel Enríquez y Luciano Cruz, quienes junto con otros jóvenes fundarían el Movimiento de Izquierda Revolucionaria que, influido desde un comienzo por la revolución cubana, intentó levantar una alternativa "revolucionaria" en contra del "reformismo" de la izquierda "tradicional". El MIR no tardaría en autonomizarse del movimiento estudiantil de donde había surgido y, a partir de 1967, se embarcaba en las llamadas "acciones directas" (asalto de algunos bancos y supermercados), hechos que aparte de introducir algo de espectacularidad en la política, nunca alcanzaron las proporciones que tenía en Uruguay, por ejemplo, la guerrilla urbana de los Tupamaros.

En el marco de la situación descrita, el PDC comenzó a fraccionarse por su lado izquierdo. Así, en 1968 fue fundado el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) que luego pasaría a formar parte de la naciente UP.

Sin embargo, la crisis de representación que se vivía no se había transformado en crisis de poder. Ello ocurrió a partir, no de la movilización de las masas o de la actividad de la iz-

²⁰ *Ibid.*, p. 11.

quierda, sino de un hecho que sorprendió a todo el mundo: una huelga dentro del ejército.

La huelga de los uniformes

Una cosa era que los trabajadores declararan una huelga y ocuparan sus lugares de trabajo, y otra que un regimiento hiciera lo mismo. Por eso cuando aquel 21 de octubre de 1969 el general Roberto Viaux y un grupo de oficiales se atrincheraron en el regimiento de blindados Tacna —acontecimiento al que los periodistas bautizaron ingeniosamente como "el tacnazo"— declarando al mismo tiempo su absoluta fidelidad al gobierno y señalando que el movimiento era sólo para protestar respecto a problemas puramente "profesionales" (precarias condiciones técnicas y económicas en el ejército), nadie podía creerle.²¹ Evidentemente, ésa no podía ser una huelga más y, para el gobierno, la acción de Viaux, pese a que los problemas técnicos y económicos dentro del ejército eran muy reales; no podía ser considerada sino como un desafío a la propia integridad del Estado. Por lo demás, enfrentar a Viaux no parecía ser demasiado difícil. Si bien su procedimiento contaba con bastantes simpatías en las fuerzas armadas, e incluso en círculos políticos de izquierda, era bastante insólita y aventurera. Además, gracias al desatino de Viaux, Frei podía afirmar sus posiciones, en ese momento débiles. Efectivamente, así ocurrió. Como si de veras hubiera tenido lugar un golpe de Estado, la dc hizo un patético llamado a la población: "Chilenos, paralicemos al país, paralicemos las fábricas, paralicemos las industrias, paralicemos los transportes, salgamos a defender la libertad."²² El pc, no menos patético, respondió: "Llamamos a la movilización de la clase obrera, de los campesinos, de los pobladores, de los estudiantes y de todos los chilenos a defender sus derechos."²³ El ps, siempre buscando diferenciarse del pc hacía una extraña mezcla: "Llamamos a los trabajadores no a defender a la institucionalidad burguesa sino a movilizarse para imponer sus reivindicaciones políticas y sociales."²⁴ La Central Única de Trabajadores (CUT) bastante más centrada planteaba: "Salimos a la calle a defender los derechos de la clase obrera, y entre ellos también el derecho de nuestro pueblo a darse mañana un gobierno popular."²⁵

Las calles se llenaron de pronto de ciudadanos: algunos po-

²¹ *Ibid.*, p. 15.

²² *Ibid.*, p. 17.

²³ *Ibidem.*

²⁴ *Ibidem.*

²⁵ *Ibidem.*

cos en defensa del gobierno: la gran mayoría pronunciándose en contra de la posibilidad de una salida golpista. Que Viaux no era un ingenuo huelguista en uniforme, sino un auténtico golpista, lo probaría él mismo, y muy pronto. Pero por mientras, gracias a la "locura" de Viaux, Frei podía terminar relativamente tranquilo su mandato. La izquierda y los sectores populares también permanecieron tranquilos en espera de las próximas elecciones. Casi deportivamente, los chilenos comenzaban a poner en las ventanas de sus casas, la fotografía del candidato de sus preferencias. Nadie pensaba que lo ocurrido no sólo era un intento frustrado de golpe, sino un monstruo que por primera vez, después de muchos años, asomaba su grotesca cabeza.

La hora de las conspiraciones

Se ha escrito insistentemente que la UP pudo triunfar en las elecciones de 1970 gracias a las divisiones de la derecha, pero la verdad es que la derecha nunca había estado políticamente unida. La novedad era que ahora la derecha estaba dividida frente a cuestiones fundamentalmente económicas, y aquello que estaba en juego era el principio mismo de la hegemonía en favor de un empresariado modernizante o en favor de los propietarios más tradicionales. No obstante, esos mismos sectores económicamente divididos se vieron obligados, al día siguiente del triunfo de Allende, a reconstituir una unidad política frente al enemigo común.

La unidad política de la derecha comenzó a darse, primero, en el terreno conspirativo. Apenas Allende se impuso al candidato de la derecha "clásica", Jorge Alessandri, y al demócrata-cristiano Radomiro Tomic, tuvieron lugar dos intentos paralelos de cerrar el paso al nuevo gobierno: uno legal y otro ilegal.

Para impedir que Allende ocupara el gobierno, bastaba un simple mecanismo legal: el 4 de noviembre el Congreso debería elegir entre las dos primeras mayorías, procedimiento hasta entonces formal y rutinario que se realizaba en los frecuentes casos en que ningún candidato hubiese obtenido la mayoría absoluta. Bastaba pues que los parlamentarios de la DC votaran por el candidato de la derecha. Pero lo que se evidenciaba como legalmente posible, no lo era en el terreno político, pues nunca en toda la historia del país el Congreso había dejado de ratificar la voluntad popular. Un presidente elegido por el Congreso habría sido sin duda legal, pero ilegítimo, lo que en las condiciones de agitación social que vivía el país habría sido igual que encender la mecha de un barril de pólvora.

La derecha hizo incluso a la DC un ofrecimiento más que ten-

tador. Su candidato, Alessandri, anunció que en caso de ser elegido por el Congreso, no aceptaría la denominación. Con acuerdo a la Constitución deberían, en ese caso, tener lugar nuevas elecciones, en las que la derecha, a fin de no perderlo todo, se comprometería a votar por el candidato de la DC. De este modo, la DC, que apenas había obtenido el tercer lugar, se encontró de repente frente a la posibilidad de un triunfo electoral.

¿Por qué la DC no aceptó tan tentador ofrecimiento? Sin dejar de lado dignas actitudes personales como las del candidato Radomiro Tomic, el ofrecimiento implicaba además hipotecar la DC a la derecha política, algo que no era posible realizar sin que se dividiera el partido. Así, la DC estaba políticamente impedida de hacer uso de los recursos legales para impedir el acceso de Salvador Allende al gobierno.

Pero, paralelamente a la conspiración legal, ocurría la conspiración golpista, que emergió a la superficie el 23 de octubre de 1970 cuando un grupo de mercenarios asesinó al general en jefe del ejército René Schneider. La acción fue resultado de un descarrilamiento. El objetivo de los ejecutores era sólo raptar al general a fin de provocar al ejército, sacarlo de sus cuarteles y obligarlo a intervenir políticamente. Sin embargo, aquello que en comienzo parecía ser sólo una acción desesperada de un grupo de golpistas encabezado por el general Viaux, demostró ser, apenas comenzaron las primeras investigaciones, una conspiración política de enorme envergadura en la que aparecían implicados personeros de la Corte Suprema de Justicia; generales del ejército como Camilo Valenzuela; de la Marina, como el almirante Hugo Tirado Barros; de la Fuerza Aérea, como el general Joaquín García; de la Policía, como el general Vicente Huerta. En fin, una junta militar en potencia. A ellos se agregaba el jefe de los servicios de seguridad, Luis Jaspard. Las raíces de la conspiración llegaban hasta los propios ministerios. ¿Qué papel desempeñó por ejemplo el terrorífico discurso del ministro de Economía Luis Zaldívar transmitido por cadena nacional en el que se anunciaba que debido a la elección de Allende reinaba el más absoluto caos económico? Casualmente, el 29 de septiembre, William V. Broe dirigía una comunicación a Edward Garritz, primer vicepresidente de la ITT: "Los banqueros no deben renovar los créditos o deben tardar en hacerlo. Las compañías deberán demorar en transferir los fondos y efectuar los pagos, enviar piezas de recambio, etc. Las sociedades de ahorro y préstamos locales tienen problemas. Si se hace presión sobre ellas, deberán cerrar sus puertas, lo que creará una presión más fuerte."²⁶

²⁶ J. E. Garcés, *Allende et la experience chilienne*, París, 1976, p. 65.

Pese a que la corrupta Justicia se apresuró a entregar certificados de inculpabilidad a los acusados, la conspiración no pudo transformarse en un golpe. La derecha no había alcanzado todavía el grado de coordinación necesario con el ejército. En los propios cuerpos armados reinaba el desconcierto. Personeros de la DC, como el propio Radomiro Tomic, reconocían la legitimidad del nuevo gobierno. La UP parecía contar con el apoyo (aunque pasivo) de vastos sectores sociales, entre ellos los trabajadores y su disciplinada central sindical. Sin embargo, el asesinato del general Schneider había mostrado cómo políticos que hacían gala de una larga trayectoria democrática, a la hora de la verdad no vacilaban en recurrir a los más criminales recursos si se trataba de conservar sus posiciones de poder.²⁷ El asesinato mostraba también la indefensión del gobierno de Allende frente a la posibilidad de un golpe. Por supuesto, muchos observadores, sobre todo extranjeros, tomaban nota de esos acontecimientos y extraían conclusiones mucho más correctas que las de la izquierda.²⁸

Después del asesinato de Schneider, a la DC no le quedaban más opciones que votar por Allende en el Congreso. Pero para evitar divisiones internas, los sectores más democráticos del partido hicieron una concesión a la derecha: la de redactar un documento llamado "De las Garantías Constitucionales" que sería firmado por Allende a cambio de los votos en el Congreso. Con ese documento en manos, la DC pensaba, ingenuamente, erigirse en árbitro de los acontecimientos que ocurrirían durante el gobierno de la UP.

Allende podría haber rechazado la propuesta de la DC como un insulto. ¿No eran los partidos de la UP desde largos años miembros del Parlamento? ¿No establecía el propio programa de la UP el respeto a la Constitución y a las leyes? ¿No había sido el gobierno elegido legalmente? Algunos sectores de izquierda se oponían porque ello significaba subordinarse desde un comienzo a "la burguesía", y durante un corto tiempo hubo fuertes discusiones en el interior de la UP. Al fin, se impuso el realismo táctico de Allende, que consideraba la firma como una cuestión de forma. En esos momentos, los peligros no residían pues en la política propiamente tal. Por el contrario, allí era donde Allende podía sentirse más seguro, sobre todo des-

pués del 4 de abril de 1971, cuando en las elecciones municipales la UP obtuvo el 50.2% de los votos contra 27% de la DC y 20% del Partido Nacional (PN). Ésta era la votación más alta obtenida por la izquierda en toda su historia.

OPOSICIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Los peligros eran otros. Eso quedó demostrado cuando después de que Allende fuera nominado por el Congreso, un fanático fascista, abogado de Viaux y otros golpistas, fundó la organización Patria y Libertad, financiada desde el exterior. En cierto sentido, Patria y Libertad era una copia en miniatura de los partidos fascistas europeos, comenzando por su símbolo, una especie de esvástica con forma de araña. Sus interpellaciones iban dirigidas preferentemente a los sectores medios aterrorizados frente al "peligro marxista" y a los oficiales del ejército. Mediante atentados terroristas, la organización pretendía desestabilizar al gobierno, crear la imagen de ingobernabilidad y obligar a los militares a intervenir. Que entre esa derecha extraparlamentaria y el Partido Nacional existían vínculos de todo tipo, lo sabía todo Chile.

El Partido Nacional había surgido como resultado de una fusión de los dos partidos "clásicos" del siglo XIX, el Conservador y el Liberal. En términos generales representaba a aquellos sectores propietarios descontentos con los proyectos de modernización impuestos durante el gobierno de la DC. Después del triunfo de Allende, tal partido entendió que la actividad puramente parlamentaria carecía de sentido, entre otras cosas porque ello significaba subordinarse a la DC que, gracias a su mayoría de asientos, consideraba el Parlamento como su bastión. En otras palabras, el Parlamento sólo tenía sentido para el PN si era útil a aquella contrarrevolución que tendría lugar fuera de sus muros.

A su vez, la principal táctica de la DC residía en atar legalmente las manos del gobierno y levantar al Parlamento como alternativa al Ejecutivo. Tal fue la táctica del "invierno ruso", llamada así por un artículo que escribió el teórico de la DC Claudio Orrego en la revista *Política y Espiritu*. "Se trata —escribía Orrego— de no presentar jamás batalla al enemigo cuando éste irrumpe por las fronteras disponiendo de la suma de su mística de combate y de la organización de sus líneas. Darle batalla en esas condiciones es arriesgar la supervivencia del propio ejército y correr el riesgo de la indefensión total para más adelante. Por eso se retrocede hasta Moscú. Mientras tanto

²⁷ Sobre las implicaciones de la derecha en el complot, véase Florencia Varas, *Conversaciones con el general Viaux*, Santiago, 1972.

²⁸ Una muestra de lo que aprendieron los conspiradores extranjeros se encuentra en los documentos del periodista norteamericano J. Anderson, *Los documentos secretos de la ITT y la República de Chile*, Santiago, 1972.

el enemigo es hostilizado para desgastarlo, para desorganizarlo, para dificultar su avance, para desmoralizarlo, pero sin presentarle nunca la batalla final. Y se retrocede hasta Moscú quemando tierras y abandonando pueblos hasta que se acerca el invierno y comienzan a caer las primeras nieves. Esta es la hora para la primera gran batalla y la ofensiva final.”²⁹ Orrego no imaginaba, por cierto, lo caro que pagaría su frivolidad literaria de confundir la política con la guerra. El Parlamento (su “invierno ruso”) y su partido serían clausurados por los generales... y no precisamente por los rusos. Por lo demás, esa política iba a llevar a una situación polarizada que la DC no iba a saber manejar.

Luego de ese primer intento por acorralar a la UP en el interior del Estado, la DC intentaría ilegítimar el propio programa de gobierno mediante un proyecto constitucional presentado por los senadores Hamilton y Fuentealba en donde eran limitados los marcos legales para realizar expropiaciones y nacionalizaciones, lo que naturalmente el gobierno de la UP no podía aceptar. Un tercer paso fue levantar en contra de los planes de estatización del gobierno una consigna llamando a formar “empresas de trabajadores”. Un proyecto serio destinado a formar cooperativas habría sido interesante frente a las medidas extremadamente burocráticas de la UP, pero tal consigna, en la forma en que fue levantada, era más que demagógica y la DC, evidentemente, nunca había creído en ella. Por otra parte, al mismo tiempo concertaba alianzas electorales con el PN y con un grupo político derechista denominado Democracia Radical. Gracias a esas alianzas, obtuvo victorias electorales en Valparaíso (17 de julio de 1971) y en Linares-O’Higgins y Colchagua (17 de enero de 1972).

Inicialmente, la DC tenía la iniciativa desde el Parlamento, pero al cabo de un año la perdió en las calles. El PN y PL desencadenaban movilizaciones de estudiantes y de mujeres acomodadas portando cacerolas vacías. La DC terminaba por lo común plegándose a las convocatorias de la derecha. De este modo, en lugar de que la oposición fuera dirigida desde el Parlamento, éste terminó convirtiéndose en una suerte de oficina notarial de la contrarrevolución. Sin embargo, la diferencia entre enemigos y adversarios, que siempre cuidaba precisar Allende, todavía seguía vigente. Aun entre los enemigos existían dudas acerca del curso que debía tomar la lucha contra el gobierno. Quizás eran las mismas dudas que aparecían en los informes de la ITT. Por ejemplo, en uno fechado el 17 de

²⁹ *Política y espíritu*, Santiago, mayo de 1972, p. 12. La misma táctica fue después reformulada por el autor en su folleto *El Paro Nacional*, Santiago, 1972, p. 47.

septiembre de 1970, se lee: “¿Serán capaces los militares chilenos de hacer frente a un desencadenamiento de la violencia en todo el país, en una guerra civil?”³⁰

A MODO DE EXCURSO: LOS PECADOS ORIGINALES DE LA UNIDAD POPULAR

Que las conspiraciones extranjeras contra el gobierno de Allende existieron, no es ningún misterio. Que la oposición contaba con fuerte apoyo financiero externo, tampoco. Desde Estados Unidos volaban dólares en grandes cantidades. Por ejemplo, tan sólo la gente de Frei dentro de la DC recibió (el 10 de mayo de 1971) del “Comité de los 40”, de Henry Kissinger, una subvención de 158 000 dólares. Otra, por 77 000 dólares, fue enviada en octubre del mismo año. El 5 de noviembre, 815 000 dólares eran despachados desde Washington para financiar la oposición.³¹ Estos eran sólo los dineros oficiales, entre bastidores circulaba mucho más. Por ejemplo, en el *New York Times* informaba Jonathan Kendell que la Sociedad de Fomento Fabril recibía más de 200 000 dólares.³²

Sin embargo, pese a todos esos hechos, no es nuestro propósito presentar a la UP como una simple víctima del capital extranjero. La intervención extranjera era, por lo demás, un factor “presupuestado” para una fuerza política que se plantea nada menos que la construcción del socialismo. De este modo, el hecho de que la contrarrevolución hubiese triunfado tiene relación con vacíos y errores en la política llevada a cabo por la UP.

Todavía ahora, tanto tiempo después del golpe de Estado, los dirigentes de los partidos de izquierda siguen discutiendo acerca de las “causas de la derrota”. Como suele ocurrir, se trata de culpar a “los demás” salvando así la propia responsabilidad. “La incapacidad de ganar a los sectores medios”, “el ultraizquierdismo fuera y dentro de la UP”, “el reformismo”, “el no haber ganado la confianza de los militares”, “el no haber armado al pueblo”, etc., son los argumentos más recurrentes, frecuentemente contradictorios entre sí, que se debaten dentro de la izquierda chilena. Sin embargo, independientemente de los errores reales de la conducción táctica del proceso, hay

³⁰ Armando Uribe, *Le livre noir de l'intervention au Chile*, París, 1974, p. 65.

³¹ Philip J. O'Brien y Jackie Roddick, *Chile: the state and revolution*, Nueva York, 1977, p. 239.

³² F. Mires, *Del Frente Popular...*, cit., p. 37.

otros que encuentran su origen en la propia naturaleza de la izquierda. Son estos "errores de estructura" o "pecados originales" de la UP los que determinaron que esa izquierda, aparte de sus equivocaciones, no pudiese haber hecho sino lo que hizo. En síntesis creemos que esos "pecados originales" eran fundamentalmente dos: uno, la fijación al Estado; el otro, nada menos que el propio programa de gobierno.

La fijación de la Unidad Popular al Estado

A pesar de las diferencias existentes entre los partidos que conformaban la UP, la entendían como una fuerza revolucionaria que, a través del gobierno, "ocupaba" el "Estado burgués", desde donde crearía condiciones para transitar hacia el socialismo apoyándose en la movilización de "las masas", dirigidas por "el proletariado". Vista así la realidad, la llamada "vía pacífica" aparecía como una opción libremente elegida por la izquierda, frente a la otra opción "posible", la de la "vía armada". Sin embargo, la visión de esa realidad cambia radicalmente si se toma en cuenta un detalle: que la izquierda no llegó desde fuera a ocupar el Estado, por la sencilla razón de que siempre había estado dentro de él. En consecuencia, la vía pacífica no podía ser una "opción", sino la única posibilidad que tenía la UP de acuerdo con el lugar real (y no ideológico) que ocupaba en la sociedad.

Quizás el rasgo más común a todos los partidos de la izquierda chilena era la abierta contradicción entre lo que eran y lo que creían (o querían) ser. Incluso, el partido reconocido como más pragmático, el PC, sobreideologizaba su participación real en el Parlamento, donde representaba, a veces bastante bien, determinados intereses de fracciones de la clase obrera con la idea de una supuesta "revolución democrático-burguesa". Pero ésta no era más que una simple legitimación formal para justificar su pertenencia de hecho al sistema. Si el PC hubiera tomado alguna vez en serio esa revolución, tendría que haber comenzado por movilizar a los campesinos en contra de los supuestos sectores "feudales", sin lo cual una revolución "burguesa" no se entiende. Pero el PC no hizo eso ni siquiera cuando estuvo en el gobierno.

El otro gran partido de la izquierda, el PS, no estaba menos integrado que el PC al sistema político, sobre todo si se tiene en cuenta que no sólo representaba a fracciones obreras, sino a vastos sectores medios. Más aún, a través de mecanismos populistas informales, lograba concitar la adhesión de sectores sociales "plebeyos" no siempre representados en los programas de las izquierdas. Como bien observaba Touraine: "El Partido

Socialista es el elemento más difícil de comprender —y de dirigir— de las fuerzas políticas chilenas, porque enlaza a los excluidos con el sistema institucional."³³ Así se explica que muchas veces los programas políticos eran sustituidos por tribunos carismáticos y demagógicos. Al mismo tiempo que veían su alianza con el PS como el "eje central" de la izquierda chilena, los comunistas lo entendían también como la muy particular versión nacional de la alianza entre el "proletariado" (representado "históricamente" por el PC) y la pequeña burguesía, como lo expresaba muy sutilmente el dirigente comunista Luis Corvalán: "En Chile —afirmaba en 1967—, la colaboración entre las fuerzas revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía se expresa a través de la unidad comunista-socialista [...] Tanto el PC como el PS están fuertemente enraizados en el proletariado, más el PC que el PS, y tienen también sólidas posiciones en la pequeña burguesía, en ésta más el Partido Socialista que el Partido Comunista."³⁴ Sin embargo, pese a la astucia de Luis Corvalán, el PS no se dejaba entender en términos puramente clasistas, y ahí residía precisamente su originalidad: la de ser un partido de izquierda popular (no necesariamente populista) en condiciones de articular políticamente las demandas de distintos sectores sociales subalternos.

No obstante, la originalidad específica del PS se fue deteriorando en virtud de influencias ideológicas que limitaban la comprensión real del partido, o que lo forzaban a asumir papeles para los cuales no estaba preparado. Por de pronto, corrientes de tipo "leninista" (también en la versión trotsquista) presionaban por convertirlo en un partido de cuadros.³⁵ Pero fue la recepción de tipo vanguardista que nació de una falsa lectura de la revolución cubana, la que alteró la naturaleza real del partido. En el Congreso de Chillán, en 1967, se imponían en su interior tales tendencias, las que, por otro lado, no eran obstáculo para que el partido continuara realizando su práctica tradicional parlamentaria y electoralista. Ello tendría, a la larga, nefastas consecuencias. Con la ideología en una parte y con la práctica en otra, el partido no sólo desdibujaría su propia imagen, sino que además bloquearía toda posibilidad de diálogo con el centro político, algo que en un momento dado Allende necesitaría con urgencia.

³³ Alain Touraine, *Las sociedades dependientes: ensayos sobre América Latina*, México, Siglo XXI, 1978, p. 232; del mismo autor, *Vie et mort du Chili Populaire*, París, 1973, p. 194.

³⁴ Luis Corvalán, *Camino de victoria*, Santiago, 1971, p. 205.

³⁵ Acerca del tema, véase Tomás Moulian, *Evolución histórica de la izquierda chilena*, Chantilly, 1982.

Salvador Allende, ese médico proveniente de familia acomodada, miembro de la masonería, admirador de la revolución cubana y amigo personal de Fidel Castro, con su oratoria un tanto retórica, pero muy perseverante y oportuno en la acción política, con excelentes cualidades humanas, generoso, leal y amante de la vida, era un genuino representante, si no del PS, por lo menos de la izquierda chilena. No fue nunca secretario general del PS, pero fue cuatro veces candidato a la presidencia del país. Antes de ser presidente, era un genuino hombre de Estado. Su adhesión a la Constitución era muy sincera. Sus ideas revolucionarias, también. Sin embargo, lo que en su persona tomaba la forma de síntesis, en el país tomaba la forma de un antagonismo trágico.

La UP era pues parte de la continuidad política chilena. Sus partidos más pequeños también eran de neta raigambre parlamentarista. El MAPU y la Izquierda Cristiana venían nada menos que de la DC. El Partido Radical era el resto de un partido histórico que durante más de dos décadas fue el representante de las clases medias. La izquierda chilena no venía ni desde una sierra Maestra ni de una Larga Marcha a través de las montañas. Ni siquiera constituía la UP un frente popular. Era, simplemente, una asociación de partidos parlamentarios de izquierda que rotaban en torno al eje comunista-socialista.

La adhesión al Estado, por una parte, y la autodefinición revolucionaria de los partidos de la UP, por otra, originarían en muchos militantes de izquierda una extraña ideología en donde se mezclaba la idea leninista del asalto al poder con la fidelidad más estricta a las instituciones gubernamentales. A fin de reconciliar lo irreconciliable, algunos consejeros de gobierno inventaron la absurda tesis relativa a la constitución de un doble poder ¡dentro del Estado!³⁶ El poder revolucionario, representado en el gobierno; y el poder contrarrevolucionario, en el Parlamento. Tal visión estatista sólo podía acelerar el desarrollo de una posición contraria, sobre todo en el PS; llegó a adquirir notorios rasgos antigobiernistas y delegaba todas las iniciativas a un "movimiento de masas" al que se suponía en permanente disposición revolucionaria.

Una situación que ilustra perfectamente cómo ambas posiciones sólo conducían a un callejón sin salida se presentó como consecuencia de la formación de la Asamblea Popular, en la ciudad de Concepción, en junio de 1972.

La Asamblea Popular de Concepción, fuera de algunas descarriadas declaraciones del PS, no surgió, ni mucho menos, en contra del gobierno. Ni siquiera intentó postularse como una

³⁶ Tal tesis fue sustentada por Joan E. Garcés en *Revolución, Congreso y Constitución. El caso Tohá*, Santiago, 1972.

alternativa de poder popular. Por el contrario, su connotación era esencialmente defensiva. El propio MIR local arriesgó una ruptura con la dirección política de Santiago —que en ese tiempo planteaba una delirante política destinada a dividir a la UP a partir de la formación de un "polo revolucionario" que excluyera a los "reformistas"— y postuló la movilización popular en un sentido defensivo.

En realidad, la primera Asamblea Popular había tenido lugar el 12 de mayo como una respuesta unitaria de izquierda al intento de la derecha por ocupar las calles de la ciudad, sembrando el caos, como ya ocurría en Santiago. La izquierda en su conjunto —con la excepción del PC que se separó de la acción en los últimos momentos obedeciendo instrucciones desde Santiago— sólo planteaba bloquear las demostraciones de la derecha con una demostración popular. Esa fue, para sorpresa de la propia izquierda, una de las demostraciones de masa más grandes que haya habido en la ciudad. Sin embargo, ante la consternación de los participantes, el gobierno desautorizó la manifestación, creando una contradicción falsa entre su concepto de legalidad y las iniciativas populares, que no tenían razón alguna para ser ilegales. La estrategia del "invierno ruso" había dado resultados hasta tal punto que el gobierno consideraba ilegal toda iniciativa popular que no proviniera de él mismo.

El 27 de junio, la izquierda unida en Concepción (con la excepción del PC), ahora con el propósito de encauzar las movilizaciones desatadas en mayo, convocó a una Asamblea Popular de carácter deliberativo y no resolutorio. Allí, por primera vez hacían uso de la palabra los representantes de los más diversos sindicatos y asociaciones populares, puestos al mismo nivel que los partidos políticos. Menos que una asamblea, fue un foro popular. Pero nuevamente el gobierno, creyendo que en Concepción se estaba formando algo parecido a los *soviets*, se apresuró a desautorizar la asamblea. Incluso Allende envió a Concepción una extraña carta donde, entre otras cosas, decía: "Una Asamblea Popular auténticamente revolucionaria concentra en ella la plenitud de la representación del pueblo. Por consiguiente, asume todos los poderes. No sólo el deliberante sino también el de gobernar. En otras experiencias históricas ha surgido como un 'doble poder' contra el poder social reaccionario sin base social y sumido en la impotencia. Pensar en algo semejante en Chile en estos momentos es absurdo, si no crasa ignorancia e irresponsabilidad. Porque aquí hay un solo gobierno, el que presido, y que no sólo es legítimamente constituido, sino que por su definición y contenido de clase es un gobierno al servicio de los intereses generales de los trabajadores. Y con la más profunda conciencia revolucionaria no to-

leraré que nada ni nadie atente contra la plenitud del legítimo gobierno del país.”³⁷

La lógica de esa carta es bastante difícil de entender. Por un lado censuraba a la Asamblea por no constituirse como poder alternativo, y luego destacaba que el gobierno no toleraba ese tipo de poder. Evidentemente, Allende estaba en esos momentos muy mal aconsejado. Quizás el gobierno confundía las ex-céntricas posiciones del ps en Santiago con las que postulaba la llamada Asamblea de Concepción. Como sea, lo cierto era que en esos momentos tenía lugar no una contradicción entre dos poderes excluyentes, sino entre una legalidad carente de contenido social y otra apoyada activamente por los sectores populares. Desautorizando iniciativas de apoyo como la Asamblea, el gobierno se arrinconaba cada vez más en el interior del Estado, limitando así sus propias posibilidades de negociación con el centro político. El evidente apoyo popular que tenía el gobierno no se manifestaría así orgánicamente, sino en grandes manifestaciones populares convocadas por los partidos, donde se gritaban las consignas preparadas por los dirigentes; se escuchaba a los cantantes de la UP; se aplaudían los discursos del Presidente, y luego, con las manos en los bolsillos, cada participante, triste y vacío, volvía a su casa. Como es sabido, los militares no se dejaron impresionar por esas manifestaciones.

Las limitaciones del programa

El segundo “pecado original” de la UP se encontraba en su propio programa, sobre todo en sus formulaciones económicas. Lo dicho puede parecer extraño si se recuerda el gran optimismo que reinaba entre los partidarios de la UP cuando se impusieron las primeras medidas económicas. Incluso la nacionalización del cobre era aprobada por los partidos de oposición que esperaban enfrentar al gobierno en terrenos más favorables para ellos. Los trabajadores y empleados vieron de pronto notablemente aumentados sus ingresos, lo que, según se pensaba, no tardaría en activar las llamadas “capacidades ociosas” de la economía. El programa planteaba sólo desbloquear los llamados “obstáculos del desarrollo” “terminando con el poder del capital monopólico nacional y extranjero, y con el latifundio, a fin de comenzar la edificación del socialismo”.³⁸ En el

marco de ese proyecto era postulada una alianza económica entre una supuesta fracción de capitalistas nacionales como productores, y sectores asalariados (clase media y obreros) como consumidores. En el fondo se trataba de aplicar algunos criterios de tipo “keynesiano” a la economía chilena, esto es, activar el desarrollo por medio de la intervención técnica del Estado. El pequeño problema era que en Chile no existía una clase empresarial dispuesta a responder dinámicamente a los estímulos inducidos por el Estado. Las razones se muestran hoy muy evidentes. La primera se encuentra en el marcado carácter parasitario y dependiente que había asumido el conjunto del empresariado local. Por ello, frente al aumento de la demanda, sólo reaccionó aumentando los precios y no la producción, como esperaba el ministro de Economía Pedro Vuscovic. Así se desataría una inflación que tendría fatales consecuencias políticas. El programa de la UP no estaba hecho para una realidad como la chilena, pues la clase industrial, nacional y dinámica, modernista y desarrollista, en otras palabras, aquella “burguesía nacional” destinada a convertirse en aliada antimperialista del “proletariado”, sólo existía en la imaginación de quienes lo concibieron. En lugar de ese empresariado, asomaba el feo rostro de una clase usurera, parasitaria y dependiente.

Pero aun suponiendo que en Chile existía una auténtica “burguesía nacional”, hay una segunda razón para pensar que un apoyo de esta clase al gobierno habría sido más que ilusorio en un marco determinado por la más abierta polarización social, en donde los factores estrictamente económicos desempeñan necesariamente un papel secundario frente a los políticos.³⁹ No deja de ser paradójico que el ministro Vuscovic, al comprobar que las medidas económicas de la UP provocaban efectos exactamente contrarios a los previstos, exigiera una expropiación acelerada de los supuestos “aliados” y una mayor movilización popular, lo que, entre otras cosas, le costaría el cargo.

Si la evaluación de los sectores empresariales era incorrecta, la de los sectores sociales subalternos a los que el programa pretendía representar era definitivamente falsa. En efecto, además de la “burguesía nacional”, la UP reconocía como sujeto a “la clase obrera”, a la que se suponía integrada al gobierno a partir de “sus partidos” y de la CUT. Esa “clase obrera”, de

L' économie du populisme et le projet de passage au socialisme proposé par l' Unité Populaire, Bruselas, 1984, pp. 384-417.

³⁹ “El gobierno popular no fracasó en el plano económico como se pretende, sino en el político”, Pedro Vuscovic, *Una sola lucha*, México, 1978, p. 85.

³⁷ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 75.

³⁸ Salvador Allende, *op. cit.*, p. 163. Acerca del programa de la UP véase M. Castells, *op. cit.*, pp. 147-222. Sergio Ramos, *Chile: una economía de transición*, La Habana, 1972. Héctor Vega Tapia,

por sí muy heterogénea, era además dividida por el programa a través de la fijación de las "tres áreas de la economía": la social (léase estatal), la mixta y la privada. En teoría, durante el gobierno quedaría asegurada la hegemonía del "área social" sobre las demás, pues en ella se encontraban todas aquellas empresas consideradas "estratégicas".⁴⁰

Como es lógico, los obreros que tuvieron la suerte de pasar a formar parte del "área social" tenían una gran cantidad de ventajas en comparación con los que trabajaban en las otras dos áreas (mejores salarios, mejores condiciones de contrato, seguros de enfermedad y, sobre todo, mejores posibilidades de negociación). Para muchos trabajadores de las áreas mixtas o privadas, su situación no cambiaba nada con el nuevo gobierno y estaban obligados a contemplar cómo sus "hermanos de clase" obtenían privilegios y realizaban movilizaciones que a ellos, por decisión programática, les estaban prohibidas. Lo dicho resulta más grave si se toma en cuenta la enorme cantidad de trabajadores que estaban ocupados en la mediana y pequeña empresas. Según Castells, durante el periodo de la UP, 141 046 obreros y empleados estaban ocupados en las grandes empresas, 128 225 en las medianas y 51 284 en las pequeñas.⁴¹ Esto significa que el 60% de los trabajadores no eran favorecidos por el programa de la UP. Como es natural, tales obreros también comenzaron a movilizarse y a ocupar sus lugares de trabajo. Frente a esa situación, a los partidos de gobierno no les quedaba más alternativa que oponerse a tales movilizaciones, calificándolas frecuentemente de "acciones ultraizquierdistas", o apoyarlas, con lo que de paso violaban el propio Programa. Por lo común hacían las dos cosas al mismo tiempo.

En el campo ocurrían hechos similares. Los trabajadores agrarios excluidos del sector "reformado" (bajo 80 hectáreas) no se resignaron a desempeñar el triste papel de espectadores de las movilizaciones de los trabajadores de los grandes latifundios y, siguiendo el ejemplo, iniciaron por cuenta propia la ocupación de latifundios medianos y pequeños. Naturalmente, el PC culpaba de ello al "ultraizquierdismo" del MIR. Pero aunque el MIR y otros partidos de la izquierda apoyaban estas movilizaciones, no las crearon.⁴²

⁴⁰ S. Allende, *op. cit.*, p. 173.

⁴¹ M. Castells, *op. cit.*, p. 83.

⁴² "Los campesinos se tomaban los latifundios ellos mismos, sin esperar el apoyo de organizaciones externas, aunque a menudo eran apoyados por el MIR", Cristóbal Kay, *El reformismo agrario y la transición al socialismo en América Latina*, Medellín, 1976, p. 27. Acerca del tema, véase también J. C. Marín, "Las Tomas 1970-1972", en *Marxismo y Revolución*, Santiago, julio-septiembre de 1973, pp. 63-65.

En otras palabras, ese supuesto "ultraizquierdismo" tenía una base social, o lo que es igual, el propio programa de la UP, al excluir a vastos sectores populares, convertía sus movilizaciones en "ultraizquierdistas". El programa de la UP era, pues, excluyente y discriminatorio. Lo dicho es todavía más grave si se considera que ese programa no contemplaba ninguna política para los habitantes de las poblaciones periféricas ni para los enormes contingentes de desocupados agrarios.

En síntesis, el programa de la UP "marginaba" a los siguientes sectores populares:

- 180 000 ocupados en la pequeña y mediana industria elaboradora;
- 100 000 ocupados en la artesanía;
- 110 000 en la industria de la construcción;
- 140 000 sin trabajo;
- 170 000 productores desocupados;
- 300 000 (muy) pequeños comerciantes;
- 90 000 trabajadores en el sector servicios;
- 190 000 pequeños campesinos;
- 90 000 trabajadores agrarios;
- 150 000 trabajadores agrarios ocasionales y estacionarios, y
- 170 000 miembros de familia que colaboran en el trabajo.

En total: 1 700 000 personas.⁴³

Una de las autocríticas más socorridas de los partidos de la UP ha sido el reconocimiento de su incapacidad para ganar el apoyo de los "sectores medios". A la vista de estas cifras queda claro que mucho más grande fue el "error" de no haber ganado el apoyo de la mayoría de los sectores populares ¿Cómo esperaba la UP conquistar el apoyo de los sectores medios si su propio programa comenzaba dividiendo a los que más podrían haber apoyado al gobierno?⁴⁴

EL SURGIMIENTO DEL "PODER GREMIAL"

Mientras el gobierno de la UP bloqueaba las iniciativas de sus partidarios, la derecha no tenía complejos para actuar fuera de la legalidad vigente. Convocadas por el PN y el PL surgían las

⁴³ Datos reunidos por Georg Simonis, "Die Politik der Unidad Popular zwischen Partizipation und Herrschaftskrise", en *Periphere*, núm. 1, junio de 1980, pp. 36-52.

⁴⁴ Acerca del tema, véase Castells, *op. cit.*

Proteco (Protección Comunal), bandas armadas cuyo objetivo era propagar el terror mediante explosiones, incendios, atentados. El gobierno sólo podía reaccionar con acusaciones judiciales que no surtían ningún efecto, pues la justicia declaraba inocentes a los acusados. A su vez, la derecha desataba en el Parlamento un verdadero "terrorismo legal", destituyendo todas las semanas a intendentes, gobernadores, ministros. El objetivo era preciso: demostrar que el país se encontraba en una situación de ingobernabilidad. A partir de 1972, los parlamentarios de derecha ya ni se preocupaban de disimular sus llamados al golpe de Estado. "El gobierno se encuentra bajo el control del comunismo internacional —gritaba Onofre Jarpa, presidente del PN, y agregaba—, no hay autoridad en el país y el régimen del presidente Allende es un gobierno de colonos mentales manejados por la Unión Soviética."⁴⁵ Desde mediados de 1972, los parlamentarios demócrata-cristianos también comenzaron a exigir la renuncia de Allende. Juan Hamilton y Rafael Moreno afirmaban además que "ya nos encontramos en medio de una dictadura",⁴⁶ términos que desautorizaba el honesto Bernardo Leighton,⁴⁷ pero sin impedir que la derecha lograra su objetivo de arrastrar a la DC a un proyecto común que debería culminar con el derribamiento del gobierno. Sin embargo, para una actividad contrarrevolucionaria, el Parlamento tenía sus límites. Era pues necesario que la contrarrevolución se viera dotada de un organismo ejecutivo extraparlamentario. Este fue el llamado "poder gremial".

En Chile, tradicionalmente, los gremios tenían un gran espacio en torno al Estado como procesador de las demandas convenientes de la "sociedad civil"; en él se habían nucleado desde los sindicatos obreros hasta organismos de tipo comercial, empresarial y profesional. Por supuesto, los gremios establecían relaciones con los partidos, pero a la vez gozaban de una relativa autonomía, constituyéndose así un sistema que en otro trabajo hemos caracterizado como un "corporativismo informal".⁴⁸

Ahora bien, durante el gobierno de Allende, los gremios rebasaron sus marcos tradicionales de acción y pasaron a adoptar tareas políticas que los partidos no podían cumplir, planteándose abiertamente el derrocamiento del gobierno. Para ese efecto contaban con una excelente red organizativa, con una

⁴⁵ F. Mires, *Die Militärs...*, p. 77.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ Fernando Mires, "Chile: la izquierda y el Estado militar", en *El subdesarrollo del marxismo y otros ensayos*, Quebec-Montreal, 1984, pp. 79-93.

gran capacidad de convocatoria y, por último, con grandes cantidades de dinero proveniente de Estados Unidos.

El "poder gremial" se constituyó como tal al convocar a una huelga de empresarios y profesionales a realizarse en el mes de octubre de 1972. Después de esa experiencia, Jorge Fontaine, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, emitía una declaración en donde ponía al "poder gremial" en el mismo nivel que al poder político y al militar: "El equilibrio, el respeto y la comprensión recíproca del movimiento gremial, los partidos políticos y las fuerzas armadas, la clara delimitación de deberes y derechos de estas tres fuerzas, constituyen la clave del triunfo, así como la clave de la vida democrática se basa en el equilibrio y respeto recíproco de los tres poderes del Estado."⁴⁹

En el párrafo citado hay toda una teoría de la insurrección. Al establecerse las limitaciones de derechos y deberes entre los políticos, los gremialistas y los militares, se está diciendo que los gremios no aceptan la simple subordinación respecto a los partidos. Por otra parte, la sola intención de incluir a las fuerzas armadas demuestra que para los gremios éstas debían asumir tareas que los políticos ya no podían cumplir. Para Fontaine había terminado pues la fase política y comenzaba la fase militar de la contrarrevolución. La trilogía partidos-gremios-militares significaba nada menos que el desplazamiento de los partidos, la organización política independiente de los gremios y la formación del "partido militar" que debería surgir del propio ejército constitucional. En consecuencia la existencia del poder gremial sólo adquiriría sentido a través de su articulación con el poder militar.

Es preciso destacar que si bien quienes conducían al poder gremial eran los sectores económicamente más poderosos del país y, por cierto, los más vinculados a las empresas extranjeras, quienes desempeñaron el papel decisivo fueron sus segmentos inferiores, como los representantes del comercio pequeño y mediano, transportistas y taxistas, etc. De este modo, el proceso contrarrevolucionario no parecía diferenciarse demasiado en Chile de los procesos de fascistización considerados "clásicos", en los cuales también los pequeños empresarios e incluso algunos sectores populares actuaron como fuerza de choque de los grandes propietarios.

También es necesario aclarar que en las movilizaciones de la derecha no siempre la motivación clasista era la más prioritaria. Sabido es, por ejemplo, que vastos sectores de las capas medias fueron activados en contra del gobierno no sólo por motivos económicos, pues, si se piensa bien, su situación no

⁴⁹ *El Mercurio*, Santiago de Chile, 10 de octubre de 1972.

era peor a la que habían tenido bajo gobiernos anteriores. Por lo mismo, adquirieron gran relevancia las movilizaciones juveniles y, sobre todo, las de mujeres. En este sentido, la derecha logró en Chile algo que muy mal había hecho la izquierda en el pasado: politizar a las mujeres como mujeres —por cierto en una forma pervertida, pues el llamado "poder femenino" era dirigido por los hombres de la derecha y las mujeres que allí participaban pertenecían a las clases acomodadas del país. Tampoco se puede negar que los comandos de mujeres recibían dinero del exterior. Pero también debemos decir que el gobierno no sabía cómo enfrentar esas rabiosas "marchas de las carcerolas vacías" que impresionaron tanto a Fidel Castro en su visita a Chile y que le hicieron decir aterrado: "he visto al fascismo en acción".

EL FRACASO DEL PARO PATRONAL

A mediados del mes de octubre de 1972 estalló el llamado paro patronal. Su objetivo era crear las condiciones para un golpe de Estado. Ese mes la derecha ya había lanzado sus comandos estudiantiles a las calles. En Santiago eran realizadas diversas acciones terroristas. Estados Unidos también actuó. El día 4 un tribunal de París ordenó el embargo de un crédito por cuenta del cobre chileno, acogiendo una demanda de la compañía norteamericana Kennecott. Hasta la URSS volteaba las espaldas a Chile, pese a que Allende hablaba de la Unión Soviética como "el hermano mayor". Los préstamos soviéticos a Chile eran muy poca cosa comparados con las reales urgencias del momento.⁵⁰

Antes del paro de octubre, algunos políticos de derecha daban carta legal al golpe. Los senadores Bulnes (PN), Alwyn (DC), Durán (Democracia Radical) y Acuña (Partido de "Izquierda Radical) declaraban que el gobierno se había puesto fuera de la ley. El 10 de octubre, los partidos de la derecha y el PL realizaron una marcha por el centro de Santiago. El principal orador, el senador ex miembro de la UP, Alberto Baltra (PIR) señaló: "ha llegado el momento de actuar".⁵¹

Los camioneros, los choferes y empresarios del transporte colectivo y los comerciantes, fueron los primeros en plegarse

⁵⁰ Véase Isabel Turrent, *La Unión Soviética en América Latina: el caso de la Unidad Popular chilena, 1970-1973*, México, El Colegio de México, 1984.

⁵¹ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 85.

al paro. Pronto les siguieron los colegios profesionales. Por si fuera poco, la situación económica era desastrosa: la inflación alcanzaba al 99.8%, la más alta hasta entonces en la historia de Chile. El mercado negro regía más que el oficial. Por ejemplo, el dólar era pagado oficialmente a 45 escudos y en el mercado negro a más de 300.⁵² Los sectores medios estaban enardecidos en contra del gobierno, y los militares ya deliberaban abiertamente en los cuarteles. Sin embargo, a pesar de todas esas condiciones, el golpe no se produjo.

La primera razón fue que la derecha y los gremios habían subestimado la capacidad de movilización de los trabajadores y el apoyo que éstos todavía daban al gobierno. Más aún: el hecho de que los empresarios hubiesen convocado a un paro le dio un contenido clasista a la acción, lo que creó una mayor solidaridad de los trabajadores con el gobierno. El hecho de que algunos sectores de trabajadores ya no estuviesen contentos con el gobierno no significaba que por eso apoyaran a los empresarios. Al mismo Allende le hizo mucha gracia un cartel que portaba un manifestante en donde se leía: "Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno."

Por otro lado devino uno de esos raros momentos en donde la movilización social no chocaba con la legalidad vigente. El paro era ilegal; trabajar era legal. El derecho al trabajo se vinculaba con la defensa del gobierno.

La movilización defensiva y democrática de los trabajadores posibilitó el desarrollo de organizaciones obreras y populares de nuevo tipo. Por ejemplo surgieron las juntas de abastecimientos y precios (JAP) destinadas a ejercer control popular sobre los productos de consumo inmediato. Pronto las JAP, originadas con criterios burocráticos, se transformaron en eficaces instrumentos de lucha en el terreno de la vida cotidiana.

En tanto la movilización popular tenía lugar en las fábricas, en las calles y en las "poblaciones", surgió la necesidad de crear organismos territoriales de coordinación. Así aparecieron los comités coordinadores, después los cordones industriales y se dieron los primeros pasos para la constitución de organismos de representación popular más amplios, como los consejos comunales. Por cierto, tales organizaciones, aunque relativamente autónomas, no eran inmediatamente alternativas al Estado, como algunos sectores de la izquierda llegaron a creer. Por el contrario, aparecían ligadas a los modos más tradicionales de movilización de los trabajadores, sin traspasar los límites de la institucionalidad vigente y en un contexto más bien defensivo

⁵² Alec Nove, "The political economy of the Allende regime", en Philip O'Brien (comp.), *Allende's Chile*, Nueva York, 1976, p. 66.

y democrático. Eran sí genuinas organizaciones populares y significaban un salto adelante con relación a las antiguas formas organizativas, extremadamente burocráticas y cupulares.⁵³

Una segunda razón que permite explicar el fracaso del paro patronal de octubre hay que encontrarla en las vacilaciones de la DC; es cierto que el ala derecha de ese partido ya estaba por una salida golpista, pero todavía había algunos obstáculos. Uno de ellos eran las expectativas que la DC barajaba para las próximas elecciones parlamentarias (marzo de 1973), que esperaba ganar abrumadoramente. Cuando el paro patronal generó una correlación de fuerzas que favorecía al gobierno, la DC se abrió en un extraño abanico: sus dirigentes políticos llamaban a continuar el paro mientras que sus dirigentes sindicales lo condenaban en la CUT. Y cuando ya era evidente que los militares no actuarían, la directiva del partido decidió asumir una actitud pacificadora.

Una última razón en el fracaso del paro hay que encontrarla en el hecho de que la articulación entre los tres poderes mencionados (político, gremial y militar) todavía no era la más óptima. Tampoco la unidad funcionaba perfectamente en el interior de cada uno de ellos. Algunos gremios sólo habían acatado el paro para negociar sus reivindicaciones, sin plantearse necesariamente una salida golpista. Cuando el carácter puramente político del paro quedó al desnudo, unos cuantos gremios, como el de los pequeños comerciantes, optaron por desertar ante la ira de los dirigentes del PN y el PL que calificaban de traidores a sus líderes.⁵⁴ Incluso dentro del "poder militar" no estaban tomadas todas las decisiones. Por de pronto, todavía existía un sector constitucionalista representado por el general en jefe Carlos Prats. Los propios golpistas parecían estar divididos entre aquellos dispuestos a dar el golpe inmediatamente y los que preferían esperar una mayor legitimación política. Por último había un sector, quizás el más obsecuente al gobierno que esperaba se decidiera la correlación de fuerzas dentro de las fuerzas armadas para sumarse al sector más poderoso. Entre ellos se encontraba Augusto Pinochet.

Allende, después del paro, creyó llegado el momento de jugar una de sus cartas de reserva: la de llamar a los militares a ocupar funciones de gobierno, convirtiéndolos así en una suerte de dique frente a la contrarrevolución civil. Allende no era

⁵³ Acerca del tema, véase Klaus Meschkat, "Neue Organisationsformen der chilenischen Arbeiterklasse während der Unidad Popular", *Chile-Nachrichten*, 2 (núm. especial), West Berlin, junio de 1974. Véase también Mónica Threfall, "Schantown Dwellers and people's power", en Philip O'Brien, *op. cit.*, pp. 167-191.

⁵⁴ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 88.

ningún ingenuo para pensar que era verdad aquella fábula relativa "al carácter democrático de nuestras fuerzas armadas", que él mismo se encargaba de propagar cada cierto tiempo,⁵⁵ y sabía seguramente el riesgo que corría, pero en esos momentos no tenía muchos medios para asegurar la continuidad del gobierno.

Por cierto, no faltaron críticas a la jugada de Allende. Para la dirección del MIR fue ésta la prueba de que el gobierno había "cambiado su carácter de clase", y levantó una absurda consigna llamando a formar "un verdadero gobierno de trabajadores", tanto más absurda si se tiene en cuenta que o bien la mayoría de los trabajadores apoyaban al gobierno, o bien seguían a la DC. Dentro de la UP también hubo críticas, pero por lo general no mostraban ninguna otra alternativa, salvo algunos febriles llamados a la insurrección que nadie sabía cómo iniciar.

El paro de octubre no terminó en un golpe, pero tampoco fue "un triunfo proletario" como planteó el PC, que en su diario *El Siglo* lo denominó "la Playa Girón del proceso chileno".⁵⁶

LOS MILITARES AL GOBIERNO

El 1 de noviembre de 1972 juró el primer gabinete UP-generales para asegurar —según fue planteado por el Presidente— la normalidad del país hasta las elecciones que tendrían lugar en marzo de 1973. El general Carlos Prats asumió el Ministerio del Interior; el general de brigada aérea Claudio Sepúlveda el de Minería; el contralmirante Ismael Huerta el de Obras Públicas. Junto a esos tres generales figuraban el presidente de la CUT, Luis Figueroa, como ministro del Trabajo, y Rolando Calderón, secretario general de la CUT, como ministro de Agricultura. Con cierto humor negro, alguien dijo que éste era el primer *soviet* del país, pues estaba formado por "obreros, campesinos y soldados".

Al llegar los militares al gobierno, las tácticas de la derecha respecto al ejército cambiaron de inmediato. El "poder gremial", aparentando obediencia a los militares, suspendió el paro. Luego, los parlamentarios de derecha comenzaron a construir la imagen de que había dos autoridades: una, el gobierno

⁵⁵ La tesis de la "ingenuidad" de Allende que entre otros formula Paul Sweezy en *Chile: the question of power*, Nueva York, 1974, p. 15, es una de las más difíciles de aceptar.

⁵⁶ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 91.

de Allende, culpable de todos los males de la humanidad; otra, los militares, ingenuas víctimas del mal gobierno. La derecha advirtió además que para allanar el camino a una salida golpista, era necesario separar al sector constitucionalista de las fuerzas armadas para, a su vez, separar a las fuerzas armadas del gobierno. Los militares constitucionalistas se convertirían así en un blanco preferido para los ataques parlamentarios de derecha. El senador Bulnes planteaba por ejemplo en un discurso: "Hay que decirles [a los militares] que hay que evitar que una parte de los chilenos, como va ocurriendo poco a poco, llegue a pensar que las fuerzas armadas se han convertido en un elemento más de la UP [...]"⁵⁷ Poco después, debido a que el general Prats emitió unas opiniones contrarias a la destitución por el parlamento del ministro de Economía Orlando Millas, el PN publicaba una declaración en donde se decía: "Pensamos que el señor ministro del Interior no ha meditado palabras tan graves y comprometedoras. Lamentable episodio que pone de relieve la necesidad de analizar responsablemente la conveniencia de que las fuerzas armadas continúen en el gobierno."⁵⁸

El PN, a diferencia de la DC, no tenía esperanzas para las elecciones de marzo de 1973. En el mejor de los casos la DC podía obtener una excelente votación, lo que no le convenía ni tampoco deseaba. Así, ya antes del golpe había delegado la iniciativa a los militares golpistas. Pese a que en las elecciones el PN se presentaría junto con la DC en la llamada Confederación Democrática (Code), su presidente, Onofre Jarpa, puso desde un comienzo un objetivo imposible de alcanzar: los dos tercios de la votación a fin de derrocar constitucionalmente a Allende, lo que obligó a Eduardo Frei a declarar que un solo voto más que obtuviera la Code sobre la UP debería ser considerado como un triunfo. La DC creía todavía en el Parlamento, no tanto por su eficacia, sino porque ahí tenía, o creía tener, su principal centro de poder.

Si algunos sectores de izquierda creyeron alguna vez que el gobierno se fortalecería llevando a los militares al gobierno, tales creencias desaparecieron en contacto con la realidad. El primer aviso lo dieron los representantes de la Justicia Militar, quienes inmediatamente después del paro de octubre decidieron rebajar la condena al general Viaux, implicado en el asesinato del general Schneider, de 20 a ¡dos años! En un país donde por robar una gallina regía una sentencia de cinco años de prisión, por asesinar a un general correspondían apenas dos. Al conocer el fallo, los derechistas en sus automóviles esceni-

⁵⁷ *El Mercurio*, 27 de diciembre de 1972.

⁵⁸ *El Mercurio*, 28 de diciembre de 1972.

ficaron un festival de bocinazos a lo largo de las calles de Santiago. La algarabía era más bien explicable: los propios tribunales militares habían declarado el golpismo y los asesinatos como algo no punible.

Ya de nada le valían al gobierno las concesiones que hacía a la oposición. Por ejemplo, procedió a devolver a sus propietarios las empresas requisadas durante el paro de octubre. Incluso aceptó que periodistas y obreros de los diarios derechistas de Concepción *El Sur* y *La Crónica* fueran despedidos por haber defendido al gobierno en octubre. A la vez eran dejadas sin efecto las acusaciones a muchos empresarios golpistas. El gobierno, a fin de encontrar cierta legitimidad frente a los militares, iba perdiendo la propia.

Uno de quienes mejor aprovecharía la presencia de los militares en el gobierno sería un parlamentario demócrata-cristiano llamado Juan de Dios Carmona —expulsado de su partido después del golpe debido a su recalcitrante "pinochetismo". Gracias a los buenos contactos que mantenía dentro del ejército, Carmona había sido ministro de Defensa durante el gobierno de Frei, y conocía de cerca las conspiraciones que allí tenían lugar. Por esas razones decidió apresurar el golpe mediante la redacción de un diabólico proyecto de ley conocido después como "la Ley Carmona" o "Ley de control de armas". Esa ley parecía en principio inofensiva y adaptada al clima de violencia que se vivía. Con acuerdo a ella, los militares quedarían facultados para detener a personas o allanar lugares en busca de armas frente a cualquier denuncia que se presentara sobre la materia. Gracias a esa ley, los militares golpistas salieron a las calles y allanaron sindicatos, poblaciones y locales de los partidos de la UP y, desde luego, torturaron a sus prisioneros. Y en esos mismos días, como burlándose a carcajadas del gobierno, Carmona llamaba públicamente a la "desobediencia civil".

ESTUDIANTES Y ESCOLARES EN EL ESQUEMA GOLPISTA

Las elecciones demostraron que con el 44% de la votación el gobierno contaba todavía con un apoyo ciudadano más que considerable. Nunca en la historia electoral del país, un gobierno, después de dos años, había podido mantener la votación de origen.⁵⁹ En cambio, el gobierno de la UP la superaba.

⁵⁹ Para un análisis de las elecciones durante el gobierno de Allende, véase Jaime Ruiz Tagle, *Chile: Politische Macht und Uebergang zum Sozialismus*, Bonn-Bad Godesberg, 1974, pp. 104-105.

En condiciones normales, tal cifra hubiera bastado para asegurar la estabilidad definitiva de cualquier gobierno. Pero ni las condiciones eran normales, ni el de la UP era cualquier gobierno.

Habiendo desaparecido el pretexto para su incorporación al gabinete, los ministros generales volvieron a sus cuarteles. Allende quedaba pues sin la protección de los generales. Pero ¿tenía otra?

La pregunta era más que pertinente. Después de marzo, la derecha había agotado sus posibilidades legales para derribar a Allende. Por lo tanto, las elecciones, en vez de asegurar la "paz social", sólo aceleraban los tiempos de la contrarrevolución. Por esas razones, casi al día siguiente de las elecciones, la derecha enviaba sus comandos estudiantiles a las calles. Además esta vez tenía un buen pretexto, que le había proporcionado la propia UP al querer imponer la reforma educacional llamada Escuela Nacional Unificada (ENU).

En efecto, la reforma no era sino la continuación de una iniciada por la DC y estaba inspirado en los esquemas de la Unesco para América Latina. Pero bastó que fuera propuesta por la UP para que surgiera una feroz propaganda en contra de los "lavados de cerebro" y la "concientización marxista". Los escolares, en gran parte ya ganados por la derecha, ocupaban las calles, hacían barricadas, incendiaban automóviles. Caminar por las calles de Santiago era un riesgo muy grande.

Inicialmente la DC había captado muy bien el potencial de protesta que representaban los escolares y estudiantes, sobre todo si se tenía en cuenta la pobreza política de la UP en ese frente. De pronto comenzaron a aparecer líderes juveniles con pelo largo, lenguaje un tanto anárquico y poses antiautoritarias (justamente lo que la derecha criticaba en el pasado). Naturalmente el PN y el PL no perdieron la oportunidad para formar bandas armadas de escolares en tanto que parlamentarios, como el nombrado Carmona, enardecían a los militares con sus discursos. Por ejemplo, Carmona anunciaba que "[...] las escuelas especializadas de los institutos castrenses recibirán, desde el próximo año, un alumnado proveniente de la ENU, debidamente concientizado por el "socialismo marxista [...]" Empezó así, de la manera más sutil, el desmoronamiento de la estructura esencialmente profesional de nuestras Fuerzas Armadas.⁶⁰

Tan grande fue el escándalo en torno a la ENU que el propio Cardenal mismo se sintió obligado a emitir una declaración en contra. Naturalmente, en esas condiciones, a la UP no le quedó más alternativa que retirar su proyecto.

⁶⁰ *El Mercurio*, 4 de abril de 1973.

LA HUELGA DE LOS OBREROS DE EL TENIENTE

Sin embargo, el golpe más duro recibido por el gobierno provenía de aquellos sectores a los que consideraba su base de apoyo natural: del movimiento obrero, y nada menos que de los obreros de las minas de cobre El Teniente, en la provincia de O'Higgins, donde la izquierda había obtenido tradicionalmente altos porcentajes de votación.

La huelga de los obreros de El Teniente estalló en abril de 1973. Inicialmente fue apoyada por el PC y el PS. Las peticiones de los obreros, aunque no eran desmedidas, chocaban con la realidad económica. Por eso mismo, el gobierno no podía aceptar tales peticiones. Si así lo hubiera hecho, otros sectores laborales se hubieran sentido igualmente legitimados para presionar por sus exigencias, sobre todo si se tiene en cuenta que los trabajadores del cobre actuaban tradicionalmente como una suerte de vanguardia en lo que se refiere a los movimientos huelguísticos.

En la huelga de El Teniente hay que distinguir, sin embargo, dos aspectos: uno, la naturaleza del conflicto; otro, el sentido político que se le confirió.

Si separamos la huelga de El Teniente del contexto político en que surgió, tenemos que convenir que era legítima y justa. Después de todo, los mineros no eran culpables de que la distribución del ingreso se volviera regresiva ni de que los empresarios hubiesen succionado los aumentos de salario a través de la especulación y de las alzas de precios. Frente a esa situación, los mineros se plantearon hacer lo que siempre habían hecho: presionar en contra del Estado. La huelga de El Teniente se encuadraba así en la más perfecta continuidad respecto a las luchas reivindicativas libradas por los trabajadores contra gobiernos anteriores.

Esta vez, el cambio de contexto político trajo consigo nuevos e inesperados aliados para los obreros. En lugar de los parlamentarios socialistas o comunistas, aparecieron otros más elegantes. En las calles de Santiago eran aplaudidos por hermosas estudiantes que sólo conocían a los obreros de lejos. Pero, a pesar de las diferencias en el marco externo, la lucha de los mineros era la misma de siempre. En efecto, nunca habían luchado por el poder ni nada parecido; siempre por mejores salarios y condiciones de trabajo. Y, como todas las veces, salían a las calles con sus herramientas, su dinamita, y contra una policía que sí era la misma de antes. La huelga de los obreros de El Teniente fue la movilización más combativa realizada por los obreros durante el gobier-

no popular, sólo que, tristemente, en contra del propio gobierno.

El comportamiento de los dos partidos principales de la UP frente a la huelga fue bastante desafortunado. Primero que nada, el PC y el PS ordenaron a sus militantes retirarse de la huelga sin demasiado éxito, por lo demás. En la tradición sindical, desertar de conflictos huelguísticos es algo que no se perdona, cualesquiera sean las causas de la desertión. Por supuesto, habría sido absurdo que comunistas y socialistas condujeran el movimiento en contra del gobierno, pero eso no los obligaba a retirarse, todo lo contrario. Al retirarse privaban al movimiento de su persuasión política, o de la posibilidad de que fuera canalizado contra la derecha, y lo dejaban abandonado a merced de la DC que, por cierto, no desperdiciaría tan bella oportunidad. Por si fuera poco, ambos partidos violaron acuerdos vivos entre los trabajadores del cobre. Por ejemplo, estaba establecido que siempre que un mineral de cobre fuese a la huelga, los demás deberían apoyarla. En el mineral de Chuquicamata, el más grande del mundo, en una votación donde participaron más de 5 000 obreros, fue aprobada la posición de la UP de no apoyar la huelga de El Teniente por el breve margen de 100 votos. Lográndose así lo que no había podido lograr la derecha en octubre de 1972, esto es, dividir políticamente a los trabajadores.

Para ocultar sus errores, el PC y el PS recurrieron a la argucia de calificar a los mineros como "aristocracia obrera" utilizando el concepto empleado por Lenin para referirse a fracciones obreras de los países colonialistas (en Chile no hay obreros "aristócratas": hay quienes se mueren de hambre y quienes pueden sobrevivir medianamente). Incluso tales partidos llegaron al extremo de criticar a Allende por haber conversado con los dirigentes del cobre.

La huelga de los obreros de El Teniente tiene una importancia fundamental en los acontecimientos que llevaron al golpe. Así como en octubre de 1972 la posibilidad golpista fue bloqueada por la unidad mostrada por los trabajadores, en abril de 1973 se abría por primera vez, y públicamente, una gran fisura entre los trabajadores y entre éstos y el gobierno. Precisamente, aprovechando esas divisiones, el jefe de plaza de la ciudad de Rancagua, el teniente coronel Cristián Ackernett, se negaría a reprimir las acciones armadas de la derecha y allanaría el local del PS de esa ciudad haciendo detener a varios de sus dirigentes y militantes. Cuando el gobierno suspendió de su cargo a Ackernett, el comandante en jefe del ejército dio a conocer una declaración señalando que "las medidas adoptadas por ese oficial con-

taban con su más irrestricto apoyo, respaldo y reconocimiento".⁶¹

Tal vez sea necesario agregar que el nombre de ese comandante en jefe era Augusto Pinochet Ugarte.

EL GOLPE DE JUNIO

Mientras los obreros de El Teniente se movilizaban en contra del gobierno, en distintas empresas los trabajadores se movilizaban en contra de los empresarios, buscando el apoyo del gobierno. Entre los sectores populares surgían algunas organizaciones autónomas: pero la heterogénea izquierda no atinaba a definir ni su carácter ni su sentido. Así, los "cordones", los "consejos", los "comandos", las "asambleas populares", los "comités coordinadores" eran entendidos a veces como simples prolongaciones de la CUT y de los sindicatos, y otras veces como "órganos alternativos de poder popular". Sin embargo, quienes poseían por lo menos una visión de conjunto, los dirigentes de la CUT, caracterizaban el momento político que se vivía en junio de 1973 en la siguiente forma: "Los trabajadores de la UP se sienten totalmente divididos, siendo el problema más grave el que muchos de nuestros dirigentes y trabajadores tienen la moral muy baja." ⁶² Enseguida agregaba el citado documento: "El general Prat felicitó a los dirigentes de la UP y de la CUT por la disciplina impuesta a los trabajadores, que es igual al sistema que implanta el ejército. Pero el único problema es que el 70% de las fuerzas armadas apoya a la oposición." ⁶³

En ese ambiente descrito por la CUT de modo tan realista, los golpistas perdieron todo recato y llamaban públicamente al golpe. El PL planteaba en su revista: "La única fuerza capaz de superar este trance está constituida por el poder moral y militar de las fuerzas armadas, el respaldo de los hombres de trabajo a través del movimiento gremial y del nacionalismo como ideología integradora." ⁶⁴ El infaltable Juan de Dios Carmona señalaba a su vez: "No se puede seguir obedeciendo a un gobierno no constitucionalista." ⁶⁵ Francisco Bulnes, senador del PN, escribía sincronizadamente: "[...] y el Presidente

⁶¹ F. Mires, *Die Militärs...*, cit., p. 120.

⁶² *El Mercurio*, 16 de junio de 1973.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ *Patria y Libertad*, junio de 1973.

⁶⁵ *La Segunda*, 15 de junio de 1973.

de la República don Salvador Allende —y que me oiga y que pida mi desafuero— es actualmente un Jefe de Estado ilegítimo.”⁶⁶ Por último, el diario *El Mercurio*, vocero de la derecha unida, decía en su editorial del 27 de junio: “Hay que escoger para las altas funciones a los hombres de vida más perfecta, más severa y más profunda, de preferencia a hombres maduros, sensatos, austeros, inteligentes [...] Para llevar a cabo esta empresa política salvadora, hay que renunciar a los partidos, a la mascarada electoral, a la propaganda mentirosa, envenenada y entregar a un corto número de militares escogidos la tarea de poner fin a la anarquía política.”⁶⁷

Dos días después, el 29 de junio, se produjo el intento de golpe de Estado. Cuatro días antes, la Comandancia Superior del Ejército había detectado otro intento putschista y detenido a sus cabecillas. En la madrugada del 29, los tanques del Regimiento Blindado Número 2 comenzaron a disparar contra la Casa Presidencial. Muy presurosas, las radios de la derecha anunciaban la caída del gobierno. Los militares se acuartelaban esperando órdenes superiores. Sin embargo, las jerarquías de las fuerzas armadas no dieron el paso al golpe. El saldo de la intentona dirigida por el coronel Roberto Souper fue de 22 muertos entre civiles y militares, 32 heridos de bala y 52 detenidos.

Aunque el fracasado golpe fue producto de una conspiración aislada de oficiales en contacto con el PL (los dirigentes de esta organización fascista pidieron asilo en la embajada de Ecuador), en un sentido objetivo constituyó un “ensayo general” para el golpe de septiembre.⁶⁸

Por de pronto, para Pinochet y los suyos fue claro que los generales de provincia no se pronunciaron automáticamente en contra del golpe, esperando órdenes superiores. Incluso ese 29 de junio, los oficiales de diversos navíos de guerra habían arengado entre los marinos en contra del gobierno. Desde el punto de vista político fue interesante observar que la DC guardaba el más sepulcral silencio. Por último, y quizá el “dato” más importante para los golpistas de septiembre: la vacilante y desorganizada defensa popular del gobierno. Tomas de fábrica sin la más mínima preparación; personas que salían a la calle a protestar sin más armas que sus manos, eran pruebas de que aquello de las “masas armadas” no era más que un mito de la derecha, a veces ingenuamente propagado por la izquierda.

En la noche del 29, la CUT convocó a un acto de masas

⁶⁶ *La Tribuna*, 23 de junio de 1973.

⁶⁷ *El Mercurio*, 27 de junio de 1973.

⁶⁸ J. Garcés, *op. cit.*, p. 22.

frente a La Moneda. Allende pronunció esa vez un tranquilizador discurso. Por el tenor de sus palabras daba la impresión de que más de la mitad de las fuerzas armadas apoyaban al gobierno. De pronto, insólitamente, el Presidente obligó a aparecer en las ventanas de La Moneda a los generales en jefe de las fuerzas armadas y carabineros para que el pueblo los vitoreara. El pueblo, en efecto, aplaudió a esos generales, algunos de los cuales no daban el golpe simplemente porque todavía no se atrevían. Sin embargo, en ese instante, la multitud necesitaba “creer” en algo, aunque no fuera más que en una ilusión. Recordando esa noche de junio es posible pensar que aquella famosa frase de Marx, relativa a que la historia se repite primero como tragedia y después como comedia, tenía en Chile un sentido inverso: primero como comedia y después como tragedia.

LA AGONÍA DE UN GOBIERNO POPULAR

Después del 1 de junio, el gobierno parecía estar paralizado. Por contraste, los dólares norteamericanos llenaban las arcas de la oposición.⁶⁹ El día 2 de julio, la Cámara de Diputados rechazó un proyecto del gobierno para implantar el estado de sitio en el país por un plazo de tres meses. El camino quedaba así pavimentado para los golpistas. Más aún: amparados en la Ley de Control de Armas, los militares allanaban las fábricas y los cordones industriales. A veces encontraban algún par de pistolas viejas, que contrastaban con la ostentación militarista que hacían los comandos de derecha. Los propios órganos de prensa fascistas reconocían su participación en atentados terroristas. Pero sus dirigentes nunca eran detenidos. Por ejemplo, “de los 128 atentados cometidos por fascistas civiles, las fiscalías militares, navales y aéreas encargados de investigarlos, los declaraban como de ‘autor desconocido’”.⁷⁰

El 5 de julio, el conjunto de la oposición política emitía una declaración en donde se señalaba: “Esta situación incompatible con nuestro régimen republicano y democrático, hace necesario que las fuerzas armadas hagan cumplir la Ley de Control de Armas para evitar la formación de un ejército

⁶⁹ William Colby, director de la CIA, declaraba que en agosto de 1973 fueron enviados a Chile un millón de dólares; véase J. Garcés, *op. cit.*, p. 223.

⁷⁰ Robinson Rojas, *Estos mataron a Allende*, Barcelona, 1974, p. 122.

extremista, en gran parte integrado por extranjeros, y paralelo a las fuerzas armadas".⁷¹ Precisamente en esos mismos días, un comando derechista asesinaba al edecán presidencial, capitán Arturo Araya Peters. Pese a que la justicia naval quiso encontrar al asesino en un pobre trabajador que fue sometido a horribles torturas —anticipación de las que después se cometerían en masa—, los Servicios de Investigaciones revelarían los nombres de los verdaderos asesinos. Quizás el gobierno creyó que se repetiría la favorable constelación que se dio después del asesinato al general Schneider. Si así fue, se equivocó. Este nuevo asesinato no paralizó a los golpistas, quedando así al descubierto la desolada situación del gobierno.⁷²

En provincia la situación era todavía peor. Allí los jefes de guarnición se erigían en autoridades absolutas. La ciudad más austral, Punta Arenas, estaba prácticamente ocupada por las tropas del general Torres de la Cruz. En Temuco, a fines del mes de agosto, campesinos y militantes de la izquierda eran brutalmente torturados. Lo mismo ocurría con obreros de San Antonio, Rancagua, Concepción, Talca. Como en una verdadera guerra, los militares comenzaban ocupando las fábricas y después las ciudades. Aviones de guerra sobrevolaban el país todo el día. Los militantes de izquierda se tranquilizaban entre sí aduciendo que sólo se estaban preparando para la celebración de las próximas fiestas patrias, pero sus parlamentarios, asustados, solicitaban al Presidente que modificara la Ley de Control de Armas que ellos mismos habían votado en el Parlamento.

El 4 de septiembre, aniversario del triunfo electoral, la desorientación había alcanzado su grado máximo en la izquierda. Por cierto, en todo el país tenían lugar gigantescas manifestaciones. Pero no había ninguna indicación, ni ofensiva ni defensiva. Las propias consignas populares, que antes habían surgido de la lucha misma, eran ahora coreadas monótonamente, sin ingenio ni fantasía.

En el justo medio de la situación descrita, Allende trató de repetir su jugada de octubre repartiendo ministerios entre los generales. Carlos Prats, del ejército, fue nombrado ministro de Defensa; el almirante Raúl Montero, ministro de Hacienda; César Ruiz, de la Fuerza Aérea, ministro de Obras Públicas, y José María Sepúlveda, de Carabineros, en el ministerio de Tierras y Colonización. Ese día, 8 de agosto, Allende

⁷¹ *El Mercurio*, 6 de julio de 1972.

⁷² Araya Peters iba a ser pronto ascendido, con lo que Allende habría pasado a contar con un hombre de confianza en el interior de la Armada; véase R. Rojas, *op. cit.*, p. 22.

dijo: "es la última oportunidad" —afirmación muy cierta. Sin embargo, la situación era muy distinta a la de octubre de 1972. El gobierno ya prácticamente no gobernaba; el pueblo no estaba movilizado; los generales eran desobedecidos por los oficiales; el nuevo gabinete militar no era más que una triste parodia del primero.

Como era de esperarse, la oposición parlamentaria se pronunció de inmediato en contra del nuevo gabinete. Eduardo Frei hizo esta vez una de sus declaraciones más tenebrosas: "Este gobierno ha llevado al país a una catástrofe y ahora, con un golpe de habilidad y audacia, utiliza a las fuerzas armadas para que se hagan cargo de ese desastre y tengan que afrontar las consecuencias de una política funesta, en la cual no les cabe responsabilidad alguna."⁷³

Ya las fuerzas armadas estaban preparándose para el golpe final. En consecuencia tenían lugar en su interior algunas "purgas". A mediados de agosto fueron detenidos, en Talcahuano y Valparaíso, más de cien miembros de la Escuadra y, acusados de conspiración, fueron sometidos a salvajes torturas. En efecto, conspiraban, pero para oponerse a un golpe de Estado. Radomiro Tomić, siempre honesto, reaccionó afirmando: "[las torturas] son censurables moralmente, inaceptables jurídicamente y contraproducentes en la práctica".⁷⁴

Paralelamente a las "purgas", tenían lugar desplazamientos en las cúspides de las fuerzas armadas. El primero ocurrió, paradójicamente, en la fuerza aérea, donde el general golpista César Ruiz, queriendo precipitar los acontecimientos, renunció. Allende aceptó la renuncia del general.⁷⁵ A Ruiz le sucedería el general Gustavo Leight, menos torpe y más golpista que el primero. Según Joan Garcés, consejero de Allende, Leight agradeció al Presidente con lágrimas en los ojos "la prueba de confianza que le manifestaba".⁷⁶ La principal remoción ocurrió sin embargo en el ejército, con la renuncia de Prats exigida informalmente por los suboficiales subalternos quienes enviaron a sus esposas a protestar frente a la casa del general. Probablemente Allende jamás habría aceptado la renuncia de Prats si hubiese siquiera presentido la verdad que se escondía detrás de los gestos serviles y obsequiosos del general que le sucedería. Pero Augusto Pinochet Ugarte demostró en esos momentos ser un verdadero maestro en el difícil arte de la traición.

⁷³ *El Mercurio*, 17 de agosto de 1973.

⁷⁴ *Chile Hoy*, núm. 74, 1973.

⁷⁵ Acerca de más detalles, véase R. Rojas, *op. cit.*, p. 27. J. Garcés, *op. cit.*, p. 27.

⁷⁶ J. Garcés, *op. cit.*, p. 28.

En la Marina, el problema del descabezamiento era menor. Sometido a presiones internas, el almirante Montero presentaba todas las semanas su renuncia, que Allende no aceptaba porque conocía las dotes reaccionarias del sucesor, el contralmirante José Toribio Merino. Al final la aceptó, pensando quizá que la Marina no se atrevería a intervenir sin el concurso del ejército y que éste no actuaría mientras estuviese a su cabeza el "constitucionalista" Pinochet. Por último, lo que sucediera en Carabineros (policía uniformada) dependía de lo que sucediera en las ramas de las fuerzas armadas. Así, la sustitución del general en jefe Sepúlveda Galindo por el general Mendoza se produciría el mismo día del golpe. En otros términos, el "partido de la contrarrevolución" seleccionaba a sus dirigentes.

Dentro de la UP existía consenso respecto de que, a esas alturas, el golpe sólo podía ser evitado con rápidas movidas, pero tampoco se ponían de acuerdo acerca de cuáles debían ser. Por lo menos Allende ya había aportado la suya, llevando a los generales al gobierno. El PC, al fin y al cabo más cerca del Presidente que el propio PS, creyó oportuno levantar la consigna "A evitar la guerra civil". También Allende había titulado su mensaje de mayo al Congreso: "Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil." La consigna no era muy inteligente, pues si se planteaba el peligro de una guerra civil, había sólo dos alternativas: una, que al exterior del ejército oficial se hubiese formado otro paralelo o, lo que era peor para los generales, que se estuviera dividiendo el ejército oficial.⁷⁷ En ambos casos, las fuerzas armadas se sentían, indirectamente, llamadas a intervenir. Y, en efecto, al tomar el poder los generales declararon que su "pronunciamiento" había sido para evitar "la guerra civil". Lo expuesto no significa que las consignas del resto de la izquierda hubiesen sido más afortunadas. Con el agua hasta el cuello, el PS planteaba: "Todo el poder ahora" y el MIR no tenía mejor ocurrencia que intentar dividir a la UP en los momentos más peligrosos, levantando la consigna "A formar un verdadero gobierno de trabajadores". Como se ve, la dispersión no podía ser mayor.

Para lograr un acuerdo con la DC era ya también demasiado tarde. Por lo demás, si el gobierno no había podido pactar con la DC, con los militares en el gobierno. ¿cuándo y cómo podía hacerlo? Por si fuera poco, dentro de la DC ya se habían impuesto las posiciones rupturistas de Frei en voz del secretario general Patricio Alwyn, autor de la consigna "No dejar pasar una al gobierno", en contra de las representadas

⁷⁷ Similar reflexión, en J. Ruiz-Tagle, *op. cit.*, p. 33.

en último periodo por Renán Fuentealba, que no simpatizaba con el gobierno pero que, con cierto realismo, había previsto el precipicio al que conducía una posición intransigente.

Fue el cardenal Silva Henríquez quien, entre sus muchos méritos, tuvo la idea de propiciar una solución política de última hora invitando a los dirigentes de la DC y a Allende a dialogar en su propia casa.

Fue un diálogo de sordos. Como premisa para continuar las conversaciones, la DC exigía a Allende nada menos que una mayor incorporación de militares a su gabinete; en buenas cuentas, eso significaba exigirle que rompiera con su partido, con gran parte de la UP y que, para evitar el golpe, lo diera él mismo. Tan nefasto era el bloqueo de la DC, que el senador Fuentealba se vio en la necesidad de polemizar públicamente con la dirección de su partido, afirmando: "A mí personalmente no me agradaría, y creo que sería inconveniente para las fuerzas armadas y para el país, que el día de mañana todos los mandos, Intendentes y Gobernadores, fueran pertenecientes a las fuerzas armadas."⁷⁸

Trece años después del golpe, el senador Alwyn revelaría indirectamente que el diálogo, para él, no tenía ningún sentido. Cuenta por ejemplo que en cierto momento de la conversación Allende le dijo: "Usted no me cree a mí Patricio. Yo sí le creo a usted, pero usted no me cree a mí." Alwyn respondió: "Presidente, ¿cómo quiere que le crea? Muchas veces usted ha dicho una cosa y, sin embargo, sus mandos medios, o sus segundos, hacen otra."⁷⁹ Y bien: si Alwyn no podía creer a Allende, el diálogo estaba de más.

Fracasada la solución política, la militar no tardaría en imponerse. La escalada política civil había sido sólo el preámbulo de la militar. Mirando los hechos en retrospectiva, es imposible no darse cuenta de la sincronización existente entre la escalada civil y el golpe. El 3 de junio, los estudiantes de la Universidad Católica pedían la renuncia de Allende. El día 5 los obispos de derecha emitían una declaración en contra del gobierno. El 12 de junio, la Cámara de Diputados declaró ilegal el gobierno de Allende. El 17 de julio, el profesor de la Universidad Católica Jaime del Valle anunció, sin aportar prueba alguna, que las elecciones de marzo de 1973 habían sido falseadas por la UP. El 18 de julio, la Sociedad de Fomento Fabril señaló que el gobierno era ilegal. El 24 de agosto, la Cámara de Diputados volvió a declarar ilegal al gobierno. El 30 de agosto, la Universidad Católica pide

⁷⁸ *Chile Hoy*, núm. 62, 1973.

⁷⁹ *Hoy*, 4-10 de agosto de 1986.

la renuncia de Allende. El 3 de septiembre, la "confederación de profesionales" pide la "rectificación del gobierno". El 5 de septiembre, el presbítero Raúl Hasbun pide la renuncia de Allende. El 6 de septiembre, las mujeres "gremialistas" piden la renuncia de Allende. El 10 de septiembre, el "comando multigremial" pide la renuncia de Allende.

El 11 de septiembre La Moneda ardía en llamas. Adentro, el cadáver de un presidente. Afuera, el infierno.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El punto de ruptura que posibilitó el advenimiento del gobierno de Allende se encuentra, sin duda, en el tipo de política económica que intentó llevar a cabo el gobierno de la dc (1964-1970).

El programa de modernizaciones de la llamada "revolución en libertad" era, en principio, una adecuación local a las nuevas formas de dependencia que tenían lugar en casi toda América Latina a partir de la formulación de la Alianza para el Progreso. Mediante su aplicación se buscaba modernizar las "estructuras arcaicas" en favor de un supuesto sector empresarial innovador y dinámico. Para el efecto, la dc utilizó mecanismos de movilización popular en las "poblaciones" y en el campo entre los sectores denominados "marginados"; mecanismos que terminaron por desatar fuerzas sociales comprimidas que escaparon totalmente al control del gobierno. A su vez, las reformas de la dc agudizaron las divisiones económicas y políticas en el interior del bloque tradicional de dominación, hecho que facilitaría el triunfo electoral de la UP en 1970.

La UP era una combinación de partidos políticos parlamentarios de izquierda nucleados en torno al eje comunista-socialista, que por medio de vinculaciones parlamentarias articulaba con el Estado a fracciones del movimiento obrero sindicalmente organizadas.

La UP intentaría continuar la política de la dc llevando a cabo un programa de nacionalizaciones y estatizaciones a fin de crear las condiciones materiales para transitar a un (nunca definido) régimen socialista. Había, sin embargo, una abierta contradicción entre la autocomprensión ideológica de la UP (vanguardia del pueblo que "ocupa" el gobierno) y su real inserción estatal y parlamentaria en el sistema político chileno. Esta contradicción llevaría en la práctica a una inde-

finición que ayudaría a producir la parálisis política del gobierno en los momentos más decisivos del proceso.

Sin embargo, la desestabilización del gobierno se encontraba latente en su propio programa económico, el cual, objetivamente, dejaba fuera a una gran cantidad de sectores sociales subalternos, favoreciendo sólo a los minoritarios grupos de trabajadores que se encontraban dentro de la llamada "área social" de la economía. Como era de esperarse, los trabajadores de las áreas "mixta" y "privada", así como "pobladores", campesinos pobres y trabajadores agrarios, iniciaron movilizaciones que entraban en contradicción con el programa de la UP, lo que, a su vez, aumentaría el de por sí notorio desconcierto político de los partidos de la izquierda. Es por tales razones que hemos afirmado que los dos "pecados originales" de la UP se encontraban en su fijación al Estado y en su programa.

Lo expuesto contrasta con el alto nivel de coordinación política que llegó a alcanzar la derecha a través de la formación de una suerte de triple combinación de poderes entre los representantes del "poder gremial", el "poder parlamentario" y el "poder militar", apoyados los tres, financieramente, desde Estados Unidos.

Pero el golpe, o por lo menos ese golpe de septiembre de 1973, no estaba prescrito.

El golpe de Estado resultó de una combinación de factores que bien pudieron ser evitados, tanto por parte de la izquierda como por parte de la dc, cuya responsabilidad en lo ocurrido es inocultable. En ese sentido, cualquier intento por encontrar una sola causa resulta, de por sí, fallido. No fue sólo la "conspiración de la CIA y la IIT", ni el "ultraizquierdismo" del MIR que asustó a los "sectores medios", ni el delirio verbal de los dirigentes del ps, ni el "reformismo" ni las "vacilaciones" del pc, ni las divisiones en la izquierda, ni el "boicot" económico de los empresarios, ni el desencamamiento de la derecha que había posado durante más de un siglo como democrática, ni la capitulación de la dc frente a la derecha a través de su "ala freista", ni siquiera la existencia de una monstruosa criatura como Pinochet, la causa que explica el trágico desenlace de los acontecimientos. Más bien fueron todas ellas, y otras más, las que se combinaron y activaron entre sí, hasta que llegó el momento en que era muy tarde para un nuevo comienzo.

Si es una característica común a las revoluciones poseer estrechos vínculos con las tradiciones de los países en donde han tenido lugar, la de Nicaragua no sólo no sería una excepción sino quizás uno de los mejores ejemplos. Más todavía, no pecamos de exageración literaria si afirmamos que la de Nicaragua adquirió la forma de una *venganza histórica*.

Independientemente de la magnitud real del movimiento sandinista, lo cierto es que en el momento de la insurrección la mayoría del pueblo se consideró sandinista, produciéndose una suerte de *reencarnación del héroe histórico en la voluntad popular*. Y esto ocurrió precisamente en contra de la prolongación física y política del asesino de Sandino: el hijo del primer Anastasio, Anastasio Somoza II.

Pocas insurrecciones han sido en verdad saludadas con tanta simpatía como la nicaragüense. Y no sólo por la odiosa imagen que reflejaba la tiranía, sino porque tal insurrección fue resultado de un complejo proceso cuyos actores, a pesar de las múltiples diferencias ideológicas y sociales que los separaban, estuvieron en condiciones de lograr aquella mínima unidad en la acción que en otros países no había sido posible. Eso facilitó la riqueza participativa en el proceso. Al lado de los guerrilleros había sacerdotes y monjas; junto a los estudiantes de la universidad católica lanzaban piedras los "muchachos" de los barrios más pobres. Incluso las mujeres decidían organizarse de manera independiente, y no como simples agregados secundarios de los partidos existentes. Fue aquella insurrección, sin duda, un verdadero momento de confluencia popular y democrática, como pocos en la historia de América Latina.

Nicaragua ¿una nueva Cuba? A la hora de la insurrección la pregunta sonaba repetidamente y se apresuraban a contestarla afirmativamente tanto aquellos que —sobre todo desde Estados Unidos— pretendían impedirla, como aquellos que desde los años sesenta soñaban con la idea de la "revolución continental". Los hechos demostraron que la pregunta estaba de más. Ya a lo largo de este trabajo hemos visto que, si bien en cada fenómeno revolucionario hay "factores" repetitivos, el fenómeno, como tal, es irrepetible.

Como toda revolución, la nicaragüense también nació portando el peligro de su "sobreideologización", vale decir, el de aquellas interpretaciones que se sirven de los hechos para autoconfirmarse, pasando por alto las particularidades rea-

les de un proceso. A fin de contrarrestar tal peligro, trataremos aquí, al igual que en los capítulos anteriores, de entender esta revolución a través de una relación de continuidad histórica en el tiempo, esto es, desde los mismos días de Augusto César Sandino. Por cierto, buscar el origen de una revolución en su pasado no significa creer que estaba programada históricamente. Ningún tipo de determinación histórica puede hacer olvidar que la revolución nicaragüense fue posible por haber sido resultado de un triunfo de la razón práctica por sobre la razón puramente ideológica.

EL PRIMER MOMENTO NACIONAL: ZELAYA

La revuelta liberal encabezada en 1893 por el general José Santos Zelaya (quien asumió el poder en julio de ese mismo año y fue electo en septiembre por una asamblea constituyente, desde donde surgió la iniciativa de dictar una nueva constitución política para el país) puede ser considerada un eslabón en una larga cadena histórica. Que tal punto de partida no es arbitrario se demuestra sobre todo porque en él se presentan algunos elementos que van a revelarse como constantes en la futura historia nicaragüense; entre éstos hay que mencionar las contradicciones no resueltas dentro del bloque dominante, la activación de sectores populares que se articulan en una relación contradictoria con algún grupo disidente de ese bloque dominante y, por último, las inefables, vergonzosas intervenciones norteamericanas.

La revuelta de Zelaya que puso fin al gobierno conservador del doctor Roberto Sacasa (quien había asumido en 1891) se inserta asimismo en otra "historia paralela": la de las largas luchas entre conservadores y liberales que caracterizan durante el siglo XIX no sólo la de Nicaragua sino la mayoría de las historias de los países latinoamericanos, aunque es sabido que "los dos grupos representaban intereses de la oligarquía... [y] la presencia de la clase media en ambos no modifica su posición real".¹

Sin embargo, los liberales de Nicaragua alcanzaron un cierto grado de diferenciación una vez que se constituyeron en los representantes políticos de la oligarquía cafetalera, sobre todo a partir de fines del siglo pasado. Ese tipo de representación cristalizó plenamente durante el gobierno de Zelaya,

¹ Mario Monteforte Toledo, *Centroamérica, subdesarrollo y dependencia*, vol. 2, México, 1972, p. 82.

quien cuestionó abiertamente el predominio de los sectores más tradicionales, agrupados en la ciudad de Granada. Como señala Jaime Wheelock, el ascenso de los liberales y las reformas que impusieron "constituye la victoria política de una nueva clase empresarial forjada dentro de las condiciones abiertas por la dinámica agroexportadora, y correlativamente, por la incapacidad de la vieja oligarquía comercial-ganadera para canalizar un reajuste sociopolítico que iba mucho más allá de sus aptitudes administrativas, cargadas del estilo hacendario, paternalista y rural que caracterizó a los gobiernos conservadores de los treinta años precedentes".²

En términos actuales podría designarse al gobierno de Zelaya como modernista. En efecto, el grupo cafetalero, a diferencia del resto de la oligarquía, no estaba orientado hacia la simple obtención de la renta territorial y el consumo lujoso. Expresión de su "modernismo" fue, por ejemplo, la continuación de la colonización interior en un sentido más "rentable". Así, los propietarios del café demostraron ser los más ávidos expropiadores de tierra en el interior de una oligarquía cuyas grandes haciendas provenían de las expropiaciones de las llamadas "tierras comunales".³ El hambre de nuevas tierras llevó incluso a los cafetaleros, durante el gobierno de Zelaya, a recuperar para Nicaragua el territorio de la Mosquitia (1905), hasta entonces ocupado por los ingleses. Tanta era la ambición de estos sectores, que no vacilaron en apoderarse de algunas tierras de propiedad eclesiástica, lo que fue una de las razones por las que la Iglesia acusó a los liberales de "ateos o masones disociadores del orden". Los propios liberales se creían, ideológicamente, representantes del progreso y del "desarrollo", y pensaban que con sus expropiaciones cumplían una misión altamente civilizadora y patriótica.

Si bien es verdad que los liberales lograron vincular de una manera más directa a Nicaragua con el mercado mundial, la "modernización" que impusieron hacia el interior fue más que precaria. Las relaciones de explotación de tipo "primitivo" predominaban abrumadoramente por sobre las salariales, o dicho en los términos de Wheelock: "Al plantador capitalista le fue ventajoso conservar para su empresa aquellos atributos de las relaciones precapitalistas que le representaban una mayor extracción de ganancia."⁴

De esta manera es posible afirmar que "como consecuen-

² Jaime Wheelock Román, *Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social*, México, Siglo XXI, 1975, p. 105.

³ Edelberto Torres-Rivas, "El Estado contra la sociedad—Las raíces de la revolución nicaragüense", en *Crisis del poder en Centroamérica*, San José, Costa Rica, 1981, p. 115.

⁴ J. Wheelock, *op. cit.*, p. 25.

cia del *boom* cafetero en la última decena del siglo XIX tuvieron lugar cambios significativos en la división interna del trabajo y, así, tanto tierra como trabajo comenzaron a ser transformados en bienes, por medio de la privatización de la tierra y de los pequeños productores quienes, habiendo perdido sus medios de producción, fueron obligados a vender su fuerza de trabajo a fin de sobrevivir".⁵

En el sentido expuesto, los cafetaleros no constituían una "burguesía nacional", pues la economía cafetalera estaba orientada hacia el exterior. Sin embargo, pese a ser aún menos "nacionales" que la tradicional oligarquía ganadera, estos grupos lograron, paradójicamente, abrir un momento político nacional. Debido precisamente a su carácter exportador, los cafetaleros no estaban vinculados al mercado mundial en términos coloniales, y su dependencia no los ligaba a un país determinado. Así se explica que durante el gobierno de Zelaya hicieran concesiones no sólo a empresas norteamericanas sino también a empresas francesas, inglesas, alemanas y japonesas. Pero donde más se evidenciaron las desavenencias entre el gobierno de Zelaya y Estados Unidos, fue en las reclamaciones norteamericanas por los intentos de aquél de negociar con empresarios alemanes y japoneses la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua y no a través de Panamá (como ya se había decidido en Estados Unidos). Incluso puede afirmarse que "la cuestión del canal" fue una de las razones por las cuales el gobierno norteamericano intentó deshacerse de Zelaya apoyando a los grupos conservadores contrarios a éste. Las contradicciones entre liberales y conservadores no eran tanto de naturaleza económica como política. Aquello que estaba en juego era el carácter y sentido que debía serle otorgado al Estado nacional en el futuro. Los liberales abogaban por una entidad de tipo más político en lugar de aquella de tipo patrimonial que había predominado en el pasado. Para lograr sus objetivos no vacilaron en interpelar a algunos sectores subalternos que presionaban por ascender socialmente, como era el caso de los profesionales, el personal de servicios público y privado, y los pequeños comerciantes. De este modo, las contradicciones dejaban de ser puramente interoligárquicas alcanzando una dinámica política que los propios liberales no podrían controlar. Viéndose cuestionados política y económicamente, los sectores ultraconservadores se agruparon alrededor de la reaccionaria Iglesia, que actuó en plan militante en contra de los

⁵ Jaime Biderman, "The development of capitalism in Nicaragua: a political economic history", en *Latin American Perspectives*, núm. 1-7, p. 11.

por ella denominados "ateos y masones" que estaban en el gobierno. Tal enfrentamiento entre Iglesia y gobierno ascendería dramáticamente hasta culminar en la expulsión del país del propio obispo de Nicaragua y otros altos dignatarios eclesiásticos, poco después de que Zelaya fuera reelegido en 1899. Este fue también otro de los pretextos que llevaría a Estados Unidos a intervenir directamente en contra del gobierno liberal. El pasado señorial y colonial, que en Nicaragua todavía estaba presente a fines de siglo, no soportaba el menor intento de reformas modernizantes. Estados Unidos, a su vez, no vacilaba en apoyarse en los sectores sociales más retardatarios del país a fin de impedir lo que no era más que un débil brote de autonomía nacional.

REACCIÓN E INTERVENCIÓN

La rebelión conservadora encabezada por el general Emiliano Chamorro fue derrotada en su primera etapa por las tropas leales, en Chontales y en el Gran Lago, en 1903. El triunfo de la rebelión en su segunda fase, en 1907, sólo sería posible gracias a la directa intervención norteamericana. Tomando como pretexto el fusilamiento de dos agentes norteamericanos, Cannon y Grace, Estados Unidos rompió con Zelaya y el secretario de Estado, Philander C. Knox, envió formalmente una nota el 1 de diciembre de 1909 anunciando la intervención. Frente a tal amenaza, Zelaya se vio obligado a renunciar, de modo que el 21 de diciembre José Madriz fue nombrado provisionalmente en el cargo. En 1910 entraban a Managua las fuerzas rebeldes y, el 22 de agosto, el conservador Estrada asumió el poder. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno sería firmar el llamado Tratado Dawson, mediante el cual era delegada la soberanía del país a Estados Unidos y que permitiría legalizar la invasión de 1912 (15 de agosto) y mantener las tropas norteamericanas en el país por el nada breve lapso de 21 años.

La incapacidad de los conservadores para gobernar el país políticamente en contra de los liberales fue la razón principal que determinó la invasión de 1912. Por cierto, los norteamericanos aprovecharon la ocasión para reforzar sus posiciones económicas en el país. Por ejemplo "la comercialización del café pasó a ser controlada por la compañía norteamericana Mercantil Ultramar".⁶ En agosto de 1914, Estados Unidos ase-

⁶ Juan Eduardo Rojas, "Carácter y antecedentes de la revolución

guró definitivamente sus "derechos" a construir (o no) el canal en Nicaragua mediante la firma del Tratado Chamorro-Bryan;⁷ pero al ocupar Nicaragua, contemplaba sobre todo objetivos geopolíticos. La situación centroamericana podía verse afectada por los tumultuosos acontecimientos que comenzaban a tener lugar en México,⁸ de modo que era necesario establecer en Nicaragua una posición preventiva que "no se constituye como un poder colonial [sino] como un simple protectorado político".⁹ Debido a razones similares, Estados Unidos ocupaba Haití en 1914 y Santo Domingo en 1916.¹⁰

La invasión norteamericana de 1912 desataría en Nicaragua una resistencia que tomaría características de verdadera guerra civil, sin embargo, ésta fue aplastada rápidamente en julio de 1912 por las tropas norteamericanas en la Plaza de Masaya.

La invasión no fue vista por la prensa internacional con demasiada sorpresa. En la práctica, las intervenciones foráneas eran para Nicaragua un hecho casi normal. Basta recordar que ya en 1856 un aventurero norteamericano, William Walker, al mando de un grupo de mercenarios y delincuentes se había puesto al servicio de los liberales en una de sus clásicas escaramuzas con los conservadores. Walker aprovechó el conflicto y se hizo nombrar nada menos que presidente de Nicaragua. El gobierno norteamericano reconoció a Walker como presidente. Entre las obras más destacadas que le correspondieron al gobierno extranjero fue la abolición del decreto de 1824, que a su vez abolía la esclavitud. Walker sólo pudo ser expulsado del país mediante una acción conjunta de los ejércitos centroamericanos.

en Nicaragua", trabajo de Magister, Universidad de Hannover, agosto de 1981, p. 26.

⁷ Acerca de más detalles relativos al Tratado Bryan-Chamorro, véase G. Selser, *Sandino: general de hombres libres*, Buenos Aires, abril, 1959, pp. 82-83.

⁸ Véase capítulo 3 del presente trabajo.

⁹ E. Torres-Rivas, *op. cit.*, p. 118.

¹⁰ La condición de "protectorado" era reconocido en Estados Unidos mismo. El 18 de enero de 1927, el senador Wheeler decía al presidente Coolidge: "La historia de los actuales días nos dirá que el efecto de los tratados Knox-Castillo ha sido el reducir a Nicaragua al estado de protectorado de los Estados Unidos" (G. Selser, *op. cit.*, p. 157). Tal tesis era ampliada geográficamente por el subsecretario de Estado, Robert Olds, quien escribía en un memorándum confidencial: "Nosotros controlamos los destinos de Centroamérica, y lo hacemos por la simple razón de que el interés nacional nos exige absolutamente seguir semejante procedimiento" (citado por Mayo Antonio Sánchez, *Nicaragua, año cero. La caída de la dinastía Somoza*, México, 1979, p. 36).

Pero en 1912 la invasión produjo efectos no contemplados por Estados Unidos. El principal de ellos fue que los liberales, a fin de resolver sus conflictos de poder con los conservadores, se vieron obligados a levantar una política de tipo nacionalista (o simplemente, de tipo antinorteamericana) y recurrir a los sectores populares a fin de enfrentar a las tropas extranjeras. Así, se crearía una nueva situación política.

UN SEGUNDO MOMENTO NACIONAL: LAS REVUELTAS LIBERALES

La nueva situación política estaba determinada por la ocupación. "Nicaragua se convirtió de pronto en un país administrado por banqueros norteamericanos en provecho de su condición de prestamistas acreedores, cuya función era supervisada por el Departamento de Estado y garantizada por la Fuerza de Marina."¹¹ Eso significa que los conservadores, a fin de garantizar su condición de clase dominante, renunciaban a su condición de clase dirigente. La situación era todavía más grave, pues tal dirigencia era delegada a una potencia extranjera.

Los gobiernos de Adolfo Díaz (desde 1913) y de Emiliano Chamorro (1917) pretendían representar a un Estado que ya no representaba más a la nación. El mismo presidente Díaz había sido un alto empleado de la firma Rosario & Light Mines Company. Durante su gobierno se procedió a la repartición de las principales tierras y riquezas del país entre tres empresas norteamericanas, la Brown Brothers Republic, la J. E. W. Seligman y la US Mortgage Trust Company.¹²

Sin embargo, las condiciones para un segundo momento nacional no se darían hasta octubre de 1923, cuando falleció el presidente Diego M. Chamorro y le sucedió Bartolomé Martínez, conservador, pero vinculado a los círculos cafetaleros. Martínez creyó llegada la hora de intentar algunas medidas económicas nacionales, como por ejemplo la recuperación por parte del Estado de los derechos sobre ferrocarriles y vapores que estaban en manos de compañías extranjeras y la adquisición —también estatal— del 51% de las acciones del Banco Nacional. Así también se pensaba crear algunas condiciones materiales que hicieran posible la reconciliación política entre conservadores y liberales.¹³ Ésta tomó forma inicial en

un acuerdo que postulaba un gobierno de "transición" según el cual el presidente sería conservador, y el vicepresidente liberal. Incluso el gobierno norteamericano vio en este pacto una solución aceptable que le permitiría abandonar "honrosamente" Nicaragua.

El gobierno de transacción comenzó a funcionar el 1 de enero de 1925 al asumir la Presidencia Carlos Solórzano (al igual que Martínez vinculado a círculos cafetaleros) y la Vicepresidencia el liberal Juan Bautista Sacasa. El 4 de agosto, las tropas norteamericanas abandonaban el país. Sin embargo, la mayoría de los conservadores estaban en desacuerdo con el "pacto" y Carlos Solórzano era continuamente acusado por ellos de "liberal disfrazado de conservador". Haciéndose eco de la reacción conservadora, el general Emiliano Chamorro se levantó en armas (noviembre de 1925) exigiendo la salida de Solórzano. El presidente electo, no pudiendo resistir la presión militar, hubo de dimitir el 16 de enero de 1926. Después de que Chamorro expulsó a los 18 diputados liberales de la Asamblea Nacional acusándolos de "fraude electoral", el nuevo Congreso, formado exclusivamente por conservadores, eligió, escandalosamente, como presidente a Chamorro, postergando al liberal Sacasa.¹⁴

El nuevo gobierno no sólo era ilegal sino también ilegítimo, y obligó a los liberales a declararse en estado de rebelión. Así estallaría la segunda revuelta liberal. Pero esta vez los liberales se levantaban como defensores de la legalidad y de la Constitución, lo que les facilitaría el rápido apoyo de vastos sectores de la población.

Avistando la envergadura social que podía adquirir la revuelta liberal constitucionalista, el gobierno norteamericano decidió asumir una doble táctica: por una parte, invadir nuevamente al país con el gastado pretexto de salvar las vidas de los estadounidenses residentes; por otra, buscar soluciones de compromiso propiciando negociaciones entre conservadores y liberales. Tales negociaciones se realizaron a bordo de un barco de guerra norteamericano, y se les llamó las "conversaciones del Denver" (16 de octubre de 1926). Sin embargo, ya en esos momentos el compromiso no era posible: la propia invasión había sumado a la legitimidad constitucional de la revuelta, la legitimidad nacional. Incluso los propios liberales ya no controlaban a sus fuerzas, pues a la rebelión se habían plegado sectores populares cuyas demandas iban más allá de simples compromisos constitucionales. Por si fuera poco, los conservadores, sabiendo que no contaban con

¹¹ E. Torres-Rivas, *op. cit.*, p. 119.

¹² Sergio Ramírez, *Viva Sandino*, Wuppertal, 1976, p. 17.

¹³ J. Wheelock, *op. cit.*, p. 112.

¹⁴ Claribel Alegría y D. J. Flakoll, *Nicaragua, la revolución sandinista, una crónica política 1855-1979*, México, Era, 1982, p. 47.

más apoyo que el de los militares golpistas y el de Estados Unidos, consideraban capitulación cualquier tipo de arreglo con los liberales. Así, mientras conservadores y liberales buscaban un imposible nuevo pacto, la en un principio simple revuelta liberal se estaba transformando en una auténtica revolución nacional.

Precisamente en esos mismos días regresaba a Nicaragua, después de muchos años de ausencia, un hombre de místico carácter y de un sentido patriótico extraño y profundo. Ese hombre, seguido por 29 obreros de la mina de San Andino, armados con malísimos rifles comprados a contrabandistas hondureños, decidió plegarse a las tropas constitucionalistas ofreciendo sus servicios al general José M. Moncada, que no salía de su asombro. Seguramente Moncada preguntó a uno de sus subalternos: "¿Quién es este Augusto César Sandino?"

¿Quién era ese Augusto César Sandino?

SANDINO

El que iba a ser jefe de uno de los movimientos nacional-populares más impresionantes de América Latina nació en Ni-quinohomo, el 18 de mayo de 1895 (departamento de Masaya). Su madre era una criada y su padre, hijo de un hacendado, no lo reconocería como hijo hasta 1906. A los quince años se inició en el negocio de venta de granos y con el poco dinero que obtenía ayudaba a mantener a su madre y a sus hermanos. Quizá el hecho de verse continuamente discriminado por su madrastra desarrollaría en él una personalidad orgullosa, así como un rechazo visceral a todo tipo de injusticias, pues él mismo las experimentaba a diario.

En 1920 Sandino comenzó a officiar de mecánico y aprendió el manejo del torno. En 1921, en vísperas de contraer matrimonio, tuvo una pelea callejera con un comerciante a quien hirió de un balazo en una pierna. Sandino, acompañado de su primo Santiago, debió huir a Honduras, donde comenzó un variado itinerario. En 1921 trabajó en la Ceiba como guardalmacén del ingenio Montecristo, propiedad de la Honduras Sugar and Distilling Co. En 1923 lo encontramos como jefe de cuadrillas de limpieza en el pueblo de Montecristo; desde ahí se trasladará a Quiriguá, Guatemala, donde trabajó en las plantaciones de la United Fruit Company. Luego emigró a Tampico y Tamaulipas en México, donde trabajó en la South Pennsylvania Oil Co. En 1925 trabajó en la Huasteca Petroleum Co. en la refinería de Cerro Azul, Veracruz, como jefe

del departamento de venta de gasolina. El 1 de junio de 1926 regresó a Nicaragua. Luego de visitar a su familia consiguió empleo en la mina de San Albino, cerca de la frontera con Honduras, como agente pagador principal. "Tanto él como sus compañeros trabajaban 15 horas diarias, estaban mal alimentados, dormían en el suelo de las barracas y se les pagaba con bonos que no tenían ningún valor, salvo en la tienda de la compañía, donde todo era más caro. El dueño de la mina era un norteamericano, Charles Butler."¹⁵

Trabajador trashumante durante mucho tiempo, Sandino no había conocido relaciones estables de pertenencia, lo que debe haber exacerbado en él una suerte de nostalgia por su tierra. Al mismo tiempo, al trabajar en varias empresas norteamericanas había experimentado en carne propia los sistemas de explotación que imperaban en ellas, de modo que su nostalgia patriótica pudo haber confluído con un profundo sentimiento antinorteamericano. Además no hay que olvidar las influencias políticas que provenían del periodo histórico. La revolución mexicana causó en él una profunda impresión y las reformas sociales que de ella resultaban deben haberlo obligado a pensar en la distinta realidad que vivía su país.¹⁶ Además, para muchos trabajadores la revolución rusa de 1917 tenía un sentido casi mágico, y Sandino participó posiblemente en muchas discusiones y actos políticos en donde se hablaba de "la patria del proletariado", si bien es cierto que nunca se adhirió a ideario socialista alguno. En fin, podemos creer que, a la hora de su regreso, Sandino era una persona política y personalmente madura para insertarse en el proceso que comenzaba a vivir su país.

El nacionalismo en Sandino

Acerca de cómo ese nacionalismo de sus años de ausencia fue tomando forma política, el mismo Sandino relata que (alrededor de 1925) "por mi carácter sincero logré rodearme de un grupo de amigos espiritualistas con quienes día a día comentábamos la sumisión de nuestros pueblos de la América Latina, ante el avance hipócrita, o por la fuerza, del asesino imperio yanqui. En uno de aquellos días manifesté a mis amigos que si en Nicaragua hubieran cien hombres que la

¹⁵ *Ibid.*, p. 51.

¹⁶ Edelberto Torres Espinoza, *Sandino y sus pares*, Managua, Nueva Nicaragua, 1983, p. 31.

amaran tanto como yo, nuestra nación restauraría su soberanía absoluta, puesta en peligro por el mismo imperio yanqui".¹⁷

El nacionalismo de Sandino se definía, pues, en primera línea, en contra de Estados Unidos, sin que adquiriera al comienzo una forma antimperialista. Más bien la suya era la indignación elemental de un patriota que sufría al ver su pequeño territorio ocupado por tropas extranjeras. Así nos explicamos que después su odio a Estados Unidos se manifestara en expresiones en las cuales no estaba ausente ese "racismo de los antirracistas" que Sartre observó en las luchas de liberación de los pueblos débiles.¹⁸ Continuamente Sandino se refería a los norteamericanos con el apelativo de "bestias rubias", y su nacionalismo se expresaba a veces en frases tan exaltadas como ésta: "Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule más que cualquiera [otra] la sangre indio americana, que por atavismo encierra el misterio de ser leal y sincera."¹⁹ Igualmente, en un manifiesto político de 1927 dirigido a los soldados norteamericanos, podemos leer: "Venid gleba de morfinómanos; venid asesinos en nuestra propia tierra, que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros, pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes."²⁰

La idea nacional en Sandino aparecía casi siempre entrecruzada con alocuciones místicas y proféticas, a veces muy vagas y difusas. Ese misticismo, quizá formado en sus años juveniles, no dejaba de llamar la atención de quienes le conocieron, como Carleton Beals quien, muy impresionado, escribió: "Hay algo de religioso en la ideología de este hombre. Muy a menudo, Dios figura en sus frases. 'Dios es el que dispone de nuestras vidas' o bien, 'ganaremos Dios mediante' o 'Dios y las montañas son aliados nuestros'. Sus soldados repiten a menudo estos dichos."²¹

Las continuas referencias a Dios, y también al amor, "como fuente universal de la vida", se complementaban en Sandino con su pertenencia a la masonería (además era miembro del Partido Liberal) y a organizaciones teosóficas y espiritistas.

¹⁷ Sergio Ramírez, *El pensamiento vivo de Sandino*, San José, Costa Rica, 1974, p. 53.

¹⁸ Jean Paul Sartre, Prólogo a Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 24.

¹⁹ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 87.

²⁰ *Ibid.*, p. 89.

²¹ *Ibid.*, p. 122.

tas.²² A veces sus manifiestos políticos se mezclaban con ideas mesiánicas. Por ejemplo, en uno de ellos llamado "Luz y Verdad", dirigido a su ejército, leemos: "Impulsión divina es lo que anima y protege a nuestro Ejército, desde su principio, y así lo será hasta el fin [...] Pero bien, hermanos, todos vosotros presentís una fuerza superior a vosotros mismos y a todas las otras fuerzas del Universo. Esa fuerza invisible que tiene muchos nombres, pero nosotros la hemos conocido con el nombre de Dios."²³ Tales expresiones de Sandino (y en su correspondencia hay muchas más) provocaban las burlas de sus enemigos, como fue el caso de Somoza.²⁴ Pero lo que tales enemigos no pudieron entender fue por qué aquel nacionalismo rodeado de alucinaciones místicas logró prender con tanta fuerza entre los seguidores de Sandino. Incluso apologistas de Sandino, no pudiendo tampoco entender el sentido mesiánico del movimiento sandinista originario, han tratado de convertir a Sandino en una especie de socialista "natural", esto es, algo ignorante, pero socialista al fin. Curiosamente, este mismo argumento fue el que trató de utilizar Somoza en su libro. Escribía el dictador: "Aunque Sandino, antes y durante su compañía manifestó ser liberal, sus tendencias ideológicas siempre fueron de sabor comunista."²⁵ Pero cualquier estudio acerca de Sandino —incluso el de Somoza— puede mostrar que todo su misticismo giraba en torno a su gran obsesión: la idea de la independencia nacional.

Precisamente el encendido nacionalismo de Sandino constituía la línea demarcatoria que lo separaba de la mayoría de la clase política del país (incluyendo a los liberales). Más aún, creemos que es posible afirmar que fue el nacionalismo radical de Sandino lo que lo llevó a acercarse a la cuestión social y no a la inversa. En otros términos: la ruptura de Sandino con los sectores liberales tradicionales lo llevaría a vincularse con sectores sociales subalternos mucho más dispuestos a llevar la lucha nacional hasta el final, pues tal ruptura era también vista como un medio para hacer cumplir sus propios intereses y derechos. El mismo Sandino nos relata cómo desde el comienzo entró en contradicciones con aquel "nacionalismo de clase alta" que caracterizaba a la mayoría de los liberales. "Sin embargo, ya en el teatro de los acontecimientos —escribía— me encontré con que los dirigentes políticos y liberales son una bola de canallas, co-

²² G. Selser, *op. cit.*, p. 113.

²³ *Ibid.*, p. 119.

²⁴ Anastasio Somoza, *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, Managua, Tipografía Robelo, 1936, pp. 486-487.

²⁵ *Ibid.*, p. 455.

bardes y traidores, incapaces de poder dirigir a un pueblo patriota y valeroso. Hemos abandonado a estos directores y entre nosotros mismos, obreros y campesinos, hemos improvisado a nuestros jefes.”²⁶

Sandino fue pues el más destacado representante de una cuestión nacional hasta entonces no resuelta por la clase dominante nicaragüense (diferencia importante entre Nicaragua y otros países latinoamericanos). El mismo Sandino, en momentos avanzados de la lucha, llegó a sentirse representante de la cuestión nacional y de la social *al mismo tiempo*: “Que soy plebeyo, dirán los oligarcas, o sea, las ocas del cenegal. No importa: mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos que son el alma y el nervio de la raza.”²⁷ Pero no sólo Sandino era “plebeyo”: los “generales” que mandaban las ocho columnas de su “ejército” (que nunca llegó a tener más de dos mil miembros regulares) eran mineros y campesinos.²⁸

Lo esencial en Sandino es que representaba un punto de continuidad y al mismo tiempo de ruptura con la historia de Nicaragua. De continuidad, porque su punto de partida se encuentra en la llamada “revolución liberal”, que consideraba, al mismo tiempo, traicionada por los propios liberales. A su modo, se consideraba representante de una tradición política interrumpida o, como él mismo escribió: “La revolución liberal está en pie. Hay quienes nos han traicionado y quienes no claudicaron ni vendieron sus rifles para satisfacer la ambición de Moncada.”²⁹ Así, aunque la revolución era liberal, era también vista por Sandino como una revolución social. Muy claro era en ese sentido Sandino al escribir al representante norteamericano en Nicaragua: “No crea que esta lucha tiene como origen o base la revolución del pasado; hoy es la del pueblo nicaragüense en general, que lucha por arrojar la invasión extranjera en mi país.”³⁰

Sobre todo, el proceso dejó de ser el mismo que en sus orígenes cuando en el plano internacional empalmó con la generalizada idea antimperialista. Pero, por supuesto, para que Sandino llegara a reconocer el sentido objetivo que tomaba su movimiento, fue necesario que él mismo realizara un proceso de aprendizaje. Por ejemplo, sus referencias internacionalistas eran, aun en las fases más avanzadas de la lucha, de un carácter predominantemente retórico, como lo demuestran las confesiones que hacía a Max Grillo, el 2 de junio

²⁶ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 55.

²⁷ *Ibid.*, p. 88.

²⁸ Mayo Antonio Sánchez, *op. cit.*, p. 55.

²⁹ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 88.

³⁰ *Ibid.*, p. 117.

de 1928: “Mi patria, aquello porque luchó, tiene por fronteras la América española. Al empezar mi campaña pensé sólo en Nicaragua; luego, en medio del peligro, y cuando me di cuenta que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentose mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros.”³¹ Sin embargo, años después, en 1933, conversando con Ramón de Belaurtegoitia, caracterizaba su movimiento de una manera mucho más precisa: “Este movimiento es nacional y antimperialista. Mantenemos la bandera de la libertad para Nicaragua y para toda Hispanoamérica. Por lo demás, en el terreno social, este movimiento es popular y preconizamos un sentido de avance en las aspiraciones sociales.”³² En otras palabras, la inconsecuencia de los liberales había convencido a Sandino de que la cuestión nacional (frente a Estados Unidos) no podía ser resuelta por las clases dominantes, y de que para ello se requería una revolución popular.

Por otro lado, en la medida en que el movimiento de Sandino profundiza sus raíces populares, aumenta su capacidad militar y con ello se convierte en un punto de atracción para todos aquellos sectores políticos que, fuera de Nicaragua, ven en Sandino la reencarnación de sus ideales internacionalistas. Como ya hemos dicho, el nacionalismo de Sandino no se expresaba originariamente en términos antimperialistas. Pero cuando descubrió que las hazañas de su “pequeño ejército loco”³³ habían traspasado las fronteras del país y recibía visitas de corresponsales de los diarios más importantes del mundo, de intelectuales como Carleton Beals, mensajes de solidaridad y apoyo de congresos antimperialistas e incluso de políticos democráticos de Estados Unidos, él mismo comienza a considerarse parte de un ejército antimperialista de carácter internacional. Y no le faltaban razones. El nombre de Sandino era aplaudido en Moscú, en 1928 en el VI Congreso Mundial de la Komintern; en el Primer Congreso Antimperialista, en Frankfurt, 1928; una de las divisiones del Kuomintang chino se llamaba “división Sandino”.³⁴ Hasta tal punto era popular la gesta de Sandino, que un padre que había perdido a su hijo, precisamente luchando contra Sandino, escribía el 3 de enero de 1928 una carta al diario

³¹ *Ibid.*, p. 158.

³² *Ibid.*, p. 280.

³³ G. Selser, *El pequeño ejército loco*, La Habana, 1960, p. 201 [editado también por Abril, en Buenos Aires, y por Nueva Nicaragua, en Managua].

³⁴ La habilidad de Sandino para atraer la publicidad era uno de sus rasgos que más exasperaban a Somoza. Véase A. Somoza, *op. cit.*, p. 82.

The Nation dirigida al presidente Calvin Coolidge en la que se lee: "Por esta muerte de mi hijo, yo no guardo rencor contra el general Sandino ni contra ninguno de sus soldados, porque creo y siento que el noventa por ciento de nuestro pueblo siente lo mismo, que ellos están luchando por su libertad del mismo modo que nuestros antepasados lucharon por la nuestra en 1776."³⁵ El propio Somoza no podía menos que confirmar en su libro la atracción que ejercía la figura de Sandino: "Las filas de Sandino se engrosaban con aventureros de todas las nacionalidades, muchos de ellos perseguidos por la justicia, que encontraban magnífico campo a sus hazañas bajo la bandera rojinegra que empuñaba el 'héroe' de Las Segovias."³⁶

Muy pronto Sandino percibió la eficacia de las relaciones internacionales y decidió utilizarlas en su favor convirtiéndose en un maestro de la propaganda política.³⁷ Por ejemplo, el 4 de agosto de 1928 escribía una carta abierta a los presidentes latinoamericanos explicando las razones de su lucha. El 6 de marzo de 1929 escribió al presidente Hoover una carta que al mismo tiempo es un manifiesto político; el 12 de marzo escribió al presidente Romero Bosque, de El Salvador, y el 20 de marzo al presidente argentino Hipólito Irigoyen. En mayo y junio viajó a México y Guatemala y el 29 de enero de 1930 se entrevistó con el presidente mexicano Portes Gil. Tanto se entusiasmó Sandino con sus éxitos diplomáticos, que en 1931 decidió escribir una carta al Papa.³⁸

En síntesis, el nacionalismo de Sandino debe ser entendido como un proceso de desarrollo que comienza en aquel momento nacional abierto por contradicciones en el interior del bloque de dominación política y culmina con la autonomía del movimiento sandinista en ese contexto y con su autorreconocimiento como popular y antimperialista.

Constitución de la tendencia liberal-popular-sandinista

El movimiento de liberación nacional se dividió desde un comienzo en dos tendencias antagónicas: una liberal-oligárquica representada en el grueso de los ejércitos constitucionalistas, y otra liberal-popular dirigida por Sandino.

El mismo general Moncada, quizás advirtiendo la potencialidad de aquel grupo de trabajadores descalzos encabezados

³⁵ G. Selser, *El pequeño ejército...*, cit., p. 201.

³⁶ A. Somoza, *op. cit.*, p. 86.

³⁷ Véase Gustavo Alemán Bolaños, *Sandino, el Libertador*, México-Guatemala, 1952, p. 59.

³⁸ *Ibid.*, pp. 59-60.

por el altanero Sandino, negó terminantemente la entrega de armas al pequeño destacamento (diciembre de 1926). La exigencia de Moncada a Sandino fue que éste se integrara a sus columnas en calidad de simple soldado³⁹ y que sus hombres sirvieran de retaguardia mientras que él se internaba hacia la capital por el lado de Matagalpa, condiciones que Sandino no aceptó. Producida la escisión, Sandino se internó en el territorio de Las Segovias. Sus primeros enfrentamientos con las tropas norteamericanas no fueron más que derrotas. Por lo mismo, la primera victoria, obtenida en febrero de 1927 en San Juan de Segovia, constituyó un fuerte incentivo moral. A partir de esos momentos Sandino tuvo que ser reconocido por Moncada. Ya en 1927, Sandino había constituido un verdadero "territorio libre" en Las Segovias, desde donde operaba con más de quinientos hombres.

Pero los planes de Moncada eran muy distintos a los de Sandino. El general constitucionalista hacía la guerra no para liberar al país de las tropas de ocupación, sino para que Estados Unidos reconociera a los liberales y no a los conservadores como gobernantes legítimos. Tan modesto objetivo fue logrado en el Pacto del Espino Negro entre Moncada y el enviado norteamericano Hemyl Stimson, en donde se acordó que después de que Díaz concluyera su periodo presidencial se celebrarían elecciones el 1 de enero de 1929, que serían supervisadas por Estados Unidos. De paso, Moncada aseguraba el apoyo norteamericano para su propia candidatura presidencial. El precio de dicha operación no era otro que el de deponer las armas. Los generales adictos a Moncada acataron la orden. Pero Sandino no.

Después de cavilar tres días, Sandino llegó a la conclusión de que no tenía más alternativa que romper definitivamente con los constitucionalistas. Esa ruptura la planteó públicamente en Jinotega, dando muestras de un fino sentido político pues lo hizo no en nombre de su ejército sino del Partido Liberal de Las Segovias, reclamando para sí la continuidad de la lucha. Cuenta Sandino: "A mi llegada a Jinotega convoqué a las principales personas de dicha ciudad para manifestarles mi resolución de luchar contra los yankees, pero que antes de presentarnos en acción, lanzáramos una protesta contra los EEUU, en nombre del Partido Liberal de Las Segovias ya que no lo podríamos hacer en nombre del Partido Liberal de Nicaragua porque ya en esos días estábamos desmembrados."⁴⁰ El 12 de mayo de 1927, Moncada se

³⁹ Sofonías Salvatierra, *Sandino o la tragedia de un pueblo*, Madrid, 1934, p. 47.

⁴⁰ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 83.

rindió a Stinger y sus tropas desarmadas entraban en Managua el 15 de mayo. Ese mismo día Sandino se replegaba a San Rafael del Norte para preparar la resistencia.

En esos momentos comenzaba la famosa gesta sandinista.

Una guerra desigual

No nos detendremos aquí a relatar la conocida gesta militar de Sandino.⁴¹ Digamos solamente que en un período relativamente corto, y pese a lo poco numeroso de su contingente, logró ligar sus acciones con una serie de reivindicaciones urbanas, rurales e indígenas de la población. Por ejemplo, en una circular enviada a sus lugartenientes el 27 de agosto de 1927, decía Sandino: "Nuestro Ejército se prepara a tomar las riendas de nuestro poder nacional, para entonces proceder a la organización de grandes cooperativas de obreros y campesinos nicaragüenses, quienes explotarán nuestras propias riquezas naturales, en provecho de la familia nicaragüense en general."⁴² De este modo, el secreto de los éxitos militares de Sandino no se encontraba sólo en su inteligencia militar —de por sí muy grande—, sino sobre todo en la política social practicada en las "zonas liberadas". En efecto, en ellas tenían lugar profundas reformas agrarias, que respetaban la pequeña propiedad campesina. En este sentido, la política agraria de los sandinistas parece haber sido mucho más amplia de lo que se deja ver en las declaraciones de Sandino.⁴³

Ni los aviones norteamericanos podían con ese ejército mal armado, pero confundido con la naturaleza y con la sociedad agraria. A ello se agrega el talento militar de Sandino. Como relata Sofonías Salvatierra, Sandino empezó a organizar sus ejércitos de esta manera: "Ordenó que se formaran en filas los primeros que iban con él, y les preguntaba si tenían familia, o finca, o casa. Si decían que sí, les mandaba que se desarmaran. Yo no quiero, decía, hombres que me abandonen en medio de la lucha por amor a sus intereses."⁴⁴ A ese ejército se sumaba a veces el llamado 'coro de los ángeles' formado por niños huérfanos o abandonados recogidos por los combatientes quienes, con espantosas griterías, desconcertaban a las tropas enemigas. La principal táctica utilizada era 'la guerrilla que sorprende al contrario en la em-

⁴¹ Acerca del tema, véase G. Alemán Bolaños, *op. cit.*

⁴² A. Somoza, *op. cit.*, p. 354.

⁴³ Véase Jaime Marín, *La revolución sandinista*, Buenos Aires, Anteo, 1984, p. 15.

⁴⁴ S. Salvatierra, *op. cit.*, p. 56.

boscada y cuya fuerza central de éxito es el espionaje del cual [Sandino] se servía maravillosamente".⁴⁵

Muy pronto, los propios norteamericanos se vieron obligados a reconocer que Sandino no era un bandido "sino un patriota inteligente que defiende con derecho su nativo hogar", como decía el representante estadounidense Lewis en un comunicado.⁴⁶

También para las clases altas del país, Sandino se estaba transformando en un problema muy grave, tanto más grave si se toma en cuenta que algunos movimientos de trabajadores, como la huelga en el muelle de Corinto, el 13 de febrero de 1928, se consideraban parte del "sandinismo". Liberales y conservadores, unidos, no vacilaban en apoyar las tropas norteamericanas en contra de Sandino y el obispo de Granada, Monseñor Canuto Reyes, llegó al extremo de bendecir las armas de los *marines* que salían a combatir a Las Segovias (febrero de 1928). Pero mientras más se alargaba la guerra, más impopular era en Estados Unidos. Periodistas norteamericanos relataban las espantosas masacres cometidas por los *marines* entre la población nicaragüense y daban a conocer los traslados forzados de campesinos, la construcción de campos de concentración, bombardeos a pueblos y aldeas indefensas, con lo que llenaban de indignación a vastos sectores de la opinión pública. El 12 de noviembre de 1930, The Foreign Police Association relataba que, como consecuencia de deportaciones y concentraciones forzadas de campesinos, habían perecido más de doscientas personas. Al mismo tiempo el nombre de Sandino se había convertido en una leyenda y el propio presidente Edgar Hoover tuvo que comprender que una victoria total sólo era posible masacrando a enormes contingentes de la población nicaragüense, medida cuyos costos políticos eran incalculables. Captando esos dilemas, el inteligente Sandino escribió una carta al presidente norteamericano en donde le señalaba: "Hoy se encuentra la democracia de los Estados Unidos de Norteamérica al borde del abismo y usted puede contenerla o empujarla."⁴⁷

De este modo, a partir de 1931, a Estados Unidos no le quedaba más posibilidad que buscar una "retirada honrosa" de Nicaragua.

El gobierno norteamericano se encontró, sin embargo, frente a una situación paradójica: ya en 1932 estaba dispuesto a conceder la principal exigencia de Sandino, el retiro inmediato de las tropas; pero esta vez eran los propios liberales

⁴⁵ *Ibid.*, p. 71.

⁴⁶ G. Alemán Bolaños, *op. cit.*, p. 52.

⁴⁷ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 167.

quienes se oponían y el candidato presidencial Juan Bautista Sacasa envió, en junio de 1932, un emisario a Washington a solicitar que los *marines* no fueran retirados. Ello prueba que la oligarquía nicaragüense ya había comprendido que la guerra nacional llevada a cabo por los sandinistas amenazaba convertirse en una revolución social.

Sandino también se encontraba en un dilema: sabía que la expulsión de los norteamericanos sólo podía ser alcanzada sobre la base de un "acuerdo nacional" pero, a la vez, para que éste fuera posible era necesario posponer una revolución social que ya estaba comenzando. No obstante, renunciar a tal acuerdo significaba abandonar la que después de todo era la bandera más notoria de la resistencia sandinista: la independencia nacional. Y sin esa bandera, la guerra no podía ser ganada, ni política ni militarmente. En otros términos: una revolución social sin contenido nacional no era posible. Probablemente Sandino pensó que, gracias a las fuerzas acumuladas por su movimiento, el proceso social ya desatado podía después ser continuado por vías políticas y que la tarea inmediata era lograr el retiro de las tropas de ocupación.

Aunque Sandino no estaba de acuerdo, las elecciones de 1932 fueron supervisadas por Estados Unidos. Como se esperaba, el vencedor fue Sacasa. El 1 de enero, los *marines* se retiraron de Nicaragua. Ni Sacasa ni el propio recato de Sandino podían ocultar que se retiraban derrotados. Quizás exageran quienes afirman que Sandino fue una especie de "padre espiritual del general Giap",⁴⁸ pero por otra parte es cierto que lo que sucedería en Vietnam años después, ya había tenido un pequeño precedente histórico en América Latina. En ambos casos, la victoria sobre la potencia militar más grande del planeta fue lograda a partir de una combinación tácita entre una resistencia nacional y popular y la presión de la "opinión pública mundial".

El 2 de febrero, Sandino fue ovacionado como un vencedor en las calles de Managua. "Ya somos libres; gracias muchachos; somos hermanos y yo traigo la paz",⁴⁹ decía el pequeño gran general, emocionado. Ese mismo día firmó un tratado de paz en que se estipulaba que "El general Augusto César Sandino, por medio de sus delegados y los representantes de ambos partidos, declaran: que en virtud de la desocupación del territorio patrio por las fuerzas extranjeras, se abre indudablemente una era de renovación política fundamental en nuestra existencia pública."⁵⁰

⁴⁸ M. A. Sánchez, *op. cit.*, p. 50.

⁴⁹ A. Somoza, *op. cit.*, p. 448.

⁵⁰ S. Ramírez, *El pensamiento...*, cit., p. 280.

Sandino sabía que corría un riesgo muy grande, pues los norteamericanos al retirarse habían dejado una herencia: la Guardia Nacional, encabezada por un personaje siniestro: Anastasio Somoza. En una carta a la señora Lidia de Barahona, escrita el 15 de marzo de 1933, señalaba Sandino: "Supongo que habrá observado que los componentes de la parte militar del país que operaron aliados con los invasores, continúan siendo nuestros enemigos."⁵¹ No fue pues por ingenuidad que Sandino se decidió a entregar las armas, como se ha sostenido más de una vez, sino porque vio que la única alternativa que tenía era la de continuar políticamente aquella revolución que había comenzado con las armas.

LA FORMACIÓN DE UN TRIPLE PODER

La Guardia Nacional había sido al principio un pequeño destacamento, pero el 16 de noviembre de 1927 los *marines* se hicieron directamente cargo de ella. El 22 de diciembre fue reestructurada, pasando a ser un microaparato de poder dependiente de Estados Unidos. En 1929 Moncada intentaría formar una guardia paralela. Sin embargo, Estados Unidos se opuso y el 19 de febrero de 1929 el Congreso Nacional fue obligado a dar vigencia legal a la Guardia: el 5 de febrero de 1931 el teniente coronel Calvin B. Mathews asumió el comando. Es significativo destacar que una de las condiciones que puso el gobierno norteamericano para retirar sus tropas fue la permanencia de la Guardia. Como anota Millet: "Estados Unidos había dado a Nicaragua el ejército mejor entrenado y mejor equipado que jamás conociera, pero también le había dado a esa nación un instrumento potencialmente capaz de aplastar la oposición política con mucha mayor eficacia que nunca antes."⁵²

La Guardia era, en efecto, una especie de embajada militar de Estados Unidos en Nicaragua. Pero, también, hacia 1932, la evolución política del país hacía necesario maquillar un poco el verdadero rostro de la Guardia, para lo cual había que encontrar un nicaragüense que fuese cien por ciento leal a Estados Unidos y que además no tuviese ningún tipo de escrúpulos. Este personaje fue localizado: Anastasio Somoza.

Somoza reunía condiciones ideales para el cargo: educado en una Business-School de Boston, Massachusetts; íntimo amigo

⁵¹ A. Somoza, *op. cit.*, p. 481.

⁵² Richard Millet, *Guardianes de la dinastía*, San José, 1979, p. 190.

del embajador norteamericano y, por si fuera poco, vinculado al gobierno establecido por ser sobrino de Sacasa. El 1 de febrero de 1933, Somoza se hizo cargo de la Guardia, que de inmediato se constituyó en un poder militar, extranacional y mercenario paralelo al gobierno civil y, dadas las condiciones de inestabilidad que regían en el germen de aquel tipo de Estado que conocemos como "somocista". Pronto la Guardia pasó a ser propiedad de Somoza. "Todos los problemas particulares [de la Guardia], hasta la beca para el hijo de un oficial o la liberación de impuestos para ingresar un automóvil, eran resueltos personalmente por Somoza, aunque se desvelara firmando papeles. De esta manera, el jefe se aseguraba una autoridad total sobre la vida de sus subordinados."⁵³

A la hora del retiro norteamericano se produjo en Nicaragua una situación que podríamos caracterizar como una trilogía de poderes, o como lo formulara Sandino (en términos que se vio obligado a desmentir para no perjudicar a Sacasa): "[...] el caso es que aquí no hay dos Estados sino tres Estados; la fuerza del Presidente de la República, la de la Guardia Nacional, y la mía".⁵⁴ Igualmente, el 19 de febrero de 1934 dirigía una carta al Presidente en la que le decía: "Comprendo sus fervientes deseos de encauzar el país dentro de nuestras leyes, pero hay el inconveniente de la existencia de dos ejércitos, o sea, el de la Guardia Nacional, con formas y procedimientos anticonstitucionales y el resguardo de Emergencia que usted tiene en Río Coco."⁵⁵

Somoza, por su cuenta, ya había advertido que en la fuerza sandinista había mucho más poder que en las que representaba el débil Sacasa y que, para quitarse de en medio a Sacasa, era preciso acabar primero con el sandinismo. De este modo inició una "guerra sucia" contra los desarmados sandinistas, lo que obligó a Sandino a reorganizar rápidamente a sus tropas. En febrero de 1934 declaró: "No entregaré las armas a la Guardia Nacional porque no es autoridad constituida. No quiero la guerra, antes abandonaré el país y no influiré en los míos para que hagan lo mismo. Han matado ya a 17 compañeros y las cárceles de Las Segovias están llenas de sandinistas."⁵⁶ El que se vivía en 1934 era un momento lleno de tensiones. En público, Somoza y Sandino

⁵³ Víctor L. Bachetta, "El desmoronamiento político de un ejército. La Guardia Nacional", en *Nueva Sociedad* 81, enero-febrero de 1986, p. 22.

⁵⁴ Humberto Ortega, *Cincuenta años de lucha sandinista*, Nicaragua, 1977, p. 72 [editado también en México por Diógenes].

⁵⁵ A. Somoza, *op. cit.*, p. 558.

⁵⁶ R. Millet, *op. cit.*, p. 203.

se fotografiaban abrazados; tras bastidores, los somocistas asesinaban a los sandinistas.⁵⁷

La estrategia de Sandino pasaba en esos momentos por dar primacía a lo político sobre lo militar, influir en el gobierno de Sacasa para que terminara con la Guardia Nacional y, mediante la presión social, inducir al Presidente a apoyarse en los sectores populares para iniciar así una política de reformas. A la vez, Sacasa necesitaba a Sandino para no quedar librado a las incontenibles ambiciones de Somoza. Gregorio Selser afirma incluso: "Las evidencias que obran en nuestro poder nos permiten conjeturar que Sacasa convenció a Sandino que necesitaba su apoyo militar para contrarrestar el de Somoza."⁵⁸ Somoza, a su vez, advirtiendo la viabilidad de la política de Sandino, intentaba apresurar los acontecimientos: obligar al jefe rebelde a tomar las armas, descalificarlo así como político y, en nombre de la lucha contra el bandolerismo, destruirlo.

El 21 de febrero de 1934, al abandonar la casa presidencial después de cenar con Sacasa, Sandino fue aprehendido por los esbirros de Somoza. En el campo de aviación fue asesinado junto con su hermano Sócrates y los generales Estrada y Manzor. El mismo Somoza, en un banquete que tuvo lugar en Granada, confesó, orgulloso, su horrendo crimen.

El segundo paso del futuro dictador fueron las masacres que mandó realizar entre los habitantes de las pacíficas colonias agrarias fundadas por Sandino en Las Segovias. El tercer paso fue el más fácil: hacerse del gobierno mediante un golpe de Estado (1936). Había nacido así el Estado somocista, uno de los más crueles y corruptos de la historia latinoamericana.

Sandinio y todo lo que él representaba parecía, aparentemente, terminado. Pero, como escribiera la poetisa chilena Gabriela Mistral: "Gracias a él, la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza."

LA CONSTITUCIÓN DEL ESTADO SOMOCISTA

El núcleo del que iba a ser el Estado somocista era la Guardia Nacional, institución semiextranjera⁵⁹ al servicio de una

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ G. Selser, *Sandinio...*, t. II, p. 249.

⁵⁹ A los tres años de creada, la Guardia tenía sólo 15 oficiales nicaragüenses, de un cuerpo de 220 oficiales (R. Millet, *op. cit.*, p. 174).

dinastía local; verdadera mafia en uniforme⁶⁰ complementada con organizaciones de tipo fascista como "los camisas azules" según el modelo de los "camisas negras" de Mussolini.

Tanto la Guardia como Somoza estaban situados fuera de las tradicionales contiendas en el interior del bloque de dominación, por lo que pudieron erigirse en una suerte de poder aparentemente independiente apoyado fuertemente desde Estados Unidos. A fin de consolidar ese poder, el dictador inició su mandato llevando a cabo un meticuloso exterminio de todos aquellos que habían seguido a Sandino. Ello contrastaba con la extrema delicadeza con que manejaba las contradicciones dentro del bloque dominante. Por ejemplo, después del golpe de 1936 no suprimió a los partidos políticos, como acostumbran hacer la mayoría de los dictadores. Más aún, guardando puntilliosamente todas las formalidades, hizo elegir a su amigo Carlos Brenes Jarquín como presidente interino; luego de seis meses, lo obligó a retirarse del gobierno y, renunciando a la jefatura de la Guardia Nacional —por supuesto, dejando en el puesto a uno de sus hombres de mayor confianza, el coronel Rigoberto Reyes—, se presentó como candidato presidencial en nombre del Partido Liberal y de una fracción del Conservador. Naturalmente, las elecciones las ganarían abrumadoramente: obtuvo 107 000 votos; la oposición ¡169!

El extraordinario respeto por las formalidades de que hacía gala Somoza no tenía nada que ver con alguna vocación democrática. Lo que sobre todo interesaba al dictador era eliminar cualquier tipo de obstáculos que impidieran el reconocimiento de Estados Unidos. Además le interesaba que las dos fracciones políticas de la oligarquía lo reconociesen como una suerte de caudillo común. En otras palabras, Somoza no suprimió la política dentro de la oligarquía; simplemente se limitó a ponerla bajo su exclusivo servicio. En efecto, los dos pilares fundamentales de la dominación somocista serían el apoyo norteamericano y la aceptación de la oligarquía local. En el fortalecimiento de esos dos pilares trabajaría Somoza arduamente.

El Estado, en esas condiciones, pasaría a ser "un Estado importado, dirigido por capataces locales".⁶¹ Los tres Somoza que estuvieron en el poder siguieron consecuentemente la máxima de que todo enemigo de Estados Unidos devenía enemigo de Nicaragua. En diciembre de 1941 declaraban la guerra a Japón —dos días después de que lo hiciera el go-

⁶⁰ Thomas Walker (editor), *Nicaragua in revolution*, Nueva York, 1982, p. 16.

⁶¹ Adolfo Gilly, *La nueva Nicaragua*, México, Nueva Imagen, 1980, p. 103.

bierno norteamericano. Además, el territorio nicaragüense fue ofrecido a Estados Unidos como base de operaciones para que interviniera en otros países latinoamericanos. Así ocurrió con la invasión a Guatemala en 1954, con el fracasado intento de invadir Cuba en 1961 y con la invasión a Santo Domingo en 1964. Como contrapartida, los oficiales de la Guardia Nacional eran formados en Estados Unidos o en las bases norteamericanas de Panamá.⁶² Frente a tanta sumisión, el presidente Roosevelt no pudo un día sino exclamar: "Somoza es un hijo de puta; pero es nuestro hijo de puta."⁶³

Con relación al fortalecimiento del segundo pilar, la oligarquía local, Somoza I se vio obligado a realizar un trabajo más sutil. Para ello recurrió a dos medios: extrema concentración del poder y una matizada utilización de mecanismos políticos.

La concentración del poder se llevó a cabo en el estilo mafioso que caracterizó siempre a esa dictadura. Por de pronto, Somoza inició su mandato aumentando el sueldo de los soldados rasos en un 50% y el de los oficiales en un 30%.⁶⁴ En el centro del sistema se situó él junto a su familia, la cual se ramificaba por medio de múltiples y sutiles relaciones de amistad y parentesco con los demás sectores de la oligarquía, estableciendo así refinados sistemas de alianza con los diversos clanes que operaban en el país. En un segundo nivel estaban los amigos íntimos del dictador, con sus respectivas familias, también entrelazadas entre sí. En un tercer nivel estaban sus "perros de presa" (oficiales matones, asesinos a sueldo, etcétera).

Pero Somoza no se contentaría con ser un simple instrumento represivo de la oligarquía y, aprovechando las ventajas que le otorgaba el control del poder político, se dedicó alegremente a aumentar su poder económico constituyéndose así en parte de esa oligarquía; por lo mismo llegó a estar en condiciones de controlarla desde sus mismas entrañas. La vinculación extrema entre economía y política es sin duda otra de las características más resaltantes del Estado somocista. En sus manos, la economía se constituye en un medio de control político y la política en un medio de control económico.

Cuando en 1933 Somoza asumió el mando de la Guardia, sólo era dueño de una modesta plantación de café llamada El Porvenir en el departamento de Carazo.⁶⁵ Pero ya en los primeros años de gobierno, su fortuna había llegado a entre

⁶² Thomas Walker, *op. cit.*, p. 17.

⁶³ Citado por M. A. Sánchez, *op. cit.*, p. 74.

⁶⁴ C. Alegría y O. J. Flakoll, *op. cit.*, p. 118.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 121.

tres y cuatro millones de dólares. Además, mediante diversas triquiñuelas, se había apoderado de enormes propiedades ganaderas.⁶⁶ La imaginación de Somoza para hacerse de riquezas no conocía límites. Entre sus "hazañas" se recuerda la incautación de las propiedades de ciudadanos alemanes con motivo de la segunda guerra mundial, que pasaron a ser parte de su fortuna privada. En ese mismo período inició la explotación sistemática de los impuestos "sucios" sobre los juegos de azar, el alcohol clandestino, las casas de prostitución y otros giros similares.⁶⁷

Somoza se dejó guiar por la máxima de dividir para vencer. Por de pronto, fundó un nuevo Partido Liberal en donde tuvieron acogida tanto antiguos conservadores como liberales que querían disfrutar de las sombras del poder. Desde ese partido planificaba sus alianzas con los demás grupos, e incluso aprovechó las aberrantes políticas de los comunistas nicaragüenses después de la segunda guerra, quienes al igual que en Cuba y otros países centroamericanos, se dedicaban a apoyar dictaduras por el solo hecho de que éstas eran aliadas de Estados Unidos en la lucha "común" contra el nazismo. Como reconocimiento por tan gratuito apoyo, Somoza hizo promulgar un llamado "código liberal" que otorgaba la legalidad a los comunistas (Partido Socialista Nicaragüense). Sólo que en 1948 el dictador volvería las espaldas a los comunistas y desataría en contra de ellos una sangrienta represión.⁶⁸

Además de su política de divisiones y alianzas, Somoza García supo dotar a su dictadura de una plasticidad que le permitía replegarse en los momentos más peligrosos para volver después con más fuerza a ocupar el poder. Por ejemplo, cuando a raíz de las movilizaciones estudiantiles de 1944, durante las cuales Somoza llenó las cárceles de estudiantes y destituyó a catorce profesores, y el propio Partido Liberal pidiera su renuncia, el astuto dictador la aceptó, pero tras bastidores pactaba con el general Moncada, de manera que muy pronto los liberales disidentes fueron a parar a la cárcel y Somoza regresaba al poder en gloria y majestad. En 1947, advirtiendo el dictador que su nombre se había convertido en el símbolo de lucha de la oposición unida, decidió retirarse del poder, permitiendo el triunfo del candidato conservador Leonardo Argüello. Como Argüello se tomó en serio la idea de luchar contra Somoza, exigiendo incluso su expulsión del

⁶⁶ R. Millet, *op. cit.*, p. 256.

⁶⁷ J. Wheelock, *op. cit.*, p. 160.

⁶⁸ Acerca de la política de los partidos comunistas latinoamericanos durante la guerra mundial, véase Boris Goldenberg, *Kommunismus in Lateinamerika*, Stuttgart, 1971, pp. 99-140.

país, éste preparó otro golpe de Estado llamado por la prensa "el Lomazo". Somoza, siempre hábil, no asumió de inmediato el gobierno, poniendo en ese puesto a un primo suyo cuyo apellido coincidía exactamente con su verdadera función: Benjamín Lacayo Sacasa. Después de un breve tiempo, ocupó el gobierno efectivo y se dedicó a realizar purgas en los partidos y en el propio ejército. Ello no le impidió, tras volver las espaldas a los comunistas, recomponer su antigua alianza con el Partido Conservador.⁶⁹ Después de la muerte de Anastasio Somoza García, a consecuencia del atentado llevado a cabo por el poeta Rigoberto Pérez (1956), sus hijos, Luis y Anastasio (Tachito), continuaron aplicando las enseñanzas del padre. Por ejemplo, cuando el presidente Kennedy intentó poner en práctica el programa de reformas contenidas en la famosa Alianza para el Progreso, los Somoza, comprendiendo que no soplaban buenos vientos, decidieron camuflarse haciendo elegir a su candidato René Schick. Debido a que Luis Somoza (1963) y Schick (1967) fallecieron, el camino quedó abierto para que nuevamente fuera restaurada la antigua fórmula de poder unipersonal, esta vez representada en Anastasio Somoza Debayle. Entre 1937 y 1967 nada parecía pues haber cambiado en la desolada realidad de Nicaragua.

Pero, como suele ocurrir, las apariencias engañan. Por debajo de ese sistema de dominación que parecía inmovible, se agitaban aguas tormentosas.

LAS GRANDES TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS

Después de la entronización de Somoza I en la economía, las contradicciones interoligárquicas fueron relativamente desactivadas. La razón parece ser simple: bajo Somoza, los grupos cafetaleros, entre los cuales él mismo se incluía, pasaron a desempeñar el papel director en el conjunto de la economía. Ello se vio a su vez facilitado por las extraordinarias alzas en los precios del café después de la segunda guerra. En 1944, el precio del café era de 0.13 dólares por libra; en 1947 de 0.244; en 1950 de 0.379, y en 1953 de 0.522.⁷⁰ A los sectores ganaderos tradicionales no les quedó más alternativa que invertir en la economía cafetalera, teniendo lugar así una concertación de intereses económicos que habían

⁶⁹ Michael Rediske, *Umbruch in Nikaragua*, West Berlin, 1984, p. 26.

⁷⁰ J. Wheelock, *op. cit.*, p. 206.

sido conflictivos en el pasado. De este modo se produce una reconfiguración en el interior del bloque económicamente dominante en donde a los diversos grupos ya "no sería posible diferenciarlos en función de las distintas formas que asume el capital social, porque constituyen una especie de capitalistas industriales-comerciantes-ganaderos-terraténientes-financieros, sólo distinguibles en el interior del capital individual por la función específica que cumple cada fracción de capital invertido en las diversas esferas de la economía".⁷¹ Y en un país como Nicaragua, donde los límites entre la economía y la política eran muy tenues, ello no podía expresarse sino en una reconfiguración política, a saber: en la "reconciliación histórica" entre liberales y conservadores, que tomó forma definida en 1950, en el llamado "pacto de los generales" concertado entre Somoza y Emiliano Chamorro; allí fue consagrada, entre brindis y vítores, "la más absoluta libertad de comercio".

Sin embargo, esos idílicos procesos de unificación se verían interrumpidos por un nuevo hecho que, al mismo tiempo que permitiría un vertiginoso auge económico del clan Somoza, significaría también el comienzo del fin de la dictadura. Nos referíamos al auge de la economía algodonera, a partir de la década de los cincuenta.

El llamado *boom* algodonero se impuso con extraordinaria velocidad. La superficie cultivada de algodón subió de 1 000 hectáreas en 1949 a 17 250 en 1951, a 88 500 en 1955, a 150 000 en 1960. En sólo cinco años (1950-1955) el monto de las exportaciones subió un 40%. Ello ocurría paralelamente con la baja de las exportaciones del café, cuyo precio, sin embargo, continuaba aumentando.⁷²

La creciente demanda algodonera no podía sino alterar las relaciones sociales y económicas establecidas. Según George Black, "la expansión de la producción de algodón tuvo una triple significación: profundización de la dependencia, afianzamiento del carácter predominantemente agrario de la burguesía y ampliación del espacio existente entre las clases dominantes y el creciente proletariado rural".⁷³ Los más afectados con el *boom* fueron, naturalmente, los pequeños campesinos dedicados al cultivo de productos alimenticios como frijol y maíz, a quienes les fueron arrebatadas grandes extensiones de tierra para dedicarlas al cultivo de algodón. Gran parte de esos campesinos fueron convertidos en trabajadores

⁷¹ Donald Castillo Rivas, *Acumulación de capital y empresas transnacionales en Centroamérica*, México, 1980, p. 71.

⁷² M. Rediske, *op. cit.*, p. 28.

⁷³ Georg Black, *Triumph of the people: the sandinista revolution in Nicaragua*, Londres, 1981, p. 81.

estacionarios; y los que no, fueron empujados a vivir en las orillas de las ciudades. En la práctica tuvo lugar una nueva recolonización interior que destruyó violentamente antiguas relaciones económicas e incluso culturales.⁷⁴ Entre esas masas agrarias no podía haber, pues, ninguna simpatía por Somoza.

También significativas para el curso de la historia inmediata del país fueron las transformaciones que a consecuencia del auge algodonero tuvieron lugar dentro de la propia oligarquía tradicional. Por de pronto, los nuevos grupos algodoneros no entraron a competir con los sectores cafetaleros (como había ocurrido en el pasado entre cafetaleros y ganaderos), puesto que los terrenos dedicados al cultivo del algodón requieren de condiciones climáticas y telúricas diferentes a los del café. Lo que sí tuvo lugar fue una reorganización del conjunto de la economía local, puesto que esta vez fueron los algodoneros quienes comenzaron a señalar el rumbo de las nuevas inversiones, lo que no podía sino exasperar a los sectores tradicionales, más aún si se tiene en cuenta que gracias al algodón se estaba formando una fracción burguesa aventurera "oportunistas, atenta a las señales del mercado para cambiar de rubro; sensible para la concesión política".⁷⁵

Los excedentes derivados de las exportaciones de la economía algodonera fueron canalizados principalmente hacia la actividad usurera. De este modo se constituyeron distintos grupos financieros competitivos entre sí y articulados a través de distintos bancos. Los principales eran el Banco de América (Banamer), fundado en 1952 "como una expresión moderna de los tradicionales intereses de los conservadores",⁷⁶ y el Banco Nicaragüense (Banic), fundado en 1953, conocido como el "banco de los liberales", que pretendía invertir las ganancias del algodón "en la industrialización y en programas de integración regional dictados por la política norteamericana durante los años setenta".⁷⁷

Como es fácil de entender, de todos los grupos económicos ninguno estaba en mejores condiciones de imponerse sobre los demás que el de Somoza. Pero al mismo tiempo la extrema concentración de riquezas (mucho más que la simple concentración del poder político) o, lo que es igual, la transformación de la dictadura de militar-económica en económica-militar, fue un factor que atizó las diferencias dentro de la oligarquía y además posibilitó que muchos de sus miem-

⁷⁴ Véase J. Biderman, *cit.*, p. 15.

⁷⁵ E. Torres-Rivas, *op. cit.*, p. 138.

⁷⁶ G. Black, *op. cit.*, p. 38.

⁷⁷ *Ibidem*.

bros terminaran preguntándose si era conveniente seguir alimentando a un monstruo que amenazaba devorarlos.

UNA RESISTENCIA DESARTICULADA

Desde la llegada al poder del primer Somoza, la "política" había estado fundamentalmente concentrada en el interior de la oligarquía, y se expresaba por medio del típico *antagonismo* entre conservadores y liberales —a veces artificial, y casi siempre manipulado por Somoza. Para otro tipo de contradicciones, como las movilizaciones de masas y estudiantiles de 1944, Somoza tenía la respuesta adecuada: represión. Los sectores populares, víctimas de los procesos de acumulación que tenían lugar, reprimidos sistemáticamente, no estaban en condiciones de articularse entre sí; lo más que podía ocurrir eran desesperadas y aisladas rebeliones, fácilmente aplastadas por la Guardia Nacional.

Somoza se había preocupado de destruir sistemáticamente no sólo al sandinismo, sino lo que éste había llegado a representar. El nombre mismo de Sandino estaba prohibido. Los principales generales de Sandino habían sido asesinados. Dos sobrevivientes, Ramón Raudales y Heriberto Reyes, con muchos años de más, pero siempre infatigables, organizaron las primeras guerrillas de 1958.⁷⁸

Del lado de la izquierda marxista, especialmente de los comunistas, no había ningún peligro para Somoza. A la inconsistencia teórica relativa a postular una revolución proletaria o burguesa en un país donde el "proletariado" y la "burguesía" apenas existían, se sumaba una historia llena de equivocaciones, como por ejemplo haber caracterizado a Sandino, en lenguaje marxista, con el negativo calificativo de "pequeño-burgués nacionalista",⁷⁹ y haber colaborado con Somoza durante los años cuarenta, siguiendo la política de la Tercera Internacional. Quizá fueron esas experiencias las que hicieron decir a Tomas Borge: "creo que una de las características de la revolución de Nicaragua es que el marxismo no tiene historia en este país".⁸⁰

Desde luego, como en todo el mundo, también existía en Nicaragua una fracción intelectual que no era susceptible

⁷⁸ H. Ortega, *op. cit.*, p. 82.

⁷⁹ Harry Vanden, "The ideology of the insurrection in Nicaragua", en Walker, *op. cit.*, p. 92.

⁸⁰ ALAI, núm. 83, año X, segunda época, septiembre de 1986, Quito, p. 12.

de absorción por el régimen. Pero ésta no disponía ni de un discurso propio, ni de una relación orgánica con los demás sectores sociales del país. Naturalmente, aún antes de que apareciera el nuevo sandinismo organizado, muchos grupos buscaban una relación de continuidad con los años treinta y, sobre todo, con Sandino. No deja de ser ilustrativo mencionar que hasta 1961 se habían originado en Nicaragua nada menos que diecinueve grupos que se denominaban sandinistas. En ese sentido, lo que había sido el nombre de Martí para los revolucionarios cubanos, lo fue el de Sandino para los nicaragüenses. Pese a los esfuerzos de los Somoza, el fantasma de Sandino seguía presente.⁸¹ Pero también hay que decir que las interpretaciones de la gesta de Sandino eran muy distintas entre los diversos grupos, esto es, variaban de acuerdo con los colores ideológicos de cada uno de ellos.

Un impulso importante para la reconstitución ideológica de la izquierda nicaragüense provino de Cuba. La ideología que derivó de la revolución cubana partía de la premisa de que las condiciones revolucionarias estaban objetivamente dadas en la mayoría de los países latinoamericanos. Más todavía, a diferencia de lo que postulaban los PC latinoamericanos, tal ideología planteaba la unidad de la lucha antimperialista con la anticapitalista, destacando que en América Latina no existían "burguesías nacionales". Ahora bien, estando dadas las "condiciones objetivas", las "subjetivas" había que crearlas. Los encargados de crearlas deberían ser los núcleos guerrilleros quienes, con su ejemplo armado, catalizarían en su torno las contradicciones principales de la sociedad. La guerrilla, "foco" inicial de la revolución, de acuerdo con la teoría de Régis Debray, los escritos del Che Guevara y los discursos de Fidel Castro, se transformaría, como en Cuba, en un ejército popular que tomaría el poder y crearía las condiciones para construir el socialismo. Cientos de jóvenes escuchaban el llamado de la revolución y no pocas veces, sin tener mayores experiencias militares, subían a las montañas de sus países. Nicaragua no sería una excepción.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), fundado por Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge y Silvio Mayorga, provenía en gran parte de fracciones radicalizadas del Partido Socialista Nicaragüense y seguía, en principio, la orientación "foquista". El primer "foco", al mando de Fonseca y del coronel Santos López, fue establecido entre los ríos Bocay y Coco. Ese primer intento fracasó debido a su

⁸¹ Demetrio Polo-Cheva y Erick Süssdorf, "Nicaragua: Die historischen Bedingungen einer demokratischen Revolution", en *Lateinamerika, Analyse und Berichte*, 4, West Berlin, 1980, pp. 21-24.

aislamiento social y geográfico. Para muchos comenzaba a quedar claro que para formar un ejército de liberación nacional no bastaba empuñar las armas y gritar "abajo Somoza".

El FSLN estableció, sin embargo, sólidas raíces en el movimiento estudiantil, sobre todo en las ciudades de León y Managua. Por medio de los estudiantes lograron crear además algunos enlaces con las poblaciones "periféricas". También el nuevo movimiento captó desde un principio bastantes simpatías entre miembros de la Iglesia católica. Todo eso demuestra que existían condiciones para que la organización revolucionaria se vinculara con sectores sociales subalternos. Pero fue el mismo vanguardismo militarista del FSLN el factor que bloqueó esa posibilidad. Acerca del aislamiento de la guerrilla, cuenta el propio Tomás Borge que en 1967 "cuando nosotros estuvimos en Pancasán no contábamos con la ayuda de nadie. Estábamos solos, como alguna vez se sintió Sandino [...] No teníamos pistolas ni cuadros suficientes para hacer una recuperación bancaria. Entonces, con las poquísimas armas que teníamos decidimos reiniciar aquellas acciones de recuperación en los bancos, que nos costaron muchas vidas".⁸² Por cierto, los mecanismos de autodefensa ideológica impedían a los combatientes reconocer las razones exactas de su aislamiento, creyendo las más de las veces que sus causas eran puramente organizativas. Así, para Carlos Fonseca, a fines de 1969, una de las principales razones del aislamiento era "la falta de una adecuada organización revolucionaria. En cuanto a la composición de los llamados grupos revolucionarios, debe señalarse que eran de extracción artesanal y obrera, con un bajísimo nivel político e ideológico".⁸³ Tal aislamiento político facilitaría la represión militar. En 1973, varios de los dirigentes más importantes del movimiento habían sido asesinados, entre ellos Oscar Turcios y Ricardo Morales. Tales fracasos no podían desencadenar sino discusiones en el interior del FSLN, aunque por lo común éstas eran resueltas con golpes de autoridad y expulsiones mutuas. En 1976, por ejemplo, el después destacado dirigente revolucionario Wheelock era expulsado por Borge y Ruiz. Ese mismo año, como una reacción en contra del sectarismo interno, fue tomando forma la "tendencia insurreccional", denominada inicialmente por las demás fracciones, en un sentido peyorativo "los terceristas", que tendría una importancia más que decisiva a la hora de la revolución. La fracción originaria fue conocida con el nombre de "Guerra

⁸² Citado por C. Alegría y D. Flakoll, *op. cit.*, p. 179.

⁸³ Carlos Fonseca, *Bajo la bandera del sandinismo*, Managua, Nueva Nicaragua, 1981, p. 184.

Popular y Prolongada". Otra fracción, que sustentaba un marxismo-leninismo bastante rígido y dogmático, fue conocida como la Tendencia Proletaria.⁸⁴

Uno de los golpes más fuertes recibidos por el FSLN fue la muerte en las montañas de su máximo dirigente Carlos Fonseca, que era miembro de la tendencia originaria. Fonseca es considerado, con toda razón, uno de los pioneros de la revolución. Sus primeras prácticas políticas las había iniciado en 1950, en el Instituto de Matagalpa. En 1954 fundó la revista *Segovia*, de características intelectuales y políticas; al mismo tiempo formaba parte de grupos de estudio marxistas. En 1956 se matriculó en la Universidad Nacional. Allí dirigió el periódico universitario y comenzó a militar en el Partido Socialista Nicaragüense. En 1957 organizó manifestaciones exigiendo la libertad de Tomás Borge. En 1958 fue expulsado a Guatemala. En 1959 viajó a Cuba. Apoyado por el gobierno cubano preparó una invasión a Nicaragua, que terminó en la sangrienta masacre del Chagual en la que Fonseca resultó herido. En ese mismo periodo rompía definitivamente con el PSN.

El periodo de "lucha de tendencias" dentro del FSLN se extendió hasta pocos momentos antes de la insurrección popular, lo que en cierto modo era expresión de su aislamiento social y político. Así, el FSLN llegaría a encontrarse situado en medio de una situación prerrevolucionaria que la organización no había creado y que, por lo menos en sus primeras fases, no estaba en condiciones de entender. En tal sentido es posible afirmar que las diferencias entre el FSLN y los demás movimientos guerrilleros del continente no residían en el Frente mismo sino en las condiciones objetivas donde estaba situado. En efecto, mientras muchos guerrilleros latinoamericanos, a través de su ejemplo armado, intentaban subvertir a las "masas" de sus respectivos países, a veces en situaciones determinadas por la existencia de gobiernos parlamentarios (Venezuela, Colombia, Uruguay, Perú, Argentina), en Nicaragua, el FSLN desafiaba a una dictadura corrupta, dividida internamente y odiada por la gran mayoría de la población. En esas condiciones, la tarea principal del FSLN no consistiría en crear una situación revolucionaria sino en concertar sus acciones con los demás sectores antisomocistas en el marco de una situación revolucionaria que estaba objetivamente dada. A esa realidad también pertenecía su pasado; la tradición nacionalista de Sandino seguía presente y ninguna fracción sandinista, por muy fuerte que fuese el

⁸⁴ Para una caracterización de las fracciones, véase G. Black, *op. cit.*, pp. 91-97.

peso de la ideología, podía pasarla por alto, sobre todo si se tiene en cuenta que la "cuestión nacional" (frente a Estados Unidos) era uno de los grandes asuntos pendientes del país.

Es incorrecta, pues, toda interpretación del proceso nicaragüense que vea en el sandinismo un proceso unívoco y sin contradicciones desplegado desde 1927 hasta nuestros días. En nombre del sandinismo hubo muchos fracasos e interrupciones y, como hemos visto, momentos de absoluta incapacidad política.⁸⁵

LA HORA DE LA OPOSICIÓN CIVIL

En el largo ascenso económico de la dinastía Somoza podemos distinguir tres momentos. El primero fue el "pacto de los generales", que permitió al sector cafetalero unirse con el agroganadero. El segundo ocurrió poco tiempo después con el *boom* algodonero, que permitió el ascenso de un grupo de aventureros dedicados al comercio de exportación, a los que se suma Somoza. El tercer momento ocurrió después del terremoto de 1972, pues bajo el pretexto de la "reconstrucción" el clan Somoza tendrá la oportunidad de multiplicar sus ganancias invirtiendo, a través del Estado, gigantescas sumas de capital.

Para el primer Anastasio, lo más importante fue la concentración del poder político. Para el segundo Anastasio, lo más importante será la concentración del poder económico. Ello no podía provocar sino desequilibrios en el propio bloque de poder. "Después del terremoto de 1972, la frase que estaba en muchos labios de hombres de negocios era 'la competencia desleal'.⁸⁶ La concentración de la economía en la cúspide lesionó además una multiplicidad de pequeños intereses económicos (comerciantes, sectores medios) que hasta entonces se habían beneficiado conglomerados en torno al poder central. En otras palabras, los enormes excedentes dejados por el café, el algodón y la "reconstrucción nacional", determinaron una lucha desigual por la repartición del botín. Desigual porque "casualmente" el ganador era siempre Somoza. Quizás en ese entonces a los grandes grupos económicos no les iba peor que en el pasado, pero lo que no aceptaban eran las

⁸⁵ Para un estudio más profundo de las diversas fases de la insurrección, véase el libro de Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, La Habana, 1984. (especialmente el capítulo 3).

⁸⁶ G. Black, *op. cit.*, p. 64.

desiguales reglas del juego sentadas por alguien que se arrogaba las funciones de competidor y árbitro al mismo tiempo. De la misma manera, la corrupción y las violaciones a los derechos humanos durante los últimos años de la dictadura no parecen haber sido mucho mayores a los cometidos en años anteriores. La diferencia está en que ahora eran aprovechados como medios de cuestionamiento político por sectores que antes no habían tenido ningún escrúpulo para aceptar tales hechos, sólo que ahora, al ser desplazados económicamente por la dictadura, no les quedaba más alternativa que pasar a la disidencia política.

Fueron pues las contradicciones en el interior del bloque de dominación las que, vinculadas con intereses económicos menores, generaron una coyuntura de disconformidad (que se expresó en instituciones como las universidades y la Iglesia) y abrieron las compuertas para una movilización popular en gran escala, en el marco de la cual organizaciones políticas relativamente erráticas, como el propio FSLN, pudieron corregir su rumbo y plegarse en condiciones favorables al proceso imprimiéndole un carácter insurreccional.

Contradicciones interclasistas

Como ha sido expuesto, después del terremoto de 1972 tuvo lugar en Nicaragua un inusitado crecimiento económico. Los precios de exportación (1968 = 100) subieron en 1971 a 101.7; en 1972 a 112.6; en 1973 a 120.5, y en 1974 a 169.⁸⁷

Somoza, no contento con poseer una influencia directa sobre Banic y Banamérica, fundó un banco personal, el Banco de Centroamérica. Controlando el sistema bancario, el dictador obtuvo control crediticio sobre las principales ramas económicas, como por ejemplo la construcción, cuya parte en el producto nacional bruto subió entre 1972-1974 del 3 al 6%.⁸⁸ Igualmente las inversiones se multiplicaron en el llamado "sector terciario" en donde tuvieron lugar las transacciones más delictivas y a cuya sombra florecía el contrabando, el negocio turístico, el de las drogas, los casinos, la prostitución, etc. Por último, en este período fue consumado el absoluto control de la estructura agrícola por el sistema financiero. Así, Somoza pudo apropiarse nada menos que del 23% del suelo cultivable del país.⁸⁹

⁸⁷ M. Rediske, *op. cit.*, p. 54.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 65.

⁸⁹ S. Ramírez, "La perspectiva inmediata de cambios en Nicaragua", en *Nueva Sociedad*, 43, julio-agosto de 1979, p. 72.

Hasta 1974 las "clases altas" no estaban felices con el ascenso del clan Somoza, pero se consolaban al constatar que sus ganancias también crecían. El país era así atestado de productos importados. Los más lujosos automóviles circulaban por las calles miserables de las ciudades. Islotes neoyorquinos aparecían en medio del barro y la basura. El milagro económico del capitalismo usurero y dependiente parecía hacerse efectivo. Pero quizás había ya quienes presentían que ese "modelo" económico era demasiado absurdo como para que durara mucho tiempo. Por una parte, la política monetaria se había emancipado de cualquier proceso de producción. Por otra, el elemento activador de la economía era un poder absolutamente centralizado que no mostraba ninguna disposición a invertir las ganancias en un sentido productivo. El Estado somocista había podido erigirse gracias a la ausencia de una clase empresarial que hubiera estado en condiciones de dictar las pautas económicas del país; pero, al mismo tiempo, tal Estado no hacía sino reproducir los rasgos especulativos y corruptos que caracterizaban al conjunto de la clase dominante.

Los efectos de la extrema concentración económica se hicieron sentir antes que nada entre los pequeños y medianos empresarios. Después de 1975 eran permanente las quejas de esos sectores en contra de Somoza, especialmente a través del INDE (Instituto Nicaragüense de Desarrollo). En ese descontento deben encontrarse las razones de la activación política de entidades como la Acción Nacional Conservadora, desprendida del Partido Conservador, y el Movimiento Liberal Constitucionalista, desprendido del Partido Liberal. Como de todos modos era bien poco lo que podían hacer los empresarios menores frente a Somoza, el camino lógico para resarcir sus ganancias no era otro que aumentar desorbitadamente los precios y/o disminuir los salarios. Los salarios y sueldos reales bajaron en 1973 en un 14%, manteniéndose estancados hasta el fin de la década.⁹⁰ Pero con ello, el mismo Somoza no hacía sino preparar el camino para que las tradicionales luchas reivindicativas de los trabajadores se articularan con una oposición pluriclasista cada día más amplia. Por ejemplo, en 1973 (bautizado pomposamente como el "Año de la Enseñanza y de la Reconstrucción") Somoza decretó una semana de 60 horas de trabajo para los albañiles, sin aumento de sueldo. Frente a tal ataque, los albañiles fueron a la huelga (abril) "apoyados por la comunidad de hombres de negocios, los socialcristianos, la Confederación de Trabajadores Nicaragüenses y *La Prensa*. Después de un mes, los

⁹⁰ M. Rediske, *op. cit.*, p. 66.

albañiles ganaron su causa y volvieron a la semana normal de 48 horas".⁹¹

Sin embargo, al no haber una entidad que pudiese elevar hasta un nivel político la creciente oposición que tenía lugar, ella tendió, en sus primeras fases, a expresarse a través de dos instituciones: la Iglesia y la universidad.

La Iglesia

La Iglesia católica de Nicaragua había tenido una experiencia similar a muchas otras en el continente. Durante el siglo XIX y comienzos del XX se había constituido como una Iglesia fundamentalmente oligárquica. Basta recordar que la Iglesia había sido uno de los enemigos más tenaces de Sandino. Al igual también que en otros países, los impulsos renovadores provinieron desde fuera. El Concilio Vaticano II contribuyó a su modernización interna. El Papado además hacía señas a las iglesias nacionales para que abandonaran las posiciones que habían adoptado durante el periodo de "la guerra fría".

Pero, sin duda, el impulso más importante provino de la Conferencia Episcopal de Medellín (1968). A partir de ese momento, las iglesias latinoamericanas comenzaron a romper algunos nudos que las ataban con regímenes oligárquicos o a buscar nuevas articulaciones dentro de las respectivas sociedades, privilegiando a los sectores populares y reconociendo tanto las iniciativas cristianas de base como aquel "cristianismo popular" surgido al margen de la Iglesia oficial. Pero Medellín fue también el resultado —y no sólo la causa— de un proceso de activación política intereclesial. En efecto, desde los tiempos de las reformas que la administración Kennedy intentó imponer, habían surgido fracciones clericales que postulaban en el plano económico cambios modernizadores lesivos al poder de los sectores oligárquicos y, en el político, una firme adhesión a las ideas democráticas. Para la gran mayoría de estos sectores, los cambios deberían ser realizados mediante una participación popular controlada por las "élites desarrollistas". Pero precisamente la ineficacia o inexistencia de tales élites llevó a muchos sacerdotes al convencimiento de que tales "cambios" no podían llevarse a cabo en las condiciones impuestas por la dependencia económica y sin tener como sujetos a los propios sectores populares.

De este modo, en las distintas iglesias latinoamericanas

⁹¹ C. Alegría y D. Flakoll, *op. cit.*, p. 223.

tomaron forma tres tendencias: una prooligárquica, una moderada-reformista y una popular-radical. Las expresiones más espectaculares de esta última tendencia fueron, en la práctica, el surgimiento de múltiples comunidades cristianas de base y, en el discurso religioso, el surgimiento de una refinada "teología de la liberación" opuesta a aquella "teología de la opresión" que había prevalecido. Ahora bien, la particularidad del proceso nicaragüense es que, dadas las condiciones determinadas por la existencia de una dictadura como la de Somoza, las dos últimas tendencias, en muchos países separadas entre sí, lograron confluir en contra de la primera. Esto se vio facilitado además porque "en Nicaragua no hubo nunca una organización política que pudiera aglutinar bajo la bandera del cristianismo a algún sector del pueblo".⁹² El Partido Social-Cristiano, por ejemplo, nunca tuvo las proyecciones de otros partidos cristianos del continente. Igualmente, el encuentro de la tendencia reformista con la radical puede considerarse también una expresión de la amplia confluencia social que se daba entre sectores populares, sectores medios y grupos empresariales, en el marco de una heterogénea oposición social.⁹³

Nicaragua es uno de los países más ricos en experiencias cristianas de base. La más conocida es aquella lectura colectiva del Evangelio que fue realizada en lugares como Solentiname, testimoniados en los hermosos relatos de Ernesto Cardenal. Interesantes de mencionar son también las actividades de grupos de clérigos en los barrios. "Al ir a los barrios —cuenta Luis Carrión, uno de los dirigentes cristianos universitarios, después comandante del FSLN— tuvimos dos motivaciones principales. La primera fue vivir el ideal de las comunidades cristianas [...] la segunda fue romper las ataduras y comodidades de nuestros hogares."⁹⁴ En el intenso trabajo realizado en los barrios marginales destacaban los hermanos de la Asunción, en el barrio de San Judas en Managua y los misioneros de Maricknoli en el barrio Open 3 (hoy Ciudad Sandino). A veces surgían también intentos eclesiásticos de crear organizaciones políticas, como fue el caso del Movimiento Cristiano Revolucionario fundado en 1971 por el padre Uriel Molina, que más tarde se adhirió al FSLN. Importantes fueron también las comunidades cristianas de

⁹² Marta Harnecker, "Los cristianos en la revolución sandinista—Diálogo con el comandante Luis Carrión", en *Nueva Sociedad*, 88, marzo-abril de 1987, p. 29.

⁹³ Michael Dodson y T. S. Montgomery, "The Church in the revolution", en Thomas Walker, *op. cit.*, p. 163.

⁹⁴ M. Harnecker, *op. cit.*, p. 29.

base en el campo, como las de los capuchinos. Hacia 1975 había por ejemplo 900 delegados capuchinos en Zelaya.⁹⁵

No faltaban tampoco sacerdotes que decidían unirse al sandinismo y empuñaban las armas siguiendo el ejemplo sentado años atrás por Camilo Torres en Colombia. Aportaban al movimiento una nueva dimensión: la mística. Por ejemplo, en una parte del último mensaje dirigido por el padre Gaspar García Laviana a sus fieles, se lee: "El somocismo es pecado, y liberarnos de la opresión es liberarnos del pecado, y con el fusil en la mano, lleno de amor por el pueblo nicaragüense, debo combatir hasta mi último suspiro por el advenimiento del reino de la justicia en nuestra patria, este reino de justicia que el Mesías nos anuncia bajo la luz de la estrella de Bethlehem."⁹⁶

Somoza había advertido el peligro que representaban las comunidades cristianas de base y ejerció el terror en contra de ellas. Pero por lo general era impotente para destruirlas, debido a que muchos sacerdotes "de base" eran norteamericanos, como fue el caso de la mayoría de los capuchinos. Los jesuitas también aportaron, aunque en otros niveles, su capacidad de organización. Por ejemplo mediante la fundación, en 1969, del Comité Evangélico para el Avance Agrario (CEPA) donde, mediante programas de capacitación y de autoayuda, muchos campesinos, especialmente en León y Estelí, pudieron organizarse autónomamente y, posteriormente, plegarse al movimiento antidictatorial.

La jerarquía eclesiástica, a su vez, tomaba paulatinamente partido por los sectores antisomocistas, pero dejando algunas puertas abiertas para ciertas mediaciones con la dictadura. El distanciamiento de la jerarquía respecto a Somoza quedó claro a partir de octubre de 1970, cuando estudiantes de la Universidad Católica ocuparon la catedral de Managua. Muchos de los ocupantes fueron detenidos, entre ellos sacerdotes. El nuevo arzobispo Miguel Obando lamentó el incidente, pero no condenó a los estudiantes. En 1971 el arzobispo se negó de manera patente a tomar parte en las fiestas del pacto Somoza-Agüero. El 19 de marzo de 1972, en una pastoral, se pronunció abiertamente por un "nuevo orden".⁹⁷ Pero el tema principal que la Iglesia agitó en contra de la dictadura fue el de la violación de los derechos humanos, coincidiendo con la política que levantaba en Estados Unidos el presidente Carter. Significativo también fue el papel de la Iglesia en el

⁹⁵ M. Dodson y T. S. Montgomery, *op. cit.*, p. 174.

⁹⁶ Alain Gandolfi, *Nicaragua, la difficulté d'être libre*, Paris, 1983, p. 31.

⁹⁷ M. Rediske, *op. cit.*, p. 67.

bloqueo a algunos intentos del gobierno norteamericano relativos a apoyar a Somoza. Por ejemplo tuvo una gran repercusión una carta que dirigiera la arquidiócesis de Managua y los representantes de todas las órdenes al presidente Carter, en septiembre de 1978, en donde abiertamente se tomaba partido en contra de la dictadura.

En síntesis, las contradicciones del bloque de poder facilitaron a la Iglesia católica de Nicaragua su transición desde posiciones pro oligárquicas hacia posiciones democráticas, lo cual abrió espacios para la actividad de los sectores eclesíásticos más radicales. En un país donde el 90% de la población es católica, las nuevas posiciones de la Iglesia no podían ser sino decisivas para un proceso que de manera imperceptible comenzaba a adquirir características insurreccionales.

La universidad

Un segundo agente de sustitución política fue el movimiento estudiantil. Al igual que en Cuba, los estudiantes se convirtieron en el principal núcleo de oposición a la dictadura.

Uno de los más importantes bastiones estudiantiles fue la Universidad Centroamericana, entidad católica dependiente de los jesuitas. A primera vista parece una paradoja, pues allí iban a estudiar los hijos de las familias más acomodadas. La paradoja parece ser mayor si se considera que la fundación de esa universidad fue apoyada por Somoza creyendo que iba a ser una alternativa frente a la universidad estatal, considerada como un centro de oposición. Pero tales paradojas desaparecen si se toman en cuenta tres factores. El primero es que, precisamente por provenir los estudiantes de las familias acomodadas, expresaban, en su forma radical, los conflictos que se presentaban en el interior del bloque dominante. Más aún, gracias a su situación social, los estudiantes gozaban, por lo menos al comienzo, de una especie de fuero frente a la Guardia Nacional y la policía, lo que facilitaba mucho su accionar. El segundo factor fue que, al depender la universidad de la Iglesia, el movimiento estudiantil era activado en la misma medida en que se agudizaban las contradicciones Iglesia-dictadura. El tercer factor era que los programas de estudios eran extraordinariamente obsoletos, de modo que el movimiento de reforma dentro de la universidad se vincularía rápidamente con los movimientos de protesta externos a ella.

El movimiento estudiantil no puede ser considerado una simple expresión de la "oposición burguesa" a Somoza. Quizá

fue así al comienzo, pero en el desarrollo de su lucha alcanzó un grado considerable de autonomía, o de indeterminación clasista. Así se explica que cuando los estudiantes de la UCA ocuparon la Catedral, se concitara en torno a ellos la solidaridad de las demás universidades, escuelas, sindicatos, grupos vecinales, partidos políticos y sectores eclesíásticos. De ese movimiento estudiantil se iban generando además grupos orgánicos que optaban por vincularse con los sectores más pobres de la sociedad. Así surgió el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) que dentro de la universidad cuestionaba las vacilaciones de la dirigencia socialcristiana y, fuera, realizaba propaganda y acciones en contra del régimen. En esas condiciones era lógico que se produjera una suerte de simbiosis entre el FER y el FSLN, lo que permitió a este último reclutar nuevos contingentes antisomocistas. En el periodo insurreccional, el FER actuaría prácticamente como la representación del FSLN entre los estudiantes.

LA HORA DE LA UDEL

Durante la primera mitad de la década de los setenta, el cuadro de contradicciones de la sociedad nicaragüense estaba dominado por las luchas en el interior del bloque dominante, las que a su vez abrieron un espacio de movilización para los sectores medios y populares. En esas condiciones, grupos eclesíásticos y estudiantiles pudieron desconectarse de los conflictos puramente interoligárquicos y cuestionar a la dictadura desde posiciones radicales, estableciendo contactos con el FSLN.

Expresión política de la naciente oposición a Somoza fue la llamada Unión Democrática de Liberación, fundada en diciembre de 1974 con el propósito de crear un amplio frente político antisomocista. En la Udel participaban nada menos que nueve organizaciones de tipo sindical y político. Las principales eran el Partido Social Cristiano, la Central de Trabajadores de Nicaragua (CTN), el Partido Socialista Nicaragüense, la Confederación General del Trabajo Independiente (CGT-I) y la Acción Nacional Conservadora. En el fondo se trataba de una alianza entre sectores disidentes del somocismo, grupos empresariales y fracciones de la débil clase obrera. La heterogeneidad social del Frente le imposibilitaba unir a su programa de democratización política las exigencias de los sectores más perjudicados por el régimen.⁹⁸ Así, la Udel

⁹⁸ El programa de la Udel se dividía en cuatro partes: 1. liber-

estaba incapacitada para presentar una oposición radical al régimen y también para constituirse en una suerte de oposición democrática (pues la dictadura, por definición, no toleraba ese tipo de oposición).

En las condiciones descritas, la Udel se vio limitada a cumplir una función ambigua: denunciar la violación de los derechos humanos, función que por lo demás venía cumpliendo, y con mucha eficiencia, la Iglesia. De igual manera, la Udel estaba limitada para cuestionar la esencia del régimen: la de servir obsecuentemente intereses norteamericanos, asunto grave en un país cuyo problema más grande era la irresolución de la "cuestión nacional". Evidentemente, la Udel buscaba ganar para sí el apoyo del gobierno norteamericano en contra de Somoza. Pero esto no era posible en 1975 debido a que el gobierno de Nixon privilegiaba ostensiblemente su apoyo a Somoza.

La incapacidad de dar un mínimo contenido social a la movilización democrática y ganar con ello a la mayoría de la población, y la falta de respuestas a cuestiones vitales como la agraria y la nacional, hizo de la Udel un conglomerado políticamente inoperante. Precisamente esa inoperancia posibilitó que no fueran partidos u organizaciones sino individuos los que desempeñaran un papel integrador. Uno de esos individuos era Pedro Joaquín Chamorro, dirigente de la Acción Nacional Conservadora y representante de los "empresarios esclarecidos",⁹⁹ firme defensor de los derechos humanos, con ciertas inclinaciones populistas, con excelentes relaciones entre los círculos eclesiásticos, director de *La Prensa*, diario que por momentos parecía tener más influencia que toda la oposición unida, y por último con excelente acogida en Estados Unidos.

LA HORA DEL FSLN

La imposibilidad de la Udel para convertirse en alternativa política al somocismo fue otro de los factores que contribuyó a desplazar el radio de acción hacia posiciones más radicales, acelerando la hora del FSLN.

A mediados de los setenta, el FSLN estaba lejos de levantar

tades democráticas; 2. desarrollo nacional; 3. cambio social, y 4. autodeterminación nacional, en *Nikaragua: Dokumente einer Revolution*, Frankfurt, 1987, pp. 146-154.

⁹⁹ M. Rediske, *op. cit.*, p. 80.

una política, si no coherente, por lo menos unitaria; y no menos que la Udel, padecía fuertes divisiones internas. No obstante, pese a todas sus ostensibles deficiencias, el FSLN se encontraba situado, objetivamente, en un lugar político adecuado para imprimir al proceso la radicalidad que en ese momento requería.

En efecto, independientemente de las diversas percepciones políticas que circulaban en el interior del FSLN, en todas sus fracciones había una indesmentible voluntad de enfrentamiento al régimen. Tal voluntad, en un medio que no dejaba lugar para una oposición democrática, fue vista por muchos sectores, especialmente juveniles, como la única opción posible. Sin ofrecer una salida extraordinariamente coherente a la cuestión social, el FSLN manifestaba su decisión de hacerse eco de las reivindicaciones de los sectores más pobres de la sociedad. Por último —mediatizada por su ideología: una extraña mezcla de nacionalismo sandinista, guerrillerismo castrista y un ortodoxo marxismo-leninismo—, el FSLN daba respuesta a la "cuestión nacional" al identificar correctamente a Somoza con los intereses de Estados Unidos en el país, y viceversa.¹⁰⁰

Sin embargo, ni aun la apreciación más correcta de la realidad podría haber sacado al FSLN del pantano en que se encontraba sin la unidad, o por lo menos sin cierta coordinación entre los sectores antisomocistas. En ese sentido, a partir de la segunda mitad de los setenta había muchos signos que indicaban que la mayoría de la población estaba dispuesta a movilizarse en contra de la dictadura. En otras palabras, la situación era potencialmente insurreccional. Pero, a la vez, esa potencialidad no habría podido convertirse en realidad si los antisomocistas hubieran continuado divididos o transitando por dos vías paralelas. Lograr la confluencia de la vía opositoria con la revolucionaria era una tarea compleja; en el FSLN se requería de la capacidad de superar concepciones ideológicas que, como en la mayoría de los partidos revolucionarios surgidos en los años sesenta, poseían una gran rigidez. Esta fue, a nuestro juicio, la importancia de la fracción "tercerista", a saber: posponer abstractas ideologías en función del principio de realidad, asumiendo los desafíos de una heterodoxia que toda revolución supone.

Por otra parte, en la oposición no revolucionaria tampoco había muchas señales de aceptación hacia los sandinistas, de

¹⁰⁰ Ello no quiere decir que el sandinismo fuera expresión "pura" de intereses clasistas definidos. Para un intento de explicar el sandinismo mediante un riguroso (y estrecho) reduccionismo clasista, véase A. Gilly, *op. cit.*, pp. 19-20.

modo que la tarea dirigida a una confluencia era doblemente difícil. Además era muy riesgosa pues podría significar entregar todo el potencial revolucionario acumulado a una oposición bastante inoperante. Captando esos peligros, los terceristas desarrollaron una doble política: por un lado, extrema diplomacia y flexibilidad en las relaciones con la oposición; por otro, absoluta autonomía en los aspectos militares de la lucha.¹⁰¹

De acuerdo con la evaluación tercerista, el régimen entraba progresivamente en una fase de deterioro; las "masas" estaban cada vez más activadas; el apoyo internacional a la dictadura era débil, aun en Estados Unidos; en fin, a partir de 1976 se vivía una coyuntura favorable para una insurrección popular a la que había que apoyar militarmente. Concertar políticas de alianza con la mayoría de los sectores antisomocistas y dejar las montañas para pasar a la acción directa e inmediata abandonando la "guerra de posiciones" y asumiendo en su lugar una "guerra de movimiento", constituían las premisas de la acción tercerista.

EL GRUPO DE LOS 12

La política de alianza del tercerismo comenzó a tomar forma con la creación del llamado Grupo de los 12, surgido a iniciativas del escritor Sergio Ramírez, por encargo de los hermanos Daniel y Humberto Ortega.¹⁰² A mediados de 1977 comenzó a funcionar el grupo constituido por personalidades de las esferas intelectual, universitaria, eclesiástica, de las finanzas y profesionales. En términos generales se trataba de una organización política, pero no partidaria, cuya principal tarea era lograr el acercamiento de todos los sectores antisomocistas. Dos posiciones del grupo fueron trascendentales. La primera, el reconocimiento formal del FSLN en el marco general de la oposición; la segunda, su intransigencia frente a todo tipo de solución que posibilitara la prolongación de la dictadura, lo que se manifestó en un claro "NO" a la alternativa de "diálogo" que proponía hipócritamente Somoza.¹⁰³ Así, "los 12" se oponían a intentos conciliadores que provenían de la desprestigiada Udel y de algunos círculos norteamericanos. De este modo, el Grupo de los 12 creó las condiciones

¹⁰¹ M. Rediske, *op. cit.*, p. 93.

¹⁰² *Ibid.*, p. 98.

¹⁰³ *Nicaragua: Dokumente...*, cit., p. 173.

para una confluencia de todos los sectores antisomocistas, lo suficientemente amplia para incorporar a diferentes grupos políticos, lo suficientemente radical como para no permitir un acercamiento a la dictadura. Como puntualizaba Sergio Ramírez en la reunión constitutiva del grupo: "Era la primera vez que miembros de la Iglesia y de la empresa privada de Nicaragua se reunían con la dirigencia clandestina del Frente Sandinista."¹⁰⁴ Sería, por cierto, excesivo plantear que el Grupo de los 12 era un instrumento del tercerismo, pero también hay que afirmar que, sin la iniciativa tercerista, el Grupo no habría sido posible.

Paralelamente, el tercerismo desarrollaba una ágil actividad en el terreno militar, destacando comandos que apoyaban la movilización de los sectores populares. En esta actividad también experimentó algunos fracasos debido a su persistente práctica de sustituir acciones sociales por medio de comandos militares; entre esos fracasos hay que destacar la frustrada Toma de Ocotal con la que comenzaría la llamada ofensiva de octubre de 1977; tales escapadas le costaron al tercerismo durísimas críticas de parte de las otras dos fracciones, y no se puede decir que carecían de razón.

La prisa de los terceristas no se explica sólo por sus políticas "inmediatistas" (según el vocabulario político del período), sino por una evaluación bastante realista de la situación. En efecto, a comienzos de 1978, Somoza intentaba maquillar el régimen al gusto norteamericano, abriéndose así al posibilidad de que el dictador recompusiera no sólo las relaciones internacionales, sino también con el empresariado, con la Udel y con la jerarquía eclesiástica. Una situación determinada por enfrentamientos militares bloqueaba sin duda el proyecto de Somoza.

Pero independientemente del grado de previsión de la estrategia tercerista, lo cierto es que los sandinistas encontraron en las ciudades y zonas suburbanas una masa poblacional en disposición insurreccional que con su sola presencia criticaba largos años de aislamiento guerrillero del FSLN en las montañas y campos del país.

¿DISTINTOS SANDINISMOS?

Gracias a la política modernizante de Somoza, las barriadas populares se habían constituido en centros de concentración

¹⁰⁴ C. Alegría y D. Flakoll, *op. cit.*, p. 268.

social que agrupaban territorialmente a miles de expulsados del campo y de la ciudad. Las barriadas eran así puntos de encuentro de distintas culturas fragmentadas o destruidas por el desarrollo del capitalismo dependiente y, por lo tanto, había en ellas un enorme potencial de rebelión. Tal potencial se expresaba incluso en sus formas más primarias, como la delincuencia y el bandolerismo. En fin, éstos eran los sectores sociales que realmente no tenían nada que perder, salvo vidas que apenas eran tales. Allí los sandinistas encontraron enormes cantidades de jóvenes que, en los marcos del sistema vigente, no tenían ninguna posibilidad de integración. La incorporación a las huestes rebeldes les daba no sólo una esperanza o una creencia, sino también un sentido a sus vidas, una relación de pertenencia a "algo", incluso una posibilidad de subsistencia material. Somoza era para estos jóvenes, y con razón, la representación de todos los males que sufrían; de la misma manera, el sandinismo y sus símbolos adquirían para ellos un sentido mesiánico: la posibilidad de redimirse mediante la acción. Empuñar un fusil, por lo mismo, era un acto de reafirmación psicológica y social. "Disparo, luego existo" diría una razón cartesiana. Mas la violencia que provenía de los barrios no era una violencia razonada: era sí ese fenómeno objetivo que acompaña a todas las grandes erupciones sociales.

Pero no todas las acciones de los habitantes de los barrios eran "espontáneas", aunque por lo común así les parecían a los disciplinados cuadros políticos. Estas eran también el resultado de largos años de actividad organizativa realizada por sacerdotes, estudiantes y, por cierto, por los mismos sandinistas.

Lo que parece estar fuera de discusión es que la actividad popular tuvo por efecto acelerar el proceso de unificación organizativa dentro del FSLN, y no al revés. Los militantes podrían haberse pasado la vida discutiendo acerca de la mejor vía revolucionaria si no se hubieran visto obligados a ponerse de acuerdo ante una insurrección que ya estaba caminando por las calles.

Podríamos decir, en un sentido un tanto figurado, que había distintos sandinismos: el de la organización y los del pueblo. Por supuesto, el uno no podía entenderse separado de los demás, *pero no eran lo mismo*.

En un momento determinado, casi toda la población del país se sentía sandinista, lo que era posible porque Sandino nunca había formulado, ni tampoco representaba, un discurso cerrado o excluyente. La propia ambigüedad del sandinismo permitía que éste existiera como fuerza revolucionaria. Bajo el nombre de Sandino estaban representados

múltiples intereses: clasistas, democráticos, populares, generacionales. Incluso, lo que no es frecuente en los países latinoamericanos, los intereses de las mujeres.

LAS MUJERES EN LA LUCHA ANTIDICTATORIAL

Sin embargo, el aspecto participativo que ha sido más destacado por la literatura existente acerca del tema se refiere fundamentalmente a la actividad militar de las mujeres. Por ejemplo, que el 25% del contingente guerrillero era femenino; o que habían mujeres-comandantes como la legendaria Dora Téllez, conocida como la Comandante 2, o las comandantes Mónica Baltodano y Leticia Herrera.¹⁰⁶

Pero la militarización de algunas mujeres no puede ocultar otros niveles de participación masiva de la población femenina, en donde mujeres menos legendarias, a partir del simple ejercicio de sus múltiples actividades tradicionales, tuvieron una enorme influencia en el proceso. Además, el hecho de que muchas mujeres hubieran tomado las armas muestra el carácter popular que asumió la lucha en contra de la dictadura, pues no dependía exclusivamente de la capacidad de comandos seleccionados de "hombres fuertes" y con buena puntería. Incluso los múltiples microorganismos que existían en los barrios pobres, fueran o no militarizados, no tenían un carácter puramente ofensivo sino también defensivo, y éste se expresaba en las actividades dirigidas a la auto-subsistencia, al resguardo de los niños, a la vigilancia de las calles, en fin, a la defensa de lo cotidiano, tarea en la que, por lo demás, las mujeres han sido más competentes que los hombres. De esta manera, cuando muchas mujeres empuñaban las armas, no lo hacían sólo por realizar una revolución abstracta, sino por defender sus hogares amenazados por la policía y la Guardia Nacional.

No sólo en los barrios pobres sino en el plano nacional, las mujeres como tales tenían razones suficientes para pronunciarse en contra de la dictadura. La de Somoza era una dictadura extremadamente patriarcal. Como suele ocurrir con las dictaduras latinoamericanas, los ideales que ésta propagaba eran una curiosa mezcla de modernización capitalista con la permanencia de las relaciones de subordinación heredadas del periodo colonial. Pornografía y beatitud, rostros cubiertos por velos y orgiásticas perversiones, no son siempre imágenes antagónicas.

¹⁰⁶ H. Ortega, *Über den Aufstand*, Frankfurt, 1984, p. 83.

La legislación matrimonial del somocismo era terriblemente discriminatoria respecto a las mujeres. Por ejemplo, la infidelidad y el adulterio eran penados sólo en ellas; los hombres quedaban exentos de ese "delito". Las leyes del trabajo que aseguraban a hombres y mujeres igual salario por igual trabajo eran una simple ficción que nunca se cumplía.¹⁰⁶

Los primeros intentos para incorporar a las mujeres a la lucha política fueron hechos en 1962 con la fundación de la Federación Democrática de Mujeres. En 1969 sería fundada la Alianza Patriótica de Mujeres. Ambos intentos, surgidos a iniciativa del Partido Socialista, no tuvieron mayor resonancia. Más exitosas fueron iniciativas como los "clubes de madres", surgidas en los barrios populares y apoyadas por la Iglesia. A comienzos de la década de los setenta aparecieron las "Asociaciones de Madres de Mártires", que en mítines, u ocupando iglesias, exigían permanentemente la liberación de los presos políticos.¹⁰⁷ Estas iniciativas culminarían en la fundación en septiembre de 1977, de la Ampromac (Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional), que más tarde logró vincularse con el MPU (Movimiento del Pueblo Unido) y con el FSLN. La Ampromac llegó a tener cerca de 10 000 miembros. Destacadas dirigentes fueron Leah Guido, Vilma Núñez y Violeta de Chamorro, viuda del asesinado opositor y después miembro de la primera junta de gobierno.¹⁰⁸

EL ASESINATO DE CHAMORRO Y SUS CONSECUENCIAS

Los proyectos de los sandinistas tendientes a evitar una "democratización" con Somoza encontraron un inesperado aliado en el torpe hijo del dictador, el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza Portocarrero, quien tuvo la idea de mandar asesinar a la personalidad más destacada de la oposición civil, Pedro Joaquín Chamorro, el 10 de enero de 1978. Como ha sido dicho, la influencia de Chamorro a través de su diario *La Prensa* iba mucho más allá de la Udel. Incluso, si Somoza pensaba en serio ensayar como última alternativa un plan de "democratización restringida", Chamorro era la persona indicada para

¹⁰⁶ Susan E. Ramírez Horton, "The role of women in the Nicaraguan revolution", en W. Walker, *op. cit.*, p. 149.

¹⁰⁷ Bärbel Sulzbacher, "Die nicaraguanische Frauensorganisation in Antisomozistischen Befreiungskampf", en Ilse Lenz y Renate Rott, *Frauenarbeit in Entwicklungsprozess*, ssir Bulletin, núm. 53, p. 307.

¹⁰⁸ S. Ramírez, *op. cit.*, pp. 151-153.

ello. Como se decía en aquel tiempo, "Nicaragua no vería en el poder a un cuarto Somoza, pero sí a un quinto Chamorro".¹⁰⁹

El asesinato de Chamorro tuvo además el efecto de romper uno de los puntales de la política somocista: el apoyo internacional. Venezuela llamó en la OEA a formar una comisión interamericana para investigar la situación de los derechos humanos en Nicaragua. Estados Unidos canceló la visita del enviado especial del Departamento de Estado, Terrance Todman. Pocos días después, el gobierno norteamericano, al anunciar su decidido apoyo a la formación de un gobierno democrático en Nicaragua, retiraba, en la práctica, su apoyo a Somoza.

El asesinato de Chamorro fue también punto de partida para que se desencadenara en el país una ola de huelgas y manifestaciones. La Cámara de Comercio denegó una invitación de Somoza para dialogar. Los medianos empresarios, agrupados en instituciones como Cosit y el INDE, así como el Partido Conservador, llegaron a exigir la renuncia inmediata del dictador. Como consecuencia de la movilización civil surgiría el Frente Amplio de Oposición, que en gran medida se encargó de remplazar a la ineficaz Udel. Después del asesinato de Chamorro, el FAO sería un centro de articulación de diversas tendencias de la oposición. Gracias, por ejemplo, a la presión del FAO, los miembros del Grupo de los 12 que estaban en el exilio pudieron regresar al país. Así, después del asesinato, se entraba en la fase más decisiva en la lucha contra la dictadura.

Los sandinistas, especialmente los terceristas, advirtieron que la hora del levantamiento popular estaba cerca. Bastaba ver la reacción popular. Por ejemplo, "en Managua, una multitud de miles de gentes se concentró alrededor de las oficinas de *La Prensa*, situada en la carretera Norte, en el sector industrial de la ciudad, y empezó a lanzar coctels Molotov contra las empresas de Somoza (incluida la infame Plasmaférisis) consiguiendo reducir a cenizas varias de ellas".¹¹⁰ No todas estas explosiones de ira popular podían adjudicarse a los seguidores de Chamorro, pero tampoco eran todas sandinistas. Esa verdad la comprobaron muy pronto los miembros del FSLN. Por ejemplo, el Frente llegó a ocupar en acciones relámpago las ciudades de Rivas y Granada, por una noche, sin que el pueblo demostrara demasiado entusiasmo. Por el contrario, la principal acción popular ocurrió sin participación de los sandinistas en Morimbó de Masaya, donde los habitantes de los barrios populares (en su mayoría de origen indio) ocuparon la ciudad, rebelión que fue cruelmente aplastada por la Guardia Nacional (febrero de 1978). Precisamente, en la misma ciudad,

¹⁰⁹ Mayo A. Sánchez, *op. cit.*, p. 134.

¹¹⁰ C. Alegría y D. Flakoll, *op. cit.*, p. 302.

en octubre de 1977, los sandinistas habían intentado asaltar el cuartel militar sin ningún éxito, pues casi todos los participantes resultaron muertos. No fue éste el único de los casos en los que el pueblo se levantaba sin los sandinistas o los sandinistas actuaban sin el pueblo.¹¹¹ Sin duda, la acción "vanguardista" más espectacular realizada "en nombre del pueblo" sería la ocupación del Palacio Nacional por un comando dirigido por Edén Pastora (22 de agosto de 1978), tomando como rehenes a todo el Parlamento, varios ministros y miembros de la familia Somoza, consiguiendo así, dos días después, la liberación de 60 presos políticos.

Pero lo más destacado después del asesinato de Chamorro fue la "rebelión de los barrios", hasta el punto de que Somoza, dejando de lado todas sus preocupaciones por mejorar su imagen, hizo bombardear los barrios populares de Masaya, León, Chinandega y Estelí. Los saldos de semejante carnicería fueron más de 5 000 muertos y 10 000 heridos.

El análisis de los estrategias del somocismo parecía ser el siguiente: en el país había dos oposiciones: una revolucionaria y otra formada por ex somocistas, empresarios, sectores medios, etc., con los que en algún momento era posible pactar. Pero esta segunda oposición se servía de la primera a fin de ejercer presión en contra de la dictadura, de la misma manera que la primera se servía de la segunda para ampliar su legitimidad. De este modo, para poder entenderse con la segunda, era necesario destruir la primera costara lo que costara. Ello se hacía tanto más necesario si se toma en cuenta que en los "barrios" habían surgido verdaderas redes de comunicación interna y que los sandinistas comenzaban a moverse en ellos como peces en el agua.

Como suele ocurrir, lo que es militarmente lógico, no lo es políticamente. El grotesco espectáculo de un dictador haciendo bombardear a los habitantes de su propio país provocó un repudio general. La Guardia Nacional era conocida en todo el país como "la genocida" y además había mostrado su punto débil: "No era idónea para enfrentar manifestaciones, disturbios callejeros y actividades similares."¹¹² Después de esos acontecimientos, estuvo muy claro en Estados Unidos que aquel dictador, ensangrentado de la cabeza a los pies, no podía seguir sentado en el sillón presidencial. Lo que no estaba claro era "cuándo" debería irse y, sobre todo, "quién" debería sucederlo.

En 6 de octubre de 1978, el FAO exigía la renuncia inmediata del dictador, pero al mismo tiempo algunos sectores de su

¹¹¹ H. Ortega, *op. cit.*, p. 52.

¹¹² R. Millet, *op. cit.*, p. 238.

ala derecha, a espaldas del Grupo de los 12 y de los sandinistas, intentaba llegar a un acuerdo con el Partido Liberal (del gobierno) a fin de que el dictador fuera sacrificado manteniendo la esencia del régimen, a saber, el propio partido y la Guardia. Tales conspiraciones sólo podían conducir a la división del FAO. El 24 de octubre, Sergio Ramírez, representante de "los 12", lo abandonó. En enero de 1979 fracasaron los intentos por reconstituirlo. Así, Somoza no podría ser derribado por un frente nacional amplio.¹¹³

LA HORA DE LA INSURRECCIÓN

Después de la bancarrota del FAO, los sandinistas quedaban remitidos a sus propias fuerzas, que no eran pocas. En el FAO habían probado ser los antisomocistas más consecuentes y representaban la radicalidad que necesitaba un proceso que no admitía salidas intermedias. Además eran los únicos que no rehuían el apoyo de los más pobres de la sociedad. Todo esto les había valido el decidido apoyo de los sectores más activos en la lucha contra la dictadura, como eran los estudiantes y los habitantes de los barrios populares quienes, cada vez en mayor número, se consideraban sandinistas.

Habiéndose producido la ruptura de la fracción tercerista con el FAO, ya no había muchos motivos para que los sandinistas en su conjunto continuaran divididos y la reunificación del movimiento —que por lo demás se había producido en la práctica— fue solucionada el día 4 de marzo de 1979 mediante el nombramiento de una dirección compuesta por nueve miembros.

Como había sectores de la población que no sintiéndose representados por el FAO tampoco se sentían "sandinistas", los dirigentes del FSLN propusieron la formación de otra coalición, el FPN (febrero de 1979) que planteó, desde un comienzo, su negativa a todo somocismo "con o sin Somoza", la disolución de la Guardia y la expropiación de los bienes de la familia del dictador. El FPN se constituyó así en una suerte de "frente revolucionario" con hegemonía sandinista. Tal frente logró integrar, entre otras fuerzas, al Movimiento del

¹¹³ Para Adolfo Gilly, la salida de "los 12" del FAO "significa la reafirmación del carácter antimperialista del sandinismo" (*op. cit.*, p. 91). Ese carácter no lo necesitaba reafirmar el sandinismo; era uno de los pocos puntos en los que las tres fracciones estaban de acuerdo.

Pueblo Unido, constituido por comunistas, socialistas, organizaciones sindicales y estudiantiles.

La acumulación de fuerzas lograda por los sandinistas y su reconstitución interna fueron los factores que permitieron que el FSLN fuera considerado, no sólo dentro del país sino también en el extranjero, como la única alternativa posible frente al somocismo.

La situación internacional

La revolución nicaragüense surgiría en un marco internacional que no siempre estaba determinado por la política de bloques, como fue el caso cubano, y por lo tanto pudo contar con la solidaridad de diferentes gobiernos.

A fin de facilitar la exposición del tema podríamos dividir el marco internacional en el que surge la revolución de Nicaragua en tres franjas. La primera está formada por las vacilaciones de Estados Unidos; la segunda por el apoyo efectivo de algunos estados latinoamericanos; la tercera por la solidaridad de la Internacional Socialdemócrata.

Para entender la primera franja tenemos que referirnos brevemente a la política internacional del presidente Carter. En términos generales, la agitación del tema "derechos humanos" que la caracteriza estaba pensada para desestabilizar a los regímenes de Europa del Este.¹¹⁴ Sin embargo, pese a que tal estrategia era realista, dada la extraordinaria rigidez política de los países del "socialismo real", implicaba algunos costos, pues Carter, a fin de poseer un mínimo de credibilidad, necesitaba limpiar la imagen de su gobierno en América Latina, donde apoyaba a las más tenebrosas dictaduras. Como señalaba Thomas Ehrlich, director de U. S. International Development Cooperation Agency: "Nosotros hemos aprendido que dictaduras que fracasan permanentemente en cumplir los deseos políticos y económicos de sus pueblos, elevan el riesgo de las luchas internas."¹¹⁵

Ahora bien, la dictadura de Somoza ofrecía las condiciones ideales para estatuir un ejemplo: corrupta, aislada internacionalmente, quebrada en su propio interior y, por si fuera poco, en un país en donde Estados Unidos no tenía grandes inversiones.

¹¹⁴ Acerca del tema, véase R. Fagen, "United States Policy in Central America", en *Millennium. Journal of International Studies*, Londres, pp. 105-107.

¹¹⁵ Citado por Joseph Hippler, "US. Aussenpolitik und Revolution in Mittelamerika", en *Anti Interventions Bewegung*, Wuppertal, 1981, p. 1/1/9.

Pero el problema para Carter no era retirar su apoyo a Somoza, sino a quién dárselo después de que el dictador cayera. Es seguro que el FAO acataría fielmente todo lo que el gobierno de Estados Unidos quisiera, pero ¿qué era el FAO después de la retirada de "los 12" sino un conglomerado político sin ninguna capacidad de convocatoria? Esa capacidad la tenía por cierto el FSLN, pero ¿qué garantías le daban a Carter esos revolucionarios tan parecidos a los cubanos, algunos de los cuales empleaban un lenguaje marxista-leninista rígidamente ortodoxo? Carter vivía una tragedia personal en Nicaragua.

La que en cierto momento pareció a Carter una solución, por lo menos provisoria, la de maquillar un poco a Somoza y preparar una lenta evolución del régimen, la había echado a perder el propio Somoza con sus horribles matanzas de septiembre. Apoyar a ese régimen y al mismo tiempo proclamar los derechos humanos era no sólo un contrasentido sino además una estupidez. Al fin, la fórmula más aceptable para Estados Unidos parecía ser la formación de un gobierno de coalición. La fórmula sonaba muy bien, pero ¿coalición entre quiénes? La única que en un momento dado habría podido ser posible era entre el FAO y el FSLN. Pero desde Estados Unidos mismo habían surgido presiones para que el FAO se deshiciera del FSLN.¹¹⁶

Es necesario reconocer que los sandinistas —pese a la para ellos insultante carta enviada por Carter a Somoza en julio de 1978 en donde el dictador era felicitado por sus progresos en materia de derechos humanos— fueron lo necesariamente flexibles para facilitar al gobierno norteamericano el retiro de su apoyo a Somoza. El 16 de junio de 1979, el FSLN anunciaría la formación de un gobierno de "reconstrucción nacional" constituido sólo por tres sandinistas (Daniel Ortega, Moisés Hassan y Sergio Ramírez), más el empresario Alberto Robello y Violeta Chamorro, viuda del asesinado director de *La Prensa*. Así y todo, Estados Unidos estuvo a punto de invadir Nicaragua a fin de imponer una "solución propia", la que fracasó el 22 de junio gracias a la terminante negativa de la OEA (con la excepción de Paraguay) frente a la posibilidad de una intervención "panamericanista".

Por cierto, no eran sólo causas humanitarias las que determinaron que otros estados latinoamericanos apoyaran, objetivamente, al FSLN. Costa Rica, por ejemplo, temía que en caso de seguir Somoza en el gobierno se produjera una regionalización del conflicto. Ya de hecho ese país tenía que

¹¹⁶ J. A. Booth, *The end and the beginning: The nicaraguan revolution*, Boulder, Colorado, 1981, p. 22.

recibir oleadas de refugiados nicaragüenses huyendo de los bombardeos de Somoza. Además, los sandinistas tenían buenas relaciones con el partido de oposición en Costa Rica, el Partido de Liberación Nacional, del cual Edén Pastora, comandante sandinista, era militante. Intereses similares movían a los gobiernos de Panamá y Venezuela, máxime si se tiene en cuenta que sus respectivos gobiernos, el del general populista Omar Torrijos y el del socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, estaban interesados en tomar un poco más de distancia respecto a Estados Unidos. Hay que agregar a México entre estos países: de acuerdo con una muy bien seguida tradición, se negaba a ser un simple instrumento de la política norteamericana. Fue precisamente el gobierno mexicano el que sentó un precedente el 22 de mayo de 1979 al romper sus relaciones con el de Nicaragua, no sin antes realizar consultas con los gobiernos de Costa Rica y Cuba. Desde luego, todos los gobiernos nombrados, con la excepción de Cuba, habrían preferido un interlocutor menos jacobino que el FSLN pero, por otra parte, los tranquilizaba un tanto el hecho de que la corriente tercerista hubiese asegurado su hegemonía en el frente.

De decisiva importancia para contrarrestar posibles planes de intervención norteamericana fue la actitud de las socialdemocracias europeas, que estuvo canalizada en un principio por los gobiernos de Venezuela y México y por los propios sandinistas. Precisamente dos días después de la retirada de "los 12" del FAO, el 25 de octubre, se llevó a cabo un encuentro de representantes de la internacional socialista latinoamericana en Caracas. Allí, masivamente, se decidió apoyar a "los 12" (vale decir, indirectamente a los sandinistas) y no al FAO.¹¹⁷ En tal sentido, la Internacional Socialista no padecía de las vacilaciones del gobierno de Carter y asumió —quizá no como la solución más deseada, pero sí como la más posible— la decisión de apoyar al FSLN. Por lo demás, esto no estaba en contradicción con la línea adoptada por la IS desde 1976 tendiente a ampliar su presencia en América Latina. Que eso podía significar una punta de lanza para la penetración económica europea en el continente, es otro problema.¹¹⁸ Pero

¹¹⁷ M. Rediske, *op. cit.*, p. 166.

¹¹⁸ Acerca del tema, véase Tilman Evers, "Die westdeutsche Sozialdemokratie in Lateinamerika", en Varios, *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, West Berlin, 1982, pp. 15-92. Stefan Saarbach, "Einige Aspekte der aktuellen Lateinamerika Politik der Sozialdemokratie", en *ibid.*, pp. 93-164. Willi Huisman, "Bedingungen und Perspektiven der Sozialdemokratie in Lateinamerika", *Anti Interventions Bewegung*, pp. 111-A/111/1/10.

como reconoció una vez Humberto Ortega: "La victoria apenas podría haber sido alcanzada, si sólo hubiéramos considerado el estado del desarrollo al interior del país."¹¹⁹

En síntesis, el apoyo recibido por el FSLN se debió al lugar indiscutido que llegó a ocupar en el plano nacional. Tal apoyo se demostraría como decisivo en los momentos más culminantes de la lucha. Pero también tal apoyo obedecía al carácter "no alineado" que parecía brotar de la revolución, y que los propios sandinistas destacaban. Al revés de lo que ocurrió en Cuba, donde el alineamiento fue la única posibilidad para salvar por lo menos parte del proceso, en Nicaragua, tal posibilidad estaba determinada por su "no alineamiento".¹²⁰

La estocada final

La insurrección fue una mezcla de enfrentamiento militar y revueltas populares no siempre sincronizadas entre sí. En mayo de 1979, la dictadura hacía agua. Aislada internacionalmente estaba sólo confiada a la ferocidad de sus esbirros militares. El FSLN, sin embargo, atacaba a través de cuatro frentes guerrilleros: el Frente Norte, el Sur, el Oriental y el Occidental. El 4 de junio, el FSLN llamó a la huelga general. Los habitantes de los barrios de Chinandega, León, Matagalpa, Estelí, Masaya, Granada y Carazo, ocupaban calles y cuarteles. El 10 de junio la lucha se centró en Managua. Levantamientos en los barrios, lucha callejera, masacres arbitrarias de la Guardia, guerra de guerrillas caracterizaban ese periodo. Por todas partes corren "muchachos", a veces también mujeres, incluso niños, y reciben o se apoderan de armas; se organizan informalmente en múltiples grupos. Disparan desde cada esquina. La guardia está desconcertada, y algunos de sus esbirros optan por huir. Las calles se llenan de barricadas; humo, olor a pólvora, gritos de dolor y de victoria, y la bandera roja y negra del FSLN comienza a asomarse desde algunas ventanas.

El 17 de junio, Somoza huye del país "con su hijo el Chiquín, su hermano ilegítimo José, los cadáveres de los dos primeros representantes de la dinastía y ocho papagayos".¹²¹ Entre el humo y la pólvora, y quizá junto a esos espíritus en los que creía, Augusto César Sandino, cansado en su larga marcha, por primera vez en tantos años, sonríe.

¹¹⁹ H. Ortega, *op. cit.*, p. 76.

¹²⁰ "Nuestro país no es una isla aislada como Cuba", en *ibid.*, p. 74.

¹²¹ C. Alegría y D. J. Flakoll, *op. cit.*, p. 25.

Somoza, de acuerdo con Estados Unidos, ha dejado en su sillón a un ridículo presidente provisional llamado Francisco Ucuvo, que en vez de firmar la paz quiere hacerse del poder y exige al frente sandinista que se le acepte ¡hasta 1982! Naturalmente Ucuvo, después de que Somoza, a instancias de Carter, lo llamara por teléfono, debió huir del país el 18 de julio.¹²²

El 19 de julio, las columnas del FSLN entraban a Managua.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La revolución sandinista de 1979 puede ser considerada resultado de un largo, discontinuo y frecuentemente interrumpido proceso histórico cuyos orígenes hay que buscarlos en aquel primer momento nacional abierto por el gobierno liberal de José Santos Zelaya en 1893. Lo nacional de ese momento deriva de que ese gobierno fue una expresión política de la fracción cafetalera de la oligarquía, que entró en conflictos con Estados Unidos; tal coyuntura llevaría incluso a los liberales a agitar el tema de la soberanía nacional. Nicaragua sería invadida por los *marines* en 1912.

Un segundo momento nacional ocurrió a partir de la abierta intervención norteamericana de 1927 para impedir un nuevo ascenso de los liberales al gobierno. En el marco de la lucha nacional surgió el movimiento sandinista, al que, en sus inicios, es posible caracterizar como una fracción nacionalista, popular y democrática.

La gesta de Sandino y su pequeño ejército fue seguida con pasión por diferentes organizaciones democráticas y antimperialistas internacionales cuya intensa actividad pública tuvo por efecto deslegitimar la presencia norteamericana en Nicaragua. El movimiento sandinista y la solidaridad internacional obligaron a las tropas de ocupación a retirarse del país, produciéndose así la primera derrota norteamericana frente a un ejército de liberación nacional en el Tercer Mundo.

Después de retiradas las tropas norteamericanas (1 de enero de 1933) se formaría en Nicaragua una suerte de triple poder: el poder formal representado por el presidente liberal Sacasa, el poder político que representaba Sandino y el poder militar que representaba Anastasio Somoza, jefe de la Guardia Nacional dejada por Estados Unidos en resguardo de sus intereses. La triple contradicción se resolvió en favor de

¹²² John A. Booth, *op. cit.*, p. 181.

Somoza después del asesinato de Sandino en 1934. Desde ese momento comenzaría a tomar forma el Estado somocista.

Anastasio Somoza I logró, a partir de 1936, reconciliar en el poder los intereses de los cafetaleros y de los agrograndes bajo la hegemonía de estos últimos. El secreto del poder del dictador residía en un entrelazamiento mafioso de grupos, familias y clanes, a la cabeza de los cuales estaba situado él mismo, más la "persuasión" siempre efectiva de la Guardia.

Después del asesinato de Sandino, ni la oposición ni la izquierda lograron un grado de articulación que hiciera posible cuestionar al régimen. Apenas a fines de los años cincuenta, bajo el influjo de la revolución cubana, pudo formarse un grupo de extracción predominantemente universitaria que serviría de catalizador a los muchos sectores que buscaban establecer una relación de continuidad con el sandinismo originario. Independientemente de sus muchos errores de concepción política, el FSLN contribuyó a evitar que esa tradición se perdiera, empresa que se vio facilitada por una situación objetiva determinada por importantes quebraduras en el interior del bloque dominante.

A consecuencia del auge algodonero iniciado en 1958 y de la "reconstrucción nacional" de 1972, tuvo lugar una transformación interna de la dictadura: de militar-económica pasó a ser económica-militar. La ruptura del equilibrio interno del bloque dominante, en favor del desmesurado crecimiento del clan Somoza, apresuró el fin de la unidad política del régimen hasta formar una disidencia interoligárquica que pronto activaría a otros sectores descontentos: las capas medias, profesionales liberales, pequeños y medianos empresarios, sacerdotes, estudiantes, etcétera.

Al no existir en términos inmediatos una organización política en condiciones de articular la creciente oposición al régimen, dos instancias pasaron a desempeñar el papel de agentes políticos de sustitución: una fue la Iglesia; la otra fue la universidad.

En la Iglesia —al igual que en otros países latinoamericanos, conmovida por acontecimientos externos como el Concilio Vaticano (1965) y la Conferencia Episcopal de Medellín— comenzaron a configurarse tendencias de ruptura con su pasado oligárquico, las cuales tomaban principalmente dos formas: una democrática-moderada y otra radical-revolucionaria. Unidas ambas en su lucha contra el régimen, la Iglesia en su conjunto pudo actuar como *coordinación supraclasista* y, por lo tanto, mediar entre la disidencia civil y las exigencias sociales provenientes de los sectores más pobres de la sociedad.

Los estudiantes de la Universidad Centroamericana (católica) actuaron inicialmente como expresión juvenil radicalizada de las contradicciones en el interior del bloque dominante, para posteriormente autonomizarse hasta el punto de constituirse en un organismo difícil de determinar en términos clasistas. Así, los grupos de oposición universitaria se convertirían en inagotables fuentes de reclutamiento para el FSLN.

La primera expresión puramente política de la oposición no revolucionaria fue la Udel, fundada en 1974. La Udel pretendió convertirse en un frente amplio que, al mismo tiempo que sustituyera a Somoza, evitara una alternativa radical de poder; sin embargo, no daba respuesta a los dos problemas básicos del país: la cuestión nacional (frente a Estados Unidos) y la cuestión social, derivada de las exigencias de los sectores más pobres del país.

El FSLN al mismo tiempo que daba respuesta a esos dos problemas representaba el radicalismo requerido por una situación que no dejaba muchos espacios para salidas intermedias. Que ello era así, lo demostraría el mismo régimen al hacer asesinar a Pedro Joaquín Chamorro, director del diario de oposición *La Prensa* y el líder más destacado de la oposición.

Sin embargo, el FSLN pudo haberse eternizado con sus posiciones radicales si no se hubiese dado, por una parte, un mínimo grado de articulación con el resto de la oposición y, por otra, una ruptura con sus estrategias guerrilleras y/o extremadamente clasistas. Artífices de ese necesario viraje fue la "tendencia insurreccional" del sandinismo, denominada peyorativamente "tercerista". Los terceristas colaboraron a crear instancias de mediación política como el Grupo de los 12 (1977) que después participó en el FAO hasta 1979. De la misma manera desarrollaron algunas acciones militares directas, a veces aisladas de las auténticas movilizaciones populares, pero que en algunos casos tuvieron el resultado objetivo de eliminar las ilusiones respecto a un "somocismo sin Somoza".

Hacia 1979 existía en Nicaragua una situación insurreccional, que fue causa y consecuencia a la vez de una riquísima participación social en el proceso. En nombre de un sandinismo entendido de manera múltiple pudieron movilizarse los habitantes de los barrios: los jóvenes, las mujeres, etc., desconcertando a la Guardia Nacional, preparada para enfrentar destacamentos militares pero no una sublevación de masas.

Decisiva en los tramos finales del proceso fue una extraordinariamente favorable situación internacional determinada por la ambigüedad de la política de Carter respecto a los dere-

chos humanos, la solidaridad con los antisomocistas de algunos gobiernos democráticos latinoamericanos, y la creciente presencia en América Latina de las socialdemocracias europeas.

La insurrección fue también la legítima "venganza histórica" de Sandino contra Somoza. Esa era, a su vez, la principal fuente de legitimidad para el FSLN.

Después de la toma del poder por el FSLN, comenzaría en Nicaragua un proceso de transformaciones sociales de cursos inciertos, cuyos enormes peligros, al escribir estas líneas, surgen amenazadoramente desde dentro y desde fuera del pequeño país.

La tarea propuesta está cumplida. Siete revoluciones han sido descritas, comentadas y analizadas, en un trabajo de síntesis comparativa que —debo confesar— no fue siempre fácil. ¿Por qué resaltar un hecho y no el otro? Al comienzo de cada capítulo me encontraba siempre con materiales dispuestos, ¿cómo clasificarlos?, ¿qué forma dar al conjunto? Sin embargo, a medida que iba avanzando en mi trabajo, aquella tarea fundamental para todo historiador, establecer relaciones coherentes de causalidad entre diversos hechos y procesos, fue siendo cada vez menos complicada. Y no porque los procesos analizados se parecieran mucho (en verdad, todos son muy distintos entre sí) sino porque —permitaseme la comparación con una composición musical— ya tenía el ritmo general de la obra. Tratándose de piezas diferentes, había obtenido una suerte de visión de totalidad que me permitía trabajar los “tiempos” de cada movimiento con una cierta mecánica adquirida. Los hechos que debía resaltar estaban, pues, determinados no sólo por preferencias personales, sino por un orden que imponía el conjunto, aun antes de que éste estuviese terminado.

La visión de totalidad obtenida no estaba formada de acuerdo a un orden preestablecido de valoraciones ideológicas, pero no soy tan ingenuo para pensar que un autor puede situarse “más allá” de las ideologías. Lo que sí intenté fue situarme a contracorriente de sistemas que integran cada hecho o fenómeno en el marco de una sola y exclusiva lógica. Que en la historiografía contemporánea reinan esos sistemas ideológicos, es algo sabido. Hoy, por ejemplo, están de moda aquellas teorías que integran periodos y procesos múltiples en “sistemas” únicos, como las que representa Immanuel Wallerstein. A mi juicio tales teorías constituyen sólo la expresión economicista de una concepción filosófica de la realidad en la que no habría más que remplazar el término “espíritu absoluto” por el de “mercado capitalista mundial” (por ejemplo) para tener reconstituido, en todas sus formas, el antiguo sistema hegeliano de pensamiento. De acuerdo con tales valoraciones sistemáticas, las luchas sociales, los procesos históricos, las rebeliones y las revoluciones, no serían más que expresiones nebulosas del único sujeto existente y real: “sistema”.

Así como me he negado a trabajar con sistemas ideológicos cerrados, también rechacé la posibilidad de hacerlo con

“sistemas de progresiones escalonadas”, según los cuales los hechos históricos no serían sino estaciones en una “larga marcha de la Historia”. Ni un tiempo circular donde todo sucede en vano, ni tampoco un tiempo vertical (o “progresivo”) donde todo tendría su sentido fijo en una suerte de complejo orgánico preprogramado. Lo dicho no significa que rechazo las proyecciones utópicas, pero sí afirmo que las utopías, tanto las sociales como las personales, no tienen ningún lugar asegurado en el curso de la historia y que, por el contrario, surgen como consecuencia de una trama que estamos condenados a vivir en tiempo presente; que se alimenta de un pasado hecho presente, y que se proyecta hacia el futuro desde el presente. En otras palabras, las utopías no surgen de una legalidad cuasinaturalista aplicada a la historia, sino que constituyen una recreación permanente de la realidad a partir de un entrelazamiento de factores muchas veces imprevisibles. Por cierto, se trata de una imprevisibilidad relativa, y ella no libera a ningún historiador de la tarea de la previsión histórica; más todavía, esa tarea la considero casi como un imperativo moral. Pero también es bueno tener en cuenta que esa previsión nunca podrá ser exacta, pues los “factores” con los que hay que trabajar no son sólo “clases” o “pueblos” o “estados” o “estructuras”, sino *seres vivos* inquietos, curiosos, veleidosos, apasionados, en fin, seres humanos.

Afirmar lo dicho tiene para mí importancia, pues en el curso de mi trabajo pude darme cuenta de las distancias siderales que en muchos casos existía entre los procesos históricos reales y sus interpretaciones ideológicas asignadas, lo que se hacía evidente en la conciencia ideológica de los grupos “esclarecidos” que participaban. Revoluciones indígenas que fueron entendidas como “proletarias”, movimientos anticoloniales que han sido entendidos como “burgueses”, movimientos populares que han sido entendidos como “socialistas”, partidos nacionalistas que han sido entendidos como “fascistas”, no son casos excepcionales.

¿De dónde provienen tales confusiones? En un principio creía que se trataba simplemente de una visión eurocentrista de la historia. Desde luego, algo hay de cierto en ello; pero hoy creo que no es lo más determinante. Después de tantos años de vivir en Europa, he podido comprobar que la historiografía europea no está menos sobrecargada ideológicamente que la nuestra (basta conocer por ejemplo la multiplicidad de interpretaciones relativas al origen y desarrollo del fascismo). Más que en trasposos culturales, las superposiciones ideológicas de “nuestra historia” hay que buscarlas en el primado universal de una (seudo)cientificidad desprendida de las ciencias naturales y cuyo objetivo es reducir los hechos

y procesos históricos al dictado de leyes inmutables que se extienden desde el más remoto pasado hasta el infinito. Esa, la Historia (escrita con mayúscula) que se autodetermina en sí misma, pues existe antes de que los hechos ocurran, ha producido, a mi juicio, la negación de una historia (escrita con minúscula) como campo de realización de los hechos reales. O lo que es igual, la historia de lo existente ha sido remplazada por la Historia de lo determinado; la historia que se hace, por una Historia hecha; la historia, como obra permanente de seres imperfectos y equívocos, por una Historia cuyos rumbos están asignados, así como las "misiones" que hay que cumplir en este mundo.

Estando convencido de la necesidad de revertir aquel sentido de la Historia legado por el periodo de la Ilustración, debo dejar en claro que no me he propuesto en este trabajo revertir la historia de todo un continente (Dios me libre de tamañas ambiciones), sino simplemente presentar distintos episodios y buscar entre ellos paralelos, diferencias, semejanzas, en fin, comparaciones. Si tales comparaciones pueden ser útiles para reflexionar acerca del sentido de "nuestra historia", mis ambiciones estarán más que logradas.

Por qué me he ocupado de "revoluciones" y no de hechos cotidianos, ha sido explicado en la introducción y no voy a insistir aquí en ello. Pero sí creo que es necesario referirme a algunos puntos que faciliten la comprensión de los diversos procesos elegidos.

En un principio, por ejemplo, pensaba que la tarea más difícil sería la de fijar un punto de partida para cada proceso, sobre todo porque ciertas experiencias que me han enseñado que la usual separación entre causas inmediatas y mediatas es, por lo general, muy arbitraria. No basta en efecto, que un punto de partida se encuentre más cerca, en el tiempo, del hecho por analizar para que sea inmediato. Por el contrario, un hecho puede haber existido en un pasado lejano y ser, sin embargo, el punto de partida inmediato de un proceso. Como tampoco deseaba perderme en la búsqueda de "la causa de las causas" hasta llegar a encontrarla en Adán y Eva, decidí recurrir a la ayuda de los propios protagonistas, pues por lo general ellos mismos tomaban como punto de referencia un hecho situado en algún punto del pasado. Naturalmente, ese hecho no tenía por qué ser siempre el punto de partida, pero el marco donde tal hecho se insertaba podía ofrecer las pistas necesarias para encontrarlo. Pongamos un ejemplo: durante la revolución boliviana de 1952, sus protagonistas se referían incesantemente a la Guerra del Chaco perdida por Bolivia contra Paraguay en 1932. Según la versión de los protagonistas, tal guerra debería ser considerada como el

punto de partida. Pero como el historiador no debe contentarse con toda versión, era necesario plantearse ¿por qué ocurrió la Guerra del Chaco? ¿No fue ella el resultado y no la causa de una crisis? Efectivamente, analizando el periodo pude comprobar que esa guerra se produjo como una "huida hacia adelante" frente a los demoledores efectos que la gran crisis mundial ejercía sobre ese país tan dependiente. Tal era, pues, el exacto punto de partida: los efectos de la gran crisis sobre la economía y la sociedad bolivianas. Los protagonistas habían ayudado a encontrar la respuesta, pero no la habían dado.

En otros casos, la tarea era mucho más fácil. ¿Cómo comenzar a estudiar, por ejemplo, la revolución de Nicaragua sin tomar como punto de referencia a Sandino y a su época? En revoluciones como la cubana, era tan evidente la relación de continuidad con procesos conmovedores ocurridos en el pasado, como la revolución guiteriana de los años treinta, que no era necesario hacer mayores indagaciones. Más difícil era encontrar el punto de partida en procesos donde las revoluciones habían transcurrido por cauces paralelos, como la revolución de Túpac Amaru, cuya dimensión puramente indígena debía ser buscada en el propio periodo de la conquista. Pero como esa revolución no fue puramente indígena, sino indígena-popular, decidí que su punto de partida debería ser hallado en acontecimientos que se dieron en el periodo colonial. En ese caso, como en otros, el punto de partida no coincidía necesariamente con los "hechos causales". La "causa" de esa revolución era, sin duda, la generalizada oposición contra los repartimientos, corregidores e impuestos. Pero éstos existían desde la conquista, y las rebeliones en contra de tales instituciones comenzaron a cristalizar apenas en las fases intermedias del periodo colonial. Ubicada la causa, el punto de partida tenía que ser buscado por separado. Y éste no podía estar sino en una constelación de hechos y procesos muy determinada. Problema similar se presentaba con la revolución de independencia, más todavía si se tiene en cuenta que, al ser continental, constituyó más bien una confluencia de distintas revoluciones (indígenas, criollas, regionales, etc.). Habría sido una tarea inmensa buscar el punto de partida de cada revolución por separado. Lo que interesaba en mi proyecto no era averiguar el punto de partida de cada afluente, sino el de la confluencia, y éste no podía encontrarse sino en la crisis de dominación de la monarquía española, que se evidenció frente a la invasión de 1808 (hecho causal) pero que provenía de las transformaciones llevadas a cabo en y fuera de España, por la dinastía de los Borbones.

En cambio, el punto de partida de otros procesos había

que buscarlo en una relación temporal muy inmediata. Tales fueron los casos de la revolución mexicana y del proceso chileno abierto en 1970. En el primero, las transformaciones económicas ocurridas durante la última década de la dictadura de Porfirio Díaz abrieron el cráter de un verdadero volcán. En el segundo, las transformaciones económicas realizadas por el gobierno de la Democracia Cristiana provocaron movilizaciones sociales que hicieron posible el triunfo electoral de la izquierda.

Precisamente el estudio de esos dos últimos casos tan separados en el tiempo me obligó a plantearme la hipótesis de que lo que aquí denomino punto de partida podría ser sinónimo de punto de ruptura. En efecto, el punto de partida coincidía en todos los casos, con una ruptura irreparable en el sistema de dominación, lo que hacía imposible que, a partir de ese momento, la historia de cada proceso pudiese seguir siendo entendida en términos de simple continuidad.

Analizando después los casos estudiados me resultó asombroso comprobar cómo en todos ellos encontraba tres momentos principales en la configuración del punto de partida (o punto de ruptura).

El primer momento estaba caracterizado por una profunda fractura dentro del bloque tradicional de dominación; el segundo estaba marcado por la disidencia de fracciones en ese bloque, lo que provocaba una crisis de legitimación interna; el tercero se caracterizaba por la movilización de sectores sociales subalternos en contra del poder central.

En todos los casos estudiados, la ruptura en el interior del bloque de dominación se producía como consecuencia de alguna transformación económica exógena.

Ya en la revolución de Túpac Amaru las reformas borbónicas exacerbaban el antagonismo entre las fracciones criollas y españolas del bloque de dominación, sobre todo frente a asuntos como los repartimientos, los corregimientos y los elevados impuestos. Lo mismo se puede decir de la revolución de independencia, de la cual la tupamarista puede ser considerada como un hecho objetivamente precursor.

En el caso de la revolución mexicana, la penetración del capital norteamericano erosionó desde comienzos del siglo xx las relaciones tradicionales de propiedad oligárquica generando disidencias que se expresaron incluso en la formación de "partidos" dentro del bloque en el poder. No hay que olvidar que el propio iniciador de la revolución mexicana, Francisco I. Madero, pertenecía más a la oligarquía que al campo de la revolución.

Ya vimos también en el caso boliviano cómo la Guerra del Chaco fue una respuesta política de la "rosca" a fin de re-

componer sus fracturas ocasionadas por efecto de la gran crisis mundial de 1929. Exactamente igual ocurrió en Cuba, pues a consecuencia de la crisis mundial se produjeron rupturas irreparables en el bloque de dominación, en cuya cúspide se encontraba el dictador Machado, lo que creó las condiciones para que estallara el levantamiento popular de 1933. La revolución castrista de los años cincuenta puede también ser considerada como una salida radical a una crisis de dominación política acelerada por el proceso de modernización dependiente que tenía lugar en Cuba.

En el caso chileno me fue posible comprobar que las rupturas en el bloque de dominación tienen su origen en las reformas modernizantes impulsadas por la Democracia Cristiana (1964-1970) en consonancia con la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, que fueron proyectadas en favor de nacientes sectores empresariales en desmedro de sectores oligárquicos, principalmente latifundistas.

Las revoluciones en Nicaragua, la de Sandino y la de los sandinistas, también fueron posibles merced a rupturas producidas por agentes exógenos. En el primer proceso, los conflictos entre cafetaleros y agroganaderos crearon un momento nacional estimulado por las invasiones norteamericanas. Igualmente, en la segunda revolución, la ruptura del somocismo no puede entenderse sin tomar en cuenta el auge algodonnero de 1950 que elevó la fortuna del clan Somoza hasta un punto intolerable por las demás fracciones del bloque dominante.

Sin embargo, lo expuesto no debe ser entendido de una manera mecánica. No bastaba por cierto que se produjera una ruptura en el bloque de dominación para que de inmediato ocurriera una revolución. Para ello era necesario que sectores importantes de una sociedad estuvieran dispuestos de antemano a aprovechar las coyunturas favorables e imponer en ellas sus propios intereses.

En el caso de la revolución de Túpac Amaru fue evidente que la ruptura potencial existente entre criollos y españoles no hizo sino activar rebeliones indígenas y criollas preexistentes. Igualmente, en el marco de la revolución continental por la independencia encontramos diferentes formas de relación entre las rupturas en los bloques dominantes y movilizaciones populares preexistentes. Tales combinaciones abarcan desde las rebeliones de Hidalgo y Morelos, activadas por fracciones de criollos pero superadas por los sectores populares, pasando por movimientos regionales socialmente mixtos como el de Artigas, hasta llegar a la "revolución contrarrevolucionaria" de un San Martín, para quien los éxitos militares sólo podían ser logrados sobre la base del aplastamiento de las rebeliones populares. La fórmula más exitosa resultó

ser la de Bolívar, quien privilegiaba los intereses de los criollos, pero dejaba márgenes controlados para las movilizaciones de las masas de indios, negros y criollos pobres.

En lo que respecta a la revolución mexicana, tanto Madero como Carranza —ambos “revolucionarios de clase alta”— se preocuparon de activar los movimientos populares de Zapata en el sur y de Villa en el norte. Pero en cuanto tales movimientos amenazaban emanciparse, eran brutalmente aplastados.

La relación entre ruptura interna en el bloque dominante y activación del movimiento popular fue muy diferente en el proceso boliviano, pues allí fue todo el bloque el que naufragó, arrastrando consigo al aparato de Estado. En Cuba, hasta después de la insurrección, hubo una participación más que evidente de empresarios disidentes del bloque de dominación, quienes apoyaban no sólo a los partidos Auténtico y Ortodoxo sino también al propio 26 de Julio.

La primera revolución nicaragüense, la de Sandino, estuvo marcada a lo largo de toda su trayectoria por la contradicción entre liberales y conservadores. El propio sandinismo originariamente no era más que una rama nacionalista-popular desprendida del liberalismo, la cual posteriormente floreció sin depender del tronco. De la misma manera, la revolución de 1979 fue posible gracias a las disidencias en el interior del somocismo. El principal líder político de oposición fue, durante mucho tiempo, Pedro Joaquín Chamorro, director de *La Prensa*. Fue precisamente la ruptura del bloque de dominación el factor que activó a la Iglesia y a las universidades.

El hecho de que el punto de partida o de ruptura se encuentre dentro de los bloques tradicionales de dominación no autoriza, sin embargo, caracterizar a las revoluciones por su origen, pues si esas rupturas han derivado en revoluciones ha sido porque ya existían movimientos previos que se encontraban en condiciones de avanzar más allá de la ruptura original. En ese sentido es interesante señalar que la contradicción originaria ha asumido, por lo común, la forma de un conflicto entre sectores “tradicionales” y “modernistas” (independientemente de que ese modernismo se hubiese expresado en una forma antimonárquica, como en el siglo XIX, o “burguesa empresarial”, como en el siglo XX). De esta manera, no sólo es la ruptura dentro de un bloque de dominación lo que permite el desarrollo de una revolución, sino la incapacidad congénita de los sectores “modernistas” para desplazar con sus propias fuerzas a los sectores “tradicionales”, razón por la cual han tenido que recurrir a las por ellos mismos consideradas “clases peligrosas”.

Hecha esa constatación, me fue fácil confirmar aquello que era para mí algo más que una sospecha: que en toda la historia de América Latina *nunca ha habido una auténtica revolución burguesa*. Que hayan existido fracciones burguesas dispuestas a favorecer el avance de movimientos populares, es otro problema.

Sin embargo, que en América Latina no hayan existido auténticas revoluciones burguesas, no lleva a señalar que éstas hayan tenido necesariamente otro carácter específico de clase. De los procesos analizados tengo más bien la impresión de que ninguno puede analizarse como un-hecho-social-singular; han sido más bien el resultado de múltiples intereses condensados. El término físico *condensación* es pertinente, pues con su uso se quiere precisar que las revoluciones han surgido como una unidad resultante de la fusión de muchas rebeliones y movimientos sociales que se influyen y determinan recíprocamente. Así, un movimiento aislado pasa a formar parte de otro mayor que lo contiene, pero sin perder por eso sus rasgos originales. Pongamos algunos ejemplos: el movimiento artiguiano durante la independencia fue, en primera línea, regionalista, pero en el marco general de la lucha por la independencia, también fue independentista, sin dejar por eso de ser regionalista. El movimiento de Zapata fue campesino, pero en el marco general de la lucha contra Porfirio Díaz, primero, y Huerta después fue democrático y republicano, sin dejar de ser campesino. Incluso me atrevería a afirmar que cuando ya se ha producido el fenómeno de condensación, es posible determinar la existencia de una situación prerrevolucionaria. La situación revolucionaria propiamente tal resultaría, en cambio, del cuestionamiento general del orden existente. Por lo mismo, la revolución es un hecho muy ocasional, pues son muy escasos aquellos momentos históricos en que movimientos y rebeliones de características, sentido y origen diferentes pueden coincidir. En cambio, movimientos y rebeliones aisladas existen siempre.

Ahora bien, que una revolución sea resultado de la condensación de distintos movimientos, rebeliones e intereses dispersos, me permite postular una tesis que imagino no contará con el apoyo unánime: del estudio de siete revoluciones latinoamericanas, no me ha sido posible inferir la existencia de una clase subalterna que sea, de por sí, intrínsecamente revolucionaria, o más revolucionaria que otras.

No se trata de discutir aquí si una clase (supongamos: clase obrera) es o no objetivamente revolucionaria. Se trata sólo de afirmar que ninguna lo ha sido en especial. Para continuar con nuestro estilo, expliquémoslo con ejemplos: la clase obrera (o mejor dicho, fracciones de ella) desempeñó

un papel significativamente revolucionario, incluso directriz, en la revolución boliviana de 1952. Pero en otros procesos no ocurrió así. En el marco de la revolución mexicana, el naciente movimiento obrero realizó una serie de actividades huelguísticas, pero todavía persiste el triste recuerdo de los "batallones rojos" de obreros enviados por Carranza a combatir a los ejércitos populares de Villa. En la revolución cubana fue la clase obrera la que hizo imposible una salida insurreccional (abril de 1958) obligando a Fidel Castro a buscar una salida a través de la guerra. En Chile, muchos sectores obreros apoyaron al gobierno de Allende, pero no es posible olvidar que la movilización obrera más combativa fue la de los mineros de "El Teniente" en contra del gobierno. También es sabido que ni el FSLN ni el movimiento insurreccional antisomocista tuvieron un carácter particularmente obrero. En vista de tantos hechos similares, es imposible dejar de pensar que el permanente fracaso de las organizaciones políticas ligadas al "movimiento obrero", así como sus persistentes derrotas frente a los movimientos nacionalistas-populares, no sólo son explicables a partir de "errores de estrategia", sino a partir de una concepción política que supone que a una clase específica, en este caso la "clase obrera", le están asignadas "misiones históricas".

En el curso de nuestro trabajo hemos visto, por el contrario, que una clase subalterna, ya sea obrera, campesina o media, puede ser revolucionaria, como bien puede no serlo, o que depende de situaciones históricas muy concretas. Incluso en una situación revolucionaria, sectores que normalmente no tienen gran significado político pueden también ser revolucionados. Los llaneros de Páez en Venezuela, o los orados de Villa en México, o los campesinos de Ucureña en Bolivia, son ejemplos muy precisos.

Con la formulación de la tesis arriba expuesta no queremos afirmar que la dimensión clasista se encuentra ausente en las revoluciones latinoamericanas. Si afirmamos que ella se expresa a través de múltiples mediaciones (religiosas, populares, regionales, culturales, nacionales, etc.). A través de esas mediaciones, lo clasista propiamente tal se combina con otras expresiones sociales, hasta el punto de que lo particular a una clase deja de ser inmediatamente divisible. El único uso que parecería probar lo contrario es el boliviano. Sin embargo, que la COR (Central Obrera Boliviana) haya tenido que ejercer tareas de gobierno durante un breve periodo, no significa que por este solo hecho quedaba asegurada "la hegemonía de clase del proletariado". Primero, fueron sólo fracciones muy selectas de obreros las que asumieron esas tareas. Segundo, lo hicieron junto al MNR (o a través de éste), que

no era precisamente un partido obrero. Además, el proceso boliviano se caracteriza por una suerte de rotación hegemónica. En los momentos iniciales, la hegemonía la parecían tener los mineros organizados; luego pasó a mano de los campesinos, hasta llegar a diluirse en ese complejo multisocial que es el MNR.

Mucho más productivo que intentar determinar un carácter específico de clase que por lo común no existe, parece ser el hecho de considerar a los protagonistas reales de cada proceso. En tal sentido, es conveniente hacer una diferencia entre los protagonistas propiamente tales y los protagonistas que se constituyen en sujetos históricos. Entendemos por estos últimos a sectores sociales (o culturales, religiosos, regionales, etc.) que, en el curso de un proceso, adquieren conciencia de su existencia y de sus intereses y que, en algunos casos, están en condiciones de formular un discurso de "sociedad futura" y, por lo tanto, de integrar en su alrededor a otros sectores de la sociedad. Por protagonistas propiamente tales se entiende, en cambio, la participación de un sector en un proceso sin que ésta signifique el reconocimiento de su existencia diferenciada o independiente. Eso no quiere decir que los protagonistas propiamente tales no tengan ninguna significación. Por el contrario, pueden llegar, objetivamente, a desempeñar un papel más importante que el de los sujetos constituidos. Ya en el primer capítulo me llamó la atención la significación que tuvieron los llamados "indios forasteros", esto es, aquellos que no pertenecían a ninguna comunidad y que tampoco eran propietarios individuales de tierras. Nunca los "forasteros" se organizaron como tales, pero estoy convencido de que sin su participación la revolución de Túpac Amaru no habría sido posible. Ellos, por lo demás, fueron los únicos que siguieron al Inca hasta el final. Lo mismo ocurrió con las masas de vagabundos en las huestes de Hidalgo o en las guerrillas de Morelos o en los montoneros del Alto Perú. El artiguismo como fenómeno social no habría existido sin el papel protagónico de los "hombres sueltos". Los ejércitos de Bolívar habrían sido muy poca cosa sin esa masa de furiosos jinetes trashumantes que eran los "llaneros". El villismo fue, antes que nada, un movimiento de "parias", víctimas de la industrialización forzada del norte mexicano. En Cuba, el Ejército Rebelde encontró grandes posibilidades de expansión entre los vagabundos rurales. La insurrección nicaragüense se apoyó en las revueltas de los barrios. ¿No vimos incluso que uno de los más grandes déficit del proceso chileno fue haber bloqueado el papel protagónico de los "pobladores"? En fin, siempre han sido esos protagonistas "marginales", que de verdad nada tienen que perder en las revoluciones,

los que han desempeñado funciones determinantes en cada proceso.

Aunque al comenzar mi trabajo no estaba muy seguro de si siempre las revoluciones han sido producto de la acción de determinados sujetos, ahora estoy al menos seguro de que no hay marco más apropiado para la constitución de un sujeto que una revolución.

Ya en la revolución de Túpac Amaru fue notable cómo las simples quejas en contra de los repartimientos e impuestos derivaron en la formación de un movimiento indígena que llegó a exigir nada menos que la restauración del incario. Entre los procesos modernos, quizás el caso más notorio de constitución de sujetos fue el de los campesinos del sur de México, que optaron por hacer su propia revolución en el marco de la "otra" revolución. En el mismo México habría que mencionar el movimiento de los indios yaquis, que aprovecharon la "otra" revolución en función de sus reivindicaciones particulares. En menor medida, pero en una forma muy parecida a la de los campesinos mexicanos, los campesinos de Cochabamba también eligieron luchar por sus propios intereses, mostrando una independencia política que, por lo común, no se supone en los movimientos campesinos.

Pero los sujetos históricos no sólo se han constituido en niveles regionales. Pensemos en la movilización de las mujeres. Desde luego, siempre las mujeres han tenido un papel protagónico en las revoluciones, y en las primeras constituyeron las expresiones más radicales, como fue el caso de Micaela Bastidas en el movimiento tupamarista, o de Manuela Beltrán entre los comuneros neogranadinos. Pero lo que resulta aún más sugerente es observar cómo en algunos casos las mujeres se han constituido en un sujeto diferenciado, que lucha independientemente por intereses propios de su sexo. ¿No fue verdaderamente asombroso que en México, la tierra de los "machos", haya tenido lugar en Yucatán (1917) uno de los primeros congresos feministas del mundo? Mucho después, en la revolución sandinista, las mujeres también se organizaron de manera independiente. A la inversa ¿no es sintomático que en el menos exitoso de todos los procesos analizados, en el chileno, las mujeres de derecha actuaron mucho más activamente que las de izquierda?

De acuerdo con lo hasta ahora expuesto, si se me pidiera destacar el rasgo general común a todos los procesos revolucionarios analizados, tendría que decir que éste no puede ser otro que su rebeldía a dejarse encasillar en esquemas preconcebidos. Por ejemplo, yo era uno de aquellos que pensaba que la condición que me permitiría determinar una situación evolucionaria era la formación previa de una "dualidad de

poderes" incompatibles entre sí, como ocurrió en Rusia en 1905 y en 1917. Ahora bien, debo confesar que esa dualidad simplificadora no pude encontrarla en casi ningún proceso latinoamericano. Quizá la única revolución en donde se podría hablar de una dualidad de poderes sea, curiosamente, la primera, la de Túpac Amaru, pues allí el Inca se vio elevado a la categoría de representante de la "nación india" en contra de la "república de los europeos". En todas las demás, el preámbulo de la revolución está caracterizado por la constitución de poderes múltiples. En la revolución de independencia encontramos los poderes de los españoles, de los criollos, de los indígenas, regionales, etc. La revolución mexicana, en sus momentos más simplificados, dio origen a un verdadero cuadro de poderes: el de la oligarquía (Díaz, Huerta), el de la revolución nacional (Madero, Carranza), el de la revolución regional (Zapata) y el de la rebelión social (Villa, Orozco). En Nicaragua, en los tiempos de Sandino, se dio una relación de triple poder (el militar de Somoza, el político de Sacasa y el social de Sandino). En Bolivia encontramos por lo menos cuatro: el militar representado en el ejército, el popular en el MNR, el obrero en la COB, y el campesino en los sindicatos agrarios de Cochabamba. En Cuba, el 26 de Julio no pudo integrar el poder de los sindicatos en contra del poder de la dictadura de Batista. En Chile, el famoso "poder popular" nunca pasó de ser un proyecto, y sólo la oposición estaba organizada en tres poderes distintos: el "gremial", el "parlamentario" y el "militar". En la Nicaragua de 1979, la oposición "no revolucionaria" desafió al poder somocista de una manera independiente al de los sandinistas.

Si las revoluciones latinoamericanas se diferenciaban desde sus orígenes respecto a los esquemas "clásicos", mucho más se han diferenciado en su sentido; más todavía, del estudio de los diferentes casos analizados me fue posible constatar que las revoluciones han sido casi siempre el resultado de procesos de progresión histórica no previstos. A fines del siglo XIX, por ejemplo, los criollos quisieron utilizar a Túpac Amaru para que creara problemas a los españoles y abrieron las exclusas para que surgiera una revolución indígena de carácter casi continental. Durante el periodo de la independencia, las fracciones criollas desataron movimientos populares que, como fue el caso de los de Hidalgo y Morelos, estuvieron a punto de desbancar al conjunto de las clases dominantes. En 1908, Madero, al escribir su libro *La sucesión presidencial*, no imaginaba que estaba liberando fuerzas comprimidas que ni él ni nadie podrían controlar. En 1952, el MNR desató un movimiento campesino con el que no contaba, lo que para algunos marxistas esquemáticos todavía es un mis-

terio porque una revolución que comenzó siendo obrera terminó siendo campesina, cuando todos los libros indicaban que debería suceder al revés. Fidel Castro comenzó el levantamiento en contra de Batista en nombre de la *Constitución* y terminó proclamando el socialismo en Cuba. De Nicaragua, al escribir estas líneas, todavía no se sabe su destino. A la luz de estos ejemplos, no deja de ser irónico que en Chile, donde cada paso a darse estaba escrito en el programa de la UP, aquella revolución que debería crear las condiciones materiales para transitar al socialismo terminó siendo una espantosa tragedia.

Es posible, pues, afirmar que las revoluciones latinoamericanas fueron procesos de cursos indeterminados y constituyen un mentís a todo tipo de provisiones ultrarracionalistas. Ni es la Lógica de la Historia, ni del Progreso, ni la del Capital, la que ha determinado el curso de las revoluciones latinoamericanas, sino que han sido ellas mismas las que, en su propio desarrollo, se han autodeterminado.

Ahora bien, si las revoluciones analizadas han sido puntos de condensación de diferentes rebeliones y movimientos, que son imposibles de reducir a un denominador único clasista y que, por lo mismo, no generan dualidades sino diversidades de poderes, ¿cómo es que pueden existir como unidad, es decir, como revoluciones?

Parte de esa pregunta estaba respondida al comprobar que la unidad de los más diversos movimientos y rebeliones tenía lugar al producirse una ruptura en el interior de los bloques de dominación tradicionales. Sin embargo, me di cuenta de que para que esa respuesta fuese más completa debía analizar el significado de los diferentes líderes, pues por una parte los procesos descritos poseen un alto grado de personificación, y por otra, en los líderes se expresa mejor que en nadie aquella unidad en la diversidad que es también un verdadero prerrequisito de las revoluciones. Para el efecto, y sin la menor intención de realizar una tipología, me propuse analizar a los líderes de acuerdo con lo que objetivamente representaban. En tal sentido, me fue posible diferenciar tres tipos: 1] los líderes locales o regionales; 2] los líderes nacionales; 3] los líderes simbólicos.

Líderes locales o regionales se produjeron en grandes cantidades durante las luchas por la independencia. El más conocido, sin duda, es José Gervasio Artigas. Pero los más espectaculares de todos fueron los que surgieron de la revolución mexicana, sobre todo los legendarios Villa y Zapata. No tan espectacular, pero igualmente enraizado en su medio, fue el liderazgo de José Rojas en los valles de Cochabamba en Bolivia.

De los líderes nacionales, el más grande de todos es, sin duda, Bolívar, pues llegó a constituirse en representante de una nación latinoamericana que nunca existió en la realidad. Hay también casos de líderes que han sido locales y nacionales al mismo tiempo. Túpac Amaru comenzó siendo un líder muy local y posteriormente se convirtió en el representante de "los incas". Por lo general, los líderes nacionales han sido aquellos que han tenido la capacidad de adaptarse a las diversas fases por las que atraviesa un proceso, sin perder jamás la conducción. Túpac Amaru, por ejemplo, comenzó siendo un disidente, para ser después un rebelde, luego un revolucionario, y cuando todo estuvo perdido decidió ser un "profeta". Igualmente, Bolívar comenzó siendo un criollo disidente para, después de un duro aprendizaje, convertirse en un caudillo militar-popular, para terminar su brillante carrera con un legado testamentario de tipo americanista. Sandino fue un disidente liberal, para pasar a ser jefe local en Las Segovias y convertirse, desde ahí, en un líder nacional e, incluso, en una figura mundial. Fidel Castro, por su parte, pertenece a esa categoría de líderes legendarios; no fue nunca un jefe local; se podría decir que siempre fue un líder nacional, y tuvo la capacidad de representar a la revolución en sus más diversas fases. Paz Estenssoro en Bolivia también ha estado presente en las diversas fases de la revolución en su país, pero, en lugar de conducirla, la ha administrado, siendo por lo general conducido por los acontecimientos. Pese a todo, es una de las figuras políticas interesantes del continente. No han faltado estadistas con todo en las manos para convertirse en líderes de grandes proyecciones, pero no han sabido o no han querido serlo. El caso más típico es el de Madero en México, quien desató una revolución y terminó sepultado por ella. Distinto es el caso de Salvador Allende en Chile: nunca pudo tomar verdaderamente las riendas del proceso pero, seguramente, después de su muerte ha pasado a ser un líder simbólico.

Entendemos por líderes simbólicos aquellas figuras históricas que constituyen, sobre todo después de su muerte, referencias permanentes para la acción política, Túpac Amaru fue y será un símbolo para las rebeliones indígenas. Bolívar será siempre el símbolo de la idea americanista. José Martí fue el símbolo de dos revoluciones en Cuba. Sandino sobrevivió a su muerte y terminó derrocando a Somoza. Sin duda, alguna vez, Fidel Castro pasará a ocupar un sitio en esa galería.

Por último, no quisiera terminar estas conclusiones tan generales sin referirme a uno de los puntos que más me ha llamado la atención durante mi trabajo, el que contradice-

cía la creencia general y aceptada de que toda revolución tiene que ver con la sustitución de un antiguo orden de cosas por uno "nuevo". Sin embargo, ante mi asombro, observé que aquello que más ha movido a las grandes multitudes de nuestros países en los periodos revolucionarios no ha sido la ambición de crear un orden nuevo, sino la de *recuperar un orden antiguo*. No importa que ese orden haya existido realmente o sólo en la creencia de los protagonistas. Pero siempre, la energía vital de cada revolución provenía del pasado. Los indios de Túpac Amaru querían restaurar el incario. Los indios que siguieron a Hidalgo, a Morelos y, un siglo después, a Zapata, querían restaurar los antiguos ejidos. Los indios bolivianos querían restaurar el *ayllu*, y así sucesivamente. Por un momento pensé que ésa sólo era una característica de las revoluciones indígenas. Pero también las otras revoluciones estaban impregnadas de ese sentido restaurador. La de la Independencia comenzó a realizarse en nombre de la Monarquía. La revolución mexicana puede entenderse como una suma de movimientos defensivos frente al vertiginoso desarrollo de la penetración capitalista externa. El hecho de que la virgen de Guadalupe haya sido el estandarte de los pobres nos muestra el sentido popular-conservador que asumió la revolución en México. Sandino se batió a muerte para recuperar la independencia de Nicaragua. Fidel Castro planteó originariamente la lucha contra Batista a fin de recuperar la democracia perdida. Sólo en Chile —no por casualidad escenario de una de las más grandes derrotas— la izquierda tuvo siempre problemas al tratar de ligarse con determinadas tradiciones históricas.

Aunque parezca paradoja, la utopía de los grandes procesos tiene su lugar de residencia en un pasado a veces muy remoto. En ese sentido puede decirse que "nuestras revoluciones" han sido extraordinariamente fieles a la acepción copernicana original del término revolución. Pero como el pasado siempre será recreado con acuerdo a una realidad presente, las utopías que cada revolución genera no son la simple copia del pasado, sino un resultado de la conjugación de los tres tiempos de la historia, o lo que es igual, las revoluciones latinoamericanas corresponden a una realidad tridimensional.

A través de la tridimensionalidad del tiempo histórico, podemos comprender por qué pueblos enteros siguen a profetas iluminados hacia tierras prometidas que no encuentran nunca; sin embargo, esos miles de harapientos y descalzos que han caído en tantos lugares y tiempos son los que de verdad han hecho "nuestra historia". De ellos he aprendido que aun el más inmenso caos tiene un orden perfecto y que el orden

más perfecto no es más que un inmenso caos. Porque esa historia que han hecho la siguen haciendo cada día. Quiero decir: esa historia no ha sido hecha por leyes inmutables, sino por seres imperfectos y ambiciosos, pero también generosos y sublimes, y sobre todo imprevisibles y contradictorios; en fin, seres humanos cuya forma natural de existir fue, es y será una rebelión permanente.

Por lo menos mientras América Latina sea lo que es.